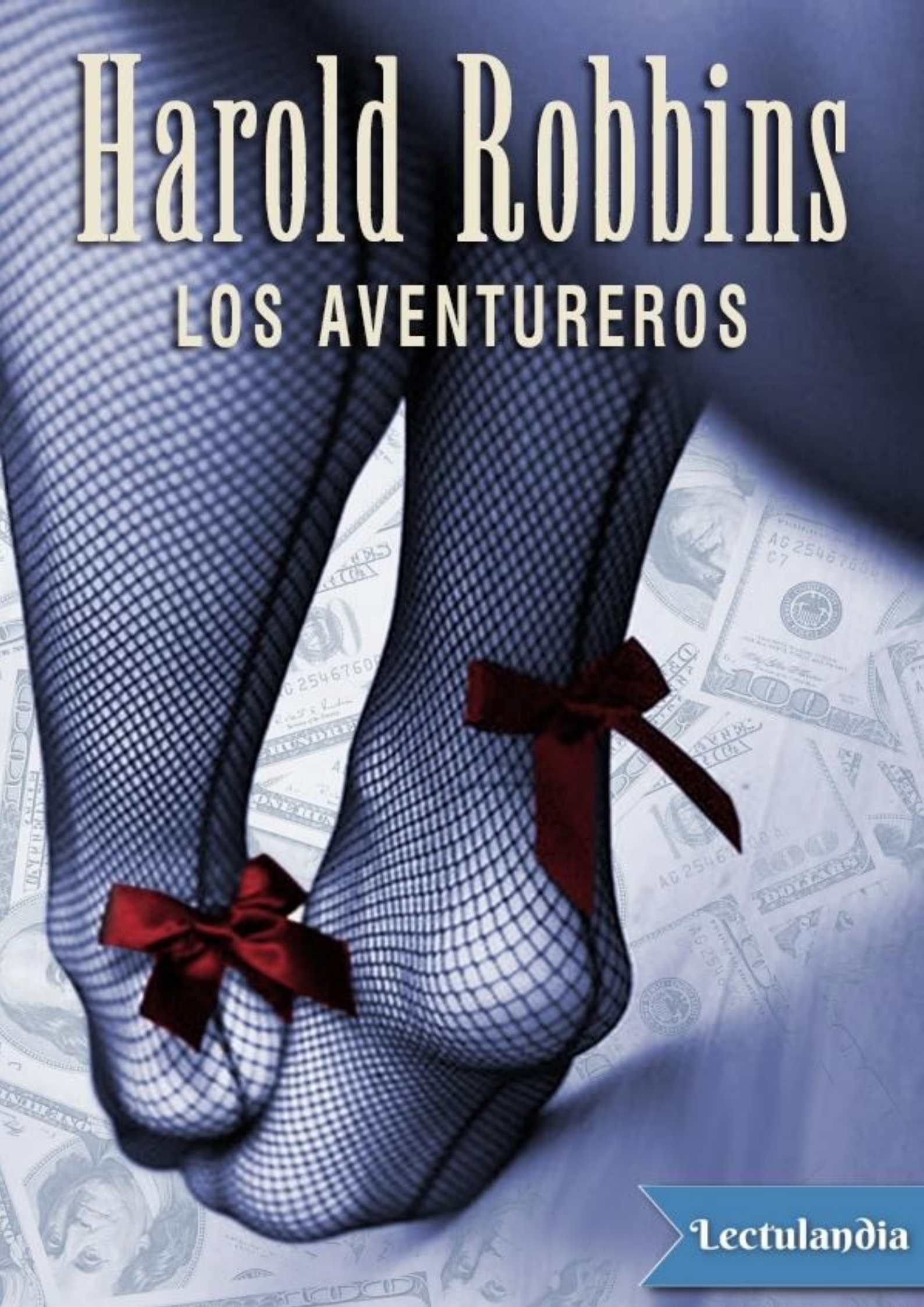
Harold Robbins

LOS AVENTUREROS



Lectulandia

Diógenes Alejandro Xenos, el protagonista de esta novela, quedó marcado desde su niñez por la muerte de su familia a manos de los bandoleros de Corteguay, país imaginario de América del Sur. Con el tiempo, Diógenes Alejandro se convierte en un *playboy* internacional, en un misterioso aventurero cosmopolita. Xenos llega a introducirse en las altas esferas de Hollywood, así como en el complejo mundo de las poderosas multinacionales, lo cual le lleva a vivir situaciones en grado sumo excitantes y a tratar con mujeres de singular hermosura.

Lectulandia

Harold Robbins

Los aventureros

ePub r1.0
Titivillus 23.06.17

Título original: *The Adventurers*
Harold Robbins, 1966
Traducción: Francisco Elías

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi esposa Grace, pues gracias a ella pude terminar este libro en un plazo más corto de lo que esperaba.

Los olvidará el seno materno;
de ellos sentirán los gusanos dulzura;
Nunca más habrá de ellos memoria,

Job, 24;20

Epílogo a modo de Prólogo

Fue diez años después de su violenta muerte. Su tiempo terrenal se acabó y el plazo que obtuvo en el último y pequeño cubículo que le sirvió de refugio había expirado. Ahora el proceso se había completado y volvería al polvo y a las cenizas de la madre tierra, de donde había salido.

El sol tropical lanzaba ondas de cálida humedad sobre las cruces pintadas de negro de las encaladas paredes del cementerio, cuando el periodista americano bajó del taxi frente a las oxidadas puertas de hierro. Le dio al chófer un billete de un peso y le volvió la espalda antes de que tuviera tiempo de darle las gracias.

Los pequeños puestos de flores estaban llenos de gente, y mujeres enlutadas, cuyos negros velos parecían escudar su pena lo mismo contra el calor que contra el mundo, compraban pequeños ramos. Los mendigos, niños hambrientos, de grandes ojos negros, sentados formando un deprimente círculo, tendieron sus infantiles y enflaquecidas manos cuando él pasó, suplicándole unas monedas, que les echó con displicencia.

Una vez atravesó la verja reinó el silencio, como si una varita mágica hubiera alejado el mundo exterior. Había un hombre con uniforme sentado a la puerta de una caseta, y se dirigió a él.

—¿Xenos, por favor?

Le pareció ver una vaga expresión de sorpresa en la cara del hombre cuando le respondió:

—Calle seis, apartamiento veinte.

El periodista americano emprendió la marcha sonriendo. Incluso los muertos tenían que sujetarse a la rutina de los vivos. Los espatos se llamaban calles, y apartamientos las construcciones donde reposaban. Entonces se preguntó el motivo de la sorpresa de aquel hombre.

Estaba en el vestíbulo del nuevo hotel, escudriñando los periódicos locales, como hacía siempre que llegaba a una ciudad nueva, mando descubrió la noticia que había estado buscando. Se trataba de una noticia de cuatro pequeñas líneas metidas en las últimas páginas, casi perdidas entre el fárrago de otras noticias más importantes.

Ahora recorría un paseo en el que se sucedían abigarrados mausoleos. Indolentemente fue leyendo los nombres: Ramírez, Santos, Oberón, López… A despecho del calor que quemaba la tierra y le hacía correr el sudor por el cuello, sintió como si le alcanzase el frío del blanco mármol.

Desembocó en un lugar donde la avenida llena de hierbajos era más ancha, y campo abierto por el lado izquierdo. Allí había algunas tumbas en el suelo, pequeñas, descuidadas y olvidadas. Era el cementerio de los pobres, quienes, metidos en míseras cajas de madera, se desintegraban sin que nadie volviese a recordarlos. A la derecha estaban los «apartados», el último cobijo de otros muertos menos miserables.

Eran grandes edificaciones de ladrillos españoles rojos y grises, de unos seis

metros de altura y veinticinco o treinta de ancho, divididas en blancos nichos de cemento de unos cinco palmos, muy juntos para que otros muertos pudieran ocupar los huecos disponibles. Cada cinco palmos se podía leer el nombre del inquilino, con una pequeña cruz encima, grabada sobre el mismo cemento, y la fecha de la muerte debajo.

Se fijó en la primera construcción; de una barra saliente de su parte superior colgaba una plaquita de metal en la que leyó: calle 3, apartamiento 1. Le quedaba bastante camino todavía; se aflojó el cuello de la camisa y apretó el paso, pues era ya casi la hora y no quería llegar tarde.

Al principio creyó que se había equivocado. Allí no había nadie, ni siquiera trabajadores. Vio la placa de metal de la sección y miró la hora en su reloj de pulsera. Coincidían. Abrió el periódico para ver si había confundido la fecha, pero tampoco iba equivocado. Entonces dejó escapar un respiro de alivio y encendió un cigarrillo. Estaba en la otra América, y en esta América las horas no se respetan tanto como en su país.

Empezó a pasearse lentamente alrededor de la construcción, leyendo los nombres de los enterrados allí. Al fin descubrió el que estaba buscando, escondido casi en uno de los bloques laterales, en la esquina suroeste de la construcción. Instintivamente tiró el cigarrillo y se quitó el sombrero. Contempló la inscripción:

D.A.X.

10 de mayo, 1955.

Oyó el traqueteo de unas ruedas sobre el pedregoso camino, detrás de él. Se volvió y vio un carro sin toldo tirado por un burro de andar cansino y orejas gachas, como si protestase por hacerle trabajar a la hora del sol. El carro lo guiaba un individuo cuyo vestido le amarilleaba de viejo, y, sentado a su lado, iba un hombre con traje y sombrero negros y un almidonado cuello blanco que ya casi no era blanco, debido al calor y el polvo. Al carro lo seguía un peón con un pico sobre los hombros.

El carro se detuvo y el hombre del traje negro saltó al suelo. Se sacó una hojita de papel blanco del bolsillo interior de la chaqueta, y, luego de repasarla, empezó a escudriñar los cuadrados de las paredes. Solo cuando se detuvo detrás de él, el periodista se dio cuenta de que iban a abrir la tumba.

El hombre hizo unas indicaciones, y el peón del pico se acercó al cubículo, murmuró algunas palabras en un español suave que casi no se le oyeron, y el otro bajó pesadamente del carro arrastrando una escalerilla hecha de varios maderos unidos con clavos, la apoyó contra la pared, y subió. Una vez arriba, miró de cerca la pared del nicho.

«Dax», dijo con una voz que sonó áspera en el silencioso cementerio.

El director asintió.

«Dax», repitió complacido.

El peón del pico también afirmó. Había satisfacción en su voz.

«Dax», repitió, y escupió en el suelo.

El peón subido en la escala, alargó el brazo pidiendo el pico.

El otro se lo entregó, y con un hábil golpe clavó el pico en el centro mismo del bloque de hormigón, precisamente cuando el sol raía con más vigor. El trabajador lo maldijo y se protegió los ojos con el sombrero; clavó el pico de nuevo, y la piedra se dividió en varios trozos que cayeron al suelo, sobre los guijarros.

El periodista miró al director, el cual estaba mirando a los peones, pero se veía que no le interesaba mucho lo que hacían, y que incluso le fastidiaba. Era lo de tantas otras veces. Se volvió cuando vio que el periodista se le dirigía.

—¿Dónde están los otros? —le preguntó en su vacilante español.

El hombre se encogió de hombros.

—No hay otros.

—Pero en la prensa… —se detuvo, pues casi había agotado sus conocimientos del idioma—. ¿Habla usted inglés?

El director sonrió con orgullo.

—Sí, *yess* —silbó casi—. A su disposición.

—Vi la noticia en el periódico —explicó el periodista con un suspiro de alivio—. Y pensé que habría alguien más.

—No hay nadie más —respondió el director.

—Entonces, ¿quién puso la nota? Debe de haber alguien. Él era un hombre famoso, muy famoso.

—La puso la oficina. Ya ha pasado tiempo de sobra para que alguien reclame el cuerpo. Hay otros que esperan el sitio suyo. La ciudad de los muertos crece vertiginosamente y está superpoblada; ya lo ve usted.

—Sí, ya lo veo —afirmó el periodista—. ¿No ha venido nadie? Familia o amigos. Él tenía muchos amigos.

Un veló nubló los ojos del hombre.

—Los muertos están solos.

El peón de la escala masculló una exclamación que hizo que los dos hombres lo mirasen. Había roto la pared de cemento y a través de ella se veía la descolorida esquina de un ataúd atacado por las termitas; valiéndose del pico como si fuese una palanca consiguió sacar los trozos de cemento que quedaban en el nicho; le dio la herramienta al peón y quitó los cascotes que quedaban con la mano, luego se introdujo dentro y empezó a tirar cuidadosamente del féretro.

El periodista se dirigió al director.

—¿Qué harán con él ahora?

—Lo quemaremos —le respondió—. No exigirá tiempo, pues ya solo quedan los

huesos.

—¿Y después?

El director se encogió de hombros.

—Puesto que nadie ha venido por él, pondremos sus cenizas en el carro, con las otras, y las llevarán al pantano que estamos desecando.

El ataúd estaba sobre el limpio pavimento cercano al bloque y el director lo examinó; limpió con la mano el polvo que cubría la plaquita de metal que había en la tapa y la comparó con lo que decía el papel que llevaba en la mano, diciendo:

—Verificado. —Mirando al periodista, le preguntó—: ¿Desea examinar el interior?

—No.

—¿No le importa, entonces? —preguntó el director—. Cuando no hay familia para pagar, se les permite a los hombres…

—Ya comprendo —respondió rápidamente el periodista.

Se volvió de espaldas y se alejó un poco cuando empezaron a levantar la tapa; sacó un cigarrillo y lo encendió; oyó el murmullo de los otros discutiendo lo que hallaban y cómo había que repartirlo; luego una maldición en voz baja, y después el ruido de la tapa al cerrarla de nuevo.

El director volvió a su lado.

—Esos hombres están disgustados —exclamó—. No había más que unos empastes de oro y este anillo.

El periodista vio en la mano del director un anillo con tierra adherida.

—Yo me quedo con el anillo, y para ellos los empastes. Parece que vale, ¿no? —preguntó mientras con su mugriento pañuelo lo limpió y lo frotó con la palma de la mano.

Era de oro y tenía engastada una piedra carmesí. Lo cogió y leyó su inscripción. Pertenecía al tipo de Harvard y correspondía al año 1939.

—Sí —corroboró—; vale.

—¿Diez dólares americanos? —preguntó el director.

Pasó un momento antes de que el periodista se diera cuenta de que le ofrecía el anillo. Asintió.

—Diez dólares americanos —y sacó el billete de la cartera.

—Gracias —dijo el director.

El periodista se metió el anillo en el bolsillo y miró a los trabajadores, que ya habían cargado el ataúd en el carro.

—Vámonos —dijo el director mirándole a él—; vamos a quemarlo.

Subió al carro y le hizo un ademán señalándole el asiento a su lado.

El sol quemaba más que cuando entró en el cementerio y tenía la camisa completamente empapada, siéndole más difícil la respiración. Siguieron adelante en silencio, y al cabo de transcurridos unos veinte minutos llegaron a la chata construcción gris que era el crematorio.

Sintió un ligero olor a humo al saltar del carro, y siguiendo al director y a los dos empleados cruzó la amplia puerta. Ya dentro, se quedó sorprendido al ver que no tenía techo, que encima no había más que el cielo y el sol; en medio y en círculo había seis hornos de piedra que estaban abiertos, desprendiendo tanto calor que parecía que quisieran incendiar el aire.

Un hombre que llevaba una chaqueta llena de polvo gris y de ceniza se acercó preguntando:

—¿Verificado?

El director le entregó la hojita de papel.

—Verificado —respondió.

—Está bien —dijo el hombre, e hizo un gesto a los empleados para que descargaran el carro, los cuales se dirigieron al horno de piedra que estaba más cerca y metieron el féretro dentro. Después salieron afuera.

El director cogió al periodista del brazo y se acercaron al horno. El ataúd estaba sobre unas barras de acero ennegrecidas por el humo, y debajo había una red que parecía una fina malla de alambre.

—Para las cenizas, ¿no? —preguntó el periodista.

El director asintió.

El hombre de la chaqueta gris los estaba mirando, y el director tiró de la manga del periodista.

—Espera diez pesos por su trabajo; es la costumbre.

El periodista se sacó del bolsillo un billete, dándoselo al hombre, cuya dentadura se destacó en su atezado rostro al darle las gracias y hacer algunos gestos de agradecimiento.

El periodista aceleró el paso hasta que estuvieron un poco más lejos y cerca de una pared. Entonces el hombre de la chaqueta gris empezó a darle a un fuelle. Siguió un ruido sordo dentro del horno y en seguida el ruido se convirtió en un bramido; parecía que dentro de la caja estallase un trueno, pero no se veían llamas por ninguna parte, pareciendo que el ataúd se consumía bajo ondas de aire caliente. Entonces, repentinamente, el hombre hizo funcionar una palanca, y se habría dicho que todas las llamas del infierno se devoraban entre sí.

El periodista sintió la violenta ráfaga de calor en el rostro, pero solo momentáneamente. Las llamas se apagaron y el ataúd pareció desintegrarse en un polvo gris y desaparecer lentamente dentro del horno.

El director le volvió a tirar de la manga.

—Vamos afuera y fumemos un cigarrillo. Antes de terminarlo nos traerá las cenizas.

El cálido sol le dio una grata impresión de frescor después del calor que había pasado allí dentro. Ofreció un cigarrillo al director, y este lo tomó con las corteses maneras de muchos sudamericanos mientras le daba lumbre para encenderlo. Fumaron en silencio.

Había estado en lo cierto. Aún no habían acabado el cigarrillo cuando el hombre llegó con una pequeña urna de cerámica. Miró al director.

—La urna vale cinco pesos —murmuró con aire de excusa.

El periodista se sacó una moneda de cinco pesos del bolsillo; el hombre, después de dar otra vez las gracias, ofreció la urna al director, quien dijo:

—Ahora vamos al carro.

Dieron la vuelta al edificio y se hallaron ante un carrito tirado por un burro de mirada soñolienta, sucio de barro y de estiércol y acribillado el lomo por los tábanos y las moscas que le picaban. El director informó:

—Aquí vaciamos las cenizas.

El periodista echó un vistazo al lugar, y de pronto algo se removió en su interior.

—¿No hay otro sitio?

El otro asintió.

—Hay una granja al otro lado de la carretera y por cinco pesos el propietario le permitirá que las deje allí.

—Pues vamos allá.

Siguió al director hasta el campo del otro lado de la carretera. Era un patatar, y el campesino que apareció como si brotase de la tierra desapareció en cuanto recibió los cinco pesos.

El director le tendió la urna.

—¿Señor?

El periodista meneó la cabeza.

—¿Le conocía usted, señor?

—Sí —respondió—; le conocía.

El director destapó la urna y con un hábil juego de la muñeca arrojó las cenizas al aire. Silenciosamente vieron cómo el viento las esparcía por el campo.

—Esto no está bien —exclamó de repente el periodista—. No está bien.

—¿Por qué, señor?

—Porque era un hombre fuerte —respondió el periodista—. La tierra se estremecía cuando él la pisaba; los hombres le querían y le temían; las mujeres temblaban ante el poder de sus músculos y la gente soñaba en alcanzar sus favores. Y ahora no hay nadie que le recuerde. Tenía usted razón: los muertos están solos.

El director lo cogió de nuevo del brazo y él le miró. Estaba hastiado y cansado, y no deseaba más que volver al bar del hotel y beber algo frío. Hubiera deseado no descubrir la noticia ni haber venido a este rincón tan horrible, azotado por un sol implacable, a este mundo sin memoria.

—No, señor —le dijo el hombre suavemente—. Yo estaba equivocado, pues él no estuvo solo. Usted estaba aquí.

Libro Primero

VIOLENCIA Y PODER

uno

Estaba jugando al sol, en el patio fronterizo a la casa, cuando oí un débil grito lejos, en la carretera que iba a la ciudad. Mi perro también lo oyó, pues cesó de retozar a mi alrededor y se apartó de la casucha que yo intentaba construir con barro demasiado cocido; se quedó quieto mirándome con ojos muy abiertos y asustados y con la amarilla cola replegada. Empezó a temblar.

—¿Qué te pasa? —le pregunté alargando la mano para calmarlo.

Vi que estaba asustado, pero no sabía por qué. Él grito había sido estridente y alarmante, pero yo estaba tranquilo. El miedo es algo que se adquiere con el tiempo, y yo era demasiado joven. Solo tenía seis años.

Se oyeron secos y seguidos varios disparos, y en el acto otro grito, pero ahora más fuerte y más angustioso que el primero.

El perro saltó y corrió a través del cañamelar con las orejas gachas. Corrí detrás de él gritándole:

—¡Perro, perro! ¡Ven aquí!

Entonces llegué al extremo del campo, pero el animal había desaparecido. Me quedé quieto, intentando localizarlo entre los espesos tallos.

—¡Perro! —volví a gritar.

No volvió. Los tallos de azúcar se agitaron suavemente mecidos por la cálida brisa, percibiéndose su picante olor. Había llovido la noche anterior y el líquido que fluía de la caña era espeso y dulzón. De repente me di cuenta de que estaba solo.

Los trabajadores que hasta hacía unos cinco minutos estaban allí, habían desaparecido lo mismo que el perro. Pensé que mi padre se incomodaría mucho con ellos, pues por diez centavos la hora quería que rindieran bastante más de lo que conseguían.

—¡Dax!

El grito salía de la casa que había detrás de mí. Miré y vi a mi hermana mayor y a una de las chicas de la cocina en la galería de delante de la casa.

—¡Dax! ¡Dax! —volvió a gritar mi hermana, haciéndome señas con el brazo.

—El perro se metió en el campo de caña —grité yo, mirando de nuevo entre los tallos.

Poco después oí sus pisadas detrás de mí, y antes de que pudiera dar la vuelta me cogió en brazos y echó a correr hacia la casa.

Respiraba con agitación y murmuró, sollozando:

—¡Ay, Dios…, Dios!

Mi madre apareció en la puerta de la casa, y antes de que llegáramos a la galería nos gritó que corriésemos.

—¡Rápido, a la bodega!

Corriendo atravesamos la puerta. Perla, la gorda cocinera india, quien estaba detrás de mi madre, me arrancó de los brazos de mi hermana y corrimos hacia la despensa, cerca de la cocina. Detrás de nosotros oí el ruido del gran cerrojo de la puerta.

—¿Qué pasa, Perla? ¿Dónde está papá?

Ella me apretó sobre su abultado pecho.

—¡Ssss…, niño!

La puerta de la bodega estaba abierta; bajamos los crujientes peldaños y al llegar abajo vi a todas las criadas reunidas, muy atemorizadas y escasamente alumbrados sus rostros por la luz de una vela que habían puesto sobre un barril de vino.

Perla me sentó en una banqueta.

—Vamos a ver; siéntate aquí y estate quieto.

La miré, pensando que aquello era divertido, más divertido que jugar en el patio, y pensé que era un juego nuevo.

Perla subió de nuevo las escaleras y oí su bronca voz arriba. Luego mi hermana bajó llorando, corrió hacia mí y, poniéndome los brazos alrededor del cuello, me apretó la cabeza contra su pecho, pero yo la empujé hacia atrás, pues era muy delgada y sentía como si me clavase sus huesos en la cara.

No era tan blando ni tan caliente como el de Perla.

—Déjame —exclamé.

Mi madre, de rostro delgado y ojeroso, también bajó, y al entrar ella cerraron la puerta de la bodega y pasaron el cerrojo. Perla, que también había entrado con el rostro encendido por el esfuerzo, blandía una cuchilla de carnicero que usaba para cortarles el cuello a las gallinas.

Mi madre me miró y me dijo:

—¿Estás bien?

—Sí, mamá —le contesté—, pero uno se me escapó; se metió en el campo de caña y no lo pude alcanzar.

Ella no me oía. Estaba escuchando, intentando captar algún sonido de afuera, y era una tontería, pues en aquel sótano no entraba ningún ruido.

Una de las criadas se puso a gritar histéricamente.

—¡Silencio! —gruñó Perla, amenazando con la cuchilla—. ¿Quieres que nos oigan? ¿Que nos maten a todos?

La chica se calló y yo me alegré porque mi hermana también dejó de llorar. No me gustaba cuando lloraba, pues se ponía fea y colorada. Contuve la respiración y traté de oír, pero no oí nada.

—Mamá…

—Quieto, Dax —susurró severamente.

Pero yo quería hacer una pregunta.

—¿Dónde está papá?

Al oírme, mi hermana se puso de nuevo a llorar.

—¡Cállate! —le chistó mi madre, y me dijo—: Papá no tardará en llegar, pero debemos estar quietos hasta que él llegue, ¿comprendes?

Yo asentí. Miré a mi hermana y la vi sollozar en silencio; comprendí que estaba asustada, pero no había ninguna razón para llorar. Le busqué la mano y le susurré:

—No tengas miedo; estoy yo aquí.

Algo parecido a una sonrisa asomó entre sus lágrimas, y me apretó fuertemente contra ella.

—Mi pequeño héroe —susurró—, mi protector.

De repente se oyó el recio andar de unas botas encima de nuestras cabezas. El ruido pareció extenderse por toda la casa.

—¡Los bandoleros! —chilló una criada—. ¡Nos matarán!

—¡Silencio!

Esta vez Perla hizo algo más que hablar; levantó la mano y le atizó una bofetada a la sirvienta que la tiró al suelo, donde se quedó lloriqueando. Las pisadas parecieron dirigirse a la cocina.

—¡La vela! —exclamó mi madre bruscamente.

La apagaron inmediatamente y nos quedamos a oscuras.

—Mamá, no veo nada —gemí.

Sentí que una mano me oprimía la boca; intenté ver en medio de la oscuridad, pero solo conseguí oír la anhelante respiración de los demás. Las pisadas estaban ahora sobre nuestras cabezas. Debían andar en la cocina.

Oímos cómo derribaban una mesa y se rompía alguna pata, y en seguida unas confusas risas y voces de hombres. Luego reventaron una puerta y comprendimos que estaban en la despensa. La puerta de la bodega crujió. Entonces oímos sus voces con claridad.

—Las gallinas puede que estén escondidas ahí abajo —dijo uno de ellos riendo.

—¡Quiquiriquí! —cantó otro—. ¡Vuestros gallos están aquí!

Patearon violentamente la puerta.

—¡Abran la puerta!

Comprendí que las chicas se apretaban contra la pared y noté que mi hermana temblaba.

—Solo buscan gallinas —susurré—. Decidles que el gallinero está detrás de la casa.

Nadie respondió. No pareció que notasen que yo hablaba. Perla pasó delante de mí en la oscuridad y se quedó quieta al pie de las escaleras, aguardando, mientras un recio golpe en la puerta retumbó en la bodega. Una de las criadas cayó de rodillas rezando histéricamente cuando le dieron otro golpe a la puerta, abriéndole un boquete por el que entró un rayo de luz que descubrió a Perla de pie, firme como una roca. En la cuchilla se reflejaba la luz como en un espejo de plata.

Unos hombres bajaron la escalera. Eran tres, los únicos que yo podía ver, pues los otros estaban detrás y no se veía más que sus piernas. El primero se detuvo al ver a

Perla.

—Una gallina vieja y gorda. No vale la pena. —Se agachó ligeramente y miró hacia bajo y más allá de Perla—. Pero hay otras, jovencitas y apetitosas. La vieja gallina guarda los polluelos.

—¡Bastardos! —les gritó Perla enseñándoles los dientes.

El hombre se irguió casi con displicencia y la carabina de cañón corto que llevaba disparó; fue un destello cegador. El acre olor de la pólvora se me metió en las narices, y cuando conseguí abrir los ojos vi a Perla con media cara y el cuello convertidos en una sanguinolenta masa, apoyándose en la pared, como si la hubiesen suspendido milagrosamente, y cayendo luego con lentitud al suelo.

—¡Perla! —gritó mi madre, corriendo hacia ella.

Al pasar al lado del hombre, este, sin esfuerzo aparente, cogió la carabina por el cañón y golpeó a mi madre en la cabeza, por lo que perdió el conocimiento y cayó sobre el cuerpo de Perla, con una expresión de desaliento.

—¡Mamá!

Intenté correr hacia ella, pero los dedos de mi hermana eran de hierro, y no me pude mover.

—¡Mamá! —grité de nuevo.

La criada que había estado rezando cayó desvanecida, grotescamente tendida en el suelo. El hombre descendió el último escalón, pasó por encima del cuerpo de Perla y del de mi madre y empujó con el pie el de la sirvienta para apartarla de su camino. Los otros siguieron detrás de él. Eran once.

Se fijó en la vela que había sobre el barril.

—La candela —ordenó con un ademán.

Uno de los hombres encendió una cerilla, y la amarillenta luz danzó con aspecto siniestro por toda la bodega. El que llevaba la voz cantante nos miró.

—¡Ah, cuatro pollitas y un gallito!

La voz de mi hermana vibró detrás de mí. Su tono fue más fuerte y más seguro de lo que yo le había oído nunca.

—¿Qué quieren? —preguntó—. Cojan lo que quieran y váyanse.

El hombre la contempló un momento. Sus ojos eran negros y le brillaban como el carbón.

—Esta es mía —dijo despreocupadamente—. Las demás para vosotros.

La criada que se había desvanecido recobró el sentido en el preciso momento que oyó lo que el hombre pretendía y, lanzando un grito de terror, se levantó e intentó llegar a la escalera, pero uno de ellos la asió por el largo pelo negro que se había soltado y la hizo caer de rodillas.

Sujetándola en esta postura le tiró de los cabellos hasta conseguir que el rostro de ella estuviera casi vuelto totalmente en su dirección. La infeliz, abierta la boca, asfixiándose, trataba desesperadamente de inhalar aire. Con la mano libre, el individuo pretendió rasgarle la parte delantera del vestido de algodón, pero la tupida

tela no cedió. Encolerizado, soltando un juramento, sacó el cuchillo y de un rápido tajo le rajó de arriba abajo la prenda. Al instante, un fino trazo como hecho con lápiz empezó a teñirse de rojo, desde su garganta hasta el espeso vello del pubis, pasando por entre sus senos y a lo largo del vientre. La india chilló y trató de huir a gatas. Lanzando una carcajada el bandolero volvió a agarrarla por el cabello. De nuevo ella quiso escapar de su verdugo, pero este, invirtiendo el cuchillo, se lo introdujo de un golpe entre las piernas. Fue el de ella un escalofriante grito de agonía y se quedó en el suelo retorciéndose de dolor, la saliente hoja del cuchillo reflejando la amarillenta luz de la vela. El hombre le puso su pesada bota en el vientre, inmovilizándola, mientras se soltaba la cuerda que le servía de cinturón.

Los demás ya habían acorralado a las otras sirvientes. A Niella, que había sido la doncella de mi madre, la desnudaron y la echaron atravesada de espaldas sobre un barril de vino, sujeta por dos de los bandoleros, mientras un tercero abusaba de ella. A Sara, la niña india que Perla se había traído de la montaña para que la ayudase en la cocina, la tendieron en el suelo en el otro lado de la bodega, detrás de un montón de cajones de embalaje.

El jefe dio la vuelta; su recio cuerpo ocultaba el resto de la habitación.

—Aparta al niño —ordenó tranquilamente— o lo mataré.

Mi hermana me empujó lejos de ella. Le miré el rostro y vi en él una expresión torpe y vidriosa. De sus ojos parecía haber escapado la vida.

—¡No! ¡No! —grité.

—Ve detrás de las cajas del rincón y no mires —me dijo.

No era su voz. Sonaba muy diferente, extraña, fría y distante. Nunca se la había oído.

—¡No!

De repente me abofeteó con toda su fuerza.

—¡Haz lo que te digo!

No me dolió el bofetón, sino su tono autoritario y me eché a llorar.

—¡Vete!

Frotándome los ojos y todavía llorando di la vuelta y me metí detrás de las cajas. De repente noté que tenía los pantalones húmedos. Con esa rapidez aprendemos lo que es el miedo.

dos

Fue el penetrante grito de mi hermana lo que detuvo mis lágrimas: se evaporaron hacia el interior de mi cuerpo y una oleada de odio intenso lo atravesó. Hice una profunda aspiración y, conteniéndola, me levanté despacio, asomando la cabeza por encima de las cajas.

Mi hermana me daba la espalda y sus desnudas nalgas se agitaban violentamente mientras el bandolero la arrastraba hacia una caja; clavó las uñas en la cara del hombre, dejándole surcos sangrientos, pero él la abofeteó gozándose en el castigo y la tumbó sobre la caja; noté que abría la boca gritando espasmódicamente, pero de ella no salió ningún sonido. Me miraba sin verme, con los ojos abiertos de par en par. Sus pequeñas tetas apenas se destacaban en su flaco pecho y el vientre no era sino una profunda concavidad.

Mi hermana gritó, se retorció e intentó zafarse, pero él acentuó la presión contra su pecho.

De repente me di cuenta de lo que iba a suceder. Había presenciado muchas veces cómo actuaban los toros cuando les llevaban las vacas. Miré al bandolero en el instante en que dejaba resbalar sus pantalones piernas abajo. Su vientre aparecía como una espesa alfombra velluda, de la que su hinchada verga emergía erecta como el mango de la escoba que utilizábamos para barrer la galería.

Mi hermana gritó, se retorció e intentó huir, pero él, apoyando su peludo codo sobre el estómago de su presa mientras con la mano le oprimía la garganta hasta casi ahogarla, la retenía sujeta contra la caja. Ella gritó nuevamente, se arqueó con fuerza hasta lograr apartarse algo hacia un lado. Su esfuerzo resultó inútil, pues él, sujetándola, incrementó la presión que ejercía en su garganta. Colérico, viendo que a pesar de todo ella seguía revolviéndose, levantó una mano y le cruzó la cara. La potencia del golpe hizo que la cabeza de ella rebotara contra un canto de la caja.

Por espacio de un segundo él se mantuvo quieto, como medio suspendido en el aire, encima de la joven. Seguidamente resonó un alarido y mi hermana se estremeció, mientras él, lentamente, la invadía.

Por tres veces repitió el asalto lacerándola brutalmente, hasta que de improviso pareció ser él mismo presa de un peculiar tormento que le hizo estremecer y lanzar un grito de bestia.

Al cabo de un momento el bandolero levantó el rostro y pude contemplar todos sus rasgos. Tenía los ojos turbios y la boca abierta, como buscando aire. Repentinamente mi hermana gritó de nuevo y vi cómo la sangre manaba de ella. Un odio intenso me invadía. Empecé a temblar. Quería matarle.

De pronto se oyó un ruido metálico en el pavimento y miré. Era que el cuchillo se le había caído del cinturón. Sin pensarlo dos veces salté de las cajas para cogerlo y

lentamente, como haciendo un gran esfuerzo, él se volvió hacia mí.

—¡Bastardo! —grité, saltando al mismo tiempo contra su pecho con las dos manos tendidas.

Él levantó el brazo y el cuchillo cayó al suelo entre los dos, a la vez que yo me arrojaba furioso contra él en un vano intento de pegarle con los puños cerrados. Fastidiado y casi perezosamente alargó la mano abierta contra mí, lanzándome contra los cajones. No sentí ningún dolor; eran el odio y el ansia de matarle lo único que me dominaba, un ansia como yo no había conocido. No estoy seguro de si me daba cuenta de la realidad; lo único que sabía era que quería despedazarle. Mi hermana, con la cabeza ladeada, me estaba mirando, y en el acto se dio cuenta de lo que pasaba.

—¡Dax! —gritó.

Y al mismo tiempo se agarró a la mano del bandolero, quien ahora esgrimía el cuchillo.

Violentamente, intentó desembarazarse de ella, empujándola.

—¡Dax! ¡Corre, por Dios! —gritó de nuevo—. ¡Corre!

Yo estaba de pie, helado. El bandolero arremetió contra mí.

—¡Corre, Dax!

El otro intentó abalanzarse de nuevo, pero ella pareció cruzar las piernas juntando las rodillas. El hombre lanzó un grito de dolor.

—¡Dax! ¡Corre a papá!

Entonces comprendí. Eché a correr escaleras arriba, y oí otro grito que quedó cortado, mientras él rugía rabioso:

—¡El niño!

Corrí hacia arriba y atravesé la casa. Salí al exterior, donde me detuve un momento cegado por el ardiente sol, pero me recobré y atravesé corriendo los campos de caña por donde Perro desapareció.

—¡Papá! ¡Papá!

Por la carretera venían algunos hombres; no sabía quiénes eran, pero corrí hacia ellos; cuando el primero de los bandoleros salió de la casa yo había atravesado la cerca y estaba en la carretera llorando desesperadamente. Entonces oí una voz en lo alto de la carretera. Era la voz de mi padre.

—¡Dax! ¡Dax! ¡Gracias a Dios!

—¡Papá! —grité.

Me eché en sus brazos llorando:

—¡Papá, papá! ¡Tengo miedo! No dejes que me hagan daño.

La morena cara de mi padre brillaba al sol del mediodía. Me abrazó fuerte.

—No tengas miedo —murmuró—. Nadie te hará nada.

—¡Ellos hirieron a mamá! —grité enloquecido—. ¡Y a mi hermana! Perla está muerta y mi hermana echa sangre…

—¿Este es su ejército, general? —su voz era salvajemente sarcástica—. ¿Hacen la

guerra a las mujeres y a los niños?

El hombre delgado que estaba al lado de mi padre lo miró, y luego fijó sobre mí sus grises ojos. Respondió apretando los dientes:

—Si mis hombres han cometido algún atropello, pagarán con su vida, señor.

Emprendieron el camino hacia la casa, y los bandoleros, que venían detrás de mí, se pararon cuando lo vieron.

—¡El jefe!

Se arrimaron a la pared cuando nosotros pasamos. El general se detuvo en la puerta, dirigiéndose a nosotros.

—¿Dónde están?

—En la bodega —respondí.

Mi padre echó a correr. Llevándome en brazos se adelantó al general, atravesó la cocina y bajó las escaleras de la bodega. Se quedó un momento parado, contemplando la destrucción; me depositó en el suelo lentamente.

—¡Dios mío! —gritó como si se ahogase y cayendo de rodillas al lado de mi madre, cogiendo tiernamente su cabeza.

—¡Dios mío!

El rostro de mi madre estaba blanco y se le veía tranquilo, y tenía la cabeza ladeada, formando un curioso ángulo. Miré por toda la habitación buscando a mi hermana, y al fin la vi; aún yacía sobre la caja con la cabeza doblada hacia atrás. Corrí hacia ella gritando:

—¡Ya está arreglado! ¡Papá está aquí!

Pero no me oyó. Nunca me volvería a oír. Todavía tenía el cuchillo clavado en la garganta. No comprendía lo que veía, y entonces me puse a gritar.

Por primera vez me di cuenta de lo que había sucedido. Estaban muertas. Todas muertas. Mamá, mi hermana, la Perla. Todas. Me puse a llorar a gritos, desesperadamente, desconsoladamente.

Más tarde, después que mi padre me cogió en brazos y me sacó de aquel lugar de sangre, todos nos reunimos en el patio. Era a última hora, de la tarde y habían llegado unos cien hombres del general, quienes estaban de pie y mirando en silencio.

Once de ellos estaban separados, atados uno a otro con cuerdas y contra la pared; aguantaban el brillante sol y clavaban la mirada en sus compatriotas.

El general, sentado en una de las sillas de la galería miró detenidamente a cada uno de ellos y luego a los otros bandoleros y les habló en tono contenido, pero que llegó a todos.

—Miren y recuerden. Porque su castigo será el de los demás si olvidan que son libertadores y no bandoleros. Ustedes luchan por la libertad y por sus compatriotas, no para su propia ganancia y provecho. Son soldados al servicio de la patria, no saqueadores y violadores.

Se giró hacia su ayudante, el cual le puso en las manos una pistola. Entonces se dirigió a mi padre y le tendió el arma.

—¿Señor?

Este miró fijamente el arma un momento, después al general; suspiró profundamente y contempló a los hombres que estaban de pie contra la pared.

—No, general —denegó suavemente—. Soy un hombre de leyes, no un guerrero. El dolor es mío, pero no la venganza.

El general asintió y, bajando los escalones de la galería, salió al patio, cuya dura tierra estaba batida por el sol. Con el arma en la mano anduvo lentamente hasta llegar cerca de los once hombres, y se paró delante del primero de la línea, el que había violado y matado a mi hermana.

—Tú, García —dijo con tranquilidad—, yo te nombré sargento. Tenías que haberte portado mejor.

El hombre no respondió. Miraba fijamente los ojos de su general. Sabía que no obtendría misericordia y tampoco la esperaba.

En la mano del general centelleó un cuchillo; luego recorrió la fila. Todos veíamos lo que hacía; cortaba las cuerdas con que se sujetaban los pantalones los condenados. Les cayeron al suelo dejando al desnudo la blanca parte inferior de su vientre y las piernas. El general retrocedió entonces diez pasos y levantó el arma con lentitud.

Yo miraba a García. El recuerdo de su cuerpo encima de mi hermana me estalló en la mente como una explosión y gritando bajé corriendo las escaleras.

—¡Déjeme, general! ¡Déjeme matarle!

El general se volvió sorprendido.

—¡Dax! ¡Dax! ¡Vuelve aquí! —gritó mi padre.

Pero no se oía. Corrí hacia el general.

—¡Déjeme! —grité.

—¡Dax! —repitió mi padre.

El general miró hacia la galería.

—Es la justicia —dijo.

—¡Pero es un niño! —replicó mi padre—. ¿Qué puede saber él de justicia?

—Después del día de hoy sabe de la muerte —contestó el general—. Ha aprendido a odiar y a temer. Déjele aprender a matar, o lo de hoy le corroerá el alma eternamente, como un cáncer.

Mi padre no contestó. Se alejó despacio, con el rostro sombrío.

—Lo lleva en la sangre —dijo con amargura—. Es la crueldad de los conquistadores.

Yo sabía lo que quería decir; incluso entonces, a mi edad, ya lo sabía. Se refería a la sangre heredada de mi madre, la cual descendía en línea directa de los españoles que llegaron con Cortés.

El general se agachó.

—Ven, chico.

Fui hasta él. Apoyó el arma en el antebrazo y me guio la mano hasta que me puso

el dedo en el gatillo, sosteniendo la culata en el hueco del codo.

—Ahora —me explicó— miras el extremo del cañón: cuando lo veas apuntando a los cojones aprietas el gatillo. Yo haré el resto.

Bizqueé mirando el extremo del cañón de azulado metal y apunté a García. Cuando vi que aquel dedo de hierro señalaba su bajo vientre peludo, apreté el gatillo.

El estampido resonó en mis oídos mientras el cuerpo caía destrozado en mil pingajos sanguinolentos. Vi cómo el general movía el arma de nuevo siguiendo la fila de condenados. Yo seguí apuntando y disparando y cada vez se repitió lo mismo: un cuerpo que se desplomaba y un chorro de sangre que surgía. Noté que el gatillo se calentaba, pero se había apoderado de mí una especie de exaltación que me impedía abandonar la empresa aunque me hubiera quemado el dedo.

De repente se agotó el cargador y el arma enmudeció. Miré desolado al general.

—Ya está, niño.

Contemplé a los once hombres. Los cuerpos yacían tendidos por el suelo con la tortura de la última agonía retratada en sus helados rostros y los ojos, sin ver, abiertos de par en par al brillante sol. Empecé a temblar.

—¿Están muertos? —pregunté.

—Sí —afirmó el general.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo como si me envolviese un viento gélido. Me eché a llorar y dando media vuelta corrí hacia mi padre.

—¡Papá, papá…! —grité—. Están muertos. Ahora mamá y la hermanita volverán a vivir, ¿verdad, papá?

tres

Diógenes Alejandro Xenos. Un nombre demasiado largo para un niño. Mi madre, al principio, empezó a llamarme Dio (Dios), pero mi padre protestó diciendo que parecía sacrílego. Alguien, creo que la Perla, para cuya lengua india resultaba demasiado difícil el nombre griego de Diógenes, me llamó cierta vez «Dax», y ya siempre fui Dax.

Mi padre nació en la ciudad costera de Curatu, hijo de un marinero griego y de una mujer negra que tenía un pequeño restaurante cerca de los muelles, al que los marineros acostumbraban ir a comer cuando bajaban a tierra. Recuerdo haber visto un daguerrotipo de mis abuelos que mi padre me enseñó una vez. Aun estando sentada, se veía que mi abuela era más alta que mi abuelo, y la expresión de su negrísimo rostro ante la cámara tenía tal aplomo que denotaba una gran fortaleza y una seguridad interior; sin embargo, los ojos de mi abuelo, que permanecía detrás de ella, apoyado ligeramente en el respaldo de la silla, denunciaban lo que había sido antes de hacerse marinero: un soñador y un poeta.

Mi padre, Jaime Xenos, como su propio abuelo paterno, poseía la complexión de su madre y los dulces ojos de su padre. Los quiso mucho. Orgullosamente me contaba que su madre descendía de los príncipes bantúes, que fueron llevados allí y vendidos como esclavos, y como el padre de ella había firmado un contrato de por vida, después de la liberación de los esclavos, para proporcionarle la poca instrucción que luego le fue de tanto provecho. Cuando quedó embarazada y no pudo seguir al frente del restaurante debido a lo avanzado de la gestación, mi abuelo se encargó del negocio, pero aquel trabajo no era para él, y antes de que mi padre hubiera cumplido un mes, el negocio iba a la deriva. Lo que a mi abuela le había costado tanto trabajo y ahorro, hubo que venderlo.

Sin embargo, como mi abuelo tenía una hermosa letra, consiguió emplearse como escribiente del alcalde del distrito de los muelles, y entonces se trasladaron a una casita que distaba un par de kilómetros del puerto, donde criaron unas gallinas y desde la que se veía el azul mar Caribe y los barcos que salían y entraban del puerto.

No tenían mucho dinero, pero eran felices, y trazaban los mejores planes respecto a mi padre, que era su único hijo. Mi abuelo le enseñó a leer y a escribir cuando tenía seis años, y gracias al apoyo del alcalde logró que ingresase en el colegio de los jesuitas, que solo frecuentaban los hijos de la oficialidad y de la aristocracia.

Para pagar ese honor, mi padre empezaba el día a las cuatro y media de la mañana, vaciando los vasos de noche y limpiando las habitaciones antes de que empezaran las clases, y finalizaba sus tareas a las seis, pero a veces se alargaban hasta tres horas más tarde, impuestas abusivamente por los profesores o el personal.

Cuando cumplió dieciséis años ya había aprendido todo lo que el colegio le podía

enseñar. Él, que había heredado la elevada estatura de la familia de su madre y la mente inquisitiva de su padre, no solo era el estudiante más alto, pues lo era de verdad, sino el más adelantado de los colegiales.

Entonces, los padres jesuitas que regían el colegio y mi abuelo tuvieron una larga conferencia, llegando a la decisión de enviar a mi padre a la Universidad para que estudiase leyes. Como el sueldo de mi abuelo no alcanzaba para pagar los estudios, los jesuitas acordaron concederle una de las restringidas becas de la escuela. Sin embargo, tampoco fue suficiente, y entonces el alcalde que tenía empleado a mi abuelo aportó lo que faltaba, pero con la condición de que mi padre trabajaría para él durante cinco años después de terminar sus estudios.

Así, fue el primero en practicar las leyes gratuitamente, trabajando en la húmeda y oscura sala exterior del despacho del alcalde, donde preparaba a su patrón todos los memoriales y los sumarios. Al tercer año de pagar la deuda, él tenía veintitrés, la peste asoló Curatu.

La trajo un barco de limpias y blancas velas que se deslizaba con agilidad entre las olas que cubrían de espuma la proa. Sin embargo, llevaban enfermos en las bodegas, pero cuidándolos en secreto, y a los tres días la mayoría de los habitantes de la ciudad, unos tres mil, agonizaban o habían muerto.

En la mañana del primer día, el alcalde entró en la habitación en cuyo extremo más alejado, sentado ante su pupitre, trabajaba mi padre. Era evidente que el hombre estaba agitado, pero mi padre no le preguntó nada, pues a su excelencia no se le hacían preguntas. Inclinó la cabeza sobre los libros de leyes e hizo como si no lo viese.

El alcalde se colocó detrás de él, y después de contemplar unos momentos lo que hacía, le dijo:

—¿Jaime?

Mi padre levantó la cabeza.

—¿Sí, excelencia?

—¿Ha estado usted en Bandaya?

—No, excelencia.

—Hay un asunto allí… —explicó el alcalde—; una cuestión de derechos de tierras. Mi buen amigo Rafael Campos tiene contra él a las autoridades locales.

Mi padre esperó pacientemente.

—Tendría que ir yo —continuó su superior—, pero aquí hay asuntos urgentes…

Calló como si dudase. Mi padre no respondió. Conocía todos los asuntos del despacho y sabía que no había ninguno importante. Pero Bandaya estaba a seiscientos kilómetros en lo alto de la montaña, y el viaje resultaba muy pesado; además, corrían rumores de que grupos de bandoleros que tenían su guarida en los montes asaltaban a los viajeros.

—Es un caso muy importante —siguió explicando el alcalde—. Y el señor Campos es un viejo amigo mío. Desearía ayudarle en la parte legal —hizo una pausa

y miró a mi padre—. Creo que lo mejor sería que usted fuera para allá esta misma mañana. Ya he ordenado que le ensillen un caballo mío.

—Sí, excelencia —respondió mi padre levantándose—. Iré a casa a buscar algunas cosas y estaré listo dentro de una hora.

—¿Sabe de qué trata el asunto?

—Seguro, excelencia. Yo escribí su instancia de petición, hace dos meses.

El alcalde respiró aliviado.

—Oh, sí, sí… Lo había olvidado.

No era cierto. Él sabía que desde hacía dos años todas las instancias y las peticiones habían salido de la pluma de mi padre.

—Bien, ¿le dirá al señor Campos cuánto siento no poder ayudarle personalmente?

—Seguro, excelencia —lo tranquilizó mi padre.

Entonces entró en el despacho exterior, donde su padre, mi abuelo, estaba copiando una ejecutoria.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Me voy a Bandaya, papá.

Mi abuelo sonrió.

—… tá bien. Es una gran oportunidad. El señor Campos es un gran hombre. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, papá. Me voy. Adiós, papá.

—Ve con Dios, Jaime —le despidió su padre a la vez que reanudaba su trabajo.

Mi padre cogió el caballo del establo del alcalde y se dirigió a su casa. Esta vez no tuvo que hacer a pie los dos kilómetros de distancia.

Su madre, que estaba tendiendo la colada en el patio delantero, volvió la cabeza al oír las pisadas del caballo; rápidamente le explicó que tenía que partir, y ella, lo mismo que su padre, se congratuló de la gran oportunidad. Le ayudó a escoger las dos mejores camisas y el traje menos usado, además de otras prendas necesarias, y metieron toda la ropa en una vieja maleta.

Salieron al patio en el mismo momento en que un barco, con las blancas velas desplegadas, pasaba por delante del rompeolas y entraba en el puerto. Ella se detuvo mirando al mar.

—¡Mira!

Jaime sonrió. Su madre le había contado repetidas veces que el padre de ella acostumbraba a subirla a una colina para que viese los barcos, y le aseguraba que un día llegaría un barco de velas blancas y los llevaría a otro hogar, a un hogar donde los hombres no tendrían que mendigar de rodillas el pan de cada día.

Su padre hacía mucho tiempo que había muerto, pero ella seguía con su sueño, y ahora era el hijo el depositario, y sería él quien los llevaría a la libertad con su energía y sus conocimientos.

—Al abuelo le hubiera gustado este barco —comentó Jaime mientras se acercaban al caballo, el cual estaba paciendo la tierna hierba que crecía junto a la

valla. Ella rio:

—Tú eres mi barco de velas blancas.

Mi padre la besó y montó, dirigiendo al animal hacia el camino que pasaba por detrás de la casa. Desde el regazo de la montaña miró hacia atrás, y vio que su madre aún seguía de pie en el patio, contemplándole. Agitó el brazo y ella le respondió, adivinando, sin verla, la sonrisa de ella y su blanca dentadura. Se despidió de nuevo con un ademán y el caballo reemprendió el camino.

Mientras avanzaba vio que el barco se dirigía hacia los muelles, y los marineros, como hormigas afanosas, trepaban por los mástiles, arriando el juanete, que cayó a la vez que el viento lo azotaba, pareciendo una ola de tela; cuando vio sobre la cubierta el trinquete, volvió la espalda al navío, que atracó de costado, al mismo tiempo que arriaban todas las velas, viéndose solo los mástiles.

Cuando, dos meses más tarde, volvió a Curatu, el barco todavía estaba en los muelles, pero ya no era más que una masa de astillas, de madera quemada; era lo que quedaba de aquel buque que había surcado los mares más lejanos y había llevado la muerte a la ciudad. De su padre y su madre no halló ni rastro.

Cuando un criado le vino a notificar que un extraño bajaba de la montaña a caballo y se dirigía a la hacienda, el señor Rafael Campos cogió unos gemelos y salió a la galería. Vio a un hombre de tez oscura, polvoriento el traje y montado en un caballo negro, que sorteaba el intrincado y espinoso camino del monte. Movió la cabeza con satisfacción, pero los criados estaban alerta, pues nunca se era lo bastante precavido con los bandoleros que merodeaban por aquella comarca.

Volvió a mirar al forastero. El jinete cabalgaba con mucho cuidado. El señor Campos dejó los gemelos y se sacó el reloj de oro del bolsillo. Eran las diez y media de la mañana; pasaría su buena hora y media antes de que el hombre llegase a la hacienda, casi a la hora de comer. Dio unas palmadas.

—Pon otro plato en la mesa —le ordenó al criado.

Seguidamente entró en la casa para cambiarse de ropa.

Habían pasado casi dos horas cuando mi padre llegó a la hacienda. Don Rafael estaba sentado en la galería, debajo de un toldo y con un impecable traje blanco del mejor corte; la rizada pechera de su blanca camisa de seda y la corbata de lazo negro acentuaban su distinguido y delicado rostro. Llevaba un bigote recortado a la última moda española, y el cabello y las cejas tenían un leve tinte gris.

Don Rafael se puso de pie al tiempo que mi padre desmontaba. Notó con satisfacción que el traje de este estaba limpio y cepillado y sus botas relucían. Mi padre se dio cuenta de la rápida inspección y se congratuló de haberse parado para ponerse presentable.

El señor Campos se adelantó hasta las escaleras mientras mi padre subía.

—Bienvenido, señor. —Fue saludado cortésmente, según costumbre de la

montaña.

—Mil gracias, señor —respondió mi padre—. ¿Tengo el honor de dirigirme a su excelencia don Rafael Campos?

Ante el gesto afirmativo, mi padre se inclinó.

—Jaime Xenos, de la oficina del alcalde, a su servicio.

Don Rafael sonrió.

—Entre —le dijo extendiéndole la mano—. Es un honor para mi casa.

—El honor es mío, señor.

Don Rafael dio unas palmadas y un criado acudió corriendo.

—Un refresco para nuestro huésped, y cuiden de su caballo.

Se llevó a mi padre a la sombra de la galería y le rogó que se sentase, y al hacerlo vio el rifle y las dos pistolas que había en el suelo, cerca de la silla del señor Campos, quien se dio cuenta de su mirada.

—En las montañas nunca se es demasiado precavido.

—Comprendo —dijo mi padre.

El criado llegó con las bebidas, y mientras bebían mi padre le presentó las excusas del alcalde, que el señor Campos consideró innecesarias, diciendo estaba más que satisfecho con mi padre, y que tenía la seguridad de que llevaría el asunto a su completa satisfacción. Seguidamente entraron a comer, y más tarde don Rafael rogó a mi padre que fuera a su habitación a descansar, opinando que quedaba tiempo al día siguiente para discutir de negocios, y añadió que su huésped debía hacerse a la idea de que estaba en su casa. De ahí que hasta la noche, cuando la cena, mi padre no conoció a mi madre.

Sin embargo, desde la ventana de encima de la galería, ella ya había visto al jinete que llegaba, y con el silencio de la tarde oyó claramente la conversación que tuvieron.

—Es alto y atractivo, ¿verdad? —dijo una voz detrás de ella.

María Isabel se volvió. Doña Margarita, la hermana de su madre, que le hacía de dueña y llevaba la casa desde que la madre murió, estaba allí.

María Isabel se ruborizó.

—Pero es muy moreno.

—Tiene sangre negra —informó la tía—. Pero eso no importa. Se dice que son estupendos como maridos y como amantes. —Se colocó delante de su sobrina y miró por la ventana abierta—. Muy hombre.

La voz de don Rafael invitando a su huésped a que descansase hasta la hora de cenar llegó hasta ellas.

Doña Margarita, al retirarse de la ventana, aconsejó a su sobrina:

—Vete a la cama y descansa durante la tarde. No dejes que nuestro huésped te vea sofocada y cansada por el calor del día.

María Isabel protestó, pero hizo lo que le había aconsejado. También a ella la había impresionado el alto y moreno forastero, y quería que la viese con el mejor

aspecto posible. Entró en su dormitorio y se quitó el vestido, acostándose en seguida y disfrutando de la fresca penumbra. Sin embargo, no dormía. Sabiendo que él era abogado, se dijo que tendría instrucción y modales. No como los hijos de los granjeros y plantadores que vivían cerca de la hacienda, ásperos y vulgares, solo interesados por las armas y los caballos, y sin posible conversación con ellos. Sabía que debía darse prisa en escoger, pues tenía ya diecisiete años y su padre empezaba a apremiarla. Un año más y se vería clasificada de solterona, condenada a una vida como la de doña Margarita. Pero su caso era peor, porque ella era hija única y no tenía hermanos ni hermanas que pudiesen darle sobrinos a quienes cuidar. Sería agradable casarse con un abogado, pensaba mientras se adormilaba, y vivir en la ciudad, donde una encuentra gentes distintas e interesantes.

No menos intrigado se sintió mi padre cuando vio a la esbelta jovencita que bajó a cenar, con un vaporoso vestido blanco que realzaba sus ojos oscuros y el carmesí de los labios. Sintió un estremecimiento al contemplar el grácil cuerpo y el contorno de los senos bajo el corpiño.

María Isabel casi no habló durante la cena. La pasó oyendo a medias la voz familiar de su padre, y deleitándose con el cálido y ligero tono sureño de su huésped. El modo de hablar de la costa era mucho más suave que el de la región montañosa.

Después de la cena los hombres se retiraron a la biblioteca para fumar y beber una copa de coñac, y más tarde se reunieron con ellas en el salón de música, donde María Isabel tocó algunas melodías populares al piano. Al cabo de media hora, notando el desasosiego de su invitado, empezó a interpretar a Chopin.

De pronto, mi padre escuchó con atención. En él latía una honda pasión por la música, y se puso a contemplar a la muchachita, la cual parecía más pequeña ante el gran piano. Cuando terminó la aplaudió entusiasmado.

Don Rafael aplaudió también, pero más por cortesía que por gusto. Consideraba a Chopin bastante frívolo y casi inmoral, y él prefería la música grave. Los salvajes ritmos del pueblo no los tomaba en cuenta. Su hija se levantó del piano ruborizada y hermosa.

—Hace mucho calor aquí —exclamó abriendo su pequeño abanico de encaje—. Voy a salir al jardín.

Mi padre se levantó en el acto y se inclinó ante don Rafael.

—¿Con su permiso, excelencia?

Don Rafael asintió cortésmente.

Mi padre ofreció el brazo a la muchacha, y ella lo aceptó sonriendo. Doña Margarita los siguió discretamente, a unos tres pasos de distancia.

—Toca el piano muy bien —le dijo mi padre.

—De ninguna manera; no tengo mucho tiempo para practicar, y nadie con quien aprender.

—Pues a mí me parece que sabe mucho.

—En música siempre se sabe poco —respondió ella a la vez que se quedó

mirándole—. He oído decir que es como la ley. Siempre se tiene que estudiar y aprender.

—Es verdad —admitió mi padre—. La ley es un dueño inflexible. Constantemente cambia. Nuevas interpretaciones, nuevas revisiones, incluso nuevas leyes.

María Isabel hizo un gracioso gesto de admiración.

—No comprendo cómo se puede meter tantas cosas en la cabeza.

Él bajó la vista, preso en la maravilla de aquellos ojos. Como ha venido sucediendo desde el principio de los siglos, y aunque no lo sabía, estaba perdido.

Se casaron casi un año después, cuando mi padre volvió de Curatu con la noticia del fallecimiento de sus padres. Fue mi abuelo, don Rafael, quien primero sugirió que se quedara en Bandaya a ejercer su profesión. Había ya dos abogados, pero uno era muy viejo y estaba a punto de retirarse. Casi al año justo nació mi hermana.

Nacieron otros dos hijos entre mi hermana y yo, pero los dos nacieron muertos.

Por aquel tiempo mi padre se interesó por el estudio del griego. Mi abuelo dejó una buena biblioteca que su hijo se llevó de Curatu.

Fue doña Margarita quien primero me contó la historia de mi nacimiento y mi bautizo. Cuando las comadres y el médico bajaron a darle la feliz noticia, mi padre hincó una rodilla dando las gracias a Dios. Primero, por el hecho de ser un chico (los otros partos fueron niñas), y segundo, porque se me veía fuerte y rebosaba salud, y por lo tanto viviría.

Casi inmediatamente empezaron las discusiones acerca del nombre que había que ponerme. Don Rafael no quería oír hablar del asunto, pues insistía en que tenía que llamarme como su padre, y el mío no daba el brazo a torcer, y quería que me llamase como el suyo. No había manera de que se entendiesen.

Fue mi madre quien calmó la tormenta.

—Le pondremos un nombre de cara al futuro y no al pasado —propuso—. Un nombre que englobe nuestras esperanzas en su porvenir y signifique algo para todo el que lo oiga.

Esto aguzó el romanticismo y la formación cultural de mi padre y los impulsos dinásticos de mi abuelo, y así fue como mi padre redondeó el nombre: Diógenes Alejandro Xenos.

Diógenes por el personaje que, según la fábula, buscaba la verdad, y Alejandro por el conquistador del mundo. La explicación era simple, y así lo hizo constar mi padre cuando me tenía en sus brazos ante la pila bautismal:

—Con la verdad, conquistará el mundo…

cuatro

Me desperté cuando el primer destello de luz de la mañana entró en mi habitación. Permanecí unos momentos en la cama y seguidamente me levanté y fui a la ventana.

El resplandor del sol naciente asomaba por detrás de las montañas, pero al no llevar más que el camisón, el fresco de la noche hizo que me estremeciese. De repente, tuve ganas de orinar.

Regresé junto a la cama y saqué de debajo de ella el pequeño orinal. Mientras expelía la orina me preguntaba si mi papá, ahora que solo habíamos quedado los hombres en la casa, me regalaría un orinal más grande. Me sentí más cómodo después de haberme aliviado y puse el cacharro otra vez en su sitio, hecho lo cual retorné a la ventana.

Al otro lado de la carretera que pasaba frente a la casa se veían pequeñas hogueras, de las que salía una débil columna de humo, y alrededor de ellas, envueltos en sus sucias mantas, dormían los hombres del general. Ningún ruido turbaba el silencio. Después de un rato me quité el camisón y me vestí: pantalones, zapatos y la camisa india de lana que me regaló la Perla cuando mi cumpleaños. Ya en la planta baja, vi que tenía hambre. Sara, que fue la ayudante de Perla, estaba encendiendo el fuego cuando entré. Me miró con su redondo e impasible rostro.

—Tengo hambre —dije—. ¿Ahora vas a ser tú la cocinera?

Afirmó con la cabeza. Sara nunca hablaba.

Me senté a la mesa y ordené autoritario:

—Quiero una tortilla con jamón.

Asintió de nuevo, cogió una sartén negra y echó en ella dos pellizcos de grasa, añadió unos cachitos de jamón que cortó de un pernil colgado del techo, y después, tres huevos. Yo la miré satisfecho. Era mucho mejor que la Perla, pues esta no solo no me habría hecho la tortilla, sino que me habría obligado a comer gachas. Entonces decidí llegar a la prueba suprema.

—Café con leche.

El chocolate era lo único que Perla o mi madre me habrían consentido.

Sara me puso el café delante, sin decir una palabra. Después de echarle las tres cucharadas de azúcar moreno, que le dieron el sabor apetecido, me lo bebí saboreándolo a sorbitos. No era que me gustara mucho el café, pero me parecía que bebiendo café yo era ya mayor.

La tortilla que hizo Sara fue como acostumbraba Perla a hacerlas: dorada y bien cocida. Esperé que se enfriara un poco y cogí un trozo con los dedos mientras miraba a Sara con el rabillo del ojo. Siguió sin decir nada, a pesar de que yo no usara ni el cuchillo ni el tenedor que había junto al plato. Se quedó de pie, mirándome con una rara expresión. Al acabar me levanté y me fui al grifo, para lavarme las manos y la

boca, secándome con la toalla que ella me tendió:

—El desayuno ha sido muy bueno —le dije.

Su expresión me recordó la que le vi cuando los bandoleros la acorralaron en la bodega: inescrutable.

En un impulso repentino le levanté la falda y miré. No tenía ninguna señal en los muslos, ni rastro del atropello.

Dejé caer la falda y la miré el rostro.

—¿Te hicieron daño, Sara? —pregunté.

Ella denegó con la cabeza.

—Me alegro.

Noté un débil brillo de lágrimas en sus ojos y le cogí una mano.

—No llores, Sara. No permitiré que lo hagan de nuevo. Los mataré si lo intentan.

Impulsivamente me rodeó el cuello con los brazos y me estrechó contra su pecho. Sentí el calor de sus senos en mi rostro y los latidos de su corazón. Sollozaba convulsivamente, pero sin casi oírsela.

Estaba inmóvil en sus brazos, y lo único que acerté a decirle fue:

—No llores, Sara. Por favor, no llores.

Después de un momento me soltó. Me quedé de pie, pero ella se apartó rápidamente y de espaldas a mí añadió troncos al fuego. Sin saber qué decir, salí afuera.

La casa estaba silenciosa. Atravesé el comedor y el salón y por la puerta principal salí a la galería.

En la carretera empezó el movimiento. Los bandoleros se despertaban, y los rayos del sol atravesaron el patio y avanzaron hacia la casa. De pronto un ligero ruido en el extremo de la galería me llamó la atención.

Aquella parte estaba todavía sumida en las sombras, pero distinguí el brillo de la punta de un cigarro, y la silueta de un hombre sentado en la silla de mi padre, aunque era imposible que fuera él, pues nunca fumaba tan temprano.

Una vez entré yo en la región de las sombras, pude ver su rostro mucho mejor, y unos ojos grises que me miraban fijamente.

—Buenos días, señor general —saludé cortésmente.

Él respondió con igual cortesía:

—Buenos días, soldadito.

Dio una chupada al cigarro y lo dejó sobre el borde de la mesa.

—¿Cómo estás esta mañana?

—Bien —repliqué—. Me he levantado temprano.

—Ya lo sé. Te he oído en la ventana de arriba.

—¿Ya estaba usted de pie? —pregunté sorprendido, pues yo no había oído nada.

Mostró su dentadura menuda y bastante blanca al sonreír levemente.

—Los generales, como los chicos, tenemos que levantarnos a la salida del sol, para ver qué nos deparará el día.

No respondí. Miré hacia la carretera, al campamento de los soldados, y comenté:

—Esos dormían aún.

Su voz tuvo un leve acento de desprecio al responder:

—¡Campesinos! No piensan más que en la comida. Y duermen tranquilos porque saben que alguien se ocupará de que mañana no les falte. ¿Has comido? —Cogió el cigarro de nuevo.

—Sí. Sara me hizo el desayuno. Estaba llorando.

—Las mujeres siempre lloran —dijo con indiferencia—. Lo superará.

—Yo no lloro.

Me miró un instante antes de responder.

—No; tú eres un hombre, y los hombres no lloran por lo que ya no tiene remedio.

—Papá lloró —dije—, ayer, en el cementerio.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta cuando recordé el pálido sol que apenas podía desvanecer las sombras del pequeño cementerio que había detrás de la casa, el chirrido de la puerta de hierro y el sordo ruido de la tierra cayendo sobre los ataúdes, seguido del rumor de los latines del sacerdote en medio del frescor de la mañana. Tragué saliva.

—Yo lloré también.

—Es natural —admitió el general gravemente—. También a mí se me saltaron las lágrimas. —Dejó el cigarro de nuevo y cogiéndome una mano me atrajo hacia él—. Pero esto fue ayer. Hoy somos hombres de nuevo y no es hora de llorar.

Incliné la cabeza.

—Eres un chiquillo valiente. Me recuerdas a mis hijos.

Seguí sin hablar.

—Uno es un poco mayor que tú y el otro tiene un año menos. También tengo una niña de cuatro años —sonrió y me subió a sus rodillas—. Viven en las montañas.

Por encima de mi cabeza miró hacia los montes.

—Allá están a salvo —sus ojos se posaron de nuevo en mí—. ¿Te gustaría visitarlos alguna vez? Hay mucho trabajo en las montañas.

—¿Podría tener un caballo? —pregunté rápidamente.

—Tan pronto no. Quizá cuando seas un poco mayor. De momento montarías un burro muy manso.

—¿Pero sería mío? ¿Solo mío?

—Desde luego —afirmó el general—. Nadie más que tú tendría derecho a montarlo.

—Sería muy bonito —dije gravemente—. Y me gustaría mucho —bajé de sus rodillas y le miré—. Pero ¿qué haría papá? No tiene a nadie más que a mí.

—Creo que lo aprobará. Este próximo año estará muy ocupado y no podrá quedarse aquí. Estará conmigo.

El sol empezaba a asomarse por la esquina de la galería y se sentía ya un poco de calor. De repente se oyeron unos arañazos debajo de nuestros pies, como si alguien

estuviera escondido bajo el suelo de madera del porche. Antes de que me pudiera mover, el general se había levantado con la pistola en la mano.

—¿Quién es? —preguntó con voz tajante.

Hubo más arañazos, y ahora un gemido conocido; bajé corriendo las escaleras y metí la cabeza en una abertura del piso de madera. Un hocico frío y una lengua familiar me mojaron el rostro. Loco de alegría saqué al perrito, sucio por su larga estancia en el escondrijo, y levantándolo al aire, exclamé:

—¡Perro! ¡Perro! Has vuelto.

cinco

Manuel alzó la mano para detenernos y se cruzó los labios con los dedos. Sentado a horcajadas en el caballito, apenas me atrevía a respirar. Miré a Roberto, y también se le veía tenso.

Roberto, el hijo mayor del general Diablo Rojo, tenía casi once años, dos más que yo, y, a pesar de solo tener nueve, le llevaba mis buenas tres pulgadas, lo que causó su envidia, cuando el año anterior se demostró que yo había crecido más que él.

Los otros permanecieron quietos en sus caballos, escuchando. Yo agucé el oído, pero aparte el rumor de las hojas al agitarlas el viento, no pude percibir nada.

—No están muy lejos —murmuró Manuel—. Hemos de movernos en silencio.

—Sería mucho mejor si supiéramos cuántos son —susurró Gato Gordo.

Manuel asintió. Como siempre, Gato Gordo había dado en el clavo. Era un muchacho reflexivo; quizá se debía a lo gordo que estaba. Le era difícil a un hombre de su volumen moverse y por eso se daba a pensar.

—Voy a enterarme —dijo Manuel bajando de su caballo.

—¡No! —exclamó Gato Gordo rápidamente—. Las hojas están secas y su ruido te delataría. En seguida sabrían que estamos aquí.

—¿Cómo nos enteramos, pues?

Gato Gordo señaló arriba.

—Por los árboles —explicó—, como un mono. No se les ocurrirá mirar hacia arriba.

—Pero pesamos demasiado —opinó Manuel—. Una rama que se rompe con nuestro peso y ¡paf!, hombres muertos.

Gato Gordo nos miró a Roberto y a mí.

—Pero esos dos no.

—¡No! —la respuesta de Manuel fue casi una explosión por lo rápida—. El general nos mataría si algo le sucediera a su hijo.

—Dax puede hacerlo —respondió Gato tranquilamente.

Manuel me miró con la duda retratada en el rostro.

—No sé… —dijo vacilante.

Antes de que continuase hablando, me cogí a una rama que caía sobre mi cabeza y, de pie en la silla y a pulso, me encaramé al árbol.

—Iré —exclamé desde arriba.

Roberto me miró hoscamente, con ira. Yo sabía que lo que le irritaba era no haberlo hecho él. Pero las órdenes del general eran muy severas, y había que obedecerle. No se movió.

—No hagas ruido —me advirtió Manuel—. Mira cuántos son y las armas que llevan. Bajas y nos lo dices.

De espaldas a ellos empecé a trepar. Subí hasta unos cinco metros del suelo, y cuando vi que las ramas eran demasiado delgadas, salté a otro árbol, y luego a otro. De este modo avancé rápido, pues, como todos los chicos, había jugado repetidas veces a subir a los árboles. Tardé quizás una hora en vencer los trescientos o cuatrocientos metros de distancia que había hasta el campamento; pero sin el humo de las hogueras que me llegó a través del follaje, habría pasado de largo.

Me detuve en una rama que quedaba encima de sus cabezas, pero el corazón me latía como un tambor, aunque estaba seguro de que no me oirían, pues hablaban como si probasen a ver quién gritaba más. Avancé muy despacio, hasta quedar escondido entre las hojas.

Por las voces que daban se comprendía que estaban seguros de que no les espiaban en una legua a la redonda. Conté cuántos eran y había unos catorce, cuyos uniformes, en rojo y azul, estaban descoloridos y polvorientos. El fuego estaba recién encendido y uno de los hombres se levantó para echarle unas ramas y reavivarlo. Yo me preguntaba por qué no había nadie que preparase la cena, y entonces una mujer entró en el reducido calvero; en el mismo momento, un hombre que había estado echado junto al fuego y que por los galones de sus mangas vi que era sargento, se levantó y le habló con voz que vibró dura en la quietud del atardecer.

—¿Dónde está la comida?

—Ya viene —respondió ella en voz baja.

Poco después llegaron dos mujeres, con una gran cacerola de hierro. El olor del guiso subió hasta mí… y se me hizo agua la boca.

Las mujeres dejaron la cacerola cerca de los hombres y llenaron el plato de cada uno; luego cogieron lo que quedó para ellas y se retiraron unos pasos para comer.

Me aproveché de su preocupación por la comida para desaparecer, pero antes rodeé unos árboles y localicé el lugar donde las mujeres hacían la comida, y no lejos de allí, a unos diez o doce pasos, divisé los restos de otra hoguera, con unas mantas muy cerca, lo que me descubrió dónde dormían. Entonces me fui.

El sol desaparecía en el horizonte cuando llegué adonde me esperaban mis compañeros, y, a pesar de lo ansiosos que estaban, conseguí que no se dieran cuenta de mi llegada hasta que me deslicé en medio del grupo sin el menor ruido. Me enorgullecí cuando vi la sorpresa retratada en sus rostros.

—Catorce hombres al mando de un sargento —informé—. Tienen el campamento casi preparado para pasar la noche.

—¿Qué armas tienen? —inquirió Gato Gordo.

—Vi unos rifles y dos ametralladoras.

—¿Solo dos?

—Es todo lo que vi.

—Me pregunto qué estarán haciendo por aquí —murmuró Gato Gordo.

—Debe ser una patrulla —replicó Manuel—. Siempre las envían para saber dónde estamos, pero nunca lo consiguen —exclamó riendo.

—Catorce hombres y dos ametralladoras —repitió Gato Gordo pensativo—. Y nosotros no somos más que cinco, sin contar los chicos. Mejor sería que nos escapásemos.

—Ahora es tiempo de hacerlo —dije con audacia—. Las mujeres acaban de darles la comida y están demasiado distraídos para oírnos.

—¿Hay mujeres con ellos? —preguntó Manuel sorprendido.

—Sí.

—¿Cuántas?

—Tres.

—¡Desertores! —exclamó Gato Gordo—. Han huido a las montañas con sus mujeres.

—Entonces, quizá sea verdad que el general tiene al ejército en fuga —opinó uno de ellos—. La guerra pronto terminará.

—El ejército aún controla los puertos —replicó Gato Gordo—. No podremos vencer hasta que el general capture Curatu. Una vez les hayamos cortado el camino del mar, los imperialistas yanquis no podrán ayudarlos y tendremos la victoria en la mano.

—No sabía que se estuviera marchando sobre Curatu —dijo Manuel.

—¿Qué vamos a hacer con los soldados? —preguntó el primero, llevando la conversación al tema actual.

—No lo sé… Tienen dos ametralladoras.

—También tienen tres mujeres —añadió Gato Gordo significativamente.

—Los desertores no tienen ánimo para luchar —opinó Diego González—. Hace tiempo que…

Gato Gordo lo interrumpió con una significativa mirada a Roberto y a mí.

—Podríamos capturar las ametralladoras. El general nos recompensaría. ¿Han puesto a alguien de vigilancia?

—No —contesté—. Ahora están todos alrededor del fuego comiendo, sin nadie que vigile. Podía haberme orinado en su cazuela y no lo habrían notado.

Manuel tomó una decisión.

—Los sorprenderemos antes del amanecer, cuando su sueño es más profundo.

Me envolví en la manta resguardándome del frío nocturno. A mi lado, Roberto se movió.

—¿Estás despierto? —susurré.

—Sí.

—No puedo dormir —le dije.

—Yo tampoco.

—¿Estás asustado?

—No —respondió en tono desdeñoso—. Desde luego que no.

—Yo tampoco.

—No puedo esperar a mañana. Voy a matar a uno de esos soldados. ¡Vamos a matarlos a todos!

—¿A las mujeres también? —pregunté.

—No, eso no —dijo desdeñosamente.

—¿Y qué haremos con ellas?

—No sé… —pensó unos momentos—. Supongo que violarlas.

—No me gusta. Eso es lo que le hicieron a mi hermana. Se las lastima.

—Te pasa eso porque eres un crío —contestó despreciativo—. No podrías hacerlo aunque quisieras.

—¿Por qué no?

—Porque eres demasiado pequeño. Tu polla no es lo bastante grande.

—¡No es cierto! —protesté enfadado—. ¡Es tan grande como la tuya! ¡Abulto más que tú!

—Puede, pero ¡tú polla no!

Guardé silencio. Me constaba que eso era verdad. Más de una vez se la había visto. Roberto solía jugar con su miembro viril en el campo que se extendía detrás de la casa, y cuando estaba en erección tenía doble tamaño que el mío.

—Violaré a una de todos modos —aseguré en tono de reto.

Soltó una risita desdeñosa.

—No podrás aunque te empeñes. No se te pondrá dura.

Se enrolló la manta y se cubrió la cabeza.

—Anda, durmamos. Déjame descansar.

Yo permanecía muy quieto mirando a las estrellas. Algunas parecían tan bajas como para cogerlas con la mano. Me pregunté cuáles serían la de mi madre y la de mi hermana. Mi padre me había dicho que se fueron al cielo y que ahora eran estrellas de Dios. ¿Podrían verme esta noche? Finalmente cerré los ojos y me dormí.

Me desperté inmediatamente al sentir el leve roce de la mano de Manuel y me puse de pie al momento.

—Estoy listo. Os enseñaré dónde están.

:—No —replicó Manuel—. Permaneceréis aquí con los caballos. Alguien tiene que vigilarlos o los perderemos.

—Pero…

Manuel me atajó con su voz más firme:

—Tú y Roberto os quedaréis con los caballos. Es una orden y hay que cumplirla.

Miré a Roberto, el cual desvió los ojos. A pesar de lo que había dicho no era como yo. Se le notaba el miedo que tenía, aun cuando los otros no le iban a abandonar siendo quien era.

—Se nos está haciendo tarde —advirtió Gato Gordo.

—Vosotros seguiréis aquí hasta que volvamos —ordenó Manuel—. Si no estamos de regreso antes del mediodía, coged los caballos y os vais a casa. ¿Entendido?

Asentimos en silencio y vimos cómo desaparecían en el bosque, siguiéndoles el crujir de la hojarasca que pisaban. Más tarde no hubo más que silencio.

Roberto se dirigió a mí.

—¿Te parece que vayamos a ver los caballos?

Le seguí y fuimos adonde los animales estaban atados. Pastaban tranquilamente, como si estuviesen en su establo.

—No veo por qué nos tenemos que perder la diversión. Los caballos no pueden ir muy lejos. Están trabados.

—Manuel dijo que teníamos que quedarnos —replicó Roberto.

De repente me sentí intrépido y sin miedo.

—Tú sí, pero yo no —dije.

—Manuel se pondrá furioso.

—No lo sabrá —repliqué—. Yo voy más de prisa por los árboles que ellos a pie.

Trepé al árbol más cercano, y desde una de las ramas bajas le dije:

—¡Ya te contaré lo que suceda!

Roberto, que me estaba mirando fijamente, echó a correr hacia el árbol.

—¡Espera! —gritó—. ¡Voy contigo!

seis

No tardamos tanto como la vez anterior, porque el camino ya no era nuevo para mí. Permanecimos escondidos en los árboles hasta que Roberto me tocó el brazo. Me señaló a Gato Gordo y a Manuel que aparecieron al borde del calvero y se escondieron en seguida entre el ramaje.

Desde nuestro sitio de privilegio vimos cómo los nuestros se distribuían alrededor de los dormidos soldados, quienes vi que no se movían, envueltos en sus mantas al lado del fuego.

A la tenue luz conté doce, y traté de descubrir a los dos que faltaban, pero de repente pensé que debían de estar con las mujeres. Me pregunté si Manuel se habría dado cuenta.

Algo se movió al borde del calvero. Gato Gordo estaba haciendo señales a alguien del otro lado. Miré en aquella dirección y vi que Manuel salía de entre el follaje. Y vi el brillo del ancho machete de Diego, que seguía a Manuel.

Los otros dos estaban detrás de Gato Gordo. Manuel hizo señales con el machete y todos echaron a correr sin hacer ruido. Entonces vi cómo los machetes subían y bajaban vertiginosamente; tan certeros eran los golpes, que cinco de ellos ya estaban muertos cuando los otros empezaron a abrir los ojos.

El ataque fue tan salvaje como eficaz. Dos más murieron cuando trataban de levantarse, y otro cuando trató de ver qué ocurría, y un tercero que se había puesto de rodillas cuando Gato Gordo le dio un machetazo que casi le separó la cabeza del tronco.

Hasta entonces apenas se había producido ningún ruido, aparte de las convulsiones con que se agitaban los agonizantes. Pero uno de ellos, andando a gatas, hizo un intento desesperado para escaparse hacia la espesura. Él seco estampido de un disparo resonó en el bosque, y los pájaros cesaron en sus agudos cantos, mientras el soldado caía de bruces sobre la tierra.

Los dos soldados que quedaban se echaron al suelo con las manos a la cabeza y pidieron piedad, con gritos que resonaron entre la pálida luz de la madrugada que empezaba a filtrarse a través de los árboles. Sin embargo, sus ruegos fueron inútiles, y no hubo vacilación en sus atacantes.

Mientras los hombres recuperaban el resuello, hubo unos momentos de silencio, hasta que Manuel preguntó:

—¿Están todos muertos?

—Sí —respondió Gato Gordo.

—¿Todos, todos? —preguntó de nuevo Manuel.

Silenciosamente contaron los cuerpos. Diego levantó la cabeza de uno al que había dado la vuelta con el pie.

—Aquí hay uno que parece que todavía vive.

—Entonces, ¿qué esperas? —exclamó Manuel.

El machete de Diego centelleó al sol mañanero y la cabeza del soldado fue a parar dos pasos más allá. Sin detenerse a investigar el resultado de su acción, tentó otro cuerpo con el pie y seguidamente se dirigió a donde estaban Manuel y Gato Gordo, quedándose detrás de ellos.

—Aquí solo hay doce —advirtió Gato Gordo.

—Ya lo veo —confirmó Manuel—, y el chico dijo que eran catorce.

—Y tres mujeres —añadió Diego.

—Puede haberse equivocado —opinó Gato—. Recuerda que es un niño.

—No lo creo —respondió Manuel—. Los otros dos se habrán ido con las mujeres.

—No pueden estar muy lejos. ¿Los buscamos?

—No —denegó Manuel—; deben habernos oído, y cualquiera los descubre en esta jungla. Coged las armas y las municiones.

Lio un cigarrillo apoyado de espaldas en un árbol.

Los otros agruparon las armas, y de repente oí un ruido como si saliese del tronco del árbol que nos escondía. Miré hacia abajo y vi al enemigo. Era el sargento, quien había emplazado una ametralladora en dirección al calvero y en aquel momento apuntaba a Gato Gordo. Sin pensarlo, grité:

—¡Cuidado, Gato Gordo!

La reacción de este fue instantánea. Se lanzó veloz y zigzagueando dentro de la espesura, como el animal cuyo nombre llevaba. No así Diego, que con expresión estúpida se quedó mirando al árbol en que yo estaba escondido, y de pronto una ráfaga de balas pareció que lo levantase, dando una trágica voltereta antes de quedar inmóvil en el suelo.

El arma del sargento apuntó en dirección a nosotros.

—¡Huye, Roberto! ¡Huye! —grité saltando a otra rama.

El arma tableteó, pero se detuvo en el acto. Miré hacia abajo y vi al sargento que forzaba con desespero la palanca, pues se le había atascado el disparador. Sin esperar ver más, hui.

Detrás de mí oí un grito de Roberto. Me volví y vi cómo, porque pesaba más que yo a pesar de ser más bajo, se quebraba su rama y caía al suelo, quedando casi a los pies del sargento.

Este arrojó la inútil arma y se lanzó contra Roberto, cogiéndolo por el pecho y levantándolo para que su cuerpo le sirviera de escudo, y en el acto se sacó un cuchillo apuntándole a la garganta. Miró a los demás por encima de la cabeza de Roberto, y vio que Manuel lo apuntaba con su pistola, que Gato Gordo tenía el machete preparado y que los otros dos, tendidos en el suelo, se le iban acercando.

Sin embargo, en aquel momento, era el sargento quien dominaba la situación.

—¡Que nadie se mueva o mato al muchacho!

Manuel y Gato Gordo se miraron aterrados, diciéndose con los ojos mejor que con palabras lo que pensaban. Sabían cuál sería la ira del general. Si algo le sucedía a Roberto era mejor que no volviesen; la muerte en la jungla sería dulce si se comparaba con la represalia del general si volvían sin su hijo. No se movieron. Gato Gordo bajó el machete tocando el suelo con la punta y le dijo en un tono amistoso:

—Si dejas que se vaya nuestro amigo, nosotros no te seguiremos y podrás irte tranquilo.

El sargento rugió rabioso:

—¿Crees que soy idiota? Ya he visto el sistema que habéis empleado con los otros.

—Esto es distinto —replicó Gato Gordo.

Manuel hizo un leve movimiento y la hoja del cuchillo brilló en el mismo instante, y acto seguido brotó una raya de sangre de la mejilla de Roberto.

—¡No te muevas! —gritó el sargento.

Manuel se quedó quieto.

—¡Tira el rifle!

Manuel miró a Gato Gordo, y al ver que asentía con la cabeza dejó caer el rifle.

—Ahora los otros —ordenó el sargento.

Gato Gordo tiró su machete y los otros las pistolas. Al ver las armas a sus pies, un instinto de venganza pasó por los ojos del sargento.

—¡Vargas, ven acá! —gritó sin que acudiese nadie.

siete

El indio Santiago arrancó algunas hojas de un laurel cercano y las trituró, cogió un poco de barro de la fuente e hizo una pasta con el laurel.

—Se lo ponéis en la herida —dijo—; le quitará el dolor.

Roberto y yo seguimos las instrucciones.

—¿Duele? —pregunté, deferente.

—No mucho.

—Nunca me han herido —dije.

Roberto se levantó un poco jactancioso y con la yema de un dedo se palpó la herida.

—Me parece que quedará cicatriz —afirmó, a la vez que me miraba a mí—. Pero a ti creo que no. Los arañazos no son tan peligrosos como la herida de arma blanca.

—¡Oh…! —exclamé con desencanto.

No tendría nada que enseñar como recuerdo de la batalla.

Manuel y Gato Gordo conferenciaban en voz baja junto a un árbol, mirando de vez en cuando a las mujeres que estaban sentadas en un extremo del calvero y a las que vigilaban los hermanos Santiago.

—Me pregunto de qué estarán hablando.

—No lo sé —respondió Roberto, pero no miraba a nuestros compañeros, sino a las dos mujeres—. La más joven no está del todo mal.

—¿Crees que estarán enfadados con nosotros?

—¿Quién? —preguntó Roberto desconcertado. Miró alrededor y comprendió lo que yo quería decir—. No lo creo; si no les llegamos a avisar estarían muertos.

—Sí.

—Piensa que yo salté sobre el sargento para impedirlo.

Miré confuso a Roberto, pues yo creía que se había caído.

—Eres muy valiente.

—Y tú también —y miró de nuevo a las mujeres—. Quisiera que acabaran pronto de hablar. ¡Tengo ganas de trincarme a una!

—¿SÍ?

—Sí.

Manuel y Gato Gordo terminaron de hablar, y Manuel, saltando sobre los cuerpos, vino hacia nosotros. Se detuvo ante el cadáver de Diego.

—¡Pobre Diego! —musitó Santiago al acercársele.

La voz de Gato Gordo no reflejó emoción alguna.

—El memo de Diego. Le advertí muchas veces que no se quedara mirando como un pasmarote. Era un estúpido y aquí está el resultado.

Santiago se estremeció al oírle, y Gato Gordo llegó basta nosotros.

—¿Estáis bien, chicos?

—Sí —respondió Roberto por los dos.

—Bueno, ¿qué os parece si vais a buscar los caballos? Nosotros tenemos que hacer.

Antes de que yo abriera la boca, Roberto preguntó:

—¿Qué vais a hacer con las mujeres?

Gato Gordo lo miró.

—Guardarlas hasta vuestro retorno.

—Yo os ayudaré —decidió Roberto—. Enviad a otro con Dax.

Gato Gordo lo contempló unos momentos y se alejó para hablar con Manuel, y cuando Gato Gordo levantó la voz, Manuel le ordenó que hablase más bajo. Después se nos acercó Gato Gordo.

—Si te dejamos aquí, ¿no dirás nada a la vuelta?

Roberto asintió. Yo no sabía lo que querían decir, pero deseaba quedarme con Roberto, y por eso les prometí no decir nada. Gato me contempló en silencio y luego me dijo:

—Tenemos algo más importante para ti que ir a buscar los caballos. Tienes que vigilar, pues no queremos que el soldado que se escapó vuelva con la tropa y nos sorprenda como el sargento. Sigue adelante unos cientos de pasos y mira bien si aparece alguien.

—No sé… —Miré a Roberto, quien no dijo nada.

Gato Gordo se sacó la pistola.

—Toma. Si ves que se acerca alguien dispara al aire.

Esto me convenció, pues era la primera vez que me permitían llevar una Pistola.

—Ten cuidado —me recomendó Gato Gordo—; no te hieras tú mismo.

—No temas —dije, dándome importancia y observando si los otros me miraban —. Si veo a alguien por los alrededores, os avisaré.

Me habría alejado unos cien pasos cuando les oí que se reían, y me pregunté por qué podían reír, pero como ya no los veía, no lo pude averiguar. Cuando calculé que había andado casi medio kilómetro me subí a un árbol, desde donde dominé bastante terreno.

Pasados unos quince minutos empecé a impacientarme. Si el soldado hubiese estado por allí ya le habría visto, y a Gato Gordo se le había olvidado decirme el tiempo que debía estar. Entonces bajé para ir a preguntárselo.

Cuando ya estaba muy cerca de ellos oí de nuevo las risas. Sin pensarlo, me subí a otro árbol. Intuía que no les iba a gustar mi presencia, pero la curiosidad pudo más que yo.

Estaban reunidos en un extremo del claro y no podía ver qué hacían, porque la copa de un árbol me los tapaba. Cambié entonces de sitio sin hacer el menor ruido y todo lo que distinguí fue un revoltijo de cuerpos. Repentinamente me di cuenta de lo que hacían.

Sin embargo, me pareció todo muy raro. Nada se parecía a lo que yo recordaba. Esas mujeres no gritaban ni se las veía asustadas. Por el contrario, se reían y no parecía que diesen importancia al asunto.

Santiago, el mayor de todos, estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol y un cigarrillo colgándole de los labios. Se le veía muy satisfecho. Me estaba preguntando yo dónde estaría Roberto cuando le vi salir de entre unos arbustos con los pantalones en la mano.

Clavé la vista en su verga. Él tenía razón, pensé con envidia. La tenía mayor, y le sobresalía erecta como una pequeña asta de bandera.

Santiago, el menor, dijo algo a los demás en voz baja. Instantáneamente se hizo el silencio cuando todos ellos se giraron para contemplar a Roberto.

Gato Gordo se incorporó y pude verle su vientre blanco y tirante. Hasta mí llegó su voz bronca:

—Ya es hora. Él general estará satisfecho. ¿Lo veis? Ya casi es un hombre.

La mujer con la que Gato Gordo acababa de yacer le tiró de un brazo, pero él la rechazó de un manotazo.

—¡Puta! —le dijo.

Le dio un empujón y se levantó. Luego le dijo a Roberto:

—Ahora te toca a ti, tal como convinimos.

Roberto miró a las mujeres, las cuales, desnudas, con el cuerpo reluciente de sudor, lo miraban desde el suelo indiferentes.

—Escojo a esta —dijo, señalando a una.

Era casi una niña. Yo, en su lugar, hubiera escogido a cualquiera de las otras, tenían las tetas más grandes, pero era la que Roberto me había dicho que prefería. Noté que le temblaban las piernas a medida que se acercaba a ella. Se dejó caer de rodillas ante la chica. Esta se echó a reír y, atrayéndole hacia sí, le rodeó el cuerpo con sus piernas. Desde mi observatorio distinguía los blancos muslos de la muchacha enlazando a su joven pareja.

Me fijé en los otros. Todos miraban con gran interés, pero, al cabo de un momento, Manuel se echó encima de la mujer que tenía más cerca… y Gato Gordo hizo lo mismo con otra.

Contemplé de nuevo a Roberto y a su pareja. Se estaban abrazando. Empecé a sentir una emoción creciente; tenía la boca muy reseca y apenas podía respirar.

Roberto se puso a gritar, golpeando brutalmente a la mujer al intentar esta huir de su abrazo. Absorto en lo que veía me caí del árbol; intenté cogerme a una rama, pero me decidí demasiado tarde y casi me caí a sus pies.

Manuel se volvió al oírme y exclamó:

—¡Perdido!

Me levanté gritando:

—¡Me mentisteis!

Gato Gordo intervino:

—Creía que estarías vigilando.

—¡Vosotros me mentisteis! —grité de nuevo.

Y me lancé sobre la mujer más próxima, moviendo mis caderas espasmódicamente tal como había visto hacer a Roberto.

—¡Yo también quiero violar a una!

Gato Gordo me arrancó de allí mientras yo insistía:

—¡Dejadme! ¡Dejadme! Si soy capaz de matar a un hombre, también puedo estar con una mujer. ¡Valgo tanto como Roberto!

Pero los brazos de Gato Gordo me tenían amarrado, apretándome contra su pecho sudoroso. Noté el tufo de macho que despedía y de repente se disipó mi furia. Me acarició la cabeza cariñosamente.

—Despacio, gallito —murmuró con suavidad—. Despacio. Todas las cosas vienen a su tiempo, y ¡tú ya no tardarás mucho en ser un hombre!

ocho

Las mujeres estaban nerviosas contemplando a los hombres ya vestidos. Hablaron entre sí y luego la mayor de todas, la que me había arañado, se adelantó para decir:

—No iréis a dejarnos solas en la jungla, ¿verdad?

Mientras terminaba de ajustarse el cinturón, Manuel contestó:

—No fuimos nosotros los que os trajimos aquí.

—Pero aquí moriremos —replicó ella—. No tendremos a nadie que nos proteja ni tenemos nada para comer.

Sin contestar, Manuel sacó la pistola y repuso los cartuchos disparados.

La mujer creyó que su silencio le era favorable.

—¿No nos hemos portado bien con vosotros? —preguntó—. Habéis hecho lo que se os ha antojado sin que nos quejáramos.

Manuel le volvió la espalda y se dirigió a nosotros.

—¿Habéis cogido todas las armas?

—Sí —respondió Gato.

—Pues vámonos —ordenó emprendiendo la marcha.

La mujer corrió detrás de él y lo cogió de un brazo.

—¡Bandoleros! —gritó con el rostro desfigurado por la rabia—. Carecéis de sentimientos. Sois animales. ¿Somos acaso un mero vertedero para vuestra simiente? ¡Alguna de nosotras puede haber concebido un hijo vuestro!

Manuel se desasió violentamente y la mujer reculó unos pasos.

—¡Perro! —le insultó—. ¿Quieres que muramos aquí?

Él la miró largamente, hizo un gesto afirmativo y, levantando la mano que empuñaba la pistola, disparó sobre ella.

La bala la lanzó contra un árbol, al pie del cual cayó de rodillas; segundos después se tendió en el suelo, mientras con una mano arañaba la tierra, agitada en mortales convulsiones.

Manuel contempló el humo que salía de la pistola.

—Las otras se han escapado —le advirtió Gato Gordo.

Miré alrededor y solo vi el leve movimiento del follaje, comprendiendo por dónde habían huido.

—¿Vamos tras ellas?

—No —dijo Manuel enfundando el arma—. Ya hemos malgastado demasiado tiempo con estas putas. Tenemos casi un día de viaje para llegar al valle y poder comer; si no nos damos prisa los encontraremos muertos de hambre.

Gato Gordo sonrió.

—Esto será una lección para estas rameras —dijo cuando ya estábamos en marcha—. Creen que se adueñan de un hombre por el simple hecho de haberlo ceñido con sus piernas.

No entramos en el valle de Bandaya hasta que amaneció el día siguiente. Bajábamos por la falda de la montaña cuando el sol apareció de repente, disipando las nubes, y el valle se extendió a nuestros pies como una hermosa alfombra verde. Yo me erguí en la silla y traté de localizar mi casa. Habían pasado más de dos años desde que la viera por última vez.

Recordé la tarde en que mi padre se decidió. Había estado hablando con el general, sentados en la galería, y miraba indiferente cómo yo jugaba en el patio con Perro, al que le había enseñado un nuevo truco: yo tiraba tan lejos como podía una caña de azúcar, y el perro corría a buscaría, la mordía porque la encontraba dulce y luego me la traía. Lo reviví todo, sin perder ningún detalle, ninguna palabra. Oigo aún a mi padre.

—¿Dax?

Me quedé con e] brazo en alto y a punto de lanzar la caña.

—Sí, papá.

—Ven.

Tiré la caña lejos, y Perro, creyendo que el juego seguía, la recogió y la mascó, y trató de enredármela entre las piernas para hacerme caer, pero no le hice caso y subí a la galería. Veo aún el desencanto con que me miró. Como no se le permitía subir a la galería, le dije:

—Espérame aquí.

Perro se sentó y se puso la caña entre las patas, como si fuera un hueso, moviendo el rabo.

Llegué al lado de mi padre, en cuyo rostro había unas arrugas que antes no le había visto, y su color, habitualmente atezado, tenía un tinte grisáceo. Me quedé de pie ante él.

—El general me dice que te ha hablado de ir a su casa, en las montañas.

—Sí, papá.

—¿Crees que te gustaría?

—Me dijo que podría tener un burro —respondí—, y cuando sea mayor un caballo para mí.

Mi padre no dijo nada.

—También me dijo que tú te irías con él. ¿Tienes que irte? Preferiría quedarme aquí contigo.

Mi padre y el general se miraron.

—No me gusta dejarte, hijo, pero debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Es muy importante —y agregó—: El general y yo hemos hecho un pacto.

Yo apenas comprendía. Mi padre prosiguió:

—El pueblo está oprimido y el hambre y la injusticia son cada vez mayores. Queremos evitar este estado de cosas.

—¿Por qué no traes al pueblo aquí? Hay comida suficiente para todos.

Mi padre y el general se miraron de nuevo. Mi padre me atrajo a su lado y me dijo en tono cariñoso:

—No podemos hacerlo: son demasiados.

Yo conocía a los campesinos del valle, y como no eran muchos, se lo dije a mi padre, quien me miró sonriendo.

—Pero más allá de las colinas hay muchos más.

—¿Cuántos? —pregunté—. ¿Cómo dos veces los de aquí?

Denegó con un movimiento de cabeza.

—Muchos más. Miles y miles. Si vinieran todos aquí no nos quedaría sitio ni para dormir. —¡Oh…!

Intenté imaginarme lo que sería si fueran tantos como decía mi padre, pero un pensamiento más agudo me hizo preguntar:

—¿Te vas con el general porque eres su prisionero?

—No —respondió mi padre—. El general y yo somos amigos y creemos que debemos ayudar al pueblo.

—Entonces, ¿serás un bandolero como él?

—El general no es un bandolero.

—Pero sus hombres sí —repliqué yo.

—Ya no. Los bandoleros han sido admitidos en su ejército. Son guerrilleros.

—El ejército tiene uniformes rojos y azules, y ellos no —argüí—. A mí me parecen bandoleros.

—Algún día tendrán su uniforme —interrumpió el general.

—Ah… —exclamé viendo su rostro impasible—. Entonces será diferente. Entonces ya parecerán un ejército.

Se oyó el ruido de cascos de caballos y miramos hacia la carretera. Era mi abuelo, don Rafael. Yo salté de las rodillas de mi padre y gritando corrí a su encuentro.

—Hola, abuelo; hola…

Usualmente respondía a mis gritos con otro de salutación, pero esta vez no respondió. Cuando desmontó le vi sombrío y los labios apretados endureciéndole el rostro.

Mi padre se levantó mientras mi abuelo subía los escalones.

—Bienvenido, don Rafael.

Este no respondió al saludo y se le quedó mirando con unos ojos fríos como el cristal.

—He venido a buscar a mi nieto —exclamó.

Yo, que estaba a punto de correr hacia él, me detuve al notar el tono de su voz, y

les miré a los dos.

Mi padre, cuyo rostro me pareció más gris, adelantó una mano y me atrajo hacia él. Sentí cómo temblaba mientras me apretaba el hombro.

—No creo que el valle sea seguro para mi hijo cuando yo me haya ido.

—Has perdido todos tus derechos sobre él —continuó mi abuelo con la misma voz glacial—. Aliándote con los asesinos de su madre 110 puedes considerarte como su padre. Cuando uno se junta con la chusma… ¡se convierte también en chusma!

Sentí cómo los dedos de mi padre se contraían sobre mi hombro; sin embargo, el tono tranquilo de su voz no cambió.

—Lo ocurrido fue un accidente y los culpables ya pagaron.

El abuelo respondió casi con un aullido:

—¿Acaso pagando me han devuelto a mi hija, a tu esposa? ¿Y a tu hija? Mueren las dos, y al día siguiente conciertas una alianza con sus asesinos. ¿Acaso quieres que tu hijo viva con ellos?

Mi padre no respondió.

—No estarás satisfecho hasta que lo hayas convertido en lo que ellos son. ¡Unos asesinos, terroristas y violadores!

Mi abuelo se dirigió hacia mí, pero mi padre me empujó detrás de él.

—Es mi hijo —continuó con la misma serenidad—. No dejaré que se quede aquí porque les valdría de rehén contra mí si el ejército lo cogía. En las montañas estará a salvo.

—¡Sangre negra! —le escupió mi abuelo—. ¡El hijo de un hijo de esclavos! ¡Lo más bajo de todo! Pensé que eras un hombre cuando permití que te casaras con mi hija. Pero veo que me equivoqué. No hay nivel al que no podáis descender para inclinaros ante vuestros conquistadores. ¡Lo mismo que vuestros antepasados hicieron con sus dueños!

De repente, el general se levantó de la silla.

—¡Ya basta, viejo! —exclamó.

Mi abuelo le dirigió una mirada llena de desprecio.

—¡Bandolero! —le apostrofó, y su término me pareció el mayor de los insultos que yo había oído.

—¡He dicho que basta, viejo! —exclamó rojo de ira—. ¿No es suficiente que os amparemos a vosotros y a vuestras propiedades? ¿O acaso buscas la muerte?

El abuelo le volvió la espalda y se dirigió a mi padre.

—Si quieres a tu hijo, dámelo antes que sea demasiado tarde.

Mi padre negó con un movimiento de cabeza.

—¡Fuera! —ordenó el general—. Váyase antes de que se me agote la paciencia y me olvide de los favores que su yerno obtuvo para usted.

El abuelo se encaró con él.

—No necesito ni sus favores ni su paciencia. He visto a muchos como usted a lo largo de los años. Estoy seguro que viviré lo suficiente para ver su cabeza en la punta

de una lanza, lo mismo que he visto otras.

Erguido y con altivez les volvió la espalda. Lo veo aún con su traje blanco como la nieve de los montes. Bajó la escalera, puso el pie en el estribo y ya en la silla hizo caracolear al caballo. Luego dijo:

—El ejército vendrá algún día y entonces veremos lo valientes que sois.

Me miró y dulcificó la voz.

—Adiós, mi niño; lo siento por ti —fueron sus últimas palabras. Un adiós triste.

Espoleó al caballo y reemprendió el camino. Me quedé mirando la nube de polvo que levantaba el animal al galopar por la carretera, hasta que desapareció de mi vista. Me volví hacia mi padre y vi que sus ojos tenían la misma triste expresión que los de mi abuelo. De repente me cogió en brazos y me estrechó contra él.

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío! —exclamó—. Dios quiera que lo que he hecho sea lo mejor para ti.

El general dio unas palmadas y en seguida apareció corriendo un hombre. Era alto y el más gordo que había visto en mi vida, pero corría con una agilidad que me recordó a las cabras monteses brincando por las montañas.

—Sí, excelencia.

—Gato Gordo —ordenó el general—, recoge tu impedimenta y llévate a este chico a las montañas. Te encargo de su cuidado y serás responsable de cualquier cosa que le ocurra.

—Sí, excelencia. —El hombre se inclinó y luego, volviéndose, me miró. Preguntó en tono respetuoso—. ¿Estás listo para viajar?

Mi padre miró al general.

—¿Tiene que irse ahora?

El general asintió.

—El peligro aumenta a cada momento que pasa.

Suavemente mi padre me dejó en el suelo.

—Ve adentro y dile a Sara que empaquete toda tu ropa.

—Sí, papá —dije obedientemente, y me dirigí a la puerta.

—Date prisa, niño —añadió Gato Gordo—. Sería mejor que al llegar la noche ya estuviésemos en las montañas.

Yo era demasiado tímido para tener una conversación con él, pero ya de noche, cuando un insecto me despertó, me levanté asustado y me fui a él gimiendo.

—Tengo miedo, Gato Gordo.

Él puso su mano sobre la mía.

—Coge mi mano, pequeño —me dijo en tono tranquilizador—. Y verás cómo llegarás sano y salvo a las montañas.

Reconfortado por su mano cálida, cerré los ojos y me dormí.

Desde todo esto habían pasado más de dos años, y ahora el sol alumbraba el valle, ofreciéndonos una maravillosa perspectiva. Bajando por la ladera sentí una extraña excitación al pensar que después de tanto tiempo volvía a verme otra vez en mi casa.

El abuelo recobraría su tranquilidad al no tener que sufrir ninguna angustia por mí.

nueve

Descendíamos por el camino que rodeaba la montaña cuando Manuel levantó una mano. Nos detuvimos, y él, apeándose del caballo, se tendió en el suelo, pegando el oído en la dura tierra. Escuchó unos momentos y levantó la cabeza.

—Gato Gordo, ven y escucha.

Gato escuchó y casi inmediatamente se levantaron y montaron en los caballos.

—Hemos de salir de la carretera y escondernos —ordenó Manuel—. Se oye el galopar de muchos caballos.

Gato tendió la vista alrededor.

—Parece que la montaña está libre.

—Entonces retrocedamos —decidió Manuel, a la vez que hacía volver la grupa al caballo.

Yo había jugado muchas veces en aquellos lugares, y dije:

—Más adelante, pasada la primera curva, hay un bosquecillo, y muy cerca encontraremos una cueva donde podemos escondernos.

—¿Cabrán los caballos?

—Papá decía que allí podría esconderse un ejército.

—Apresuraos, pues —ordenó Manuel—. Nosotros seguiremos.

Pegamos unos espolazos y en seguida llegamos al bosque que les había anunciado, y poco después estábamos en la boca de la cueva.

—Aquí es —dije.

Manuel bajó rápidamente del caballo.

—¡Tú y Roberto meted los caballos en la cueva! —ordenó—. Los otros venid conmigo; vamos a borrar las huellas que hemos dejado.

En un instante todos descabalgamos y nosotros entramos con los animales en la cueva. Primero se agitaron y empezaron a retroceder ante la oscuridad, pero los tranquilizamos en un momento. Roberto les trabó las patas con una cuerda que ató a una roca, y después salimos de la cueva.

Gato Gordo y Santiago barrían con ramas las huellas que dejamos antes de llegar al bosque, y Manuel y Santiago, el joven, montaban una de las ametralladoras en el trípode; luego la cogieron entre los dos y la emplazaron en la boca de la cueva. Cuando los otros borraron totalmente las huellas, vinieron para ver la ametralladora, y quedaron satisfechos. Gato Gordo se colocó detrás y comprobó el punto de mira, haciendo un ademán de aprobación.

Manuel se dirigió a Santiago, el joven, indicándole un árbol cercano:

—Súbete a ese árbol y cúbrenos con el rifle si hay jaleo.

Casi antes de acabar la frase, Santiago ya estaba arriba; las ramas se movieron unos instantes y después lo taparon.

—Vosotros, a la cueva —nos ordenó.

Antes de que pudiéramos protestar, Gato Gordo levantó una mano; nos quedamos quietos escuchando, pues el ruido de cascos se oía claramente.

—Son más de veinte —calculó, y al mismo tiempo nos hizo un ademán para que nos echásemos al suelo.

Andando a gatas, Manuel fue hasta el extremo del bosquecillo, y levantó la cabeza para ver bien la carretera. Yo también intenté ver algo, pero la curva del cerro me escondía el camino.

El ruido de los cascos crecía y la cabeza de Manuel desapareció. Siguieron oyéndose cada vez más cerca, pasaron por delante de nosotros como una tromba y se perdieron en seguida, lejos.

Manuel volvió corriendo.

—Caballería —informó—. ¡Un escuadrón entero! Conté treinta y cuatro.

Gato Gordo lanzó un silbido.

—¿Qué estarán haciendo aquí? No se tenía noticia de que hubiese militares en Bandaya.

Manuel se encogió de hombros.

—Pero están aquí.

El distante sonido de una corneta llegó hasta nosotros, luego reinó el silencio. Manuel continuó escuchando un momento más, luego se sentó detrás de la ametralladora, liando un cigarrillo y con semblante pensativo.

—¡Eh, Joven! —llamó en voz baja pero penetrante—. ¿Ves algo?

—Nada. La carretera está libre.

—¡La carretera no, idiota! ¡El valle!

Al cabo de unos momentos se le oyó de nuevo.

—Se ve humo, pero está demasiado lejos para poder decir qué es lo que se está quemando.

—¿Se ve algo más?

—No. ¿Puedo bajar ya?

—¡Quédate ahí!

—Me duelen los cojones de estar a horcajadas en la rama.

Gato Gordo soltó la risa.

—No es por la rama por lo que te duelen —se dirigió a Manuel—. ¿Tú qué opinas?

—No sé —respondió Manuel pensativo—. Podría ser un grupo montado de paso por el valle.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Gordo—. ¿Nos vamos a casa?

—Las armas son un flaco sustituto de la comida.

—Pero si hay soldados en el valle…

Manuel lo interrumpió.

—No sabemos que los haya. Los únicos que hemos visto se marchaban.

Gordo se quedó callado; Santiago, el viejo, se sentó enfrente y los tres dejaron de hablar, mirándose unos a otros.

Una presión en los riñones me hacía sentir incómodo.

—Tengo que mear —dije.

Me encaminé a un árbol. Un instante después se me unió Roberto. Allí, de pie, mirábamos los dos amarillentos chorros describiendo un arco, dorado al ser iluminado por el sol. Contemplé el suyo rebosando satisfacción. Roberto podía aventajarme en edad, pero yo lanzaba el chorro a mayor distancia. Él parecía no darse cuenta y estaba a punto de llamar su atención sobre ello cuando el chorro llegó a su fin. Me abroché la bragueta y retorné a la boca de la cueva.

Los tres hombres todavía estaban alrededor de la ametralladora sin decir una palabra. Manuel apagó el cigarrillo y se guardó la colilla en un bolsillo del pantalón.

—Solo hay una manera de saberlo. Uno de nosotros tiene que ir al valle.

—Si hay mis militares, será peligroso.

—Será más peligroso si volvemos sin comida, o con la seguridad de que nos ha sido imposible encontrar nada —replicó Manuel.

—Tienes razón —convino Gato Gordo—. No les gustará.

—En absoluto —añadió Santiago el viejo—. Deben de estar hambrientos.

Los otros dos lo miraron con sorpresa, pues era muy raro que el indio dijera unas cuantas palabras seguidas.

Manuel se encaró con Gato Gordo.

—Irás tú.

—¿Yo? —exclamó Gato—. ¿Por qué yo?

—Tú estuviste en el valle otra vez. Ninguno de nosotros lo conocemos, y por lo tanto es natural que vayas tú.

—Pero no estuve más que un día —protestó Gato, y señalándome, agregó—: El general me mandó que no me separase de este muchacho.

Manuel me miró.

—¿Recuerdas el valle?

—Sí.

—¿Cuánto hay de aquí a tu hacienda?

—Hora y media a caballo.

—¿Y a pie? —preguntó—. Un caballo llamaría demasiado la atención.

—Quizá tres, o más.

Manuel decidió:

—Te llevarás al chico. Te puede servir de guía.

Gato Gordo rezongó.

—Si por lo menos fuésemos con los caballos. Tú sabes de sobra lo que me cuesta andar. Además, sospecho que es muy peligroso. Nos matarán.

Manuel se levantó.

—Entonces no necesitarás los caballos —y añadió con rudeza—: ¡Venga ya!

Gato Gordo se levantó y cogió el rifle.

—¡Déjalo! —ordenó ásperamente Manuel—. Escóndete la pistola debajo de la camisa. Si te encuentras con alguien en la carretera, no serás más que un pobre campesino y su hijo que van a Bandaya. Si te ven con un rifle lo primero que harán será matarte, y luego te preguntarán.

Gato Gordo no parecía muy convencido.

—¿Hasta cuándo nos esperaréis?

Vi cómo Manuel calculaba mirando al sol; después respondió:

—Ahora casi son las ocho. Si el chico está en lo cierto, llegaréis a la hacienda alrededor del mediodía. Si al caer la noche no estáis de vuelta, nos iremos.

Gato lo miró sin una queja. Cada uno sabía lo que pensaba el otro. Si la situación hubiera sido al revés, Manuel habría reaccionado igual. Entonces se dirigió a mí.

—Vamos, chico. Por lo visto también he de devolverte a casa.

—¡Tengo los cojones partidos! —gimió Santiago, el joven, desde la copa del árbol.

Gato Gordo miró hacia arriba, sonriendo perversamente.

—Pobrecito… ¿Quizá te sentirías mejor si vinieras con nosotros a dar un paseíto?

El sol se hallaba en el cénit cuando, escondidos en el campo de caña, contemplamos asombrados el espectáculo que más allá del camino aparecía ante nuestros ojos. Habían incendiado el granero y la colina, y no quedaba más que unos maderos achicharrados y ardientes que me quemaban la cara.

Sintiendo un nudo que me apretaba el pecho, me levanté, pero Gato Gordo me sujetó y me obligó a tenderme en el suelo.

—¡Quieto! Puede haber todavía alguien rondando por ahí.

Lo miré como si nunca le hubiese visto.

—Quisieron quemar mi casa.

Él no respondió. Sus ojos inspeccionaban el camino.

—Por eso tu padre te mandó a las montañas —me dijo secamente.

—Si lo sabía, debió permitir que me quedase, y yo no les hubiera dejado quemar nada.

—Lo habrían quemado igual, y contigo dentro —me respondió muy convencido.

Poco después se levantó.

—Vamos, quizás encontremos algo.

Le seguí, y a medio camino entre la carretera y la casa encontramos un cadáver tendido boca abajo, Gordo le dio la vuelta con el pie y exclamó en tono desdeñoso:

—Un campesino.

Lo reconocí en seguida: era el viejo Sordes, quien nos arreglaba el jardín y las flores de alrededor de la casa. Así se lo expliqué a Gato.

—Más vale así. —Y añadió rotundo tras escupir en el suelo—: De cualquier

modo se habría quedado sin empleo.

Seguimos hacia la casa y al llegar vimos que la galería se había derrumbado al interior de la bodega.

Al contemplar el destrozo sentí que el corazón me latía con violencia.

Contemplamos unos momentos el espectáculo. Gato Gordo empujó una madera con el pie, la cual fue a parar al fondo de la bodega y casi inmediatamente surgió una llamarada. Luego nos dirigimos a la parte trasera de la casa.

—Quizá haya alguien en la bodega —le dije a Gato.

—Si ha quedado alguno estará bien cocido…

Hasta que llegamos al patio que separaba la casa del granero no vimos a las dos mujeres. Estaban atadas con fuertes sogas al tronco de un árbol, mirándonos con sus ojos sin vida. Aterrado reconocí a una de ellas: era Sara, la cocinera. A la otra no la había visto en mi vida.

Ambas estaban desnudas y tenían el cuerpo lleno de cortes con la sangre coagulada, a la que acudían las hormigas.

—Esta es Sara —dije—, la que me hizo la maleta.

Gordo la miró.

—¿La india?

Cerré los ojos y recordé su diligencia preparándome el desayuno la última mañana que estuve en mi casa.

—¿Por qué no se contentaron con violarla y matarla luego? ¿Qué necesidad tenían de torturarla? —pregunté con amargura.

—¡Soldados! —rugió Gato Gordo—. Son peores que nosotros.

—¿Por qué? —repetí.

—Creerían que podía descubrirles algo —dijo mientras cogía el camino del campo de caña—. Vámonos; aquí ya no hay nada que hacer. Tenemos que regresar.

Habíamos llegado casi al camino cuando me detuvo bruscamente.

—Tú te llamas Juan —me dijo rápidamente al oído—. ¡No digas nada!; déjame hablar a mí.

No supe a qué se refería hasta que aparecieron ante nosotros seis soldados con uniformes rojos y azules y cuyas pistolas nos apuntaban al pecho.

diez

Gato Gordo se quitó el sombrero sonriendo humildemente.

—Mi hijo y yo somos unos pobres campesinos que vamos a Bandaya en busca de trabajo, excelencia.

El joven teniente nos miró con desconfianza.

—¿Qué estáis haciendo en esta finca particular?

—Vimos el humo —respondió Gato— y pensamos…

—Pensasteis que podríais robar algo.

—¡No, excelencia! —protestó Gato Gordo en tono ofendido—. Pensamos que podríamos ayudar a alguien. No sabíamos que fuera un sitio militar.

El teniente se fijó en mí.

—¿Qué edad tiene este chico?

—Mi hijo Juan pronto cumplirá doce años, excelencia.

—Estamos buscando a un chiquillo de unos ocho años —dijo el sargento—; el hijo del bandolero Xenos.

—No lo conocemos —respondió Gato rápidamente.

El teniente seguía sin quitarme ojo de encima.

—Se supone que es moreno como tu hijo.

—¡Ponte derecho, Juan! —Gato se dirigió de nuevo al teniente—. Vea lo alto que es mi hijo. ¿Qué chico de ocho años ha crecido así?

El teniente seguía inspeccionándome.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de repente.

—Tengo once años, señor.

—¿Por qué tienes la piel tan oscura?

Miré a Gato, sin saber qué decir.

—Su madre es…

El teniente interrumpió a Gordo.

—¡Le pregunto al chico!

Respondí en el acto:

—Mi mamá es negrita.

Recogí un imperceptible gesto de alivio de Gato Gordo. El militar me hizo otra pregunta.

—¿Dónde vives?

Señalé hacia las montañas.

—Allá arriba, señor.

—Este chico habla muy bien para ser un campesino —observó el teniente dirigiéndose a Gato.

—Gracias a la iglesia, excelencia —respondió Gato vivamente—. Su madre va

mucho a la iglesia y él estudia en el colegio de los Padres, en las montañas.

El teniente contempló a Gato un momento y decidió:

—Venid con nosotros.

—¿Por qué, excelencia? —protestó Gato Gordo—. Seguramente no podremos decirle nada más, y lo que queremos es volver a casa.

—Podréis ir a casa más tarde —prometió el teniente—. El coronel quiere interrogar a todo sospechoso. ¡En marcha!

Los soldados formaron en seguida alrededor de nosotros.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Gato Gordo.

El teniente respondió secamente:

—A la hacienda de don Rafael Campos. ¡Venga, rápido!

Se dirigió hacia el camino y nosotros le seguimos con los soldados detrás. Gato Gordo, que tenía una mano sobre mi hombro, susurró:

—¡No reconozcas a tu abuelo!

—¿Y si él me reconoce a mí?

—Ya veremos qué dice cuando te vea. Ha pasado mucho tiempo y has crecido bastante. A lo mejor no te reconoce.

—¿Qué estás murmurando? —preguntó el teniente.

—Nada, excelencia —respondió Gato con rapidez—. Solo que estamos cansados y tenemos hambre. Una escuadra de caballería apareció detrás de nosotros y todos nos apartamos para que pasase. El teniente le preguntó a uno de los oficiales:

—¿Han descubierto algo?

El jinete movió la cabeza negativamente.

—Nada.

El teniente se quedó contemplándolos mientras se alejaban carretera adelante, hacia el campamento.

Alrededor de la casa de mi abuelo había una multitud de hombres, mujeres y niños que nos miraron sin curiosidad, pues ya tenían demasiado con sus penas.

Gato Gordo me atrajo hacia él.

—¿Conoces a alguien?

Negué con la cabeza.

—No, no veo a nadie conocido.

—Bueno. —Miró a su alrededor—. Quisiera que nos diesen algo de comer. Me roncan las tripas.

El sol caía fuerte y yo estaba cansado y me moría de sed.

—Hay un pozo detrás de la casa.

—Olvídalo. Lo descubrirían todo al ver que sabes que hay un pozo. Entonces estaríamos perdidos. —Al notar mi expresión suavizó el tono y me rodeó el hombro con un brazo—. Vamos, buscaremos un sitio con sombra para que te eches un rato.

Lo encontramos cerca de un carro, en el patio, y Gato se recostó contra una de las ruedas y yo me tendí debajo, quedándome dormido a los pocos instantes.

No sé cuánto llevaría durmiendo cuando Gato me sacudió.

—Despierta, pequeño.

Miré al cielo y el sol todavía seguía igual de fuerte. Calculé que no habría pasado más de media hora.

Los soldados empujaban a la gente y la reunían en la galería, e igual hicieron con nosotros.

Un soldado subió los escalones y se encaró con todos, ordenando:

—Colocaos en fila de a dos.

Me fijé en los que éramos, y vi que seríamos unos cincuenta; había algunos niños de mi edad, pero la mayoría era gente adulta. Me iba a dirigir a la cabeza de la fila, pero Gato Gordo me obligó a quedarme en el centro, detrás de una mujer muy obesa.

La puerta principal se abrió y dos soldados salieron del interior llevando casi a rastras a un hombre ya viejo. Se me cortó la respiración y quise correr hacia él, pero la garra de acero de Gato Gordo me lo impidió.

Era mi abuelo. Pero no era el abuelo que yo recordaba. Su camisa y su traje, antes tan limpios y blancos, estaban sucios y manchados, y tenía rastros de sangre en las comisuras de la boca, en la barbilla y en el cuello de la camisa. En sus ojos se reflejaba un gran dolor y la barbilla le temblaba por el esfuerzo de mantenerse derecho.

Se pararon en la barandilla de la galería, y detrás de ellos apareció un oficial de fino bigotito y charreteras de coronel. Bastó mirarle para comprender cómo nos despreciaba.

Habló con una vocecita áspera y aguda:

—Don Rafael, esta gente dice que son campesinos del valle; aseguran que usted los conoce y que responderá de ellos. Mírelos uno por uno y diga si los reconoce o no. ¿Comprende usted?

—Sí, le comprendo —dijo con dificultad—. He dicho todo lo que sé.

El coronel exclamó impaciente:

—Ahora lo veremos —y dirigiéndose al soldado añadió—: Hazlos desfilar despacio.

La doble fila empezó a moverse hacia la galería donde el abuelo los miraba sin ver. Gato Gordo y yo estábamos casi llegando cuando el coronel habló.

—Tú, muchacho, ponte delante, donde pueda verte.

No supe lo que quería decir y me quedé quieto, indeciso. Entonces Gato me empujó y me colocó delante. Permanecí de pie y mirando hacia la galería, sintiendo que un escalofrío me recorría la espalda. Me pregunté qué iba a suceder.

Miré fijamente a los ojos de mi abuelo, quien los abrió un instante y vi que le brillaba un chispazo de reconocimiento; luego bajó los párpados, y cuando volvió a mirar tenía la misma expresión mortecina de antes.

El coronel, que nos había estado observando atentamente, exclamó:

—Está bien —y al cabo de un momento añadió—: ¡Muévanse!

La fila se movió de nuevo, y yo sentí que se me aliviaba aquel frío que sentí en la espalda, cuando vi que a mi lado estaba Gato Gordo. Entonces me di cuenta de que el teniente que nos había detenido decía algo al oído del coronel.

—¡Alto! —gritó.

La fila se paró.

—Tú —dijo apuntándome con el dedo—, sube.

Pálido y con expresión impasible, Gato Gordo, cuyos ojos eran lo único de su rostro que parecía tener vida, me cogió del brazo y subimos los escalones. Gato se inclinó profundamente.

—Sí, excelencia.

El coronel le hablaba a mi abuelo.

—El teniente me dice que apresó a estos dos cerca de la hacienda de su yerno. Ellos dicen que vienen de las montañas a buscar trabajo. ¿Los conoce?

El abuelo nos miró. En sus ojos había una rara e imprecisa expresión.

—Los he visto antes de ahora —dijo con voz monótona.

Gato Gordo se acercó hasta pegarse a mi espalda. Yo sentí cómo el frío me subía de nuevo por el espinazo, y quise huir, pero la mano firme de Gato me sujetó.

—¿Quiénes son? —preguntó el coronel.

Mi abuelo estuvo un buen rato pensando, y luego entreabrió los labios, diciendo:

—Soy ya viejo… —y añadió con voz temblona—: y no puedo recordar los nombres, pero los he visto muchas veces en el valle buscando trabajo.

El coronel se encaró conmigo y me miró detenidamente.

—El muchacho es moreno. Su yerno también lo es.

—Entre nosotros son muchos los que tienen sangre negra —respondió tranquilamente—. Y nunca se ha considerado un crimen.

El coronel se calló un instante, mirándole pensativo. De pronto sacó la pistola y me apuntó.

—¿Entonces no le importará que viva o muera?

Un hondo gesto de dolor apareció en los ojos de mi abuelo, pero lo venció en el acto, diciéndole al coronel:

—No me importa.

Lentamente, el coronel amartilló la pistola sin mirarme, fijándose en mi abuelo.

De repente, Gato Gordo me empujó a un lado y suplicó:

—Excelencia, yo se lo ruego. ¡Tenga piedad! No me quite a mi único hijo. Misericordia, excelencia; misericordia, ¡por Dios Santo!

El coronel desvió la pistola de mí y apuntó a Gato.

—¿Qué? ¿Quieres morir tú en su lugar?

Gato cayó de rodillas, gimiendo:

—¡Misericordia, excelencia! ¡Misericordia, por Dios!

Mi abuelo se encaró con Gato y le escupió.

—¡Mátelos a los dos y habrá acabado de una vez! —dijo con el mayor desprecio

—, y ya no sufriremos sus lamentos miserables y cobardes. ¡Me asquea oírles!

El coronel lo miró fijamente; bajó el arma y la enfundó lentamente.

Gato Gordo se puso rápidamente en pie exclamando:

—Mil gracias… ¡Bendito sea mil veces!

El coronel levantó la mano.

—¡Circulad!

Gato me unió de nuevo a la fila, y empezamos a andar, callados todos, pero yo levanté la cabeza y le dije en voz baja:

—No me reconoció.

—¡Sí te reconoció!

—Pero…

Gato me oprimió el hombro al ver que el coronel se dirigía hacia nosotros.

—¿Cómo se llama? —preguntó refiriéndose a mí.

—Juan —respondí.

—Ven conmigo.

Yo le seguí hacia la galería, con Gato Gordo detrás, pisándome los talones.

El coronel llamó a uno de los soldados.

—Trae al viejo y despide a los otros.

El soldado rodeó con un brazo la cintura de mi abuelo y lo bajó de la galería, y en el mismo instante oí un rumor detrás de nosotros. Miré atrás y vi que de la gente apiñada en el camino salía un agrio murmullo al ver que sacaban a mi abuelo de su casa.

—¡Diles que despejen! —rugió el coronel—. Dispara sobre ellos si es necesario.

—¡Venga, venga! —gritó el teniente sacando la pistola—. ¡Venga!

La muchedumbre lo miró fijamente, y él disparó al aire; todos empezaron a moverse con lentitud.

Cuando no quedó nadie, el coronel se dirigió a mí.

—El viejo dice que no le importa que vivas o que mueras —dijo con voz muy tranquila—. ¡Ahora veremos si tú piensas lo mismo respecto a él!

once

Eran casi las tres de la tarde y los rayos ardientes del sol calcinaban la tierra, por lo que el sudor nos empapaba el cuerpo y teníamos la boca reseca.

A pesar del calor, un estremecimiento me recorrió de arriba abajo y un temblor que no pude dominar, cuando vi que bajaban al abuelo.

—Llévalo al carro —ordenó el coronel.

Mi abuelo se soltó del soldado.

—Puedo andar —dijo con altivez.

El soldado miró al coronel, quien asintió con un gesto, y todos seguimos a mi abuelo hasta el centro del caluroso patio. Cuando llegó al carro se encaró con todos. En el rostro tenía grabada la fatiga, pero su mirada era serena. Esperó sin decir nada.

—Desnudadlo —ordenó el coronel.

Los soldados se aprestaron rápidamente a cumplir la orden, a la vez que mi abuelo levantó una mano como si quisiera atajarlos, pero ellos ya estaban quitándole la ropa. Enjuto el cuerpo, casi tan blanco como el traje que le quitaron, de sus costados sobresalían las costillas y la carne de las nalgas y los muslos pendía fláccida a causa de la edad.

—¡Atadlo a la rueda!

Dos soldados lo empujaron violentamente contra la rueda y lo ataron a los rayos con los brazos y las piernas abiertos, pero como el cubo de la rueda le oprimía la espalda, quedó con el cuerpo doblado hacia delante, en una postura grotescamente obscena. Su rostro se contrajo por el dolor, como si todas sus articulaciones se resintieran; tenía cerrados los ojos, heridos por el ardiente sol.

El coronel levantó un brazo; no hubo necesidad de que dijese nada. Todos los soldados sabían cuál era su deber, y uno de ellos ciñó un trozo de cuero en la frente de mi abuelo y le ató la cabeza contra la llanta, para que no pudiese moverla.

—Don Rafael… —la voz del coronel fue tan baja que de momento no me di cuenta de que había hablado—. Don Rafael.

Mi abuelo lo miró fijamente.

—No hay necesidad de esto, don Rafael —dijo el coronel casi respetuosamente.

Mi abuelo no respondió.

—Usted sabe dónde escondieron al chico.

—Ya le he dicho que no lo sé, que se lo llevó Diablo Rojo —dijo sin parpadear.

—Esto es muy difícil de creer, don Rafael —replicó sin dureza el coronel.

—Es la verdad.

El coronel movió la cabeza demostrando pesadumbre.

—Su yerno Jaime Xenos se alió con los bandoleros, los asesinos de su hija. Sabemos que tiene ambiciones políticas. ¿Quién nos asegura que usted no simpatiza

con él?

—Si eso fuera verdad —respondió mi abuelo—, ¿cree que estaría tan loco como para seguir en mi hacienda hasta que ustedes me apresaran?

—Pudo pensar que su edad lo ampararía.

Mi abuelo respondió con altiva dignidad.

—Jamás he sido un traidor.

El coronel lo contempló unos momentos y luego se dirigió a mí.

—¿Dónde vives?

—En las montañas, señor.

—¿Por qué bajasteis al valle?

Miré a mi abuelo, y vi sus ojos fijos en mí.

—A trabajar, señor.

—¿No tenéis trabajo en casa?

Gato Gordo respondió en el acto:

—No, excelencia; la sequía…

—¡Estoy preguntando al chico! —rugió el coronel.

—No tenemos nada para comer —respondí yo, sin alejarme mucho de la verdad.

El militar se quedó pensativo. Miró al abuelo y luego a mí.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó.

—Sí, señor —respondí—. Es don Rafael, el hacendado.

—¡Es don Rafael, el traidor!

Yo no contesté.

De repente me cogió la muñeca y me retorció el brazo hacia arriba, violentamente. Grité de dolor, conteniendo la ira que se apoderaba de mí…

—Es tu abuelo —exclamó rabioso—. ¿Te atreves a negarlo?

Acentuó más la presión, arrancándome otros gritos de dolor, hasta que sentí que me desvanecía; entonces me dio un golpe en la cabeza y caí al suelo, sollozando sobre el polvo y sintiéndome demasiado débil para moverme.

Entonces mi abuelo habló, y su voz pareció llegarme de muy lejos, en un tono frío, vago.

—Esto solo ya tendría que convencerle, coronel. Nadie que lleve mi sangre le daría la satisfacción de dejarle oír un sollozo. Llorar va contra nuestra dignidad.

Entonces oí una ahogada maldición y un golpe sordo. Levanté la cabeza y vi que el coronel se alejaba llevando la pistola en la mano; del rostro de mi abuelo brotaba sangre, tiñéndole la barba. Sin embargo, apretó los labios, sin una sola queja.

El coronel ordenó a uno de los soldados:

—Humedécele la correa de la cabeza. Veremos si el sol le convence de que debe decir la verdad.

Se fue hacia la galería mientras Gato Gordo me ayudaba a levantarme. Yo no podía mover el brazo a causa del dolor que me repercutía en el hombro, y tuve que permanecer unos momentos respirando hondo para recobrar el aliento.

El abuelo me estaba contemplando en silencio, y cerró luego los ojos. Yo comprendí el inmenso dolor que soportaba. Instintivamente alargué un brazo hacia él, pero Gato Gordo me sujetó en el acto, pues sabía que el coronel nos estaba observando desde la galería.

Un soldado llegó con un cubo de agua, y tomando impulso lo volcó sobre el rostro de mi abuelo, quien medio ahogado y escupiendo intentó apartar la cabeza, pero la ligadura se lo impidió. El sol empezó a abrasarle, y su blanco cuerpo empezaba a enrojecer; me imaginé la fuerte presión de la tira de cuero en su frente, apretando más a medida que se iría secando. El sol quemaba tanto que se adivinaba lo que se contraía la correa. Abrió la boca anhelante, ahogándose.

Se oyeron unas pisadas detrás de nosotros. Era el coronel que se acercaba con un vaso en la mano, en el cual había unos pedazos de hielo que chocaban entre sí mientras él andaba. Se detuvo delante del abuelo, levantó el vaso y bebió un sorbo.

—¿Qué, don Rafael? —dijo—. ¿No le gustaría tomar conmigo un ponche frío de ron?

Mi abuelo no respondió, pero se humedeció los resecos labios con la lengua mientras sus ojos no se apartaban del vaso.

—Una palabra —insistió el coronel—. No le costaría más que una palabra.

Con un esfuerzo apartó la mirada del vaso, y, clavando los ojos en los de su enemigo, exclamó en el tono más despreciativo que yo había oído:

—¡Y pensar que yo le habría defendido! Usted es peor que los bandoleros. Ellos tienen la excusa de su ignorancia. Pero, ante Dios, ¿qué excusa tiene usted?

Furioso, el coronel estrelló el vaso contra la llanta del carro, y, apuntando con el trozo de vidrio que le quedó en la mano al vientre del prisionero, bramó:

—¡Hablarás, viejo! ¡Hablarás!

Mi abuelo aspiró hondo, y con la poca fuerza que le quedaba escupió con toda su alma al rostro del coronel. De repente emitió un terrible grito de agonía que sofocó inmediatamente mientras sus ojos se abrían de horror. El coronel se apartó y comprendimos la causa de aquel grito: tenía el vaso clavado en el bajo vientre, alcanzando parte de sus genitales.

Yo grité aterrado, y Gato Gordo me apretó el rostro sobre su pecho.

—¡Deja que el chico mire! —gritó canallescamente el coronel.

Gato me soltó despacio, pero dejó una mano previsora en mi hombro.

Miré al coronel, cuyos ojos tenían la frialdad del hielo, y seguidamente miré a mi abuelo; pendía débilmente de sus ligaduras, y la sangre, goteando lentamente, caía del vaso al suelo.

Hice los mayores esfuerzos para contener las lágrimas, pues sabía ya que el abuelo no quería que el coronel me viera llorar; entonces me miró con intensa dulzura, dándome a entender que había comprendido. Después cerró lentamente los ojos, y sus piernas cedieron.

—¡Ha muerto! —exclamó uno de los soldados.

Rápidamente el coronel se acercó al carro y le levantó un párpado con brutalidad.

—Todavía no —comprobó satisfecho—. No mueren tan fácilmente, aunque sean viejos como él. La fuerza para vivir 110 les abandona nunca. Llamadme cuando vuelva en sí; voy a comer —dijo alejándose.

Le vimos subir a la galería y desaparecer hacia el interior de la casa.

—Nosotros también estamos hambrientos —dijo Gato Gordo dirigiéndose a los soldados.

—Ya podéis estar contentos de no veros como él —respondió uno refiriéndose a mi abuelo.

Gato Gordo insistió señalándome a mí:

—No es más que un niño. Por lo menos dejadme que lo lleve a la sombra.

Los dos soldados se miraron dudando, y uno de ellos gruñó:

—Está bien, pero sin alejaros, ¿eh?

Gato Gordo me llevó hasta la galería, a cuya sombra nos tendimos, pero dando la espalda a los soldados.

—¿Te duele el hombro? —me preguntó Gato.

—No —respondí, a pesar de que aún me dolía.

Miró atentamente al cielo.

—El sol se pondrá dentro de pocas horas, y Manuel y los otros se irán sin nosotros.

—¿Qué nos va a hacer el coronel?

Gato Gordo se encogió de hombros.

—Nos matará o nos soltará —respondió sin inmutarse—. Todo depende del anciano. Si habla, nos matarán; si no habla, nos queda todavía una oportunidad.

De repente recordé el frío del hierro que sentí en mi espalda cuando el coronel nos mandó salir de la fila.

—¡Ellos no habrían podido matarme! —exclamé—. ¡Tú lo habrías hecho!

—Sí.

—Pero entonces te habrían matado a ti.

Afirmó con la cabeza.

Entonces le comprendí, y no sentí rencor.

—Para salvarte —me dijo, y señaló con el dedo hacia el carro—. ¿O habrías preferido eso?

No respondí.

—Te hubieran obligado a traicionar a tu padre diciéndoles dónde se oculta. No habrías resistido y al final te hubieran matado igual.

Lo comprendí claramente. Era el camino que había que seguir; nuestras vidas era lo único que importaba. Miré por encima de su hombro y vi que mi abuelo pendía de las ligaduras, quieto bajo el sol que le abrasaba las carnes. Susurré:

—Ojalá pudiéramos matarle.

Gato Gordo me miró como si aprobase.

—Pronto morirá —dijo con acento seguro—. Roguemos para que muera en silencio.

Unos pasos apresurados se oyeron a nuestra espalda.

—¡En pie! El viejo ha vuelto en sí. Voy a llamar al coronel.

De pronto oí la voz del coronel detrás de mí. Me volví y le vi secándose el rostro con una servilleta.

—Don Rafael…

Mi abuelo no le miró.

—¡Don Rafael! —gritó de nuevo—. ¿No me conoce?

Los ojos del anciano miraron con fiereza.

—¡Dadme un caballo! —gritó de repente—. Yo mismo iré a las montañas a matar a los bastardos.

El coronel le volvió la espalda con expresión de asco.

—Desatadlo y pegadle un tiro. Ya no nos sirve para nada.

Se dirigió hacia la casa y se detuvo fijándose en mí.

—Un momento; ¿dices que no es tu abuelo?

No respondí. Sacó el revólver de la pistolera y abrió el cilindro, dejando caer cinco balas, que recogió con la mano. Me tendió el arma diciendo:

—Queda una bala; tú lo matarás.

Miré aterrado a Gato Gordo, quien seguía sombrío e impasible. Yo miré al coronel, temblándome los ojos.

—¡Te digo que lo matarás! —gritó, obligándome a coger el revólver.

Vi el arma en mi mano. Era pesada, más que la de Gato Gordo.

Miré al coronel, cuyos ojos parecía que ardiesen. No me costaría más que la bala que ya tenía la pistola, pero luego los otros me matarían, y matarían a Gato. Me decidí.

Mi abuelo vio en silencio cómo me acercaba a él; la sangre le manaba todavía de la boca, pero su mirada era serena.

—¿Qué pasa, muchacho?

No contestó.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó de nuevo.

Un nudo me apretaba el estómago, pero levanté el arma.

Entonces se dio cuenta y se quedó inmóvil. Un segundo antes de apretar el gatillo, una ligera sonrisa se le grabó en los ojos.

El retroceso del arma me hizo dar media vuelta y casi perdí el equilibrio, cayendo el revólver a unos pasos de distancia. Cuando pude mirar a mi abuelo le vi torcido contra la rueda, contemplándonos con sus ojos sin vida.

Oí la voz del coronel detrás de mí.

—Muy bien —y se dirigió a la casa.

Seguí con los ojos fijos en mi abuelo, luchando por tragarme las lágrimas. Vivo o muerto, él no quería que yo llorase. Gato Gordo me cogió del brazo y casi a rastras

me llevó al camino, bajo la mirada indiferente de los soldados. Al fin, cuando estuvimos lejos de ellos, empecé a llorar desesperadamente.

—¡Tuve que matarle! —sollocé—. ¡No quería hacerlo, y tuve que matarle!

Gato Gordo no aflojó el paso, y respondió sin mirarme:

—¿Qué importa? El anciano está mejor muerto, y lo único que ahora importa es que nosotros estamos vivos.

doce

Habían pasado tres horas de la puesta del sol cuando llegamos a la cueva, y la encontramos desierta. Los otros se habían ido. Yo estaba tan cansado que apenas podía abrir los ojos. Me dejé caer en el suelo, exclamando:

—Tengo hambre.

Gato Gordo me miró un instante.

—Empieza a acostumbrarte —gruñó escuetamente.

Entre las sombras inspeccionó la cueva.

—También tengo sed.

No me contestó y me fijé en lo que hacía.

—¿Qué haces?

Casi ni me miró, y siguió buscando.

—Trato de adivinar cuánto tiempo hace que se han ido.

—Ya.

Apoyándose en una rodilla cogió algo del suelo y lo desmenuzó, levantándose rápidamente.

—¡Arriba! —ordenó con brusquedad—. Solo hace una hora que se fueron; todavía podemos alcanzarlos.

Me levanté a regañadientes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué te lo hace suponer?

—El estiércol de un caballo —respondió saliendo de la cueva—. Está todavía caliente.

Tuve que correr para seguirle. Nunca me imaginé que un hombre como Gato Gordo pudiera andar tan aprisa. Respiraba fatigosamente mientras subíamos la montaña. El camino se veía muy bien porque era noche de luna. A pesar de la marcha que llevábamos empecé a sentir frío, y le pregunté al notar que me castañeteaban los dientes:

—¿Falta…, falta mucho?

—Ellos no se detendrán hasta que lleguen al otro lado de la montaña.

Calculé que aún nos faltaban unas dos millas de camino empinado. Como yo ya no podía más, me tendí a un lado del camino al ver lo difícil que me era respirar, tratando de reponerme.

Gato Gordo siguió andando, pero al no oír mis pasos retrocedió y me preguntó:

—¿Qué haces ahí?

—No puedo andar más —dije llorando—. Tengo frío y me muero de hambre.

—Creí que eras un hombre —dijo secamente.

—No soy un hombre —sollocé—. Tengo mucho frío y estoy cansado.

Se sentó a mi lado.

—Está bien —concedió con voz más suave—. Descansaremos.

Hurgó en un bolsillo y sacó la colilla de un cigarrillo que encendió protegiendo la cerilla con la mano. Luego aspiró el humo largamente.

Yo le miraba tiritando de frío.

—Ven —dijo—; echa una chupada y te calentará.

Lo hice e inmediatamente comencé a toser y a ahogarme; sin embargo, me pareció que el frío ya no era tanto. Gato Gordo se quitó la blusa y me la echó sobre los hombros, apretándome contra su corpachón. Había algo en él que hacía que a su lado me sintiera seguro. Antes de que me diese cuenta ya me había dormido.

Me despertaron los primeros rayos del sol. Sin abrir los ojos le busqué con la mano y no lo encontré. Me levanté asustado.

—¡Gato Gordo!

Se movieron unas matas, miré y vi que mi compañero salía de la espesura y traía un conejillo atravesado con un palo.

—¿Ya te has despertado?

—Creí…

—¿Creíste que me había ido? —preguntó riendo—. Buscaba algo que comer; ahora ve por leña mientras yo despellejo a ese animalito.

El conejo era correoso y duro, pero yo nunca había comido nada tan delicioso. Poco después casi no quedaban ni los huesos. Con la punta de los dedos me quité la grasa que tenía en la cara y me los chupé con fruición.

—Estaba muy bueno —dije.

Gato Gordo sonrió y se levantó.

—Métete los huesos en el bolsillo, y así tendremos algo que roer durante el camino.

Se aseguró de que no quedaba fuego y ordenó:

—Vámonos.

Cogí los huesos y echamos a andar.

—Siento mucho lo de anoche.

—Olvídalo.

—Si no hubiera sido por mí, habrías alcanzado a los demás.

Me contestó sonriendo.

—Si no hubiera sido por ti, mis huesos estarían pudriéndose en el valle. Además, no los habría podido alcanzar.

—¿Qué haremos? —pregunté—. ¿Cómo llegaremos a casa?

—Andando —replicó bruscamente—. Cuando no tenían caballos, los hombres iban a pie.

Le miré asombrado, pues sabía que Gato Gordo odiaba el andar, y a caballo se tardaban dos días y medio desde Bandaya a nuestro refugio de las montañas. A pie nos llevaría más de una semana. La voz de Gato cortó mis meditaciones.

—Ten el oído alerta. Si se oye algún ruido, saldremos del camino.

¿Comprendido?

—Comprendido.

Al llegar a la cima de la montaña vimos, al fondo, un arroyo a eso de una milla.

—Pararemos allí y descansaremos —indicó Gato.

Espoleado por la sed, eché a correr, y al llegar a la orilla me tendí en el suelo, bebiendo ávidamente. Al cabo de un momento Gato tiró de mí.

—Ya basta. Descansa un rato y luego beberás otro poco.

Tenía los pies doloridos. Me senté, apoyándome en un árbol, y me quité los zapatos para meter los pies en el agua, y sentí como si se me aliviase el dolor. En cambio, me parecía que aún sufría el calor y el sudor de los últimos días.

—¿Puedo bañarme? —pregunté.

Me miró como si creyese que yo estaba loco, pues los montañeses son reacios al baño.

—Si quieres —concedió—, pero no te entretengas mucho, de lo contrario la piel se te quedará sin grasa.

Me quité la ropa y me metí en el agua, encontrando deliciosa su frialdad, y me puse a chapotear. Un pececito plateado pasó cerca de mí, me sumergí para ver si lo pescaba. Y al sacar la cabeza fuera del agua, y por supuesto sin el pez, oí una risita que llegaba de la orilla. Miré hacia allá y vi a dos niñas que me estaban observando, pero no vi a Gato Gordo. Me hundí rápidamente en el agua, y en el acto, la más pequeña de las niñas soltó otra risita, mientras la mayor llamaba dirigiéndose a la espesura:

—¡Papá, Diego…! Venid en seguida. ¡Hay un chico en el arroyo!

Al cabo de un momento dos hombres salieron de entre los matorros apuntándome con unos rifles.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me bañaba.

—Sal en seguida.

Iba a levantarme, pero me agaché y les rogué que me dieran los pantalones.

El mayor de los dos hombres miró a las niñas y luego a mí, y les dijo:

—Volveos de espaldas.

La pequeña siguió riendo mientras se volvía. Yo me levanté y salí corriendo del agua.

—¿Estás solo? —me preguntó el más joven.

—No, señor —respondí mientras cogía los pantalones que él me tendió—. Estoy con mi padre.

—¿Y dónde está?

—No lo sé, señor; hace un momento estaba aquí.

—Y está todavía —exclamó Gato Gordo al tiempo que salía de un matorral y en los gordezuelos carrillos le brillaba una amplia sonrisa.

Se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia.

—José Hernández, a su servicio, señores —y señalándome dijo—: Mi hijo Juan, uno de esos locos que les gusta el agua.

El hombre de más edad le apuntó con el rifle y le preguntó, desconfiado:

—¿Qué están haciendo aquí?

Gato Gordo se adelantó hacia él como si no hubiese visto el rifle que le apuntaba.

—Mi hijo y yo volvemos a casa desde el valle. Bandaya está lleno de soldados y no es buen sitio para un hombre que lo que quiere es paz y va con su hijo en busca de empleo.

El cañón del rifle rozaba el vientre de Gato.

—¿Dónde vivís?

—A una semana de camino de aquí. ¿Dónde van ustedes?

—A Estanza.

Estanza estaba a pocos días de camino de Bandaya, por la costa. El camino que nosotros habíamos seguido torcía hacia el sur después de vencer unos montes y llegaba al mar. Nosotros teníamos que dejarlo en aquel punto y seguir adelante atravesando bosques y subiendo unas sierras hasta nuestro refugio.

—Quizá los señores nos permitirían acompañarlos —rogó en tono humilde Gato Gordo—. Nos han dicho que hay bandoleros.

Los dos hombres se miraron.

—Es verdad —replicó el más joven—. El coronel Gutiérrez nos ha dicho que por la carretera hay muchos bandidos. ¿Tenéis caballos? —le preguntó a Gato.

Gato Gordo se echó a reír.

—¿Caballos? ¿Quién tiene caballos? Somos unos pobres campesinos que ya seríamos felices con un borrico.

El mayor miró un momento a Gato…, y bajó el rifle.

—De acuerdo, iremos juntos hasta Estanza.

—Pero, excelencia —protestó el joven.

—Basta, Diego —le cortó el «excelencia» ligeramente enojado—. ¿Qué mal pueden hacernos un hombre y un niño solos?

trece

Me senté en el asiento trasero del carro, de espaldas a las niñas, y Gato Gordo se acomodó en el pescante con el señor Moncada. Diego, que cabalgaba a un lado del carro, llevaba el rifle atravesado en la silla, al alcance de la mano. El señor Moncada era un granjero que llevaba a sus hijas a casa después de haber hecho una visita a sus abuelos.

Cansado como estaba, me apoyé en la barandilla del carro para no caerme si me dormía, pues era muy tarde y estaba oscureciendo. Seguramente nos detendríamos pronto, pues de noche los caminos eran peligrosos.

—Hay una arboleda cerca de la próxima curva —hizo saber Diego—; podernos pasar la noche allí.

El carro dejó la carretera y se detuvo en medio del campo. Gato Gordo saltó casi antes de que parase y me hizo bajar corriendo.

—Rápido —me ordenó—; ve a buscar leña para encender fuego; pronto, antes de que las, señoritas se enfríen.

Le miré sorprendido, pues Gato Gordo nunca se preocupaba por nadie, sino por él.

—¡Muévete! —me apremió.

Mientras buscaba troncos vi que Gato ayudaba a las dos niñas a bajar del carro. Cuando volví con un montón de ramas, los caballos estaban sueltos, los habían abrevado y pastaban la hierba tierna.

—¿Dónde quieren que ponga esto? —pregunté.

El señor Moncada me indicó con un gesto un sitio cerca de él.

Dejaba la leña allí cuando Gato Gordo me interrumpió.

—Creo que estamos demasiado cerca de la carretera, señor. Se nos puede ver, y esto traería invitados indeseables.

El señor Moncada miró vacilante a Diego, y este asintió, mientras Gato llegaba al otro extremo del campo y decía:

—Creo que aquí sería mejor.

Cuando volví con la segunda brazada, el fuego ya estaba encendido. Miré a Gato Gordo con mal humor, pues me vencía el cansancio.

—Trae más —me ordenó. Él cortó unos troncos e hizo un trípode; cuando volví con más ramas había sobre el fuego un perol del que salía un delicioso olor a guisado de buey.

—¿Hay suficiente?

Gato Gordo levantó la cabeza, enrojecido el rostro por las llamas y respondió:

—Por ahora sí. Un poco más abajo hay un arroyo; pide un cubo y trae agua.

Me dirigí al carro, y Vera, la menor de las niñas, seguía con sus risitas en cuanto

me veía. Yo estaba furioso.

—¿Qué quieres? —me preguntó Marta, la mayor.

—Un cubo para agua.

Vera seguía riéndose, y me le encaré con rabia.

—¿Se puede saber por qué te estás riendo siempre?

Las risitas fueron ahora francas carcajadas, hasta el punto de saltársele las lágrimas.

—¿Qué es lo que te divierte tanto? —pregunté, ya irritado con las estúpidas niñas.

—Tu aspecto era tan divertido…

Me quedé desconcertado.

—Ahora no —aclaró rápidamente—, sino antes, cuando estabas en el agua. Estás tan flaco…

Le hice una mueca.

—Mejor es flaco que no gorda como tú.

—Aquí está el cubo —interrumpió Marta, y me pareció que estaba enojada.

Cogí el cacharro diciéndole:

—Gracias.

—No hay de qué —respondió ella cortésmente.

Vera soltó otra de sus risitas…

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Que no es más que una niña —dijo Marta encogiéndose de hombros—. Tiene doce años y nunca había visto un chico desnudo.

—¡Tú tampoco! —exclamó Vera.

—Pero yo tengo catorce años y no me porto como una niña.

Diego apareció detrás de mí.

—¿Ya tienes el cubo? —preguntó, receloso.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿qué esperas? Ve a buscar agua como te ordenó tu padre.

Me alejé en silencio, pero alcancé a oír lo que les preguntaba:

—¿Qué os decía?

—Nada —respondió Marta.

—Bien, pero no os quedéis a su lado.

La distancia no me permitió oír nada más. Cuando llegué a los árboles cercanos al arroyo, vi a Gato Gordo que me aguardaba.

—Hay que darse prisa. Cuanto antes coman, antes dormirán.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Robar los caballos. Así llegaremos a casa en dos días. Me gusta el semental negro.

—No será fácil —le advertí—. Ese Diego no nos quita ojo de encima.

Gato Gordo sonrió.

—Lo mataré.

Se oyó un ruido en el matorral, y apenas Gato Gordo se había puesto en pie cuando apareció Diego con su rifle. ¿Nunca lo abandonaba?

Gato se secó las manos en los pantalones.

—Acabo de lavarme las manos.

Me despertó un ruido. Envuelto en la manta que el señor Moncada me había prestado, busqué a Gato Gordo, y le oí que roncaba. Miré hacia donde estaba Diego y me quedé sorprendido al ver que solo estaba la manta. Entonces miré hacia el carro donde dormían el señor Moncada y sus hijas. No se oía nada y me quedé quieto, pensando que Diego quizá se habría levantado para hacer alguna necesidad, y en el momento, el relincho de un caballo me llamó la atención; miré hacia el carro y vi que Diego andaba acurrucado, el rifle amartillado y presto a disparar.

—¡Psst!

Gato Gordo se despertó con la misma agilidad del felino cuyo nombre tenía. Le hice un ademán, indicándole lo que temía. Gato se arrastró hasta mí.

—Los va a matar —susurré.

Gato Gordo no se movió.

—Déjalo —murmuró—; esto nos salva del peligro.

Diego llegó arrastrándose al carro; se levantó, apuntó… y se oyó un alarido rasgando la noche. Disparó contra el señor Moncada, el cual se arrojó al suelo, donde Diego quiso golpearlo con la culata del rifle, pero el otro lo agarró y los dos rodaron por el suelo. Entonces Gato Gordo corrió hacia ellos.

—¡El rifle! —me gritó—. ¡Coge el rifle!

Se detuvo frente a los dos hombres enzarzados. La luna me dejó ver cómo Gato sacaba el cuchillo y daba vueltas alrededor de ellos esperando el instante oportuno. De pronto bajó el brazo. Sonó un grito, y Diego se levantó intentando agarrar a Gato por la garganta. Este reculó y esperó la embestida… y de nuevo le clavó la hoja. Diego se dobló como una navaja a la vez que Gato, con un rodillazo en la barriga, lo proyectaba a distancia.

Gato Gordo esperó con el cuchillo preparado, mientras el señor Moncada, de espaldas a él, se levantaba. Cuando Gato Gordo iba a asestarle una puñalada, el granjero se volvió, empuñando el rifle. Gato bajó el brazo.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó con fingido interés.

El señor Moncada miró con ojos muy abiertos a Gato, y luego a Diego.

—¡Un bandolero! —exclamó—. ¡Intentó matarme!

—Afortunadamente, yo estaba despierto, señor.

—He contraído una gran deuda con usted, amigo. Me ha salvado la vida.

Confundido, Gato Gordo bajó la vista; por una vez no supo qué decir. Sin embargo, pronto se recobró.

—No fue nada, señor, comparado con sus amabilidades.

Se acercó a Diego y le dio la vuelta con el pie.

—¿Dónde contrató a este hombre?

—En Bandaya —dijo el señor Moncada—. Nos dijeron que los bandoleros andaban por la montaña, y que con las niñas el camino era muy inseguro. El coronel Gutiérrez nos lo recomendó. El ejército lo tuvo empleado como explorador.

—No era más que un bandolero —afirmó Gato—. Les habría matado y robado los caballos. Seguramente quería el garañón negro.

—¿Él garañón? —preguntó el señor Moncada asombrado—. No es mío; era de él.

Gato Gordo abrió los ojos de par en par.

—¿Ah, sí?

El señor Moncada asintió.

—Según la ley, le pertenece a usted.

Gato Gordo me miró sonriendo. Por primera vez la ley se ponía de su parte, pues era cierto que todo lo que había pertenecido a un bandolero pasaba automáticamente a poder de su matador.

—¿Estás bien, papá? —preguntó una atemorizada voz desde el carro.

Yo me había olvidado de las niñas, y dirigí la mirada hacia allí, viendo que Marta asomaba cautelosamente la cabeza.

—Estamos salvados —dijo con gravedad su padre—. ¡Gracias a Dios nos hemos librado de la muerte! Este buen hombre, con riesgo de su propia vida, nos ha librado del asesino.

Poco después las niñas saltaban del carro y se lanzaron al cuello de su padre, besándole y chillando de felicidad. Luego el señor Moncada se dirigió a nosotros con rostro radiante.

—Fue una suerte que los encontrásemos esta tarde. Ahora comprendo por qué Diego no quería que vinieran con nosotros.

—La suerte ha sido para todos, señor —respondió Gato Gordo, y dirigiéndose a mí me ordenó en el tono de quien ya es propietario—: ¡Ve a ver si nuestro caballo está bien atado!

catorce

Acababa de vaciar el último saco de sal dentro del barril cuando me di cuenta de que las dos niñas me estaban contemplando desde la puerta del granero. Cogí la tapa y empecé a clavarla. Pasados unos momentos, Marta me preguntó:

—¿Es verdad que te vas a casa mañana?

Afirmé con un gesto. Habíamos pasado casi una semana en la hacienda del señor Moncada, pues no quiso hacer el resto del viaje solo, y Gato Gordo se prestó a acompañarles a Estanza, precisamente después de que el buen hombre le dijo que tenía ganado y de ofrecerle en recompensa cuatro barriles de buey fresco salado y un carro para transportarlos. Esto significaba que Gato Gordo tendría que separarse temporalmente del negro garañón, pero solo hasta que estuviera de vuelta con el carro.

Nos tocó trabajar día y noche salando el buey y preparándolo para el viaje; en aquellos instantes clavaba el último clavo. La carne estaba lista.

—Sí —respondí—. Nos vamos mañana.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó Vera.

—Trece —mentí porque sabía que ella tenía doce.

—No es verdad —replicó con desdén—. Yo oí cómo tu padre le decía al mío que solo tienes diez.

—¿Mi padre?

De momento me desconcerté. Casi había olvidado a Gato Gordo quien, como de costumbre, estaría cocinando en la barraca que nos cedieron y llenándose, de paso, la barriga.

—¿No tienes hermanos ni hermanas? —preguntó Vera.

Negué con la cabeza. Sentí frío al permanecer quieto en la sombreada cerca y me puse la camisa.

—¡Qué flaco estás! —exclamó Vera—. Te salen todos los huesos —y empezó de nuevo con sus risitas.

La miré enojado, pues siempre hablaba de lo delgado que era yo.

—No le hagas caso —me consoló Marta—. Siempre está procurando ver la cosa de los chicos.

—¡Tú también! Fuiste tú quien siguió a Diego cuando iba a hacer pipí.

—Porque tú me dijiste dónde iba. —Se estremeció delicadamente—. ¡Qué hombre tan horrible!

—Entonces no opinabas así. Dijiste que su cosa era mayor que la de papá.

Entonces comprendí.

La voz de Marta tomó un tono confidencial.

—Nos vio observándole. ¿Sabes lo que hizo?

Ante mi gesto de negación, prosiguió:

—Vino hasta donde estábamos escondidas. Tenía su cosa todavía en la mano. Nosotras nos asustamos, pero él se rio y empezó a masajearla. En un momento se le puso tres veces más grande. La punta estaba toda roja. Se parecía al garañón negro.

—¿El garañón negro? —pregunté sin ver la relación.

Marta se impacientó.

—Papá dice que el garañón habrá montado a seis yeguas antes de que tu padre vuelva con el carro.

«Vaya —me dije—, el bueno del señor Moncada no es tonto. Un potro vale más que cuatro barriles de buey.»

—Él continuó jugando con ella y cada vez crecía más y más —continuó Vera en voz baja.

—¿Quién? —pregunté, pues me había olvidado de lo que hablábamos.

—Diego —respondió Marta algo enojada—. Se quedó enfrente de nosotras con una expresión extraña en el rostro, sin dejar de jugar con su cosa.

Empecé a interesarme.

—¿Y qué sucedió?

Marta respondió con un timbre de desencanto en la voz:

—Nada. Oímos a papá que venía y corrimos hacia el carro.

Yo también me quedé decepcionado. Me intrigaba saber lo que podía haber sucedido.

—A mí no me gustó Diego en ningún momento —añadió Vera—. Nos habría matado a nosotras y a papá.

—Pero primero os habría violado —aseguré yo muy decidido.

Mi seguridad las impresionó.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre se viola a las mujeres antes de matarlas.

—¿Por qué? —preguntó Marta.

Me encogí de hombros.

—¿Qué sé yo? Porque se hace así.

Vera me miró con curiosidad.

—Tú sabes mucho de eso, ¿verdad?

—Bastante —respondí dándome tono.

—¿Puedes hacer que tu cosa se ponga dura como la de Diego?

—¡Claro que sí! —repuse impetuosamente—. Es fácil. Cualquier hombre lo puede hacer.

—Me parece que no. Eres demasiado pequeño —objetó Marta.

—¡No lo soy! —repliqué irritado.

Las hermanas se miraron con una extraña excitación retratada en sus semblantes.

—¡Demuéstralo! —exclamó Marta en voz baja.

—¿Por qué? A lo mejor no tengo ganas.

—Eres demasiado pequeño —insistió Marta—. Tienes miedo de no poder hacerlo.

—¡Puedo! —dije—. Voy a demostrarlo.

Percibí cómo sus ojos no se apartaban de mi mano al desabrocharme la bragueta. Saqué la polla y me dediqué a las mismas manipulaciones que había visto hacer a Roberto. Pero al cabo de un rato no había sucedido nada aún.

—Quizá lo haces demasiado aprisa —susurró Marta—. Diego iba más despacio.

La miré perplejo, preguntándome si cabía la posibilidad de que Marta supiera más de aquello que yo mismo.

Ella se dio cuenta de mi vacilación.

—¡Ea! Deja que te enseñe cómo se hace —dijo tendiendo la mano.

Estaba húmeda y ardorosa. Al sentir su calor empecé a notar una presión creciente en mi abdomen. Miré a ambas, pero se hallaban observándome, absortas, y no levantaron la vista. Vera se pasaba la lengua por sus labios resecos y, al menos por una vez, no dejaba oír su risilla tonta.

Casi al momento sentí una crispación en los testículos. Miré hacia abajo. De pronto, el orgullo surgió en mí como el sol a través de la bruma matinal. Mi polla estaba erecta y dura, aunque no tan grande como había supuesto.

—Ya te dije que podría hacerlo. Si no paras, me obligarás a violarte.

—No te atreverías —murmuró Marta.

—¿No? Por si acaso, más vale que me sueltes y te vayas pronto.

No se movieron. Me miraban fascinadas. El miembro me latía. Di un paso hacia ellas.

—Será mejor que os vayáis.

—¿A cuál violarías primero? —preguntó Marta en voz baja.

—No importa cuál fuese la primera —respondí—. Os digo que os vayáis. Esto es todo.

Se miraron la una a la otra.

—Tú eres la mayor —dijo Vera.

Las miré estupefacto. No sabía qué hacer. Nunca me hubiera esperado una cosa semejante.

—¿Os vais ya? —pregunté con voz agresiva.

Marta se sinceró conmigo:

—De acuerdo. A mí me toca la primera.

—No te gustaría. Mejor será que os marchéis.

Marta se levantó la falda.

—¿Vas a hacerlo o no? —inquirió impacientándose.

Clavé la vista en la fina pelusa de su bajo vientre. La niña me miraba con expresión provocadora y expectante.

—De acuerdo —dije—. Pero recuerda que tú lo has querido.

La emprendí con ella imitando lo que recordaba había hecho.

Roberto con las putas, allá en el bosque. Nos tumbamos de espaldas al suelo. Le aparté las piernas y me coloqué entre ellas, sacudiendo las caderas en un movimiento espasmódico que parecía surgir naturalmente de lo más hondo de mi ser. Me daba cuenta de que no acertaba con el punto que me interesaba, cuando ella, cogiéndome el pene, lo guio al lugar que pretendía. Allí, el vello pinchaba como alfilerazos.

—No te menees más —musitó coléricamente—. ¡Empuja!

No pude. Un dolor, a la par que terrible, excitante, en las partes, me lo impedía. Hiciera lo que hiciese, no podía atravesar los bordes de su carne. La oí gruñir bajo el esfuerzo realizado en su tentativa de que la penetrase.

—¿Qué pasa?

Me volví rápidamente. Gato Gordo estaba contemplándonos con una expresión de incrédula sorpresa pintada en el rostro. Vera había desaparecido. Se acercó iracundo hasta nosotros y cogiéndome de un brazo me levantó abofeteándome una y otra vez.

—¿Así pagas la hospitalidad del señor Moncada?

Me faltaba la respiración para poder contestar, mientras Marta salía corriendo por la puerta. No bien hubo desaparecido, el enfado se esfumó del rostro de Gato Gordo y lo reemplazó una ancha sonrisa. Luego me acarició la cabeza.

—Mejor que te abroches la bragueta.

Me miré. Azorado, me apresuré a obedecerle.

—Me estaba preguntando cuánto tardarían estos dos pequeños en conquistarte —dijo soltando una carcajada—. Vamos a preparar el carro para irnos pronto.

Se dirigió a la puerta del granero y yo le seguí. En el umbral se detuvo y comprendió la pregunta que le hacía con los ojos.

—No te sorprendas. Ya te dije que no tardarías mucho en ser un hombre.

quince

Sonó un disparo, y antes de que se apagase el eco yo ya estaba echado en el fondo del carro. Sonó otro y Gato Gordo tuvo que tenderse cuan largo era en la cuneta del camino. Al cabo de un momento se levantó chorreando agua y barro, y levantando el puño hacia la montaña rugió con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Santiago! ¡Ciego idiota! ¡Cachorro de hiena! ¡Saliste ya del vientre de tu madre rebuznando como el asno que eres! ¿No puedes ver que soy yo, tu camarada?

Otra bala levantó el polvo a tres pies de Gato Gordo, y este se metió de nuevo en la zanja, pero esta vez no se levantó, y siguió aullando.

—¡Cabrón! ¡Indio de mierda! ¡Soy yo, Gato Gordo!

—¿Gato Gordo? —La voz del viejo Santiago resonó por la ladera.

—Sí, Gato Gordo, ¡maldito gusano ciego! ¡Gato Gordo!

Los matorros cercanos se movieron y Santiago apareció a unos pasos de la cuenta, viendo quién era el que estaba dentro.

—¡Gato Gordo! —exclamó—. ¿Por qué no dijiste que eras tú?

Gato salió más empapado aún que la vez anterior. El agua le caía por el rostro y él no hacía más que escupirla, sin que la ira le dejase hablar.

—¿Pero de verdad eres tú, Gato Gordo?

Santiago tiró el rifle y abrazó a su amigo.

—¡Estás vivo!

—Sí, estoy vivo —gritó Gato Gordo intentando escapar del abrazo del indio—. Pero no gracias a ti.

—Creíamos que estarías muerto —continuó Santiago sin salir de su admiración. Dio unos pasos atrás y lo contempló—. Estás sano y salvo, sin una señal.

Gato Gordo se miró y vio que la camisa y los pantalones nuevos que el señor Moncada le había regalado estaban llenos de barro.

—¡Ni una señal! —rugió levantando y lanzando el puño.

El golpe llegó al rostro del indio y lo tiró por los suelos, y desde el suelo miró a Gato Gordo con una expresión de tristeza, desconocida en él, extraña en su impasible rostro.

—Gato Gordo —dijo desconcertado—, ¿por qué estás enojado conmigo? ¿Qué te he hecho?

—¿Que qué me has hecho? —rugió Gato Gordo—. Mira mi camisa nueva. Mira mis pantalones. Eso es lo que has hecho.

Quiso propinarle un puntapié al indio, pero Santiago dio una vuelta sobre sí mismo y salió del camino rápidamente. Gato Gordo levantó el pie y perdió el equilibrio, yendo a parar de nuevo, pero esta vez de espaldas, dentro de la zanja. Sin levantarse, empezó a soltar todos los tacos de su repertorio.

Oí ruido entre los arbustos y de pronto salió Manuel, el cual miró tranquilamente al indio en el suelo, y a Gato Gordo dentro de la zanja, y preguntó fríamente:

—Cuando hayáis acabado con vuestros juegos de críos, ¿me diréis lo que traéis en el carro?

Solo hacía doce días que habíamos abandonado las montañas camino de Bandaya, y, sin embargo, a mí me parecía que había transcurrido un año. Entramos en el campamento y todos se arremolinaron alrededor de nosotros, aclamándonos como héroes. A duras penas pudieron dominar su impaciencia hasta que las mujeres abrieron el primer barril, cogiendo la carne y corriendo a cocinarla.

Durante el tiempo que estuvimos fuera vivieron de raíces y alguna vez comieron alguna pieza de caza, si bien pocas, pues la montaña estaba agostada por la sequía.

En el pequeño campamento que Diablo Rojo tenía como cuartel general y escondite, había ocho hombres, cuatro mujeres y cuatro chiquillos. Tres de las mujeres y tres niños pertenecían al general, y la cuarta y un pequeño a Manuel.

Cada uno de los tres hijos del general eran de diferente madre.

Roberto, el mayor, mi compañero, era moreno, con evidentes rasgos indios, ya que su madre era pariente lejana de los Santiago.

Eduardo, el segundo, era el que se parecía más al general, aunque sus vulgares facciones también evidenciaban la mezcla de su sangre.

Solo Amparo, la niña y la menor, era de piel blanca y pelo rubio.

Tenía el cuerpo delgado y pequeño y sus ojos eran brillantes y vivarachos, acusando siempre una especie de inquietud interior. Sin iluda era la favorita de su padre, lo mismo que lo era la madre, la cual era delgada y rubia, a diferencia de las otras dos mujeres, morenas y más bien gordinflonas. Las otras dos estaban muy celosas de ella, pero evitaban demostrarlo. Procedía de algún lugar de la costa, donde se decía que el general la había encontrado en un burdel, aunque ella insistía en que era hija de un hidalgo español empobrecido y de una alemana refugiada. De cualquier modo se daba aires de gran dama, y las otras tenían que cocinar y servirle de criadas.

Cuando el general estaba fuera, pasaba la mayor parte del tiempo jugando con Amparo, vistiéndola y desvistiéndola como a una muñeca. Y esto, agravado con el trato deferente del general y de cada miembro del campamento, bastó para estropear a la niña.

Tenía siete años y ya era muy autoritaria y en seguida se revolvía si no podía hacer su voluntad, pero como la mayoría de las veces lo conseguía, lo más corriente era verla contenta y risueña, que era lo que todo el mundo deseaba.

Cuando salté del carro Amparo estaba de pie detrás de él, vestida con un precioso traje blanco.

—Me dijeron que habías muerto —dijo con un tono de voz en el que había cierto desencanto.

—Pues ya ves que no lo estoy —le contesté.

—Hasta te recé una novena, y mamá me prometió hacer decir una misa por ti

cuando volviésemos a la iglesia.

La contemplé con detenimiento. Habíamos crecido juntos, y en aquel momento me dio la impresión de que ella seguía siendo una niña.

—Lo siento —me disculpé—; si lo hubiese sabido habría dejado que me matasen.

Una repentina sonrisa iluminó su rostro.

—¿De veras, Dax? ¿Lo habrías hecho por mí?

—Ya lo creo —respondí, riendo.

Me echó los brazos al cuello y me besó en la mejilla.

—¡Oh, Dax! —exclamó—. Eres mi verdadero favorito. Me alegro de que no te mataran; de veras.

La empujé con suavidad mientras ella me miraba con ojos tiernos.

—Ya me he decidido.

—¿A qué? —pregunté.

—A casarme contigo cuando sea mayor —y se separó de mí diciendo—: Voy a decírselo a mamá.

La vi entrar en la casa y me sonreí. Antes de mi partida cogió una rabieta porque dijo que se casaría con Manuel, y su madre le replicó que Manuel ya tenía una mujer, por lo que era imposible, y unas semanas antes tuvo el mismo capricho por un joven mensajero, un enviado del general que nos trajo las últimas novedades.

Empecé a desenganchar los caballos mientras al otro lado oía a Gato Gordo explicando las virtudes del garañón negro. De pronto me di cuenta de la presencia de Roberto y Eduardo. Me fui hacia ellos.

—Hola.

Eduardo respondió inmediatamente al saludo; tenía unos meses menos que yo, pero era más bajo y muy delgado. Roberto se limitó a mirarme fríamente. Le vi muy pálido y tenía los ojos amarillentos pareciendo que estuviese enfermo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Eduardo respondió antes de que su hermano abriese la boca:

—Tiene una blenorrea.

—¿Una blenorrea? ¿Qué es eso?

Roberto siguió sin decir nada, y Eduardo se encogió de hombros.

—No sé. Los dos Santiago y Manuel también la cogieron. La mujer de este está rabiosa con él.

—¡Eduardo! —llamó su madre desde la casa.

—¡Voy!

Acabé de desenganchar los caballos en silencio. Roberto seguía de pie a mi lado, mirándome y sin decir nada. Le eché una de las riendas, diciendo:

—Ayúdame a llevarlos al establo.

Cogió la brida y los llevamos a la cuadra. Así que abrí la puerta y los entramos, empezaron a agitarse, yéndose al otro extremo del establo, apartados de los otros caballos, pues estos los miraron de refilón, hostilmente.

—Míralos —exclamé—, parece que no quieren saber nada unos de otros y mañana serán amigos. Los caballos son como las personas.

—Los caballos no cogen la blenorrea —dijo al fin Roberto.

—¿No? ¿Cómo la cogiste tú?

—Aquellas putas. Todos la cogimos. La mujer de Manuel está furiosa con él.

—¿Es malo? —pregunté.

—No mucho. Solo duele a ratos, cuando orinas.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—¡Eres muy estúpido! Ahí es donde tienes el mal, en tu polla. Tú también la cogerás algún día. Manuel dice que uno no es hombre hasta que la ha padecido.

—He estado con una mujer.

—¿Sí? —me preguntó incrédulo.

—Marta, la hija del señor Moncada, el que nos dio comida. Estuvimos en el granero.

—¿La entraste?

No estaba muy seguro de comprender el exacto sentido de su pregunta.

—Creo que sí. En todo caso, no me hubiese dado cuenta. Estaba demasiado ocupado. Todavía estaría dándole si Gato Gordo no me arranca de allá.

Me miró fijamente.

—¿Cuántos años tenía?

—Catorce.

Roberto hizo un gesto desdeñoso.

—¡Solo es una chiquilla!

—¿Crees que habré cogido una blenorrea?

Negó con la cabeza.

—No, se necesita una mujer para infectarte. ¿También la tiene Gato Gordo?

—No lo sé. No me ha dicho nada.

—A lo mejor fue afortunado y no la atrapó.

Salió afuera y yo le seguí. No le acababa de comprender. Si uno no era un hombre hasta que la tenía, ¿cómo podía considerarse afortunado si no la atrapaba?

dieciséis

Gato Gordo me miró malhumorado al darse cuenta de que iba detrás de él cuando se dirigía al puesto de vigilancia.

—¿Adónde crees que vas? —me preguntó.

—A echar un vistazo —respondí en tono inocente.

—Pues pasa delante y observa. Pero no me vengas detrás cada vez que voy a alguna parte. Algún día me cansaré y te voy a arrear un tortazo que te hará ver las estrellas.

No respondí y él emprendió la marcha de nuevo, monte adelante y pegando patadas a las piedras que encontraba. Le seguí a cierta distancia, pues no quería que me hiciese ver las estrellas. Gato Gordo llevaba toda la semana con el mismo malhumor desde que Manuel se negó a permitirle que fuera a buscar el garañón negro, pretextando que estaban faltos de gente.

Generalmente había diez hombres en el puesto de vigilancia, pero dos habían muerto; a uno lo mató el sargento y al otro el general, antes de que fuésemos a ver si encontrábamos comida. Había bebido y por lo visto quiso violar a una de las mujeres de Diablo Rojo, creo que a la madre de Amparo, pero no estoy seguro. Solo oí un grito y dos tiros, y cuando llegué para ver qué había ocurrido, ya estaba muerto.

Santiago el joven estaba de vigía.

—Ya era hora —rezongó—; estoy muerto de hambre.

—Lo mejor para unas purgaciones —dijo maliciosamente Gato Gordo— es una andorga vacía.

—Pues te conviene atrapar unas buenas —le dijo Santiago—. Si sigues tan gordo ningún caballo te aguantará.

—Bah… —mugió Gato Gordo—. Mi garañón puede conmigo, aunque pesara cinco veces más.

—Yo no creo que hayas tenido nunca un garañón —respondió en tono burlón Santiago mientras se encaminaba hacia el sendero.

—Lo que te pasa es que tienes envidia —le gritó Gato Gordo—. Dax estaba conmigo, y lo vio; ¿verdad, Dax?

—Sí. Yo lo vi.

Pero Santiago ya había desaparecido; y yo me volví hacia Gato, el cual miraba hacia Estanza.

—Es un bonito garañón, ¿eh, Dax? Un caballo magnífico.

Gato Gordo se sentó con la espalda apoyada en una roca y el rifle sobre las rodillas, y mirando hacia el sur.

No le contesté.

—Manuel no tiene idea de lo que es ser dueño de un buen caballo. Claro que

como nunca ha tenido ninguno, ¿cómo puede saberlo? ¡Ni que le hubiera pedido prestada su mujer! Por otra parte, creo que ella me lo hubiese agradecido, siendo él como es. Pero, no. «Tienes que quedarte aquí, dice, porque estamos faltos de gente.» —Se encogió de hombros y continuó—: ¿Pues qué habrían hecho si yo no hubiese vuelto? Te lo diré bien claro: tampoco estaría aquí; y esto, que está más claro que el agua, no hay manera de que Manuel lo admita. Además, todos estarían muertos de hambre, comiendo ratas, o estiércol, o piedras.

Yo seguí sin decir nada, pero a Gato Gordo le tenía sin cuidado que hablase o callase.

—Después de todo lo que hice por ellos aún tienen la cara dura de dudar que soy propietario de un magnífico animal.

Puso el rifle en el suelo y encendió un cigarrillo.

—Te digo, chico, que es más de lo que un hombre puede soportar.

Dio una chupada al cigarrillo. Yo eché una última mirada a mi alrededor. No se movía ni una hoja, y la noche llegaría antes de una hora, por lo que, según se me había ordenado, tenía que volver al campamento.

—Buenas noches, Gato —me despedí y empecé a bajar la colina.

A los pocos pasos miré atrás y le vi pensativo mientras el humo del cigarro le salía por la nariz. Seguí andando, y a mitad de camino del campamento oí el grito de un pavo silvestre. Se me hizo la boca agua, pues hacía tiempo que no comía carne de pavo. Estaba harto de todos los días comer buey salado.

—Glu… glu… glu… —dije, tratando de imitar la llamada de los pavos.

Y el pavo respondió con unos gritos guturales, pero esta vez me pareció que lo oía a mi izquierda; seguí buscándolo, dispuesto a no irme sin dar con él, y ya era casi de noche cuando vi que sacaba la cabeza entre las hojas de una mata. No sé quién de los dos se quedó más sorprendido, y durante un momento nos quedamos mirándonos como si viésemos visiones. El pavo levantó la cabeza, creo que para gritarme en son de protesta, pero no le di tiempo. Le arrojé el cuchillo con tan buena puntería que de un solo viaje lo descabecé. Se retorció y aleteó con furia varias veces, salpicándome de sangre la camisa, hasta que se quedó más muerto que un muerto. Era casi noche cerrada cuando me lo cargué al hombro, cogido por las patas y con el cuello caído sobre mi espalda.

Anduve sin prisas, y al entrar en el campamento vi cerca del corral a Manuel.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó malhumorado—. ¿No sabes que hay que volver al oscurecer?

Levanté el pavo tan alto como pude y se lo eché a los pies.

—¡Dax! —exclamó asombrado—, ¿dónde lo encontraste?

—Lo cogí cuando volvía del puesto de vigilancia.

Cogió el pavo y lo sopesó.

—Por lo bajo, quince quilos. ¡Estrella, mira lo que nos ha traído Dax! ¡Mañana tendremos un festín!

Pero no hubo festín, porque aquella noche nos sorprendieron los soldados.

Habrían pasado pocas horas desde que nos acostamos cuando se oyó el primer tiro. Salté de la cama y me calcé, sin tenerme que vestir, pues desde nuestro regreso me acostumbré a acostarme vestido, igual que los demás. Cogí el cuchillo que tenía debajo de la almohada.

Se oyeron unos gritos de mujer dentro de la casa, y en vez de dirigirme a la puerta me fui directo a la ventana y me eché de cabeza al vacío. Caí sobre el alero, rodé por el tejado posterior de la casa y de allí al suelo. Cuando me había alejado unos pasos vi que salían llamas de la casa, y eché a correr, mientras brillaba el chispazo de los fogonazos; llegué a la maleza y me escondí entre unos arbustos; entonces volví a mirar atrás.

En medio del resplandor de las llamas solo veía uniformes azules y rojos. Manuel y Santiago el viejo disparaban sus rifles desde un lado de la casa, y alcanzaron a un soldado que cayó muerto y a otro que se dobló con aullidos de dolor.

Entonces apareció otro por detrás de ellos y arrojó algo al aire, en dirección a Manuel.

—¡Manuel! ¡Cuidado! —le grité.

Pero nadie me oyó. Poco después, Manuel pareció que estallase en mil pedazos, mientras Santiago, al ver que ya no le quedaba una bala en el rifle, lo blandió como un garrote y se enfrentó con dos soldados que se le echaron encima… Desde donde yo estaba oí su alarido cuando una bayoneta le atravesó el cuello y la otra le atravesó los intestinos.

Corrí agachado siguiendo la zanja hasta la parte delantera de la casa, desde donde pude observar, y vi que Amparo corría chillando de terror y sin más ropa que un camisón; pasó cerca de mí, y la agarré por una pierna, haciéndola caer al suelo; entonces me le eché encima, tapándole la boca antes de que pudiera chillar de nuevo. La llevé hasta la zanja.

Sus ojos, dilatados por el terror, me miraban sin reconocerme. Acerqué mi rostro al suyo.

—No hables; soy Dax.

El terror desapareció de su cara y me miró en silencio. Entonces le quité la mano de la boca.

—Estate aquí quieta. Voy a echar otro vistazo.

Levanté cautelosamente la cabeza. A unos cuatro pasos de distancia me miraban los ojos sin vida de Santiago el joven, y cerca de la casa había otros muertos. Los soldados estaban todavía allí. Una mujer corría gritando con la falda encendida y detrás de ella iba Eduardo llorando:

—¡Mamá, mamá!

Se oyó un disparo y ella cayó al suelo, y un nuevo disparo derribó a Eduardo,

cayendo encima de su madre; un soldado se acercó a ellos y les clavó la bayoneta con saña varias veces.

De repente alguien salió de la casa corriendo y gritando, esgrimiendo un machete y dirigiéndose al soldado. Era Roberto. El general se hubiera sentido orgulloso de él. Su rostro no reflejaba el más mínimo temor; solo odio.

Cogido por sorpresa, el soldado se volvió rápidamente intentando huir, pero era demasiado tarde. Roberto descargó el machetazo con toda su fuerza, arrancándole un brazo; el soldado cayó aullando al mismo tiempo que se oía un disparo detrás de él, y Roberto dio un trágico bote en el aire, como si lo sostuviesen desde arriba; seguidamente cayó al suelo, como un fardo, cerca de los cuerpos de su hermano y de la mujer.

Ya no se oía más ruido que el de la madera que crujía por el fuego, cuando de repente gritó una mujer. A un costado de la casa vi a tres mujeres rodeadas de soldados. En medio estaba la madre de Amparo, sosteniendo a la de Roberto; la mujer de Manuel tenía el rostro como la piedra, sin expresión alguna.

Entonces apareció un oficial. No le vi el rostro, pero así que empezó a hablar lo reconocí inmediatamente. Por años que viviera nunca olvidaría su voz.

—¿Han muerto todos?

—Sí, coronel —respondió el sargento—. Quedan estas mujeres.

—Haced lo que queráis con ellas, pero recordad que al irnos tienen que estar muertas. He jurado que ningún traidor vivirá.

—Sí, coronel.

El coronel desapareció por la esquina de la casa. Desnudaron inmediatamente a las mujeres y las echaron al suelo, con los miembros esparrancados, mientras todos se colocaban en fila esperando su turno. Percibí un movimiento a mis espaldas. Era Amparo, cuyos ojos inquisitivos se clavaron en mí.

—¿Qué están haciendo? —me preguntó.

Yo sabía lo que hacían: violarlas y matarlas. Como de costumbre. Pero comprendí que no serviría de nada decírselo. ¿Qué podía saber una niña de lo que hacen los hombres cuando guerrean?

La empujé al fondo de la zanja.

—Nada importante —murmuré.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó temblando y presa del miedo de nuevo.

La cogí de una mano y fuimos hasta el puesto de observación, pero cuando llegamos no había nadie. Gato Gordo tampoco estaba. De repente comprendí adonde habría ido: a Estanza, a buscar el garañón negro.

Miré hacia el sur, sin ver nada ni a nadie, pero yo estaba convencido de que si nos dábamos prisa lo alcanzaríamos. La noche iba ya muy avanzada y no tardaría en salir el sol.

Amparo, con solo su camisón, se estremeció al sentir el frío de la madrugada.

—Tengo frío —dijo temblando dentro de su fino camisón.

Gato Gordo me había enseñado lo que tenía que hacer; me quité mi gruesa camisa india y la abrigué. Amparo era tan pequeña que la prenda le llegaba a las pantorrillas. Después la obligué a que se pusiese mis zapatos, pues iba descalza.

—Ahora —le dije dando a mi voz un tono de seguridad— tenemos que andar un poco, y luego descansaremos, cuando salga el sol.

diecisiete

No habíamos recorrido ni una cuarta parte del camino montaña abajo cuando oí algo lejos aún de nosotros unas voces masculinas. Cogiendo a Amparo del brazo nos metimos en un matorral, escondiéndonos donde vi que la maleza era más espesa.

Se oyeron recias pisadas de botas, y aparecieron cuatro soldados casi frente a nosotros, empuñando cada uno su rifle, dispuestos a disparar.

—¡Uff! —exclamó uno de ellos, echándose en el suelo y a dos pasos de donde estábamos—. Ya tengo bastante. No puedo más.

Los otros siguieron en pie.

—Sentaos —les dijo—; estáis tan cansados como yo.

—El coronel ordenó que rastreáramos el camino hasta abajo —le advirtió uno de ellos.

—¿Es que está el coronel con nosotros? El descansa, se emborracha, y nosotros nos rompemos la crisma en estas malditas montañas. ¡Al cuerno el coronel!

Otro se echó a su lado.

—Solo un momento. ¿Quién va a enterarse?

Los demás se sentaron en el suelo, y uno preguntó mientras se apoyaba en el tronco de un árbol:

—¿A cuál poseísteis?

El primero que había hablado se incorporó apoyándose en un codo.

—Yo jodí con todas. Así que había descargado en una, corría ponerme en otra cola.

El segundo hizo un gesto con la cabeza.

—No es extraño que estés para el arrastre.

—¿Cuál fue la tuya?

—La histérica. No sé por qué hacía tantos aspavientos. Tenía un coño como para darle gusto a un garañón. ¡Ni siquiera noté los bordes!

—Sí, tienes razón. No valía nada —convino otro de los soldados.

—La mejor era la rubia. Se notaba que estaba acostumbrada al asunto. En el momento en que uno se la metía, ella presionaba hacia abajo, comprimiendo, y… ¡paf!… uno ya estaba. Si no hubiera habido tantos esperando, os aseguro que me apunto de nuevo; y esta vez ella no me habría despachado tan fácilmente. Bueno, tengo una sed que me muero. Estoy escurrido.

Cogió su cantimplora, la alzó y el agua le fue cayendo por las comisuras de la boca.

—Yo también tengo sed —murmuró Amparo.

—¡Chist!

Se movió restregándose el rostro.

—Hay mosquitos.

Entonces los sentí en mi espalda. Estuve tan absorto con lo que decían los soldados que ni me había dado cuenta. Con mucho cuidado para no mover la maleza, le levanté el camisón por debajo de mi camisa, y le cubrí con él la cabeza.

—Échate y no te muevas —le recomendé—. Ahora ya no te pueden picar.

Entonces fui yo, desnudo hasta la cintura, el atacado. Se posaban constantemente sobre mí, con pocos segundos de intervalo; sin embargo, tenía que resistir hasta que los soldados se fueran.

En aquel momento se levantó uno de ellos.

—Me parece que haríamos mejor en espabilarnos.

—¿Por qué? —preguntó el primero que se había echado—. No hay nadie por estos alrededores.

—Pero el coronel ordenó que inspeccionásemos todo el monte.

El otro soltó la carcajada.

—Eso significa que hemos de bajar y volver a subir. Podemos quedarnos aquí hasta el mediodía, y entonces iremos a dar el informe. ¿Quién se va a enterar?

—No sé.

—De acuerdo. Ve si quieres; te esperaremos hasta que vuelvas.

El que estaba de pie contempló a los otros, y al ver que no tenían intención de marcharse con él, se dejó caer de nuevo en el suelo, exclamando:

—Tienes razón. ¿Quién se va a enterar?

Amparo seguía con la cabeza cubierta con el camisón, y su respiración era tranquila y regular. Levanté una esquina de la ropa y vi que se había dormido.

Uno de los soldados dormía con los brazos tendidos y roncaba con la boca abierta. Los demás buscaban dónde echarse, y algunos ya empezaban a cerrar los ojos.

Lo mejor sería que yo pudiera descansar también, me dije, pero no me atrevía, y luché por mantener los ojos abiertos, lo que me fue muy difícil con el sol, pues poco a poco calentaba más. La espalda me ardía a causa de las picaduras de los mosquitos.

A pesar de mis esfuerzos, al cabo de unos momentos empecé a dar cabezadas y también me quedé dormido. Sin embargo, me desperté al oír un ruido.

Esta vez los soldados estaban de pie. Se dirigieron al otro lado del camino para hacer sus necesidades. Momentos después uno de ellos advertía a los otros:

—Es muy tarde; tenemos que irnos.

Los estuve contemplando hasta que desaparecieron por el otro lado del cerro, y cuando ya no les oí, sacudí ligeramente a Amparo, que continuaba dormida.

Esta levantó la cabeza y se bajó el camisón. Vi que aún tenía los ojos hinchados de sueño.

—Tengo hambre —musitó mientras se los frotaba.

—Pronto comeremos.

—Vamos a casa. Mamá me prometió que para cenar nos comeríamos el pavo que

mataste ayer.

—No podemos. Los soldados todavía están allí.

Fue como si la despertara en seco el recuerdo de la pesadilla de la noche anterior, y estalló en sollozos.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —gritó.

—¡Cállate! —le ordené con aspereza.

—¿Veré a mamá después?

—Naturalmente.

¿Cómo podía yo decirle que ya no vería más a su madre?

—¿Cómo conseguiste escapar de la casa? —le pregunté.

—Cuando los soldados cogieron a mamá, yo estaba escondida debajo de la cama, y cuando ellos salieron, salté por la ventana y me puse a correr… Y corrí, corrí, corrí…

—Fuiste muy inteligente.

Los ojos le brillaron.

—¿Tú crees?

Lo que más le gustaba a Amparo era que la halagasen; nunca la cansaban los elogios.

—Soy inteligente, ¿verdad?

—Mucho.

Sonrió un instante, y luego miró hacia el camino.

—¿Se han ido?

—Sí, se han ido —respondí levantándome—. Y ya es hora de que también nos vayamos nosotros.

—¿Adónde?

Reflexioné unos instantes. Ahora ya no podíamos alcanzar a Gato Gordo, pero yo sabía dónde encontrarlo: en Estanza.

—A Estanza.

—¿A Estanza? —preguntó—. ¿Dónde está eso?

—Lejos de aquí. Tendremos que andar bastante.

—Me gusta andar.

—Pero habrá que ir con mucho cuidado. No podemos dejar que nadie nos vea. Si oímos a alguien tendremos que escondernos.

—Claro, por los soldados —adivinó ella.

—Aunque no sean ellos, tendremos que escondernos igualmente, pues podrían decirles que nos han visto.

—No haré ruido —prometió—. Tengo hambre y sed.

—No muy lejos hay un arroyo.

—También quiero hacer pipí.

Para esto no había por qué esperar.

—Ahí, en una mata —le indiqué.

Amparo fue hasta las matas y se agachó levantándose con cuidado la ropa.

—¡No puedo hacerlo si tú estás mirando! —exclamó.

Me volví sonriendo. «Las chicas son muy raras, pensé. ¿Qué tiene que ver que la mire o no?»

Llegamos al arroyo al cabo de una media hora. Y recordando la advertencia de Gato Gordo de no beber demasiado de una vez, bebimos primero unos sorbos, y luego otros. Al darme el sol de lleno en las picaduras de los mosquitos me aumentó el escozor. Me rasqué desesperado, y al ver que no se me calmaba me eché agua con las manos.

Amparo me estaba contemplando y dijo:

—Tienes la espalda llena de picadas. Mamá siempre me ponía hojas de laurel para curar las picaduras de los mosquitos.

—¿Y dónde encontrarlas?

—Allí hay un laurel —me indicó señalando cerca.

Fui al árbol, cogí un puñado de hojas e intenté ponérmelas en la espalda, pero se cayeron. Amparo hizo una mueca de exasperación.

—Eres muy torpe. Déjame a mí.

Cogió las hojas y las puso en remojo unos instantes.

—Vuélvete —me ordenó.

Me puse de espaldas y sentí cómo el agua de las hojas me bajaba a la cintura. Amparo tenía razón; al cabo de unos momentos desapareció el escozor. Mientras estaba sentado contemplando el arroyo, vi como si un cuchillo rasgase el agua, y me di cuenta de que era un pez.

Me acordé de que Santiago el joven acostumbraba pescar con una flecha. Miré alrededor en busca de una rama delgada y, cuando la encontré, le quité las hojas y con el cuchillo le saqué punta, muy fina. Entonces me puse de rodillas en la orilla, con la rama como si fuese una lanza.

Los peces volvieron, traté de alcanzarlos, pero huyeron rápidos, y lo único que conseguí fue casi caerme en el arroyo. Al tercer intento había adquirido ya una cierta destreza. Los peces, al dispersarse, salían huyendo en todas direcciones, y el truco consistía en adivinar cuál de ellos vendría en mi dirección. Decidí que sería el que cerraba el grupo. Dejé que en el primer intento pasaran de largo porque me figuré que la víctima escogida no se acercaría lo bastante; pero, al segundo, se puso a tiro. Me abalancé y sentí cómo la tosca lanza se hundía en el pez. Le había acertado.

Me volví jubiloso, mostrando el pez clavado en la punta de la rama.

—¡Ya tenemos comida!

Vi una expresión de disgusto en el rostro de Amparo.

—¿Crudo? —preguntó—. ¿Y cómo lo coceremos?

Sentí que se me iba la alegría. Di unos pasos y con cara mustia me senté en una roca, de la que tuve que levantarme en el acto y pegando un chillido. Debido al sol, la roca ardía como un horno. Y entonces me di un manotazo en la frente, diciéndome

que si la piedra estaba caliente como para quemarme las nalgas, también lo estaría para cocer el pez.

dieciocho

El pez, que tuve que arrancar de la roca con el cuchillo, estalla bueno, pero quedó un poco crudo. Tuve que pescar dos más antes no se nos pasó el hambre. Nos fue muy bien habernos hinchado de pescado, porque los dos días siguientes no comimos más que nueces y bayas. A la tercera mañana hallamos un mango, y comimos tantos mangos que todo el día tuvimos retortijones, hasta casi no poder andar.

Al llegar la noche Amparo empezó a llorar.

—¡Quiero ir a casa!

La miré en silencio, sin saber qué decirle. Entonces me dije que lo peor para un hombre era enfrentarse con las lágrimas de una mujer. Su rostro, tan bonito normalmente, aparecía estirado y ojeroso debido a los estragos producidos por la diarrea.

—Me duele la tripita —gimió.

A mí también me dolía, y me prometí que la próxima vez iría con tiento al comer mangos.

—Duerme; mañana te encontrarás mejor.

Pegó una rabiosa patada en el suelo.

—¡No quiero! ¡Estoy harta de dormir en el suelo, helándome y picándome los insectos! Quiero ir a casa y dormir en mi cama.

—No podemos.

—¡Quiero ir!

Y diciendo esto empezó a patalear. Yo sabía lo que aquello significaba. Iba a obsequiarme con una de sus famosas rabietas, y no viéndome capaz de aguantarla, me levanté y le di una bofetada. Se quedó petrificada por la sorpresa, y en seguida se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Me has pegado!

—Y volveré a hacerlo si no te callas —exclamé rudamente.

—¡Te odio!

No respondí.

—Te lo digo de verdad. Y ya no pienso casarme contigo.

Sin hacerle caso me tendí en la hierba y cerré los ojos. Durante unos momentos hubo silencio, y luego sentí que se arrimaba a mí. Se quejó lastimeramente:

—Tengo frío, Dax.

Tenía los labios blancos, y comprendí que en un sitio tan llano, barrido por los vientos que bajaban de las montañas, no íbamos a poder dormir. Había que buscar un sitio más abrigado.

—Levántate —le dije, ayudándola a ponerse de pie.

—Pero está oscuro y estoy cansada. No puedo dar un paso más.

—Tienes que hacerlo —insistí—. Vamos a buscar un sitio más caliente para dormir.

Nos pusimos a andar. Miré al cielo, y no me gustó el aspecto que presentaba; un espesor de nubes bajas y amenazadoras ocultaba la luna y las estrellas. Una ráfaga de viento frío nos dio de lleno, lo que confirmó mi impresión de que no tardaría en llover.

Recordé que por la mañana había visto a lo lejos un bosquecillo.

Si no hubiéramos tenido que detenernos por culpa del atracón de mangos, ya estaríamos allí. Traté de localizarlo en medio de la oscuridad, pero me fue imposible. Lo único que podíamos hacer era seguir andando y llegar cuanto antes al bosque.

De repente el cielo se abrió, y empezó a caer una sábana de agua entre violentas ráfagas de viento. Empapados los dos, empujé a Amparo para que corriera. Los pantalones se me pegaban a las piernas, y la tierra se convertía rápidamente en un fango caliente.

Amparo lloraba. Se había caído de rodillas y yo la levanté bruscamente, obligándola a correr de nuevo. Por fin llegamos, nos metimos en el bosquecillo y nos detuvimos debajo del árbol más grande. El suelo estaba casi seco, pues la lluvia apenas había podido atravesar el espeso ramaje. Poco a poco fuimos recobrando el aliento.

Me di cuenta de que los ojos de Amparo brillaban intensamente, y temí que hubiera cogido un resfriado.

—Dax, oigo voces —susurró.

La atraje hacia mí para calentarla con mi propio cuerpo.

—Oigo voces —insistió con voz débil.

Le toqué la frente y noté que estaba caliente, como con fiebre.

—Ahora descansaremos.

Me empujó enfadada.

—No. Escucha.

Más por complacerla que por otra cosa, escuché. Primero no oí nada, pero luego me llegó un suave murmullo de voces que parecían venir de detrás de nosotros.

—Espérame aquí —le dije al oído.

Amparo asintió, y me alejé a gatas. Habría andado quizás unos cien pasos cuando los avisté. Había tres carros fuera del camino, bajo los árboles, y en uno de los carros tres hombres que jugaban a las cartas. Otros tres estaban echados en los otros carros. Todos vestían el uniforme azul y rojo del ejército, y tenían los rifles alineados junto al primer carro.

Preguntándome si habría algunos más, trepé a un árbol y desde arriba observé con el mayor sigilo. Dos carros estaban vacíos, y en el otro había algunas mantas. Estaba pensando si podría coger una cuando recordé la fiebre de Amparo, Ella era una responsabilidad mía, lo mismo que yo lo había sido de Gato Gordo. No tenía más remedio que actuar. Me deslicé dentro del carro de cola y con el mayor cuidado cogí

una manta y la enrollé, miré alrededor para ver si había algo más que pudiera aprovechar, y vi una caja de cerillas, que me eché al bolsillo, y una bolsa de pescado seco en un rincón, que también me llevé…

Me costó unos minutos orientarme en el bosque, pero una vez lo conseguí, llegué pronto al lado de Amparo; estaba muy quieta y echada en el suelo. Salí del matorral.

—¿Dax? —susurró, castañeteándole los dientes.

—Sí; rápido, quítate la ropa.

Tendí la manta y la envolví en ella. Seguidamente cogí el cuchillo y corté un trozo de pescado y se lo di.

—Toma, come.

Me obedeció; me eché a su lado y corté otro trozo para mí. Tenía sabor a tierra y estaba salado, pero me reconfortó. Los estremecimientos de Amparo empezaron a disminuir; y al cabo de unos momentos se quedó dormida. Recordé sonriendo cómo la había irritado. Para ser una niña, Amparo no estaba tan mal. Un pájaro cantor posado en un árbol vecino me despertó. Abrí los ojos y miré al cielo. Por entre el espesor de las hojas se divisaba nítido y azul. Contemplé a Amparo, que dormía enrollada en la manta.

Me levanté y busqué su ropa, que estaba amontonada a unos pasos. La cogí y la tendí en una mata para que se secara, y al volverme vi que Amparo estaba sentada. Llevándome un dedo a los labios le indiqué silencio.

Corté otro trozo de pescado y se lo di, diciéndole:

—Espérame aquí; vuelvo en seguida.

Llegué pronto al árbol de antes. Los soldados se habían ido y el rescoldo de la hoguera todavía humeaba. Le eché unas cuantas ramas para que no se apagase y volví a buscar a Amparo. El calor del fuego nos reconfortó después del frío de la noche. Miré al sol para calcular la hora y me pareció que debían de ser las nueve. Enrollé la manta, me la eché al hombro y emprendimos la marcha.

Tres veces durante la mañana tuvimos que escondernos. La primera, porque pasaron varios hombres a pie; la segunda, un hombre en un carro, y la tercera, un hombre y una mujer también en un carro. Viendo tantos carros, me figuré que nos acercábamos a un pueblo.

Luego de una curva del camino, apareció el pueblo, y de muchas de las chimeneas salía humo. Nos apartamos del camino.

—Vamos a rodear el pueblo.

Ella asintió con un gesto y atravesamos los campos. Nos vimos obligados a dar una vuelta muy larga, y cuando las casas quedaron ya detrás de nosotros, casi era de noche.

—Tengo hambre —se quejó Amparo—. El pescado seco no me llena.

—Esta noche conseguiremos algo mejor.

Pensaba robar un par de gallinas en cuanto encontrase un lugar apropiado para pasar la noche. El único inconveniente era que Amparo no quería quedarse sola. Era

noche cerrada cuando llegamos a una casa de campo en cuya parte trasera había los gallineros. Esperamos hasta que calculé que la gente se habría dormido.

—Espérame aquí; no te muevas —le recomendé a Amparo.

Sin esperar su respuesta me alejé silenciosamente con el cuchillo en la mano; levanté con cuidado la aldabilla y entré en el gallinero, En el acto las gallinas armaron una batahola que podía oírse en un kilómetro a la redonda. Cogí una gallina que corría hacia mí y le clavé una cuchillada; quise alcanzar otra pero se me escapó, y entonces cacé una pollita que corría asustada y le corté la cabeza… Me metí el cuchillo en la camisa y con las dos gallinas cogidas por el cuello atravesé los campos hasta donde me aguardaba Amparo, justo en el momento que el granjero salía de la casa con un rifle y con el camisón revoloteándole. Vio el gallinero abierto, corrió a cerrarlo y vino hasta el límite del campo por donde me había escapado.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz de mujer.

—¡La maldita comadreja que ha vuelto a entrar en el gallinero! Alguna noche la cazaré.

Se quedó unos instantes vigilando, y luego, irritado, regresó al gallinero y tras abrir la puerta entró en el corral.

Toqué el brazo de Amparo y le hice señal de alejarnos. Teníamos que darnos prisa, pues en cuanto el granjero encontrase las dos cabezas de gallina sabría que no había sido una comadreja. Corrimos como el viento hacia nuestro escondrijo; ya no nos sentíamos cansados; Amparo incluso reía al ver cómo los piojos de las gallinas, colgadas de un trípode sobre el fuego, trataban de salvarse de la quema.

diecinueve

Los días sucedieron a las noches y las noches a los días, cuando, perdida toda noción del tiempo, llegamos a las colinas debajo de las cuales empezaba el desierto. Vagamente, pero sin seguridad alguna, calculé que habrían pasado tres semanas desde que abandonamos nuestro escondite.

Serían las dos de la tarde cuando contemplábamos la cresta de las colinas del otro lado del desierto, detrás de las cuales estaba el rico y fértil valle de Estanza. Se veían algunos carros en el camino, pero nosotros no podíamos atrevernos a pasar de día; nos verían inmediatamente, pues no había lugar para esconderse en aquella plana extensión de arena caliente.

Intenté medir la distancia a simple vista. Cuando Gato Gordo y yo la cruzamos con el carro, tardamos tres horas, lo que me hizo calcular unos treinta kilómetros. Se nos llevaría toda la noche. Me fijé en el aspecto de Amparo.

El rubio cabello, a causa del sol, le amarilleaba más, y en el rostro, lleno de pecas, las cejas y las pestañas casi no se le veían, en contraste con su bronceada piel. Las mejillas habían perdido su redondez y las tenía hundidas, viéndose el relieve de los finos huesos debajo de la piel, y de las comisuras de la boca le salían unas leves arrugas de fatiga. Saqué un hueso de gallina del bolsillo y se lo di. Lo chupó lentamente, ablandándolo con saliva antes de morderlo. Amparo había aprendido mucho en aquellas últimas semanas.

Muchas veces, a lo largo de nuestra caminata, habíamos tenido que escondernos, y más de una vez fue por muy poco que no nos topamos con alguna patrulla. Pero el peligro nos despertó una especie de sexto sentido que nos salvó siempre de caer en su poder.

—Tendremos que cruzarlo de noche. Buscaremos un sitio donde escondernos.

Amparo hizo un signo de asentimiento. Sabía el porqué, sin necesitar de ninguna explicación.

—¿Nos queda algo para comer? —preguntó chupando el hueso.

—No. Miré alrededor. No era una región donde encontrar caza. Los escasos árboles y los secos matorros que solo crecen en el desierto me indicaron que probablemente no habría agua en aquella zona.

—Pero no estamos muy lejos de Estanza —respondí—. Allí comeremos y beberemos todo lo que queramos.

Asintió silenciosamente mientras miraba los carros que traqueteaban en el camino.

—¿Todos nos odian y nos quieren matar?

La pregunta me cogió de sorpresa.

—No lo sé —contesté confuso.

—Entonces, ¿por qué tenemos que escondernos siempre?

—Porque no sabemos lo que piensan de nosotros.

Se quedó unos momentos callada.

—Mamá ha muerto —exclamó de repente—. Y también Roberto y Eduardo. Por eso no podemos volver, ¿verdad?

No le contesté.

—Puedes decírmelo. No lloraré.

Incliné la cabeza, y ella me comprendió.

—¿Papá también? —me preguntó mirándome a los ojos.

—No.

Silenciosamente miramos de nuevo hacia el desierto. Durante un largo rato no dijo nada. Después me preguntó:

—Si papá ha muerto, ¿querrás casarte conmigo y cuidar de mí?

La miré, y la vi flaca e indefensa, con la misma expresión de Perro cuando no estaba muy seguro de que le iba a dar un hueso. Le cogí la mano, y la dejó quieta en la mía, cálida y confiada.

—Ya sabes que sí —le aseguré—. Hace tiempo que quedamos en eso.

Ella sonrió.

—¿Tienes otro hueso?

Le di el último que me quedaba, e inmediatamente se puso a roerlo.

—Vamos —dije—; busquemos un lugar con sombra donde poder dormir.

Nos disponíamos a cruzar el desierto cuando se levantó un viento tan frío que nos hizo estremecer a los dos.

—¿Lista? —le pregunté.

—Sí.

Amparo se ciñó la camisa al cuerpo e inclinó la cabeza sobre el pecho, para resguardarse todo lo posible del viento.

—Espera. Se me había ocurrido una idea. Desenrollé la manta y con el cuchillo la partí por la mitad, entregándole un trozo. Pasada la noche ya no la necesitaríamos; estaríamos en la hacienda del señor Moncada.

—Te la pones como una ruana —le aconsejé.

Los dos hicimos lo mismo y nos aprestamos a enfrentarnos con el viento cada vez más fuerte, que levantaba la fina arena que a los pocos momentos se nos metía en los ojos y en la boca. Teníamos la piel áspera y seca, y a las pocas horas de andar, hasta la misma carretera estaba cubierta por una ligera capa de arena.

Más de una vez nos confundimos y, tropezando, nos hundimos hasta la rodilla casi, teniendo que hacer grandes esfuerzos para seguir andando, luchando contra el viento que nos cegaba. Traté de ver las estrellas, pero la noche era de una negrura total.

—¡No veo nada! —gritó Amparo—. La arena me ciega.

—Hazte una capucha —le aconsejé, ayudándola a envolverse la cabeza con la manta y dejándole solo una pequeña abertura para que viera—. ¿Así vas mejor? —Sí.

Otra vez perdimos la carretera, y nos hundimos de nuevo en la arena.

—No puedo dar un paso más, Dax —gimió Amparo—. Tengo los zapatos llenos de arena.

La hice sentar y le vacié los zapatos; seguidamente la obligué a reemprender el camino.

—Ya nos queda poco.

Continuamos andando. Tenía la garganta áspera y seca y me roncaba el pecho al respirar. De repente el cielo apareció de un color gris, anunciando la salida del sol, pero con la mayor sorpresa vi que el sol apuntaba detrás de las montañas que quedaban a nuestra espalda, descubriéndome que caminábamos hacia el oeste.

Súbitamente me di cuenta de lo que había sucedido. En algún momento, durante la noche, una de las veces que perdimos la carretera, equivocamos la dirección y habíamos vuelto atrás, encontrándonos ahora en medio del desierto. Miré en dirección a Estanza. Un carro venía por la carretera.

Cogí a Amparo del brazo y salimos corriendo del camino. Todo lo que veíamos era llano, no había un lugar donde esconderse. Nos tendimos en el suelo y le ordené que se aplastara contra la arena, tapándonos la cabeza con los trozos de manta. Quizá no se fijarían, o pensarían que nadie sería tan loco como para estar echado allí.

Oí el traqueteo de las ruedas y, levantando una punta de la manta, vi que el vehículo había pasado de largo. Iba ya a levantarme cuando vi que venía otro. Me eché al suelo de nuevo.

—¿Qué pasa?

—Viene otro.

El sol empezó a lanzar sus rayos sobre nosotros; el calor era sofocante.

—No podemos hacer nada —le dije—. Tenemos que esperar hasta la noche. Hay demasiada gente en la carretera.

—Tengo sed —se quejó Amparo.

—Estate quieta y trata de no pensar en la sed.

Sentí cómo me corría el sudor por la espalda y las piernas. Me humedecí los labios, y los sentí resecos y salados. Levanté la manta y miré hacia las cuatro direcciones. No se veía alma viviente en todo lo que alcanzaba la vista.

—Bien —decidí—; vamos a andar un rato. Ponte la ruana como una capucha; te protegerá del sol.

El ardor del asfalto se reflejaba en ondas movedizas y empezó a quemarme los pies.

—Estoy muerta de sed, Dax.

—Caminemos un poco más. Luego nos detendremos y descansaremos.

Intentamos seguir media hora más. El calor era tan intenso y la arena ardía tanto

que cuando decidimos descansar apenas podíamos estar sentados. Yo sentía la lengua tan seca e hinchada que intenté hacer un poco de saliva, no lo conseguí.

—No puedo más, Dax —exclamó Amparo llorando—. Me duele la boca.

Sus hombros se estremecían al compás de sus sollozos. Viendo que necesitaba humedecer los labios con algo cogí el cuchillo y me hice un corte en la yema de un dedo.

—¡Caray! —exclamé.

—¿Qué te pasa?

Enseñándole el dedo le dije:

—Me he cortado —y se lo acerqué a la boca diciéndole que me chupase la herida, lo cual hizo ella sin sospechar que era una treta.

—¿Ya basta?

Apreté la yema del dedo tanto como pude.

—Un poco más y no me dolerá tanto.

Al repetir la succión vi que los bordes del corte se ponían blancos.

—Muy bien, pequeña; ya no me duele.

—Fíjate —me dijo quitándose la manta de la cabeza y mirando cielo—, está oscureciendo.

Estaba en lo cierto. Anochecía y el calor empezaba a ceder. Me puse de rodillas y observé la carretera, la cual discurría a través del paso entre montañas. Al otro lado se hallaba Estanza.

—Si caminamos toda la noche, llegaremos antes del mediodía.

En vez de contestarme me preguntó:

—¿No podríamos encontrar agua?

—Hasta Estanza casi es imposible.

Se fue a la cuneta y se sentó diciéndome que estaba cansada.

—Lo sé, Amparo —le dije poniéndole la manta encima—. Intenta dormir un poco, y piensa que mañana se nos habrán acabado las penas.

Se tendió y no tardó en dormirse. Yo traté también de dormir, pero la angustia con que veía nuestra situación era más fuerte que el sueño, y no conseguía pegar los ojos. Dos horas después desperté a Amparo.

Cuando hacía ya dos horas que había salido el sol llegamos a la hacienda del señor Moncada. Había varios caballos atados en el palenque de delante de la casa, pero no se veía a nadie. Hice una señal a Amparo para que no se moviese y andando a gatas me fui al otro lado de la valla.

El humo que salía de la cocina esparcía un olor que me azuzó más el hambre que sufría, y entonces cogí a Amparo de una mano y atravesamos el patio, yendo a la puerta de la cocina, abriéndola sin llamar.

Cegado casi por el sol, estuve un momento sin ver nada, y en el mismo instante

una mujer gritó asustada; entonces vi que en la cocina no solo había cerca del fogón la mujer que gritó, sino también tres hombres sentados a la mesa, y uno de ellos estaba de cara a la puerta.

Llevaban el uniforme rojo y azul.

Rápidamente, empujé a Amparo hacia fuera.

—¡Corre, Amparo! —le pedí en voz baja—. ¡Corre!

Ella atravesó el patio corriendo como un conejo y yo detrás de ella, pero cuando miré atrás porque oí otro grito, tropecé con un tronco y caí tan largo como era. Al levantarme vi que se acercaba un soldado.

—¡Corre, Amparo! —le grité otra vez—. ¡Corre!

Asomó otro soldado, y entonces, ya dispuesto a todo, saqué el cuchillo, pero en el mismo instante sufrí como un vahído. El hambre y la larga noche eran la causa de mi agotamiento. En el acto vi la cara del soldado que se me acercaba. ¡Era Gato Gordo! La debilidad desapareció como por ensalmo y el odio más feroz se apoderó de mí.

—¡Gato Gordo! —rugí, disponiéndome a lanzarme sobre él a cuchilladas.

Nos había vendido. Por eso los soldados encontraron nuestro escondite y por eso no se salvó ninguno. Y todo por un maldito garañón negro.

En el mismo instante oí gritar a Amparo. Al volverme la vi forcejeando para librarse de un soldado que la había cogido y la arrastraba hacia nosotros. Otra vez sentí como si fuera a desvanecerme.

Me encaré con Gato Gordo, el cual estaba tan blanco como el papel.

—¡Dax! —exclamó.

—¡Sí, soy Dax! —grité histéricamente—. ¡No estoy muerto como los otros! ¡Te mataré! ¡Te cortaré los cojones y te los haré tragar, maldito embustero!

—¡No, Dax, no!

—¡Traidor!

Di un paso hacia él, pero sentí lo mismo que si la tierra subiese y bajase, igual que las olas del mar la vez que estuve en Curatu con mi padre.

—¡Traidor! —le grité de nuevo.

—¡Dax!

Ahora era otra voz, una voz que yo no había olvidado a pesar de que no la oía desde hacía dos años. Miré más allá de donde estaba Gato Gordo, y, de pie en la puerta de la cocina, estaba mirándome mi padre.

En el acto me pregunté si deliraba, si veía visiones, porque con el mayor de los asombros vi que mi padre llevaba el uniforme del ejército.

—¡Papá! —grité, dando un paso hacia él, y me detuve en seco al recordar a Gato Gordo, y ciego de rabia me fui hacia él rugiendo y blandiendo el cuchillo.

—¡Te mataré! ¡He de matarte!

Cuando levanté el brazo apuntándole al cuello sentí como si el sol me cegase…, como si todo lo que me rodeaba se desvaneciese. El cuchillo me cayó de las manos y me desplomé, sin casi llegar al suelo, de donde me levantaron unos brazos. Todo,

todo lo veía oscuro, y recuerdo que pensé: «¿Cómo puede ser de noche si hace poco que amaneció?»

En medio de tanta negrura me llegó la amorosa voz de mi padre, interrogante y dolorida:

—Hijo mío… —me dijo casi en un suspiro—. Dax, ¿qué te he hecho?

Piadosamente, me envolvió la oscuridad y perdí el sentido.

veinte

El anciano vestido con sotana negra se arrellanó en la silla y juntó las yemas de los dedos de una mano con los de la otra, esperando mi respuesta. Sus ojos brillaban detrás de los cristales de sus gafas.

—Intentaré portarme mejor, monseñor —dije.

—Así lo espero, Diógenes —respondió.

Pero en su voz no había convicción alguna, como no la había en la mía.

La escuela no estaba hecha para mí. La rutina y la monotonía de las clases me daban la impresión de que estaba confinado. En algunas materias que me gustaban, los idiomas, por ejemplo, el inglés, el francés, incluso el alemán, tenía buenas notas, pero el latín era una lengua muerta, propia solo para que la murmurasen los sacerdotes en sus rezos, y no me interesaba lo más mínimo. Y esto, el latín, era el culpable de que yo estuviese delante del director de la escuela.

—Tu estimado padre fue uno de nuestros alumnos más brillantes —continuó sermoneándome el director—. No hubo nadie que le aventajara en el latín. Si quieres ejercer la abogacía como él, tendrás que aprenderlo a fondo.

Le contesté lo que él deseaba.

—Sí, monseñor.

—Debes también tratar de adelantar en otras materias —continuó, echando una ojeada al cuaderno de notas que tenía sobre la mesa—. Hay asignaturas en las que apenas has conseguido un aprobado. Gramática, literatura, geografía, historia…

Miré por la ventana mientras él seguía hablando, y vi que Gato Gordo me esperaba en la puerta del jardín de la escuela. Con su uniforme rojo y azul, tenía un aspecto que era la admiración de las criadas y las institutrices que esperaban a los otros chicos. Pero yo nunca me acostumbré a verle de uniforme, en especial aquel, a pesar de que el ejército ya era nuestro y el general se había convertido en el Presidente.

La revolución había vencido tres semanas antes de la llegada de Amparo y yo a Estanza, cuando nosotros llevábamos cinco, que fue que tardamos en recorrer el camino, sin hablar con ningún ser humano. Me acordé de cuando el general vino a visitarme a mi habitación, en la hacienda del señor Moncada, donde yo estaba en cama, débil e indolente después del acceso de fiebre que sufrí cuando perdí el sentido en brazos de mi padre. Se oyeron las recias pisadas de sus botas cerca de la puerta, y le vi aparecer. Él no era un hombre alto, pero con su uniforme de comandante en jefe me pareció como si hubiese crecido. Su rostro era tan anguloso y expresivo como siempre, con los mismos labios finos y crueles y sus grises ojos sin expresión. Se sentó a un lado de la cama y me miró, poniendo una mano con afecto sobre la mía.

—¡Soldadito!

—Señor general.

—He venido a darte las gracias por haberme traído a mi hija —dijo cariñosamente.

No respondí. Yo no veía el motivo de su agradecimiento. No hubiera podido hacer otra cosa.

—Viste…; ¿viste lo que les sucedió a los otros?

—Sí.

—Roberto y Eduardo. ¿Pueden estar todavía en la montaña? No hemos podido encontrar sus cadáveres. Allá arriba lo incendiaron todo.

—Murieron, señor —respondí dejando de mirarle al ver su expresión de dolor—. Yo los vi morir.

—Fue…; ¿fue rápida su muerte?

—Sí, señor. Lucharon como hombres. Yo vi cómo Roberto tumbó a dos.

De repente estalló furioso.

—¡Maldito Gutiérrez!

Le miré interrogante.

—¿El coronel?

Los ojos le brillaban.

—¡Gutiérrez, el asesino de Bandaya! Sabía que se había acordado un armisticio antes de que se fuera a las montañas.

—¿Armisticio, excelencia?

—Sí, soldadito. Ya no se debía combatir más mientras se tramitaba la rendición.

Se levantó y paseó inquieto por la alcoba. Estaba de espaldas a mí cuando añadió:

—La guerra estaba prácticamente terminada cuando él atacó nuestro reducto.

Cerré los ojos. Entonces, todo había sido por nada. La muerte de cada uno no había tenido sentido. Y la de mi abuelo tampoco.

Todo por culpa del coronel. Sentí que el odio me invadía de nuevo. Oí que alguien entraba y abrí los ojos; era Gato Gordo que me traía la comida en una bandeja. El vendaje de su antebrazo, donde le alcancé con el cuchillo, se destacaba en la sombría habitación.

—Bien, mi gallito peleón. Ya veo que te has despertado.

La voz del general estalló:

—¿Pero qué pasó en el puesto de vigilancia? ¿Por qué no los avisaron a tiempo para huir? —se acercó a la cama—. ¿Qué sucedió?

Gato Gordo se puso muy pálido y gotas de sudor le brillaban en la frente. Tenía una expresión que no le había visto ni cuando se enfrentó con la muerte.

Cerré de nuevo los ojos. Sabía lo que había sucedido y el porqué. Gato Gordo desertó de su puesto, pero yo ya no era un niño, y su muerte no habría devuelto la vida a los demás; quedándose en su sitio, no hubiera hecho más que añadir otro cadáver a los que hubo aquella noche.

Abrí los ojos y miré al general.

—No lo sé, excelencia. Me desperté cuando sonaron los primeros tiros, y al darme cuenta de que la casa ardía, salté por la ventana y me escondí en la zanja. Entonces vi a Amparo que salía corriendo y hui con ella.

El general me miró unos segundos fijamente.

—¡Qué bien hiciste! —y poniendo su mano sobre la mía con aquel gesto tan cálido y conmovedor, añadió—: Mis hijos han muerto, pero su espíritu y su coraje viven… en ti. De aquí en adelante te consideraré como mi nuevo hijo.

Sorprendido, me di cuenta de que las lágrimas asomaban a sus ojos. El general no «podía» llorar. Los hombres no lo hacían. Él mismo me lo había dicho.

—Gracias, excelencia.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y levantándose con esfuerzo se fue hacia la puerta. Ya en el umbral, me dijo:

—Te dejo para que comas.

Entonces recordé que no le había preguntado por su hija.

—Y Amparo, ¿cómo está?

—Está bien. Me la voy a llevar a Curatu. Ven pronto y estarás con nosotros.

Cuando oí lejos sus pisadas me encaré con Gato Gordo, quien, aunque todavía estaba pálido, sonreía.

—Me has devuelto la camisa.

No sé por qué, pero vi que aún le despreciaba.

—¡Te he devuelto la cabeza! —exclamó y, rechazando la bandeja, añadí—: Llévatela; no tengo hambre. Abandonó silenciosamente la habitación y yo me puse a mirar por la ventana. Pero ni el azul del cielo ni el brillo del sol ni el piar de los pájaros me llegaron a los ojos ni al oído. Solo veía al coronel, y no oía más que su voz despreciable. El odio contra él se apoderó de mí, y me juré que, si quedaba con vida, no dejaría de buscarlo; yo lo mataría.

Unas semanas después llegamos a Curatu, y vivimos en una casa frente al mar que compró papá, no muy lejos de donde habían vivido sus padres. A los pocos días fui inscrito en la misma escuela de jesuitas donde él estudió, y el mismo monseñor que entonces registró su nombre estaba ahora recalcándome mis fracasos como estudiante.

De mala gana presté atención a lo que me decía.

—Y debes prometer que pondrás toda tu voluntad para alcanzar unos resultados que enorgullezcan a tu padre.

—Lo haré, monseñor. Pondré toda mi voluntad.

—Muy bien —dijo sonriendo—. Ve con Dios, hijo mío.

Salí de la pequeña habitación que servía de despacho del director, y corrí por el pasillo hacia la salida. Parpadeé deslumbrado por el sol cuando Gato Gordo salió de entre el grupo de admiradoras y se acercó.

—El coche está esperando, «excelentito».

Desde nuestro regreso de Estanza nadie había vuelto a llamarme por mi nombre.

Me había convertido en el «excelentico», en el «pequeña excelencia». Gato Gordo me dijo que mi padre y el general habían acordado ponerme un guardaespaldas, lo que me hizo mucha gracia, y dije que no necesitaba ninguno, que ya me sabía defender yo solo, pero no me hicieron caso y allá donde iba tenía que ir acompañado de mi guardián.

Contemplé unos momentos el sedán negro, un Hudson, con el chófer uniformado al volante, y, dándole los libros a Gato Gordo, exclamé:

—No quiero el coche. Prefiero andar.

Les volví la espalda y empecé a bajar la colina, camino de la ciudad. Detrás de mí oí roncar un motor; miré atrás y vi que el coche me seguía lentamente, con el chófer y Gato Gordo en el asiento delantero. Yo me reí entonces. Gato no había cambiado, y seguía prefiriendo ir montado a caminar.

Más tarde me senté en un pilón, al final del muelle, mirando cómo llenaban un vagón de mercancías que descargaron de un barco. Desde mi sitio se oía cómo discutían los marineros en francés y las réplicas de los estibadores en un español plagado de insultos y de palabras soeces. Mi profesor de francés se habría sorprendido de mis conocimientos de su idioma si me hubiese oído repetir algunas de las indecorosidades que aprendí entonces.

Contemplé la bandera tricolor, azul, blanca y roja, que hacía ondear en el mástil la suave brisa que llegaba del mar; luego paseé la mirada por el puerto. Estaban cargando otros dos barcos; uno con la bandera de Panamá, y el otro era griego.

Me habían contado que antes de la revolución nunca hubo menos de veinte buques en el puerto, la mayoría norteamericanos e ingleses. Pero ahora, como sus gobiernos no habían reconocido al nuestro, prohibieron que sus barcos atracaran en nuestros puertos; me lo dijo mi padre. Yo no le veía la relación, especialmente cuando los plátanos se pudrían en los muelles y en el campo quemaban el azúcar, y el café se llenaba de gusanos en los centenares de sacos que había en los almacenes.

Oí unas pisadas detrás de mí, y vi a dos chicos que se acercaban. Mal vestidos y sucios, parecía que sus andrajos fuesen el uniforme de esta parte de la ciudad.

Se detuvieron, y uno de ellos, quitándose el sombrero, me pidió respetuosamente:

—Unos centavos, excelencia; para comer.

Me quedé confundido. No llevaba dinero encima ni tenía necesidad de él, pues era Gato Gordo quien se cuidaba siempre de todo.

—No tengo —respondí con sequedad para disimular mi embarazo.

—Solo un centavo, señor; por amor de Dios.

—Lo siento, pero no llevo dinero encima.

Vi que se miraban con incredulidad. No eran mucho mayores que yo, y, sin embargo, se habían dirigido a mí en tono servil, casi humillante. Pero ahora se me pusieren descaradamente delante, cortándome el camino de la estrecha pasarela que llevaba al muelle principal.

—Por favor —les dije.

Me miraron con expresión hosca, y no se movieron.

—¿Qué queréis? —pregunté—. Ya os he dicho que no llevo dinero.

No respondieron, y les repetí que me dejaran seguir adelante.

Se me estaba acabando la paciencia. «¿Creerán estos tontos que si tuviese unos centavos, no se los daría?»

—Quiere pasar —se burló el mayor.

El otro se rio y le coreó con una vocecita chillona.

No necesité otra invitación. La ira se apoderó de mí y, visto y no visto: trinqué al pequeño y lo arrojé al agua, y antes de que el mayor se diera cuenta de lo que pasaba, le pegué una patada en los cojones que lo dobló, y de un empujón se fue también al agua.

Miré abajo y los vi tratando de alcanzar una de las estacas que sostenían el muelle.

—¿Qué pasó? —me preguntó Gato Gordo.

—No me dejaban pasar.

—¡Borricos! ¡Campesinos! —exclamó desdeñoso y escupiendo al agua, hacia ellos.

Con Gato detrás, seguí hasta el otro extremo del muelle, donde me estaba esperando el coche.

—¿Por qué mendigan? —le pregunté a Gato.

—¿Quiénes?

—Ellos —y señalé a los dos chicos, que ya estaban subiendo al muelle.

Gato Gordo se encogió de hombros.

—Estos siempre piden.

—Dijeron que tenían hambre.

—Siempre tienen hambre.

—Pero se suponía que esto terminaría. Decían que para eso se hacía la revolución.

Gato Gordo me miró con una extraña expresión.

—He tomado parte en tres revoluciones y no he visto que ninguna llenase la panza de los campesinos. Han nacido para pasar hambre.

—Entonces, ¿por qué luchamos nosotros?

Gato Gordo sonrió.

—Porque no nos gusta mendigar para comer.

Lo miré un instante y, disponiéndome a volver al muelle, le pregunté:

—¿Tienes dinero suelto?

Al contestarme que sí, le tendí la mano abierta, y él sacó del bolsillo unas cuantas monedas. Las cogí y me volví a donde estaban los dos muchachos, quienes me miraron con el recelo pintado en los ojos. El mayor seguía encogido y el pequeño me escupió a los pies.

—¡Campesinos! —les tiré las monedas y dando media vuelta me alejé del lugar.

veintiuno

El palacio del Presidente estaba en el centro de la ciudad, ocupando dos manzanas y protegido por una muralla de unos cinco metros de alto que aislaba el edificio de los demás. Tenía dos entradas, una al norte, de cara a la cordillera que casi rodeaba la ciudad, y otra frente al mar. De hecho el palacio era una fortaleza. Durante el día los soldados montaban guardia delante de las puertas de hierro, y sobre el pasillo que remataba la gruesa muralla patrullaban centinelas día y noche.

Debido a un decreto de un antiguo Presidente, a quien le soltaron un tiro desde un edificio cercano cuando salía de su residencia para ir a los despachos, todas las casas de dos manzanas a la redonda fueron derribadas, y así se evitaba que hubiera ventanas indiscretas que fisgasen. Sin embargo, esto no evitó que ese Presidente fuera asesinado. Por liarse con una querida, su mujer, más despechada que ofendida, le disparó un tiro a los pocos meses.

Los soldados que montaban la guardia frente a la puerta que daba al mar saludaron cuando el gran coche negro entró en el patio, y yo los miré con la mayor indiferencia. El coche torció a la derecha y siguió hacia la Residencia, un edificio de piedra blanca, en el extremo sureste. Cuando el coche se detuvo, los soldados ni nos miraron casi, pues mis semanales visitas a Amparo las consideraban como de rutina.

El apartamento de Amparo estaba en el ala derecha del edificio, el de su padre a la izquierda, y entre uno y otro había varias salas de recibo. Me introdujeron en una gran estancia que formaba esquina, y que ella utilizaba como cuarto de estar, y, como de costumbre, tuve que esperar. La «princesa», como llamaban a Amparo, no era nunca puntual. Yo miraba a través de la ventana los campos vecinos cuando llegó seguida de su dueña. La vi llegar hacia mí con un precioso vestido blanco y el rubio cabello suelto sobre la espalda, y con la mano tendida imperiosamente.

Como de costumbre, se la besé.

—Amparo… —dije gravemente.

—Dax —respondió sonriendo—. Has sido muy amable viniendo.

Cada semana nos decíamos lo mismo, y esperamos que la dueña también soltase las palabras de costumbre, y no se hizo esperar.

—Niños, os dejaré para que juguéis.

Amparo no la retuvo, y la dueña salió cerrando la puerta; nosotros nos miramos y nos echamos a reír, y corrimos hacia la ventana, desde donde vimos cómo la dueña salía por la puerta lateral. Allí la estaba esperando Gato Gordo, uniformado, gorra en mano. Entonces los dos se dirigieron apresuradamente al pequeño apartamento que la dueña tenía en el edificio de la servidumbre.

Amparo se moría de risa.

—Toda la semana espera tu visita.

—La mía no —repliqué secamente.

Soltó de nuevo la risa y propuso:

—¿Vamos a verlos?

Hice un signo negativo, pues no me interesaba. Algunas veces íbamos al dormitorio de Amparo y, desde una ventana, a través de una claraboya que daba a la habitación de la dueña, los veíamos en la cama. Pero aquello era pesado, pues siempre hacían lo mismo, y yo no comprendía que Gato Gordo no se cansase, cuando a nosotros solo mirarlo ya nos fatigaba.

—Pues, ¿qué vamos a hacer?

—No sé —respondí, mientras continuaba mirando por la ventana.

—Pues estamos divertidos.

Me volví para mirarla. Tenía nueve años, y cada vez que la veía la encontraba más bonita. Y lo peor era que ella lo sabía. Sin embargo, vivía demasiado sola. No la dejaban salir más allá de la residencia. Ni siquiera para ir a la escuela, pues tenía maestros que se ocupaban de su instrucción.

Le permitían que cada tarde recibiese la visita de amiguitas escogidas, entre las cuales estaban las hijas del señor Moncada, pero como iban a una escuela privada, solo la visitaban una vez a la semana; los hijos de los aristócratas y los de los políticos locales también tenían su turno. Una vez al mes daba una fiesta para todos.

Aparte de esto, el mundo de Amparo se componía exclusivamente de adultos, lo que hacía que a veces pareciese mayor que yo. Estaba mucho más enterada de las cosas que ocurrían en el mundo y salpicaba su conversación con chismes divertidos, y algo maliciosos, sobre la gente.

Fuimos al sofá y nos sentamos.

—¿Qué te dijo monseñor?

Me quedé sorprendido.

—¿Cómo sabías que me llamó?

Ella soltó la risa.

—Por la dueña. Oí cómo decía que si no hubiera sido por tu padre, te habrían expulsado de la escuela.

—Y ella, ¿cómo se enteró?

—Por uno de los ayudantes de papá. Papá siempre pide tus notas.

El Presidente tenía otras muchas cosas más importantes en que pensar. ¿Por qué este interés por mis notas?

—Papá piensa mucho en ti. Dice que si mis hermanos hubieran…

—¿Quién es ese? —pregunté.

Amparo se encogió de hombros.

—Le he visto varias veces. Me parece que es el apoderado de la Cora.

Yo sabía quién era la Cora. Se trataba de la última de una larga serie de otras de su misma especie que habían desfilado por el palacete. Al Presidente le agradaba que le preparasen cosas.

—No creo que siga viniendo aquí mucho tiempo —añadió Amparo.

—¿Por qué?

—Creo que papá ya empieza a estar cansado de la Cora. Esta semana ha estado cenando conmigo casi cada noche —me explicó con un tono de voz levemente malicioso.

Todas las mujeres que en incesante procesión pasaban por el palacete, duraban poco; la que más, seis semanas, y a los pocos días llegaba otra. El general era hombre de gustos muy variados. La Cora era la que había durado más tiempo, casi dos meses.

—¿Cómo es?

—No es nada guapa —respondió Amparo con desdén.

—Yo he oído decir que lo es.

—A mí no me lo parece —insistió Amparo—. Tiene unas tetas grandísimas; hasta aquí.

Y acompañó sus palabras extendiendo los brazos ante ella en círculo.

—A mí me gustan las tetas grandes.

Ella se miró a sí misma. Las suyas solo empezaban a formarse.

—Yo también las tendré grandes —aseguró—. Más grandes que las de ella.

—Estoy seguro —le dije para contentarla.

—¿Te gustaría verla?

—Sí.

Entonces nos dirigimos a la entrada del palacete. El soldado de guardia saludó y nos abrió la puerta. Entramos en la casa y un mayordomo nos recibió. Amparo lo miró de arriba abajo y dijo:

—He venido a ver a la Cora.

El mayordomo se quedó indeciso, viéndose que no sabía qué hacer, pero mi amiguita, habituada a conseguirlo todo, exclamó impaciente:

—¡No estoy acostumbrada a esperar!

El mayordomo se inclinó.

—Perdóneme, princesa. ¿Quieren seguirme?

Nos condujo a las habitaciones destinadas a la amiga del Presidente, situadas en el ala izquierda; se detuvo ante una puerta, detrás de la cual se oía un leve murmullo de voces. El criado llamó con los nudillos.

Las voces cesaron y a los pocos momentos la mujer preguntó:

—¿Quién es?

—La princesa está aquí.

—¿La princesa?

—Sí, señorita. Desea verla.

Se oyó de nuevo un corto murmullo y la puerta se abrió. Una mujer alta, de grandes ojos negros y pelo del mismo color recogido en un moño, apareció en el umbral. Cuando vio a Amparo dio unos pasos atrás.

—Es un honor, princesa.

Amparo se metió en la habitación como si fuera la suya.

—Pensé que sería agradable tomar juntas el té.

La mujer dirigió una rápida mirada al hombre que estaba de pie cerca de la ventana. Este asintió imperceptiblemente. Llevaba una barba a lo Van Dyck y sus ojos negros brillaban en su delgado rostro.

—Será un placer, princesa —sonrió la Cora a la vez que daba unas palmadas. El mayordomo apareció en seguida—. El té, Juan, por favor.

Amparo dijo:

—Me gustaría presentarle a mi amigo don Diógenes Alejandro Xenos.

La Cora hizo un gesto de cortesía y yo me incliné.

—Tengo mucho gusto, señorita.

—¿Puedo presentarles a mi apoderado, el señor Guardas?

El apoderado se inclinó e hizo chocar los talones, como un militar.

—A su servicio.

Seguidamente se dirigió a la Cora.

—Me gustaría que convenciera al señor Presidente para que espere. Le he preparado un entretenimiento especial para esta noche.

—Esperará.

El señor Guardas se dirigió a la puerta excusándose.

—Ahora debo marcharme, pues tengo algunos asuntos urgentes.

Amparo asintió, y él, inclinándose de nuevo, salió. Le contemplé hasta que cerró la puerta, sin poder quitarme la impresión de que aquel individuo era o fue militar. Se le notaba en su porte, en su manera de andar.

La Cora cerró un poco su escotado salto de cama y se tocó el cabello con la mano, diciendo:

—Si hubiese sabido su visita, princesa, me habría puesto un vestido más presentable. Si es tan amable de esperar un momento me cambiaré.

—Desde luego.

No bien hubo desaparecido, Amparo me dijo:

—Tiene las tetas grandes, ¿verdad?

Entonces oí unas voces a través de la abierta ventana. Me asomé, pero no pude ver a nadie; sin embargo, oía algo de una conversación; por lo tanto, aunque no viese a ninguna persona, era evidente que había alguien debajo de la ventana. Una de las voces me pareció muy conocida.

«La bomba hay que ponerla en la mesa, exactamente a medianoche.»

La respuesta del otro fue apagada.

«Así se hará, excelencia.»

«Asegúrese bien, pues un error…»

Hubo un momento de silencio y los dos hombres aparecieron ante mi vista. Eran el mayordomo y el señor Guardas. El primero levantó una mano como despidiéndose y se fue. No era de extrañar que la voz me pareciera conocida, pues la acababa de oír

hacía un instante. Busqué a Amparo con la mirada, y vi que estaba contemplándose en el espejo.

—¿Crees que mis tetas serán como las de la Cora?

—Sí —le contesté secamente.

Entonces, a través del espejo, se dio cuenta de mi expresión.

—¿Qué te preocupa?

—Por lo visto esta noche van a tener un entretenimiento por todo lo alto —dije—. Incluso tendrán fuegos artificiales en la mesa.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿De dónde? Acabo de oír cómo el apoderado de la Cora le daba instrucciones al mayordomo. Quiere que la bomba esté puesta en la mesa exactamente a medianoche. Me gustaría saber qué clase de diversión van a tener.

La voz de la Cora llegó desde la puerta.

—Es una pequeña fiesta para el Presidente y algunos miembros del gabinete. Celebraremos el tercer aniversario de cuando se erigió en nuestro dirigente y benefactor.

—Ah… Entonces, es para eso lo de la bomba de medianoche.

La Cora soltó la carcajada.

—Lo dice de una manera que parece que se trate de algo trágico. Será una bola de helado.

—Es una excelente idea —dije—. Una bomba de helado.

Mirando a Amparo, la Cora añadió:

—Ya sabe lo que le gusta a su padre el helado.

En aquel momento el mayordomo entró con una bandeja.

—Tendrá usted que perdonarme —dijo Amparo repentinamente—. Ahora me acuerdo de que tengo que volver a la Residencia. ¿Vienes, Dax?

Miré a la Cora confuso y me fui corriendo detrás de Amparo, quien ya estaba fuera de la puerta.

—¿Por qué has hecho eso?

—¡La odio!

Los dos soldados volvieron a escoltarnos cuando nos dirigimos a la Residencia.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

Me miró fríamente.

—Eres como todos los hombres. Solo veis un par de grandes tetas.

—No es verdad.

—¡Sí que lo es! Vi lo embobado que estabas, y sin saber mirar a otra parte.

—¿Y qué querías que hiciera? —pregunté enojado—. No había mucho más para mirar.

Estábamos ya cerca de la Residencia cuando se detuvo exclamando:

—¡A mí nunca me has mirado así!

—Bueno, mujer, ya lo haré —le prometí— cuando crezcas.

—¡Si fueras un caballero lo harías ahora!

La miré y no me pude contener: me eché a reír.

—¿De qué te ríes?

—De que no hay nada que mirar.

Vi que levantaba la mano para soltarme un bofetón, pero se la sujeté en el aire.

—¿Por qué quieres pegarme?

Sus ojos relampagueaban de ira.

—¡Te odio! —se soltó violentamente de mí y me dijo con desprecio—: ¡No quiero verte más!

Me encogí de hombros y empecé a andar hacia la salida.

—¡Dax!

—¿Qué?

—No me has besado la mano para despedirte —dijo tendiéndome la suya.

veintidós

Sentí que una mano ruda me sacudía el hombro. Di la vuelta y me tapé con las sábanas. Yo no quería ir al colegio, y estaba dispuesto a decir que no me encontraba bien.

—Despierta, Dax —era la voz de Gato Gordo, seca y apremiante.

Aún adormilado, la identifiqué en el acto. Era la misma que había oído en la jungla y en las montañas cuando amenazaba peligro. Me senté en la cama, totalmente despierto. Miré hacia la ventana y vi que aún era de noche.

—¿Qué pasa?

El rostro de Gato Gordo estaba tenso.

—Tu padre quiere verte en seguida.

—¿Ahora?

—Inmediatamente.

Salté de la cama y empecé a vestirme. Al mirar el reloj vi que eran las dos. Un frío presentimiento que me hizo estremecer se apoderó de mí mientras me abrochaba la camisa: «¡Lo han herido! ¡Se está muriendo!»

Gato Gordo, grave y silencioso, me tendió la chaqueta. Le miré fijamente.

—¡La bomba!

La sorpresa más profunda se retrató en su rostro, pero antes de que pudiera hablar estallé de nuevo:

—¡La bomba de helado! ¡Asesinato!

Se santiguó en el acto.

—¿Lo sabías?

Le apreté la mano con fuerza.

—¿Está vivo? ¡Dímelo!

—Está vivo. Pero debemos apresurarnos.

El chófer ya estaba sentado al volante con el motor en marcha cuando bajamos. Subimos al coche en silencio y rápidamente nos dirigimos al palacio presidencial. Los guardias de la puerta nos dejaron pasar sin pedirnos que nos identificáramos.

Salté del coche antes de que Gato Gordo tuviera tiempo de levantarse. El vestíbulo estaba atestado de hombres, y en un rincón, sentado en una silla y desnudo hasta la cintura, estaba el Presidente, mientras un médico le vendaba la parte superior del torso. Blanco y desencajado el rostro, me miró al verme entrar.

—¿Dónde está mi padre?

Hizo un gesto señalando las habitaciones de la Cora, a las que fui corriendo. La primera habitación era la salita donde Amparo y yo habíamos estado aquella mañana, pero ahora la veía llena de polvo y de cascotes y con la pared del fondo reventada. Pasé al comedor, donde todo estaba destrozado, y los grandes ventanales de estilo

francés no eran más que unos enormes boquetes por los que se veía la noche. Las mesas y las sillas, reducidas a fragmentos, aparecían por todas partes. Había dos cuerpos inmóviles en un rincón, en los que apenas me fijé. Luego llegué a una pequeña antesala, en cuya puerta cerrada había dos soldados montando la guardia; al verme, uno de ellos abrió la puerta.

Me quedé petrificado en el umbral. Dentro de la habitación había dos sacerdotes, y uno de ellos, a la vacilante luz de una vela puesta sobre un altar portátil y que alumbraba un Cristo colgado de la pared, acercaba un crucifijo al rostro de mi padre, mientras el otro rezaba de rodillas al pie del altar. Al otro lado de la cama vi al médico con una jeringuilla hipodérmica en la mano.

Temblando y flaqueándome las piernas entré en la habitación, teniendo que apoyarme en una silla.

—¡Papá!

Me acerqué a la cama llorando. Tenía el rostro gris como la ceniza y frío cuando me incliné para besarlo. No se movió.

Miré al doctor con ojos desorbitados.

—¡Está muerto…!

El médico negó con la cabeza.

—¡No me mienta! —grité—. ¡Está muerto!

Pasé las manos por debajo de sus hombros, intentando levantarlo. Mi padre gruñó levemente, y yo lo solté, como si hubiera tocado un hierro candente.

—¿Dónde está su brazo? —pregunté al doctor.

El rostro del médico fue inexpresivo al responder:

—La explosión se lo arrancó de cuajo.

Me pareció ver una luz sobre mí y levanté la cabeza. El dosel de la cama tenía un espejo que reflejaba lo que ocurría en la habitación, dando un aspecto fantasmagórico a nuestras figuras. Lentamente recorrí la estancia con los ojos. Había terciopelo rojo y dorados; de las paredes colgaban cuadros de hombres y mujeres desnudos y en los rincones había estatuas de parejas en actitudes obscenas.

Mi padre gimió de nuevo. Tenía la frente llena de sudor. El doctor se inclinó sobre él y se la secó mientras yo me levantaba despacio.

—¡Sáquenlo de aquí! —exclamé.

—Imposible —objetó el médico—. Sería muy peligroso moverlo.

—¡No me importa! —estallé—. ¡Sáquenlo de aquí! ¡No quiero que mi padre muera en una habitación de prostitutas!

El sacerdote me puso una mano en el hombro.

—Hijo mío…

Me solté de él bruscamente.

—¡Quiero que lo saquen de aquí! ¡La cama de una ramera no es lugar adecuado para que muera un hombre!

El doctor iba a hablar cuando le obligó a callar una voz que procedía de la puerta.

Era el Presidente, todavía con el torso desnudo y envuelto en el blanco vendaje.

—Ahora es él quien ha de cuidar a su padre —dijo—. Haga lo que le ordene el chico.

—Pero… —trató de protestar el médico.

—Cójanlo con la cama y lo llevan a mi habitación, en la Residencia.

El tono del Presidente era rotundo e imperioso. Hizo un gesto a los soldados que estaban detrás de él señalándoles la cama, pero antes lo abrigaron y lo aseguraron en el lecho para que no se cayera. Trajeron varias mantas y lo sacaron del edificio, atravesaron el jardín y lo llevaron a la Residencia. Gato Gordo y yo seguíamos en silencio, y una vez quedó instalado en la habitación del Presidente, le dije al sacerdote que había venido con nosotros:

—Ahora voy a rezar, padre.

Una hora más tarde, cuando la débil luz de la mañana entró en la habitación, el general abrió la puerta. Se detuvo unos instantes mirándome, y luego se acercó a la cama junto a la cual seguía callado. Su rostro parecía inexpresivo.

—Vamos, soldadito; es hora de desayunar.

Me negué con un movimiento de cabeza.

—Puedes dejarlo. Vivirá.

Le miré a los ojos.

—A ti no te mentiría —dijo con seguridad—. Vivirá.

Lo creí. Me puso un brazo en los hombros y nos dirigimos a la puerta, desde donde me volví para mirar de nuevo a mi padre. Parecía descansar, y su respiración levantaba con intervalos regulares el blanco cubrecama.

Descendimos a la planta baja, y el vaho de comida caliente hizo que de repente me acosase el hambre. Nos sentamos a la mesa del comedor y un criado me trajo un plato de huevos con jamón que devoré en segundos, mientras el presidente, sentado a la cabecera de la mesa, se contentó con una taza de café. La camisa le salía fuera de los pantalones, por lo que no se le notaba dónde tenía el vendaje, pero vi que movía el brazo con cuidado cuando levantaba la taza.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó cuándo aparté el plato.

Le dije que sí. Otro criado me trajo café con leche. Estaba caliente y era bueno. Luego le pregunté al general:

—¿Qué le sucedió a la Cora?

Los ojos del presidente llamearon.

—¡La puta…! ¡Se escapó!

—¿Cómo?

—Salió de la habitación cuando entraron el helado. Dijo que quería tomar un poco el aire, pero subió a un coche negro que le tenía preparado un individuo que lleva barba. Su mayordomo conducía —bebió un sorbo y añadió—: Pero la cazaremos, y entonces…

—¿Los guardias no detuvieron el coche?

—No, y ya han pagado su negligencia.

—La bomba estaba en el helado, ¿verdad?

La sorpresa se retrató en su rostro.

—¿Cómo lo sabías?

Le conté la conversación que había oído el día anterior debajo de la ventana de la Cora. No dijo nada mientras duró mi relato y al terminarlo, alguien llamó a la puerta. Hizo una señal con la cabeza y un criado la abrió.

Un capitán del ejército entró y saludó. El Presidente devolvió el saludo maquinalmente.

—Hemos descubierto a la Cora y al mayordomo, Excelencia.

—Muy bien —exclamó el Presidente levantándose—. Seré yo mismo quien decidirá el castigo que les espera.

—Ya están muertos, Excelencia.

—¡Dije que los quería vivos! —gritó rabioso.

—Ya estaban muertos cuando los hallamos, Excelencia. Estaban dentro del mismo coche negro en que se escaparon. Les habían pegado un tiro y degollado.

—¿Dónde los encontraron?

—En la calle de Paredos, Excelencia.

Yo conocía la calle. Era la que daba a los muelles.

—¿En qué trozo de la calle?

—Cerca de la bahía.

—¿Y el hombre de la barba?

—Ni rastro de él. Registramos toda la zona, incluso los muelles.

El Presidente no dijo nada durante unos instantes; seguidamente hizo un signo de asentimiento.

—Gracias, capitán —y me dijo una vez salió el oficial—. Ya es hora de que descanses. He ordenado que te preparen una de las habitaciones de los huéspedes. Vivirás con nosotros hasta que tu padre esté totalmente restablecido.

Dormí mal; a una pesadilla seguía otra. Soñé que estaba en el patio de la hacienda de mi abuelo, con el sol ardiendo sobre mi cabeza, y una voz que me pareció familiar me decía: «Hay una bala en la pistola. ¡Tú le matarás!».

Di un salto en la cama y me quedé sentado y con los ojos muy abiertos. De repente comprendí dónde había oído aquella voz. El apoderado de la Cora, el señor Guardas, no era otro ¡que el coronel Gutiérrez!

Me vestí con la mayor rapidez. No sabía cómo, pero esta vez lo encontraría. Esta vez no escaparía. Estaba dispuesto a matarlo.

veintitrés

Gato Gordo apareció detrás de mí cuando salí de la habitación.

Me dirigí a la antesala y me asomé a la habitación de mi padre.

—¿Cómo está?

—Todavía duerme —respondió el doctor.

Seguí corredor adelante, hasta la escalera, y vi que Amparo venía hacia mí. No me detuve, pero ella me cogió del brazo. Por una vez no jugaba a la princesa.

—¿Cómo está tu papá? —me preguntó.

—Mejor; está durmiendo.

—Tú también dormías —dijo—. Me habría gustado que comieses conmigo.

—Más tarde —contesté a la vez que bajaba las escaleras—. Tengo que hacer una cosa.

Salí afuera y señalé al coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gato Gordo.

—A los muelles.

No esperé que me abriera la puerta. Entré rápidamente y él se sentó delante. Ya en marcha, me preguntó:

—¿Para qué?

—Para averiguar hacia dónde huyó el hombre de la barba.

—¿Y cómo lo vas a conseguir? La policía y los militares han registrado toda la ciudad y no han hallado rastro de él. Me encogí de hombros y di la dirección del embarcadero donde había estado el día anterior. Allí estaban los dos muchachos andrajosos, pescando cerca del pilón.

—¡Campesinos!

Se miraron el uno al otro, sin disimular su miedo, y continuaron pescando.

—¡Campesinos! —les grité de nuevo—. Ayer mendigabais unos pocos centavos. Hoy vengo a ofreceros cien pesos.

Me miraron un instante, con la desconfianza retratada en sus ojos.

—Venid; no os haré ningún daño.

Dudaron un momento, y luego, dejando la caña de pescar, subieron a la pasarela. El mayor se quitó el sombrero y preguntó:

—¿Qué desea de nosotros, excelencia?

—Encontrar a un hombre. —Les hice una breve descripción del apoderado de la Cora, sin olvidarme de su barba—. Esta noche pasada anduvo por aquí, y quiero saber dónde está ahora.

Volvieron a mirarse.

—Un hombre así es difícil de encontrar, excelencia.

—¿Más difícil que encontrar cien pesos?

—La policía ya ha estado buscando a ese hombre —arguyó el chico—. Y no lo han hallado.

—La policía no ofrece cien pesos por la información —repliqué dirigiéndome al coche.

—No queremos complicaciones con las autoridades, excelencia.

Retrocedí.

—No las tendréis.

Otra vez se miraron.

—Veremos lo que podemos descubrir.

—Bien. Volveré dentro de dos horas. Si me traéis información, seréis dueños de cien pesos.

Volví al coche. Gato Gordo me estaba mirando con una rara expresión de respeto.

—¿Crees que descubrirán algo?

—Si tienen tanta hambre como tú dijiste, sí. Ahora vamos a casa; necesito el dinero.

Entré en el despacho de mi padre. Yo sabía que guardaba el dinero en una cajita escondida en el último cajón de su escritorio, y que la llave estaba en el cajón del otro lado. Abrí la caja y saqué cien pesos. Luego fui a la cocina para que me prepararan algo de comer, pues también yo tenía hambre.

A las cuatro y media Gato Gordo y yo estábamos otra vez en el muelle.

—Ya te dije que no descubrirían nada —exclamó Gato con aire satisfecho—. Fíjate que no están aquí.

—Vendrán.

Volvimos al coche y nos dispusimos a esperar. Al cabo de unos veinte minutos aparecieron, asomándose por la esquina de un callejón que cruzaba la calle; gritaban y gesticulaban, y en seguida desaparecieron.

Crucé la calle con Gato detrás, y nos metimos en el callejón, desde donde no se nos podía ver.

—¿Trae el dinero? —preguntó el mayor.

Me saqué del bolsillo los cien pesos.

—¿Traéis la información?

—¿Cómo sabremos que nos dará el dinero?

—¿Y cómo sabré yo que me habéis dicho la verdad?

Se miraron y se encogieron de hombros.

—No tenemos más remedio que fiarnos el uno del otro.

El mayor hizo una mueca de conformidad.

—A las tres de la madrugada, un hombre como el que nos describió subió a un barco que está atracado en el muelle siete. La bandera de ese barco es la de Panamá.

—Si me habéis mentido, lo pagaréis caro.

—No hemos mentido, excelencia.

Les di el dinero, y me fui corriendo al muelle siete. Inmediatamente localicé el

barco, y crucé resuelto la plancha, pero el marinero de guardia me cerró el paso.

—Zarpamos dentro de una hora —gruñó bruscamente—. No se permiten visitas.

—Vamos —le dije a Gato Gordo.

Retrocedimos corriendo. Al llegar a la Residencia, salté del coche antes de que estuviera parado y entré como una exhalación en el despacho del Presidente, al cual rodeaban varios hombres. Se quedó muy sorprendido al verme, pero jadeando y nervioso en extremo, no le di tiempo de decir nada.

—¡Ya sé dónde está el coronel Gutiérrez!

—Y qué tiene que ver Gutiérrez con esta irrupción.

—Porque es el señor Guardas —repliqué—. Él hombre de la barba que se escapó.

Sin vacilar, el Presidente cogió el teléfono que tenía sobre su mesa.

—¡Que el capitán Borja esté listo inmediatamente con un pelotón en la puerta del edificio administrativo! —ordenó.

Se volvió para mí, preguntándome:

—¿Dónde está?

—En un barco panameño, en el muelle siete. Pero hay que apresurarse porque zarpa antes de una hora.

El Presidente se dirigió hacia la puerta.

—No podemos detener la salida de un barco, Excelencia —informó uno de los hombres—. Sería una violación de nuestros acuerdos internacionales.

—¡Al infierno con nuestros acuerdos internacionales! —y añadió sonriendo—: Además, ¿quién se atrevería a protestar de una visita del jefe del Estado? Será un honor.

Y poniéndome las manos en los hombros me hizo pasar delante de él.

El capitán del barco estaba desolado.

—Apelo a su bondad, Excelencia, Si perdemos esta marea, nos retrasamos medio día en nuestro horario.

Pero el Presidente siguió mostrándose suave.

—Pero es muy seguro que su gobierno no le agradecerá que usted se oponga a que yo visite su barco. He oído hablar mucho de la magnífica flota de su país.

—Pero, Excelencia.

La voz del Presidente se endureció.

—Capitán, o yo registro su barco o le acuso de haber violado nuestra hospitalidad dando refugio a un asesino, ¡a un enemigo de nuestro país!

—Pero si nosotros no llevamos pasajeros, Excelencia. Solo la tripulación, y es la misma de cuando salimos a la mar hace cuatro semanas.

—Haga formar a la tripulación, entonces.

El capitán vaciló:

—¡Rápido! —apremió el Presidente.

El capitán se dirigió al contramaestre.

—Hágalos formar a todos en cubierta.

Momentos después la tripulación empezó a formar. Eran treinta y dos y se colocaron en doble fila.

—¡Atención!

Los hombres se pusieron rígidos mirando al frente.

—¿Está aquí toda la tripulación? —preguntó el Presidente.

El capitán asintió con un gesto.

—Sí, Excelencia.

El Presidente le ordenó al capitán Borja:

—Que vayan dos hombres con usted y registre el barco. Asegúrese de que no se esconde nadie.

El capitán saludó y desapareció con dos de sus hombres. Los demás siguieron atentos, mientras el Presidente se fijó en mí.

—¿Vamos a mirarles las caras? No será difícil reconocer a un barbudo.

Pero no era tan fácil. Ninguno llevaba barba, y cuando observábamos en silencio la fila por segunda vez, apareció el capitán Borja diciendo que no había encontrado a nadie a bordo.

—¿No le reconoces? —en la voz del Presidente había preocupación.

Hice un gesto negativo; sin embargo, los dos andrajosos no podían haberme engañado. No eran lo suficientemente listos.

El capitán del barco vino hacia nosotros y nos preguntó con un ligero tono de triunfo en la voz:

—¿Está satisfecho ahora, Excelencia?

El Presidente no respondió. Miró hacia mí y exclamó:

—¡No! Está aquí. Tiene que estar. Tengo la seguridad de que se ha afeitado la barba.

—Entonces, ¿cómo lo conocerá?

Yo le hice un gesto al Presidente, y este se inclinó hacia mí para que pudiera hablarle al oído. Asintió sonriendo. Se encaró con el primer marinero de la fila y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

El hombre respondió:

—Diego Cárdenas, Excelencia.

Luego al más próximo.

—¿Se llama usted?

—Jesús María Luna, Excelencia.

Seguimos hombre por hombre, hasta que llegamos más allá de la mitad de la fila, delante de uno que vestía un mono sucio de engrasador. Tenía el rostro lleno de grasa, incluso en el pelo.

—¿Se llama usted?

El hombre me echó una ojeada; pareció que vacilase, y respondió con voz áspera:

—Juan Rosario.

El Presidente iba a preguntar a otro cuando me oyó que yo preguntaba:

—¿Juan Rosario qué…?

—Rosario y Guard… —se le rompió la voz y se echó sobre mí, agarrándome con las dos manos por la garganta.

—¡Bastardo negro! —gritó—. ¡He fallado dos veces al querer matarte, pero no esta vez!

Le hinqué las uñas en las manos, tratando de librarme de su presión. Los pulmones parecía que me iban a estallar y los ojos me salían de las órbitas. Entonces, Gato Gordo se le echó encima obligándole a soltarme. Mientras yo luchaba por recobrar el aliento miré al hombre tendido en la cubierta. Este, tras sacudir la cabeza, se volvió y clavó sus ojos en mí. No cabía duda, eran los mismos: fríos, crueles, implacables. Podría cambiar el color de su cabello, afeitarse la barba, e incluso ahuecar la voz, pero nunca alterar la expresión de aquellos ojos. La mirada que me echara le había delatado.

Una vez repuesto, me desabroché la chaqueta y empuñé el cuchillo que llevaba escondido en el pecho. Con la mano crispada, me lancé a su cuello lo mismo que si fuera una gallina, pero antes de llegar a él me sujetaron unos brazos vigorosos. Sorprendido, levanté la vista y oí que el Presidente, con voz tranquila y cariñosa, me decía:

—No hay necesidad de que tú le mates. Ya no estás en la jungla.

Tres meses más tarde estaba yo en la cubierta de un buque que nos llevaba lejos del país. Abajo, en el muelle, Amparo saltaba agitando el brazo, despidiéndome. Yo le respondí con iguales ademanes.

—Adiós, Amparo; adiós.

Ella me gritó varias veces adiós, y algo que el ruido de la gente no me dejó entender. El buque despegó suavemente del muelle del puerto y empezó a navegar despacio, mar adentro.

Sentí cómo el brazo de mi padre se ponía en mis hombros y me estrechaba. Le miré largamente, y vi que todavía estaba delgado y que aún no se había acostumbrado a verse la manga derecha vacía.

—Mira bien, hijo mío —dijo apretándome contra su pecho—. Vamos a otro mundo.

Miré de reojo a Gato Gordo y luego dirigí los ojos hacia la tierra, mientras mi padre añadía:

—Un mundo viejo, pero que para nosotros será nuevo. Mira bien, hijo mío, y recuerda la ciudad, las montañas y las llanuras de tu tierra natal. Porque cuando vuelvas ya no serás un muchacho. ¡Serás un hombre!

Libro Segundo

DINERO Y PODER

uno

Gracias a sus muchos años de práctica, el doctor sacó con la mayor seguridad la jeringuilla hipodérmica. Y dirigiéndose al joven que estaba de pie a los pies de la cama, le dijo con voz cansada, en tono desesperanzado:

—Esto le hará dormir, Dax, y le conservará las fuerzas para la crisis de esta noche.

El muchacho no respondió en seguida. Se acercó a la cabecera de la cama y, con un ademán tan delicado como el de una mano femenina, secó la frente empapada de su padre.

—De todos modos morirá —dijo en voz baja, sin levantar los ojos.

El médico vaciló.

—Eso nunca se sabe. Tu padre ya nos ha sorprendido otras veces. Ahora todo está en las manos de Dios.

Sintió sobre sí los oscuros ojos del muchacho. Eran penetrantes y parecía que leyesen en los suyos.

—En la jungla tenemos un proverbio —dijo—. «Para que un hombre ponga su destino en las manos de Dios, tiene que ser como un árbol. Solo los árboles creen en Dios.»

La voz del muchacho era cálida y al doctor aún le era difícil acostumbrarse a su francés suave, fluido y casi sin acento. Todavía recordaba lo que al chico le costaba defenderse con el idioma cuando lo conoció, siete años atrás.

—¿Y tú no?

—No. He visto demasiadas atrocidades para tener mucha fe.

Dax rodeó la cama para colocarse al lado del doctor, y miró de nuevo a su padre.

Jaime Xenos tenía los ojos cerrados y parecía que descansase, pero una gran palidez se apoderaba de su piel morena y su respiración era difícil y fatigosa.

—Voy a hacer que llamen a un sacerdote para que le administre los últimos sacramentos —propuso el médico—. ¿O prefieres que no lo haga?

Dax se encogió de hombros.

—No se trata de lo que yo prefiera, sino de lo que mi padre crea.

El doctor cerró su maletín y añadió:

—Volveré esta noche, después de cenar.

Echando una última mirada a la cama, Dax acompañó al doctor al vestíbulo.

Cuando la puerta del consulado se cerró detrás del médico, Dax se encaminó al despacho, donde estaban Gato Gordo y el secretario y traductor de su padre, Marcel Campion, quienes al verle entrar lo miraron interrogantes. Dax movió

afirmativamente la cabeza, y dirigiéndose a la mesa cogió un cigarrillo de una caja y lo encendió.

—Envíe un cable al Presidente —le dijo a Marcel con voz serena—. «Papá muriéndose. Solicito instrucciones.»

El secretario asintió y salió en seguida de la habitación. Poco después se oía perfectamente el tecleo de la máquina de escribir. Gato Gordo rezongó sombríamente:

—¡Por la Virgen…! ¡Acabar en esta maldita tierra fría!

Sin responder, Dax se dirigió a la ventana contemplando el panorama de la calle cercana a Montmartre. Anochecía, y los edificios brillaban bajo una lluvia menuda. Parecía que en París lloviese siempre.

Igual que esta fue la noche que llegaron de Corteguay, siete años atrás. Semejaban un grupo de paletos, con los cuellos del traje inútilmente levantados para protegerse de la lluvia de febrero y con el equipaje que el taxista había amontonado en la acera.

—¡La maldita verja está cerrada! —les gritó Gato Gordo—. En la casa no hay nadie.

—Toca la campana otra vez. Tiene que haber alguien.

Gato tiró del cordón con fuerza, y el tañido de la campana repercutió como si saliese de todas las casas. Pero de allí no salió nadie.

—Puedo abrir la verja.

—Pues ábrela. ¿Qué esperas?

Gato Gordo procedió con una rapidez asombrosa. Sin dar tiempo a que nadie lo viese, ya le humeaba la pistola que empuñaba; el eco del disparo resonó por toda la calle.

—¡Loco! —exclamó mi padre enojado—. Ahora vendrá la policía y todo el mundo se reirá al enterarse de que no podemos entrar en nuestro consulado. ¿Y para qué? Sigue cerrada.

—No está cerrada —aseguró Gato Gordo pegando una patada a la puerta.

Y se abrió en seco, rechinando los goznes oxidados. Mi padre miró un momento a Gato e hizo intención de entrar, pero Gato lo sujetó del brazo.

—Esto me huele mal. Iré yo primero.

—Tonterías. ¿Qué puede pasar?

—Veo muchas cosas raras —contestó Gato receloso—. Ramírez tendría que estar aquí y, sin embargo, la casa está desierta. Puede ser una trampa. Ramírez nos puede haber vendido.

—Repito que son tonterías. Ramírez no es capaz de esto. El Presidente le dio el puesto por recomendación mía.

Acompañado de Gato recorrió el jardín que rodeaba la casa. El césped y los hierbajos demostraban cuánto llevaba abandonado.

Inconscientemente, Dax habló en voz baja:

—¿Creéis que la puerta de la casa también estará cerrada?

—Veremos —respondió Gato.

Se dirigió a un costado de la casa y, deslizándose a lo largo de la pared, llegó a la puerta. Dio la vuelta al tirador con cuidado y cedió la madera; entonces atisbo a través de la oscuridad, sin ver nada. Gato Gordo empujó y empuñando de nuevo la automática, murmuró:

—Que Dios me ampare.

Se metió dentro y se oyeron sus pisadas y casi sus ahogadas maldiciones; hasta que exclamó en voz alta, al mismo tiempo que encendía la luz:

—No hay nadie.

Se quedaron asombrados en el umbral, parpadeando. Parecía que un tornado hubiera pasado por todas las habitaciones. El desorden era general. Había papeles rotos, y restos de sillas apilados en medio de la estancia. Una mesa de la cocina era el único mueble de la casa.

—Aquí han entrado ladrones —convino Gato Gordo.

El padre de Dax le dirigió una mirada. Su rostro tenía una extraña expresión de dolorida sorpresa, como si no acabase de creer en lo que veían sus ojos. Luego dijo con amargura:

—No han sido ladrones; han sido traidores.

Al mismo tiempo, mientras Gato encendía un cigarrillo, mi padre se inclinaba para recoger un papel y lo leía.

—Quizá nos hemos equivocado de casa —dijo Gato como si buscase un consuelo.

El padre de Dax movió la cabeza negativamente.

—No; no nos hemos equivocado.

Les mostró la hoja que acababa de recoger del suelo. Era un trozo de papel con el membrete de Corteguay.

Dax murmuró, mirando a su padre:

—Estoy cansado.

Su padre le pasó el brazo por los hombros, y, después de recorrer con la mirada la habitación, decidió:

—Aquí no podemos quedarnos. Iremos a un hotel. Al venir hacia aquí he visto una casa con el letrero de pensión. Dudo de que podamos comer algo a estas horas, pero descansaremos esta noche.

Una doncella pulcramente uniformada les hizo una reverencia al abrirles la puerta.

—*Bon soir, messieurs.*

El padre de Dax se limpió los zapatos antes de entrar y, quitándose el sombrero, preguntó cortésmente:

—¿Tendrían tres habitaciones para esta noche?

La doncella les miró desconcertada al ver a Gato Gordo cargado con el equipaje y a Dax a su lado.

—¿Tienen ustedes una cita? —preguntó respetuosamente.

Entonces fue el padre de Dax el que se quedó desconcertado.

—*Rendez-vous*? ¿Quiere decir una reserva? —preguntó defendiéndose con su mediocre francés—. *C'est necessaire*?

La doncella también había agotado el inglés con que trató de hacerse entender, y abriendo la puerta de una pequeña salita les dijo:

—Si son tan amables de esperar aquí mientras voy a llamar a *madame* Blanchette.

—*Merci*.

Entraron en la salita, amueblada con gusto, y la doncella se fue cerrando la puerta. En el mismo instante, de algún lugar de la casa les llegó una risa de mujer. Recorrieron con los ojos la salita de espera. Una valiosa alfombra, unos sofás y sillas y sillones de calidad; en una chimenea unos leños encendidos, y sobre una mesita una botella de *brandy* y algunas copas.

—Esto está muy bien —dijo Gato Gordo al fijarse en la mesita—. Excelencia, ¿puedo servirle un *brandy*?

—No sé si podemos. Ten en cuenta que no sabemos para quién es la botella.

—Para los huéspedes —arguyó Gato Gordo con una lógica irrefutable—. Si no, ¿por qué estaría aquí?

Sirvió una copa al padre de Dax y otra para él, bebiéndosela de un trago.

—¡Qué bueno! —exclamó, sirviéndose otra.

Dax se sentó en una silla delante del fuego y las llamas le alumbraban el rostro. El calor y el cansancio pronto lo adormecieron.

La puerta se abrió y la doncella dejó paso a una dama de mediana edad y de agradable aspecto. Llevaba un impecable traje de terciopelo negro, con una hilera de perlas rosa, y un refulgente solitario en un dedo, como únicos adornos.

El padre de Dax se inclinó.

—Jaime Xenos.

—*Monsieur* Xenos…

Ella saludó inclinando la cabeza y miró ligeramente a Gato Gordo y a Dax. Si tenía que oponer alguna objeción a Gato por haberse servido *brandy*, no lo demostró.

—¿Puedo hacer algo por ustedes, caballeros?

—Necesitamos hospedaje para esta noche. Venimos del consulado de Corteguay, al final de esta calle, pero parece que ha sucedido algo allí. No hay nadie.

La voz de la mujer fue extremadamente cortés.

—¿Puedo ver sus pasaportes, *monsieur*? Nos lo ordena el reglamento.

—Desde luego.

El padre de Dax le entregó los pasaportes. *Madame* Blanchette los miró y, señalando con la cabeza a Dax, preguntó:

—¿Su hijo?

—*Oui*. Y mi *attaché militaire*.

A Gato Gordo le halagó tanto el ascenso que se sirvió un nuevo *brandy*.

—¿Usted es el nuevo cónsul?

—*Oui, madame*.

Madame Blanchette le devolvió los pasaportes, vaciló un momento y añadió:

—Si su excelencia quiere excusarme un momento, iré a ver si hay habitaciones disponibles. Es muy tarde y estamos casi llenos.

El cónsul se inclinó de nuevo.

—*Merci, madame*. Estoy muy agradecido a su gentileza.

Madame Blanchette cerró la puerta y se quedó fuera unos momentos, reflexionando. Después se encogió de hombros y atravesando el vestíbulo entró en otra habitación aún mejor amueblada que la salita.

En el centro de esa habitación había una mesa de juego, y sentados alrededor cinco hombres que jugaban a las cartas, mientras unas cuantas hermosas jóvenes, vestidas a la última moda, seguían el juego, de pie detrás de ellos. Otras dos muchachas estaban sentadas en un sofá cerca del fuego y charlando.

—*Banco* —dijo uno de los jugadores.

Irritado, el que tallaba tiró las cartas sobre la mesa al mismo tiempo que le preguntaba a *madame* Blanchette:

—¿Era alguien interesante?

—No sé, barón —le respondió ella—. Se trata del nuevo cónsul de Corteguay.

—¿Qué quiere? ¿Información acerca del paradero del bribón de Ramírez?

—No. Quiere habitaciones para esta noche.

El jugador que primero había hablado soltó una risita.

—Él pobre hombre debió de ver tu rótulo… Ya te dije que esto sucedería tarde o temprano.

—¿Por qué no lo ha despedido? —preguntó el barón.

—No sé… —respondió ella confundida—. Estaba a punto de hacerlo, pero al ver al chiquillo…

—¿Ha traído a su hijo con él? —preguntó, sorprendido, el barón.

—*Oui* —se volvió hacia la puerta—. Les diré que no puedo proporcionarles nada.

—*Un moment* —el barón de Coyne se levantó—. Me gustaría verlos.

—¿Qué pasa, barón? —preguntó uno de los jugadores—. ¿No le bastó con desplumar a Ramírez? Le debía más que todos nosotros juntos. Al menos cien mil francos.

—Exacto —corroboró el que tenía la banca—. ¿Usted cree que va a sacar algo al nuevo cónsul? Todos sabemos que Corteguay está en quiebra.

Él barón de Coyne miró a sus compañeros.

—Sois una taifa de cínicos. Solo tengo curiosidad por saber qué clase de hombre nos han enviado esta vez.

—¿Qué diferencia puede haber? Todos son iguales. No quieren más que nuestro dinero.

—¿Quiere que se lo presente, excelencia? —preguntó *Madame* Blanchette.

—No; solo quiero verlos.

La siguió hasta una habitación contigua; ella levantó un tapiz y le señaló un pequeño cristal.

—Puede verlos desde aquí sin que ellos se den cuenta. Al otro lado hay un espejo.

El barón miró por el cristal y lo primero que vio fue al chico dormido en el sofá, notando el cansancio que se le reflejaba en el rostro.

—Tiene casi la misma edad de mi hijo —observó sorprendido—. Su madre habrá muerto, pues si viviese no creo que estuviese aquí ese chico. ¿Se sabe adónde ha ido Ramírez?

Madame Blanchette se encogió de hombros.

—Se dice que huyó a la Riviera italiana, pero nadie lo sabe seguro. La semana pasada vino un camión ya de noche y se llevó todo lo del consulado.

El barón hizo una significativa mueca. Comprendió por qué buscaban alojamiento. O él no conocía a Ramírez o Ramírez no habría dejado ni una silla. Mientras observaba, el hombre alto puso un almohadón bajo la cabeza del chico. En su rostro mate había una clara expresión de nobleza.

El barón dejó caer el tapiz y se dirigió a *madame* Blanchette. Al pobre forastero le esperaban muchas preocupaciones en cuanto corriese por París la noticia de que había llegado el nuevo cónsul de Corteguay. Todos los acreedores de Ramírez correrían a llamar a su puerta.

—Dele mi *suite* del tercer piso. No creo que Zizi se oponga a que pase la noche en su habitación.

dos

Le parecía que aún era de noche, y, sin embargo, eran las diez de la mañana cuando Marcelo Campion oyó que llamaban a su puerta. Metió la cabeza debajo de la almohada, pero aun así oyó la aguda voz de su patrona.

—Está bien, está bien —gruñó sentándose en la cama—. Vuelva más tarde y le tendré el alquiler preparado; se lo prometo.

—Le llaman al teléfono, *monsieur*.

—¿A mí? —preguntó malhumorado y pensando quién podía llamarle—. Dígale que espere unos minutos.

Medio dormido, se dirigió al lavabo y metió dos o tres veces la cabeza en el agua para que la fría sensación lo despejase. Unos ojos inyectados en sangre, sus propios ojos, lo miraban con expresión bobalicona desde el espejo. Vagamente trató de recordar qué clase de vino había bebido la noche anterior. Seguramente de poca calidad, pero barato.

Se secó con una toalla ordinaria, se puso el batín y bajó rápidamente la escalera. La *concierge* se hallaba detrás de su pupitre cuando él cogió el teléfono. Se hacía la distraída, dando la impresión de que no escuchaba, pero Marcelo sabía que era toda oídos.

—*Alló*?

—¿*Monsieur* Campion?

—*Oui*.

—Un momento, que se pone el barón de Coyne —rogó una clara voz de muchacha.

Campion oyó al barón con asombro.

—¿Es usted el Campion empleado en el consulado de Corteguay?

—Sí, excelencia —respondió respetuosamente—. Pero ya no trabajo allí; el consulado está cerrado.

—Lo sé, pero acaba de llegar el nuevo cónsul. Creo que usted debe volver.

La voz del barón era tajante.

—¡Pero, excelencia…! El anterior cónsul todavía me debe tres meses de sueldo.

La respuesta del barón demostró que no estaba acostumbrado a que le opusieran objeciones.

—Vuelva al trabajo. Yo le garantizo su sueldo.

El barón colgó el teléfono, dejando a Marcelo en muda contemplación ante el auricular. Lo dejó maquinalmente y la *concierge* se le dirigió sonriendo:

—*Monsieur*, ¿va a volver al trabajo?

Marcelo la miró sin contestarle, sabiendo que lo había escuchado todo. Todavía desconcertado se dirigió a la escalera. El barón de Coyne era uno de los hombres más

ricos de Francia. ¿Por qué estaría interesado en un pequeño país como Corteguay? La mayoría de la gente ni siquiera sabía que existiese.

El teléfono sonó de nuevo y la *concierge* lo atendió; pasó el auricular a Marcelo.

—Para usted.

—*Alló*?

—Campion —ordenó la misma voz tajante de antes—, quiero que vaya allí inmediatamente.

Marcelo echó una ojeada al reloj cuando dobló la esquina de la calle Pelier y empezó a subir la cuesta. Las once en punto; bastante temprano, incluso para el barón.

El propietario de la tienda de ultramarinos que barría la acera le saludó:

—*Bonjour*, Marcelo. ¿Qué…? ¿Vuelves al barrio?

—*Bonjour*. Voy al consulado.

—¿Al consulado? —el tendero lo miró suspicaz—. ¿Es que aquel *merde* de Ramírez ha vuelto? Todavía me debe más de siete mil francos.

—Tres mil francos —corrigió en el acto Marcelo, quien tenía muy buena memoria para estas cosas.

—Tres mil o siete mil, ¿qué diferencia hay? Ramírez huyó y mi dinero también —el tendero dio unos escobazos en el suelo—. ¿Qué pasa? Puedes confiar en mí.

—No lo sé —respondió sinceramente Marcelo—. Acabo de oír que ha llegado un nuevo cónsul, y he pensado que puedo recobrar mi empleo.

El tendero se quedó pensativo.

—Quizá no haya perdido del todo mi dinero… El cincuenta por ciento para ti si me lo recuperas. Mil quinientos francos.

—Tres mil quinientos —le replicó.

Su interlocutor lo miró fijamente unos momentos, y seguidamente una ancha sonrisa floreció en su semblante. Dio un golpe amistoso en el brazo de Marcelo.

—¡Ah, Marcelo, Marcelo…! Yo siempre dije que tenía que madrugar mucho el que quisiera alcanzarte. Tres mil quinientos; de acuerdo.

Marcelo continuó subiendo la empinada calle, y cuando se vio frente al consulado, por un impulso repentino, cruzó a la acera de enfrente. Notó que la puerta del jardín estaba abierta y destrozada la cerradura. Probablemente, se dijo, tuvieron que destrozarla para poder entrar. Se preguntó qué diría el casero cuando lo supiese.

Luego le llamó la atención un muchacho que vio en el jardín cortando la hierba parásita y que, a pesar del frío que hacía, estaba en camiseta, y los tendones de los brazos parecía que querían estallarle mientras embebido en su trabajo golpeaba a diestro y siniestro con un gran cuchillo de hoja ancha y plana.

Marcelo se quedó mirando aquella hoja, pareciéndole que nunca había visto otra que se le pareciese. Pero entonces se acordó de que Ramírez le había enseñado una fotografía de otra más o menos igual, diciéndole que era un machete, Casi se estremeció al recordar que era el arma que empleaban los salvajes.

Miró al muchacho, y al ver la destreza con que manejaba el machete, se dijo que no era francés. Pero fuese francés o no, había venido con el nuevo cónsul. En el mismo instante el joven del jardín miró hacia él, cruzándose la mirada de los dos.

Sus ojos eran negros y retadores. Lentamente se irguió, y aunque el machete le colgaba flojamente de la mano y con la hoja tocando el suelo, a Marcelo le dio la sensación de que le apuntaba a la garganta. Los labios del muchacho se apretaron en una mueca agresiva, viéndosele unos dientes impecablemente blancos.

Involuntariamente, Marcelo se estremeció de nuevo, y sin saber por qué, le volvió la espalda y emprendió rápido el camino de regreso, calle abajo. Aunque no miró atrás una sola vez, habría jurado que los ojos del chico los tuvo clavados en la espalda hasta que dio la vuelta a la esquina.

Llegó sin casi aliento a una *brasserie*.

—Un coñac —pidió, y en el acto encargó también un café.

Se bebió el coñac de un solo trago, y luego el café, pareciéndole que se iba recobrando. De no ser por el hecho de que el barón de Coyne se lo había pedido personalmente, nunca habría tomado en consideración la posibilidad de reintegrarse a su empleo de antes, no al lado de aquellos bárbaros.

Desde su mesa Marcelo vio que el muchacho cruzaba la calle y entraba en la tienda de ultramarinos. Impulsivamente requirió el comprobante de la consumición y abonó el importe. Tras atravesar la calzada, y desde la puerta del establecimiento, divisó cómo el muchacho compraba dos panes, un queso y un trozo de salchicha. Después de un momento de vacilación, Marcelo entró en el instante en que el tendero envolvía la compra.

—Trescientos francos.

El muchacho miró el dinero que tenía, y Marcelo vio que solo llevaba doscientos.

—Tendré que dejar algo —dijo en un mediocre francés.

Cuando el tendero retiraba la salchicha, Marcelo le dijo:

—No seas tan ladrón. ¿Crees que con ese sistema recuperarás el dinero del consulado de Corteguay?

El muchacho comprendió que se Había referido al consulado, pero el resto de la frase, demasiado rápida para él, no acabó de entenderla.

Miró a Marcelo y demostró reconocerle.

—No creo que esto pueda importarte, Marcelo —rezongó el tendero.

Sin embargo, entregó la bolsa y se quedó los doscientos francos.

—*Merci* —agradeció cortésmente el muchacho, dirigiéndose a la puerta.

Marcelo salió detrás de él. Cuando estuvo a su lado le dijo en español.

—Uno tiene que vigilar mucho. Te roban hasta la camisa si advierten que eres extranjero.

Los ojos del muchacho eran oscuros e inescrutables. A Marcelo le recordaron los del tigre que vio una vez en el zoológico. Parecían los mismos ojos.

—¿Está con el nuevo cónsul de Corteguay?

—Soy su hijo. ¿Quién es usted?

—Marcelo Campion. Era el secretario y el intérprete del consulado.

El rostro de Dax no cambió, pero a Marcelo le pareció que movía la mano dentro de un bolsillo, y pensó que aquel bulto que se le notaba en el interior de la chaqueta podía ser un cuchillo.

—¿Por qué me ha venido siguiendo?

—Pensé que quizás el nuevo cónsul podría necesitar mis servicios. Si no…

Pero no siguió. La idea de un cuchillo escondido lo ponía nervioso.

—¿Si no qué?

—Es que aún hay tres meses de sueldo atrasado que el antiguo cónsul me debía.

—¿Ramírez?

—Ramírez —afirmó Marcelo—. Me estuvo entreteniendo una semana tras otra con la promesa de que el dinero estaba al llegar, y una mañana me encontré con el consulado cerrado.

El chico reflexionó unos instantes.

—Creo que será mejor que hable con mi padre.

Marcelo miró de soslayo la mano del muchacho, y viéndola fuera del bolsillo se tranquilizó.

—Será un honor para mí.

Siguieron calle arriba, y al entrar en una dependencia del consulado vieron al nuevo cónsul sentado cerca de una mesa descoyuntada y rodeado de hombres que manoteaban y gritaban.

—¡Gato Gordo! —gritó el muchacho, empujando a la gente y abriéndose paso hacia su padre.

Segundos después, Marcelo sintió el violento empujón que le dio un hombre muy gordo que acababa de entrar. Y vio cómo aquel hombre y el muchacho hacían frente a los grupos, los dos con un cuchillo en la mano.

La gente retrocedió, sin que se oyese una voz ni un murmullo. Marcelo vio que muchos rostros empalidecían y pensó en el miedo que él mismo tenía. Sintió como si París hubiese desaparecido y se hallase en otro mundo. En un mundo de muerte y violencia.

Sin que nadie se lo dijera, intuitivamente dedujo que no era la primera vez que el hombre y el muchacho se enfrentaban con el peligro, y que la muda compenetración que demostraban, hacía que sus reacciones coincidiesen siempre, seguramente porque eran muchas las experiencias de aquel tipo que tenían en su lista.

Finalmente, uno de los hombres se atrevió a hablar.

—Lo que nosotros queremos es nuestro dinero…

Contra su propia voluntad, Marcelo sonrió. Sonreír era su método para quitarse a los acreedores de encima, un método distinto del que veía, pero que por las muestras parecía ser eficaz. Casi se prometió ponerlo en práctica cuando se viese en aquellas circunstancias.

El cónsul se levantó lentamente. Marcelo se sorprendió al ver su estatura, pues estando sentado no parecía tan alto. Sin embargo, tenía el rostro contraído y se le veía cansado. Un cansancio que más parecía del espíritu que del cuerpo.

—Si me hacen el favor de salir —dijo sin disimular su fatiga—, discutiré la cuenta de cada uno de ustedes; pero uno tras otro.

Los acreedores desfilaron silenciosamente delante de Marcelo, hacia la puerta. Al salir el último, el muchacho le ordenó a Marcelo que cerrase la puerta. La suya ya no era una voz infantil, sino una voz dura y segura, como la de un hombre acostumbrado a que le obedezcan. Silenciosamente Marcelo cerró la puerta, y cuando se volvió hacia ellos, los cuchillos habían desaparecido y el muchacho estaba al lado de su padre, junto a la mesa.

—¿Estás bien, papá?

En su pregunta había ternura y amor. Parecía que el muchacho fuese el padre y el padre fuese el hijo.

tres

En el suntuoso despacho con paneles de roble y amueblado con sillones de cuero, el barón escuchaba atentamente lo que Marcelo, desde el otro lado de una mesa, le contaba. A pesar del ruido que llegaba de la plaza de Vendôme, apenas podía creer lo que le había sucedido durante la semana que llevaba trabajando otra vez en el consulado. Pero la voz del barón lo trajo de nuevo a la realidad.

—¿Cuál es el total de las deudas que Ramírez dejó?

—Casi diez millones de francos —respondió Marcelo—. Unos ochenta millones de sus pesos.

Como tenía por costumbre, el barón sacó en seguida la cuenta en dólares y en libras: ciento sesenta mil dólares; cuarenta mil libras esterlinas. Sacudió la cabeza.

—¿Y todo lo pagó el señor Xenos con su propio capital?

Marcelo afirmó, diciendo:

—Consideró que era su deber, puesto que se nombró a Ramírez por recomendación suya, y porque su gobierno es demasiado pobre para soportar una sangría tan grande.

—¿Cómo consiguió el dinero?

—De los cambistas. Pagó unos intereses del veinte por ciento.

—¿Y fue después de esto que el cónsul decidió ir a Ventimiglia para ver si Ramírez restituía algo de lo robado?

Marcelo afirmó de nuevo.

—Sí, pero ya era tarde. Los cinco días de trabajo en aquella húmeda y destartalada casa, durmiendo en el suelo con solo una ligera manta, habían traído sus consecuencias. El señor Xenos se despertó aquella mañana con una fiebre muy alta; por la tarde llamé al doctor, y este recomendó que se internase al cónsul; el señor Xenos protestó, pero mientras hablaba cayó desvanecido. Lo metimos en el coche del médico y lo llevamos al hospital.

El barón movió ambiguamente la cabeza.

—El honor de un hombre es su mayor riqueza, pero también es el lujo más caro.

—Yo comprendo muy bien al cónsul —dijo Marcelo en el acto—. Es el hombre más honrado e idealista que he conocido, pero quien me desconcierta es su hijo. No tiene nada del padre. Lo que hay en el padre de reflexivo, hay en el hijo de instintivo; cuando el padre se deja llevar por las emociones, su hijo muestra una frialdad que le permite ser dueño de la situación. Es como un animal joven que aún sigue en la selva, al que solo impulsan las sensaciones físicas, merced a las cuales se mueve y actúa. No tiene más que una lealtad: su padre.

—¿Y, entonces, fueron a Ventimiglia, el chico y el ayudante?

Marcelo asintió. Recordó cómo al volver del hospital y entrar en el frío

consulado, en el rostro de Dax había una expresión inescrutable mientras cerraba la puerta. Marcelo refirió la escena de aquel día.

—Creo —había dicho él— que podríamos devolver los billetes para Ventimiglia que habíamos tomado para el señor cónsul y para mí.

—No.

La voz de Dax fue tajante. Echando una ojeada a Gato Gordo, Marcelo comprobó una vez más el invisible lazo que los unía, pues Gato afirmaba con la cabeza casi antes de que el muchacho hablara.

—Sacaremos otro billete e iremos los tres a hacerle una visita a Ramírez. Hace tiempo que se la debemos.

Horas después, hacia el atardecer, estaban sentadas en una colina de la Riviera, desde donde se dominaba la villa, en cuyo patio había una mesa y tres hombres con una botella de vino. En el silencio de la tarde, sus voces llegaban claramente a los que les observaban.

—¿Cuál de ellos es Ramírez?

—El más delgado y de aspecto nervioso que está en el centro —respondió Marcelo.

—¿Quiénes son los otros dos?

—Sus guardaespaldas. No va a ningún sitio sin ellos.

Gato Gordo gruñó:

—Al más corpulento le conozco: es Sánchez. Era de la guardia personal del Presidente —y añadió escupiendo al suelo—: ¡Siempre pensé que era un traidor!

Algunas mujeres aparecieron con la cena. Ramírez soltó una carcajada y dio una palmada en la cadera de una de ellas al pasar por su lado.

—¿Quiénes son? —preguntó Dax.

Marcelo se encogió de hombros.

—No lo sé. Ramírez siempre tuvo algunas queridas.

Dax sonrió, y Marcelo notó que su sonrisa era fría.

—Al menos sabemos que no duerme con los guardaespaldas —se levantó diciendo—: Hemos de averiguar cuál es su habitación antes de que vayamos allí esta noche.

—¿Y cómo entraremos? —preguntó Marcelo—. La verja estará cerrada.

Gato Gordo rio entre dientes.

—Esto no es problema. Escalaremos la pared.

—¡Pero esto es un delito! —protestó Marcelo—. Nos pueden meter en la cárcel.

—¿Y Ramírez puede robar el dinero legalmente? —preguntó Dax con desdén.

Marcelo no supo qué contestar.

Apoyado en un árbol, Gato Gordo se echó a reír mientras despeinaba cariñosamente a Dax.

—Parece que volvemos a los viejos días, allá en casa, ¿verdad, jefecito?

—Probablemente debe ser la de la esquina, la que tiene balcón —calculó Dax.

Mientras hablaba, las puertas del balcón a que se refería se abrieron, y apareció Ramírez, fumando un cigarrillo y apoyándose en la barandilla y mirando al mar. Al cabo de unos instantes se le acercó una mujer; él tiró el cigarrillo por encima del balcón, a la vez que se la oyó reír a ella, y en seguida entraron en la habitación, dejando la puerta abierta.

—Muy hospitalario el traidor —comentó Gato Gordo—. Esto nos evita el tener que ir buscándolo por la casa.

Las luces se apagaron y la vivienda quedó a oscuras. Gato dio unos pasos para iniciar la marcha, pero Dax lo detuvo con la mano.

—Dales diez minutos y entonces él estará tan ocupado que no oiría ni las pisadas de mil caballos.

Dax fue el primero en subirse a la valla; Gato Gordo lo siguió en el acto, y, sentados a horcajadas, se inclinaron para ayudar a Marcelo, quien trepó sin la habilidad de ellos. Dax y Gato saltaron al otro lado, y Marcelo hizo lo mismo, aunque el impulso le hizo caer de rodillas. Pero se levantó rápidamente y corrió detrás de los otros al ver que ya llegaban a la casa. Aún no los había alcanzado cuando Dax y Gato se hallaban ya en el techo de la galería. Marcelo se cogió a los adornos de piedra de la balaustrada, hasta que tras un poderoso esfuerzo consiguió trepar al techo. Dax había pasado ya del techo al balcón.

Gato Gordo, que le seguía silenciosamente, se volvió y ayudó a subir a Marcelo. Este sentía como si el corazón se le escapase, y se preguntaba cómo era posible que los de dentro de la casa no los oyeran.

Dax le dijo al oído.

—Espere aquí hasta que oiga nuestra señal. Si ve a alguien nos avisa.

Marcelo movió la cabeza afirmativamente, pero seguía con una angustia que le atenazaba el estómago. Vio que los otros dos estaban pegados y quietos a los lados de la puerta del balcón y con los ojos cerrados. Asombrado, Marcelo pensó que estaban rezando, pero inmediatamente se dio cuenta de lo que pretendían: acostumbrar a los ojos a la oscuridad que encontrarían dentro de la habitación. De repente, casi sin que les viera mover las manos, vio que empuñaba cada uno un cuchillo.

Marcelo cerró los ojos, sintiendo como si se marease. ¿Iría a ponerse enfermo?

Cuando los abrió ya habían desaparecido, a pesar de no haber oído nada. Se puso a escuchar atentamente, y el corazón le latía con violencia. Oyó un leve ruido dentro, y en el acto un chillido, y en seguida un golpe sordo, como de algo que caía al suelo. Y nada más.

Notó que tenía la frente empapada de sudor, y estuvo tentado de huir, pero el miedo por lo que podía sucederle le impidió moverse.

La voz ronca de Dax le llegó desde la habitación.

—¡Marcelo!

Se detuvo horrorizado en la puerta. Los cuerpos desnudos de Ramírez y la mujer yacían en el suelo.

—¿Están muertos? —preguntó con un ahogado gemido.

—No —respondió Dax desdeñoso—. El traidor se ha desmayado y a ella hemos tenido que dejarla sin sentido. Deme algo con que atarlos.

—No sé con qué.

—¡Vaya a la cómoda! —le gritó Gato Gordo—. Seguramente habrá medias de seda.

Abrió los cajones con rapidez y en un segundo encontró lo que buscaba. Cuando se volvió vio que Gato Gordo le quitaba un calcetín a Ramírez y que le taponaba la boca.

—Dejemos que huela su propio hedor —gruñó satisfecho.

Marcelo le tendió las medias sin decir nada, y Gato los ató a los dos con la mayor habilidad.

—Esperaremos un rato —dijo Dax tranquilamente—. Cuando ese traidor vuelva en sí nos dirá dónde está el dinero. Seguramente que no lo llevó lejos.

Y añadió dirigiéndose a Marcelo:

—¿Cuánto dijo mi padre que se había llevado?

—Seis millones de francos, en los dos últimos años.

Dax miró de nuevo a Ramírez.

—La mayor parte debe tenerla todavía aquí; ha tenido poco tiempo para gastarlo.

Ramírez fue el primero en recobrarse, y se aterró al ver a Dax inclinado sobre él y con el cuchillo apuntándole a la garganta. Pareció que iba a desvanecerse otra vez, pero se recuperó y miró fijamente a Dax.

—Óyeme, traidor; ¿me escuchas?

Un gemido ahogado salió del calcetín que hacía de mordaza.

—Pues óyeme bien. Hemos venido por el dinero. Si nos lo das, no te haremos ningún daño a ti ni a esa mujer. ¿Lo has entendido? Pero si no quieres comprender, tu agonía será larga.

Otro gemido apagado demostró que Ramírez le había comprendido.

Dax le acercó el cuchillo a la cara para que lo viese bien.

—Voy a desatarte, pero un solo movimiento tuyo bastará para que te desangres por el agujero que te abriré entre las piernas, donde tenías los genitales.

Marcelo contuvo la respiración mientras Dax aflojaba la mordaza.

Afortunadamente, Ramírez no era un héroe.

—¡Venga el dinero! —exigió Dax.

—Lo he perdido —farfulló Ramírez tras un esfuerzo—. Lo perdí en el juego.

Dax se rio en silencio. Ágilmente, y como si no se fijase en lo que hacía, trazó con el cuchillo una raya en el vientre de Ramírez, el cual contempló con horror su propia sangre, desvaneciéndose otra vez.

—El cobarde se ha vuelto a desmayar —observó Gato Gordo—. ¿Vamos a estar así toda la noche?

Dax fue al lavabo y cogiendo la jarra vació el agua sobre el rostro de Ramírez,

quien volvió en sí a la vez que escupía el agua que le entró en la boca.

Al mismo tiempo la mujer empezaba a revolverse en el suelo.

—Sujétala —ordenó Dax—, o llamará la atención del resto de la casa.

Gato Gordo se acercó a ella, le pegó una bofetada, y ella trató de defenderse a coces.

—Por lo menos tiene el coraje que le falta a ese traidor.

Se sentó encima de ella y apretándole la garganta la sujetó contra el suelo.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó de nuevo Dax.

Ramírez no respondió. Su mirada estaba clavada en Gato Gordo y en la mujer. Tuvo que volver la cabeza hacia Dax cuando este lo golpeó con el mango del cuchillo.

—Lo perdí; ya lo he dicho.

Gato Gordo dijo mirándolo:

—Tu amiga parece un buen bocado, a pesar de que tenga las tetas tan pequeñas.

Ramírez no contestó.

Gato añadió, dirigiéndose a Dax:

—Desde hace tres días «estoy en ayunas». Para mí es demasiado tiempo.

Dax, que no quitaba ojo del rostro de Ramírez, respondió tranquilamente:

—Adelante. Jódela cuanto quieras, y cuando estés satisfecho dejaremos que Marcelo te sustituya.

Las protestas de este no salieron de su garganta. Dax tenía el brillo de la selva en su mirada. La mujer empezó a revolverse al sentir que Gato Gordo se tendía sobre ella y le separaba las piernas con la rodilla. Se desabrochó la bragueta.

—Alégrate, pequeña —murmuró—. Ahora vas a saber lo que es un hombre de verdad. La mía dista mucho de ser esa especie de gusano que tiene ese.

Atropelladamente, al ver lo que Gato Gordo pretendía, dijo Ramírez:

—El dinero está detrás de la cama, en una cajita empotrada en la pared.

—Esto ya está mejor —contestó Dax—. ¿Y cómo se abre?

—La llave está en un bolsillo de mis pantalones.

Dax registró un bolsillo del pantalón que vio en una silla y sacó un llavero.

—¿Es esta?

—Sí, está detrás del cuadro de la pared.

Dax fue rápidamente a la pared y, apartando el cuadro, trató de meter la llave en la cerradura.

—¡Esta no es! —rugió volviendo al lado de Ramírez, quien dejó de mirar a Gato Gordo y a la mujer.

—Esta es la llave del coche. Hay otra.

Marcelo no podía dejar de mirar al grupo del suelo. Hasta ahora una violación solo había sido una palabra leída en los periódicos. Se sentía mareado y presa de una extraña sensación. Aquello no se parecía en nada a la experiencia que él tenía del acto de fornicar. Esto resultaba mucho más frío, salvaje y brutal. Gato Gordo había

penetrado a la mujer, y Marcelo vio cómo todo su cuerpo se estremecía a consecuencia de la embestida.

—¡Marcelo!

Dejó de mirar y avanzó hacia Dax. La caja estaba llena de fajos de billetes muy bien atados.

—¡Dios mío! —murmuró.

—No se quede ahí parado. Tráigame una funda de almohada y ayúdeme a meter dentro todo ese dinero.

Marcelo no pudo evitar echar una ojeada por encima del hombro mientras iba en busca de la prenda pedida por Dax.

Ramírez estaba contemplando a Gato Gordo y a la mujer. Cuando el primero se pasó la lengua ávidamente por los labios, Marcelo se dio cuenta de que Ramírez había olvidado completamente el dinero.

Mientras iba por la funda, Marcelo pensó que el mundo debía haberse vuelto loco, que nada tenía sentido. Dax, después de una indiferente mirada a la pareja, prosiguió su tarea sin prestarles atención, como si lo que estaba ocurriendo fuese la cosa más normal. Sin embargo, Marcelo se sentía desconcertado, presa de una excitación que le aflojaba las piernas. Le parecía como si nunca hubiese estado con una mujer.

De repente se oyó a Dax, abiertamente satisfecho. La funda de almohada estaba casi llena y la ató con una media, sentado en el borde de la cama.

—No estés ahí toda la noche —le dijo a Gato—, aún tenemos que salir de aquí.

Luego se fijó en la otra llave.

—¿Sabe usted conducir, Marcelo? —preguntó.

Marcelo movió la cabeza afirmativamente.

—Bueno. Nada hay más agradable que un paseo en coche en las horas frescas de la noche.

El barón se inclinó sobre la mesa.

—¿Cuánto dinero recobraron?

—Casi cuatro millones y medio —respondió Marcelo.

—Me alegro —exclamó el barón—; el muchacho es todo un tipo. ¿Se ha hablado de a qué escuela piensan mandarlo?

—Oí que el cónsul habló de la escuela pública, pero eso fue antes de encontrar el dinero.

—Sí, claro; pero tampoco les servirá de mucha ayuda —arguyó el barón—. Apenas bastará para cubrir los préstamos personales que solicitó el cónsul para pagar las deudas.

Dio unos golpecitos en la mesa con el lápiz, y añadió:

—Quiero que les sugiera que deben enviar al chico a De Rouqueville.

—¡Pero si es el colegio más caro de París!

—También es el mejor. Mi hijo estudia en él. Yo pagaré los gastos y me ocuparé de los trámites necesarios. Al chico le ofrecerán una beca.

Marcelo abandonó el despacho con una tranquilidad que provenía del cheque de diez mil francos que el barón le metió en el bolsillo, pues no solo fue al tendero a quien benefició el ajuste de cuentas.

Lo que tenía intrigado a Marcelo y aún no había logrado averiguar, era por qué razón el barón de Coyne tenía tanto interés por el cónsul y su hijo desde aquella mañana que le llamó por teléfono.

cuatro

El teléfono interior sonó en la mesa del despacho de su padre. Dax dejó la ventana y lo cogió.

—Sí, Marcelo.

—Tu amigo Roberto está aquí.

—*Merci*. Dígale que entre.

Dejó el teléfono y miró hacia la puerta.

Roberto entró y se acercó a él con la mano extendida.

—He venido así que me he enterado de lo ocurrido.

Se estrecharon las manos, con el mismo afecto de cuando se encontraban en alguna fiesta o en el campo de polo, donde se entrenaban cada mañana.

—Gracias. ¿Cómo te has enterado?

—Por el camarero del club —dijo Roberto—. Me contó algo sobre una llamada telefónica.

Los labios de Dax se cerraron duramente. Vio que París no era diferente de una ciudad provinciana. Las novedades circulaban inmediatamente, y pronto tendría a los periodistas llamando a su puerta.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

Dax movió la cabeza negativamente.

—Nada. Lo único que podemos hacer es esperar.

—¿Se puso enfermo esta mañana, cuando saliste de casa?

—No; ya lo estaba. De lo contrario no habría asistido al entrenamiento. Como tú sabes, papá no es muy fuerte. Desde que vinimos a Europa ha estado siempre muy delicado, y cada vez peor. Pero ahora me da la impresión de que ya no le quedan resistencias. Marcelo lo encontró desplomado sobre el escritorio, y él y Gato Gordo lo llevaron arriba y llamaron al médico, quien dijo que era el corazón, y me llamaron.

—Este no es el clima para tu padre —observó Roberto—. Debía haberse ido a vivir a la Riviera.

—Mi padre no debió haber venido nunca. El cambio de vida y los esfuerzos a que le ha obligado no eran para él. Nunca ha vuelto a ser el mismo desde que perdió el brazo.

—Entonces, ¿por qué no os volvisteis a vuestro país?

—Por su sentido del deber, y porque lo necesitaban. Los primeros créditos que obtuvo del banco de tu padre salvaron a nuestro país de la bancarrota.

—Pero después podía haberse vuelto a casa.

—Tú no conoces a mi padre —contestó Dax haciendo una mueca—. Esto solo fue el principio, pero llamó a la puerta de varios países europeos y los desaires y las negativas acabaron con la poca salud que traía. Sin embargo, nunca se dio por

vencido.

Cogió un delgado habano y lo encendió.

—Los primeros años de vivir aquí no le hicieron ningún bien —prosiguió—. El cónsul anterior lo dejó todo muy embarullado y él hizo frente a las contingencias, y pagó todas las deudas de su bolsillo, aunque sabía que lo llevaban a la ruina. No sabe que yo estoy enterado de que toda su fortuna, incluso la casa de Curatu, sirvió para pagar las deudas. Lo único que no tocó fue la hacienda de Bandaya, porque desde siempre acarició el propósito de que yo la heredase.

Chupó con fuerza el cigarrillo y expulsó el humo por las narices.

—No sabía nada de todo eso —exclamó Roberto.

Dax sonrió con tristeza.

—Si no hubiera sido por la beca, que llegó como un milagro, yo habría tenido que ir a la escuela pública. De todos modos, mi padre se privó de muchas cosas para que yo vistiese como debía y hubiese para gasolina cuando Gato Gordo me iba a buscar los fines de semana.

Roberto de Coyne miró fijamente a Dax. Era extraño que nadie en la escuela se hubiera dado cuenta de aquello. Asistían algunos aristócratas arruinados, pero todos estaban enterados de quiénes eran, y sabían que estudiaban allí porque le daban prestigio al colegio. Pero Dax era sudamericano, y se tenía por descontado que todos los sudamericanos eran ricos. Tenían minas de estaño, pozos de petróleo y haciendas ganaderas. No «podían» ser pobres.

De repente se le presentaron de una forma clara muchas cosas que habían sucedido en aquellos años escolares. Por ejemplo: el incidente al terminar la primera semana de su ingreso. Era un jueves por la tarde, durante el tiempo libre que tenían entre la última clase y la cena. En la parte trasera del gimnasio estaban todos reunidos alrededor de un muchacho, uno del grupo de los recién llegados.

Los oscuros ojos los miraron impasibles.

—¿Y por qué tengo que luchar con uno de vosotros?

Sergei Nikovitch miró en torno suyo con una mueca de disgusto.

—Porque —explicó pacientemente— la próxima semana tenemos que sortear quiénes serán los que compartirán la habitación contigo hasta el fin del curso. Y si no luchas, ¿cómo vamos a saber si te aceptamos o te rechazamos?

—¿Y yo también puedo escoger?

—Solo si vences. Entonces puedes escoger tu compañero de habitación.

El chico nuevo se quedó unos momentos pensativo y al final cedió.

—Me parece estúpido —les contestó—, pero lucharé.

—Bien —declaró Sergei—. Seremos justos contigo. Estamos de acuerdo en que no escojas a uno mayor, pero tampoco a uno menor que tú.

—Te elijo a ti.

La sorpresa asomó al rostro de Sergei.

—Pero yo te llevo la cabeza. No sería decente.

—Precisamente por eso te escojo a ti.

Sergei se encogió de hombros resignadamente, y mirando alrededor, empezó a quitarse la chaqueta. Roberto de Coyne se acercó al nuevo.

—No pelees con él —le rogó con la mayor seriedad—. Escógeme a mí, que soy igual que tú de alto. Sergei te lleva un palmo y es el mejor luchador de la clase.

El chico le miró sonriendo.

—Gracias, pero ya he escogido, y como esto no puede ser más estúpido, ¿por qué empeorarlo?

Roberto lo miró sorprendido. Él también lo había pensado siempre, pero esa era la primera vez que oía que alguien lo decía en voz alta. Todos se resignaban a la costumbre. Instintivamente sintió una gran simpatía por el recién llegado.

—Tanto si ganas como si pierdes, estaré muy contento si puedo tenerte por compañero de habitación.

El muchacho lo miró con una manifiesta timidez.

—Gracias —murmuró.

—¿Estás listo? —preguntó Sergei.

El chico se quitó en el acto la chaqueta.

—Puedes escoger la clase de lucha —le advirtió Sergei—. *La boxe, la savate*, o lucha libre.

—Lucha libre.

Dax prefirió la lucha libre porque no estaba muy seguro de lo que significaban los otros nombres.

—Bien; la lucha se acaba cuando uno de los dos se rinde.

Pero todo fue tan rápido que acabó antes de que los chicos se dieran cuenta de que había sucedido algo y todavía esperaban. También fue el fin de esta costumbre en la escuela De Rouqueville.

Sergei se colocó en posición de luchador, con los brazos extendidos y girando alrededor del enemigo, quien con los suyos caídos y pegados al cuerpo, también daba vueltas esperando que Sergei ofreciese el blanco que buscaba. Todo fue fulminante. Con el canto de la mano abierta golpeó el brazo de Sergei. El brazo quedó colgando flojamente, como si hubiese recibido un mazazo. Con una increíble rapidez le dio otro golpe del mismo estilo en un costado, y antes de que Sergei pudiera reponerse de la sorpresa, ya estaba detrás de él y con el puño cerrado lo golpeó en la base de la columna vertebral. Fue el golpe de gracia. Sergei cayó al suelo sin decir una palabra.

El chico nuevo estuvo unos instantes de pie al lado del caído, observando a los otros, quienes le miraban estupefactos. Su respiración apenas era un poco más rápida de lo normal. Cogió la chaqueta que había dejado en el suelo, y cuando ya se iba se volvió para decirle a Roberto:

—Te escojo a ti por compañero de habitación.

Echando una ligera ojeada a Sergei, quien no se movía, añadió dirigiéndose a los otros:

—Haríais mejor en atenderle. Tiene el brazo roto, y dos costillas. Pero puede estar contento. No lo he matado.

El portero del Royal Palace tenía un aspecto imponente. Era un hombre de casi dos metros de estatura y aún le hacía parecer más alto el gorro de cosaco que llevaba. El uniforme rosa y azul con charreteras y un cordón dorado que le cruzaba el pecho, le daban el aspecto de un general escapado de una opereta de Franz Lehar.

Y con aires de general era como se dirigía a su sitio de la puerta después de dejar plegada, en un rincón, la rejilla de acero de los equipajes, y pobre del botones que no la dejara de la misma manera y en el mismo sitio. Su voz estentórea se oía desde tres manzanas lejos cuando llamaba a un taxi.

De él se decía que en un tiempo fue coronel de cosacos, a pesar de que nunca se pudo comprobar. Lo único que parecía cierto era su título de conde, primo lejano de los Romanov, y que en un día invernal del año 1920 apareció en la puerta del hotel, y allí se quedó. Por otra parte, el aspecto del conde Ivan Nikovitch no invitaba a las confidencias ni a las familiaridades, pues una cicatriz debida a una herida de sable y que le cruzaba una mejilla, medio escondida por una recortada barba negra, disuadía a los curiosos.

En aquel momento estaba incómodamente sentado en una silla demasiado pequeña para él, y observaba a su hijo, quien estaba sentado en la cama. Su expresión no demostraba ira ni compasión por su hijo, sino enojo.

—Fuiste un estúpido —le apostrofó tranquilamente—. Nunca debe lucharse con un enemigo que desconoce las reglas. Pueden matarle a uno. Las reglas están establecidas para tu propia protección y para la de tu enemigo. Fue por esto por lo que perdimos, ante los bolcheviques. Ellos no conocían ninguna regla.

Sergei estaba avergonzado. Más que el dolor, le hería la humillación del reproche paterno y el haber sido vencido tan rápidamente por un chico mucho menor que él.

—Yo no sabía que él no conocía las reglas —murmuró.

—Razón de más para habérselas explicado —replicó el padre—. Esto no habría hecho más que confundirlo y te hubiera sido fácil vencerle.

Sergei se quedó pensativo y sacudió la cabeza con desconfianza.

—No lo creo. Estoy seguro de que habría hecho caso omiso.

A través de la ventana abierta les llegaron las voces de los muchachos que salían de las clases. El conde Nikovitch se levantó y se fue a la ventana para observarlos.

—Me gustaría conocerlo. ¿Está entre esos grupos?

Sergei alargó el cuello para poder mirar a través de la ventana.

—Sí; es aquel de piel morena que se pasea solo.

El conde observó a Dax, y vio que atravesaba el patio de la escuela y, sin mirar a ninguno de los otros chicos, se dirigía al edificio más cercano. Cuando desapareció, el conde se apartó de la ventana.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me parece que estás en lo cierto. Ese siempre dictará sus propias reglas. No le da miedo pasear solo.

Al día siguiente Dax y Roberto se trasladaron al dormitorio principal, donde siguieron hasta el fin de sus estudios en De Rouqueville, bajando un piso a cada curso. Ahora eran los «mayores» y los más jóvenes se alojaban en otro edificio. Fue entonces, en el último curso, cuando se les agregó Sergei como compañero de habitación.

Al final de los estudios, la dirección de la escuela entendió que tres chicos en una misma habitación era más prudente que dos o cuatro. Si eran dos no resultaba rentable, y si eran cuatro, generalmente se enfrentaban dos contra dos.

Apenas Dax y Roberto habían acabado de desempaquetar sus cosas cuando oyeron una llamada en la puerta; Roberto fue a abrir y se encontró con Sergei, de pie en el umbral y con una maleta en la mano.

Es difícil precisar quién fue el más sorprendido. Sergei comprobó el número de la habitación, que llevaba anotado en una tira de papel, y dijo:

—Sí, es aquí.

Entró y poniendo la maleta en el centro de la habitación se encaró con los otros dos que le miraban en silencio.

—Yo no lo pedí. Mi compañero de habitación ha dejado la escuela, y el prefecto me ha mandado aquí.

No le contestaron. Desde aquella lucha, Dax y él habían evitado todo encuentro.

De repente Sergei sonrió. Su sonrisa era cálida y llena de vitalidad.

—Me alegra no tener que luchar para este cuarto —dijo en tono de broma—. No sé adónde irían a parar mis huesos.

Dax y Roberto se miraron, y casi sonrieron.

—¿Cómo estás en literatura? —preguntó Roberto.

Sergei hizo un movimiento con la cabeza.

—Muy mal.

—¿Mates, Física, Química?

Una expresión de pesimismo se grabó en el rostro de Sergei mientras hacía gestos negativos a cada pregunta.

—Entonces, ¿en cuál vas mejor? —quiso saber Roberto—. Nosotros flojeamos bastante en estas.

—No lo sé —confesó Sergei—. También son las que me sé peor. Y en cuanto a geografía e historia… pues lo mismo.

Dax miró a Roberto refrenando una sonrisa.

—Necesitamos un compañero de habitación que nos pueda enseñar algo. No parece que nos vayas a ser muy útil.

—No, desde luego —respondió Sergei con tristeza.
—Entonces, ¿no puedes enseñarnos nada?
Sergei meditó unos momentos. De repente su faz resplandeció.
—Conozco diecisiete maneras distintas de masturbarse.
Los dos a la vez se llevaron las manos a la cabeza y se inclinaron ante él.
—¡Bienvenido seas en el club!

cinco

Un Citroën negro paró en un extremo del campo de polo y Jaime Xenos bajó del auto. Miró hacia el centro del campo, a los grupos de jinetes y de caballos y entornó los párpados.

—¿Y Dax?

—Está con los que llevan la gorra rojiblanca —respondió Gato Gordo—. Véalo, allí está.

Un caballo salió a galope de entre los jugadores; el delgado jinete guiaba la bola con seguros toques de mallo, y sin perderla un momento, a través del campo. Un jinete adversario corrió hacia él en diagonal, y Dax, con un giro rápido de su montura, envió la bola a un compañero, el cual se la devolvió en el momento en que Dax se acercaba a los palos de gol y con un golpe experto marcaba el tanto, sin dar tiempo a que ningún jugador contrario reaccionase.

—¿*Monsieur* Xenos?

El cónsul se volvió. Era la voz de un hombrecito de aspecto tosco y que olía a establo.

—*Oui*?

—Soy el entrenador Fernando Arnouil. Me honro mucho en conocerle.

Jaime Xenos hizo un gesto con la cabeza.

—Me honro yo.

—Me alegro de que haya venido, excelencia. ¿Ha visto a su hijo?

—Acabo de llegar, y le confieso que no conozco el juego.

—Es natural —contestó el entrenador en tono sentencioso—. Es una pena que en pocos años haya perdido popularidad.

El hombre señaló al coche.

—Creo que el éxito de ese vehículo tiene una gran parte de culpa. Los jóvenes ya no quieren aprender a cabalgar, y por eso cuando aparece un joven como su hijo hay que aprovechar sus condiciones.

—¿Es buen jugador?

Arnouil afirmó con entusiasmo.

—Verle a él es ver otra vez a las viejas glorias. Ha nacido para este deporte. Cualquiera diría que nació con el pie en el estribo.

—Me gusta oírlo —dijo el padre de Dax.

En el campo estaban jugando otro período y su hijo, a la cabeza de los jinetes y guiando, el caballo con las rodillas, luchaba para retener la bola.

—Hace siempre lo que debe —dijo con entusiasmo el entrenador—. Observe cómo pasa la bola al compañero del otro extremo:

Dax se inclinó a un lado de la silla y de un certero disparo envió la bola por entre

las patas de su propio caballo. El otro la cogió rápidamente empujándola a través del campo, mientras Dax desviaba a un jugador enemigo manteniéndose pegado a él.

—¡Magnífico! —exclamó el entrenador. Seguidamente preguntó al cónsul:

—¿Seguro que se está usted preguntando por qué le hice venir?

—¿Por qué?

—El año que viene su hijo tendrá dieciséis años, y podrán elegirle para competiciones interescolares.

—Bien.

—Pero para poder tomar parte en esas competiciones debe tener sus propios caballos. Es la regla de rigor.

—¿Y si no los tiene? —preguntó el cónsul.

El entrenador hizo un encogimiento de hombros típicamente francés.

—No podrá jugar, y no le valdrá lo bien que juega.

Jaime Xenos tendió la vista por el campo de juego.

—¿Cuántos necesita?

—Como mínimo, dos. Aunque tres, incluso cuatro, son preferibles. Uno para cada período del partido.

El cónsul seguía sin mirar al entrenador.

—¿Y cuánto valen estos caballos?

—Treinta o cuarenta mil francos.

—Ya… —dijo Jaime Xenos pensativo.

El entrenador le miró de soslayo.

—Si tiene dificultades para conseguir esos caballos —dijo diplomáticamente—, quizá yo podría encontrar algún patrocinador que le proporcionara algunos.

Xenos sabía perfectamente lo que el entrenador quería decir, y, forzando una sonrisa, respondió:

—Si usted cree que vale la pena, mi hijo tendrá sus propios caballos.

—Me complace mucho que opine así, excelencia. No se arrepentirá. Muy pronto su hijo será uno de los mejores jugadores de nuestro tiempo.

Se estrecharon las manos al despedirse; y luego el cónsul miró con disimulo al hombre bajito y patiestevado que se alejaba. Sabía lo que Gato Gordo estaba pensando, pero no dijo nada hasta que entró en el coche con aire fatigado y Gato se sentó al volante.

—Bien, ¿tú qué crees?

Gato Gordo se encogió de hombros.

—Es solo un juego.

Pero el padre de Dax movió la cabeza demostrando su desacuerdo.

—Es más que eso. Es un juego solo para quienes se lo pueden permitir.

—Pues más vale dejarlo.

—No podemos.

—Tampoco podemos pagarlo —replicó Gato Gordo—. Hay otras necesidades

más urgentes.

—Es la manera de que Dax llegue a ser como el símbolo de nuestro país. Francia puede ayudarnos.

—Entonces dígale al Presidente que le envíe los ciento sesenta mil francos para los caballos.

El cónsul se quedó mirándole, y de repente sonrió.

—Gato, eres un genio.

Gato Gordo, que no sabía qué quería decir con lo de genio, miró al cónsul por el retrovisor con expresión interrogante.

—Nada de dinero —dijo Xenos—. ¡Caballos! Aquellos pintos de tanto nervio y con patas que parecen de cabras montesas, serían ideales para este juego. Estoy seguro de que el Presidente los mandará de buen grado.

El entrenador detuvo a Dax cuando le vio salir de los vestuarios, después del partido.

—Acabo de hablar con tu padre —le dijo—. Y me ha asegurado que el próximo año tendrás tus propios caballos.

—¿Él lo ha dicho?

Los ojos de Dax miraron ilusionados el campo.

—¿Está aquí?

—Allá, cerca de la puerta.

Pero Dax ya había visto el coche y corría hacia él. Su padre saltó a tierra y lo abrazó.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir? —le preguntó Dax.

El cónsul sonrió viendo cómo su hijo estaba creciendo. Un año más y ya lo podría mirar cara a cara. Ahora solo le llegaba al hombro.

—Porque no estaba seguro de que pudiera hacerlo —respondió.

—Estoy contento de que hayas venido.

Era la primera vez que su padre iba al colegio.

—¿Hay algún sitio para ir a tomar el té?

—En el centro hay una *pátisserie*.

Entraron en el coche.

—El entrenador me ha dicho que tú le has asegurado que el próximo año tendré caballos propios.

—Sí.

—¿Pero de dónde vamos a sacar el dinero? —preguntó Dax—. No podemos permitirnos este gasto.

El cónsul sonrió.

—El Presidente nos los enviará.

Dax lo miró en silencio.

—¿Pasa algo, hijo?

Había tal expresión de desasosiego en los ojos de su padre que Dax no se atrevió a decirle que los buenos caballos de polo necesitaban años de entrenamiento. En vez de eso le cogió la mano y se la estrechó, diciéndole:

—No, papá; es maravilloso.

—No seas tonto —protestó Sergei—. Ven a pasar el verano con nosotros a Cannes. El padre de Roberto tiene una villa y una lancha.

—No. Tengo mucho trabajo con los caballos, si quiero que estén algo preparados cuando empiece la temporada.

—Vas a perder el tiempo —le dijo su amigo con acento de seguridad—. Nunca lograrás que esas cabras montesas se conviertan en caballos de polo.

—El entrenador dice que puede probarse.

—No sé por qué tu padre no ha comprado unos caballos normales. Todo el mundo sabe que vosotros, los sudamericanos, estáis forrados de dinero.

Dax se sonrió interiormente. Si Sergei supiera la verdad…

—Sería muy importante para mi país si lo lográsemos. Mi padre dice que quizás así los europeos se convencerían de que podemos hacer otras cosas además de cultivar café y plátanos.

Sergei se levantó.

—Voy a la ciudad. Hay una camarera nueva en la *pátisserie*. ¿Vienes?

Dax hizo un gesto negativo. Tenía otras cosas mejores que hacer con cinco francos.

—No; tengo muy cerca los exámenes.

Sergei salió y él se quedó pensativo en su pupitre. Hacía tres años que estaba en Francia, y de repente sintióse invadido por el desasosiego, y levantándose se asomó a la ventana, contemplando los cuidados prados y los jardines.

Con imprevista nostalgia empezó a pensar en las montañas bravías de su país. Aquí todo estaba demasiado ordenado y cuidado. No se conocía la aventura de descubrir un nuevo paisaje o un nuevo sendero.

Toda la civilización parecía igual. Incluso su padre, que estaba preparado para seguir y observar sus reglas, no había conseguido nunca identificarse con ellas. Cada nueva repulsa y cada nuevo desengaño le hacían retraerse más. La traición de Ramírez solo fue el principio.

Hubo otros incidentes más sutiles y destructivos. Gomo las promesas hechas para apoyar la independencia de Corteguay por potencias que, como Inglaterra y América, solo buscaban la dominación económica del país. En su rostro aparecieron arrugas que Dax no le había visto nunca; arrugas de duda e incertidumbre que señalaban el principio de su decadencia. Tres años seguidos de desengaños eran muchos para que no los acusase.

Dax sabía todo lo que sentía su padre, y a veces estuvo tentado de gritarle que

aquella tierra no era para ellos, que debían volver a casa, a sus campos y a sus montañas, al mundo que ellos comprendían. Pero siempre ahogaba su impulso. Sabía que su padre no lo escucharía. La determinación de cumplir con su deber y la esperanza de llevar a cabo finalmente su misión con éxito eran demasiado fuertes en él.

Oyó un suave golpe en la puerta.

—Entre.

La puerta se abrió y en el umbral apareció el barón de Coyne. Nunca se habían visto.

—Soy el padre de Roberto. Tú debes de ser Dax.

—En efecto, señor.

—¿Dónde está Roberto?

—Ha salido hace un rato, señor. No puede tardar.

—¿Puedo sentarme?

Y sin esperar la respuesta, se arrellanó en un sillón. Recorrió con la mirada la salita.

—No han cambiado mucho las cosas desde que yo estuve aquí.

—Supongo que no, señor.

—Y yo supongo que raramente las cosas cambian tanto como nosotros queremos.

—No lo sé, señor —respondió Dax, no muy seguro de lo que el barón quería significar—. Creo que depende de lo que queremos ver cambiado.

—Roberto me dijo que pasarías el verano con nosotros.

—Siento no poderlo hacer, señor. Pero de todos modos le agradezco la gentileza de haberme invitado.

—¿Por qué no puedes venir?

Dax respondió sabiendo lo endeble de su argumento.

—He de entrenar unos caballos de Corteguay para el polo.

El barón asistió con aire solemne.

—Muy encomiable. Me interesará saber los resultados que logres. Si tienes éxito acreditarás el valor de tu país y demostrarás a Francia que Corteguay puede hacer algo más que cultivar café y plátanos.

Dax lo miró con asombro, pues eran casi las mismas palabras que un día dijo su padre. Si un hombre, como el padre de Roberto, opinaba así, quizá no estuvieran las cosas tan mal como parecían. Entonces, aún había esperanzas para la misión de su padre.

seis

Silvia recogió los platos, y Dax se levantó de la mesa y salió de la estancia. Arnouil y Gato Gordo siguieron sentados, y Gato empezó a liar un cigarrillo. Arnouil, que estaba callado, se puso la colilla de un cigarro en la boca y no habló hasta que Gato Gordo encendió el suyo.

—El chico está demasiado solo —opinó—. Nunca sonríe.

El humo subió en espirales cerca del rostro de Gato Gordo, quien no respondió.

—No debería haberse quedado a trabajar todo el verano —continuó el entrenador —. Tenía que haberse ido con sus amigos.

Gato Gordo se encogió de hombros.

—¿No están los caballos preparados?

—Más que preparados. Nacieron para este juego. Armarán una revolución. Pero su padre debía ver que un chico necesita divertirse.

Gato contempló un instante su cigarrillo, y dijo que no era malo el tabaco francés; un poco flojo quizá, pero no era malo.

—Dax no es como los otros chicos —afirmó—. Algún día será un dirigente de nuestro país. Quizá llegue a ser su Presidente.

—También Napoleón fue muchacho —arguyo el entrenador—. Y estoy seguro de que no dejó que su destino le robara la juventud.

—Napoleón fue soldado por elección, pero no fue un guerrero desde los seis años.

—¿Y Dax sí?

—Cuando aún no tenía siete años el mismo Presidente le ayudó a sostener el arma con que ejecutó a los asesinos de su madre y de su hermana.

Arnouil se quedó callado unos instantes.

—No es extraño que no sonría.

La noche estaba quieta y silenciosa y soplaba el aire frío del oeste cuando Dax se dirigió al establo. Los caballos resoplaron al oírle y adelantaron el pescuezo para tomar el azúcar que él siempre se sacaba del bolsillo. Les dio un terrón a cada uno y unas cariñosas palmadas en el cuello. Los animales resoplaron de nuevo, seguido de un leve y breve relincho.

—Todos nos añoramos —les susurró Dax.

Tampoco los caballos se acostumbraban al confinamiento del establo. Echaban de menos su libertad.

—¿Dax?

Oyó la voz de Silvia en la puerta del establo.

—Estoy aquí con los caballos.

—¿Qué haces? —preguntó con curiosidad y acercándose a él.

La miró a través del pesebre.

—Pensé que podría venir un rato a hacerles compañía. Se sienten muy solos lejos de su tierra.

Silvia se acercó al pesebre.

—¿Tú también te sientes solo, Dax?

Dax la miró. Era la primera persona que se lo preguntaba.

—A veces.

—¿Dejaste alguna chica allá?

Se acordó de Amparo, a quien no había visto desde hacía tres años, y se preguntó cómo sería ahora. Hizo un gesto negativo.

—No. Una vez, cuando yo tenía nueve años, una niña dijo que quería casarse conmigo. Pero ella solo tenía siete y era muy caprichosa. Con los años ya lo habrá olvidado.

—Yo tengo un amigo —dijo ella— que ahora está en la marina. Hace seis meses que se fue y pasarán otros seis antes de que vuelva.

Contemplándola se dio cuenta de que por primera vez advertía que era una muchacha. Hasta entonces no había sido más que alguien que daba vueltas alrededor de la mesa, o montaba a caballo, o se divertía como cualquier otro. Excepto por su largo pelo, se diría que no había nada de femenino en ella. Las redondeces propias de su sexo estaban siempre ocultas por la amplia camisa de mangas arremangadas que llevaba, y por sus bastos pantalones. Repentinamente se dio cuenta de la dulzura femenina que emanaba de ella.

—Lo siento —exclamó.

En realidad no sabía con exactitud a qué se refería; solo notaba que ella parecía estar tan sola como los caballos y como él.

La muchacha tomó el azúcar y se acercó a los caballos, mientras alargaban el hocico hacia ella, esperando el terrón. Silvia se rio cuando uno de los caballos la empujó y le hizo perder el equilibrio, cayendo casi sobre Dax, quien tendió los brazos y la sostuvo.

Quedaron frente a frente y mirándose, hasta que él la soltó bruscamente. Sentía un nudo en el estómago. Su voz sonó ruda incluso a sus propios oídos.

—Me parece que ya tienen bastante azúcar.

—Sí.

Silvia se quedó quieta, como si esperase algo.

Él, percibiendo la crispación de su bajo vientre y el latir de sus sienes, dio media vuelta y se encontraba ya casi a la salida cuando la voz de ella le hizo retroceder.

—¡Dax!

Él la miró.

—Yo también estoy muy sola.

Dax no se movió. Entonces ella se le acercó y le puso delicadamente la mano en

el turgente bulto. Dax, con un quejido casi rabioso de dolor, la atrajo con furia hacia él, y toda la tensión y el vigor de su juventud saltaron hechos añicos, quemados en el crescendo de la pasión animal. Más tarde, tranquilo en la cama, oía la respiración de Gato Gordo en el lecho vecino. El desasosiego de antes se había esfumado. De repente, en medio de la oscuridad, este le hizo una pregunta:

—¿Jodiste con ella?

Se quedó tan sorprendido que no supo cómo soslayar el tema.

—¿Lo sabías?

—Lo hemos comentado.

—¿Quieres decir que su padre…?

Gato Gordo soltó la carcajada.

—Desde luego. ¿Crees tú que es ciego?

Dax reflexionó unos momentos.

—¿Se enfadó?

Gato se rio entre dientes.

—¿Por qué? Su novio hace cerca de un año que está fuera, y sabe que una potra en celo necesita que se la atienda. Además, ya tiene edad de sobra para ello.

—¡Pero si tendrá mi edad!

—Tiene veintidós años. Me lo dijo su padre.

Veintidós años. Casi siete más que él. No era extraño que hubiera sido ella la primera en insinuarse. Seguramente pensó que él era muy torpe. Sintió de nuevo la punzante sensación y recordó los recientes momentos en que habían estado juntos; poco después se levantó con brusquedad de la cama.

—¿Adónde vas?

Ya en la puerta se volvió y soltó la carcajada. Había descubierto una nueva válvula de escape, una especie de libertad. Lástima que no la hubiera descubierto antes de ahora.

—¿No me dijiste que con solo una vez no bastaba?

siete

Roberto entró en la habitación a tiempo de oír a su padre que exclamaba:

—¿Pero para qué quieres una piscina? Tienes todo el Mediterráneo a tu disposición.

Su hermana Carolina empezó a hacer pucheros, y cuando ella contraía su bonita cara, todo el mundo, hasta el barón, andaba de cabeza.

—¡Es tan *gauche*! —dijo temblándole el labio inferior—. ¡Todo el mundo va a la playa!

—¿Y qué diferencia hay?

—¡Papá! —exclamó su hija, al borde de las lágrimas.

El barón la miró confuso y luego a su hijo, el cual estaba sonriendo pensando que su hermana sabía muy bien cómo lograr todo lo que quería.

—Está bien, está bien —cedió al fin—. Tendrás tu piscina.

Carolina besó impulsiva a su padre y salió corriendo del comedor, casi derribando al mayordomo, que entraba en aquel momento.

—*Monsieur* Christopoulos desea verle, señor.

—Con permiso, papá. Veo que estás ocupado.

El barón sonrió.

—No, no es preciso que te vayas. No estaré mucho.

Roberto se sentó en una silla que había en una esquina de la biblioteca de su padre. Vio cómo el visitante se sentaba, y a pesar de que su nombre le había sonado extrañamente familiar, no hizo caso, y cogió una revista; la estaba hojeando aburrido cuando algo que dijo su padre le llamó la atención.

—¿Ha considerado usted a Corteguay?

Roberto alzó la cabeza.

—Poder inscribir sus barcos allí sería de más valor que registrarlos en Panamá.

—No veo cómo —arguyó el visitante con un marcado acento griego.

Roberto estrujó la memoria hasta que recordó claramente quién era el individuo. Christopoulos. Naturalmente: el jugador que junto con Zographos y André controlaban el sindicato que dominaba el *tout va* de todos los casinos, desde Montecarlo hasta Biarritz. Se preguntó qué relación podía tener un jugador con los barcos.

—En caso de guerra —decía su padre—, Panamá se vería obligado a ponerse al lado de Estados Unidos, pero Corteguay no. No está ligado con nadie, ni con Inglaterra ni con Estados Unidos. Es el único país de toda la América del Sur que podría defender su neutralidad, y el único que podría correr el riesgo de quedarse sin apoyo exterior financiero, pues en estos momentos se puede decir que no lo tiene.

—Pero, en caso de guerra, Estados Unidos probablemente haría tentadoras ofertas

a Corteguay. ¿Las resistiría?

El barón sonrió.

—Una flota de barcos abiertamente neutral con base en América y con el derecho de surcar los mares, libre del ataque de nadie, valdría su peso en oro. Para ello convendría empezar desde ahora a asegurar esa neutralidad.

El griego se quedó pensativo.

—Pero esto sería muy caro —advirtió mientras se miraba sus bien cuidadas uñas —. No es fácil financiar a todo un país.

—Es cierto —replicó el barón reposadamente—. Pero es forzoso hacerlo.

El barón se levantó dando por terminada la entrevista.

—Mi participación en ese proyecto dependerá de esa circunstancia —añadió.

—Informaré a mis asociados. Gracias por concederme unos momentos de su valioso tiempo.

—Para mí ha sido un placer sentarme con usted sin una baraja entre nosotros.

El griego sonrió.

—Tengo la impresión de que sin las cartas, soy como un niño en sus manos.

El barón soltó la carcajada. Christopoulos, el mayor *tailleur* del mundo, no era dado a la lisonja.

—Esta noche estaré en el casino para que tenga usted ocasión de recobrar la confianza en sí mismo.

—*À bientôt*.

Christopoulos le estrechó las manos y salió.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, el barón se encaró con su hijo, que se había puesto en pie.

—¿Crees, realmente, que habrá guerra?

El rostro del barón se contrajo levemente.

—Me lo temo. Ahora no, pero dentro de cinco o seis años es muy probable. Alemania bulle de sed de venganza y Hitler no podrá sobrevivir si no se la ofrece.

—Pero seguramente se le podrá impedir que lo haga. Si tú ves el peligro…

El barón le interrumpió.

—No todo el mundo está de acuerdo conmigo. —Miró a su hijo y continuó—. ¿Por qué crees tú que te inscribí en Harvard, y a tu hermana en el Vassar?

Roberto no contestó.

—¿Cómo está tu amigo, el jugador de polo?

—¿Dax?

El barón asintió.

—Según los periódicos, este año su juego está haciendo estragos en el Continente.

—Dax es bueno —elogió Roberto—. ¿Sabías que ha sido invitado a jugar por Francia en los partidos internacionales?

—Sí, pero solo en calidad de reserva. Es demasiado joven todavía.

—Tiene diecisiete años. Pero su edad es una excusa de que se valen los otros porque le temen.

—Quizás —admitió el barón—. No en vano la llaman «Le Sauvage». Costa está todavía en el hospital desde que tu amigo le echó deliberadamente el caballo encima para impedirle que marcara.

—Dax juega para ganar. Dice que no hay otra razón en el juego —respondió Roberto como si se pusiese a la defensiva.

—Hay algo que se llama juego de caballeros.

—No para Dax. El campo de polo es para él como la jungla de su tierra. Dice que allá perder es morir. ¿Sabes que su padre es el cónsul de Corteguay?

—Lo he oído decir. ¿Cómo es?

—Muy diferente de Dax. Amable y mucho más atezado. Solo tiene un brazo. Su hijo dice que el otro se lo arrancó de cuajo una bomba, en un atentado contra el Presidente.

—Algún día hemos de invitarles a los dos —dijo el barón con sencillez—. Me gustaría saber más cosas de su país.

Madame Blanchette abrió ella misma la puerta.

—*Monsieur* Christopoulos le está esperando.

Marcelo asintió. Esto confirmaba lo que hacía mucho tiempo sospechaba: que el sindicato estaba mezclado en algo más que en las casas de juego de Francia. Atravesaron una antesala y le introdujeron en un saloncito. El alto y moreno *tailleur* se levantó.

—*Monsieur* Campion… Le estoy muy agradecido por haber venido. Siéntese, por favor.

No se le vio la intención de tenderle la mano, ni Marcelo la esperaba. Sabía cuál era su sitio. Se sentó en un cómodo sillón, curioso por saber el porqué de la cita del jugador. No tuvo que esperar demasiado.

—Sabemos que en la Florida van a abolir el juego. Estamos interesados en Cuba y Panamá, pero nos gustaría saber si habría alguna posibilidad de establecernos en Corteguay. Con las debidas condiciones, naturalmente.

Marcelo afirmó sin hablar. En teoría, parecía una explicación plausible, pero no tanto si se reflexionaba un poco. Corteguay estaba demasiado lejos de Estados Unidos para atraer turistas; era más indicada Cuba, a solo noventa millas de la costa de Florida. Pero si quería hacerle creer en lo primero, fingiría que estaba de acuerdo.

Como si leyera sus pensamientos, Christopoulos continuó:

—Desde luego, nos damos cuenta de que Corteguay y Estados Unidos no están en las mejores relaciones. Pero nosotros pensamos en el futuro. El tiempo parece que puede alterar muchas cosas, y en estos próximos años veremos cosas curiosas.

—Cierto —corroboró Marcelo.

—Nuestro negocio exige que planifiquemos con visión de futuro. ¿Usted cree que el gobierno de Corteguay se mostraría favorable?

Marcelo vaciló.

—Es difícil decirlo.

—El país es pobre. Seguramente sería bien recibida la oportunidad de compartir los beneficios que nosotros podríamos aportar.

Marcelo se permitió una ligera sonrisa.

—Ahí está la esencia de todo. El país necesita realidades ahora, no promesas para el futuro.

—Quizá ciertos funcionarios podrían influir —sugirió el jugador—. Recuerdo haber tenido una vez una conversación con el antiguo cónsul, Ramírez. Parecía muy interesado.

Marcelo sabía muy bien que Ramírez había aceptado un adelanto de cien mil francos del sindicato, dando el hecho por sentado. Evidentemente, Christopoulos solo estaba interesado en este asunto. No había otro móvil para la cita.

—*Monsieur* Xenos no es como el antiguo cónsul.

—Seguramente apreciaría la ayuda financiera. Creo que todavía está pagando deudas muy fuertes.

Marcelo afirmó otra vez.

—Cierto. Pero *monsieur* Xenos pertenece a una especie rara. Es un hombre honrado y un idealista. La idea de obtener un provecho propio a expensas de su país, sería repugnante para él…

Guardó silencio unos instantes, añadiendo:

—Además, estaría en contra de cualquier proyecto que representara el menor riesgo de pérdida para las rentas de sus empobrecidos compatriotas.

—Podríamos prohibir la entrada a los naturales, como hacemos en algunos sitios.

—Entonces los beneficios de su proyecto serían extremadamente dudosos —replicó Marcelo—. El cónsul sabe que no hay otra fuente de ingresos para sus mesas.

El *tailleur* guardó silencio. Al cabo de unos momentos preguntó:

—¿Qué especie de proposición cree usted que le interesaría al cónsul?

La respuesta fue rápida y sin vacilación.

—Industria, comercio, inversiones. Todo lo que pudiera ayudar a Corteguay a exportar sus productos. Su economía depende íntegramente de la agricultura.

—¿Le interesaría una línea de barcos?

—Mucho. La baja tasa de transporte de sus productos sería un reclamo.

—Tengo un sobrino en Macao —continuó el griego— que también opera en los casinos de allí. Sin embargo, dispone de cuatro buques de carga japoneses, pero como allí no son muy emprendedores busca nuevos mercados. Quizá yo podría conseguir que esto le interesase.

—Tenga en cuenta que tendría que tratarse de un proyecto firme o el cónsul le cerraría la puerta. Solo considerará el otro asunto una vez se haya llevado a cabo el

primero.

El jugador lo miró fijamente.

—Desde luego, si esta conversación tiene algún resultado positivo, usted tendrá su participación.

—Gracias; es usted muy generoso.

—¿Así, Christopoulos está dispuesto a establecer una línea de transportes marítimos a cambio de ciertos privilegios de juego? —preguntaba más tarde el barón en su despacho.

Marcelo afirmó con la cabeza.

—¿Ha hablado ya del asunto al cónsul?

Marcelo hizo un gesto negativo.

—No, excelencia. Pensé que primero debía notificárselo a usted.

—Bien; ha hecho usted muy bien. Creo que es hora de que yo conozca al cónsul.

—*Oui, monsieur*. ¿Quiere que le hable y concierte una entrevista?

—No, ya tiene una con una sucursal de uno de mis bancos.

Creo que nuestro encuentro es mejor que sea en tales circunstancias.

—Como guste, excelencia.

ocho

—¡Carolina es una mala pécora! —exclamó Silvia, saltando desnuda de la cama para ir a buscar un cigarrillo de un paquete que tenía en la mesa. Seguidamente lo encendió. Perezosamente, Dax dobló la almohada debajo de su cabeza.

—Parece que estás celosa.

—¿Yo celosa? —estalló ella—. No me gustan las malas pécoras. Esto es todo.

—¿Por qué no?

Silvia fumaba con rabia.

—Cree que con el dinero de su padre se puede comprar todo. Me fijé muy bien en la mirada que te echó cuando jugabas la semana pasada. Se parecía a un gato cuando ve un tazón de leche.

—¿Pero por qué estás celosa? —preguntó de nuevo Dax—. Yo no lo estoy de Henri.

—No está aquí el tiempo suficiente para que puedas tener celos de él.

—¿Y cuándo está? Recuerda que yo estaba en la habitación vecina y oí todo lo que sucedía, y, sin embargo, no me puse celoso.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Maldita sea!

Recordó aquella noche. Deliberadamente, ella hizo ruido, no mucho para no despertar a toda la casa, pero sí el suficiente para inquietar a Dax, aunque este no demostró haberse enterado de nada.

—Ya sé que no te importo nada —prosiguió—. Si fuera una piedra sería lo mismo. Y ahora vas a pasar una semana en su villa de Cannes, y yo sé muy bien lo que sucederá.

—Ah, ¿sí? —sonrió Dax—. Dímelo; me gustaría saberlo.

—Te sacará por completo de tus casillas. Lo sé muy bien, pues conozco el tipo. Todo son promesas.

—¿Acaso yo no cuento? Después de todo, no tengo por qué hacerle el juego.

Silvia clavó los ojos en él.

—Si no lo puedes remediar. Fíjate, incluso ahora, solo con hablar de ello, se te puso tiesa. Eres un animal.

Dax se rio entre dientes.

—No es eso. ¿Pero qué quieres que haga cuando tú estás dando vueltas por ahí, desnuda y oliendo a coño?

Lo contempló un momento y, aplastando el cigarrillo contra un plato, se puso de rodillas al lado de la cama, y le acarició tiernamente su tumescencia.

—*Quelle armure magnifique!* —suspiró—. Tan rápido, tan fuerte. Es ya demasiado grande para que mis dos manos la puedan asir.

Inclinó la cabeza sobre él e inmediatamente Dax sintió el calor de la fina lengua de Silvia en su carne como un cosquilleo. Bruscamente le apretó la cabeza contra él.

Dax sintió una punzante sensación en su bajo vientre y se tumbó boca abajo para que su angustia no fuera visible. ¡La mala pécora! Silvia tenía razón. Lo era.

Prefería el inglés para maldecir. Las obscenidades anglosajonas eran gráficas o ásperas. Expresaban con exactitud lo que se intentaba decir. El francés era demasiado evasivo y el español demasiado prolijo; se quedaba uno sin aliento antes de acabar de expresar lo que sentía. El inglés era un lenguaje económico que con pocas palabras decía muchas cosas.

La risa de Carolina le llegó desde el otro lado de la piscina, donde estaba de pie, hablando con Sergei y con Roberto. La húmeda seda de su breve traje de baño de una pieza se le adhería al cuerpo con insolencia. La chica soltó la risa de nuevo y él vio cómo le miraba con el rabillo del ojo.

Se volvió de espaldas irritado. ¡Maldita! Sabía muy bien lo que estaba haciendo con él. Miró más allá del verde y cuidado césped, hacia el lugar donde el barón, su padre, y un inglés primo, del barón estaban sentados a la sombra de una vistaria.

Era extraña la diferencia tan acusada que había entre el barón y su primo, y resultaba difícil creer que los dos descendieran del mismo antepasado: el pequeño comerciante polaco que huyó aterrado del *ghetto* de Varsovia, atravesando a pie y de noche los campos nevados de Europa, con una fortuna en diamantes escondida en la ropa.

También fue extraña su propia manera de obrar. De esto hacía más de cien años. Mandó a su hijo mayor al otro lado del Canal para que se estableciera en Inglaterra, y él y el hijo menor se quedaron en Francia, donde continuaron como prestamistas y prenderos. Subrepticiamente desarrollaron sus negocios, a despecho de las guerras que asolaron a Europa, y su prosperidad actual se reflejaba en la cadena de bancos De Coyne de Francia y el Coyne’s Bank Ltd. de Londres, los cuales figuraban entre los más poderosos del continente, rivalizando incluso con los Rothschild.

Las dos ramas de la familia habían sido ennoblecidas por sus respectivos gobiernos. Napoleón le concedió un título al abuelo del barón, y *sir* Roberto Coyne, por quien habían puesto ese nombre al amigo de Dax, fue elevado a esa dignidad por el rey de Inglaterra, en premio a los méritos contraídos durante la Gran Guerra.

El barón había terminado una larga perorata y su primo le contestaba. Era alto y rubio, y sus fríos ojos azules miraban a su bajo y moreno pariente mientras hablaba. Solo a su padre se le veía grave y pensativo. Dax se preguntó qué estaría pasando.

Todo parecía que señalase la necesidad de este encuentro. La situación crítica de la patria había llegado a su punto álgido, y sin una nueva ayuda financiera era muy dudoso que el Presidente pudiera mantener su puesto de dirigente ante la violenta oposición del populacho.

Un chorro de agua helada hizo que Dax se sentara de golpe. Carolina estaba de pie frente a él riéndose. Intentó atraparla, pero ella huyó corriendo y se tiró de cabeza a la piscina. Olvidando que el agua fría le desagradaba, se zambulló detrás de ella, pero antes de que pudiera cogerla, la muchacha ya estaba subiendo por la escalerilla del otro extremo. Sabía que la iba a perseguir, y ella era mucho mejor nadadora que él. Dax se quedó en el agua, agarrado al borde y mirándola con enojo.

Ella se mantuvo fuera de su alcance.

—¡Cobarde! —la apostrofó en voz baja—. Tienes miedo de que te coja, pues sabes muy bien lo que sucedería.

—¿Qué sucedería? —preguntó en tono de reto.

—Ya lo sabes —respondió él mirándole a los pechos, que adivinaba firmes dentro del traje de baño.

Ella sonrió segura de sí misma.

—No sucedería nada.

—¿No? ¿Estás segura?

—Segura.

—¿A que no te atreves a venir esta noche a la caseta de la piscina, cuando todo el mundo duerma?

Ella lo miró fijamente y respondió:

—De acuerdo. Esta noche, en la caseta.

Se volvió bruscamente y se alejó. La miraba irse cuando Sergei se zambulló a su lado.

—Eres el próximo, amigo. Dax le dirigió una mirada. —¿Qué quieres decir? Sergei se echó a reír.

—Que terminarás con la polla en tu mano, como todos nosotros.

Dax no respondió. Se quedó mirando a la chica cuando se metía en la caseta.

Tarde en la noche, los dos oyeron un ruido de pasos sobre el hormigón que rodeaba la piscina. La voz de Carolina se elevó en medio de la oscuridad que reinaba en la caseta.

—¿Quién…?

Él le tapó la boca con la mano.

—¡Estate quieta!

Las pisadas se acercaron lentamente mientras ellos contenían la respiración; luego

se reanudaron perdiéndose en la noche.

—Casi nos pillan —suspiró aliviado, y al mismo tiempo lanzó un grito de dolor al sentir que los dientes de ella se le clavaban en la mano.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—Me estabas haciendo daño, y resolví hacértelo yo a ti.

—¡Viborilla! —exclamó tratando de abrazarla.

Pero ella se le escapó, y a la difusa luz que entraba por la ventana vio que se arreglaba la ropa.

—Es mejor que salgamos.

—Un ruidito y ya estás asustada —se mofó él.

—¿Y tú no?

—No. Además, aún no he terminado.

Ella se le aproximó todavía más. Dax notó el roce de la mano de la chica en la áspera tela de sus pantalones. En el acto se desabrochó los botones y un instante después percibió la húmeda tibieza de su mano.

—¡Carolina!

Una extraña sonrisita asomó a los labios de la muchacha.

—No tienes miedo, ¿verdad?

—¿De qué voy a tener miedo?

Esta vez él gritó de dolor; las largas uñas de ella se le habían clavado en la carne.

—Es lástima, Dax.

Él no respondió, y oyó de nuevo la risa apagada de la joven mientras le decía desde la puerta:

—No pensarías que yo iba a ser tan fácil como la hija de un caballerizo cualquiera, ¿verdad?

Dax se quedó solo y rabioso, yendo al grifo para refrescarse con agua fría. A Sergei le daría un ataque de risa si supiese lo que le había pasado.

Más irritado que nunca se secó rápidamente y salió afuera. Contempló unos instantes la oscura villa y se dirigió hacia la carretera. Cannes no estaba más que a un kilómetro y siempre había abundancia de chicas. ¡Al infierno con ella! Que practicara sus sucias mañas con Sergei o con su propio hermano. Ellos estaban lo suficientemente civilizados para prestarse a su soez diversión.

De repente una sombra se materializó a su lado, llegando de la oscuridad. Sin necesidad de mirarlo supo quién era.

—¿Adónde vas?

—¿Eres tú el que rondó fuera de la caseta? —preguntó con acritud.

Gato Gordo se echó a reír.

—Deberías conocerme mejor. Yo no habría dejado que me oyeses.

—Entonces, ¿quién era?

—Tu padre.

—¿Mi padre? —la ira de Dax se desvaneció—. ¿Sabe que era yo el que estaba

dentro?

—Sí. Y por eso es por lo que yo estoy aquí. Quiere verte inmediatamente.

Dax se volvió y siguió silenciosamente a Gato Gordo al interior de la casa. Al entrar en la habitación, su padre le miró fijamente.

—¿Qué estabas haciendo con la chica en la caseta? —le preguntó con dureza.

Dax, que pocas veces había visto a su padre tan enfadado, no respondió.

—¿Estás loco? —prosiguió su padre—. ¿No sabes lo que sucedería si te sorprendieran con ella? ¿Crees que el barón se avendría a conceder un préstamo al violador de su hija?

Dax se quedó sin saber qué decir.

De súbito su padre se dejó caer pesadamente en un sillón.

—Todo estaría perdido. La negociación fracasaría. Y todo por lo que nosotros hemos luchado y dado la sangre se iría al diablo, por culpa de tu estupidez.

Dax miró a su padre y por primera vez se dio cuenta del temblor de sus manos y de las finas arrugas que la edad y el agotamiento habían impreso en su rostro. Se acercó a él tristemente.

—Lo siento, papá; pero no te inquietes. No la he tocado.

La tensión del rostro de su padre desapareció. La única verdad de su vida era la leal franqueza que existía entre los dos. Sabía que su hijo no le mentía.

—Tienes razón —añadió Dax—; fui un estúpido, pero no sucederá más.

Su padre se acercó a él y le cogió una mano.

—Dax, Dax… ¿En cuántos mundos diferentes te ves obligado a vivir por culpa mía?

Por la presión de aquella mano comprendió la debilidad y el sospechoso agotamiento de su padre, y le invadieron una tristeza y una comprensión infinitas, como nunca las había sentido antes. Acercándose a él, apretó los labios en su fina y oscura mejilla.

—Yo quiero vivir en tu mundo, padre, porque soy tu hijo.

Fue la primera vez que Dax comprendió que su padre se moría.

nueve

Jaime Xenos, a pesar de que se estaba muriendo, no sufría dolor alguno. Miró al sacerdote, y aunque las palabras se agolparon en su mente no logró pronunciar ninguna.

Nunca se había sentido tan fatigado, tan terriblemente agotado.

Ladeó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, tratando de no oír el runruneo de los rezos del sacerdote. Acaso volvería a escucharlo cuando hubiese descansado. No sentía miedo alguno, pero sí una profunda sensación de tristeza. Había tanto que hacer todavía, aunque sabía que ya no le quedaba tiempo. Tenía el convencimiento de que las horas tocaban a su fin.

Dax… El nombre de su hijo era como un aguijón que se le clavaba en el cerebro. Dax se quedaba solo, y era demasiado joven y la vida le estallaba con toda la potencia de su mocedad. Había muchas cosas que no le pudo enseñar y otras que necesitaba conocer. Quería decirle que al mundo no se le vence con solo energía y juventud. Deseaba decirle tanto… Pero sabía que ya era tarde.

Se durmió.

Dax se acercó al doctor, quien le dijo que su padre estaba durmiendo y que era una buena señal.

Dax siguió al médico fuera de la habitación, dejando al sacerdote con su padre.

Gato Gordo estaba junto a la puerta.

—¿Cómo sigue? —preguntó.

—Lo mismo.

Con una clara expresión de desaliento, Dax le preguntó al doctor:

—¿Cuándo…?

—Puede ser esta noche. Quizá mañana por la mañana… No se puede precisar.

—¿No hay esperanza?

—Siempre hay esperanza —repuso el médico, aun sabiendo que no la había.

Marcelo subió la escalera.

—Un periodista del *París Soir* llama por el teléfono.

—Dígale que no hay novedad.

—No es por eso por lo que llama.

Dax miró al secretario.

—¿Por qué, entonces?

Marcelo apartó la vista al responder:

—Quieren saber si seguirá jugando al polo.

Una sombra veló los ojos de Dax, y contestó bruscamente:

—¿Es en esto en lo que piensan? ¿Un gran hombre se está muriendo y se preocupan por si juego o no juego?

Se acordó de cuando los periodistas le pusieron un apodo: El Salvaje. Fue después del partido con Italia, cuando derribó a dos jugadores, y a uno de ellos, herido muy seriamente, hubo que llevarlo al hospital.

Rodeándole lo acosaron a preguntas:

—¿Qué siente después de herir a dos hombres?

—Mala suerte —respondió con indiferencia—. Unos hombres que no saben sentarse en la silla no deberían jugar.

—Parece como si no le preocupase lo que les pueda suceder.

Dax miró extrañado al periodista.

—¿Por qué? A mí me podría suceder lo mismo cada vez que salgo a jugar.

—Pero no le ocurre, y, en cambio, siempre le pasa a uno del equipo contrario —replicó otro.

Fríamente preguntó Dax:

—¿Qué quiere decir?

—Que es un poco raro que siempre aparezca envuelto en un accidente de este tipo cuando el equipo contrario va a marcar. Siempre son los otros los heridos, no usted.

—¿Supone que procedo intencionadamente?

—No, pero…

—Yo juego para ganar —le interrumpió Dax—; lo que quiere decir que trato de evitar que el contrario marque. No es culpa mía si son mediocres jinetes los otros jugadores. —Pero hay algo que se llama deportividad.

—La deportividad es una palabra para los derrotados. A mí solo me interesa ganar.

—¿Incluso si mata a algún adversario? —preguntó el primer periodista.

—Incluso si muero yo mismo —replicó Dax.

—Pero esto es un juego; no es una batalla —dijo horrorizado su interlocutor.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Dax—. ¿Ha estado alguna vez allí, frente a un caballo de cuatrocientos cincuenta kilos de peso y el jinete encima cargando contra usted? Pruébelo, y cambiará de opinión.

Recordaba que aquella noche había sonado el teléfono cuando se disponía a cenar. Era el mismo periodista que le entrevistó por la tarde, el cual le preguntó si sabía que el italiano había muerto hacía poco en el hospital.

—No —contestó escuetamente Dax.

—¿Y eso es todo lo que tiene que decir? —preguntó el periodista—. ¿Ni siquiera que lo siente?

Dax le replicó irritado:

—¿Qué bien le haría? ¿Acaso mis palabras le devolverían la vida?

Violentamente colgó el auricular.

Era extraño que se acordase de todo esto en unos momentos en que su padre se moría. Nada podía cambiar la cruda realidad. Ni siquiera el volver triunfante del partido Francia-Inglaterra y haber traído el contrato de los barcos, de tanta trascendencia. Pero llegó demasiado tarde.

Después de la muerte del italiano su popularidad creció y las entradas se agotaban inmediatamente de ponerse a la venta. De los graderíos se elevó un murmullo cuando apareció en el campo. Se quedó sorprendido y miró en muda interrogación a Sergei, que cabalgaba a su lado.

El ruso sonrió.

—Eres la estrella. Todos vienen a verte a ti.

Miró hacia la multitud, la cual lo contemplaba a él con embobamiento, y sintió un estremecimiento.

—Vienen a verme matar a alguien.

Sergei también miró a los graderíos, y luego, clavando los ojos en Dax, le dijo en tono malévolo:

—O a verte morir.

Aquel día, el público quedó casi satisfecho. Hacia el final del cuarto período, hubo un encontronazo en el centro del campo y cayeron tres caballos, con Dax en medio. No se oyó un suspiro cuando dos de las monturas se levantaron y huyeron hacia un extremo del campo, pero un sordo murmullo acogió la aparición de Dax. Desconcertado miró alrededor, hacia el público, e inmediatamente se fue a donde estaba su caballo, el cual se levantó y relinchó al sentir que una mano de Dax le acariciaba el testuz.

—Esta vez les hemos defraudado, ¿eh, muchacho?

Cuando Gato Gordo entró en el campo con otro caballo se oyó un tímido inicio de aplauso, que se repitió cuando Dax puso el pie en el estribo. Una vez en la silla se tocó la gorra con sorna, correspondiéndole el público con una tempestad de aplausos.

Desconcertado, se colocó al lado de Sergei.

—No lo entiendo.

—Ni lo intentes —le dijo Sergei riendo—. Ahora eres un héroe.

También los periódicos lo saludaron como a un héroe y al terminar el año propugnaban su entraba en el equipo de la selección francesa. Se convirtió en el jugador más capaz y peligroso, y aún le faltaba un mes para cumplir los dieciocho años.

Sin embargo, ¡qué vacío lo veía todo mientras esperaba la muerte de su padre! ¡Tantos proyectos que antes le parecían tan importantes! Recordó una noche en el colegio, a finales de curso, hallándose los tres amigos en la habitación.

Estaba sentado en una silla y con los pies sobre el pupitre.

—¿Crees que aprobarás los exámenes? —le preguntó a Sergei.

—No lo sé —le respondió con cierto pesimismo—. Los últimos fueron muy difíciles.

Dax miró a Roberto, a quien no había nunca necesidad de preguntarle nada. Durante los últimos tres años fue siempre el primero del curso. En aquellos momentos estaba empaquetando sus libros.

—¿Cómo te sientes?

Roberto se encogió de hombros.

—Tranquilo, y un poco triste.

Miró en torno de él y añadió:

—Por un lado, me duele dejar esta escuela.

—¡Mierda! —exclamó Sergei—. ¡Con lo que yo me alegro de abandonarla!

Dax sonrió.

—¿Qué planes tienes?

—¿Planes? Para mí se acabaron las escuelas gratuitas y las becas. Y como me parece que va para largo la estancia de los comunistas en el poder, ¿quién necesitará a un ruso blanco?

—¿Qué vas a hacer, entonces? —preguntó Roberto—. ¿Trabajar?

—¿En qué? ¿Qué demonios puedo hacer? ¿Conseguir un empleo como mi padre? ¿De portero?

—Pero tendrás que hacer algo —objetó Roberto.

—Quizá vaya a Harvard, como tú —contestó Sergei en tono sarcástico—. O tal vez me junte con Dax en Sandhurst. Pero ¿quién lo va a pagar? ¿Mi padre, el general?

Roberto miró en silencio y Sergei dijo con voz más calmada, excusándose.

—No pretendía ser grosero.

—Naturalmente —respondió Roberto en voz baja.

—De todos modos ya tengo decidido lo que voy a hacer —prosiguió Sergei en tono jocoso.

—¿Qué?

—Me casaré con una americana rica. Parece que les gustan los príncipes.

Dax soltó la risa.

—Pero tú no eres príncipe. Tu padre solo es conde.

—¿Y qué diferencia hay? —preguntó Sergei—. Para ellas un título es un título. ¿Recordáis la chica que me acompañaba en la fiesta de la otra noche? Cuando me la saqué, se quedó mirándola y me dijo en voz reverencial: «Es la primera vez que veo una regia». Entonces yo le pregunté: «¿Acaso es diferente de las otras?». «¡Oh, sí!», me respondió. «Se advierte la diferencia en el acto. La punta es purpúrea… ¡púrpura regia!»

Luego de reírse un rato los tres, Roberto le preguntó a Dax:

—¿Y tú qué harás?

—Creo que iré a Sandhurst —respondió—. Me dieron una beca y mi padre quiere

que vaya.

—¡Esto es una vergüenza! —estalló Roberto—. ¡La beca te la han dado porque quieren que este año formes parte de su equipo de polo!

—¿Y qué diferencia hay? —preguntó Sergei—. Ya quisiera yo lo mismo.

—Juraría que fue mi tío quien lo arregló todo —dijo Roberto—. Vi cómo te miraba cuando asistió a aquel partido del año pasado.

—Mi padre cree que de esta manera mejorarán las relaciones entre Inglaterra y Corteguay. Quizá consigamos la línea de vapores.

—Suponía que todo este asunto estaba ya decidido cuando mi padre fundó la compañía. Costó cinco millones de dólares conseguir los derechos navieros.

—Solo que nunca tuvimos los barcos. Al parecer, aquel jugador griego los había arrendado a Inglaterra antes de saber que se había concertado el trato con Corteguay.

—Alguien resultó engañado.

—Tu padre y el mío; el tuyo especialmente. En realidad todo lo que tu padre ha conseguido con sus cinco millones es una licencia de exportación e importación con el cinco por ciento de comisión sobre los fletes. Pero esto no vale nada si no hay barcos.

Se callaron unos momentos, y a pesar de que pensaban lo mismo, ninguno de ellos reanudó el tema. Era demasiado evidente.

Fue Sergei quien rompió el silencio.

—Todavía nos queda este verano. Diez partidos hasta el fin de la temporada, lo que significa unas cuarenta fiestas, o sea cuarenta chicas para fornicar. Todo puede suceder.

—Yo sé lo que sucederá.

—¿Qué?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Dax.

—¡Cogerás una blenorrea de púrpura real!

diez

El cónsul entró lentamente en el despacho apoyándose en el bastón.

—Buenos días, Marcelo.

Marcelo levantó la vista del periódico que estaba hojeando y lo dejó en el centro de la mesa del cónsul.

—Buenos días, excelencia.

Jaime miró el periódico.

—¿Ganaron?

Marcelo sonrió.

—Desde luego. Dax marcó la mayoría de los tantos. Es genial.

Han permitido al equipo que se tome un buen descanso este fin de semana.

El cónsul se sentó a la mesa y cogió el periódico. Estaba lleno de alabanzas a su hijo. Hizo un gesto de desaprobación.

—No me parece acertado. Tanta atención no es buena para un muchacho.

—A Dax no le engríe. Tiene muy buen sentido.

—Eso espero —respondió el cónsul, y cambiando de tema añadió—: ¿Tiene alguna respuesta de Macao acerca de los barcos?

—Todavía no.

—Esto no me gusta. Tengo entendido que los ingleses desean desembarazarse de ellos, pues hace tiempo que los tienen anclados en el puerto. Y nosotros sin noticias todavía.

—Estas cosas tardan.

—¿Pero tanto? Casi ha pasado un mes desde que *sir* Robert prometió activar las cosas en Londres. Inglaterra dispone de tiempo y puede aguardar. Nosotros no.

—En su última carta, *sir* Robert nos decía que estaba haciendo todo lo posible.

—¿Pero lo hace? —preguntó el cónsul con desconfianza.

—Casi la mitad del dinero del barón está puesta en el contrato.

—Y también es un director de las líneas marítimas.

—Dos millones y medio de dólares es mucho dinero para perderlo así como así.

—Más perdería si los británicos perdieran el poder de embargar nuestros envíos.

El secretario no respondió, y el padre de Dax se recostó contra el respaldo de la silla.

—A veces pienso que no soy el hombre apropiado para esta tarea. Es demasiado para mí. La encuentro muy tortuosa. No hay nadie que diga lo que realmente piensa.

—No hay quien pueda hacerlo mejor, excelencia. Solo que estas cosas requieren tiempo. Esto es todo.

En los labios del cónsul asomó una amarga sonrisa.

—Cierto, pero quizá no me quede ya tiempo.

Marcelo sabía a qué se refería. El cónsul se encontraba cada día más frágil y delicado. Su debilidad era mayor cada día y el bastón le era indispensable, a pesar de que él bromeaba frecuentemente diciendo que el bastón era un recurso muy diplomático. Además, acababa de coger otro de sus fuertes resfriados y en aquellos momentos hubiera tenido que estar en cama.

—Será mejor que escribamos otra carta al Presidente —decidió el cónsul—. Le informaremos de todo y tal vez cambie de opinión acerca de la conveniencia de que Dax asista a un colegio británico.

Dax entró en el campo de juego inglés con opuestos sentimientos. Esta era la última vez que vestiría los colores de Francia. El próximo año jugaría por Inglaterra y Sandhurst. Miró a los escaños y vio a *sir* Robert con sus dos hijas, las cuales le saludaban con la mano. Él les devolvió el saludo.

Sergei se rio entre dientes.

—Las tienes en el saco. ¿Cuál te tirarás primero?

Dax soltó la carcajada.

—¿Estás loco? Ya tuve suficiente con lo de Carolina. Mi padre me mataría.

—La rubia parece la mejor para morir por ella. Se derrite mirándote.

Un estridente silbido avisó que iba a empezar el juego. El equipo contrario ya estaba alineado en el otro lado del campo.

—Vamos —dijo Sergei—; vamos a enfrentarnos con tus futuros compañeros, y a enseñarles cómo se juega.

La fiesta se celebró aquella noche en casa de *sir* Robert, en Londres. Los ingleses habían jugado bien, aunque con poca imaginación, pero contra todo pronóstico perdieron. No obstante, Dax admitió que eran buenos deportistas, en especial ante el gesto de su capitán, quien fue personalmente a felicitarlos.

Ahora Dax se encontraba junto a las puertas de estilo francés que daban al jardín, viendo bailar a las parejas del salón. Sergei pasó ante él con una esbelta rubia y le guiñó ladinamente un ojo, y Dax sonrió, pues aquello significaba que su amigo ya había encontrado una paloma para aquella noche.

—¿Te diviertes?

Dax se volvió y vio a *sir* Robert a su lado.

—Mucho. Gracias, señor.

Sir Robert sonrió.

—Creo que te gustará estar aquí. No tenemos el estilo de los franceses, pero procuramos que el nuestro sea agradable.

Dax empezaba a comprender a los ingleses. Involuntariamente miró todo lo que le rodeaba. Nunca había visto tanto lujo, tanta riqueza. Ni la casa del barón en París podía compararse con esta.

—No se puede pedir más, señor. Usted ha pensado en todo.

—Cuando estés en Sandhurst debes considerar esta casa como tu hogar. Ya he dado órdenes a la servidumbre para que te preparen un aposento permanente, y te esperamos todos los fines de semana en nuestra casa de campo.

—Muchas gracias, señor. No encuentro palabras para agradecérselo.

—No hace falta que digas nada. Considérate en tu casa —y mirándole fijamente agregó luego—: Esta mañana he recibido carta de tu padre.

—¿Ah, sí? ¿Dice cómo está?

Sir Robert denegó con la cabeza.

—Tu padre nunca habla de él; solo de su trabajo. —Su mirada adquirió una expresión astuta—. ¿Y cómo está de salud?

—Nada bien —respondió Dax—. Realmente no sé si debo dejarle solo todo este tiempo. Quizá si estuviera en casa yo podría cuidarlo y ayudarle en algunas cosas; pero pasar todo este año en Sandhurst…

Sir Robert le miró dubitativo.

—¿Quieres que te hable como un viejo amigo?

—Se lo agradecería mucho.

—Si yo fuera tu padre preferiría que estuvieras en Sandhurst. La impresión que tú producirás allí será más útil para él y para tu país que si te quedas a su lado.

Dax permaneció en silencio. Eran las mismas palabras que su padre hubiera empleado. Sin embargo, con eso no se solucionaba nada. Proseguía el problema de la salud de su padre, quien, si aquellos malditos barcos navegaran ya, no viviría con tanta tensión. Y si no cogía otro resfriado, se sentiría más tranquilo al dejarlo solo.

—Gracias, señor. Supongo que haré exactamente eso.

Después de la fiesta y cuando ya se había acostado no podía dormir. Encendió la lamparita para ver la hora; eran las tres de la mañana. Bajó de la cama y se dirigió a la abierta ventana, contemplando el escaso tráfico que circulaba a aquellas horas. Se preguntó cuándo llegaría Sergei, quien había pedido prestado un coche para llevar a la paloma a su casa; lo más seguro, se dijo Dax, era que no regresara hasta la salida del sol. Sin embargo, al cabo de unos momentos los faros de un coche alumbraron la fachada de la casa, y Sergei bajó del auto.

Cuando entró en la habitación y vio a Dax en la ventana le preguntó sin disimular lo que sospechaba:

—¿Qué haces levantado? ¿Has traído a alguna de las dos aquí?

Dax se echó a reír.

—¿Pero es que solo piensas en eso?

—¿Hay algo más? —le replicó Sergei mientras se quitaba la americana con evidente mal humor—. Esa que he llevado a su casa me ha hecho perder miserablemente el tiempo.

Dax le contestó riendo.

—No pretenderás ganar siempre.

La chaqueta de Sergei voló por el aire, cayendo sobre una silla.

—Bastante simple. Me ha dicho que *sir* Robert te ha dispuesto aquí una serie de habitaciones mientras estés en Sandhurst.

Dax afirmó con la cabeza.

—¿Tú sabes que las habitaciones de las chicas están en el otro lado del vestíbulo?

—¿Ah, sí?

Dax lo sabía porque ya ellas habían puesto cuidado especial en enterarle de dónde dormían.

—No vas a ser capaz de desdeñarlas —continuó Sergei desabrochándose la camisa—. Las tienes maduras y a punto.

Se quitó los pantalones añadiendo:

—Todavía están levantadas. Vi luz debajo de su puerta.

—¿Tienes un cigarrillo?

Sergei le alargó el paquete.

—Probablemente te están esperando.

—Espero que no aguarden mucho rato.

Sergei hizo un gesto de cómica tristeza.

—Estás cometiendo una grave equivocación. Vendrá otro y te quitará a las preciosas gatitas. ¿Tú qué temes? Su padre está en la otra ala de la casa; a lo menos cien metros lejos.

Dax se echó a reír.

—Calla y vete a la cama, sátiro libidinoso. No es culpa mía si esta noche no te han llevado al catre.

A pesar de lo que ellos creían, *sir* Robert estaba en su estudio leyendo los últimos informes de la situación de Corteguay. Al otro día se los llevaría al campo y los pondría con los otros. Allí estarían más seguros, pues aun en el caso de que los criados curioseasen, no comprenderían gran cosa.

Contrajo la boca con dureza. Le estaban presionando y a veces no podía evitar el sentirse enojado con su primo. Era demasiado francés, demasiado sentimental. ¿Qué importaba que el cónsul de Corteguay fuera un hombre de honor? Además, estaba enfermo. ¿No se daba cuenta su primo de que, si retenían un poco más los barcos, el gobierno tendría que caer? Sería tonto si no comprendía la situación.

La cosa estaba a punto. Los bandoleros eran muy poderosos en las montañas, al contar, esta vez, con el equipo y el armamento conseguidos gracias al dinero inglés; y los campesinos estaban hambrientos. ¿Cuánto tiempo podrían continuar pasando hambre por el Presidente, que no era otra cosa, él mismo, que un bandolero?

Los buques debían mantenerse alejados. La pérdida de los dos millones y medio de dólares no contaba si con ello se impedía que el actual gobierno de Corteguay llegara a un acuerdo con los griegos. Y una vez cayese el gobierno, él se resarciría con creces en cuanto sus propios barcos retornasen a aquel país.

once

Al día siguiente, minutos después de las siete, un taxi de la estación se paró frente a la casa de campo de *sir* Robert. El mayordomo abrió la puerta.

—Bienvenido, señor —dijo mientras cogía la maleta de Dax.

Dax le siguió adentro de la casa y notó, extrañado, el silencio que reinaba en ella, en vez del barullo que esperaba.

—¿Dónde están los demás?

—Usted es el primero, señor. Las señoritas llegarán a las diez, y el señor mañana, con los otros invitados.

Abrió la puerta de la habitación de Dax y le entró la maleta.

—¿Quiere que le cuelgue sus trajes, señor?

—No, gracias. Lo haré yo mismo.

—¿A qué hora quiere cenar, señor?

Dax se dio cuenta de que tenía hambre. Miró el reloj y dijo:

—Tomaré un baño y a las ocho estaré listo.

Comió con un apetito voraz y a las nueve menos cuarto se levantaba de la mesa.

—La radio está en el estudio del señor —le informó el mayordomo—, y los periódicos también.

Dax asintió con un gesto y se fue al estudio. Conectó la radio y se sentó en un sillón de cuero. Al cabo de unos momentos, aburrido, se levantó y fue a la mesa del despacho para coger el periódico. Pero al cogerlo tiró sin querer una carta que había debajo. Se agachó con indiferencia para recogerla. Estaba escrita en español, pero se fijó más en ella cuando casualmente vio la firma: Ramírez.

Esto solo bastó para que leyese el primer párrafo.

«Quisiera felicitarle de nuevo por su previsión en comprar los cuatro mercantes japoneses, pues así evitamos que caigan en poder de nuestros enemigos. La información que acabo de recibir de mis compatriotas en el país me indica que el gobierno está presionando todo lo que puede para conseguir una ayuda inmediata.»

Dax sintió como si una hoja de hielo le recorriese el cuerpo, no obstante el fuego de la chimenea. ¿Qué especie de hombre era ese que con una mano te ofrecía su casa y su amistad y con la otra colaboraba con tus enemigos para que te destruyeran? Siguió leyendo.

«El descontento crece a marchas forzadas, pero como usted ya sabe que sufrimos mucha escasez de armas y de municiones debido a las dificultades de aprovisionamiento, y teniendo en cuenta que por la costa no nos es posible hacerlas llegar, hemos de pasarlas a través de los Andes desde los países vecinos. Lamento

tener que apelar de nuevo a su generosidad y verme obligado a pedirle más fondos, pero necesitamos diez mil libras si queremos conseguir la victoria que todos anhelamos. Si no le fuera posible proporcionarnos esa cantidad, puedo garantizarle que cinco mil nos serían una gran ayuda.»

Los labios de Dax se curvaron en una mueca. Se preguntó cuánto de ese dinero iría a parar al bolsillo de Ramírez y cuánto a aquellos a quienes él llamaba sus compatriotas.

«Le agradecería sus noticias lo más pronto posible, y, mientras, acepte mi gratitud y la de mis compatriotas por su ayuda en nuestra mutua lucha contra el tiránico bandido que, burlando toda ley, se apoderó por la fuerza del gobierno de nuestro desdichado país.»

Ramírez. Sin la ira y el desprecio que sentía se habría reído. Ramírez, el ladrón y el cobarde. Ramírez, el traidor. Ramírez, que llamaba bandidos a los demás. Dax releyó la carta con asco. Había que prevenir a su padre y al barón.

Pero en el acto le asaltó una sospecha. ¿Estaría metido también el barón en aquel asunto? ¿Entraría en la conspiración? ¿Quién sabía si podían confiar en él? Metió la carta en el sobre y se la guardó en el bolsillo, diciéndose que debía avisar a su padre. Iba a salir de la habitación dispuesto a coger el tren de París la misma noche, pero se detuvo antes de llegar a la puerta, comprendiendo que su ausencia haría que *sir* Robert se preguntase qué motivos pudo tener para irse de repente, y acaso notase la falta de la carta. Se dijo que tenía que permanecer allí todo el fin de semana, o quizás incluso prolongarlo. Con repugnancia retornó al sillón. Cuando el mayordomo entró para anunciarle la llegada de las señoritas, Dax estaba leyendo tranquilamente el periódico.

Las dos chicas parecía que fuesen gemelas. Enid, la mayor, tenía dieciocho años, y Mavis diecisiete.

—Ya te dije que lo encontraríamos en casa —dijo una de ellas, Dax les estrechó la mano.

—Hola, Enid.

Ella soltó la risa diciéndole:

—Yo soy Mavis.

—Nunca distinguiré la una de la otra.

—¿Papá y mamá han llegado?

Dax negó con la cabeza, agregando:

—El mayordomo me dijo que no vendrían hasta mañana.

—¡Qué bien! —exclamó Enid—. Entonces esta noche tendremos toda la casa para nosotros solos.

—Vamos a organizar una fiestecita —añadió Mavis; y le preguntó a su hermana —: ¿Qué te parece si llamamos a alguien más?

—¿Qué falta nos hace nadie? —Enid tenía los ojos fijos en Dax—. Estoy segura de que los tres lo podemos pasar muy bien.

—¿Una fiestecita? —preguntó Dax riendo—. ¿Eso es todo lo que se os ocurre? Estoy tan cansado que lo único que quiero es tomar un baño y acostarme.

—¿Siempre eres tan serio? ¿Nunca piensas en divertirte un poco?

—Prefiero pensarlo mañana.

Tendido en la bañera de mármol, cerró los ojos, agradeciendo el vapor que lo envolvía hasta adormecerle. De pronto oyó un leve ruido y abrió los ojos mirando hacia la puerta. Se repitió el ruido, y Dax, desconcertado, trató de escuchar, pero en el mismo instante se abrió la puerta bruscamente y aparecieron las dos hermanas en el umbral, y con ellas una corriente de aire frío que llegaba del pasillo.

—¡Cerrad esa maldita puerta! —gritó mientras trataba de alcanzar una toalla—. ¿Queréis que muera helado?

Pero Mavis le quitó la toalla en el momento que la cogía, mientras Enid cerraba la puerta. Las miró asombrado, tratando de taparse con las manos…; al ver cómo se reían, pensó que le gastaban una broma pesada.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha estropeado el baño?

Enid se sentó en el taburete.

—No, pero hemos dicho que ya que estás tan cansado, podríamos aplicarte uno de nuestros baños medicinales.

—¿Baños medicinales?

—Sí, son muy estimulantes. Todas las chicas del colegio los tomamos.

Y sin darle tiempo a protestar, Enid se levantó y abrió el grifo del agua fría.

Dax salió de un brinco de la bañera cuando el chorro helado le dio en la espalda.

—¡Estáis locas! —gritó.

Pero las chicas lo empujaron dentro otra vez.

—Siéntate ahí y no seas niño. Bebe de esto —le dijo Enid acercándole una botella.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirándola con recelo.

—Brandy.

Dax cogió la botella y vio que le faltaba la mitad del alcohol.

—¿De dónde la sacasteis?

—Del armario del gabinete de papá.

—¿Medio vacía?

—Estábamos aburridas —admitió Mavis—. ¿Qué querías que hiciéramos? No quisiste que organizásemos la fiestecita, y…

—Entonces se nos ha ocurrido la idea de darte un baño medicinal —añadió Enid —. *Miss* Purvis asegura que es el mejor remedio contra el cansancio.

Dax comprendió que estaban achispadas. Encogiéndose de hombros bebió un sorbo. Al menos el trago le hizo entrar en calor.

Mavis tocó el agua.

—Me parece que ya está lo suficientemente fría. ¿Qué te parece? —le preguntó a su hermana.

Enid también metió la mano en el agua.

—Sí, ya está bien.

Dax bebió otro sorbo de *brandy* y se recostó en la bañera, resignado.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Veremos —respondió Mavis—. Sal de la bañera.

—De acuerdo. Dadme una toalla.

—No —replicó, mientras la ponía lejos de su alcance—. Sal de la bañera primero.

—No quiero.

—¿Ah, no? —y en el acto Enid abrió el grifo del agua fría.

Dax saltó fuera en un abrir y cerrar de ojos antes de que le alcanzara el agua y se quedó de pie, temblando, mientras ellas empezaban a azotarlo enérgicamente con las ásperas toallas de baño.

—¡Eh, que me hacéis daño! ¡Dejadme ya!

En vez de obedecerle le azotaban todavía más fuerte y Dax, sin dejar la botella, empezó a dar saltos, tratando de esquivarlas, hasta que consiguió meterse en la cama y subirse los cobertores hasta la nariz.

Las chicas se quedaron a un paso de él, mirándolo como dos lechuzas.

—Y ahora, que ya os habéis divertido, ¿por qué no os vais a dormir?

Las dos hermanas se miraron con una expresión sospechosa.

—Está bien —dijo Mavis—, pero devuélvenos la botella.

Dax bebió otro sorbo.

—¿Por qué? —preguntó mientras sentía cierto calor recorriéndole el cuerpo—. Creo que merezco la botella después de lo que habéis hecho. Hubiera podido pillar una pulmonía.

—No nos vamos sin la botella.

Dax notó que recobraba el buen humor.

—Si la queréis, venidla a buscar aquí.

Ellas se le acercaron amenazadoras. Entonces él puso la botella debajo de la almohada y se cruzó de brazos. Las muchachas tiraron bruscamente de la sábana, pero ahora Dax no hizo ningún intento para taparse, aunque su desnudez era completa.

—Y bien, ¿qué pretendéis?

—¿Viste alguna vez algo tan maravilloso? —susurró Enid con voz casi medrosa al tiempo que se desabrochaba el pijama.

Ya durante la noche, una de las hermanas se había ausentado para ir a buscar otra botella de *brandy*, pero Dax no estaba seguro de cuál de las dos era. Se turnaban tan a menudo que no se aclaraba en cuanto a su identidad. Aunque de una cosa sí estaba seguro: no era la primera vez que las hermanitas se divertían juntas con aquel juego.

Ahora, Enid —¿o era Mavis?— bebió un trago directo de la botella.

—Creo que nunca me he sentido tan plenamente jodida —suspiró, y miró el rostro de Dax, apoyado en su falda—. Y pensar que te teníamos por un pipa…

Mavis —¿o era Enid?— levantó de la falda la cabeza de Dax, y viendo la expresión de perplejidad del muchacho, aclaró:

—Excéntrico, mariconcete, homosexual, ¿entiendes?

Dax soltó la carcajada.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Hay tantos —dijo con talante serio—. Son las malditas escuelas públicas las culpables. Les pinchan tanto que al final acaban tomándole gusto.

—¿Teniendo a su alrededor chicas como vosotras? —preguntó alcanzando la botella.

—Algunos solo lo quieren hacer de esa manera —repuso Mavis—. Dicen que es la mejor. —Dio la vuelta sobre sí misma y cogió la botella a Dax—. La próxima vez lo probaremos de esa manera.

—Fongool —dijo Enid con una risilla sofocada.

Dax se despertó al amanecer. Alargó una mano estando aún soñoliento y comprendió que tenía a su lado un cuerpo desnudo.

Se sentó en la cama y, pasando el brazo por encima de Enid, cogió el reloj de pulsera de sobre la mesita. Faltaban unos minutos para las cinco. Contempló a las dos muchachas dormidas. Los franceses, pensó, tienen razón cuando dicen que las inglesas no poseen el encanto de sus compatriotas, pero, en cambio, para experiencias como la de aquella noche, las superaban; tenían el instinto de un gato callejero.

Se levantó y las sacudió ligeramente. Mavis abrió los ojos en seguida.

—Ya es casi de día —le susurró—. Tendríais que volver a vuestras habitaciones.

—Sí, claro —se sentó desperezándose—. ¿Se ha despertado Enid?

No hubo manera de que Enid se despertase y tuvieron que llevarla en brazos entre los dos hasta dejarla en su dormitorio.

Al tenderla en la cama, Dax retrocedió hacia la puerta para irse.

Mavis lo cogió por el brazo.

—Dax.

—Dime.

—Ha sido una buena fiesta, ¿verdad?

—Muy buena.

—¿La repetiremos?

—Desde luego.

Sin apartar la mirada de él, Mavis sonrió.

—La casa estará demasiado llena este fin de semana. Es una lástima que no puedas bajar a Brighton los otros días. Tenemos un apartamento cerca de la escuela.

—¿Quién dice que no puedo? ¿Puedo llevar un amigo?

—Sí, claro, pero… —Mavis le miró con recelo, y repitió—: Pero…

—No te preocupes. Será un amigo discreto. Ya le conocéis: es Sergei. El ruso que

juega en el equipo francés de polo conmigo.

—¡Ah! —el rostro de Mavis se iluminó—. Verás lo que nos divertiremos. ¿Cuándo vendréis?

—Si os va bien el lunes por la noche.

Horas después, antes de que llegasen los demás, bajó al pueblo telefoneó a Sergei, al hotel de Londres donde paraba y en el que y pasaba unos días junto con su equipo como premio por haber ganado. No dudó de que Sergei aceptaría una vez le explicase de qué se trataba. Estaba seguro.

doce

Sir Robert contempló las fotografías que había en la mesa de su despacho sin que moviera un músculo de su rostro impasible.

—¿Ya sabes que podrías ir a la cárcel?

Dax no se inmutó ni contestó. Sabía que *sir* Robert no pensaba lo que decía; era solo un *bluff*. Siguió un silencio profundo, solo turbado por el ruido del tráfico comercial del barrio donde estaba situado el edificio bancario de *sir* Robert.

Sergei había empleado casi las mismas palabras cuando Dax le propuso la idea en el hotel de Brighton, pero este último se había reído.

—¿Por qué? ¿Crees que a *sir* Robert le gustaría la publicidad? No olvides que sus hijas están de por medio.

—Al menos procura que no se vea mi cara —dijo Sergei.

—No es tu rostro el que necesito —respondió Dax al mismo tiempo que pagaba la merienda—. Vamos; todavía tenemos que comprar la cámara y la película.

—Será mejor que compres también lo que necesitamos para revelar. No se pueden llevar clichés como estos a una tienda. Y las chicas, ¿colaborarán?

—En cuanto hayan bebido lo suyo, colaborarán —respondió Dax.

Y estuvo en lo cierto.

Sir Robert apartó las fotografías a un lado de la mesa.

—¿Cuánto quieres por todo esto?

—Nada —contestó Dax—. Son suyas.

El banquero lo contempló unos momentos.

—¿Los negativos, entonces?

—Hay cuatro barcos en Macao que se le prometieron a mi padre hace dos años. Cuando lleguen a Corteguay, usted tendrá los negativos.

—Esto es imposible. Yo no controlo esos barcos.

—Ramírez dice que sí.

Sir Robert lo miró sorprendido.

—¿Conque fue eso lo que pasó con la carta?

Dax no respondió.

—¿Así entiendes el honor? —preguntó con acritud *sir* Robert—. ¿Traicionando la hospitalidad de la casa que te acoge?

Dax se revolvió con rabia.

—Usted no es nadie para acusarme cuando su concepción del honor se limita a calcular cuánto ganará con su traición.

Esta vez fue *sir* Robert quien se quedó callado. Luego dijo, mirando aquella serie de fotografías:

—Yo hago lo que creo mejor para Inglaterra.

Dax se levantó.

—Por su propia conveniencia, *sir* Robert, y por la mía, prefiero creer que esta es la razón antes que creer que obró por ambición personal.

Se dirigió hacia la puerta. La voz de *sir* Robert lo detuvo.

—Necesito tiempo para considerarlo.

—No hay prisa, *sir* Robert. Me vuelvo hoy a París. Si al terminar la próxima semana no he recibido una respuesta favorable, le enseñaré la carta de Ramírez al barón y a mi padre, y los duplicados de estas fotografías se distribuirán por toda Europa.

Sir Robert miró a Dax sin reprimir la ira que le consumía.

—¿Y si hago lo que dices? ¿No esperarás que te lo comunique directamente?

—No hará falta, *sir* Robert. Me enteraré por mi padre.

—¿Y Ramírez? ¿No quieres que haga algo con él?

Una luz amarillenta se quedó fija en las negras pupilas de Dax, y el aristócrata se estremeció ante el salvajismo que en el acto percibió en la voz del muchacho.

—No, *sir* Robert. Para ese tengo mis propios planes.

Al otro día el desayuno de *sir* Robert se enfriaba mientras él leía los titulares de un periódico.

ANTIGUO DIPLOMÁTICO Y SU AYUDANTE SON ASESINADOS EN LA RIVIERA ITALIANA

Empezaron a temblarle las manos al recordar la expresión primitiva con que le miró Dax, y se estremeció al pensar en lo que había insistido para que viviese con ellos durante la temporada que tenía que pasar en Sandhurst. Tenía ya la certidumbre de que era un salvaje; su educación y modales eran el ropaje con que encubría la selva que llevaba dentro. Nunca podría predecirse lo que un animal como aquel era capaz de realizar. Cabía la posibilidad de que los hubiese asesinado a todos mientras dormían.

Parecía extraño lo cerca que estaba todo. No hacía mucho tiempo que solo le preocupaban los números y las anotaciones del balance del banco, y ahora eran seres humanos, él y sus hijas, la vida y la muerte.

¿Sus hijas? El terror le invadió al imaginar que aquel bárbaro las había poseído. ¿Cómo pudieron comportarse de aquella forma? Siempre habían sido unos modelos de hijas y nunca le causaron la menor preocupación. ¡Tan distinguidas y tan señoritas! No se veía con valor para hablarles de aquellas fotografías, ni siquiera para iniciar un reproche.

De golpe la ira se apoderó de él, al ver claramente lo que había sucedido. Fue una demencia dudar de ellas. Todo el mundo sabía que los aborígenes de la jungla poseen el secreto de misteriosas pócimas que la moderna ciencia no ha descubierto todavía.

Entonces, era evidente que Dax las había obligado a tomar cualquier afrodisíaco, probablemente valiéndose de una inofensiva taza de té.

Había resuelto que lo más conveniente sería alejarlas de allí, cuando entró su esposa en la habitación para desayunar.

—¿Cómo estás, querido? —le preguntó mientras ponía mermelada en una tostada.

—Las chicas van a ir a casa de tu primo, al Canadá —contestó bruscamente.

Ella lo miró sorprendida, olvidándose de la tostada.

—Pensando que ya os habíais puesto de acuerdo en que Chamberlain no permitiría que estallase la guerra, creí que no era necesario mandarlas allí.

—¡Todavía no es primer ministro! Las chicas se irán, y no quiero discutir más este asunto.

———•●•———

Sir Robert salió furioso de la habitación, dejando a su esposa con una expresión de desconcierto. Mientras bajaba las escaleras para tomar el coche que lo llevaría al despacho, decidió que lo único que le quedaba por hacer para solucionar el asunto definitivamente, era mandar los cuatro barcos a Corteguay.

———•●•———

El ruido del redoble de los tambores se extendió por los muelles cuando Dax caminaba detrás del ataúd cubierto por una bandera, y veía cómo los hombres vestidos con los nuevos uniformes de la flamante marina mercante de Corteguay se quedaban en posición de firmes y cogían el féretro de manos de los soldados franceses de la guardia que le rendía honores.

Los marinos subieron lentamente al barco, y Dax los siguió, moviéndose incómodo dentro de su flamante chaqué, llevando con indolencia el sombrero de copa en la mano. Cerró los ojos mientras los marinos inclinaban el ataúd al introducirlo por la estrecha puerta del camarote.

Pensó que era una ironía que su padre no pudiera saber nunca que volvía a la patria en un barco que llevaba su nombre. Fue lo primero que Dax vio cuando el cortejo se paró al costado del muelle: JAIME XENOS. La pintura estaba todavía fresca y la blanca capa no había podido tapar del todo su antiguo nombre: Shoshika Maru. Era el primer viaje entre Francia y Corteguay que la recién creada marina mercante efectuaba.

Todavía recordaba el día en que, sentado en el despacho de su padre, Marcelo trajo el cable de Inglaterra. Su padre sonrió mientras levantaba los ojos del papel.

—¡Nuestro amigo *sir* Robert nos ha conseguido los barcos!

Dax sonrió al ver la felicidad retratada en su rostro.

—Quizá cuando llegue la hora podremos volver a casa en un barco nuestro —dijo aquel día.

La hora había llegado, pero de una forma totalmente inesperada. Su padre volvía a la patria, pero él no. El telegrama del Presidente era muy explícito:

«Mi más sentida condolencia por la muerte de tu padre, que era un verdadero patriota. Desde ahora quedas nombrado cónsul hasta que recibas nuevas instrucciones.»

Vio cómo ataban el ataúd para asegurarlo contra los bandazos de la nave, y cómo los marineros pasaban uno a uno saludando ante el féretro. Después quedó solo con Gato Gordo en el camarote.

Se volvió hacia su amigo, quien murmuró:

—Esperaré fuera.

Dax contempló el ataúd todavía cubierto con la bandera azul y verde y el águila de Cortés bordada en medio, de quien había tomado el nombre su país. Paso a paso se le acercó y religiosamente puso una mano sobre la bandera.

—Adiós, padre —dijo casi con el aliento—. Me pregunto si alguna vez comprendiste lo mucho que te quería.

trece

Eran casi las once cuando Sergei se despertó, y, saltando de la cama, entró deslumbrado en la cocina. Su padre estaba sentado a la mesa.

—¿Qué, no vas a trabajar? —le preguntó sorprendido.

El conde le miró fijamente.

—Ya no iré más a trabajar. Nos vamos a Alemania.

—¿Qué se nos ha perdido allí? Todo el mundo sabe que los hoteles de París son los que mejor pagan.

—Ya no volveré a hacer esos trabajos serviles —respondió su padre con firmeza —. Soy un soldado y vuelvo a mi profesión.

—¿Y en qué ejército? —preguntó irónicamente Sergei.

Desde que era niño oía constantemente que los rusos blancos formarían un ejército para entrar en triunfo en la tierra de sus antepasados. Pero nunca lo vio realizado, ni creía que pudiese verlo jamás.

—En el alemán. Me han ofrecido un nombramiento de oficial y he aceptado.

Sergei soltó la carcajada mientras vertía el negro té del samovar en su taza.

—El ejército alemán, ¿eh? Una colección de idiotas que se adiestran con fusiles de madera y planeadores.

—No siempre tendrán fusiles de madera y planeadores. Sus fábricas trabajan a toda marcha.

Sergei dirigió a su padre una aguda mirada.

—¿Y por qué vas a luchar a su lado?

—Les ayudaré a entrar en Rusia.

—¿Quieres decir que te pondrás de parte de un ejército enemigo de los rusos? —preguntó Sergei incrédulo.

—¡Los comunistas no son rusos! —estalló su padre iracundo—. Son georgianos, ucranianos, tártaros, todos asociados con los judíos, que solo se sirven de ellos para sus propios fines.

Sergei no replicó. Sabía de sobra lo inútil que era discutir con su padre sobre aquel tema. Sorbió su té.

—Hitler está en lo cierto —continuó el conde—. El mundo no será libre hasta que los judíos sean exterminados. Además, Von Sadow nos promete que Hitler desea que Rusia vuelva a su antiguo y verdadero régimen.

—¿Van otros contigo?

—Por ahora no —replicó su padre con tono vacilante—. Pero ya se nos unirán. Tú empieza a preparar el equipaje.

Sergei contempló a su padre. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que no era precisamente el más brillante de los hombres. Todas las intentonas para

restaurar la monarquía contaban con su entusiasta participación, pero lo único que conseguía era perder dinero y parecer tonto. Ahora se repetiría lo mismo. Los otros, como siempre, se limitarían a dejarle que fuese el primero y a observar los resultados, compadeciéndole si fracasaba, pero sin mover un dedo en su ayuda.

Suspiró, a sabiendas de que no serviría de nada discutir con su padre. Cuando el conde Iván tomaba una decisión, eran inútiles todas las palabras. Sergei sabía que era de una tozudez patológica. Y se encontró con que la frase subió a sus labios sin casi darse cuenta de que la pronunciaba:

—Yo no voy contigo.

Entonces fue el conde el que se quedó sorprendido.

Unos días más tarde, Sergei estaba sentado incómodamente en el borde de una silla del que había sido el despacho del padre de Dax. A duras penas podía creer que Dax y él habían asistido juntos a la misma clase el año anterior. Desde la muerte de su padre, Dax parecía más viejo, más maduro.

—Cómo puedes ver —concluyó Sergei—, ahora he de buscarme un empleo. Pero realmente no sé lo que puedo hacer. Por eso he venido a verte. Ya sé que estás muy ocupado, y esto me hizo dudar si venir.

—No tenías que haber dudado —contestó Dax.

No le dijo a su amigo que en realidad pocas cosas tenía en que ocuparse, pues muy poca gente se interesaba por Corteguay. Solo había cambiado su vida social. Era asombrosa la cantidad de fiestas a que le invitaban. Se tenía la creencia de que debía a su maestría en el polo el que le hubiesen nombrado cónsul de su tierra.

—Ya encontraremos algo para ti —dijo sonriendo—. Te daría un empleo temporal en el consulado, pero el mes próximo me vuelvo a casa. El Presidente ya ha designado al nuevo cónsul.

—Creí que…

—No era más que un nombramiento temporal, hasta que el Presidente encontrase el hombre adecuado.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Sergei, más interesado en los asuntos de su amigo que en los suyos.

Dax se encogió de hombros.

—No lo sé. El Presidente me ha escrito que tiene ciertos planes para mí, pero no los conozco. Quizá vaya a Sandhurst, como quería él en principio. Ya lo sabré cuando llegue allá.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio.

—¿Quizá te gustaría ir a Corteguay conmigo?

Sergei hizo un gesto negativo.

—Gracias; no me sentiría a gusto en una tierra extranjera. Prefiero quedarme en París.

Dax no insistió.

—Comprendo. Me ocuparé de tu asunto, y así que sepa algo, te lo diré.

Sergei se levantó dándole las gracias.

Dax lo miró con atención.

—Dispongo de algún dinero que ahora no necesito. Si te hace falta…

Sergei vio que Dax tenía en la mano cinco mil francos. Estuvo a punto de cogerlos, pero le pareció una vergüenza admitir aquella ayuda.

—No, gracias. Tengo dinero para arreglarme —dijo mintiendo torpemente.

Sin embargo, al salir del consulado estaba enojado consigo mismo. Los diez francos que tenía en el bolsillo escasamente le llegarían para el día. Y el dueño de su pensión seguramente insistiría en cobrar el alquiler. Sin darse cuenta se encontró frente al hotel que tuvo empleado a su padre, adonde inconscientemente le habían llevado los pasos. Sin embargo, ahora nadie le daría los francos que su padre tenía siempre para él.

Siguió calle adelante, y al llegar a un café se sentó en una de las últimas mesas, debajo del toldo. Pidió un café y mientras lo iba bebiendo pensó en cuántos de sus amigos gastarían en aperitivos o se divertirían en algunas fiestas mientras él no sabía qué comería.

Una voz interrumpió sus pensamientos.

—¿Sergei Nikovitch?

Miró ante sí y vio a un hombre que estaba de pie al lado de su mesa, pareciéndole que ya lo había visto otras veces. En el acto lo reconoció: era el jefe de botones de un hotel que había en la misma calle.

—Hola —saludó escuetamente. No podía recordar el nombre de aquel tipo.

El individuo se sentó a su lado sin hacer cumplidos.

—¿Qué sabes de tu padre?

Sergei lo miró con frialdad, conteniéndose para no levantarse e irse, pues aquella familiaridad le era desagradable. Sin embargo, pensó que no se le habría acercado sin un propósito definido, y respondió:

—Nada.

—Yo no confío en los alemanes. A tu padre le aconsejé que no se fuera.

Sergei no respondió, seguro de que lo que oía era un embuste, pues conocía a su padre y sabía cómo habría reaccionado ante un inferior que se permitiese aconsejarle. Se lo habría sacado de encima lo mismo que un insecto.

Acudió un camarero, y el individuo, alardeando de espléndido, pidió dos coñacs, preguntándole seguidamente a Sergei cómo estaba.

—Bien.

—¿Has encontrado algo?

«No hay manera de tener un secreto en esta ciudad», pensó Sergei, maldiciendo interiormente al intruso.

—Estoy estudiando algunas propuestas.

—Precisamente hoy pensaba yo en ti —dijo el jefe de botones—, preguntándome qué estaría haciendo Sergei Nikovitch.

Sergei lo miró sin decir nada.

—Si no ha conseguido algo, pensé, quizá podríamos solucionar… En el supuesto, claro está, de que no tengas todavía nada decidido.

Sergei cogió el vaso mientras decía:

—*Nazdorovie*.

Admitió para sí que el gusano tenía la prudencia de no demostrar que sabía que Sergei no tenía ninguna propuesta que considerar.

—*A vôtre santé*.

Ahora le tocaba a él demostrar interés, pues si no lo hacía estaba perdido. Sintió como si el calor del coñac se lo estimulase.

—¿Y qué es lo que me propone?

—Como tú ya sabes —dijo el otro bajando la voz—, hay muchos turistas en el hotel. Muchos y muchas; hay viejas damas que van solas, y no se atreven a salir de noche si no tienen a nadie que las escolte.

Sergei le interrumpió agresivo.

—¿Me está usted proponiendo que me convierta en un *gigoló*?

—De ninguna manera. Esas señoras nunca admitirían la compañía de un *gigoló*. Son de una clase social tan distinguida que no aceptarían salir con alguien que no fuera su igual…, o mejor.

—Entonces, ¿qué es lo que usted sugiere?

—Algunas de estas señoras están interesadas en conocer a gente de su clase, y serían muy generosas con quien las introdujera en ciertos círculos que ellas saben difíciles.

Sergei lo miró fijamente.

—¿Eso es todo?

Su interlocutor alzó los hombros con gesto expresivo.

—De existir algo más es cuestión tuya.

—Lo que no comprendo —objetó Sergei— es qué pinta usted en esa proposición.

—Yo encontraré la manera de que entres en relación con ellas, siempre que te comprometas a cederme el cincuenta por ciento de lo que recibas.

Sergei bebió otro sorbo de coñac, diciéndose que el sujeto probablemente cobraba ya de las mujeres.

—El veinticinco por ciento.

—De acuerdo.

En el acto se arrepintió de su generosidad, pensando que si le hubiera ofrecido el diez, seguramente habría aceptado.

—Hay una americana —continuó el jefe de botones— que ya lleva en el hotel casi una semana, y esta mañana, cuando le devolví su documentación, me habló de eso. Si te interesa, ahora está en el vestíbulo.

Sergei vaciló y se mordió los labios. Se contuvo por no mandar al infierno al cínico alcahuete, pero se acordó de las protestas de su casero y se levantó arreglándose inconscientemente el nudo de la corbata.

—De acuerdo; pero solo si ella me llama.

—Allí la veo —susurró el otro cuando entraron en el vestíbulo—. Es la que está sentada en el sillón rojo de aquel rincón.

La mujer levantó la vista al entrar Sergei, y este se quedó sorprendido al observarla. Ni mucho menos era vieja, pues rondaría los treinta años y sus ojos, de un azul muy pronunciado, lo miraban a él atentamente. Siempre había pensado que eran las damas muy maduras las que requerían los servicios de un *gigoló*. Involuntariamente se sonrojó y desvió la mirada.

—¿Qué te parece?

—¿Y qué importa lo que me parezca? Creo que esto va a ser divertido.

—Es una mujer muy atractiva. Me parece que te gustará.

—¿Casada?

El jefe de botones le replicó casi indignado.

—¿Qué clase de hombre crees que soy? ¿Me supones tan necio como para hacerte perder el tiempo con una soltera?

catorce

La señora Harvey Lakow tenía dos niños internos en una es cuela, cuatro millones de dólares heredados de sus padres, y un marido que estaba convencido de que si abandonaba el país aquel verano, Roosevelt hallaría un medio para arruinarle el negocio.

—No puedo acompañarte este verano —le había dicho a su esposa—. Nadie sabe qué próxima locura se le ocurrirá al hombre de la Casa Blanca.

—¿Pero qué puede hacer? Y aunque fuese lo peor, no nos arruinaría.

—No te das cuenta de que viene un desequilibrio económico —respondió irritado el marido—. Lo único que quiere es que todo se lo lleven los malditos sindicatos.

—¿Y tú vas a evitarlo?

Él se levantó iracundo.

—¡Por Dios que sí! Por lo menos no lo logrará con «mis» negocios.

Ella no le contestó. Realmente no eran de él los negocios. Su padre fundó la compañía hacía ya años y asoció a Harvey cuando se casaron. Al morir el padre, la hija heredó las acciones y su marido pasó automáticamente a ser el presidente de la compañía. Pero al parecer lo había olvidado.

—Me voy al despacho.

—Pues si no vienes conmigo, me iré sola a París —advirtió ella.

—Te aburrirás. En París no conoces a nadie.

Ella esperó, creyendo que él terminaría por acompañarla, pero él no lo hizo, y después de una semana en París, tal como su marido había anunciado, no se divertía. Estaba en una ciudad donde una mujer que fuese sola no era nada.

Se contempló en el espejo del cuarto de baño. Tenía treinta y ocho años y aunque su figura había perdido la esbeltez de su juventud, todavía tenía, afortunadamente, el pecho firme. Nunca fue una mujer gorda y aún seguía sin tener vientre. Evidentemente parecía que tuviese menos de sus casi cuarenta años.

Sin embargo, lo más bonito de ella eran sus ojos. Grandes y de un azul oscuro, revelaban un fuego interior que los años no habían apagado. De repente, y sin motivo, se le llenaron de lágrimas.

Enojada consigo misma, decidió vestirse y salir. Poco después oyó una suave llamada a la puerta.

—*Entrez* —contestó mientras cogía un cigarrillo.

Era el jefe de botones del hotel.

—Sus papeles, *madame*.

Viendo que no conseguía encender el cigarrillo, le acercó prestamente su mechero.

—*Merci* —agradeció ella, secándose las lágrimas con rapidez.

Pero él ya había notado su trastorno.

—¿Necesita el coche para esta noche, *madame*?

Vaciló un momento, y en el acto denegó con un gesto. No había ningún lugar adonde pudiera ir sola. Cenaría otra vez en sus habitaciones, sin humor siquiera para bajar al comedor del hotel. El encargado la miró con expresión astuta.

—¿Quizás a la señora le interesaría una escolta para esta noche?

Ella lo miró. Avergonzada de sus propios pensamientos, preguntó:

—¿Un *gigoló*?

Él recogió su reprimida expresión de disgusto.

—¡Oh, no, señora!

Ella recordó las mujeres que había visto acompañadas de tales sujetos. Había algo en ellos que denotaba su profesión. Nunca soportaría que la gente la mirase con desdén.

—No me atrevería a proponerle nada parecido. Pero hay un joven en el hotel que ha visto a la señora, y parece interesado en conocerla.

—¿Un joven? —a despecho de sí misma, se sintió halagada—. ¿No es un *gigoló*? —preguntó de nuevo.

—No, señora —respondió, y añadió confidencialmente bajando la voz—: Es de sangre real.

—Ah…; no sé, no sé —murmuró ella indecisa.

El hombre habló en tono persuasivo, tratando de vencer sus escrúpulos.

—Si la señora se encontrase por casualidad en el vestíbulo, yo me las arreglaría para estar en conversación con ese joven… Entonces, siempre que la señora dé su aprobación, podría presentárselo. Y si no —añadió, encogiéndose de hombros—, él respetará los deseos de la señora y no la molestará en absoluto.

A pesar de que estaba decidida a no bajar al vestíbulo, puso más cuidado del habitual en arreglarse. Se miró al espejo; en sus ojos azules había una luz que hacía mucho tiempo que no brillaba. Se sintió joven y optimista. Solo iría para ver cómo era, se dijo mientras cerraba la puerta de su habitación. Lo vería y luego se marcharía. Seguramente que no había ningún mal en ello.

Sentada en el vestíbulo, empezó a sentirse en ridículo. Estaba convencida de que todo el mundo sabía por qué estaba allí. Miró el reloj y decidió esperar diez minutos más, y estaba a punto de levantarse para irse cuando entraron los dos.

«Es joven», fue su primera impresión. Entonces recordó haber leído en alguna parte que a los franceses les gustaban las mujeres mayores que ellos. La segunda impresión fue su estatura. Al lado del jefe de botones, bajo y rechoncho, el joven parecía rebasar el metro ochenta y siete de talla, y sus anchos hombros y el pelo, oscuro y rebelde, le daban una prestancia verdaderamente regia. Calculó que tendría unos veinticuatro años. Sin embargo, era la conciencia que tenía de sus propios años lo que le hacía aumentar los años de Sergei, quien no llegaba a los veinte.

Sergei recorrió el vestíbulo con la mirada, y al encontrarse de repente con la de

ella, su semblante se tiñó de rubor. El jefe de botones no había mentido, pensó ella sorprendida. Solo un hombre que estuviera realmente interesado por conocerla podía ruborizarse de aquella manera.

Cuando Sergei miró a otro lado, ella, casi sin pensar, hizo un gesto de asentimiento al encargado, y, avergonzada de su audacia, se levantó dirigiéndose al ascensor.

La señora Harvey Lakow no había tenido relación alguna con ningún hombre fuera de su matrimonio, y la situación de ahora le producía una aguda impresión de irrealidad. El tiempo parecía haberse suspendido, y si no podía hablarse de amor, sí podía confesarse que vivía un romance. Tres semanas después de conocerse, cuando Sergei llegó, ella tenía una carta en la mano.

Presintiendo que todo se había acabado, Sergei sintió una honda pesadumbre, porque se había acostumbrado a querer a esta serena e inteligente mujer.

—¿Tienes que irte ya? —le preguntó mientras ella le servía una copa e inclinaba la cabeza, afirmando.

—Mañana.

—Entonces esta noche vamos a visitar el París que aún no has visto. Estaremos toda la noche fuera.

Ella permaneció un momento silenciosa.

—Ya he visto bastante París.

Sergei dejó el vaso sobre una mesa y abrió los brazos. Cuando ella se refugió melancólicamente en su abrazo, él notó que tenía las mejillas húmedas de lágrimas. Sentados y sin hablar, contemplaron cómo avanzaba la noche y las luces de París se encendían una tras otra.

Al cabo de unos momentos ella rebulló.

—Voy a encargar algo para comer. Debes de tener hambre.

—No.

Silenciosamente se apoyó de nuevo en él y se quedaron mirando las centelleantes luces de la calle.

—De noche, París es encantador.

Sergei no respondió.

Ella se movió entre sus brazos.

—Nunca fui joven. Ahora me doy cuenta.

—Tú siempre serás joven.

—Ahora lo soy gracias a ti.

—Te acompañaré al barco —dijo él de repente.

—No —contestó ella—. Es mejor que me acostumbre a estar sola ya desde el tren.

—Te echaré de menos.

—Yo también —contestó ella mirándole tristemente.

—Pero tú vuelves al lado de los tuyos, de los que quieres.

—Y tú, ¿qué harás tú?

—No sé. Mi padre quiere que vaya con él a Alemania. Yo no quiero ir, pero…

—¡No debes ir!

Él se encogió de hombros.

—Pero es algo que me ocupará. Es mejor que deambular por París sin hacer nada.

—Te repito que no debes ir. Lo que los nazis están haciendo es espantoso, y tú no puedes colaborar con ellos. El Presidente Roosevelt dice…

—El Presidente Roosevelt —la interrumpió— es judío. Mi padre me escribió que su verdadero nombre es Rosenfeld y que está aliado con los comunistas.

Ella empezó a reír a carcajadas mientras una expresión de desconcierto asomaba al rostro de Sergei.

—Me recuerdas a mi marido. Siempre repite estupideces como la tuya.

Dejó de reír al ver la expresión de dolor de Sergei, y añadió apesadumbrada:

—Lo siento, pero tú sabes que no es verdad. Me refiero a lo de que el Presidente Roosevelt sea judío.

Él no respondió, y ella le sugirió:

—Tienes que encontrar trabajo.

—¿Dónde? ¿Quién me empleará? No sé hacer nada.

Viendo el desespero que había en sus palabras, lo atrajo hacia sí. El ardor masculino la envolvió y cedió a su atracción. Más tarde, mucho más tarde, ella le preguntó tímidamente, en un susurro:

—¿Era a mí precisamente a quien querías conocer aquel día? ¿No a otra mujer cualquiera?

Él percibió su ansia.

—Solo a ti. Desde el primer momento que te vi.

Eran las cinco de la mañana, pero el encargado aún esperaba a Sergei a la salida del hotel.

—¿Bien? ¿Cuánto te ha dado?

Sergei lo miró sin hablar, y, con indolencia, como si no tuviese importancia, se sacó un cheque del bolsillo y se lo dio. El otro emitió un leve silbido de asombro.

—¿Sabes cuánto hay aquí?

Sergei hizo un gesto negativo con la cabeza. Ni siquiera lo había mirado. Pensaba en la mujer que había dejado en la habitación.

—¡Cinco mil dólares! Debes tener una polla de hierro —comentó groseramente —. La has vuelto loca.

Sergei lo miró desdeñosamente. No se trataba de eso. Sabía que si ella le había dado aquella increíble cantidad fue para que no tuviese que ir a Alemania con su padre.

El jefe de botones le preguntó, invitándole a las confidencias:

—¿Qué tal es? Algunas americanas parecen haber nacido para eso.

Sergei le miró fríamente.

—Bien, no importa. Mañana se irá, pero hay otra mujer en el hotel que te ha visto, y yo ya le dije que desde mañana estarás libre. Quiere que empieces a trabajar mañana por la noche, yendo a cenar con ella.

Sergei se fue bruscamente, y el otro se quedó con el cheque en la mano y diciéndole mientras le seguía:

—Quiere que vayas de etiqueta porque después la tendrás que acompañar a la fiesta que un amigo suyo dará en su casa.

quince

Dax levantó los ojos de la carta, diciendo:

—Parece que tampoco ahora vamos a casa.

—¿Entonces nos quedamos aquí? —preguntó Gato Gordo. Dax hizo un gesto negativo.

—No. El Presidente ha decidido que, siguiendo los deseos de mi pobre padre, vaya a un colegio. Pero no a Sandhurst, sino a Harvard.

Gato le miró desconcertado.

—En Estados Unidos.

—¡En Estados Unidos! —estalló Gato Gordo—. ¿Se ha vuelto loco el Presidente? ¡Nos odian! ¡Nos matarán!

—El Presidente sabe lo que hace. Harvard es una de las mejores universidades del mundo.

Marcelo, que estaba cerca de Dax, preguntó:

—¿No es a Harvard donde irá su amigo Roberto?

Dax afirmó.

Gato Gordo se levantó irritado.

—No me gusta. Es una tierra llena de gangsters y de indios. Nos asesinarían cuando nos pillasen dormidos. He visto muchas películas suyas que lo demuestran.

Dax soltó la carcajada, y dijo:

—¿No será que el gordinflón tiene miedo?

Gato Gordo se revolvió jactancioso.

—¿Yo miedo? ¡Nunca!

Y mientras se dirigía a la puerta advirtió:

—¡Pero no dormiré sin el cuchillo debajo de la almohada!

Marcelo esperó a que la puerta se cerrara y le dijo a Dax:

—Hace algún tiempo que deseaba hablarle.

—¿De qué se trata?

—Voy a dejar el consulado.

—Ya.

En cierto modo Dax no se sorprendió, pues se había preguntado muchas veces cuánto tiempo seguiría Marcelo resignado con la escasa paga de Corteguay. Ya era mucha la suerte que habían tenido conservándolo tanto tiempo.

—Naturalmente que me quedaré y seguiré sirviendo al nuevo cónsul hasta que se haya puesto al corriente.

—Mi país le quedará muy agradecido. ¿Tiene algún plan?

Marcelo sacudió la cabeza.

—Casi tengo treinta años, y creo que ya es hora de que intente hacer algo nuevo.

Si no lo pruebo ahora, ya no lo haré nunca. Aunque todavía no he pensado nada en concreto.

Pero no era sincero, pues se había puesto de acuerdo con Christopoulos y el barón. El sobrino del griego no estaba muy a gusto con la línea naviera y prefería la excitación de las salas de juego. El *tailleur* decidió enviarlo a Francia, pero con la condición de que pasara un año más en los barcos.

Marcelo iría a Macao, en teoría para dirigir el casino, pero en realidad para ponerse al corriente del negocio. También le habían encomendado comprar cuantos cargueros estuvieran a la venta.

Sin que nadie lo supiese, Marcelo había ahorrado bastante dinero y tenía ciertos planes especiales para el futuro. Una vez estuviera encargado de la dirección de la línea naviera, trataría de comprar un barco de la compañía; y con el tiempo ir comprando los demás, aunque fuera pagándolos en diversas etapas. Los beneficios cubrirían de sobra los pagos. Y así, a la larga, la compañía llegaría a ser suya. Estaba seguro de que podría convencer a la Compañía de la conveniencia de sus planes; reduciría su inversión mayor y le estarían agradecidos por haber hallado el medio de conservar su capital.

La voz de Dax lo despertó de su momentáneo ensueño.

—Tendremos que encontrar a alguien que lo sustituya.

De repente se acordó de Sergei.

—Quizá le interesaría el puesto a mi amigo Sergei. Vino el mes pasado diciéndome que necesitaba un empleo.

Pero no hubo manera de dar con él. El portero de la casa donde vivía dijo que aquella misma semana había empaquetado sus cosas, y se había ido sin dejar ninguna dirección.

Dax llegó a la conclusión de que estaba en Alemania con su padre.

Sergei se aburría. Nada le fastidiaba más que el juego, lo mismo si eran cartas que ruleta. El simple hecho de sentarse a la mesa y esperar que saliera el número, ya le molestaba. Y aquella vieja, embrutecida por la fiebre del juego, lo tenía casi arrinconado.

Esta no se parecía en nada a la americana. Era una mujer francesa, muy prudente, muy vieja y muy rica, y sabía lo que quería. Y lo que ella quería no era más que la compañía de un hombre joven y de buen aspecto, y Sergei tenía esas condiciones. En cuanto lo vio en el vestíbulo del hotel, se dijo que el tipo aceptaría.

El acuerdo fue corto y preciso. Sergei tenía que ser su acompañante, y lo retribuiría con un sueldo de dos mil francos diarios y todos los gastos pagados, incluido el vestir. Dos días después se fueron a Montecarlo.

El casino abría dos veces al día y ella acudía a las dos sesiones. Muchas veces Sergei estuvo por echarlo todo por la borda y renunciar al dinero que le pagaba, pero

después de pensarlo decidía continuar. La dama parecía tener unos recursos inagotables, pues llevaban dos semanas allí y aún no había dejado de jugar. Y ahora, la tercera semana, se iniciaba con la sesión de tarde.

Perezosamente abandonó el lugar que ocupó hasta entonces al lado de la mesa y se fue a la terraza, desde donde se divisaba el puerto y veía los blancos yates que se miraban en las transparentes aguas azules, mientras en lo alto de la colina se destacaba el rojo palacio del príncipe. Lentamente bajó las escaleras que llevaban al jardín.

La fragancia de las flores lo envolvió, contrastando con el aire tenue y aséptico del casino. Anduvo hasta un extremo del jardín y contempló malhumorado, con las manos en los bolsillos, el espectáculo del mar.

—Es hermoso, ¿verdad? —La voz sonó a sus espaldas.

Sergei se volvió sorprendido, pues una de las leyes no escritas decía que dentro del casino nunca se debía dirigir la palabra a un extraño. Quien lo había interpelado era un hombre de edad, sentado en un banco y con las manos apoyadas en el puño de oro de un bastón. Su pelo blanco relucía y la barba se le confundía con la seda blanca de su traje. A pesar de no haberle visto antes, Sergei sabía de quién se trataba.

La voz popular lo señalaba como el comerciante en armas más importante del mundo, y también se murmuraba que era el propietario del casino. Su yate era el más grande y el más blanco del puerto. Automáticamente Sergei respondió en ruso:

—Sí, es muy hermoso, *sir* Peter.

—¿Usted es Sergei Nikovitch?

—Da.

—¿Qué sabe de su padre, el conde Iván?

—Nada, *sir* Peter. No he recibido más que una carta, poco después de salir para Berlín.

El anciano miró hacia el puerto, aunque parecía que escudriñase a lo lejos.

—No sé por qué esa colección de locos pierden el tiempo jugando allá dentro, cuando aquí fuera hay tanta belleza.

Sergei no respondió. Los ojos de *sir* Peter se clavaron en él.

—Su padre también está perdiendo el tiempo —dijo con el mismo tono tranquilo —. La madre Rusia que amábamos se perdió para siempre, y nunca volveremos allá.

Sergei continuó sin decir nada.

—Pero su padre es un cosaco. ¿Y qué puede hacer un cosaco • sino luchar? Incluso aunque la batalla ya esté perdida, el cosaco sigue luchando.

De golpe, la voz del anciano perdió su tono filosófico y se endureció mientras en sus ojillos verdes aparecía una expresión acerada.

—Sin embargo, su padre tiene sus razones para hacer lo que hace. Pero usted, ¿qué razones tiene?

Sorprendido por el brusco cambio de tono, Sergei le miró sin disimular su desconcierto.

—Lo único que hace es estar al servicio de una vieja gallina que tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él, y se pasa la vida en lugares como este. Y por dos mil francos al día usted baila a su alrededor como un muñeco.

Como, según veía, el anciano lo sabía todo, Sergei no podía hacer otra cosa que enmudecer y mirarlo abrumado.

—¡Estoy avergonzado de usted, Sergei Nikovitch! —exclamó el anciano, levantándose—. ¡Avergonzado!

Sergei se limitó a balbucir:

—¿Pero qué otra cosa puedo hacer?

—Podía trabajar, como hizo su padre. Él nunca se avergonzó de trabajar honradamente.

Cuando el anciano se dispuso a irse aparecieron de sopetón dos hombres que se pusieron cada uno a un lado suyo, en una rápida maniobra que sorprendió a Sergei, pero no a *sir* Peter, el cual tenía ordenado a sus guardaespaldas que estuviesen siempre cerca de él.

—Le espero a cenar esta noche —le gruñó sin mirarle—. A las siete en punto, y sea puntual, porque soy un hombre viejo que come temprano.

La blanca casa, con columnas y suelos de mármol, se alzaba en la cresta de la montaña más alta de Mónaco. Incluso se elevaba por encima del rosado palacio de los Grimaldi, los gobernantes titulares en el pequeño país, quienes toleraban que el anciano los mirase desde allá arriba gracias el buen dinero que dejaba en el principado y que tan importante ayuda significaba para el pequeño estado.

Sergei tendió la mirada a través de la mesa de caoba, donde, además del anciano, estaba su joven esposa, una francesa cuyos diamantes y perlas cabrilleaban a la luz de las velas, pero que en toda la cena apenas había pronunciado cuatro palabras.

—Mis hijos han muerto —dijo de repente *sir* Peter—, y necesito un hombre joven en el que pueda confiar. Alguien cuyas piernas sean más fuertes que las mías y que pueda ir allá donde a mí me es imposible llegar. Las horas de trabajo serán muchas, la labor pesada y agotadora y el sueldo pequeño. Sin embargo, le ofrezco una oportunidad para que aprenda. ¿Le interesa?

—Sí, mucho.

—Bien —exclamó en tono satisfecho—. Ahora vaya a decirle a *madame* Goyen que no volverá a París con ella.

—Ya se ha ido, *sir* Peter —respondió Sergei, contento al ver la grata sorpresa del anciano.

La escena había tenido lugar por la tarde, y estalló porque la *madame* se había negado a cenar sin él, diciendo que ir sola al comedor o cenar en sus habitaciones era demasiado humillante, pues ¿qué diría la gente del hotel, sabiendo que era su acompañante y viéndola sola? Pero Sergei se mantuvo en sus trece y, en un arrebato

de ira, ella hizo sus maletas y se fue.

Sin embargo, Sergei no se enteró de su marcha hasta que al bajar al vestíbulo para ir a la cita con *sir* Peter, un obsequioso ayudante del director se lo había llevado discretamente a un rincón para presentarle la cuenta. Los labios de Sergei iniciaron una sonrisa irónica. La vieja bruja se había ido sin pagar la nota del acompañante, ni los extras.

—Mañana la retiraré —le dijo al empleado.

El ayudante del director se mostró cortés pero firme.

—Lo siento, señor, pero la cuenta debe pagarse esta noche.

La factura se llevó casi todo el dinero que le quedaba, dejándolo tan pobre como al principio, lo cual le obligaba a buscar al día siguiente un hotel más barato, pues había decidido no volver a París.

—Bien —resolvió *sir* Peter—. Mañana se trae su equipaje aquí.

—Sí, señor.

El anciano se levantó de la mesa diciendo:

—Me voy a la cama; estoy muy cansado.

Sergei se levantó, pero *sir* Peter lo hizo sentar de nuevo con un ademán.

—No se levante —ordenó áspero—. Si va a vivir aquí, empiece a acostumbrarse a la casa. Yo suelo acostarme cada noche inmediatamente después de cenar.

Su voz se dulcificó al dirigirse a su esposa.

—Quédate con nuestro huésped, querida. No hay razón para que también hoy te acuestes temprano.

Al salir el anciano siguieron unos instantes de silencio. Sergei tomó la *demitasse*, en tanto estudiaba a la mujer, preguntándose qué clase de vida llevaría con un marido tan anciano. Y ella, mientras, pensaba que *sir* Peter era un hombre amable y previsor.

Sir Peter los miró sagazmente desde la balaustrada que seguía a la escalera, e hizo un gesto de complacencia. Él tenía ochenta años y su esposa veintiocho, y había vivido lo suficiente para saber que una mujer joven necesita algo más que joyas, riquezas y un cariño tibio. Cuando los vio levantarse de la mesa y salir a la terraza, entró en su habitación.

Cerró la puerta diciéndose que había hecho lo más acertado. Era mejor relacionarla con un joven de valía como Sergei que dejarla caer en las redes de cualquiera de los indeseables individuos que merodeaban por el casino. Además, con Sergei en casa, siempre podría ver las cosas de cerca y dominar la situación, y si la cosa se ponía seria, podría, cuando se le antojase, mandar al chico a paseo.

dieciséis

Sergei no tardó mucho en descubrir que su papel se parecía mucho al del chico de los recados. Algunas veces, durante los primeros meses se había preguntado por qué *sir* Peter se había molestado en contratarle, hasta que un día el misterio dejó de serlo. Aquella mañana volvía del banco de Montecarlo con ciertos papeles que requerían la inmediata firma del anciano, y entrando directamente en la biblioteca que servía de despacho a *sir* Peter, encontró a *madame* Vorilov sola. Ella levantó la vista del periódico que leía.

Sergei vaciló en el umbral.

—No quisiera molestarla, señora —se disculpó cortésmente—, pero traigo unos papeles que debe firmar inmediatamente *sir* Peter.

—Entre —le dijo ella sonriendo—. *Sir* Peter se ha ido a París.

Una expresión de desconcierto asomó al rostro de Sergei, pues generalmente, cuando *sir* Peter tenía que ausentarse, él lo sabía.

—Quizá tendría que ir yo también. Son papeles muy importantes.

La sonrisa se desvaneció del rostro de ella.

—Pueden esperar hasta mañana que habrá regresado.

Dispuesto a irse, dijo Sergei:

—Muy bien. Entonces voy al banco para comunicar su ausencia.

—Te tomas tu trabajo muy en serio, ¿eh? —le dijo ella al mismo tiempo que sonreía levemente.

—No comprendo.

Ella señaló el teléfono.

—Por teléfono puedes avisar al banco en menos tiempo que yendo.

—Pero…

—No seas tonto —le replicó un poco áspera—. Llama al banco y haz fiesta hoy. Desde que estás aquí no has descansado un día.

—Es usted muy amable, señora —dijo Sergei dando unos pasos adelante—. Pero no sabría qué hacer.

Ella se levantó y se acercó a la ventana, mirando hacia las blancas velas desplegadas de los barcos.

—*Sir* Peter no te concede mucho tiempo para divertirte.

Sergei puso los papeles en un portafolios que había sobre la mesa del despacho. Cogió el teléfono.

—No pensé que *sir* Peter debía hacerlo.

Ella se volvió súbitamente hacia Sergei.

—¿Sabes para qué te contrató realmente?

Sergei la miró fijamente, dejando el teléfono.

—Algunas veces me lo pregunto. Según voy viendo, soy la última persona que puede necesitar.

Ella soltó la carcajada.

—Te contrató para mí. Cree que te necesito. Mi marido me quiere —continuó ella —. Y quiere que tenga todo lo que necesite. Por eso te trajo.

—¿Se lo dijo él?

—No tanto. ¿Lo crees tan tonto como para decirme que me había traído un amante a casa?

Sergei la miró y bajó los ojos.

—Lo siento. No lo sabía.

Ella volvió a mirar por la ventana.

—Claro que no lo sabías, y por eso, y porque eres todo un caballero, ni se te ocurrió pensarlo. Fue lo que me gustó de ti.

—Mañana me despediré de *sir* Peter.

Ella clavó de nuevo los ojos en él.

—Tú «eres» un caballero. ¿Adónde irás? ¿Qué harás? ¿Tienes dinero?

Él pensó en los cien francos semanales que le pagaba *sir* Peter, y movió la cabeza negativamente.

—Entonces, no seas tonto —prosiguió ella con crudeza—. No te vayas de aquí hasta que tengas dinero.

—¿Con cien francos a la semana?

—Lo que te voy a decir me lo enseñó *sir* Peter —le advirtió ella—. Siempre hay una oportunidad de hacer dinero cuando a uno le rodea el dinero.

Y dando unos pasos por la habitación, añadió:

—Tú mira a ver si encuentras esa oportunidad.

Él hizo un ademán de impotencia.

—Lo siento, pero no tengo talento para hacer dinero.

Ella lo miró con curiosidad.

—A ti no te gusta trabajar, ¿verdad?

Sergei sonrió.

—Sospecho que no. El trabajo no es más que un aburrimiento, y ya me he aburrido bastante.

—¿Cómo esperas tener dinero, pues?

Sergei se encogió de hombros.

—Quizá encuentre a una americana rica con quien casarme.

—Esto sería preferible a jugar al *gigoló* con *madame* Goyen.

Sergei no se había imaginado que ella pudiera tomar en serio sus palabras.

—Pero para hacer dinero se necesita dinero.

—Quizá yo pueda ayudarte —se brindó ella—. Y ahora puedes irte. Tienes la tarde libre.

Sergei salió de la biblioteca y se fue a su habitación, donde se quitó el incómodo

traje y se duchó. Luego se tendió en la cama y encendió un cigarrillo; poco después oyó en la puerta el golpe que estaba esperando. Sonriendo, aplastó el cigarrillo en el cenicero, se puso un batín y fue a abrir.

—Entre.

—Tengo una idea que quizá podría serte útil.

—¿Sí?

Vio que la mirada de ella resbalaba hasta donde el batín aparecía medio abierto. Un leve rubor empezaba a teñirle las mejillas.

Ella hizo un esfuerzo para desviar la vista a otro lado pero fue en vano; a pesar suyo, no podía apartar los ojos, fascinada por el rápido incremento de su miembro viril. Entreabrió los labios.

—Yo… —vaciló.

—Yo tengo una idea mejor —la interrumpió Sergei, llevándola hacia el lecho—. Creo que ya es hora de que empiece a ganarme el sueldo.

—He de verte —susurró ella cuando Sergei se disponía a entrar en el comedor—. No vayas arriba después de cenar.

Él hizo un gesto de asentimiento y se dirigió a ocupar su sitio de costumbre en la mesa. Se quedó de pie hasta que *sir* Peter entró y seguidamente se sentaron los dos.

Después de la cena, como de costumbre, *sir* Peter se retiró. Sergei salió a la terraza, y a los pocos minutos apareció ella. Se acodaron en la baranda y contemplaron cómo el rojo sol desaparecía detrás de las montañas.

—Estoy encinta —le musitó ella.

Él la miró sorprendido.

—Con veintidós *bidets* en la casa tú… —reprimió su exabrupto y preguntó—: ¿Estás segura?

Ella afirmó silenciosamente. Estaba extremadamente pálida.

Sergei silbó por lo bajo.

—Me pregunto si *sir* Peter consideró esta eventualidad alguna vez.

Ella no contestó.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no.

—¿Y qué vas a hacer?

—Atajarlo. Ya tengo una cita con el médico.

—No podrás hacerlo. Lo descubrirá.

—He de correr ese riesgo —replicó ella con desespero—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Preocupado, Sergei encendió un cigarrillo. Luego preguntó:

—¿Cuándo?

—Mañana. Él estará ocupado en una reunión que tiene concertada con los

dirigentes del Banco. Tendrás que llevarme a la clínica y traerme. No me fío de los criados. Ya encontraré alguna excusa para quedarme en cama unos días.

Él tiró el cigarrillo por encima de la balaustrada y lo vio caer en medio del jardín.

—¿A qué hora?

—No bajaré a comer. Por la mañana diré que estoy enferma.

—¿A qué hora?

—Después de comer, así que él se vaya al Banco.

Poniéndole la mano en un brazo añadió:

—Lo siento.

Sergei la miró apenado y dijo:

—Yo también:

Ella intentó hablar, pero rectificó, dio media vuelta y se dirigió a la casa. Sergei la contempló mientras subía la amplia escalera; luego se quedó mirando la puesta de sol. Era ya noche cerrada y todavía seguía allí.

Miró el reloj. Eran casi las dos y media y hacía más de media hora que *sir* Peter había pedido el coche para que lo llevase al Banco. ¿Por qué no habría venido todavía Sergei? Al fin oyó una suave llamada a la puerta. Rápidamente abrió, preguntándole:

—¿Por qué has tardado tanto?

Pero se quedó fría de espanto. No era Sergei.

—¿Puedo entrar?

—Desde luego —dijo, retirándose hacia el centro de la habitación—. ¿Te lo dijo Sergei?

—Sí —respondió cerrando la puerta.

Al volverse vio los ojos de ella llenos de lágrimas.

—Supongo que será inútil decirte que lo siento —gimió.

Sir Peter la miró sin parpadear.

—No hay nada que tengas que lamentar. Tendremos un hermoso hijo.

Horas más tarde, Sergei, sentado en el tren, contemplaba por la ventanilla el paisaje que se deslizaba veloz ante él. Unas veces veía el Mediterráneo, al meterse el tren en una curva, y otras desaparecía y solo veía las altas montañas que parecía como si fueran a desplomarse sobre él.

Maquinalmente miró el periódico que tenía sobre las rodillas, sin leer una línea. Había hecho lo correcto, se dijo. Y no eran los cien mil francos que le dio *sir* Peter lo que le llevaba a este convencimiento, sino la mirada del anciano cuando le dijo la verdad.

Ahora se daba cuenta de que no le habían llevado allí para satisfacer a la esposa, sino para que cumpliese una función en la que el anciano no podía pensar…

Una cínica sonrisa se le fijó en los labios. No estaba mal. Cien mil francos de retribución por su trabajo de semental… No estaba nada mal.

Le parecía que era mejor esto que trabajar para vivir.

diecisiete

—Lo primero que tenemos que hacer es comprarle unas cuantas muchachas chinas. La voz que decía estas palabras hablaba en francés, pero con un acento griego fuerte y gutural.

El sobrino de Christopoulos estaba muy lejos de la idea que Marcelo se había formado. Era muy bajo y delgado, moreno y bien parecido. El traje que llevaba era del mejor corte, como él no había visto en Europa.

—Aléjese de las refugiadas —le aconsejó Eli—. Las mujeres blancas solo le traerán complicaciones. O le contagiarán una blenorrea o se verá envuelto en algún conflicto con la policía. Ellas siempre andan mezcladas en algún complot.

Marcelo consiguió hablar.

—¿Y para qué quiero mujeres? Sé pasarme sin ellas.

Los ojos oscuros de Eli lo miraron con recelo.

—Esto es lo que usted cree. No ha visto la clase de mujeres que tenemos aquí. Si se lo proponen, lo volverán loco. Además, los chinos son una raza extraña. Si ven que usted se retrae de ellos, no lo aceptarán.

—¿Y comprar muchachas chinas es un medio?

Eli afirmó.

—Esto les demostrará que usted desea permanecer aquí. Que lo haga o no es indiferente. Así que usted compra una chica se convierte en responsable de ella. Y si se fuera del país, continuaría viviendo aquí. ¿Me comprende?

Marcelo asintió, aunque todo le resultaba bastante extraño.

—Luego tiene que proveerse de trajes decentes.

—¿Qué pasa con mis trajes? Precisamente me los hice poco antes de dejar París.

—Son demasiado europeos —replicó Eli—. Solo los refugiados llevan trajes europeos. Además, los franceses son los peores sastres del mundo. En Hong Kong los hay muy buenos.

—¡Ah, no! —exclamó Marcelo.

La noche anterior, tuvo que tomar un viejo cascarón que hacía la travesía de Hong Kong a Macao, y fue la peor de su vida.

—Yo no vuelvo allí —decidió.

Eli soltó una risita.

—No tendrá que ir. Mi sastre vendrá a tomarle las medidas.

—Pero ¿qué hago con los que tengo?

—Regálelos —le aconsejó Eli sin darle importancia—. Posiblemente alguna chica los acepte a cambio de algún favor, pero no conseguirá mucho por ellos. Venga a mi apartamento; está detrás del casino —añadió levantándose.

—Si no le molesta, preferiría ir a echar un vistazo por ahí…

—No, por lo menos hasta que vista la ropa adecuada —replicó Eli con firmeza—. Solo Dios sabe el prestigio que ha perdido ya al atravesar el vestíbulo llevando usted mismo su equipaje.

Eli dio unas palmadas y apareció un criado que cogió las maletas de Marcelo.

—Ni siquiera podemos ir a comprar chicas hasta que lleve un vestido apropiado. Ningún chino respetable le vendería una de sus hijas con un traje así.

Se llamaba Jade Lotus, tenía catorce años y estaba delicadamente formada. Su piel era del color del marfil rosa, y sus ojos, grandes y oscuros, brillaban en su rostro ligeramente ovalado, diferenciándose de la mayoría de las chinas, que lo tenían redondo, y pisaba con una gracia suavemente alada. Desde el primer momento que la vio, Marcelo estuvo seguro de que no era como las otras.

Miró al padre de ella, quien, sentado tranquilamente, bebía té, y luego a Eli, el cual, absorto también con su taza, no decía una palabra.

Al fin Eli habló en dialecto cantonés, del que Marcelo no tenía la menor noción.

—Tu té tiene la fragancia de mil flores, honorable Tao.

—No es más que un pobre intento para halagar el paladar de mis honorables invitados —contestó el chino plácidamente.

—¿Puedo pedir tu permiso para hablar en francés? Es la lengua de mi amigo.

—Desde luego —admitió Tao inclinándose graciosamente y mirando a Marcelo —. El francés es el idioma del que soy más apasionado. La música de su pronunciación se parece mucho a la del mío.

Marcelo no pudo contener una leve expresión de sorpresa, pero respondió cortésmente:

—Le agradezco su benevolencia para con mi ignorancia.

Tao hizo otra inclinación y cogiendo un martillito golpeó un pequeño gong. Antes de que el eco se apagase ya habían retirado el servicio de té y traído una larga pipa. Puso la cazoleta sobre la llama de una vela que había en un vaso en el centro de la mesa, y al cabo de unos instantes la invirtió para que la llama lamiera el interior.

Luego se llevó la pipa a la boca y voluptuosamente empezó a fumar.

Marcelo lo observaba fascinado. Nunca había visto un hombre como Tao. Comparándolos a él, los dos sujetos a quienes les había comprado dos muchachas resultaban ordinarios y vulgares.

—Lo que usted necesita es una chica de clase alta —le había dicho Eli—. Una que esté bien educada para poder actuar de anfitriona. La esposa número uno, que recibirá a sus amigos y le llevará la casa. Ella será la que mantendrá su prestigio.

—Pues vamos a buscar una —decidió Marcelo, que ya estaba cansado de tantas demoras.

Primero los trajes, ahora las muchachas… Empezaba a cansarse y tenía la impresión de que nunca lograría regentar el casino.

—No es tan fácil —objetó Eli—. Las muchachas así no abundan. Los chinos ricos las quieren para ellos.

—¿Qué he de hacer, entonces? ¿Esperar hasta que encuentre una?

—Cálmese, amigo mío; esto es Oriente, no Francia. Las cosas no se hacen con tanta rapidez como allá. Pero no desespere. Me han hablado de una que reúne todas las condiciones, pero…

—Pero ¿qué? —interrumpió Marcelo impaciente—. ¡Vamos ya a buscarla y acabemos con tantas vueltas!

—No tan de prisa. Hay algo en ella poco agradable. Ya es vieja, y aún no la han solicitado. Tendré que preguntar a mis agentes para que investiguen.

—¿Vieja? ¿Cuántos años tiene?

—Habrá cumplido catorce.

Marcelo lo miró sorprendido.

—¿Usted llama a eso ser vieja?

—Lo es para este viejo país donde las muchachas se casan a los ocho o diez años.

Finalmente los agentes trajeron una respuesta satisfactoria. Jade Lotus era hermosa y muy bien educada. Tenía una voz musical y sabía tocar varios instrumentos, incluso la pequeña lira, de la que los chinos estaban tan orgullosos. Le costó a Eli un sinnúmero de preguntas averiguar por qué a la chica no la habían pedido, pero al fin consiguió enterarse.

Jade Lotus andaba igual que las mujeres occidentales, como si nunca le hubieran vendado los pies. Su padre llamó a un especialista tras otro, pero nada pudieron hacer, y el hombre ya se había resignado a tenerla para siempre en casa.

Por eso estaban tomando el té en casa de la muchacha, y oyendo al padre, quien en aquel momento decía, dirigiéndose con benevolencia a Marcelo:

—Después del té, la fragancia de la adormidera es muy relajante.

Marcelo se preguntó qué clase de civilización era aquella que permitía fumar una pipa de opio después del té, y, en cambio, vendaba los pies a las mujeres, no obstante estar prohibido.

Eli creyó que había llegado el momento de tratar de negocios, y dijo:

—Mi amigo ha venido a establecerse aquí.

El viejo asintió con un gesto, añadiendo:

—Que los dioses de la fortuna le favorezcan.

—Se trata de un hombre muy importante en el mundo occidental.

—Es un gran honor para mi casa recibir su visita.

—Busca una esposa número uno —continuó Eli—. Alguien con quien compartir la vejez y las bendiciones.

—Muchos occidentales han dicho lo mismo —objetó el chino—, pero después se han ido a su país dejando aquí casas vacías y corazones destrozados.

Marcelo sintió que el corazón le latía violentamente. El hombre no se engañaba; desconcertado, miró a Eli, el cual, sin inmutarse, respondió rápidamente:

—Mi amigo desea prevenir esta contingencia, aunque está seguro de que nunca ocurrirá.

Tao dio una chupada a la pipa y asintió.

—Jade Lotus es mi preferida. Es la más hermosa y capacitada de todas mis hijas.

—También es la mayor y casi ha pasado ya de la edad de contraer un matrimonio ventajoso.

—Solo porque yo he sido muy escrupuloso en la selección de un marido para ella. Cuanto más delicada es la flor, más precisa de un jardín especial.

—La excesiva precaución ha llevado a muchas muchachas a los jardines del otro lado de la colina —replicó Eli.

Todos sabían lo que significaban sus palabras. A las chicas que no habían podido casarse, las vendían a los lupanares del otro extremo del puerto. Sin embargo, la expresión de Tao permaneció inmutable mientras preguntaba, dirigiéndose a Marcelo:

—¿Cómo puede uno juzgar de la sinceridad de los sentimientos de otro?

—Mi amigo está dispuesto a pagar mil dólares de Hong Kong como garantía de su sinceridad.

El chino hizo un gesto desdeñoso con la pipa.

—Una bagatela comparada con la estima en que tengo a mi hija.

Marcelo se sorprendió al ver que Eli se ponía bruscamente en pie.

—Agradecemos al honorable Tao su gentil hospitalidad y le pedimos mil perdones por haberle hecho perder su precioso tiempo.

Tao se desconcertó ante la repentina terminación de las negociaciones. A despecho de sí mismo, murmuró:

—Un momento, un momento. ¿Por qué los occidentales tienen siempre tanta prisa?

Jade, que espiaba desde detrás de un gran biombo, dibujó una sonrisa cuando Eli se sentó de nuevo y reanudó el regateo. Ella se dio cuenta de que el extranjero no se levantó cuando lo hizo su amigo.

Al día siguiente un corpulento policía portugués estaba sentado en un sillón del despacho de Eli. Después de secarse el rostro con un pañuelo, dijo:

—Nos ha llamado la atención que su amigo haya comprado varias esposas —miró de reojo a Marcelo—. ¿Sabe usted que estas prácticas van contra la ley?

A Eli se le escapó una risita.

—¿Va contra la ley que un hombre busque servidumbre para su casa?

El policía sonrió mirando a Marcelo.

—No, desde luego que no. Pero he pensado que sería una buena ocasión para que me presente a su amigo.

Eli hizo un ademán.

—El detective teniente Goa, el cual vela para que no nos suceda nada.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Cada mes recibe un sobre de diez mil dólares de Hong Kong, y nadie sabe de dónde proceden.

El policía se rio discretamente.

—Siempre tengo dos hombres de guardia fuera todas las noches.

Marcelo miró a Eli, preguntando:

—¿Acaso ha habido dificultades?

Eli hizo un signo negativo.

—Desde que yo estoy aquí, no.

Marcelo se volvió hacia el policía.

—Quizá con un policía fuera habría suficiente —dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa—. Así sus gastos generales quedarían reducidos a la mitad.

Las más fuertes carcajadas acogieron sus palabras.

—Me parece que su amigo y yo nos vamos a entender. Se dice por ahí que su amigo ha contratado a la hija mayor de Tao para regentarle la casa, el muy pillo. Yo le tenía el ojo echado a la chica, pero esperaba a que el precio bajase al nivel de mis posibilidades.

Los hombres que jugaban al Fan-tan en la amplia mesa del casino levantaron la cabeza al ver entrar a Marcelo y a Eli.

—El nuevo propietario —comentó uno.

Otro hizo un gesto de asentimiento.

—En el traje se le nota su riqueza y condición. Además, se le ve muy británico.

Al hablar así se referían al pelo y a la piel de Marcelo, muy claros si se les comparaba con el color de Eli.

—Solo un hombre de mucha riqueza puede conseguir cuatro esposas para su casa en el intervalo de una semana —añadió otro jugador.

—Sí —convino el que habló primero—, y la número uno es Jade Lotus, la hija del viejo Tao. Ya le conocéis; seguro que le habrá sacado un buen precio, aunque no tenga los pies como es debido.

—¿Jugáis o no? —preguntó impaciente otro—. Todos sabemos que los occidentales son estúpidos cuando se trata de estas adquisiciones.

dieciocho

El tufo característico de la vieja ciudad agredió el olfato de Marcelo al entrar en la callejuela, y era casi imposible salir debido a lo angosta que era, pues apenas permitía el paso de un *ricksha*, y menos el de un automóvil; y la misma estrechez hacía que incluso escasease la claridad. Marcelo tendió la mirada a lo largo de la calleja, y allá al fondo, como por el agujero de un embudo, vio y oyó a los vendedores de pescado, sufriendo el hedor del género no vendido y tirado por el suelo, el cual llegó a producirle náuseas. Los mendigos agrupados alrededor de los puestos esperaban pacientemente a que el comerciante se distrajera para meterle mano a la mercancía.

Un chicuelo tiró de la manga de Marcelo. No parecía que tuviese más de ocho años, pero sus ojos eran ya viejos.

—¿*Poontang, missuh*? (¿Mujeres, mister?)

Marcelo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ser muy limpias. Estilo occidental. Jovencitas, si quiere.

Marcelo repitió el gesto.

Pero el rapaz no se descorazonaba con facilidad.

—¿De ocho años? ¿Cinco? —hizo una pausa—. ¿Chicos? ¿Gustarle los chicos? ¡Muy bonitos!

Marcelo ya no se molestó en contestarle; llegó pronto a la casa que buscaba, empujó la puerta y entró. Flotaba un pesado olor de incienso que disimulaba el del opio. Resistió el deseo de estornudar, un joven chino salió a su encuentro. A través de la cerrada puerta, le llegó desde la calle la voz del rapaz.

—¡Cochino!

El joven chino que lo recibió hizo una mueca.

—No sé qué sucede con los chicos de hoy día. Pierden el respeto a sus mayores. Le pido mil perdones.

Marcelo sonrió.

—No importa, Kuo Minh. El árbol ya no es responsable una vez la fruta ha caído.

Kuo Minh se inclinó profundamente.

—Es usted comprensivo en extremo. Mi padre, y mis tíos le están esperando arriba.

Subieron por las desvencijadas escaleras que llevaban al piso superior, y a pesar de que había estado ya varias veces, Marcelo siempre se asombraba de la diferencia entre esta planta y las demás. Los pasillos estaban revestidos de madera de teca tallada y las puertas del mejor ébano estaban adornadas con incrustaciones de marfil. Kuo Minh abrió y se apartó cortésmente para que pasara.

Una encantadora jovencita vestida a la usanza tradicional se arrodilló a sus pies para quitarle los zapatos y ponerle unas cómodas zapatillas chinas. Así que la niña

salió, Marcelo siguió a Kuo Minh a la habitación vecina.

Los cuatro hombres sentados ante la mesita se levantaron e hicieron unas inclinaciones profundas. Marcelo devolvió el saludo, y aceptando la invitación del padre del joven, se sentó. Inmediatamente otra muchacha trajo el té.

Todos esperaron cortésmente a que el huésped apagara su sed, y acto seguido, como de costumbre, habló primero el padre del joven Kuo Minh, preguntando por la salud de Marcelo y por la de sus esposas, y Marcelo le respondió con preguntas parecidas acerca de su bienestar y del de sus mujeres; seguidamente entraron en el tema de sus negocios.

—¿Ha tratado ya de las armas que deben suministrarnos?

—En efecto —respondió Marcelo.

El anciano miró a sus compañeros, y fijó de nuevo su atención en Marcelo.

—Bien. Tenemos una buena cantidad de droga preparada para pagarle.

Marcelo adoptó una estudiada expresión de congoja.

—Lamento mucho informarle que mi cliente no desea droga, sino barcos.

Al padre de Kuo Minh se le cortó la respiración.

—Pero ustedes siempre han tratado en drogas.

—Ya le dije que el mercado del opio ha bajado mucho. Lo único que ahora quiere mi cliente son barcos.

Todos los presentes empezaron a hablar muy agitados. Marcelo no trató de escucharlos, pues, además de que sus escasos conocimientos del chino le hacían imposible comprender su rápida conversación, tampoco le importaba. Sabía muy bien lo que quería.

Hacía algo más de un año que había llegado a Macao y en este espacio de tiempo se había enriquecido más allá de lo que pudo ambicionar, gracias a su tráfico con armas y con opio. Todos los señores de la guerra chinos deseaban armas, y el único modo de obtenerlas era pasándolas de contrabando desde Macao, utilizando los barquichuelos de pesca que cada día salían al mar. Y la única forma de pagarlas era con opio.

Pero los japoneses habían demostrado que eran mucho más sagaces de lo que Marcelo se figuraba. El dinero ahorrado que a él le parecía una buena cantidad, representó una bagatela comparado con lo que le pidieron por los barcos. Y fue al meditar en cómo podía incrementar su capital cuando se le presentó la oportunidad de meterse en el tráfico de armas.

Un día apareció el cadáver de un hombre flotando en las aguas del puerto. El teniente Goa estaba sentado en el despacho de Marcelo en el casino cuando uno de sus hombres le trajo la noticia. Al enterarse, se levantó, y después de un gruñido de desaliento, dijo:

—Nunca sabremos lo sucedido. Era un agente de Vorilov.

—¿*Sir* Peter Vorilov?

—Justo. Tiene grandes negocios aquí.

Casi antes de que el teniente hubiera llegado a su despacho, Marcelo alcanzó el último vaporcito que iba a Hong Kong. No se atrevía a enviar un cable desde Macao, pues tenía la certeza de que la policía obtenía una copia de todos los que él cursaba.

El que mandó a *sir* Peter Vorilov a Montecarlo decía:

«Su agente en Macao muerto. Ofrezco mis servicios sujetos a la aprobación de Christopoulos. Espero su respuesta a las veinticuatro horas. En Hong Kong. Hotel Península. Kowloon.»

Menos de doce horas después tenía la respuesta en sus manos. Decía:

«Servicios aceptados», firmaba Vorilov.

Dos días más tarde, Kuo Minh aparecía en su despacho, y desde entonces suministró armas a cambio de opio. En seguida se dio cuenta de que las armas de Vorilov eran anticuadas y no encontraban salida en ningún otro mercado, y, en cambio, el opio se vendía cinco veces más alto del precio de origen. Naturalmente, él tenía participación por las dos partes, y, según el último estado de cuentas del Banco suizo donde tenía su capital, en un año había ganado, siendo él mismo el primer sorprendido, cerca de tres millones de dólares oro.

Fue entonces cuando Marcelo decidió llevar a cabo su primer propósito: comprar barcos. Pero si él trataba directamente con los japoneses, estos se darían cuenta del gran interés que tenía en adquirirlos. La única forma de conseguirlo era conseguir que los chinos le ayudaran a obtenerlos.

En aquel instante el anciano hablaba rápidamente a su hijo, el cual se dirigió a Marcelo.

—Dicen que no tienen dinero para los barcos. Solo opio y los monos (1) no quieren drogas.

Marcelo fingió reflexionar sobre lo que le habían dicho.

—¿Y no saben de alguno que esté a la venta?

Volvieron a conferenciar unos con otros, y al fin el anciano respondió:

—Habrá unos diez, pero son caros. Incluso pueden ser más caros.

El rostro de Marcelo permaneció impasible.

—¿Cuánto? —preguntó.

—No importa —respondió el chino—. No tenemos el dinero.

Marcelo fingió otra vez que reflexionaba.

—¿Les serviría de ayuda si procurase encontrar otro mercado para su ocio?

El anciano asintió.

—Sería una gran ayuda.

—Se necesitará algún tiempo, pero dudo que pueda conseguirlo a los precios antiguos. Son muy altos.

—Si lo consigue seremos sus eternos deudores.

—Bon —dijo Marcelo levantándose—. Me pondré en comunicación con ustedes tan pronto como haya conseguido algo.

Ellos se inclinaron ceremoniosamente, y una vez los pasos de Marcelo dejaron de

oírse, hablaron casi atropellándose.

—Todos son iguales. Tarde o temprano ambicionan más.

—Sí —replicó otro—. No está satisfecho con robarnos a nosotros y al ruso, y quiere más; va a exprimirnos para comprar sus malditos barcos.

—Creo que ya es hora de que le enviemos a reunirse con su antecesor, en las aguas del puerto —propuso un tercero.

Kuo Minh entró en la habitación a tiempo de oír que su padre decía levantando la mano:

—No, mis buenos hermanos. Todavía no es tiempo. No podemos permitirnos estar cruzados de brazos mientras el ruso busca a otro para sustituirle.

—¿Y permitiremos que nos robe todavía más?

—No nos robará —aseguró el padre de Kuo Minh con calma—. Contaremos lo que nos pague de menos por el opio, y esa cantidad la doblaremos sobre el coste de los barcos que quiere.

—Se ha hecho rico —vociferó Christopoulos—. En menos de un año ha amasado tres millones que tiene depositados en un Banco suizo. Ahora descubrimos que es el dueño de los veinte barcos que se suponía debía comprar para nosotros, y todavía tiene el tupé de decirnos que nos los puede arrendar.

Sir Peter lo miró con fijeza.

—¿Y qué quiere que haga?

—El dinero tiene que venir de alguna parte. Desde el momento que los libros del casino están en regla, tiene que robarle a usted.

Sir Peter sonrió.

—A mí no. Sus cuentas son muy minuciosas, y me ha hecho llegar el beneficio debido de cada transacción.

—Entonces lo carga encima de los consumidores.

—Esto es cosa suya —exclamó *sir* Peter encogiéndose de hombros—. Los beneficios que consigo con mis precios me bastan. Si los otros pagan más, allá ellos.

—¿Entonces no hará nada para evitar sus propósitos?

—No tengo motivo para hacerlo —repuso *sir* Peter—. Es usted quien los tiene y quien lo puede hacer.

—¿Cómo?

—No tome en arriendo los barcos. ¿Qué va a hacer él con veinte navíos y sin carga? En un mes irá a la bancarrota.

—Los japoneses se los comprarán de nuevo y nosotros estaremos tan mal como al principio.

—Esto es asunto suyo —opinó *sir* Peter después de mirar el reloj—. Lo siento, pero tengo que irme porque es la hora de que se acueste mi hijo, y me gusta estar con él antes de que se duerma. A mi edad hay que aprovechar todos los momentos.

Acompañó al *tailleur* a la puerta añadiendo:

—Óigame, Christopoulos: siga mi consejo y no sea tan ambicioso. Hace mucho tiempo que aprendí a no dispersarme en negocios ajenos al mío. Si quiere creerme, haga lo que conoce mejor: barajar las cartas.

Eli le preguntó a su tío cuando subió al coche:

—¿Qué te dijo el viejo?

Por toda respuesta, Christopoulos empezó a maldecir.

—¿No quiere hacer nada?

—No. Dice que sus cuentas casan —respondió en tono amargo—. Me ha dado la impresión de que se está riendo de mí.

Estuvieron unos instantes callados.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Maldito sea! —exclamó el otro furioso—. Ya le dije al barón que no me fiaba de él. Si lo tuviera a mi alcance lo ahogaría con mis propias manos.

—¿Por qué te preocupas? —le preguntó su sobrino—. En Macao hay quien lo haría muy a gusto.

El tío lo miró ya más calmado.

—Si no te ha robado a ti ni tampoco a *sir* Peter —continuó el primero—, es señal de que trabaja con los chinos y les roba a ellos.

—¿Los conoces?

—Todo el mundo los conoce en Macao. Lo único que se necesitaría es una carta mía dirigida a ellos.

—Pero seguro que no son tan estúpidos. Deben ya saber que les roba sin necesidad de que tú se lo digas. ¿Por qué no lo han matado ya?

Eli miró a su tío antes de contestar.

—Los chinos no son como nosotros. En Oriente hay lo que ellos llaman «cara». Mientras no lo sepa nadie más que él y ellos, se las arreglarán como puedan para recuperar lo perdido, pero cuando el caso llega a conocimiento general, si no lo matan pierden mucho de su prestigio.

El rostro de Christopoulos se contrajo de ira.

—Dame solo un mes para arreglarme con los japoneses, y entonces escribirás a tu amigo.

diecinueve

Sentado a la mesa de su despacho Marcelo estudiaba al americano alto y sanguíneo de duros ojos azules, y luego volvió a leer su tarjeta. John Hadley, vice president American Freight Lines Inc.

—¿Y qué puedo hacer por usted, *mister* Hadley?

Hadley fue derecho al grano:

—He venido por los barcos. Usted es el propietario de todos.

Marcelo hizo un gesto despreciativo.

—De todos no.

—Es verdad —admitió Hadley haciendo una mueca—. Solo de aquellos que todavía están en condiciones de navegar.

Acercó la silla a la mesa y añadió:

—Estoy autorizado para ofrecerle buenos beneficios si nos los vende.

Marcelo sonrió.

—Me agrada oírle, pero el caso es que aún no estoy preparado para vender.

—¿Qué va a hacer, entonces? No ha llegado a ningún acuerdo con la compañía que se los había de alquilar. No creo que se los vaya a comer.

Marcelo vio que el americano estaba bien informado.

—Alquilarán los barcos.

—Tengo entendido que no. Oí que habían hecho proposiciones a los japoneses para comprárselos, una vez haya tocado usted fondo.

Marcelo miró sorprendido. Entonces, se debía a esto el que tardasen tanto en responder.

—No tocaré fondo —dijo aparentando más confianza de la que tenía—. Encontraré carga para ellos.

—¿Cómo? —preguntó el americano—. ¿Aquí en Macao?

Tenía razón. Él tonelaje que entraba en Macao carecía de importancia. Los grandes cargamentos iban a otros puertos. En los muelles tenían un dicho: «Si la carga es demasiado grande para ser introducida de contrabando, ¿para qué se quiere?» Marcelo respiró hondo.

—Tengo agentes en Hong Kong.

—Usted no tiene a nadie —aseveró el otro—. Si no se alía con los griegos, está listo. Dentro de dos meses los japoneses se quedarán los barcos.

—¿Y por qué no se dirige a ellos?

Hadley sonrió.

—Porque queremos estar seguros de que los buques serán nuestros. Prefiero hacer el trato con usted antes que permitir ninguna ventaja a los japoneses.

—Por lo menos es usted franco.

—Es el único medio de hacer dinero. Mi jefe no tolera las medias tintas, y va a lo suyo sin rodeos.

Marcelo no lo puso en duda. Él conocía la reputación del propietario de la American Freight Lines, un irlandés de Boston que luchó muy duramente antes de llegar a ser el dueño de varias compañías, y ahora era inmensa su fortuna. Gracias a su determinación y su implacabilidad consiguió el monopolio del comercio marítimo de toda la América del Sur.

Intentó recordar lo que había oído sobre James Hadley. Se decía que en los últimos años se había dedicado cada vez más a la política, y ocupaba un puesto destacado en el partido que elevó a Roosevelt al poder, murmurándose que el Presidente le había ofrecido un puesto de embajador. Sin embargo, en diversas ocasiones había representado a su país en importantes negociaciones diplomáticas, y solo había conseguido dar la impresión de una gran vulgaridad. Pero como tenía dos hijos en Harvard, parecía que se había refinado bastante para que le admitieran en un mundo donde el poder de su dinero no bastaba: el mundo de la influencia.

De golpe, Marcelo se dio cuenta de que su visitante tenía el mismo apellido que el propietario de la compañía.

—¿Son ustedes parientes? —preguntó.

—Somos primos en primer grado —respondió el americano.

—Ya.

Hadley esperó un momento, pero al ver que el otro no daba muestras de querer hablar, insistió:

—¿Así persiste en su negativa de vender los barcos?

Marcelo hizo un gesto afirmativo.

—En ese caso tengo otra sugestión que hacerle. Tenemos cincuenta barcos navegando bajo bandera americana, pero nos interesaría transferirlos a un registro extranjero para evitarnos impuestos. Le propongo crear una compañía conjunta y registrarlos en un país cuya neutralidad esté asegurada en caso de guerra. Esto aseguraría a nuestros navíos una inmunidad absoluta.

Marcelo hizo un gesto de incredulidad.

—Es imposible. Sabrían que son de ustedes.

—No, si se los vendemos a usted. Nuestra participación sería conferida a una compañía suiza.

—¿Pero qué país consentiría en inscribirlos? Suiza no nos sirve.

Usted estuvo varios años empleado en el consulado de Corteguay en París.

Marcelo lo miró con asombro. Los americanos eran más perspicaces de lo que parecían.

—Pero Corteguay ya tiene un acuerdo con los intereses de De Coyne.

—¿Y qué han conseguido? —preguntó Hadley en tono sarcástico—. ¡Cuatro barcos, cuando con veinte no tendrían suficiente!

—Pero aún así el acuerdo subsiste.

—¿Y cuánto tiempo cree usted que persistirá si se convence al Presidente de las ventajas de negociar con nosotros? —replicó Hadley—. Los políticos son iguales en todas partes.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Marcelo recordó al cónsul muerto, y pensó que Jaime Xenos había deseado una cosa parecida para su país. Pero la treta le habría horrorizado. Sin embargo, el americano tenía razón. Existían muy pocos hombres con la integridad del padre de Dax.

—¿Y cómo se pondrán en contacto con el Presidente? —preguntó—. Yo no fui más que un escribiente sin influencia alguna.

—Deje este asunto en nuestras manos —exclamó Hadley con tono seguro—. Todo lo que necesitamos de usted es un acuerdo en principio.

Se levantó, añadiendo al mismo tiempo.

—Me vuelvo a Hong Kong en el vapor de la tarde. Piense en ello. Estaré unos días en el hotel Península por si desea seguir en contacto conmigo.

—Lo pensaré.

Se estrecharon las manos y Hadley se fue, dejando a Marcelo mirando pensativo hacia la puerta por donde había salido. Sabía perfectamente el motivo de que Hadley permaneciera unos días en Hong Kong: para establecer contactos con los japoneses. El americano no dejaba nada al azar, cualquiera que fuese la respuesta de Marcelo.

Estaba furioso, pues había algo que no respondía a lo planeado. Iracundo pegó un puñetazo sobre la mesa. ¡Malditos griegos! El antiguo refrán que dice que no puede uno fiarse de un griego, resulta cierto. Eran ellos los que intentaban apuñalarlo por la espalda y llevarlo a la ruina, sin ver que de no haber sido por él, nunca habrían tenido la oportunidad de conseguir los barcos.

En la casa reinaba un silencio desacostumbrado cuando entró Marcelo. Incluso Jade Lotus parecía ensimismada cuando le quitó los zapatos y le trajo las zapatillas. Al presentarle luego el aperitivo de la tarde le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Estaba pálida y él la miró, pensativo. Sabía por experiencia que era mejor no hacerle preguntas, pues ella, de repente, se ponía a hablar atropelladamente, pero no en francés, sino en chino, con lo que solo conseguía que Marcelo no se enterase de nada.

Además, se había encariñado con la encantadora chiquilla que había comprado. Recordó el día en que la trajo a casa. Sus otras esposas se habían alineado en la puerta para darle la bienvenida, momento que él temió que fuese algo violento, pues la belleza de la recién llegada y el pertenecer a una familia de rango social más elevado, podía despertar la envidia de las demás.

Sin embargo, vio con sorpresa cómo se deshicieron en cumplidos y elogios; celebraron su figura y la finísima ropa que vestía y la rodearon como una bandada de

pájaros, piando con sus agudas voces cantarinas:

—¡Bienvenida, hermana!, ¡bienvenida, hermana!

Aquella noche encontró su habitación adornada con flores frescas, una nubecilla de incienso que quemaba ante un sonriente Buda perfumaba la habitación, y en la cama había sábanas de seda nuevas.

Apenas había empezado a desnudarse cuando se vio rodeado por sus tres esposas.

Entre risitas y gorjeos de pájaro lo desvistieron y le obligaron a envolverse con las sábanas. Rogándole que permaneciera quieto, salieron de la habitación y al cabo de unos momentos se oyó el suave sonido de una lira que se iba acercando… Segundos después se abrió la puerta.

Apareció Jade Lotus y la contempló maravillado. Era una figura deliciosa con el largo pelo flotando sobre las espaldas y los ojos brillantes como el azabache; llevaba una bata de seda transparente, percibiéndose un cuerpo blanco como el marfil. Se adelantó hacia él con paso leve.

Detrás de Jade venían las otras esposas. Una de ellas tocaba una pequeña lira, la otra llevaba una fuente con dulces y la tercera una jarrita con vino. Al llegar a su lado, Jade se detuvo bajando modestamente los ojos. Los dulces y el vino los depositaron en la mesita cercana al lecho, y, quitándole la bata a Jade, la instaron para que se acercara a él.

—Ven, hermana —le dijeron—. Siéntate al lado de tu esposo.

Sin mirarle, Jade Lotus se sentó delicadamente en el borde de la cama. Marcelo podía percibir el leve palpitar de su garganta y los rosados pezones de sus pechos. Sintió que algo en sus entrañas se estremecía. Jade Lotus seguía con los ojos bajos.

—Mira, hermana —dijo la otra esposa alegremente—, ¿ves cómo gustas a tu esposo?

Jade Lotus no se decidía a mirar. Impacientada, una de las otras esposas, cogiéndole la mano, hizo que la posara sobre él. Al suave y tibio contacto la erección se completó de repente.

Marcelo extendió el brazo y suavemente le giró la cabeza para que le mirase. De pronto se encontraron solos.

Por un breve instante ella le miró a los ojos y entonces rompió a hablar.

—Tengo miedo de mirar, esposo mío —susurró—. Me han dicho que los occidentales son como gigantes en sus partes naturales.

—¿Te lo dijeron ellas?

—No; son tus esposas y no pueden ser desleales contigo. Me aconsejaron que no me asustase. Dijeron que el gran tamaño de tus partes no produce sino más deleite y placer para ellas.

Una sensación de poder y seguridad se apoderó de Marcelo. Jamás pensó que se le pudiera considerar tan bien armado, aunque no ignoraba que los orientales eran más pequeños.

—Mírame.

Ella cerró los ojos.

—Tengo miedo.

—¡Mírame!

Esta vez el acento era autoritario, y ella no se atrevió a desobedecer. Abrió los ojos y lentamente bajó la cabeza. De pronto su mirada se detuvo y se le cortó la respiración.

—Moriré. Se hundirá en mí y me atravesará el corazón.

—Pues si estás tan asustada, vete. Mándame una de las otras —exclamó irritado.

El rostro de Jade Lotus adquirió una palidez extremada. Él no sabría nunca el terror que la embargaba en aquel momento. Si el esposo la rechazaba por su culpa, la deshonra y la vergüenza caerían sobre ella y su familia. Sobreponiéndose murmuró:

—No; ya no tengo miedo, esposo mío.

Riendo, Marcelo la atrajo hacia sí, pero ella lo detuvo.

—No quiero que te esfuerces, esposo mío.

De pronto, con gran agilidad de movimientos, se esparrancó encima de él, una rodilla a cada lado de sus caderas. Luego, guiándole con la mano, fue descendiendo lentamente. Estaba seca y la penetración era difícil. Una y otra vez se retiró, incapaz de soportar el dolor.

Marcelo la vio cerrar fuertemente los párpados; unas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Basta —le dijo él ásperamente.

La chinita abrió los ojos. El terror que se traslucía en ellos le pudo. Suavemente la hizo tender a su lado. Era poco mayor que una niña.

—¿Quién te dijo de hacerlo de esta manera?

Ella hundió la cara en la almohada para ocultar su vergüenza.

—Mi madre —murmuró—. Es la única manera de absorber a los occidentales, de lo contrario te desgarran.

Marcelo le acarició su largo cabello negro.

—Esto no es cierto. Ven, te lo demostraré.

Empezó a besarla, a acariciarla… y cuando por fin estuvo dentro de ella, incluso quedó maravillado del embate pasional de la niña. Jade Lotus se convirtió en su esposa favorita, pues no había nada que ella no hiciera con tal de proporcionarle placer en el frenesí de la excitación.

Ahora estaba de pie ante él, desencajada y temblorosa, mientras Marcelo tomaba el aperitivo.

—Después de cenar iré al casino. Tengo una reunión.

Ella salió de la habitación silenciosamente. Al cabo de unos momentos oyó un lamento en la cocina, interrumpido por unas palabras duras. No había hecho más que levantarse para acudir, cuando apareció ella en la puerta.

En su pálido rostro brillaban las lágrimas al decirle:

—Te ruego que me perdones por molestarte, esposo mío.

Él la miró intrigado.

—¿Pero qué demonios pasa?

Ella no se decidía a responder.

—Está bien; si no me lo dices tendré que averiguarlo yo mismo.

De repente todas sus esposas entraron en la habitación llorando, y Jade, no pudiendo resistir más, empezó a sollozar desconsoladamente.

Desconcertado, miró a cada una exclamando:

—¿Puede una de vosotras decirme qué pasa?

Más agudos sus lamentos y más vivo su llanto, Jade cayó de rodillas ante él.

—No vayas al casino esta noche; no salgas de casa.

—¿Por qué no? —preguntó Marcelo, intrigado—. ¿Por qué demonios tanto misterio?

—El Tong Minh ha hecho correr la voz de que eres hombre muerto.

—¿Qué? —exclamó incrédulo—. ¿Cómo lo sabes?

—Nos enviaron esto.

Y mostrándole una caja, la abrió. Aparecía repleta de seda blanca.

—¿Qué es esto?

—Seda para hacer vestidos de luto. Es la costumbre de los *tongs* cuando la esposa no está preparada para la viudez.

—¿Cuándo lo trajeron?

—Esta tarde. Llegó un mensajero de Kuo Minh y lo dejó en la puerta.

Marcelo se estremeció.

—Tengo que salir de aquí. Iré a la policía.

—Es inútil. Te matarán antes de llegar allí. Hay hombres apostados, vigilando la casa.

—Cuando entré no estaban.

—Pues ahora sí. Mira.

La siguió hasta una ventana, donde levantó con sigilo unos centímetros de la cortina, y con la estancia a oscuras vio a un hombre que vigilaba desde la acera de enfrente; otro estaba en la esquina. Soltó la cortina y exclamó resuelto:

—Llamaré por teléfono a la policía, para que venga a buscarme.

Pero Marcelo vio con terror que la línea estaba cortada. Habían pensado en todo.

—¿Pero por qué no me han matado al venir?

—¿Sin dejar que tus esposas se despidiesen de ti? —En la voz de Jade había un acento de asombro—. No son salvajes.

Al pronto, Marcelo creyó que iba a vomitar, pero logró dominarse.

—Tiene que haber algún medio para salir de aquí.

No contestó ninguna de ellas. Furioso regresó a la sala de estar. De golpe se acordó de la pistola que guardaba en un cajón, y al cogerla sintió como si el frío metal le diese una sensación de seguridad, a pesar de que nunca había manejado un arma.

Mientras, Jade Lotus cuchicheó en chino con las otras. Una tras otra asintieron a lo que les dijo. Resuelta, entonces, Jade se dirigió a él.

—Hay un medio.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque no queremos que te conviertas en asesino. Ya basta con que los *tongs* digan que eres un ladrón.

Sin mirarla a ella, preguntó:

—¿Qué motivos tienen para decir eso?

—Una carta que envió el que estaba en el casino antes que tú. Afirma que no les dabas todo el dinero que obtenías por la droga.

Ahora lo veía todo claro. Por eso los griegos estaban tan seguros de que conseguirían los barcos. Los recobrarían los japoneses por falta de pago a causa de su muerte repentina.

—¿Cómo puedo escapar? —preguntó casi con humildad.

—Nos han dado instrucciones de que salgamos antes de las diez. Una de nosotras puede quedarse aquí y tú sales vestido con su ropa.

—¿Pero cuál se quedará?

—Yo —decidió Jade—. Soy la esposa preferida y es mi deber. Además, soy casi tan alta como tú y camino como tú.

Marcelo miró turbado a Jade.

—¿Pero qué te sucederá? ¿No correrás peligro cuando vean que me has sustituido?

—No me sucederá nada —respondió con seguridad.

Pero aquella noche, mientras en un pequeño barco contrabandista se dirigía a Hong Kong, no quiso pensar en ella, ni en la inmensa palidez de su rostro cuando lo vio salir por la puerta con las otras esposas.

No fue hasta la noche siguiente, después de su entrevista con Hadley en Hong Kong y embarcado en un crucero rumbo a Estados Unidos, cuando se despertó sintiendo que el corazón le latía violentamente. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho: abandonarla a una muerte segura.

«¡Jade Lotus!», gritó en la oscuridad del camarote.

Muchos años después, convertido en un hombre riquísimo y habiendo tenido muchas otras mujeres, solo la recordaría como la más bonita de las cuatro chinas que compró en Macao.

Pero aquella noche gritó su nombre, y lloró por haber huido cobardemente.

Y por ella.

veinte

—Me gustaría que Dax se quedase con nosotros en Boston, hasta que encuentre un sitio apropiado para él —dijo Roberto cuando su hermana bajó a desayunar.

Carolina vaciló.

—Pero esto quiere decir que también estará con nosotros ese hombre, el que le acompaña siempre.

—Gato Gordo.

Carolina se estremeció.

—Ese. Me da escalofríos. Siempre está vigilando.

Roberto soltó la carcajada.

—Es su obligación. Desde que Dax era niño ha estado siempre con él, y el Presidente lo nombró su guardaespaldas para todo el tiempo que estuvieron en la jungla.

—Pero ahora ya no están en la jungla. ¿Por qué tiene que seguir con él? No parece que se le tenga como un sirviente.

—Se le considera como a un miembro de la familia, y desde que murió su padre, la única familia que tiene Dax es Gato Gordo.

Carolina bebió un sorbo de café y dejó la taza haciendo una mueca.

—¡Este café es horrible! ¿Cuándo tendremos un cocinero que haga buen café?

Su hermano se rio de nuevo.

—Cada mañana dices lo mismo. Olvidas que estás en América, y que el café de aquí no es como el nuestro.

—Voy a escribir a papá para que nos mande un cocinero.

—Bon.

Se oyó un ligero ruido en la puerta, y cuando se abrió, Roberto se levantó rápidamente al ver entrar a la invitada de Carolina.

—Buenos días, Sue Ann.

La linda muchacha rubia sonrió.

—Buenos días, Roberto —saludó con un pronunciado acento del Sur. Buenos días, querida Carolina.

Roberto permaneció de pie hasta que Sue Ann se hubo sentado. Luego preguntó a su hermana:

—¿Entonces estás de acuerdo en que venga Dax?

Carolina se encogió de hombros.

—¿Por qué no? En la casa hay suficiente espacio.

—Llega mañana a Nueva York. Iré a recibirle —dijo Roberto al despedirse.

Sue Ann miró a Carolina intrigada.

—Este nombre…, Dax, lo he oído en alguna parte.

—Dax es amigo de mi hermano. En Francia estudiaron en el mismo colegio.

Sue Ann cogió la taza de café con aire ausente.

—Este café es delicioso —aseguró—. Un momento. ¿No es aquel jugador de polo que al morir su padre fue nombrado embajador?

—Sí, pero no embajador, Sue Ann; solo cónsul.

—¿Y qué diferencia hay? ¡He oído decir que el hombre es fantástico!

—¿Fantástico?

Carolina clavó los ojos en su amiga. Había veces que no la comprendía. ¿Por qué cada chico que le iban a presentar era «fantástico»? Desde que la conocía había aplicado este adjetivo por lo menos una vez cada semana.

La primera impresión de Carolina al ver entrar a Dax fue notar lo cambiado que estaba; había crecido y se le veía convertido en un hombre. Parecía mentira que en tan poco tiempo, algo menos de un año, pudiera cambiar tanto una persona, pues la última vez que Carolina le vio fue unos meses antes de la muerte del padre de él, ya que al poco tiempo se vino a América.

Dax sonreía, y ella le presentó la mejilla para que la besara, al modo francés.

—Es muy agradable verte de nuevo, Carolina.

Su voz era más grave. A su lado, Roberto parecía un colegial.

—Me alegro mucho de verte, Dax. ¿Cómo te fue el viaje?

—Bien —respondió él—, hasta que desembarqué. Entonces los periodistas ya no me dejaron en paz.

—Vaya… ¡Resulta que tenemos una verdadera celebridad entre nosotros!

Dax sonrió con indiferencia.

—Los periodistas son iguales en todas partes. Si no tienen noticias, las inventan.

Carolina estaba un poco aturdida. El Dax que veía ya no era el muchacho del que se burló en la caseta de la piscina, y una voz interior le dijo que ahora ya no se atrevería a repetirlo. De pronto oyó unos pasos en la escalera, y vio con disgusto que era Sue Ann quien bajaba. Los celos la asaltaron, diciéndose que aquella coqueta se había pasado la mañana ante el espejo, preparándose para el encuentro con Dax.

La contempló mientras se acercaba: la piel bronceada, rubia y etérea. Interiormente la maldijo. ¿Por qué todas las americanas tenían que ser tan altas? Acto seguido se dirigió a Dax.

—Te presento a mi amiga Sue Ann Daley. Sue, este es Dax Xenos.

—*Enchanté* —murmuró Dax besando la mano que Sue Ann le tendía.

Sue Ann se sonrojó mientras lo miraba a los ojos.

—Estoy encantada de conocerle, *mister* Xenos.

Rabiosa, Carolina, notó lo acentuado del tono sureño de Ann.

—He oído hablar mucho de usted —dijo sonriendo Sue Ann.

Dax observó a Carolina y a duras penas contuvo la risa al notar su agitación, y

pensó que se lo merecía, pues estaba demasiado acostumbrada a ser el centro de todo.

—¿Por qué no me escribiste que había mujeres tan hermosas en América, Carolina? Si lo llego a saber no habría tardado tanto en venir.

Carolina se dio cuenta en el acto de que Dax había usado la palabra «mujeres» y no «chicas». Realmente había crecido. Se sintió postergada, y se agravó su enojo.

—Lo habría hecho —respondió sonriendo forzadamente—, pero pensé que estarías muy ocupado.

Dax concentró su atención en Sue Ann.

—Pues si lo hubiese sabido, habría mandado a paseo mis ocupaciones —respondió en tono lisonjero.

Gato Gordo entró en la habitación cuando Dax se estaba vistiendo para la cena. Quedó unos momentos de pie, como pensando, y luego se dejó caer pesadamente en una silla.

—Esta tierra no es como yo pensaba —exclamó.

Dax sonrió preguntándole:

—¿No hay indios ni gánsteres?

—Ni uno. Lo que hay es un calor sofocante. Uno se derrite dentro de la ropa.

—Tú y tus quejas. En Francia siempre te quejabas del frío, y ahora protestas del calor. Pues espera el invierno, y tendrás nieve hasta las orejas. Entonces podrás refrescarte.

Gato Gordo lo miró pensativo.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—¿Por qué?

Gato Gordo se encogió de hombros.

—A la francesa, la hermana de tu amigo, no le simpatizo.

Dax no le contestó, pues no quería discutir los sentimientos instintivos de Gato Gordo. Luego le dijo:

—Hasta que encontremos una casa.

—Entonces, mejor que sea pronto —dijo Gato en tono siniestro.

Dax se puso delante del espejo para hacerse el nudo de la corbata.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La rubia te mira como si ya te tuviera entre sus piernas, y la francesa como si pensara liquidarte tan pronto lo consigas.

—¿Crees que está celosa?

—Más que celosa. Está acostumbrada a hacer su santa voluntad, y ahora ve que tú no eres el chiquillo que conoció en Francia. Vigila.

Dax bajó las escaleras y encontró a Roberto en la biblioteca.

—¿Dónde están las chicas?

—¿Y dónde quieres que estén? —contestó Roberto encogiéndose de hombros—. Vistiéndose. Te he preparado un aperitivo.

—*Merci* —agradeció Dax saboreando un sorbo—. Pastis… Ah, *c'est bon*,

Roberto sonrió.

—Pensé que te apetecería.

Dax se retrepó en un sillón.

—Cuéntame algo de América.

—Es muy diferente de allá —respondió Roberto con cautela—. No quiero decir peor ni mejor, sino distinto de lo que creíamos.

—Ya me lo figuraba. Gato Gordo está decepcionado. No ha encontrado ni indios ni gangsters.

Roberto sonrió.

—Te confiaré un secreto. Cuando llegué también esperaba encontrarlos.

Los dos soltaron la carcajada.

—Te hablo del pueblo americano. Aquí, en Harvard, no son distintos de nosotros. Saben el lugar que ocupan en el mundo y la labor que les corresponde. Pero fuera, en la calle, es muy diferente. No les importa en absoluto lo que pueda sucederles a los demás. El mar los aísla del resto del mundo.

—En cierto modo no andan equivocados. Son dos los mares, el Atlántico y el Pacífico.

—Pero no siempre serán así de grandes.

—¿Y la escuela? ¿Es difícil?

—¿Las clases? No mucho. Más o menos como allá. Es la otra vertiente de la vida escolar lo que me resulta difícil de comprender. Sus deportes: béisbol, fútbol y baloncesto. El estudiante que sobresale en ese campo es más apreciado que el que consigue todas las matrículas de honor.

—Lo mismo que allá con el fútbol, y lo que me ocurrió a mí con el polo. Hablando de polo, ¿hay algún equipo por aquí?

—No creo. Pero he recibido la invitación de unos amigos para los partidos de Meadowbrook.

—¿Meadowbrook? —preguntó Dax frunciendo el ceño—. ¿No es el campo donde juega Hitchcock?

—Sí, creo que sí.

—Me gustaría ir siquiera una vez. Nunca he visto jugar a Hitchcock.

—Está en Long Island. Tendríamos que tomar el tren para Nueva York o ir en avión. Me dijeron que te llevara para pasar el fin de semana.

—Pero si aún no me conocen…

—Es la costumbre americana —respondió Roberto—. No les preocupa meter a un extraño en sus casas, y lo hacen sin preguntarle nada. No parece que les importe. Puedes cenar, pasar el fin de semana o estar con ellos un mes, con absoluta tranquilidad.

—Sí que son gente extraña…

—Y no es la única invitación. He recibido al menos veinte llamadas telefónicas desde que has llegado, hasta asustarme, pues no sabía que fueras tan célebre.

—Lo siento —respondió Dax rápidamente—. No quiero alterar tu ritmo de vida. Si te ocasiono molestias, no tengas reparo en decírmelo y me iré a un hotel.

—¿Quieres callar? Ni oírte hablar de esto. Es la primera vez, desde que salí de Francia, que tengo alguien con quien hablar. Es casi como en los viejos tiempos. Solo nos falta el grandullón del ruso.

—¿Sergei? Me pregunto dónde estará —contestó Dax—. Intenté varias veces localizarle por teléfono, pero se mudó del hotel donde estaba y no dejó ninguna dirección. Pensé que quizá se habría ido a Alemania con su padre.

—No. Carolina recibió una carta de una amiga suya que lo vio en Suiza. Parece que maneja mucho dinero. Dice que conducía un gran Mercedes rojo y que siempre va con mujeres ricas.

Dax arqueó las cejas.

—¡Creí que nuestro amigo bromeaba cuando hablaba de casarse con una americana rica!

Roberto soltó la risa.

—Estaría mucho mejor aquí. La amiga de Carolina, ¿sabes?

—¿Sue Ann?

—Solo de su abuelo heredó cincuenta millones de dólares. Fue uno de los fundadores de los almacenes Penny Savers, en Atlanta. Y cuando mueran sus padres heredará más.

—Naturalmente, los Daley Penny Savers. Están extendidos por toda Inglaterra, pero no los había relacionado con esa muchacha.

—Y aquí tienen muchos más.

Cogiendo el vaso, Roberto añadió con una risita:

—¿Te imaginas lo que haría Sergei con una chica así?

—Sí, perdería sus entorchados de «Púrpura real»

Sus estridentes carcajadas las interrumpieron Carolina y Sue Ann, quienes llegaban para cenar.

veintiuno

La voz de ella era cálida, apasionada.

—Querido… Nadie, nadie en toda mi vida, se me come como tú.

Dax se apoyó sobre un codo y contempló a Sue Ann, que con los ojos medio cerrados y el pelo extendido sobre la almohada respiraba profundamente.

—No te creo.

Sus ojos, de un intenso azul, lo miraron fijamente.

—Lo digo en serio, Dax. Todos los otros se portan como si me estuvieran haciendo un favor; no como tú.

Él sonrió y extendió el brazo para coger un cigarrillo.

—Entonces son unos estúpidos.

Ella le detuvo la mano y la guio hasta su pecho.

Suspiró quedamente y cerró los ojos.

—Y cuando estás dentro de mí —añadió susurrante—, chico, me parece que más que vivir me esté muriendo, Dax se echó a reír al tiempo que, poniéndola de espaldas a él, el cuerpo medio doblado, la penetraba. Ella se estremeció.

—¡Oh, Dios! —gritó—. ¿Es que no te tomas nunca un respiro?

—Solo cuando tú estés saciada.

—¡Nunca estoy saciada! —gritó. Un frenético estremecimiento le recorrió el cuerpo—. ¡Me estoy corriendo otra vez! —chilló, delirante, intentando apartarse de él.

Dax se lo impidió sujetándola por los hombros. Momentos después, aunque su delirio se había aquietado, todavía continuaba temblando y retorciéndose.

—¡No pares! Quiero correrme mil veces.

—Descuida, no pararé.

Sue Ann apoyó la cabeza en el hombro de él y volvió el rostro para mirarle. Tenía nuevamente los ojos entornados, y su voz sonó muy queda.

—¡No me extraña que no quieran que jodamos con negros!

Dax había vivido el tiempo suficiente en Estados Unidos para comprender a qué se refería. Tuvo que dominarse para no soltarle una bofetada.

—¡Coño asqueroso!

Cerrados los ojos completamente, ella se apretó contra Dax.

—Está bien, querido —susurró—. Cómeme, hazme daño, dime obscenidades, jódeme. ¡Es todo cuanto deseo!

Un rato después, él encendió un cigarrillo y Sue Ann se lo quitó de la boca. Lo chupó con avidez y expelió lentamente el humo por la nariz.

—Me alegro de que tengas este apartamento. Carolina no nos deja ni a sol ni a sombra.

Dax cogió otro cigarrillo y lo encendió sin responder.

—¿Qué tal es Carolina?

Dax la miró fijamente.

—¿Por qué no la pruebas y lo sabrás?

—¿No me lo quieres decir?

—¿Te gustaría que yo hablara de ti?

—¿Por qué no? —replicó ella—. Yo hablo de ti.

Él soltó la risa diciéndole:

—Estás loca.

—Dicen que las francesas son muy apasionadas.

—No mienten.

—¿Tanto como yo?

—No; ninguna como tú.

Ella sonrió.

—Me gusta. Desde que era una chiquilla no podía pensar en otra cosa. No podía esperar. Solía excitarme pensando en ello.

—No has cambiado mucho.

—Tú eres un verdadero hombre —afirmó ella mientras una sombra cruzaba por su mirada—. Y lo que siento es que voy a echarte de menos.

Dax la miró sorprendido.

—¿Echarme de menos? ¿Por qué?

—Mamá quiere que vaya a un colegio de Suiza. Papá objetó que pronto empezaría la guerra, pero mamá insistió en que debía ir y que estaré de vuelta antes de que estalle.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—¿Tan pronto? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Habrían cambiado las cosas?

—No, pero…

La muchacha miró el reloj y aplastó el cigarrillo en un cenicero en la mesita de noche. Después, de pie ante el espejo, mientras se pintaba los labios, preguntó sonriendo:

—¿Me echarás de menos?

—Un poco —respondió él—. No hay muchas como tú.

Se acercó a la cama y le besó.

—Ha sido agradable, ¿no?

Él asintió a la vez que preguntaba:

—¿Dónde has dicho que te vas? A Suiza, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo un amigo allí. Sergei Nikovitch. Mira a ver si lo encuentras. El conde Nikovitch.

Sue Ann abrió los ojos de par en par.

—¿Es de verdad un conde?

—Sí, es un conde verdadero. Un ruso blanco. Los comunistas expulsaron a toda su familia.

—Lo buscaré —dijo ella con decisión.

Seguidamente preguntó Ann:

—¿Tiene buen aspecto?

—Mucho. Es más alto que yo. Mide un metro ochenta y siete. Su padre era un oficial cosaco.

Así que la puerta se cerró detrás de ella, Dax se recostó en la cama sonriendo. Sue Ann no era la clase de muchacha que permanecía mucho tiempo sola. Si alguien era capaz de alcanzar un completo éxito con ella, era Sergei.

El teléfono que había sobre la mesita empezó a sonar, y en seguida oyó que Gato Gordo respondía desde la habitación vecina, y apenas encendió un cigarrillo cuando Gato apareció en la puerta.

—Cada vez que la rubia está aquí, la francesa telefonea —le dijo.

—¿Carolina?

—¿Es que no estás bien? ¿Qué otra francesa conoces aquí? Esta que acaba de salir te entontece. Menos mal que se va.

—Estabas escuchando a través de la puerta.

—¿Qué otra cosa puedo hacer en un sitio tan aburrido? —replicó Gato Gordo—. ¿Quieres hablar con ella?

—O.K. —condescendió Dax descolgando el teléfono—. ¿Eres tú?

—En dos horas te he llamado tres veces —respondió Carolina en voz enojada—. Pero ese estúpido de ayudante tuyo me dijo cada vez que dormías.

—Es verdad.

—¿Durmiendo por la tarde?

—Ya sabes que a los sudamericanos nos gustan las siestas largas… Además, ¿qué otra cosa voy a hacer?

—Roberto tiene clases todo el día y me ha encargado que te pregunte si quieres venir con nosotros al fin de semana de los Hadley.

—Desde luego.

—Entonces, mañana por la mañana te recogeremos a las nueve. Dax preguntó, para mortificarla un poco: —¿Vendrá Sue Ann con nosotros?

—No —respondió secamente, y le preguntó íntimamente satisfecha—. ¿No estás enterado? Se va.

—¿Se va? —fingiéndose sorprendido, preguntó—. ¿Y adónde?

—A Europa —respondió Carolina, y añadió sarcástica—: Sus padres han decidido que ya es hora de que la eduquen.

Dax sonreía al colgar el teléfono.

—¡Dax! ¡Dax!

Oyó cómo le llamaban, y volviéndose nadó lentamente hacia la playa. Una lancha llena de chicos y chicas salía del pequeño muelle en el mismo instante que él llegaba, y el oleaje hizo que no alcanzara el asidero. Le tendieron una mano y subió, viendo que era la de James, el mayor de los Hadley.

—Gracias —dijo, y mirando la lancha agregó—: A tu hermano menor parece que le falta tiempo.

—Él es así —contestó Jim—. Ahora está muy ocupado jugando a capitán de barco. Es el primer año que papá le ha permitido tener una lancha suya.

Y mirando cómo la lancha desaparecía hacia dentro del mar, añadió suavizando el tono:

—Ya sabes que solo tiene diecisiete años. Ven a la caseta y tomaremos una cerveza.

—Buena idea.

Estaban a la sombra bebiendo, cuando Jim le preguntó, mirándole con los ojos entornados a causa del sol:

—¿Te gusta estar aquí?

—Mucho. Fuiste muy amable invitándome.

—No me refiero a Hyannis Port —aclaró Jim—, sino a todo en general. Estados Unidos, Boston, Harvard…

Dax vio que James le preguntaba con el mayor interés.

—No lo sé aún —respondió con franqueza—. No llevo aquí el tiempo suficiente para poder dar una opinión. Ya sabes que no hace más que seis semanas que llegué.

—Ya lo sé —dijo James, y añadió con una sonrisa que diluía la malicia que encerraban sus palabras—: Y habiendo estado viendo a Sue Ann, no creo que te haya quedado mucho tiempo para nada más.

Dax se sorprendió. No sabía que su relación con la joven había trascendido.

—¿La conoces?

—Sí. Fui con ella cuando vino por primera vez el año pasado. Resistí casi un mes, pero fue demasiado para mí.

Se echaron a reír y quedó roto el hielo entre los dos. Poniéndose serio de nuevo, dijo:

—Aquí se ha hablado mucho de ti.

—Yo también tengo referencias de ti.

Jim hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Te refieres a mi padre, no a mí.

Dax no contestó.

—Mi padre tenía mucha curiosidad por conocerte. Te admiraba pensando la carga tan terrible que se te echó encima cuando murió tu padre.

—Bah, nada importante. No hice más que sostener la situación hasta que encontraron al hombre adecuado.

—Dice que alguien que puede desenvolverse en una situación como la tuya durante seis meses y sin cometer ningún error, es un fenómeno.

—Dale las gracias a tu padre de mi parte, pero es muy fácil no cometer errores cuando hay poco que hacer. Y con solo cuatro barcos entre Corteguay y el resto del mundo, es muy poca la actividad comercial.

Jim lo miró de reojo.

—¿Crees que mi padre no hizo bien cuando quitó la línea marítima de transportes? —preguntó con brusquedad.

—Tú has citado las palabras de tu padre. De modo que yo citaré las del mío. El boicot contra Corteguay no solo fue una medida de represalia económica, sino una crueldad que condenó a todo un país al hambre.

Jim Hadley calló durante un momento.

—A ti no te gusta mi padre, ¿verdad?

Dax lo miró fijamente. Lo que observaba era algo típico. Todos los norteamericanos estaban cortados por el mismo patrón. Retorcían todas las cosas y las convertían en seguida en cuestión personal. Si uno aprobaba sus actos, daban por descontado que le eran simpáticos, y, si no los aprobabas, asumían también automáticamente lo contrario.

—Te contesto lo mismo que antes. No lo sé. Nunca he visto a tu padre.

—¡Vaya!… Eres brutalmente honrado.

Dax esbozó una sonrisa.

—Como decía mi padre: «Nunca digas una mentira si la verdad te vale lo mismo» —dijo Dax.

Jim se quedó desconcertado y al cabo de unos instantes sonrió a su vez.

—¿Empiezo a preguntarme si es prudente ofrecerte otra cerveza?

—Prueba, a ver.

veintidós

Roberto los estaba esperando y se acercó a ellos preocupado y con un periódico en la mano.

—¿Os habéis enterado de las últimas noticias?

Y diciendo esto le mostró un titular:

¡MADRID SITIADO!

—¡Oh! —exclamó Jim—. No han tardado demasiado.

Roberto leyó en voz alta:

«El general Mola, comandante en jefe de las fuerzas atacantes, dice que el final de la guerra no está lejos. Ayudando a las cuatro columnas que atacan la capital, cuenta con una quinta columna dentro de la ciudad que coopera en su liberación.»

—¡Una quinta columna! —replicó Jim desdeñoso—. Ahora se llama así a los que colaboran desde el interior.

—¡Jim!

Se volvieron y vieron que iba hacia ellos Jeremías Hadley.

—¿Qué pasa, hermanito?

—¿Puedes prestarme tu coche esta noche? Tengo una cita.

Jim se sacó las llaves del bolsillo diciéndole:

—Puedo; pero no lo estrelles contra un árbol. Papá me hizo trabajar todo el año para obtenerlo.

—Gracias.

—Vamos a mi apartamento a tomar una cerveza.

Jeremías miró a Dax inquieto.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó.

—Puedes venir. No tenemos objeciones personales contra los novatos —le contestó sonriendo.

Jeremías miró a su hermano.

—Sí, puedes venir —le dijo—. Ya tienes dieciocho años. Papá te lo permitiría.

Cruzaron el patio callados. Dax, viendo a los dos hermanos caminar juntos pensó que aquella era una extraña familia, pero unida. Era evidente que su padre los gobernaba con mano de hierro, pues determinaba lo que debían hacer, y, sin embargo, ellos lo adoraban. James, el mayor, cuando se hubiese graduado, ingresaría en la escuela de leyes y después se dedicaría a la política. Luego de él, seguía una chica y detrás de ella, Jeremías, que también seguiría la abogacía, pero en activo. Aún quedaban dos hermanas más y otro muchacho, Tomás, al que su padre destinaba a la

Harvard Bussines School, porque era el que debería encargarse de los negocios de la familia. Finalmente otra chica y el menor de todos, Kevin, de dos años y al que llamaban Doc. Al parecer, las hembras carecían de importancia para su padre. Dax se preguntó si todas las familias irlandesas eran igual.

—¡Estupenda covacha! —exclamó Jeremías sentándose en un sillón con la botella de cerveza cogida por el gollete—. Me gustaría tener un sitio así. —Miró a su hermano añadiendo—: ¿Por qué no se lo dices a papá? Los dos estamos en la escuela y no habría necesidad de ir todas las noches a casa. Puedes convencerle si quieres; sabes de sobra que nunca te niega nada.

—No —le contestó riendo su hermano—. Los trabajitos sucios se los ha de hacer uno mismo.

—No me atrevo —balbuceó Jeremías y mirando a Dax agregó—: Con un sitio como este no me fallaría ni una chica. ¿Cómo te las arreglas?

—No es tan fácil —replicó Roberto—. Deberías ver a las chicas que salen de aquí. Creerías que estás viendo un desfile.

—Bueno, no tanto —protestó Dax.

El menor de los Hadley comentó:

—Ahora ya sé cómo logras tu éxito con las chicas. Tienes un sitio estupendo adonde llevarlas. El asiento trasero del coche no es un sitio inmejorable para un *flirt*.

—El *flirt* lo vas a tener con papá si tus notas no suben.

—Está bien, está bien… Ya me diste el mensaje —y dirigiéndose a Roberto preguntó—: ¿Qué mirabais con tanto interés cuando llegué?

Roberto mostró el periódico.

—Ah, esto. Bueno, ¿y qué?

—Puede significar que en Europa estalle una guerra —le aclaró Roberto—. Italia y Alemania ayudan claramente a los falangistas. ¿Cuánto tiempo creéis que tardaremos nosotros en meternos en ese lío?

Todos se miraron con gravedad.

El rostro del muchacho se ensombreció.

—Es verdad. No había caído en ello. ¿Qué crees que puede pasar?

—No lo sé. Pero papá supone que no habrá guerra… todavía.

—Ahora me acuerdo de que oí a un grupo de chicos hablando de apuntarse en una especie de brigadas internacionales que están formando. Y los chicos de la ROTC no dejan de insistir en que debemos incorporarnos y obtener los mejores puestos así que la guerra empiece. Personalmente, creo que se precipitan.

—¿No habrás cometido ninguna locura? —preguntó su hermano con brusquedad.

—No. ¿Por qué lo iba a hacer?

—No te preocupes. Déjales que griten y no te mezcles en nada. Ya tendrás tiempo de que te maten en una guerra nuestra.

Sonó el teléfono y Dax descolgó.

—Ah. ¿Eres tú, querida?

—¡Ya estás otra vez dale que dale!

—No, querida —contestó Dax—. Solo son un grupo de amigos. No hay ni una chica. —Tapando el auricular con una mano exclamó—: ¿Queréis callaros?

—¡Ahí está el plan para el fin de semana! —comentó Roberto.

—No será nada de particular. Probablemente alguna estudiante del Radcliffe.

—Me daría igual la chica que fuera con tal que me llamase a mí —suspiró Jeremías.

«Hazte amigos —le había recomendado el Presidente en una de sus cartas—. Procura que te presenten a todo el mundo. Día vendrá en que los gringos se acuerden de Corteguay, y si tenemos contactos en el país, será más fácil la tarea. Esto es muy importante, hijo, más que tus estudios. De esta manera ayudarás a nuestro amado país.»

Dax recordaba estas palabras mientras se preparaba para acudir a la cita convenida con el mayor de los Hadley. Había hecho todo lo que el Presidente le recomendó, aparte de que le hubiera sido difícil obrar de otra forma. Desde que llegó, los americanos se habían volcado sobre él. Era una nueva especie de celebridad. Sus correctos modales europeos y el hecho de haber nacido en un país todavía sumido en la violencia y donde la vida de un hombre no valía nada, le rodearon de una aureola que hizo que atrajese a todo el mundo.

Especialmente a las chicas. No tardó en comprender que en cada invitación aparecería una muchacha queriendo averiguar si de verdad era tan primitivo tratado íntimamente. Algunas veces meditaba acerca de esta acusada tendencia a la sexualidad. Incluso hubo ocasiones en que el romance casi degeneraba en franca lucha. Él imponía su superioridad masculina y la mayoría de las veces no volvía a ver a la muchacha.

Mientras, a cada nueva conquista, su cartel de don Juan crecía rápidamente. A veces pensaba con ironía que no era más que un medio gracias al cual se granjeaba amistades. Nunca se vio a sí mismo como los demás lo veían, pues un tenorio, como una vez le dijo a Roberto, según la idea que los americanos tenían de él, estaba más cerca de lo que hacía Sergei, cuyo único objetivo en la vida era joder con cualquier mujer que tuviera a mano.

Naturalmente que todo esto repercutía en sus estudios. Sacaba la nota justa con apuros, y más de una vez si no hubiera sido porque su entrada en Harvard se debió a una intervención diplomática, quizá lo hubieran expulsado. No era un mal estudiante; sencillamente, le faltaba tiempo para estudiar.

Durante el verano anterior, el segundo que pasaba en Estados Unidos, jugó al polo para el Meadowbrook, y al final de la temporada el gran Tommy Hitchcock en persona le felicitó, y en un aparte después de finalizado el último partido, le dijo:

—Serías el mejor jugador de polo del mundo si todos tus entrenamientos no los

hicieras en la cama.

Dax se limitó a reír sin decir palabra. A despecho de llevar casi toda la temporada jugando con él, todavía le cohibía.

La nieve empezó a caer a grandes copos y el chófer del taxi dijo:

—Ya está aquí la primera auténtica tormenta del invierno.

Dax contestó con un gruñido. Desde aquel momento y hasta que el frío desapareciese, Gato Gordo no saldría de casa más que para las cosas imprescindibles. Este hombre que se había enfrentado con la muerte y vencido innumerables peligros, se aterraba a las primeras nieves, hasta el punto de no asomarse a la calle para que no le cayera encima la condenada sábana blanca del infierno, según su propia expresión.

Dax se subió el cuello de su abrigo para protegerse de la nieve mientras pagaba el taxi, y antes de entrar miró la fachada del restaurante donde le había citado James Hadley. Los americanos son gente extraña, se dijo. Mezclaban los negocios y la comida, cuando la mesa debía servir únicamente para abstraerse, descansar y disfrutar de los alimentos.

—Papá hace mucho tiempo que desea conocerte —le había dicho su amigo Jim por teléfono—. Y dice que sería una buena idea que le acompañaras a comer mañana en el club.

Dax ni siquiera preguntó de qué club se trataba. En Boston no había más que uno al que fuera la gente importante, y demostrar que no lo conocía rozaba el sacrilegio.

Un lacayo vestido de gris lo recibió en la puerta y le cogió el abrigo.

—¿*Mister* Xenos?

—Sí.

—*Mister* Hadley ya está en su mesa. Sígame, por favor.

Pasaron por delante de la barra del bar, donde muchos caballeros tomaban su aperitivo, y entraron en el comedor, ocupadas diversas mesas por varios de los individuos más importantes de la ciudad. Reconoció al antiguo gobernador y ahora alcalde, Jim Curley, sentado a la gran mesa del centro de la sala, lo que facilitaba la ocasión de poder hablar con el prócer. Como de costumbre, tenía a un clérigo en su mesa. Dax se dijo que no bajaría de obispo o cardenal. En una mesa reconoció a otro político, James Honey Fitz (El Dulce Fitz) Fitzgerald, junto con un dirigente de uno de los negocios locales más importantes: Joseph Kennedy.

Llegaron a la mesa y Jim se adelantó diciendo:

—Dax, permíteme que te presente a mi padre.

Pero no era al gran financiero a quien se dirigían los ojos sorprendidos de Dax, sino al hombre que lo acompañaba: Marcelo Campion.

veintitrés

—Bien, yo tengo que volver al despacho —dijo James Hadley levantándose y deteniéndolos con un ademán—. No, no se levanten, por favor. Estoy seguro de que Dax y *mister* Campion tendrán muchas cosas que decirse, aparte de los negocios de que hemos tratado. Su hijo también se levantó.

—Tengo una clase. Debo irme, y lo siento.

Al marcharse padre e hijo, siguió un silencio pesado. Dax escrutó el semblante de Marcelo. Había cambiado. Ya no parecía el vulgar escribiente que él recordaba. Ahora tenía un aire de seguridad y dominio, como el del hombre que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Quizá se debía al perfecto traje de corte inglés que llevaba. Sin embargo, su cambio más importante estaba en sus ojos, que descubrían una completa confianza en sí mismo.

Marcelo fue el primero en hablar:

—Hace mucho tiempo, Dax; casi dos años.

—Sí.

—¿Qué opina de él? —le preguntó señalando con la cabeza al hombre que acababa de marcharse.

—Que es todo lo que dicen y más —respondió Dax con sinceridad.

Marcelo, que hasta entonces había empleado el inglés, se puso a hablar en francés, y Dax le siguió automáticamente.

—¿Sabe lo que me dijo? —le preguntó inclinándose hacia él—: Que el alcalde Curley hubiera podido ser Presidente de los Estados Unidos, pero se presentó treinta años demasiado pronto. Afirma que algún día tendrán un Presidente católico.

—No puedo creerlo.

—*En verité* —aseguró Marcelo—. Creo que es lo que quiere conseguir para su hijo mayor.

—¿Jim?

—Traza sus planes con años de adelanto. Se está introduciendo firmemente en el partido demócrata, y por eso insiste tanto en que el chico se meta en la política.

Pensativo, Dax miró a Marcelo. Después de todo lo que había oído durante la comida, ya podía creerlo todo.

—¿Y cómo lo conoció usted?

—Muy sencillo. Él tenía barcos para vender y a mí me interesaban.

—¿Pero desde cuándo necesitaba usted barcos? Creí que había ido a Macao a regentar un casino.

—Y lo regenté. Pero al poco tiempo de estar allí me di cuenta de que los barcos eran más rentables.

—¿Y cómo pudo comprarlos cuando a De Coyne le fue imposible?

—De Coyne es tonto —repuso en tono enfático Marcelo—. Deja todos los asuntos en manos de ese primo suyo inglés, cuyo único propósito parece que sea impedir el crecimiento de las líneas que amenazan a las suyas. Estoy seguro que se agregó al negocio solo para sabotearlo.

Marcelo bajó la voz.

—Cuando me enteré de esto me acordé del interés que su padre, el cónsul, tenía por los barcos. Entonces pedí un préstamo a mis amigos chinos y compré veinte. Tiempo después apareció Hadley con cincuenta, y, naturalmente, me interesaron. Pero Hadley no es ningún tonto, y en seguida adivinó mis intenciones. Tengo la impresión de que por entonces ya lamentaba haber secundado a los ingleses en el boicot contra su país.

—Querrá decir que lamentaba la pérdida de dinero.

—Todo viene a ser lo mismo. Entonces él se avino a venderme los barcos con la condición de que se acogiesen a una bandera libre e independiente. Sin dudar un instante me dispuse a firmar un acuerdo naviero con Corteguay. De otro modo los barcos no me habrían servido para nada.

Dax lo miró un instante.

—No sé cómo le sentará al Presidente hacer negocios con un americano.

—Vuestro Presidente es un hombre práctico. Él sabe que ya no puede esperar nada más de De Coyne.

—Pero él pagó cinco millones de francos por el monopolio —objetó Dax—. Y tiene una duración de veinte años.

Marcelo tomó un fino habano de su bolsillo y lo encendió. Mientras expelía el humo, disimuladamente observaba a Dax.

—No cometa la misma equivocación que su padre. Su Presidente no tiene su integridad. ¿Sabe adónde han ido a parar esos cinco millones? ¿Cree realmente que se emplearon para fomentar la prosperidad del país?

Dax no respondió.

—Pues yo se lo diré. Están en un Banco de Suiza, en una cuenta a nombre del propio Presidente.

Dax se quedó anonadado. Si Marcelo sabía esto, su padre también lo sabría.

—Mi padre…

—Su padre lo sabía.

—Entonces, ¿por qué no…?

Marcelo le interrumpió.

—¿Qué podía hacer? ¿Renunciar a su puesto? Tampoco hubiera servido de ayuda a Corteguay, y consiguiendo más barcos, sí. Era mucho mejor callarse. Aunque creo que fue lo que precipitó su muerte.

Dax inclinó la cabeza. «¡Pobre padre!» Si al menos él lo hubiera sabido. ¿Pero qué habría podido hacer? Nada.

Marcelo aprovechó su largo silencio para insistir.

—¿Por qué cree que estamos dispuestos a pagar cinco millones más por la concesión? Porque tenemos la certeza de que el Presidente aceptará. Dax, ya es hora de que crezca y sea realista. Si logramos lo que nos proponemos, pasará delante de muchos. ¿O prefiere ir a la ruina por pagar deudas de ladrones?

—No sé… —vaciló Dax—; me es difícil creer…

De nuevo le interrumpió Marcelo.

—¿Qué es lo que le cuesta creer? ¿Por qué cree que su Presidente le envió aquí? Solo para algo parecido a lo que le digo: para facilitar a Estados Unidos el volver a Corteguay. ¿No ve que ya no puede esperar nada de Europa?

Dax siguió anonadado.

—Si yo no estuviera tan seguro, ¿me ofrecería a tomar la ciudadanía de Corteguay?

Asombrado, Dax clavó los ojos en Marcelo.

—¿Que usted se quiere ir a vivir a Corteguay, renunciando a su ciudadanía francesa?

Marcelo se rio discretamente.

—¿Quién ha dicho nada de vivir en Corteguay? Solo he dicho que me convertiría en otro de sus ciudadanos.

Miró alrededor y vio que ya estaban vacías casi todas las mesas.

—Me gusta Estados Unidos, en especial Nueva York. Allí es donde están los negocios y donde quiero vivir.

Aquella noche, cuando Dax oyó la voz del Presidente a través de la conferencia telefónica, se dio cuenta de que no importaba la verdad que hubiera en las palabras de Marcelo. El resultado sería el mismo. El Presidente solo puso una objeción: en vez de cinco, tenían que ser diez millones para indemnizar a Corteguay de los daños sufridos por el boicot. Al colgar el teléfono supo que su tarea estaba terminada. Ya era tiempo de volver a casa.

Dax contempló a sus anfitriones: Roberto y Carolina, y Jim y Jeremías Hadley con dos de sus hermanas. Había sido una gentileza el obsequiarle con aquella cena íntima en el Ritz Carlton, la última noche que pasaba en Estados Unidos. Sonrió amargamente. ¿Qué diría la gente si supiera que Dax Xenos, el moderno Casanova, se sentía solo y extraño entre unos amigos que le obsequiaban con una cena de despedida?

Sirvieron el café y Jim, aclarándose la garganta, dirigió una mirada en torno a la mesa, y sus amigos afirmaron con la cabeza. Entonces se levantó. Un silencio expectante precedió a las palabras de Jim.

—Dax —dijo con voz firme y en la que apenas se notaba el acento bostoniano—: nosotros, tus amigos, a pesar de que lamentamos que te vayas, respetamos los sentimientos que te obligan a volver a tu patria para servirla mejor. Pero no queremos

que te vayas sin un recuerdo nuestro, algo que puedas llevar contigo donde estés; por eso te ofrezco este pequeño recuerdo en nombre de todos.

Con dedos torpes, Dax abrió el pequeño estuche de piel que le dio Jim. En medio del terciopelo brillaba el aro de oro con la piedra carmesí que solo se daba a los estudiantes de Harvard cuando terminaban sus estudios. Conmovido, miró a sus amigos, sabiendo las dificultades con que habrían tropezado para poderle regalar el anillo, pues todavía le faltaban dos años para concluirlos.

Vio grabada la fecha: 1939. En el acto se lo puso en el dedo y les dijo con sencillez:

—Gracias. Siempre lo llevaré y siempre os recordaré.

Carolina se le acercó, y al inclinarse para besarla en la mejilla, vio sorprendido que estaba llorando.

Apoyados en la barandilla, contemplaron las montañas de Corteguay asomando detrás de Curatu entre la bruma de la mañana.

—¡En casa! —exclamó Gato Gordo poniendo un brazo en el hombro de Dax—. Mira, Dax; estamos en casa.

Las montañas parecían más grandes; su bello y oscuro verde de invierno, el verdadero verano de Corteguay, parecía de terciopelo.

Dax sintió como si oyese la voz de su padre, lo mismo que si todavía estuviese detrás de él: «Cuando vuelvas, ya no serás un chico; serás un hombre.»

Sintió que los ojos se le nublaban; después, lágrimas.

—Sí, padre…

Pero ninguno de los dos había previsto que el proceso del crecimiento exigiría tanto dolor y soledad.

Libro Tercero

DINERO Y MATRIMONIO

uno

Todos los despachos de los banqueros huelen igual, pensaba Sergei mientras seguía cómodamente sentado en un sillón de cuero; solo que en los de los suizos el olor se acentuaba, como si ese olor procediese de algo viejo y marchito, lo cual daba la impresión de que su dinero también lo era.

Los dos banqueros sentados detrás de la doble mesa lo observaron con atención mientras él seguía callado, dándoles la oportunidad de hablar ellos primero. Aparte de que no tenía mucho que decir.

El más pequeño y calvo inició las presentaciones:

—Yo soy *monsieur* Bernstein —dijo en francés y con marcado acento alemán—, y este caballero es mi socio, *monsieur* Kastele.

Como no hicieron ningún ademán para estrecharle la mano, Sergei siguió inmóvil en el sillón. Asintió en silencio.

Bernstein fue al grano inmediatamente.

—Usted no es príncipe —exclamó mirándole con ojos acusadores detrás de los cristales de sus gafas de oro.

Sergei sonrió y se encogió de hombros.

—¿Y qué? —replicó indiferente—. Ella ya lo sabe.

Los ojos de Bernstein cambiaron de expresión.

—¿Ya lo sabe? —preguntó desconcertado.

Kastele acudió en seguida en ayuda de su socio.

—Ni siquiera es conde —remachó con desprecio—. Solo su padre lo es. Y sirve en el ejército alemán.

De repente Sergei se encrespó, y se puso de pie.

—No sabía que fuéramos a discutir el origen de mi familia.

Tampoco he decidido aún si me casaré o no. Eso es una idea de ella.

Volviéndoles la espalda se dirigió hacia la puerta. Bernstein, con sorprendente agilidad para un hombre tan pequeño, salió de detrás de la larga mesa y lo alcanzó cuando abría.

—*Un moment, monsieur Nikovitch.*

Sergei le vio unas pequeñas gotas de sudor en la calva. Lo miró con desdén y empujó la puerta sin contestarle.

Kastele tomó de nuevo parte en el asunto. Irguió su delgada humanidad, alta y cadavérica, y con una voz suave y untuosa rogó:

—Por favor, alteza. Nadie quiere ofenderle. Háganos la merced de tomar asiento, príncipe Nikovitch. Estoy seguro de que podremos discutir el asunto del contrato matrimonial como caballeros.

Con calculada indolencia Sergei se dejó conducir al sillón. Sabía que dominaba la

escena. Una palabra de Sue Ann a su padre, y los banqueros verían cortada toda relación con la fortuna de los Daley.

Bernstein dio la vuelta a la mesa y se sentó de nuevo. Sus ojos tenían una imperceptible expresión de alivio cuando los fijó en su socio. Una amable sonrisa apareció en su rostro al dirigirse a Sergei.

—Nos hemos puesto en contacto con *Monsieur* Daley, y nos complacemos en informarle que no hay objeción alguna para su boda con su hija.

Eso, pensó Sergei, ya iba mejor.

—Sin embargo, tenemos instrucciones que tienden a proteger los intereses de *miss* Daley. Naturalmente, usted sabe que es la heredera de una gran fortuna, y que esa fortuna está irrevocablemente vinculada a los negocios familiares. De ahí nuestro trabajo para proteger a todas las partes interesadas.

Sergei continuó mudo en el sillón.

—Usted incluido —añadió Kastele con sequedad.

Esta vez Sergei se permitió el lujo de responder.

—Desde luego.

La voz de Bernstein se suavizaba por grados.

—En compensación por los usuales derechos de renuncia a la herencia y otras reclamaciones que hubiese a causa de su situación marital, *monsieur* Daley nos ha autorizado para ofrecerle una dote de veinticinco mil dólares, además de una paga de quinientos dólares al mes desde el día de la ceremonia. Desde luego, todos los gastos de ustedes de mantenimiento, serán sufragados por *monsieur* Daley. Usted no tendrá que pagar absolutamente nada. Desea que usted sea feliz, entendiendo que si usted lo es, su hija también lo será.

Sergei miró al banquero con expresión pensativa.

—Lo siento. No podré hacer muy feliz a su hija con unos ingresos tan míseros. Estoy seguro de que *mister* Daley ya se habrá dado cuenta.

Kastele le preguntó, mirándolo con recelo.

—Entonces, ¿qué es lo que usted consideraría adecuado?

Sergei se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé? Cuando un hombre es el esposo de una heredera de cincuenta millones no puede ir por el mundo con unos peniques en el bolsillo. ¿Qué impresión causaría en los demás?

—¿Cincuenta mil primero y mil al mes dejarían mala impresión?

—Mejoraría un poco.

Sergei sacó la pitillera de oro que Sue Ann le había regalado y encendió el cigarrillo con un mechero asimismo de oro.

—Pero no sería suficiente.

Los ojos de Kastele pasaron de la pitillera y el mechero al rostro de Sergei. Preguntó:

—¿Qué es lo que le impulsa a querer dar una buena impresión?

Dando una chupada al cigarrillo, Sergei expelió el humo lentamente.

—Expondré el asunto con tanta claridad como sea posible, caballeros. No se trata de lo que yo quiera, sino de lo que desea *miss* Daley.

—En cuanto a eso solo contamos con la palabra de usted —terció rápidamente Bernstein.

—No, también pueden contar con la de ella —sacó de nuevo la pitillera y abriéndola la tendió a los banqueros.

—Lean la inscripción.

Bernstein cogió la pitillera y Kastele leyó por encima de su hombro. Sergei no necesitó ver la expresión de cada uno para saber que quedaban convencidos. Decía:

A mi Sergei. Un presente de noviazgo al más grande espadachín del mundo de su vaina más devota.

Tuya para siempre,

Sue Ann.

Al final acordaron una donación de cien mil dólares y dos mil quinientos al mes, añadiéndose una cláusula que decía que en el caso de que un día Sue Ann solicitase el divorcio, Sergei sería indemnizado con una cantidad de cincuenta mil dólares por cada año de matrimonio, hasta cinco, en total doscientos cincuenta mil dólares. Se conocieron hacía escasamente tres meses, a finales de enero, en Saint Moritz. Era una tarde gris, con cielo encapotado y la nieve caía ligeramente; el desapacible tiempo invitaba a quedarse en casa. Debían de ser las cuatro y Sergei estaba medio echado frente al acogedor fuego del chalet que había alquilado para la temporada, cuando oyó que llamaban a la puerta.

¿Quién demonios podía ser con semejante tiempo?, pensó mientras se incorporaba y llamaba a la sirvienta para que fuese a abrir. Al no aparecer la sirvienta, recordó que era su tarde libre y que no volvería hasta las seis. Malhumorado se levantó del sofá y se ajustó los pantalones cuando oyó que llamaban de nuevo.

—¡Ya voy! —rezongó y fue a abrir la puerta—. Ah, eres tú.

Entró un hombre. Llevaba las ropas y las botas totalmente cubiertas de nieve.

—Tenía que suponer que solo un idiota como tú es capaz de venir de la montaña con un tiempo como este.

Kurt Wilhelma, el *skimeister* (profesor de esquí) de Suvretta, se sacudió la nieve mientras preguntaba:

—¿Estás solo?

—Claro que estoy solo. ¿Quién creías que estaría aquí? ¿Greta Garbo?

—No me extrañaría —contestó Kurt—. Vaya, qué bien se está aquí. ¿Tienes algo para beber?

—Hay una botella de vodka en el armario.

Sergei se echó nuevamente en el sofá y miró a Kurt mientras sacaba una botella y un vaso del armario.

—Tengo una magnífica ocasión para ti.

—Sí, como la última —respondió sarcástico Sergei—. Resultó una corista en busca de un buen partido, y cuando ya llevábamos algún tiempo jodiendo como locos, nos enteramos de que los dos íbamos a la caza de lo mismo.

—Todo el mundo puede equivocarse. Pero la de ahora es segura. Lo he comprobado.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha llegado con dos chicas como invitadas suyas, y ha tomado la *suite* real, la que tiene tres dormitorios, y la reserva la hizo el Crédito Suizo, a su propio nombre —Kurt se bebió un vaso de un solo trago—. Y tú ya conoces al Crédito Suizo, no se molesta más que por gente de mucho dinero.

Sergei asintió, añadiendo después de unos momentos de reflexión:

—Quizá se trate de un trío de amantes.

—No —replicó Kurt—. Porque aún no hacía diez minutos que estaban en el hotel cuando ya han empezado a coquetear con algunos de mis muchachos. Les dije que siguieran adelante con dos de ellas, pero hice que dejasen a la rubia hasta que yo hubiera hablado contigo.

—¿Rubia? ¿Y qué aspecto tiene?

—Guapa y muy bonitas piernas. Me ha dado la impresión de que le gustan los hombres a rabiar. No quita los ojos del bulto. Muy maquillada, como la mayoría de las americanas, pero sabe maquillarse. Tú ven, y a ver qué te parece.

—¿Americana dices? —preguntó Sergei—. ¿Y las otras?

—Americanas también.

—¿Cómo se llama?

—Sue Ann Daley.

—¿Sue Ann Daley? —Sergei estuvo un rato sin contestar, pareciéndole que alguna vez había oído ese nombre—. Déjame hacer memoria.

Kurt se sirvió otro vodka mientras Sergei, que no lograba precisar de dónde conocía el nombre de Ann, fue al escritorio y sacó un fajo de cartas, hasta que se fijó en una. Le echó una mirada y dijo:

—Ya sabía yo que no me era nuevo ese nombre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kurt picado por la curiosidad.

Sergei se acercó al *skimeister* sonriendo.

—¿Sabes, viejo, que esta vez no te has equivocado?

—¿La conoces?

—Un amigo mío me escribió acerca de ella cuando esa Ann estuvo aquí hace un año, pero yo estaba muy ocupado.

Sergei sacó de un cajón del escritorio papel de cartas y un sobre en los que había un escudo que decía «Príncipe Sergei Nikovitch». Escribió rápidamente unas líneas,

cerró el sobre, poniendo el nombre de ella y la dirección del hotel que le dijo Kurt.

—Toma. Envíale estas líneas a su habitación con una docena de rosas. Las iré a buscar alrededor de las nueve para que cenemos juntos. Dile a Émile que me reserve la mesa del rincón, con unas flores y unas velas en la mesa. Y una botella de Pipper’21. Además, delante de cada cubierto un ramillete para la cintura.

Kurt lo miró convencido de que las chicas acudirían a la cita. Pero le preguntó:

—¿Y el dinero para las flores?

Sergei soltó la carcajada.

—Ponlo tú. ¡Qué caray! Ya puedes arriesgarte con el veinticinco por ciento que recibes.

dos

Sue Ann comió otro bombón y fue a mirarse al espejo de pared de la habitación; después de quitarse la bata se contempló con aire crítico.

—¡Por Dios…! Por lo bajo he engordado seis o siete kilos desde que estoy en Suiza.

—No estás tan mal —le contestó Maggie para consolarla.

—Son estos malditos bombones —añadió Joan.

Sue Ann se encaró con sus dos amigas, las cuales estaban sentadas en un sofá.

—¿Cómo lo hacéis vosotras? Hace dos años que estáis aquí y seguís tan delgadas como cuando llegasteis.

—Nosotras hicimos lo mismo que tú el primer año —respondió Joan—. Y tú entonces adelgazaste.

—Es la maldita escuela —aseguró Sue Ann—. Parece una cárcel, y te aburres como una ostra; solo te distraes comiendo. Lo único que esperas son las vacaciones.

—Pues ya las tenemos.

—Sí, ¿y cómo me meto el vestido de noche? ¿Qué demonios me voy a poner?

Maggie soltó una risita preguntándole:

—¿Por qué no vas así como estás? Te simplificaría las cosas.

—No creas que no me gustase. Soy tan cachonda que probablemente me correré en cuanto me bese la mano.

—¿Está la mesa a su gusto, alteza? —preguntó Émile respetuosamente.

Sergei miró la mesa con ojo experto.

—Muy bien, Émile. A veces me pregunto por qué no estás en el Ritz de París. En el Ritz tus servicios serían más apreciados.

—Su alteza es demasiado amable. ¿El aperitivo de costumbre?

Mientras Émile iba por el aperitivo, Sergei recorrió con la mirada el comedor. Había notado cómo le miraron desde cada mesa. El traje de etiqueta le hacía aparecer más alto y la blancura de la camisa contrastaba fuertemente con su bronceado rostro. Saludó con inclinaciones de cabeza a las personas conocidas y empezó a tomarse el aperitivo que le trajo el camarero. Sus invitadas no tardarían en aparecer, pues al llegar al hotel les envió su tarjeta.

Vio a las muchachas cuando se dirigían a la mesa y las observó detenidamente. «¡Qué barbaridad! —pensó mientras se levantaba—. ¡Debajo del vestido de noche no lleva nada más!»

Sue Ann, disimulando su principio de gordura gracias a lo alta que era, se le acercó en seguida, tendiéndole la mano.

—Dax me habló de usted muchas veces.

Sergei sonrió y le besó la mano mientras las otras dos amigas se fijaban en su distinción, y él pensó que parecía que Sue Ann lo miraba un poco impresionada.

—¿Cómo le llamaremos? —preguntó Ann cuando se sentaron—. Será un poco embarazoso llamarle alteza toda la noche.

—¿Por qué no me llaman Sergei, que es mi nombre? Después de todo yo no soy príncipe. Mi padre solo es conde. ¿Les gustan los deportes de invierno? —preguntó después.

—Oh, sí —respondieron las otras dos.

—A mí no —dijo Sue Ann—. Yo soy del sur, y odio la nieve y el frío.

—Entonces, ¿por qué viene aquí?

Mirándole fijamente, contestó Sue Ann:

—Para pasarlo bien. Me gustan los disfraces.

—¿Los disfraces?

—Sí, los bailes, la alegría. Me atrae todo lo que no se puede hacer en un internado de señoritas.

—Me parece que ya sé lo que quiere decir —repuso Sergei sonriendo—. Y le diré que pienso igual que usted. Esquiar y patinar no son más que perder el tiempo.

La orquesta se puso a tocar y él se levantó.

—No creo que su antipatía por los deportes alcance también al baile.

Sue Ann se rio, al tiempo que movía graciosamente la cabeza.

—Ah, no. Me gusta bailar.

Tocaban un tango, y notó el calor y la suavidad de su cuerpo cuando se apretó contra ella. La condujo hábilmente, a pesar de que Ann no tenía su habilidad, deslizándose y siguiendo el ritmo como si se movieran en el mejor de los mundos.

Sergei notó la presión de sus cálidos pechos y bajó la vista. Tenía los ojos entornados y la boca entreabierta. «Esta está a punto», se dijo, y se apretó contra su pareja, dejando que su potencia viril se notase.

Sue Ann levantó los párpados y le miró a los ojos.

—Lo siento, no he podido evitarlo —se disculpó Sergei.

—No se preocupe. Me gusta —dijo sonriendo y apretándose más a él.

Al terminar el baile la llevó a la mesa y por pura fórmula sacó a las dos amigas, las cuales, aun sabiendo bailar y siendo incluso más atractivas que Sue Ann, no le produjeron la misma impresión.

Al sentarse adelantó la silla discretamente y con las rodillas tocó las de Sue Ann. Poco después, deslizó la mano por debajo de la mesa y tomando la mano de Sue Ann la guio hasta su miembro empinado, mientras él seguía hablando como si no ocurriese nada.

Luego del descanso, la orquesta tocó otro trago y Sergei le dijo a Ann:

—Nuestro baile.

Ella afirmó, pero al levantarse, se sentó de golpe, exclamando:

—¡Mecachis!

—¿Qué pasa?

Sue Ann miró a sus amigas y luego a él.

—Sabía que no podía prescindir de las bragas. Estoy toda mojada y me ha traspasado al vestido. Toda la gente lo verá.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Maggie.

—Quedarnos sentadas hasta que cierren —propuso Joan.

—¿Qué dices? Aquí no cierran hasta las dos de la madrugada.

—No se preocupen —las calmó Sergei—. Tengo el recurso para que nadie se entere.

—¿Cómo?

Sergei se inclinó hacia ella y como por accidente dio un golpecito a la copa de champaña, vertiéndolo sobre el vestido de Sue Ann.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó en voz alta para que le oyesen desde las mesas vecinas.

Y secándola con una servilleta, añadió:

—Le pido mil perdones por mi torpeza.

Sue Ann sonrió mientras los camareros acudían solícitos; y minutos después, al salir los cuatro, Ann le dijo:

—¿No quiere venir a nuestras habitaciones a tomar el postre y café?

—Encantado.

Las dejó que se adelantasen y cuando le pasaron la cuenta firmó con un florido rasgo. Al atravesar el vestíbulo, hacia los ascensores, Kurt se le acercó.

—¿Y bien…?

—No te preocupes. Esta pagará el alquiler.

Cuando entró en las habitaciones de Sue Ann, ella se había puesto un salto de cama y estaba sentada en el sofá.

—¿Ya se ha arreglado todo? —preguntó Sergei.

—Ya lo ve. He pedido café, dulces, caviar y champaña.

—¿Caviar y champaña?

—Es lo mejor para estar un poco alegres.

Maggie se levantó diciendo:

—Bueno, nosotras nos vamos ya.

—¿Por qué? —preguntó Sergei mirando a Sue Ann—. Pensé que íbamos a celebrar una fiesta.

—Pero solo estás tú… —contestó Joan.

—¿Por qué creéis que encargué caviar y champaña?

Sue Ann soltó la carcajada. Era el lenguaje que más le complacía.

—Te crees muy bueno ¿no?

Él sonrió.

—Soy el mejor de todos.

—¿Crees que podrás con todas?

—Soy un hombre sencillo que solo sobresalgo en este deporte. Los demás, ya te lo dije: es perder el tiempo.

Sue Ann miró a sus amigas.

—¿No os decidís? Yo, sí.

Maggie y Joan se miraron dudando.

—¿Pero qué estáis esperando? —dijo Sergei riendo—. Me porto mejor cuando tengo público.

—Tengo hambre —dijo Sergei.

—Yo también.

—Pues comed —bostezó Maggie—. Yo no me tengo de sueño.

—¿Qué…?

Sergei no acabó la pregunta al ver que Joan ya estaba profundamente dormida.

—Solo quedamos nosotros —dijo él riendo.

—Así hubiera sido desde un comienzo si tú no fueras tan exhibicionista —repuso ella con un ligero sarcasmo en el tono.

Sergei se rio de nuevo y dejando la cama se dirigió desnudo a la sala de estar. Seguidamente se sentó en el sofá, untó con mantequilla una tostada y le agregó una espesa capa de caviar. Viendo que Sue Ann se le acercaba, le dijo con la boca llena:

—Sírvete tú misma.

—¡Eres un cerdo!

Sin responder, Sergei cogió otra tostada.

—Creí que los europeos erais más caballeros.

—Si quieres que te traten como a una dama, ponte alguna ropa —le replicó.

Sue Ann lo miró sin decirle nada, y se fue al cuarto de baño, volviendo con dos albornoces blancos. Le arrojó uno a él y ella se puso el otro, sentándose en la silla que había delante de Sergei, cuyo albornoz seguía en el lugar donde había caído, sobre sus rodillas.

—¿Qué estás mirando?

—Nada —respondió ella—. Solo me pregunto…, entre nosotros, ¿qué estás tratando de probar?

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes. Dax es tu amigo, pero no ha sido el único hombre con quien me he acostado… ¿Por qué has querido demostrar que vales más que él?

—No ha sido eso. Antes has dicho la verdad —dijo riendo Sergei—. Soy un cerdo. Pensé que sería divertido copular con las tres.

—No, no es verdad. No eres tan estúpido.

—De acuerdo —dijo él enfadado—. Trataba de probar que era el mejor de todos.

—No tienes por qué enfadarte. Lo eres ¿sabes? —Sonriendo, añadió—: Lo has

demostrado. De todos los hombres que he tenido tú eres el más viril.

De repente Sergei recuperó el sosiego.

—No he conocido a nadie como tú —continuó ella—. Me corría cada vez, incluso cuando estabas con las otras. Si ellas se corrían, yo también. Al cabo de un rato estaba como loca. Te deseaba para mí sola. Te diste cuenta ¿no?

—Sí.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

Sergei se puso en pie de pronto.

—Vámonos, vístete.

—¿Adónde nos vamos?

—A mi casa. Donde estemos solos.

Mirándole con expresión dubitativa Sue Ann le indicó con el gesto los otros dormitorios.

—¿Y ellas?

—¡Que se jodan! Déjalas que se arreglen por su cuenta. Tú eres la única mujer que deseo.

tres

El pálido sol de marzo hacía brillar la nieve y entraba por la ventana de la habitación donde estaban desayunando.

—Me parece que vamos a tener que casarnos, querido.

Sergei se quedó con el vaso de jugo de naranja en la mano.

—¿Por qué?

—Por la razón más natural. Estoy embarazada.

Sergei no contestó.

—¿No lo habías previsto?

—Algunas veces lo pensé —admitió—. Pero creí que habrías tomado precauciones.

—¿Cuándo? Si no tuve ni tiempo. ¿Lo lamentas?

Él hizo un signo negativo.

—Entonces, ¿en qué piensas?

—Sé de un doctor… Es muy bueno.

Esta vez fue Sue Ann quien no dijo nada. Los ojos se le llenaron de lágrimas y dijo con voz apagada:

—Está bien, si es lo que tú quieres…

—¡No! —exclamó él ásperamente—. No es lo que yo quiero. Pero ¿qué dirá tu familia?

—No me importa lo que digan. No seré la primera que me case en iguales condiciones.

—No es esto lo que quiero decir. Mira, que te diviertas con un príncipe que vive de su tipo, es una cosa, pero que te cases con él es otra. Serás el hazmerreír de todos.

—Mi abuelo me dejó cincuenta millones que serán míos cuando cumpla veinticinco años o cuando me case. Teniendo ese dinero podemos mearnos en todos ellos.

Él la miró fijamente.

—A eso me refiero, y no hace más que empeorar las cosas.

Sue Ann replicó colérica.

—¿Qué clase de *gigoló* eres tú? ¿Acaso mi dinero no es tan bueno como el de cualquiera? ¿Prefieres el de ese viejo de Montecarlo, se llame como se llame, o el de la mujer que te manda cheques desde París?

Sergei se quedó asombrado.

—¿Tú sabes eso?

—Claro que lo sé. ¿Qué crees que hicieron los banqueros de mi padre cuando vieron que había dejado la escuela y me venía a vivir contigo? Me dieron un informe completo.

Luego de un largo silencio dijo Sergei:

—Y aun así, ¿insistes en casarte conmigo?

—¿Te extraña?

—¿Por qué? No lo comprendo.

—Entonces, es que eres tonto. Tú sabes lo que yo necesito. Antes de conocerte estaba preocupada pensando que hay algo en mi naturaleza que no funciona como es debido. Un hombre solo me parecía que nunca me llenaría. A veces solían ser tres, uno tras otro. Pero, impensadamente, apareciste tú.

—¿Y esta razón te parece suficiente para casarnos?

—Para mí, sí. ¿Qué otra razón hace falta si dos personas se satisfacen como lo hacemos nosotros?

—Hay algo que se llama amor.

—Estás hablando como un idiota. ¿Me puedes explicar qué es el amor?

Sergei no respondió. Lo invadió cierta tristeza y un sentimiento de piedad por ella. La miró a los ojos y vio reflejado en ellos el desesperado miedo de que él la rechazase. Entonces comprendió que Sue Ann estaba aterrada ante lo que ella era, lo que había sido y lo que sería y con el peligro de no hallar nunca al hombre que necesitaba.

Ann intentó sonreír mientras añadía:

—Tú y yo somos muy parecidos. No perdemos el tiempo hablando. Si lo que hay entre tú y yo no es amor, es lo más parecido.

La piedad que sentía por ella le impidió razonar y decirle que precisamente aquellos motivos serían lo que más tarde destruirían su relación. Tarde o temprano, cualquiera de los dos se refugiaría en un tercero y sería el final.

—Está bien —respondió.

Y mientras íntimamente se preguntaba quién sería de los dos el primero en sucumbir, agregó:

—Nos casaremos.

En principio se convino en celebrar la boda en una pequeña capilla de las afueras de Saint Moritz, pero solo fue un propósito.

El dinero de los Daley era demasiado importante para que fuese ignorado, y se casaron en la catedral, con cíen invitados y un ejército de reporteros.

—No parece que estés muy feliz —dijo Roberto, mientras esperaban en la sacristía.

Sergei se alejó de la puerta desde donde había estado mirando la abarrotada iglesia y respondió:

—Todavía estoy por ver que un novio ponga cara de hombre feliz.

Roberto soltó la carcajada.

—No te preocupes; te encontrarás mejor cuando se inicie la ceremonia.

—Lo sé. Pero no es ese momento el que me preocupa sino después.

Roberto no respondió. Él también tenía sus dudas. Sergei se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—Dax tenía que estar aquí. Este espectáculo le habría divertido mucho. Pienso si no recibiría la invitación. ¿No has sabido nada más de él?

—Desde que se fue de Harvard hace un año, ni una palabra. Le escribí varias veces, pero nunca me ha contestado.

—Creo que su país es muy extraño, algo salvaje. Espero que no le haya sucedido nada.

—Estará mejor que nosotros. Sergei le miró con cierta inquietud. —¿Crees que habrá guerra?

—No veo cómo se podrá evitar. La guerra de España está casi al final, y se puede decir que Alemania está armada hasta los dientes. Tú lo sabes por las cartas de tu padre. Se rio con sarcasmo añadiendo:

—Ahora Chamberlain va a Múnich a parlamentar con el demente ese, pero perderá el tiempo. No conseguirá nada.

—¿Qué opina tu padre?

—Transfiere todo lo que puede a América. Incluso quiere que Carolina y yo volvamos allá.

—¿Irás?

Roberto denegó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Por dos razones muy importantes. Porque soy judío y porque soy francés.

—Pero puedes evitar el ir a la guerra. No eres un soldado. —Mi deber es luchar. Ya son demasiados de los nuestros que huyen sin plantarle cara al monstruo.

La música del órgano llegó a la estancia. Roberto miró a través de la puerta y retrocedió diciéndole a Sergei:

—*Allons, mon enfant*, que van a convertirte en un hombre. Los reporteros de las agencias internacionales que se agrupaban en el fondo de la nave miraban a la pareja frente al altar.

—Vean al barbián —exclamó uno de la AP—. Dentro de diez minutos estará besando a cincuenta millones reunidos.

—Parece que estás celoso.

—Detesto al afortunado. Si fuese un muchacho americano… ¿Qué hay contra los buenos chicos americanos?

—No lo sé —susurró una periodista a su lado. Era Irma Andersen, que llevaba la página matrimonial de la Cosmo World; pero en el acto añadió con perversa intención —: Según he oído por ahí, los ha probado todos y resultó que les faltaban las cualidades indispensables.

—Vamos, vamos…

—Ojalá pudiera permitirme el gustazo de probar el caviar y un buen champaña —

dijo otro—. Seguramente el truco está en eso.

—No sueñes imposibles. Los pobrecitos como nosotros debemos ser fieles a las ostras.

El reportero de la AP le miró y sonrió.

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué haremos en el verano?

cuatro

El crujir de las hojas secas pisadas lo despertó, y cogiendo en el acto el rifle que tenía sobre la manta, vio que Gato Gordo salía afuera con la pistola amartillada, escurriéndose sigilosamente entre los árboles. Tratando de no hacer el menor ruido, Dax cargó el arma y esperó. Miró al cielo y no tuvo necesidad de mirar el reloj para saber que eran las cinco. Segundos después se tendía y aplicaba el oído al suelo. Las pisadas se habían interrumpido. De pronto oyó un rumor de voces y respiró aliviado. Si fuesen enemigos no hablarían, y lo único que acaso se oyese sería el sordo rumor de la muerte.

Las pisadas volvieron a oírse, y Dax se asomó afuera, sin salir de la pequeña cueva donde dormían, mirando hacia el campo. Por precaución tomó el rifle y apuntó hacia la curva del sendero.

Apareció el uniforme de vivos colores del soldado, y detrás, casi invisible por el suyo de color caqui, iba Gato Gordo empuñando la pistola. Esperó hasta que estuvieron muy cerca, y entonces se levantó.

El soldado, todavía nervioso y pálido ante el encuentro con Gato Gordo, se adelantó saludando.

—Cabo Ortiz, mi capitán. Le traigo unos despachos del Presidente.

—Siéntese, cabo —invitó Dax sentándose él en el suelo—. Aquí no andamos con ceremonias. Usted ofrece un estupendo blanco con ese uniforme.

Con un suspiro de alivio, el soldado se sentó.

—Hace un mes que estoy buscándolo a usted.

—Pues pudo costarle otro mes, porque dentro de una hora nos iremos de aquí.

Dirigiéndose a Gato Gordo le preguntó si hacía café.

Gato Gordo contestó que sí y encendió varios troncos en un recodo donde el viento pudiese dispersar el humo, y, mientras, vio que el soldado abría la mochila y entregaba a Dax un paquete de cartas atadas con una goma. Sentado en el suelo y apoyando la espalda en una roca, Dax abrió un sobre y sacó una hoja escrita que tenía un membrete en relieve. Mientras la leía empezó a reír, y le pasó la carta a Gato Gordo.

—Mira, Gato. Estamos invitados a una boda.

Gato Gordo, sin apartarse del fuego, comentó:

—¡Qué bien! Nada mejor que una boda para… Comida, música y mujeres. ¿Quién se casa?

—Sergei y Sue Ann Daley.

—¿La rubia?

—Esa.

—Ella acabará con él. Quizás estemos todavía a tiempo de avisarlo.

Dax preguntó al soldado:

—¿A cuántos estamos?

—A doce de abril.

—Demasiado tarde. Hace dos días que se casaron, en Suiza.

Gato Gordo movió la cabeza compadeciéndose.

—Pobrecito.

Los dos se miraron y soltaron la carcajada.

El cabo Ortiz los miraba desconcertado. ¿Por una tontería como esa lo habían mandado allí, arriesgando la vida y afrontando tantos peligros en unas montañas donde no se daba un paso seguro, y para llevar una participación de boda a la que no podían ir? Verdaderamente la vida de un soldado no era para envidiarla.

Dax abrió las otras cartas y las fue echando al fuego, quedándose solo con la última, en la que había el sello de la casa presidencial.

—El Presidente dice que volvamos.

—¿Para qué? —preguntó Gato Gordo al echar café en un pote de latón que le pasó a Dax y preparando otro para el soldado.

—No lo dice.

Dax le preguntó al soldado:

—¿Usted lo sabe?

—No, capitán —contestó el cabo—. Soy un sencillo soldado y no sé nada.

Gato Gordo rezongó:

—Tres meses viviendo como animales en estas montañas, y ahora que ya estábamos al final del trabajo, tenemos que volver. ¿Por qué no tardó usted dos días más en encontrarnos? Solo dos días más.

El soldado palideció al ver la sequedad con que le preguntó Gato Gordo.

—Yo…

—Quizá podamos arreglarlo —lo tranquilizó Dax—. Aquí en los montes los días son siempre iguales y es muy fácil confundir las fechas. El bueno del cabo nos encontró el catorce. ¿Verdad?

Ortiz los miró a los dos, sin adivinar cuál de ellos sería más peligroso, si el joven moreno, casi negro a causa del sol, o él gordo, que se deslizaba tan silenciosamente como un puma. Y pensó que si decían el catorce, sería el catorce. ¿Qué importancia podían tener en la selva dos días, principalmente estando en juego la vida de una persona? La suya.

—Desde luego, mi capitán —dijo—. El catorce.

Dax se levantó sonriendo.

—Vamos, pues. Tenemos un duro trecho hasta donde nos espera el Cóndor.

¡El Cóndor! Ortiz sintió que los intestinos se le encogían. ¡Era al Cóndor a quien ellos buscaban! El Cóndor, el bandolero que aterrorizaba la región desde hacía cinco años y que había jurado matar a quien cayese en sus manos vistiendo el uniforme del ejército.

—Tengo que irme —murmuró poniéndose de pie en el acto.

—No se vaya —le aconsejó Dax—. Está más seguro con nosotros.

—Sí —confirmó Gato Gordo—, y más llevando ese uniforme, el más peligroso para andar por aquí.

—¿Crees que podrás encontrar otros pantalones para él?

—Tengo unos de repuesto, pero le vendrán algo grandes.

—Es igual; así irá más cómodo.

Ortiz estaba deseando los pantalones y tirar su uniforme.

Dax miró hacia el valle.

—Mira.

Siguiendo la dirección de su mano, Gato Gordo divisó una ligera columna de humo a cierta distancia.

—Ya han llegado y nos están esperando —dijo Dax satisfecho—. Tal como nos prometió el Cóndor.

—¿Cuál crees que será su respuesta?

Dax se encogió de hombros.

—Solo Dios lo sabe.

—¿Respuesta a qué? —preguntó Ortiz.

—El Presidente nos envió para ofrecerle la amnistía —le contestó Gato Gordo—. Si rinde las armas y se presenta en Curatu se le perdonará todo.

—¿Amnistía para el Cóndor? —preguntó aterrado el cabo, santiguándose—. ¿Y quién les dice que se fiará de ustedes?

—Conoció a mi padre —dijo Dax—. Sabe que no soy de ninguna facción, y que solo me interesa la verdad. Tardamos mucho en localizarlo, pero hace una semana nos dijo que nos daría su contestación dentro de siete días. Pasaremos aquí la noche y bajaremos mañana.

—¿Creen que el Cóndor vendrá? —preguntó Ortiz, mientras Gato Gordo desenrollaba las mantas.

—Eso lo sabremos mañana por la noche —respondió Gato, y añadió unas palabras que estremecieron al soldado—: Eso si vivimos.

Dax se tumbó cara al suelo, mirando el valle. El día daba paso a la noche y la gris claridad crepuscular sucumbía ante las sombras.

Los ruidos nocturnos empezaron a elevarse y la humareda del campamento de los bandoleros ya no se distinguía. Dax pensaba que todo era distinto de como esperó, y sencillamente se debía a que las cosas no habían cambiado.

No fue hasta que llegó a su patria que se dio cuenta de que todo seguía igual. Nada de lo que su padre ambicionó se había realizado. El país seguía careciendo de escuelas y las pocas que había en Curatu estaban acaparadas por los hijos de la oficialidad. En los demás pueblos de la comarca no había una.

Y a pesar de que la capital tenía una red de carreteras asfaltadas y rectas, no iban a ninguna parte, pues a pocos kilómetros de la ciudad empezaba la jungla. En las

montañas y valles del interior, las partidas de bandoleros seguían aterrando a la población campesina. Su único consuelo ante tan triste panorama fue pensar que por lo menos su padre se evitó este terrible desengaño. No fue para tanto abandono por lo que dio su vida y sus energías. Luego Dax deambuló por el puerto contemplando el ir y volver de las lanchas y las gabarras y oyendo a los vendedores de pescado pregonando su mercancía. Por todas partes se veían uniformes rojos y azules, y en cada plaza veía una estatua del Presidente.

Solo una semana después se dio cuenta de que los soldados lo seguían y de que todo el mundo lo miraba como a un extraño. Su acento era diferente del de la gente del país y los trajes que se ponía demostraban que pertenecía a otra sociedad.

Empezó a abrumarle su soledad, el aislamiento en que vivía, hasta que la atmósfera de la ciudad le pareció irrespirable, y fue entonces cuando comprendió que él ya no era el mismo que años atrás abandonó el país. Era algo más, alguien más.

Con decisión repentina e instintiva abandonó la capital y se refugió en la hacienda donde nació.

Allí, donde se habría dicho que el cielo y la tierra se juntaban, que las montañas se teñían de púrpura y parecía que se tocasen el sol y las estrellas con la punta de los dedos, esperaba recuperar el perdido sentido de la libertad. La razón de su ser.

cinco

Una tarde, varias semanas después, estaba sentado en el patio y contemplando los montes cuando Gato Gordo salió de la casa y se sentó a su lado.

—¿No es igual ahora?

Dax cogió un puro habano y lo encendió antes de responder.

—No.

—Las cosas nunca son iguales —razonó Gato Gordo—; pero eso ya lo sabías.

—Sí, ya lo sabía.

En la voz de Gato Gordo había ira.

—Yo creí que el Presidente…

—¿Qué?

—Encontraría algo para ti —gruñó rabioso.

Dax se sonrió.

—¿Algo como qué? —Viendo que Gato no le contestaba, agregó—: El Presidente tiene otras cosas en que pensar.

Gato Gordo se calló, mirando hacia las montañas, y al cabo de un momento dijo:

—Llegan unos jinetes… Son soldados.

Dax se levantó y se fue a la barandilla. No oía ni veía nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo los caballos de los soldados llegan al paso. ¿Esperas a alguien?

Dax negó con la cabeza. Ahora ya oía las pisadas de los caballos, y vio que Gato Gordo sacaba el revólver.

—Creo que dijiste que son soldados.

—Son soldados, pero la vida se conserva si uno no se fía ni de su sombra.

Siguieron en el mismo sitio hasta que vieron los uniformes azules y rojos.

—Llegarán sudorosos y muertos de sed. Voy a prepararles unos refrescos —dijo Gato Gordo.

Dax vio que los soldados se acercaban. Era una escuadra de unos catorce hombres montando los nerviosos caballos de la región que oportunamente requisaba el ejército. Al frente iba un capitán y a su lado un oficial joven y delgado, cuyo grado no podía precisar por carecer de galones su uniforme. Al llegar a la puerta de la cerca, el capitán levantó una roano y el grupo se detuvo.

Los dos oficiales enfilaron el camino que conducía a la casa y fue entonces cuando Dax reconoció al más joven. Pese a lo estilizado de su figura, lo ajustado de su uniforme parecía acentuar aún más las femeninas redondeces. Ella volvió la cabeza y sonriéndole echó a correr súbitamente hacia él.

Dax se apresuró a descender los escalones para ir a su encuentro. Parándose de golpe, ella levantó la cabeza y le miró. Era como si ella hubiera vuelto a la niñez y de

repente se diera cuenta de lo mucho que había crecido su hermano mayor.

—¿Dax? —inquirió roncamente, casi jadeante.

—¡Amparo!

Ella se le acercó con ojos brillantes y sin acertar a decir nada. Fue él quien rompió el silencio.

—Quítate el sombrero.

—¿Para qué?

—Porque no sé qué he de hacer, si besarte o saludarte a lo militar.

Con una sonrisa feliz, ella se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo mientras se le echaba encima y le abrazaba y él acariciaba su largo pelo rubio caído sobre los hombros.

—¡Dax, Dax…! ¡Si me cuesta creerlo! ¡Eres tan… tan buen mozo!

Al abrazarla Dax advirtió el calor de su cuerpo.

—También tú has crecido un poco, Princesa.

Ella le miró.

—¿Cómo pudiste irte sin verme antes?

—Estabas en Panamá y nadie sabía cuándo volverías.

—Papá lo sabía.

El rostro de Dax se ensombreció.

—Solo vi al Presidente una vez, y me pareció que estaba muy ocupado.

—Papá siempre está ocupado.

Dax oyó que alguien se aclaraba la garganta detrás de ellos. Confusa, Amparo se volvió.

—Capitán de Ortega, el señor Xenos.

El capitán saludó y estrechó la mano de Dax.

—Excelencia…

—Capitán de Ortega, bienvenido a mi casa. Se oyeron unos pasos en la galería y Amparo exclamó:

—¡Gato Gordo! No has cambiado nada.

Amparo llevaba un precioso vestido blanco y en el cuello y en las orejas cabrilleaba un juego de diamantes y esmeraldas que hacían resaltar la cálida suavidad de su bronceada piel.

Dax le dijo sonriendo:

—Eres el primer huésped que tengo desde que volví. Supongo que te quedarás algunos días Tenemos mucho que hablar.

—Ya me gustaría… —contestó Amparo, mirando insegura al capitán de Ortega.

—Prometí a su padre que volveríamos mañana —dijo el capitán.

—Lo siento, pero es verdad —se disculpó Amparo.

Dax clavó los ojos en Ortega, viéndolo impasible. Miró a Amparo y dijo:

—Ven, vamos a tomar una copa en la galería.

—Si me lo permite, excelencia —dijo el capitán—, iré a dar órdenes a mis hombres, y luego me retiraré. Debemos ponernos pronto en camino.

—Desde luego, capitán.

Al irse este, se quedaron callados unos instantes. Dax sacó uno de sus delgados cigarros negros.

—¿Puedo fumar también?

—Perdóname —se excusó, y encendió uno para ella.

—¿Y bien? —preguntó Amparo.

—Después de tanto tiempo han cambiado muchas cosas.

—Diez años no son tanto tiempo —contestó ella mirándole con sus grandes y azules ojos—. Yo no he cambiado, ¿verdad? ¿Y tú?

—Sí, has cambiado y yo también. Todo ha cambiado.

—Pero hay cosas que nunca cambian.

Estaban sentados contemplando la noche. Las estrellas centelleaban salpicando el cielo y en el campamento de los soldados los fuegos parecían luciérnagas.

—¿Siempre viajas con esa escolta?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Papá lo quiere. Ve peligros por todas partes. Ladrones, bandoleros…

Dax preguntó con ironía:

—¿Todavía?

—Algunos que aún se resisten a mi padre. Siempre hay quien no quiere ver el lado bueno.

Dándose cuenta de lo que él sentía, añadió:

—Estás decepcionado, ¿verdad? Esperabas ver más cosas cambiadas.

—En ciertos aspectos, sí.

—No es tan fácil —replicó ella vivamente—. Y te comprendo, porque a mí me pasó lo mismo cuando después de cinco años volví de la universidad de México. Pero cuando ya llevaba tiempo aquí empecé a comprender.

—¿Sí?

—Sí. Tú has estado fuera del país más tiempo que yo, y has olvidado lo que es nuestra gente. La mayoría se opone a los cambios. Y se resisten a hacer el menor esfuerzo. Incluso mandar a sus hijos a la escuela les representa un trabajo.

—Quizá se deba a que no hay sitio para ellos en los colegios, y solo pueden ir los hijos de los influyentes.

—Al principio no era así; después dejaron de asistir. La mayor preocupación de papá es prepararse para la guerra.

Dax la miró interrogante.

—Tú has estado en el extranjero, y sabes que tenemos muy cerca la guerra.

—¿Pero qué tenemos que ver nosotros con la guerra? Corteguay será neutral.

—En cierto modo, no. El Presidente dice que será una magnífica oportunidad para el país. Alguien tendrá que exportar artículos comestibles a los países beligerantes.

—La guerra no solo necesita plátanos y café.

—Ya lo sabe. Hace más de tres años firmó un acuerdo con unos ganaderos muy importantes de Argentina, otorgándoles concesiones especiales para que abriesen negocios aquí. De este modo el próximo año tendremos más de medio millón de kilos de carne de buey para la exportación.

Dax, que conocía la índole especial de las concesiones del Presidente, se preguntó qué cantidad se había embolsado.

—¿Y cuánta de esa comida se ha reservado para los campesinos?

—Has estado fuera demasiado tiempo —replicó Amparo—. ¿Olvidas que los campesinos no comen carne de buey? Prefieren lo que siempre han comido: verduras, aves, cerdo…

—Será porque el buey ha sido siempre demasiado caro.

—Papá tiene razón —exclamó Amparo con enojo—. Eres lo mismo que tu padre.

Dax la miró sorprendido.

—¿El Presidente ha dicho eso?

Al afirmar ella, Dax se sonrió.

—Esto es lo más agradable que he oído en mucho tiempo.

Con un impulso afectuoso, Amparo le puso una mano en el brazo.

—Dax, Dax… No quisiera que nos peleáramos.

—Ni yo; te lo aseguro.

—¿Qué proyectos tienes? No puedes quedarte aquí sin hacer nada.

Dax dio unas chupadas al cigarro y miró pensativo hacia el camino, viendo las hogueras de los soldados.

—Lo he pensado muchas veces •—dijo—, pero estuve varias semanas en Curatu y nadie me ofreció nada. Entonces me vine a casa.

—El Presidente está muy dolido porque no hablaste con él antes de dejar la ciudad.

—¿Cómo podía hacerlo? Cuando intenté verle estaba ocupado.

—¿Cómo iba a suponer que te querías ir?

—¿Habría cambiado algo? ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Menear el rabo y esperar que me echasen un hueso?

—Ven conmigo a Curatu y habla con él.

—¿Te ha enviado?

—No; ha sido idea mía. Está muy dolido contigo, y anhela verte, aun cuando jamás lo admitiría.

Dax reflexionó un momento y decidió:

—No. Me quedo aquí. Cuando tu padre me necesite, ya ordenará que me llamen.

Pasaron nueve meses antes de que el Presidente lo llamase. Cuando Dax entró en

su despacho lo abrazó efusivamente y se comportó como si solo hiciese unos días que se hubiesen separado.

—La mayor ambición de tu padre —le dijo— fue que el país estuviera unido y regido por un gobierno que representara por igual a todos los ciudadanos. También es la mía. Y casi lo he conseguido, pero en la provincia de Asiento, el Cóndor sigue todavía con su sedición. Él conocía a tu padre y le quería, y si tú consiguieras llegar hasta él con una propuesta de amnistía, estoy seguro de que te escucharía. Podrías ofrecerle un puesto en el gobierno, sin que deba temer ninguna represalia.

seis

—Yo no soy un político —declaró el viejo Cóndor—. No soy más que un simple asesino que no entiende casi nada de lo que dices. Pero me gustaría que mi hijo fuera a la escuela para aprender a leer y a escribir, y que hablase tan bien como tú. No quiero que se pase la vida como yo, luchando por la vida y escondido por estos montes. Dax contempló a la luz de la hoguera al viejo bandolero, el cual, sentado con las piernas cruzadas al estilo indio y con una colilla de cigarro pegada a una comisura, permanecía impasible. Detrás de él, sus subordinados también se mantenían inexpresivos mientras el sol mañanero espejeaba en las hojas de sus cuchillos y brillaba el cañón de cada revólver.

De pie al lado de su padre estaba el hijo del Cóndor. De catorce años y alto y delgado, miraba con el recelo de un animal salvaje. Lo mismo que los demás, llevaba cuchillo y arma corta.

Dax fijó su atención en el Cóndor.

—¿Entonces aceptas la propuesta del Presidente?

—Soy viejo —repitió el Cóndor— y no me importa morir, pero no quiero que mi hijo muera conmigo.

—Nadie le hará el menor daño. Tienes la palabra del Presidente.

—No quiero ser gobernador de Asiento —continuó el bandolero como si no lo hubiese oído—. ¿Qué entiendo yo de gobernar? Lo único que quiero es que mi hijo no muera.

Se quitó la colilla de la boca y con una brasa del fuego la encendió de nuevo, agregando:

—Tenía ocho hijos y tres hijas. Todos han muerto menos este.

—Que no morirá —repitió Dax—. El Presidente te lo garantiza.

—Diablo Rojo es tonto. Gutiérrez nos matará a todos.

Dax miró sorprendido al bandolero, cuyo rostro seguía inalterable, delatando únicamente su origen indio el trazo almendrado de sus ojos. Se preguntó cómo le podría explicar a este viejo, para quien el tiempo parecía haberse detenido, que Gutiérrez hacía mucho tiempo que ya no existía, y que el gobierno no era el mismo de entonces, aunque los soldados llevasen el mismo uniforme; que había pasado mucho tiempo desde que el Presidente de Corteguay fuera Diablo Rojo, el bandolero que se fue a las montañas levantándose contra el gobierno. Que él mismo, Dax, había visto cómo capturaban a Gutiérrez y se lo llevaban para ajusticiarlo. Antes de que pudiese hilvanar una respuesta, el Cóndor continuó:

—Si tú garantizas la vida de mi hijo jurando por el alma de tu santo padre, a quien todos veneramos, estoy dispuesto a aceptar la propuesta de Diablo Rojo.

—Lo juro.

El Cóndor respiró aliviado.

—Bueno —dijo levantándose pesadamente—, ve a decirle a Diablo Rojo que le esperaré en Asiento el último día de este mes. Entonces empezará la paz entre nosotros.

El Presidente hizo cerrar la puerta por su secretario y exclamó satisfecho:

—Has llevado a cabo la empresa a mi entera satisfacción.

Dax no respondió ni pareció que el Presidente, sentado en su despacho, lo esperase. Si no fuera por algunas primerizas canas, tenía el mismo aspecto que la primera vez que lo vio. Llevaba el uniforme de general, pero sin condecoraciones ni insignias de ninguna clase. Él sabía que su sencillez exterior era lo que más impresionaba al pueblo.

—Ahora habrá paz. El Cóndor era el rebelde más importante. Los otros no tienen importancia; caerán como moscas.

—Quizá podría llegarse a un acuerdo igual con ellos. Seguramente se avendrían al ver que se respeta al Cóndor.

—No tienen importancia —dijo el Presidente, inclinando un poco la cabeza y añadiendo—: De todos modos no tienes que preocuparte, pues pienso nombrarte cónsul en Europa.

Dax lo miró asombrado.

—¿En Europa? ¿Por qué?

—La guerra de España está a punto de terminar, y este es el momento para establecer relaciones con el general Franco.

—Pero ¿y el general Mola? —preguntó Dax—. Creía que él iba a ser el presidente.

El Presidente negó con la cabeza.

—Mola murió y, además, hablaba demasiado. Me di cuenta al oír sus manifestaciones respecto a la quinta columna antes del sitio de Madrid. Con esta declaración perdió prestigio, pues la capital tardó en caer. La primera cosa que un dirigente debe aprender es saber mantener la boca cerrada. Jamás debe permitir que nadie, sea amigo o enemigo, sepa lo que piensa o lo que planea.

Dax se preguntó cuántas veces su padre tuvo que quedar absorto ante los calculados silencios del Presidente. Tratando de rechazar estos pensamientos, preguntó:

—¿Qué es lo que tengo que hacer en España?

—España necesita comida, y nosotros tenemos un excedente que hay que vender. También carece de muchas materias para empezar su reconstrucción. Los gringos del Norte se han apartado estúpidamente de Franco, y nosotros, comprándoles a ellos y vendiendo a Franco, haremos un estupendo negocio.

Dax empezó a sentir respeto por el hombre que tenía delante. Ahora comprendía

lo que lo diferenciaba de los sediciosos que infestaban las montañas y lo que atrajo a su padre. Equivocado o no, digno de confianza o desconfianza, el Presidente siempre miraba al mañana. No importaba que una parte sustanciosa de los beneficios fuese directamente a su bolsillo. Poco o mucho, Corteguay se beneficiaba.

—Entablarás relaciones con el gobierno de Franco —continuó el Presidente— y concertarás un acuerdo con él. Seremos sus agentes en el mercado internacional.

—¿Y si a Franco no le interesa?

El Presidente sonrió.

—Le interesará. Es como yo, un hombre realista. Sabe que no puede contar con sus aliados alemanes e italianos una vez concluida la guerra, porque pronto estarán ocupados con su propia guerra. No te preocupes. Franco firmará el acuerdo.

—¿Cuándo quiere que me vaya?

—Él día tres del próximo mes te irás en un barco que saldrá para Francia.

El Presidente se levantó y apartándose de la mesa se acercó a Dax, añadiendo:

—Y ahora una cosa más.

Dax sonrió.

—¿Otra?

Antes de responder, el Presidente cogió una silla, se sentó muy cerca de Dax y su voz se dulcificó.

—Tú sabes que desde hace mucho tiempo te he considerado como a un hijo. Te lo dije aquel día que bajaste de las montañas con Amparo y mis hijos habían muerto. He pensado muy a menudo en vosotros dos.

Dax se dio cuenta de lo que se avecinaba, y levantó la mano tratando de interrumpir al Presidente.

—Pero entonces éramos niños.

El Presidente prosiguió:

—Recuerdo la bonita pareja que hacíais, ella tan rubia y tú tan moreno; ella desamparada y tú protegiéndola. Le dije a tu padre: «Algún día…».

Dax se levantó.

—No, excelencia, no. Es demasiado pronto para hablar de estas cosas.

El Presidente le atajó en el acto.

—¿Demasiado pronto? ¿Demasiado pronto para mí que estoy esperando que un hijo ocupe mi puesto? Estoy envejeciendo y algún día desearé dejar tan pesada carga y retirarme al campo sabiendo que el país queda en las manos de mi hijo.

La voz del Presidente era sincera y su expresión parecía noble. Durante unos segundos Dax casi creyó en él, pero lo que añadió destruyó en seguida su ilusión.

—El matrimonio de vosotros dos uniría definitivamente al país. El nombre tan respetado de tu padre, al unirse al mío, convencería a los montañeses de que son sinceros nuestros esfuerzos.

Dax le miró sin decir nada, y el Presidente lo aprovechó para continuar.

—Amparo es maravillosa, pero es una chica, y son muy pocas las cosas que

puede hacer una mujer. Lo que yo necesito es un hijo. Tú serás mi brazo derecho.

Dax se sentó de nuevo.

—¿Se lo ha dicho a Amparo?

El Presidente lo miró sorprendido.

—¿Para qué?

—Podría no querer casarse conmigo.

—Amparo hará lo que yo diga. No se opondrá a nada que sea para el bien de Corteguay.

—Sin embargo, creo que tiene el derecho de ser ella quien escoja a su marido.

—Desde luego, desde luego. Entonces, ¿hablarás con ella?

Dax inclinó la cabeza afirmativamente, pero para sus adentros decidió que lo haría al año siguiente, a su vuelta de Europa. Durante ese año podían cambiar muchas cosas, incluso la intención del Presidente, quien exclamó:

—Muy bien.

Seguidamente se levantó, dando por terminada la conferencia.

—¿Algo más, señor?

—Sí —le respondió con una breve sonrisa—. Te agradeceré que le hables a Amparo ahora mismo.

—¿Por qué tanta prisa?

De pronto le asaltó la sospecha de que todo estaba ya tramado.

—Verás… Hace unas horas he notificado ese proyecto a unos corresponsales, y mañana hablarán de él todos los periódicos del país.

siete

A Dax le pareció ver huellas de lágrimas en los ojos de Amparo.

—¿Has llorado?

Ella negó con un gesto.

—¿Has visto a mi padre?

Él asintió.

—Enhorabuena, estamos prometidos.

Ampara lo miró unos instantes, y luego, dirigiéndose a la ventana, dijo en voz tan baja que casi no se la oía:

—Yo le dije que no lo hiciera —aseguró ella, y mirándole fijamente le preguntó —: ¿No me crees?

—Sí, te creo.

—El Presidente tiene su forma particular de hacer las cosas, pero yo le dije que debía dejar que fueses tú, por tu propia voluntad, quien decidiese.

—¿Y qué me dices de ti? No soy yo el único que ha de decidir.

Amparo clavó sus ojos en los de él y respondió al cabo de unos instantes:

—Yo ya me decidí hace tiempo. —Esbozó una sonrisa—. ¿Lo has olvidado?

Dax contestó sonriendo:

—No, no lo he olvidado. Pero pensé que tú sí podías no acordarte.

—Durante un tiempo creí que era una cosa de chiquillos, pero cuando fui a verte a las montañas, descubrí que no era un juego de niños.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Y por qué tenía que decírtelo? —replicó ella—. Se supone que no son las mujeres las que empiezan. ¿Tan ciego eres que no te diste cuenta?

—Lo siento, nunca me lo imaginé.

De repente, ella estalló como en sus tiempos infantiles.

—¡Oh, vete de aquí! ¡Eres estúpido como todos los hombres!

Dax se le acercó murmurándole:

—Amparo…

Amparo no quería ya oírle y se revolvió agresiva:

—¡No tienes por qué casarte conmigo! ¡Nadie tiene por qué casarse conmigo! ¡No tengo por qué suplicar a ningún hombre!

Huyó corriendo de la habitación y en seguida se la oyó bajando la escalera. Dax se quedó desconcertado, y en el mismo momento entró el Presidente.

Sonriendo le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Una pelea de enamorados?

Amparo acababa de corregir los estragos que las lágrimas habían hecho en su maquillaje cuando oyó una llamada en su puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Yo.

Abrió y entró el Presidente, quien cerró la puerta; secamente y mirándola con dureza le dijo a su hija:

—Espero que no habrás cometido ninguna locura.

Ella negó con un gesto.

—¿Se lo has dicho?

Negó de nuevo.

—Muy bien —exclamó satisfecho—. Ortega ya se ha marchado. No nos traerá más preocupaciones.

—¿Lo habéis maltratado? —preguntó Amparo con inquietud.

—No —contestó el Presidente, mintiendo. Una bala en los sesos no podía decirse que maltratara a nadie—. Lo envié a un puesto en el sur.

—Pero no fue culpa suya.

Él gritó iracundo.

—¿De quién fue la culpa, entonces? Te puse bajo su protección, y eso tenía que hacer: ¡protegerte, y no violarte!

—No me violó.

—Entonces peor —exclamó apesadumbrado. Luego de un silencio, agregó—: No te comprendo. Quise que estuvieses cinco años en la universidad de México para que te instruyeses y te convirtieran en una señorita, y solo sirvió para que te fueses a la cama con el primer caballerito con buen aspecto que se te acercó. Lo mismo que una vulgar puta callejera.

Amparo no respondió.

—Gracias a Dios, ya está acabado —dijo suspirando—. Dax será un buen esposo. Tendréis hijos y se acabarán tus tonterías.

Ella clavó los ojos en los de su padre y le dijo:

—No me casaré con Dax.

—¿Por qué no?

—Porque voy a tener un hijo.

El Presidente se quedó anonadado.

—¿Estás segura?

—Estoy entrando en el tercer mes —y cogiendo un cigarrillo de la mesa añadió —: No puedo casarme con él. Lo notaría inmediatamente.

El Presidente se quedó inmóvil, y de repente le estalló la ira. La cogió violentamente y la abofeteó con saña, tirándola de un empujón sobre la cama.

—¡Puta! ¡Perdida! —gritó—. ¿No son bastantes mis enemigos de fuera que también los tenga aquí dentro?

Un fotógrafo se les acercó.

—Una más, excelencia, por favor.

—Desde luego, desde luego.

Tenía el aspecto de un padre orgulloso cuando se colocó muy tieso junto a su hija. Esta vez parecía un poco más alto que ella gracias a las botas; no tanto como Dax, quien estaba al otro lado, pero lo suficiente para no parecer grotesco.

El *flash* los cegó unos instantes.

—Gracias, excelencia.

El fotógrafo se inclinó y se fue.

Dax miró a Amparo, quien estaba pálida y fatigada.

—¿Te sientes bien?

—Solo estoy cansada.

—Ha sido demasiado rápido todo. Ayer nos prometimos y hoy…

El gran salón de recepciones del palacio presidencial estaba abarrotado. Por primera vez Dax se dio cuenta de que se había formado una nueva sociedad durante el tiempo que él estuvo ausente del país. De muchos invitados no conocía el nombre. Cierto que había representantes de las viejas familias, pero era solo fachada. Los que realmente brillaban y ostentaban el poder eran los de último cuño.

—Necesitas unas vacaciones, Amparo.

—Estoy bien, Dax.

—Te has convertido en el adjunto político de tu padre. La Liga de Mujeres, La Asociación de Trabajadores, La Sociedad para los Niños… Es demasiado.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Pero no puedes abarcarlo todo. Parece mentira que tu padre no se dé cuenta.

—Voy allá donde él no puede acudir. ¿Cómo crees que se consigue el apoyo del pueblo? Tengo que hacerlo. El gobierno es de una gran responsabilidad.

—Esa responsabilidad es de tu padre.

—Y mía también —replicó ella—. Me vienen con las pequeñas cosas que no se atreven a exponerle a él.

Dax recorrió con la mirada el salón. El Presidente, que en aquel momento hablaba con un grupo de caballeros, miraba de vez en cuando hacia ellos, como si quisiera asegurarse de que Amparo seguía allí. Dax se preguntó qué planes tendría preparados para después de su matrimonio. Cualesquiera que fuesen, Amparo sería su esposa, y no la asistente política del Presidente.

Centró su atención en Amparo, que en aquellos instantes hablaba con varias señoras, y por palabras sueltas de la conversación comprendió que su tema era la higiene. No cabía duda de que Amparo las dominaba a todas. Cuando ella hablaba, las otras escuchaban respetuosamente.

Eran las mujeres lo que más le sorprendía de esta sociedad nueva. Mientras encendía uno de sus finos cigarros se dijo que nada era como antes, que todo había cambiado.

Los delicados modales de la vieja sociedad y hasta los del tiempo de su padre se habían perdido, sustituidos por los de otra gente que procedía de clases media y baja, cuyo origen se advertía en su manera de expresarse, cercana a la ruda franqueza del campesino.

Sonrió recordando a las elegantes damas que en Europa y en Estados Unidos había conocido. Las ideas de las señoras de Corteguay sobre la moda oscilaban entre los colores abigarrados y la preferencia por lazos, puntillas rizadas y faralaes que recordaban las fotografías antiguas. Sin embargo, había una vitalidad y una energía en todos que ganaban inmediatamente la simpatía y despertaban un sentimiento de orgullo. Su padre se habría sentido honrado por pertenecer a esa clase nueva.

Se fijó en los hombres que rodeaban al Presidente, y vio que no habían cambiado mucho. En la voz de cada uno había el mismo adulador respeto para el que usufructuaba el poder, y el mismo aire despreciativo para los que estaban más abajo. El servilismo y el despotismo amancebados.

De repente vio con satisfacción su vuelta a Europa. En cierto sentido se encontraba más en su casa en Europa que en su tierra. A pesar de ser hijo de Corteguay, se sentía casi un extranjero entre aquella gente tan primitiva.

Amparo se le acercó.

—Te veo muy raro.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En lo agradable que sería si tú y yo podíamos zafarnos de toda esta gente e irnos a las montañas, a la hacienda, solos.

Ella lo miró fijamente.

—A papá no le gustaría. Quiere tenerme cerca.

Dax se encogió de hombros.

—Pues que empiece a acostumbrarse a la idea de que casados tú y yo ya no volverás a vivir pendiente de sus decisiones.

Porque conocía a su padre, Amparo estaba segura de que no era como suponía Dax lo que él había dispuesto. Las cosas seguirían igual, con la diferencia que ahora serían uno más, ya que irremisiblemente Dax tendría que agregarse al círculo que giraba alrededor del Presidente.

—Esta noche —dijo él entendiendo que su silencio significaba conformidad—, cuando todo el mundo se haya ido, saldremos sin hacer ruido; nadie se dará cuenta.

Amparo casi se apiadó de él. En muchos aspectos era más sofisticado que los demás, y en otros resultaba mucho más ingenuo. Todavía no comprendía las exigencias del poder, y no percibía la forma con que el Presidente dominaba y regulaba la vida de todos los que le rodeaban. Pero como lo descubriría con el tiempo, pensó que no valía la pena arrebatarle su ilusión.

—Es una maravillosa idea —dijo—. Nos iremos así que el banquete termine.

ocho

Sentado en la galería y con su habitual cigarro en la boca, Dax vio que Amparo salía de la casa.

—¿Dormiste bien?

Amparo abarcó de una mirada el maravilloso paisaje que se abría ante ellos.

—Muy bien. Es todo tan tranquilo aquí… Los montes parece que te inviten a soñar.

Él la miró satisfecho. En los dos días que llevaban allí habían desaparecido los círculos azules que le rodeaban los ojos y volvía a tener color en las mejillas y ya no ofrecía aquel aspecto de cansancio y de angustia.

—Ya te dije que sería estupendo.

—Si pudiera quedarme aquí… —suspiró.

Dax no respondió. Ella se sentó a su lado, y Gato Gordo salió de la casa y les acercó una mesita, trayendo luego una bandeja con el servicio de café. Amparo se sirvió.

—¿Quieres?

—No, gracias. Lo tomé ya.

Ella se bebió una taza; el café era fuerte y se sintió más despejada.

—Tenemos que hablar.

—¿Sí?

—Debe parecerte raro que habiendo estando tanto tiempo lejos de tu tierra, vuelvas a casa y te encuentres inmediatamente prometido.

Esperó, pero al ver que él no respondía, continuó:

—En cambio para mí no lo ha sido. Siempre he sabido que me casaría cuando mi padre lo dispusiera, no cuando a mí me pareciese.

—¿Y nunca protestaste?

—No. Me inculcaron desde pequeña el sentido del deber. Lo único que me habría gustado era que te hubiesen dado más tiempo. Quizás entonces nos hubiéramos inclinado espontáneamente el uno al otro. Como cuando éramos niños.

—Quizá habría sido mejor. Si…

—¿Lo crees como dices?

—No sé… —confesó Dax—. Pero en realidad no me sorprendí mucho cuando tu padre me planteó la alternativa.

Sonrió, añadiendo:

—Lo siento; no soy muy romántico.

—Ninguno de los dos lo es —dijo Amparo tímidamente—; pero me complace que seas tú.

Por primera vez él la tocó y la besó. A pesar de lo que Dax olía a tabaco, Amparo

no vio en él al hombre ya hecho, sino un alma joven y limpia, y lo miró con una honda tristeza, llenándosele los ojos de lágrimas, sin poderlo evitar.

—¿Qué te pasa?

Agitó la cabeza violentamente, y, sin poder contener los sollozos, se fue corriendo a la casa.

Minutos después reapareció y se disculpó.

—Lo siento, Dax.

—No te preocupes.

—Será mejor que me lleves a casa.

Dax la miró con gesto interrogante.

—No debía haber venido. La gente hablará.

—¿Qué importan las razones? —exclamó en un arranque de genio—. ¡Quiero ir a casa! ¿Me llevas o me voy sola?

—Te llevo.

Ya de camino le habló solo una vez.

—Tarde o temprano me tendrás que decir lo que te preocupa, pero me da el corazón que cuanto antes te decidas será mejor para ambos.

Ella le miró de soslayo, preguntándose qué era lo que él sabía o suponía. Pero Dax no demostraba inquietud alguna, y ella todavía no se veía con ánimo de decirle la verdad.

La pequeña población de Asiento estaba en plena fiesta. Las calles aparecían engalanadas con la bandera verde y azul de Corteguay, y los balcones y las ventanas estaban adornados con colgaduras que daban un aspecto multicolor a la polvorienta calle principal. Por todas partes se veían retratos del Presidente.

Dax, desde el balcón de un pequeño hotel, contemplaba la muchedumbre que se apretujaba esperando la llegada del Presidente. Reinaba una excitada tensión, y entre la gente iban y venían vendedores ambulantes y chiquillos que corrían haciendo ondear banderitas. De repente se oyó el roncar de la muchedumbre en la parte alta de la calle, y doblando la esquina apareció la cabalgata presidencial.

En cabeza iba una compañía de jinetes de cuatro en fondo, montando caballos alazanes. Cabalgaban en perfecto orden, con los vivos colores de sus uniformes brillando al sol, y detrás de ellos aparecía el primer automóvil. El asiento delantero lo ocupaban dos soldados, uno de ellos conduciendo, y en el de atrás, entre dos militares de alta graduación, el Presidente, quien como siempre, para hacerse destacar, llevaba un sencillo uniforme caqui y sin condecoración alguna. La multitud empezó a gritar:

—¡Viva el Presidente! ¡Viva!

El Presidente retribuyó a las gentes con una sonrisa de satisfacción; sacándose el quepis, correspondió a los saludos. Este gesto provocó nuevas muestras de entusiasmo.

Detrás de él seguía un segundo coche en el que, igual que en el primero, iban dos soldados delante y dos oficiales detrás, pero en medio de ellos brillaba la rubia cabellera de Amparo, la cual, juvenil y radiante, sonreía a la multitud. Esta vez los gritos fueron auténticamente cariñosos.

—¡Viva la princesa! ¡Viva la rubia!

Dax le dijo a Gato Gordo.

—¡Qué recibimiento!

Con los párpados entornados por el sol, Gato contestó:

—No me gusta. Hay demasiados soldados.

—No esperarías que el Presidente viniera solo.

—No; pero no tenía necesidad de traerse a todo el jodido ejército.

Los automóviles se detuvieron en la plaza y el alcalde bajó presuroso la escalera del ayuntamiento para dar la bienvenida, en tanto la caballería formaba un perfecto cuadro en torno de los coches, y el Presidente, descendiendo con lentitud del suyo, se dirigió a dar la mano a Amparo para que se apease. Se acercaron al ayuntamiento, donde el alcalde, clavado en el umbral, les dijo en voz alta para que le oyese todo el mundo:

—Es con nuestros sentimientos más hondos de fidelidad y devoción que la orgullosa ciudad de Asiento da la bienvenida a nuestro Presidente y a su encantadora hija.

Dax le dijo a Gato Gordo:

—Vamos, entremos a tomar algo.

Se fueron al bar y pidieron cerveza fría.

—No creo que venga —dijo Gato Gordo de prontos—. El Cóndor no es tonto. A estas horas ya sabe cuántos soldados se ha traído el Presidente.

—El viejo bandolero es hombre de palabra. Vendrá —contestó Dax—. Parece como si no quisieras que viniera.

Gato Gordo miró por encima de la mesa a Dax; con expresión sombría le contestó:

—Si es listo, no vendrá. Acuérdate de lo que te digo: si viene habrá derramamiento de sangre.

Oyeron unas pisadas detrás de ellos y se volvieron. Era el cabo Ortiz, el soldado que los encontró en la montaña, quien los saludó cuadrándose.

—¿Señor Xenos?

—Sí, Ortiz.

—Su Excelencia desea que se reúna con él y la princesa en el jardín del alcalde.

Dax se bebió de un trago el resto de la cerveza, y mirando a Gato Gordo le preguntó:

—¿Vienes?

Gato hizo un gesto negativo.

—Con tu permiso, prefiero quedarme aquí. Se está mejor.

Dax miró el reloj, y le dijo a Amparo, la cual estaba a su lado, sentados los dos a la larga mesa que prepararon en los jardines del alcalde.

—Casi es la hora.

—¿Ya son las cuatro?

Los demás comensales empezaron a levantarse, y al cabo de unos momentos lo hizo el Presidente, saliendo todos a la galería que daba a la plaza.

El Presidente hizo una seña a Amparo para que se pusiera a su lado, diciéndole al mismo tiempo a Dax:

—Tú también, hijo mío.

Dax se puso al otro lado de Amparo. Miró al otro lado de la plaza. Los soldados habían formado una doble hilera, dejando en medio un pasillo. Detrás de ellos la multitud enmudeció en segundos. Dax vio que Gato Gordo salía del hotel. La voz estridente de un chiquillo gritó:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Todo el mundo miró con expectación hacia la plaza, pero Dax observó de reojo el rostro del Presidente. Estaba tranquilo, sin expresión alguna que lo alterase. Entonces, lo mismo que todos, fijó su atención en la parte alta de la calle, por donde tenía que aparecer el Cóndor.

Y apareció en seguida. Montado en un caballo bayo, avanzaba sereno, sin mirar a ninguna parte, con el ancho sombrero echado hacia delante, cuya ala le ocultaba medio rostro. Detrás de él seguían los otros. Dax vio que uno de ellos era su hijo; el muchacho avanzaba altivo y miraba alrededor con curiosidad.

No se oyó ni un murmullo cuando el viejo llegó al final del pasillo formado por los soldados. Levantó una mano y la columna que le seguía se detuvo. Se quitó el sombrero y el espeso y largo pelo negro casi le rozaba los hombros. En el acto, y recia la voz, se dirigió al Presidente.

—He venido, excelencia, en respuesta a su requerimiento. Acepto la amnistía y desde ahora la paz reinará entre nosotros.

El Presidente se quedó mirándolo unos instantes, y bajó rápidamente los escalones. Rígido el Cóndor desmontó mientras detrás de él, los soldados adoptaron la posición de firmes.

—En nombre de nuestro amado país te doy la más fervorosa bienvenida. Demasiado tiempo nuestra casa ha estado dividida.

Avanzó unos pasos y el viejo y él se fundieron en un estrecho abrazo.

Un cálido rumor de aprobación salió de la multitud. El acto que se acababa de desarrollar daba fin al reinado del terror y de las no ches sin sueño. Se terminaba el peligro de que bandoleros y soldados convirtiesen a su querida ciudad en un campo de batalla.

Dax miró por encima de las cabezas de la multitud, y vio a los bandoleros de pie al lado de sus caballos. A quien no vio por ninguna parte fue a Gato Gordo. Probablemente estaría dentro del bar, decepcionado porque sus predicciones habían resultado una fantasía.

El Presidente llevaba del brazo al Cóndor hacia la escalera, y posó complacido con él para las consabidas fotografías. Mirando de refilón a Amparo, Dax le dijo:

—Tu padre estará orgulloso. Es maravilloso lo que ha hecho.

Una extraña expresión cruzó por el rostro de ella, pero antes de que pudiera preguntarle el motivo, sintió que le tocaban en el hombro, y al volverse vio al Cóndor.

—He mantenido mi palabra —le dijo sonriendo—. He traído a mi hijo, y de aquí en adelante lo pongo bajo tu protección. ¿Procurarás que vaya a la escuela como me prometiste?

—Te doy mi palabra.

El viejo indicó al chico se pusiese al lado de Dax.

—Irás con el señor Xenos y le obedecerás en todo como si fuera yo.

El chico inclinó la cabeza.

—Procura ser bueno, y algún día volverás a las montañas con conocimientos que harán de ti un hombre libre.

Alargó la mano y acarició con ternura la mejilla de su hijo, añadiendo:

—No hagas nada de que yo tenga que avergonzarme.

Empujó al muchacho hacia Dax y dijo:

—Se llama José, y puedes azotarlo si no hace lo que le ordenes.

El Presidente se acercó al Cóndor.

—Ven a la casa y tomarás un vaso de vino. Tenemos mucho de qué charlar.

El Cóndor se echó a reír.

—Vino y charla. ¡Los años no te han cambiado, Diablo Rojo!

nueve

—Tardaremos toda la noche en llegar a Curatu —advirtió Dax—. Pero como de aquí a mi casa solo hay unas horas, podríamos pasar la noche allí, y por la mañana seguiremos hacia la ciudad.

Amparo asintió, y con una mirada le consultó a su padre.

—Buena idea —afirmó él—; allí estarás más cómoda; yo ya te veré mañana en Curatu.

—Entonces —dijo Dax—, voy a buscar a Gato Gordo.

Pero no lo halló en ningún sitio. El camarero del bar del hotel lo había visto salir con un soldado poco después de la llegada del Cóndor, pero el soldado había vuelto y estaba sentado a una mesa de un rincón con la cabeza caída sobre los brazos, sumido en los vapores del vino. Dax lo sacudió, y al levantar el rostro vio que era Ortiz. Consiguió despabilarlo, y con lengua estropajosa informó que había estado con Gato en una cantina donde encontraron a varias mujeres, pero Gato desapareció al poco rato.

Dax se encogió de hombros, pensando que Gato Gordo estaría divirtiéndose con alguna mujer y no volvería a casa hasta el otro día. Sonriendo se dijo que había cosas que no cambiaban.

Amparo ya lo esperaba en uno de los coches. Dos soldados ocupaban los asientos delanteros.

—El coche no puede subir por la montaña. Solo hay camino de carro, y si lo cogemos solo podremos llegar a la mitad del camino de Curatu, pero no habrá manera de seguir adelante.

Amparo vaciló mientras Dax la miraba sonriendo.

—Has cambiado, Amparo. Me acuerdo de cuando no podías esperar a que te ensillaran el caballo.

Amparo bajó del coche medio indignada.

—Dadme un caballo. Voy a cambiarme de ropa.

Dax se fue al establo y cogió el caballo de Gato Gordo, y el suyo propio, diciéndose que seguramente Gato pondría el grito en el cielo, pero la culpa era de él.

Llevó los animales a la plaza, y a pesar de que ya anochecía vio que el hijo del Cóndor lo estaba esperando, teniendo de las riendas a su caballo.

Casi lo había olvidado.

—¿Nos vamos, señor? —preguntó humildemente el chico.

—Sí.

Llegaron hasta la puerta de la casa del alcalde y Dax le preguntó:

—¿No quieres despedirte de tu padre?

En los negros ojos del muchacho no había expresión alguna.

—Ya le he dicho adiós.

Una claridad de luna llena les permitiría seguir el camino como si fuera de día. Cabalgaban en fila india, primero Dax, después Amparo y el chico detrás de ella. Cuando llegaron a la cresta de la montaña se detuvieron unos segundos para ver el pueblo, cuyas luces parpadeaban allá abajo, oyéndose aún el eco de cantos e instrumentos.

Dax dijo riéndose:

—No dormirán mucho esta noche en Asiento.

—No, creo que no.

Hacia el norte de la población vio algunas hogueras.

—¿Qué son aquellos fuegos?

Amparo no contestó.

—Son las hogueras del campamento de los soldados —dijo José.

—¿Cómo lo sabes?

—Las vimos cuando veníamos. Por eso mi padre envió a la mayor parte de sus hombres a las montañas de nuevo.

Dax miró al muchacho y luego a Amparo.

—¿Por qué?

Ella hizo un gesto evasivo.

—Mi padre nunca va a ningún sitio sin su escolta personal.

—Creía que le escoltaron hasta la ciudad.

—Mi padre dijo que eran los guerrilleros de Gutiérrez.

Dax iba a decir algo, pero Amparo exclamó de repente:

—Estoy cansada. ¿Es que nos vamos a estar aquí toda la noche hablando?

Y picó de espuela avanzando por el camino de la hacienda.

Dax miró por última vez hacia Asiento y luego se volvió hacia José. Este le contemplaba impasible.

—Vamos —ordenó Dax.

José no dijo una palabra en todo el camino, y alrededor de medianoche llegaron a la hacienda de Dax.

Dax acompañó a Amparo a su habitación, y viendo su palidez y su gesto de fatiga se apiadó de ella, diciéndose que ser la hija del Presidente no debía de ser muy fácil.

A José le destinó la habitación que él tuvo de chico, y después se sentó en la sala para fumar uno de sus eternos cigarros. Había muchas cosas que Amparo tenía que confiarle y preguntas a las que le tenía que responder, pero como por la mañana tendrían tiempo para hablar… Sin embargo, se equivocaba.

Llevaba durmiendo unas horas cuando lo despertaron unos cascos de caballo. Se removió enojado en la cama pensando que Gato Gordo hacía un ruido innecesario. Saltó de la cama y se asomó a la ventana, viendo que dos jinetes entraban en el patio. En el acto reconoció la corpulenta figura de Gato, pero no logró adivinar quién era el

otro; sin embargo, notó que estaba exageradamente inclinado sobre la silla, agarrándose al arzón para no caer.

Rápidamente se puso los pantalones y bajó corriendo la escalera, llegando en el momento que Gato Gordo ayudaba al otro jinete a bajar del caballo. Dax reconoció asombrado al Cóndor, pálido y con manchas de sangre coagulada.

—Ayúdame a entrarlo —pidió roncamente Gato Gordo ceñudo—. Los soldados no pueden andar muy lejos.

Dax pasó un brazo por debajo del Cóndor, sorprendiéndole lo poco que pesaba.

—¿Qué pasó?

—Ya te dije que había demasiados soldados —replicó Gato Gordo—. En las afueras de Asiento había muchos más.

El viejo tosió y echó una bocanada de sangre mientras lo acomodaban en un banco debajo de la escalera. Los criados de la hacienda empezaban a despertarse, y una mujer salió de la cocina.

—Trae agua y toallas —ordenó Dax. Y dirigiéndose a Gato Gordo añadió—: Que uno de los hombres vaya por un médico.

Gato Gordo salió corriendo afuera.

El Cóndor, luego de un quejido, intentó hablar, pero Dax, secándole el rostro con una toalla, le aconsejó:

—No hables. Ya hemos enviado por un médico.

El Cóndor hizo una mueca.

—¿Para qué? —dijo con voz ahogada—. Soy hombre muerto.

—No morirás.

—Ya te dije que Gutiérrez nos mataría.

—No fue Gutiérrez.

—Fue Gutiérrez —aseguró Gato Gordo desde la puerta—. Fuimos unos estúpidos no queriendo creer al Cóndor. Gutiérrez es ahora el jefe de la policía secreta del Presidente.

Dax lo miró asombrado. Oyeron pasos en la escalera y levantando el rostro Dax vio que Amparo bajaba, blanca y desencajada. Le pareció ver a José detrás de ella, pero este desapareció en el acto.

—Tendieron una emboscada cuando los bandoleros salían del pueblo camino de las montañas.

Dax miró fijamente a Amparo.

—¡Tú lo sabías!

Amparo no contestó, y se acercó al viejo.

—¿Está muerto? —preguntó.

Cóndor tenía abierta la boca y sus ojos miraban sin ver.

—Sí, está muerto.

Llegó un grito desde lo alto de la escalera, y Dax tuvo el tiempo justo para ver que el hijo del Cóndor se lanzaba cuchillo en mano contra Amparo.

Instantáneamente, de un empujón, la arrojó a ella contra una silla y de un zarpazo se libró del chico, el cual cayó de rodillas, a unos pasos de Gato Gordo y cerca de su cuchillo. Y desde el suelo, con los ojos anegados en lágrimas, José gritó:

—¡Usted mintió! ¡Sabía lo que preparaban!

—No lo sabía —protestó Dax, tratando de ayudarle a levantarse—. ¡Créeme; no lo sabía!

—¡No me toque! —rugió el muchacho, apartándole de sí—. ¡Embustero! ¡Traidor!

Corrió hacia la puerta, gritándole:

—¡Algún día lo mataré a usted!

Poco después oyeron el galope de un caballo que se alejaba.

—Vuelve a las montañas —dijo Gato Gordo, disponiéndose a seguirle.

—Déjalo ir —respondió Dax.

Y se dirigió hacia Amparo, quien aún seguía en el suelo.

—Ven, Amparo. Deja que te levante.

—¡No me muevas! —exclamó ella bruscamente—. ¿No ves que estoy sangrando?

La miró asombrado, viendo que tenía sangre en la bata y en el camisón.

—¿Qué es esto?

Ella lo miró con ira y tristeza.

—¡Qué tonto eres! ¿No ves que estoy abortando?

Dax se irguió abrumado, sintiendo como si una mano de hierro le estrujase los sesos. ¡Qué idiota les habría parecido a todos! Con sus conocimientos, su experiencia y todo lo que había aprendido en el extranjero, lo manejaron como a un niño. No había nadie que no le hubiera mentido o hubiese dejado de servirse de él; incluso Amparo.

En el acto oyó el ruido de muchos cascos, y segundos después el recio pisar de botas militares. En un momento la casa se llenó de uniformes rojos y azules. Seguidamente, Gutiérrez, con un uniforme de botonadura plateada, se abrió paso entre los soldados. Sus fríos ojos se posaron sobre el Cóndor, y luego miró a Amparo, la cual le observaba desde el suelo. En el acto comprendió que el bandolero estaba muerto, y preguntó:

—¿Dónde está el chico?

—Se ha ido.

Gutiérrez clavó los ojos en Dax.

—No le creo —exclamó.

Al ver a Gato Gordo ordenó:

—Detengan a este hombre.

—¡No!

El grito de Dax detuvo a los soldados.

Los ojos de Gutiérrez se iluminaron.

—El Presidente se disgustará, señor. Este hombre quiso ayudar al bandolero para

que escapase.

—¡Y a mí qué me importa que el Presidente se disguste o no!

Una fría sonrisa apareció en los labios de Gutiérrez.

—Esas palabras demuestran que es usted un traidor.

Y sacando el revólver exclamó, apuntando a Dax:

—Detengan a los dos.

Los soldados dieron unos pasos hacia Dax, pero antes de que llegaran a él, Dax había recogido del suelo el cuchillo del hijo del Cóndor, dispuesto a defenderse.

Gutiérrez, que se había arrimado a la pared, levantó lentamente el revólver mientras decía brillándole los ojos:

—Hace mucho tiempo que esperaba este momento.

—Yo también.

El brazo de Dax se movió con la rapidez de un destello, y a la expresión sonriente de Gutiérrez sucedió una de sorpresa cuando en el centro de su garganta apareció de repente el mango del cuchillo. El revólver se le escapó de los dedos al tratar de alcanzar el cuchillo… Antes de tocar el mango caía muerto.

Los soldados se echaron sobre Dax, quien luchó violentamente para soltarse, sin conseguirlo.

—¡Soltadle!

La voz del Presidente, de pie en el umbral, fue seca y dura.

Avanzó rápido, y, sin mirar a los hombres que yacían en el suelo, se arrodilló junto a su hija. Murmuraron algo los dos, sin que Dax recogiese una palabra, y acto seguido se levantó con lentitud.

—Hiciste bien, hijo mío —dijo poniendo una mano en el hombro de Dax—. ¡Yo mismo venía a matar a Gutiérrez por haber violado la amnistía!

diez

Las oficinas que en Nueva York tenía la Compañía Naviera Hadley se hallaban situadas en un extremo del distrito financiero, frente a Battery Park, en el piso diecinueve de un antiguo edificio, cuyo ático había sido transformado en aposento y oficina personal de *mister* Hadley. Consistía en una serie de cinco amplias habitaciones, una de ellas, circundada de cristales y orientada al oeste, permitía contemplar una vista panorámica de la ciudad. Al sur se hallaba la estatua de la Libertad y el puerto; al norte y este los dorados chapiteles del Empire Building, el complejo Rockefeller Center, y la aguja del recién terminado edificio Chrysler.

Las otras habitaciones consistían en un comedor que hacía las veces de sala de juntas, una cocina, un amplio dormitorio y un cuarto de baño.

Marcelo dejó de contemplar el paisaje al entrar *mister* Hadley.

—Siento haberle hecho esperar tanto tiempo —se disculpó Hadley—, pero la reunión del consejo de directores ha durado más de lo que pensaba.

—No importa, *mister* Hadley. Así he tenido la oportunidad de contemplar ese magnífico panorama.

—Sí, es bonito —respondió Hadley mientras se sentaba a su mesa.

El tono indiferente con que lo dijo le demostró a Marcelo que el financiero nunca se había entretenido en contemplarlo. Sin añadir una palabra se sentó en el sillón que había delante de la mesa.

Hadley fue directamente al grano.

—Me informan de Europa que la guerra solo es cuestión de meses, probablemente de semanas. Esto complicará la representación americana en Europa. En especial desde que el Presidente se ha manifestado abiertamente en pro de Francia y de Inglaterra y ha prometido su ayuda, menos la guerra. Igualmente afectará a muchos intereses europeos en América.

Marcelo presintió lo que seguiría.

—¿Cuántos barcos tiene dedicados al azúcar? —le preguntó de sopetón.

Marcelo calculó unos segundos. Tenía nueve navegando, pero cuatro transportaban mercancía con destino a sus propios almacenes de Brooklyn.

—Cinco; estarán todos en Nueva York a finales de mes.

—Bien. Tan pronto hayan descargado deberán dirigirse a Corteguay. Si estalla la guerra, cualquier barco que vaya a Europa será una presa fácil para los submarinos alemanes Cogió un papel de la mesa y le miró.

—¿Sabe algo de Dax?

—El Presidente me informó que todavía está en España. Los acuerdos con este país están casi terminados.

—Debe apremiarlo para que los concluya lo antes posible. He decidido que sea

nuestro representante en Europa cuando empiece la guerra.

Marcelo le miró con asombro.

—¿Pero qué le hace creer que Dax aceptará? Después de todo, no trabaja para nosotros.

El rostro de Hadley expresó fastidio.

—Ya lo sé… Esto es lo que hace las cosas más fáciles. Como representante de un país neutral gozará de completa libertad, cualquiera que sea el curso de la guerra.

Marcelo no dijo nada. Empezaba a comprender que para los americanos, con guerra o no, todo lo que se interpusiera en los negocios debía apartarse. Ahora comprendía cómo se habían amasado tan grandes fortunas.

—¿Ya se lo ha dicho al Presidente?

—Todavía no. Lo hará usted. No olvidemos que es su socio, no el mío.

Cuando Marcelo salió de las oficinas Hadley miró el reloj y vio que era temprano. Aún tenía tiempo de ir a Brooklyn antes del almuerzo. Se detuvo un rato, y luego llamó a un taxi.

—A la Bush Terminal de Brooklyn —ordenó.

Con indolencia contempló el panorama mientras se dirigía al puente de Brooklyn. ¡Qué diferentes eran los americanos de los europeos! Vivían tranquilos amparados por la barrera del océano. Si la guerra estallaba, a ellos no les afectaría.

Se enterarían de los acontecimientos por los periódicos, como una simple novedad, o escucharían la radio entre las emisiones de Amos y Andy y La Hora de las Variedades, o verían los noticiarios antes de la última película de Clark Gable. Las amenazas, las fanfarronadas y delirios de Hitler nunca les alcanzarían. Europa estaba al otro lado del mundo.

El húmedo calor del mes de agosto entraba por las ventanillas del taxi, y ni la leve brisa que se levantaba con la marcha del vehículo bastaba para atenuar el ardor del pavimento. Lentamente el coche salió del puente, enfiló la Flatbush Avenue, atravesó Fulton Street, con su hormiguero de compradores y sus trenes elevados, y entrando por la Fourth Avenue se dirigió a Bay Ridge. El chófer no frenó hasta que estaban a unos metros de la bahía.

Marcelo le dijo al taxista que esperase, y aunque le oyó que se quejaba por el dinero que perdería con la espera no le hizo caso. El portero estaba sentado detrás de una vieja mesa leyendo el periódico, y al ver quién era, le saludó.

—Buenos días, *mister* Campion.

—Buenos días, Frank. ¿Va todo bien?

—Bien, como la lluvia, *mister* Campion.

El portero se levantó y, como de costumbre, acompañó a Marcelo al almacén. Las visitas eran habituales, aunque nunca a la misma hora. En alguna ocasión se presentó a medianoche, pero el vigilante ya estaba acostumbrado.

Marcelo, de pie en el umbral, contempló el almacén con satisfacción. Abarcaba toda una manzana de la ciudad, y estaba lleno casi hasta los topes de sacos de azúcar.

Hacía poco más de un año que se dedicaba a esta nueva actividad. El tres de septiembre, cuando los cuatro barcos que esperaba atracasen en los muelles, acabaría de llenar los almacenes, y ya solo tendría que esperar que estallase la próxima guerra.

Se acordó de que cuando era niño, durante la primera gran guerra, la escasez de azúcar hizo que su padre se doliese de que unos pocos cientos de gramos le hubiesen costado veinte francos. Y era un azúcar moreno y malísimo, pero lo escatimaron tanto que les duró una semana. Del recuerdo nació la idea de empezar el negocio.

Azúcar. Todo en América era dulce: la gaseosa, los bombones, los bollos, los pasteles…; incluso el pan. Todo el mundo tomaba azúcar en grandes cantidades, y nunca parecía que les bastase. Con guerra o sin guerra seguirían consumiéndolo, y entonces llegaría la oportunidad de imponer sus precios.

Tenía cuatro almacenes llenos, y quizás era el único hombre que lo consiguió, ya que al controlar los barcos le fue fácil falsificar el registro de carga y engañar a la aduana, la cual fiscalizaba los buques que entraban en el puerto.

Sin embargo, para llevar a cabo su empresa, necesitó mucho dinero, más del que él tenía, aparte de que tuvo que repartir dólares por todas partes. Los cosecheros se dieron cuenta de su maniobra y le cargaron veinte centavos más por cada cien libras; a los oficiales de los barcos, enterados de la verdadera naturaleza de la carga, también tuvo que pagarles extras, y para conseguir el arriendo de los locales se vio obligado a pagar varios miles de dólares sobre el precio normal.

Fue una zarabanda de cifras lo que pasó por el cerebro de Marcelo. Llevaba gastados casi ocho millones, y la mayor parte prestados. Esa cantidad nunca habría llegado a tenerla en tan poco tiempo si no hubiese sido por Amos Abidijan.

Marcelo no se hacía ilusiones respecto a la benevolencia de Amos al prestarle el dinero. Sabía muy bien que no se debía ni a la parte que llevaba en los barcos, puesto que él tenía más de los que necesitaba, ni al probable beneficio que obtendría con las mercancías, pues, cuando le prestó la cantidad que necesitaba, ni siquiera le preguntó para qué la quería. Lo único que le interesaba a Abidijan era casar a su hija mayor.

Tenía cinco hijas, pero según su especial manera de pensar no dejaba que se casase ninguna mientras no casara a la mayor. Sin embargo, a pesar de la cuantiosa dote que aportaba esa bija, nadie aspiraba a su mano. De todas las chicas, era la que tenía la desgracia de parecerse más a su padre.

Baja y de piel oscura, con un bozo que más bien parecía el bigote de un adolescente, que ningún tratamiento de electrolisis corrigió, y no hubo modista, por cara que fuera, que disimulase las cuadradas formas campesinas de su figura. Parecía que reuniese ella sola todos los aspectos feos de la familia. Sus hermanas, más delgadas y más altas, casi podían pasar por chicas americanas, y solo la infeliz Ana era y se portaba como su padre. Convencida de que los hombres no eran para ella, empezó a interesarse por los negocios de su padre y a trabajar en su despacho, que fue donde Marcelo la conoció un día que acudió a una cita que tenía con el magnate, pero como no estaba tuvo que esperar en una salita donde poco después entró Ana

diciéndole con una voz casi masculina:

—Lo siento, señor Campion, pero mi padre vendrá un poco tarde.

Antes de que Marcelo hubiera captado la palabra «padre» y la tradujera al francés *mon père*, ella había ocupado ya su sitio detrás del escritorio. Marcelo se apresuró a ponerse de pie. Ahora era el momento oportuno para hacer gala de la típica galantería francesa.

Pero para la pobre Ana, sin experiencia alguna en el trato con el sexo opuesto, aquella cortesía gala que hasta entonces nadie le había dedicado, la impresionó como si estuviese bordeando un idilio, y paso a paso Marcelo se encontró sin saber cómo zafarse. Comidas, cenas, veladas en casa de Amos…, y luego los fines de semana en la casa de campo de la familia. Desde el día que conoció a Ana habían transcurrido ya dos años y se le consideraba como un novio en potencia, aunque él nunca había dicho nada que diese pie para ello.

Y fue un año antes cuando Marcelo acudió a él para el préstamo. Al principio pensó pedírselo a Hadley, pero no se decidió. El financiero tenía una moralidad muy peculiar en lo que a negocios se refería, pues aun cuando prácticamente no hacía ascos a nada, esto era otra costa. Los sucios términos «mercado negro» o «acaparamiento» eran, para él, equivalentes a anatema. Cualquier negocio que Hadley emprendía debía entrañar alguna finalidad que redundara en beneficio del público. Si se daba el caso que él, personalmente, sacaba tajada, tanto mejor. Y solía ocurrirle.

—Necesito cuatro millones. Yo tengo dos… —le dijo Marcelo a Amos.

—No digas nada más —le contestó Amos al mismo tiempo que sacaba el talonario de cheques. Marcelo se quedó confuso.

—¿Pero no quiere saber para qué los quiero?

Amos le miró sonriendo:

—¿Por qué? ¿No queda todo en la familia?

Marcelo se quedó con la boca abierta, pero reaccionó y dijo:

—Es que dentro de poco quizá necesitaré más.

—Cuando necesites más, vienes y lo dices.

Volvió dos veces más, y Amos extendió el cheque sin dudar y sin hacerle preguntas. Y ahora Marcelo tenía la operación casi terminada. Un poco más y podría pagar todas las deudas, y en seguida aclararía su posición respecto a la familia Amos. Solo era cuestión de tiempo.

once

La cena en casa de Abidijan fue tan aburrida como de costumbre. Luego pasaron a la biblioteca a fumar y a beber unas copas. Marcelo cogió el puro que le ofreció el mayordomo y despuntándolo delicadamente lo encendió. Una de las cosas buenas de Amos eran los puros; habanos legítimos, ni demasiado secos ni demasiado húmedos y cuyo sabor era una caricia para el paladar. El dueño de la casa se sentó en su sillón favorito y le preguntó a Marcelo en su característico inglés:

—¿Tienes contactos con el barón de Coyne?

—En una ocasión trabajé para él —respondió, reduciendo al mínimo la verdad.

Le intrigó la pregunta de Amos, pero esperó que fuese más explícito.

—Quizá puedas ayudarme. Hay unas compañías en las que los dos estamos interesados, y esas compañías juegan con él y conmigo para conseguir un precio mayor.

—Son unos aprovechados —dijo Marcelo.

Entonces recordó que había oído que De Coyne trasladaba sus intereses a Estados Unidos, pero no sabía que también quería convertirse en hombre de negocios.

—Quizá podríamos llegar a un mutuo acuerdo antes de que el precio sea tan alto que ya no nos sea provechoso a ninguno de los dos.

—Es una proposición razonable. Estoy seguro de que el barón lo verá bien.

—Eso creo, pero no veo cómo llegar a tener contacto con él. Los abogados encargados del caso rehúsan las conversaciones.

—Déjelo en mis manos; yo veré lo que puedo hacer.

—Muy bien —dijo Amos levantándose y dirigiéndose a la ventana desde donde miró hacia el East River. Tras haber consultado el reloj, comentó:

—Tarda.

—¿Quién tarda? —preguntó Marcelo.

—El *Shooting Star*. Tenía que entrar en el puerto a las nueve y veinte.

Marcelo se quedó sorprendido. El financiero era el propietario de una de las flotas más importantes del mundo y, sin embargo, sabía la hora exacta en que un determinado petrolero debía llegar a puerto.

—Concédale unos minutos más. No son más que las nueve y treinta.

Amos se sentó de nuevo.

—Algunas veces me siento cansado y pienso retirarme. Pero luego me acuerdo de toda la gente que depende de mí… Sin embargo, ya no soy joven —se lamentó.

—Usted aún está muy lejos de la vejez. Ya quisiera yo tener su energía.

—No, no —replicó Amos—. Tú eres joven y por eso hablas así. Pero yo sé muy bien cómo me siento.

Dio una chupada al puro y suspiró:

—Si por lo menos hubiese tenido hijos… Ya no me preocuparía —y mirando de soslayo a Marcelo agregó—: No es que tenga nada contra mis hijas, pero son mujeres…; solo son eso: mujeres. Si yo tuviera un hijo podría dirigir él los negocios y retirarme.

Sonriendo le dijo Marcelo:

—Con cinco hijas, pronto tendrá numerosos nietos.

—Si tuviera un hijo como tú —continuó Amos, como si no le hubiese oído—, podría dejar todos los negocios en sus manos.

Marcelo no se dejó engañar. Conocía muy bien a Abidijan y sabía que no daría nada hasta que se muriera, e incluso ni después de muerto. La voz de Ana le evitó a Marcelo la contestación.

—Padre —avisó Ana desde el salón—, el *Shooting Star* está entrando en el río.

Marcelo la contempló desde la puerta, e involuntariamente se estremeció. Le careció como si hubiese oído a su padre.

Amos se dirigió a la ventana.

—Es verdad; es el *Shooting Star* —dijo, y mirando el reloj añadió—: Con quince minutos de retraso. Recuérdame mañana enviarle una nota al capitán. ¡Si hay un horario debe cumplirse!

Después de las diez, Marcelo se excusó diciendo que le dolía la cabeza, y Ana lo acompañó hasta la puerta.

—No tienes que trabajar tanto —le aconsejó ella con sentimiento—. Te veo muy cansado.

Marcelo sintió la tentación de decirle que no estaba cansado, sino extremadamente aburrido, pero se dominó.

—Una noche de dormir bien y me levantaré nuevo.

—Sí, es mejor que te acuestes pronto.

—Sí, claro. Buenas noches.

La puerta de Sutton Place se cerró detrás de él, y se quedó unos momentos quieto, respirando la fresca brisa que subía del río. Sin embargo, al emprender el camino el calor sofocante lo envolvió de nuevo, y al doblar la esquina sintió que el sudor le corría por el pecho.

En la esquina de First Avenue buscó un taxi, y como de costumbre brillaban por su ausencia. Miró hacia lo largo de la calle desierta, cuya única animación era la de algunos bares de poca categoría con luces en la puerta, y mirando el reloj decidió ir al Morocco o al Stark. Escogió el Morocco por estar más cerca.

El *maître* se inclinó deferente.

—*Monsieur* Campion, buenas noches. ¿Solo?

Marcelo recorrió con los ojos el salón, en busca de conocidos.

—¿Tienes una mesa pequeña en algún rincón?

—Desde luego, *monsieur* Campion.

El *maître* lo guio hasta un rincón de una sala vecina, guardándose discretamente

el billete que Marcelo le dio.

Pidió una botella de champaña y empezó a bebérsela lentamente, disfrutando de la agradable temperatura del local después de sufrir el húmedo calor de la calle. Algunos conocidos de las mesas vecinas le saludaron cortésmente con inclinaciones de cabeza, y poco a poco el restaurante empezó a llenarse.

Estaba distraído cuando una voz de mujer lo sacó de su abstracción.

—¿Marcelo?

Automáticamente se levantó mirando hacia atrás:

—Señorita de Coyne…

Le besó la mano que ella le tendía.

—Deseaba verle.

—Lo que me halaga infinito —respondió, dándose cuenta de que hablaban francés—. ¿No quiere sentarse?

—Solo un momento —accedió ella—. Voy acompañada.

Inmediatamente apareció un camarero con una copa.

—*A vôtre santé*. ¿Cómo está su padre?

—Bien, pero las cosas de allá van solo regular.

—Lo sé.

Ella miró en derredor.

—Sin embargo, aquí no parece que se note.

—Son gente afortunada, aunque no se dan cuenta —dijo Marcelo dejando la copa sobre la mesa—. He oído que su padre quiere venir a vivir aquí.

—No lo sé aún —contestó Carolina—; de momento no hay nada decidido. Mañana me vuelvo allá, en el *Normandie*.

—Dele recuerdos a su padre y dígale, por favor, que si hay algo que yo pueda hacer, no tiene más que mandarme.

—Gracias —y mirándole a los ojos, le dijo—: He preguntado infructuosamente por todas partes. ¿Usted sabe dónde está Dax?

Ya le extrañaba a él que Carolina se le hubiese acercado solo para saludarle, pues para ella siempre sería un simple escribiente. Disimulando su desencanto, respondió:

—Sí, está en Europa. ¿No lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Hace casi un año.

Ella no disimuló su disgusto.

—Nunca hemos tenido noticias de él. Nunca ha venido a visitarnos.

Marcelo la miró apenado.

—Está en España, con una misión de su gobierno.

—¡Oh…! —dijo ella, y preguntó preocupada—: ¿Está bien? ¿No tiene dificultades?

—Estoy seguro de que no le ha pasado nada. También tengo entendido que pronto irá a Francia. Quizá vaya a verles.

—¿Puede usted ponerse en contacto con él? Mi padre está muy interesado en hablarle.

Parecía que las cosas empezaban a tener sentido. Por eso Hadley quería que Dax fuera a Francia, y no por las razones que expuso. Probablemente ya estaría de acuerdo con De Coyne. Entonces se dijo que sería el financiero quien hablaría a De Coyne del problema de Abidijan. Los abogados no eran sino un pretexto. Decidió solucionar el asunto a la mañana siguiente.

—Por favor, haga lo posible para que pueda localizarle —le rogó Carolina levantándose y tendiéndole la mano—. Se lo agradeceré tanto…

—Será un placer para mí poderla servir.

La vio sentarse a la mesa e inclinarse sonriendo a su vecino de la derecha. Marcelo desvió la mirada a tiempo para evitar la de soslayo de ella, y advirtió las sonrisas de los dos que la acompañaban. Sintió que le invadía la rabia. Otra vez la vieja historia. Por un momento casi olvidó que Europa era todavía Europa. El hecho de no haberlo presentado a sus acompañantes le demostró que no lo consideraban su igual. En este simple acto veía la razón de que el Viejo Mundo se destruyera a sí mismo. Veía dos sistemas de vida opuestos.

El champaña le supo amargo, y llamando al camarero pagó la consumición, desapareciendo en la noche.

doce

Cuando Roberto de Coyne bajó a desayunar, su padre ya estaba a la mesa, y al verlo le señaló silenciosamente un telegrama abierto que había en una bandeja. Abidijan ofrece arriba doce millones por la Master Products. ¿Hasta cuánto puedo pujar?

Hadley.

Roberto dejó el telegrama sobre la mesa con una mueca de disgusto.

—No me gusta. Se están aprovechando de nosotros.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el barón encogiéndose de hombros—. Esta compañía es la clave de nuestra operación en América.

—Pensé que Hadley era mejor negociador. ¿Cómo se enteraría Abidijan?

—No importa —replicó el barón—. Tendremos que llegar a quince millones.

—¡Pero es tres veces su valor!

Sonriendo contestó el barón:

—Los mendigos no pueden permitirse el lujo de escoger. Y eso es lo que nosotros somos en el mercado americano: unos mendigos.

Roberto se bebía su café en el momento en que entró el mayordomo.

—*Monsieur* Campion desea verle, excelencia.

—¿Marcelo Campion? —preguntó sorprendido Roberto.

—Eso dijo, señor.

Roberto miró a su padre.

—Creía que Marcelo estaba en Nueva York.

El barón ordenó al mayordomo:

—Dígale que espere en el despacho, que iré en cuanto haya acabado de desayunarme.

Marcelo estaba adormilado en un sillón cuando el barón entró media hora después, y se levantó disculpándose.

—Le pido perdón. Pero acabo de llegar de Nueva York vía Lisboa.

—No importa —dijo el barón.

Se sentó a la mesa de su despacho sin hacer el menor gesto para estrechar la mano de Marcelo.

—¿Conoce a mi hijo Roberto?

—*Monsieur* Roberto… —dijo, inclinándose.

Roberto inclinó la cabeza ligeramente.

Marcelo esperó que lo invitaran a sentarse, pero el barón preguntó en tono despreocupado y casi protector.

—¿Cuál es el motivo para esta visita tan extraordinaria?

Marcelo, con el cansancio del largo viaje, no acertó a decir nada, quedando como atontado.

Un gesto de enojo asomó al rostro del barón.

—Vamos, hable usted. ¿Qué le pasa? Abrevie porque tengo mucho trabajo.

El resentimiento se apoderó de Marcelo. Para esta gente, acostumbrada a tener a los demás de rodillas, no había cambiado nada. No era como en América, donde contaba la personalidad de uno y no los títulos.

«¿Qué estaba haciendo allí?» Ya no necesitaba al barón, o su dinero. Ni siquiera asociarse con él. En América empezaba a ser respetado. ¡Al infierno con el aristócrata! El elaborado discurso que llevaba preparado se le borró. ¿Por qué permitir que De Coyne le humillara?

De repente consiguió la seguridad necesaria para hablar con calma.

—Mi buen amigo Amos Abidijan sugirió que me pusiera en contacto con usted para tratar de ciertas compañías en las que usted y él están interesados.

El barón echó una rápida mirada a su hijo Roberto.

—Ya.

—Quizá podría llegarse a un acuerdo —prosiguió Marcelo—. Y esto podría representar un considerable ahorro para ambos.

—¿Y usted qué representa en este asunto?

Marcelo se echó a reír. Por primera vez notó que pensaba y hablaba en inglés.

—No me llevo ni un jodido bocado. ¡He venido tan solo por el placer del viaje!

Nunca se arrepintió de su exabrupto. Ni siquiera cuando fue al despacho de Amos, dos días después de que Hitler invadiese Polonia, para pedirle cuatro millones más para detener su ruina. Fue el azúcar la causa, aquel negocio tan bien tramado que había de hacerle millonario. Al día siguiente de su declaración de guerra en Europa, Roosevelt estableció el precio del azúcar en cuatro dólares sesenta y cinco centavos, y él lo había pagado a cuatro ochenta y cinco. Los veinte centavos le representaban cuatro millones de pérdidas, y los acreedores, sabiendo su situación, le apretaban las clavijas exigiendo el pago inmediato.

Silenciosamente el armenio le tendió el cheque, y, guardando el talonario, lo miró.

—Gracias —dijo humildemente Marcelo.

—La especulación es un negocio muy peligroso. A mí me perjudicó mucho durante la última guerra.

Marcelo lo miró sorprendido. Creía que Amos no sabía nada del azúcar.

—Todavía puede dar grandes resultados —replicó defendiéndose.

—Sí, pero solo si se puede escamotear la mercancía de las requisas del gobierno.

—¿Cree que lo hará?

—Se verá obligado. Roosevelt prometió su apoyo a los aliados. Todos los almacenes del puerto serán requisados.

—¿Y dónde encontrar un sitio lo bastante grande para esconder tanto azúcar?

Amos se echó a reír.

—Eres un joven brillante, pero aún tienes que aprender. No puedes guardarlo todo

en un mismo sitio. Se descubriría en seguida. Tienes que repartirlo… Recuerda el sistema de los contrabandistas para esconder el whisky.

—No podré encontrar muchos sitios en tan poco tiempo.

—Yo te los proporcionaré. Tengo un amigo que fue contrabandista y aún tiene locales escondidos. Ya le he hablado, y él te facilitará la manera de almacenar sin peligro.

Marcelo casi no encontró palabras.

—Me ha salvado la vida.

—He hecho lo mismo que tú hiciste por mí.

—¿Yo?

—Hace dos semanas recibí una carta del barón De Coyne, contándome que fuiste a verle con mi proposición.

—Oh…; esto no fue nada.

—¿Cómo nada? —replicó Amos—. Volaste a Europa en uno de esos peligrosos artefactos en cuanto yo te hablé…, ¿y dices que no es nada? No subiría en uno de ellos ni por mi padre.

Se levantó y se le acercó para decirle en voz baja:

—El barón y yo acabamos de comprar la Master Products Company por tres millones menos de lo que yo ofrecía.

Marcelo pensó que al fin y al cabo el barón no era tan orgulloso como parecía. Evidentemente el dinero era el gran igualador.

Amos puso un brazo en el hombro de Marcelo.

—Ya está bien de negocios. Vamos a hablar de cosas más importantes. ¿No te parece que octubre es un buen mes para casarse?

trece

Sue Ann colgó el teléfono.

—Papá quiere que vayamos a casa.

Sergei levantó el rostro del periódico.

—Sabes que aún no se puede sacar a la niña de la clínica. Ann se levantó de mal humor, quizá porque se notaba más pesada, puesto que, después de dar a luz, no hizo nada para adelgazar.

Por el contrario, pareció que aceptase el haber engordado para no tenerse que preocupar para recobrar su silueta, y empezó a comer bombones y pasteles y a no privarse de ninguno de los platos que antes rechazaba aunque le gustasen. Lo único que seguía conservando era su desmesurado apetito sexual.

—Ya lo sé —le replicó Sue Ann—, pero el irnos a casa no la puede perjudicar. Nosotros no podemos hacer nada por ella, y los que realmente la cuidan son las hermanas y los doctores.

—Todavía es nuestra hija. No podemos marcharnos y abandonarla.

Sue Ann le miró con enfado.

—No te resignas, ¿verdad? No quieres admitir que para ella no hay esperanza y que siempre será así.

—Los médicos dicen que hay una probabilidad.

—¡Los médicos! —gruñó desdeñosa—. Dirán cualquier cosa con tal de no perder sus honorarios.

Sergei no respondió, y se levantó con intención de irse.

—¿Adónde vas?

—A la clínica. ¿Quieres venir?

—¿Para qué? ¿Para quedarme de pie mirándola?

Sue Ann sacó una botella de whisky del armario.

—Sacaré pasaje para irme a Estados Unidos la semana que viene.

—Lo que tú quieras —respondió Sergei con calma—, pero irás tú sola.

Ann puso hielo y un poco de whisky en un vaso y, mientras lo movía lentamente, se encaró con él.

—Hay alguien más. Esa enfermera del hospital. La inglesa.

—¡Déjate de tonterías!

—Mis amigas la vieron en tu coche.

—No hice más que ofrecerle que subiese, pues llevábamos la misma dirección.

—¿Ah, sí? No dicen ellas lo mismo.

—¿Qué es lo que dicen tus amigas?

—Pasaste por debajo de su balcón y pudieron ver el espectáculo. Tu bragueta estaba abierta y ella te tenía sacada la *picha*.

—¿En pleno día? —dijo con ironía Sergei—. ¿Y tú lo crees?

—Te conozco —repuso ella, apurando el whisky de su vaso. Acto seguido se puso a preparar otro—. No puedes conducir un coche sin que alguien te meta las marchas. De continuar así acabarás matándote.

Sergei lanzó una carcajada.

—Es una forma de morir como otra cualquiera. Al menos no moriré de cebarme como un cerdo.

—No trates de cambiar de tema —exclamó Sue Ann sombríamente—. No soy la misma de cuando nos casamos. Ahora te conozco el juego.

—Ahora eres muy lista —replicó él, sarcástico—; y ¿quieres que te diga una cosa? ¡Eras mucho más atractiva antes siendo estúpida!

Salió dando un portazo. Por un instante ella se quedó inmóvil; luego, rabiosa, estrelló el vaso contra la puerta, desperdigándose los fragmentos de cristal sobre la alfombra.

—¡Jódete!

Repentinamente corrió a la ventana, la abrió y^ se asomó al exterior. Abajo, en el patio, él acababa de meterse en el coche.

—¡Jódete! ¡Jódete! ¡Jódete! —gritó fuera de sí, como una vulgar verdulera.

Y siguió gritando como una condenada hasta que el automóvil desapareció de su vista.

Las manos de Sergei asían fuertemente el volante. Podía percibir las vibraciones del poderoso motor del Mercedes… Desde el primer momento sabía que era una equivocación casarse con Sue Ann, pero ahora ya no le servía de consuelo. Incluso le amargaba más.

Todo pasó como él había previsto. Eran demasiado parecidos y demasiado diferentes. Ahora ya no había solución, en todo caso para él. Existía la niña. Siempre existiría la niña de por medio, pues por años que transcurrieran, Anastasia jamás llegaría a ser mentalmente adulta.

Le pareció que aún oía al especialista diciéndoles en tono profesional, pero apiadado por la pena que iba a causarles:

—*Elle est retardée*.

Sergei se fijó en el rostro de Sue Ann, y lo vio tan inexpresivo que de momento creyó que no había comprendido al doctor por haberles hablado en francés, y le repitió en inglés lo que había dicho.

Ella lo miró fríamente y respondió sin emoción:

—Lo he oído. Siempre pensé que no era normal. Desde que nació nunca ha llorado.

Él miró con tristeza a la criaturita tendida en la cuna. Anastasia yacía inmóvil y con mirada ausente, como si no viese ningún objeto. Tenía tres meses y aún no había

dado muestras de conocimiento. Sergei sintió que las lágrimas le salían a los ojos.

—¿No se puede hacer nada? ¿Una operación?

El doctor apartó la mirada de él y contempló a la niña.

—Por ahora no. Quizá cuando sea mayor. Uno nunca sabe.

—¿Qué podemos hacer? —rogó Sergei—. Es tan poquita cosa y está tan indefensa…

Sue Ann se había apartado de la cuna y se fue a la ventana, pareciendo que se desentendía de todo lo que hablaban detrás de ella.

—Déjenla aquí —sugirió el doctor suavemente—. Necesita unos cuidados especiales, y aún está muy delicada para que se la traslade a otro sitio. Es lo único que se puede hacer por ahora.

—¡Matarla! —gritó Sue Ann en tono salvaje—. ¡Esto es lo que usted puede hacer! Tiene la sangre degenerada. Ya papá me había prevenido contra esas viejas familias europeas. Nunca estará bien. Será idiota toda su vida.

El doctor apenas pudo reprimir su asombro.

—No, *madame*; su hija no será idiota. Solo es algo retrasada, y puede que después de unos años sea una muchacha encantadora.

Sue Ann los miró a los dos con desprecio y desapareció dando un portazo. A los pocos instantes, la niña empezó a llorar, y el médico se inclinó sobre su cuna.

—Vea usted cómo responde. Poco, pero responde. Todo lo que esta criatura necesita es mucho cuidado y amor.

Sergei lo miró en silencio. El doctor comprendió el íntimo y callado drama que sufría y le dijo:

—Su esposa atraviesa un estado de ánimo anormal. Usted no tiene la culpa. Esto sucede a veces con ciertos embarazos intrauterinos. A la niñita casi la ahogó el cordón umbilical y la falta de aire le dañó el cerebro en una proporción que no conocemos, pero seguramente leve. La mayoría de estos casos se remedian por sí mismos con el tiempo.

Sergei continuó callado.

—Usted no debe creerse culpable, amigo mío —le dijo en tono afectuoso.

Pero en cierto modo sí lo creía.

Sergei colocó el coche en el aparcamiento de la clínica y se dirigió al pabellón infantil. La hermana que estaba arreglando las cunas, le sonrió.

—La niña está en el jardín con la enfermera.

Sergei salió por una de las puertas encristaladas, recorrió el jardín de una mirada y vio a la enfermera sentada en un banco con el cochecito delante.

Se acercó y miró a su hija, viendo que estaba despierta y con los ojos, como siempre, apagados.

—¿Cómo está esta mañana?

—Bien. Hace tan buen tiempo que he querido que respirase este aire.

—Bien —murmuró, y encendiendo un cigarrillo le preguntó, bajando la voz—.

¿Dónde estuviste anoche? Esperé en el albergue hasta las nueve.

—No pude salir. La directora me entretuvo en su despacho hasta muy tarde, y como ya no había autobuses tuve que quedarme a dormir aquí.

Él se dio cuenta de que estaba fatigada.

—¿Te pasa algo?

—No he podido dormir. La directora me ha dicho que estoy despedida.

—¿Despedida? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué? No ha habido quejas respecto a tu trabajo.

Mirando al suelo murmuró con tristeza:

—Sí que las ha habido. La directora me lo ha dicho.

Sergei empezó a sospechar.

—¿Te dijo de quién?

La *nurse* fijó en él sus claros ojos grises.

—No me lo ha dicho. Nunca lo dirá. Pero por la forma de expresarse me imagino quién ha sido.

—¿Mi esposa?

La enfermera afirmó con la cabeza.

—¡No puede hacerlo! Sabe lo importante que eres para la niña.

—Pues lo hizo —aseguró la enfermera—. Solo puede haber sido ella. No se ha quejado de mi trabajo, sino de mi conducta.

Sergei se levantó, irritado.

—Hablaré con la directora.

—No —replicó ella—. No harías más que empeorar las cosas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Tienes algún plan?

La enfermera hizo un gesto negativo.

—He de encontrar trabajo aquí. No es posible volver a Inglaterra con Francia ocupada por los alemanes. —La enfermera vio que el cielo se estaba nublando y se levantó.

Sergei la siguió hasta el pabellón infantil y vio emocionado el cariño con que trataba a Anastasia. La niña parecía tan complacida que estaba seguro de que si Sue Ann la hubiera visto solo una vez, no habría dado el paso que dio.

—Es una niña muy buena —dijo la enfermera.

Sergei se inclinó sobre la cuna.

—Buenos días, Anastasia.

La niña lo miró y una leve sonrisa le asomó a los labios.

—¡Me ha sonreído! —exclamó Sergei—. ¡Empieza a conocerme!

—Va mejorando; dentro de unos meses estará desconocida.

Él volvió a inclinarse sobre su hija.

—Soy tu papá, Anastasia —murmuró con amor—. Soy tu papá que te quiere mucho.

Sin embargo, la sonrisa había desaparecido, y la criatura lo miró otra vez con ojos

apagados.

catorce

Sue Ann estaba triste por ella y por Sergei. Todo había acabado entre los dos, y en ciertos aspectos hacía tiempo. Si al menos no hubiera quedado encinta… o no hubiese tenido tanto miedo a un aborto…, o hubiese vigilado el calendario y hubiera obrado antes…

Sin embargo, todas estas consideraciones resultaban demasiado tardías y carecían de consuelo. Pero lo que más lamentaba era la situación de la niña.

Había deseado amar a la criatura, abrazarla, cuidarla y jugar con ella. Pero cuando la vio con aquella expresión vacía no pudo. Se ponía enferma al contemplar su descolorido rostro. Silenciosamente apartaba a su hija y la enfermera la ponía en la incubadora.

Sue Ann se echó sobre la cama con el rostro bajo la almohada y cerró los ojos. Había pasado mucho tiempo, demasiado, desde que era niña.

Su padre no estaba nunca en casa. Solo le veían para Navidad y en otras escasas ocasiones por tratarse de alguna fiesta. El resto del tiempo estaba absorbido por su trabajo, metido en los almacenes. Su vida se reducía a un rótulo Daley Penny Savers, lo mismo que fue la de su padre.

Su madre, una de las bellezas de Atlanta, se quejaba a menudo de que su hija hubiera heredado la robustez y el aspecto físico de su marido, que era alto y gordo, y nada de la belleza que siempre distinguió a las mujeres de su familia.

A los catorce años era más alta que la mayoría de los chicos de su clase de la escuela superior, y entonces empezó su lucha contra la tendencia a engordar, agravada por un hambre insaciable. Además, con la aparición de la regla se le llenó la cara de un acné típico.

Recordaba las lágrimas que vertió ante el espejo y su repugnancia a mostrarse delante de nadie, y mucho menos ir a la escuela. Pero su madre la obligó y aun ahora le parecía sufrir la humillación de ver cómo los chicos se reían ante su rostro lleno de granos que trataba de disimular con pomadas especiales. Al cabo de un tiempo empezó a odiar a sus condiscípulos por su crueldad, pero también sentía una excitación interior en cuanto se le acercaban o simplemente le hablaban. Incluso entonces, su reacción sexual era tan intensa que por mucho que se esforzara en dominarse no tardaba en sentirse totalmente humedecida, por lo que el temor de que se lo notaran la mantenía en perpetuo terror.

Ya había perdido la noción de cuándo y cómo empezó a masturbarse, pero recordaba muy bien el alivio que ello le proporcionaba así como la dulce laxitud que la invadía después. Fue por aquel tiempo cuando se vio libre de las tensiones o del deseo de atiborrarse de comida. Recordaba cuán agradable era quedarse tranquilamente en cama por la mañana después de haberlo hecho, cerrar los ojos e

imaginarse que se había convertido en una belleza. Un día su madre entró en la habitación y la sorprendió.

Sue Ann todavía recordaba la expresión, mezcla de asombro y furia, reflejada en el rostro de su madre al verla a ella desnuda en la cama, las rodillas levantadas y activos los dedos. Sin casi darle tiempo a detenerse, su madre había cerrado la puerta de golpe y la estaba azotando con un cinturón de cuero arrebatado de sobre el tocador.

El primer fustigazo que hirió su carne desnuda le produjo una sensación de intenso y casi placentero dolor. Gritando, se volvió boca abajo tratando de rehuir los furiosos azotes. Percibía el escozor de los verdugones que aparecían en su espalda, nalgas y piernas. Un fuego interior la recorrió y, de repente, se encontró chillando y retorciéndose en la agonía del orgasmo, el primero de verdad que había experimentado en su vida.

A pesar de ello todavía oía a su madre que sin cesar de pegarle con el cinturón gritaba iracunda:

—¡Puerca asquerosa! ¿Es que quieres que tus hijos sean idiotas? ¿Es eso lo que quieres?

Y así una y otra vez hasta que los gritos se fundieron con su dolor y lágrimas. Idiotas, idiotas, idiotas…

La única consecuencia que sacó de aquella experiencia fue cerrar con llave su habitación cuando estaba sola. Nada más se interpuso en su preocupación por su propio cuerpo. Y así siguió hasta que tuvo su primera experiencia sexual con un muchacho, a los dieciséis años. En realidad, de haber dependido de ella, la cosa hubiera sucedido antes; pero al principio no conseguía atraer a los chicos. Y cuando por fin lo logró, encontróse con la fuerte resistencia de ellos a actuar, quizá por temor a la encumbrada posición de la familia de ella o porque aún les quedaban restos de caballerosidad a los muchachos sureños.

Finalmente, la desfloración tuvo lugar en el asiento trasero de un coche descapotable aparcado en una oscura vereda de la localidad, frecuentada por los enamorados, a la salida de un baile en el instituto. Antes de que el muchacho se diera cuenta, o casi, las cosas habían llegado tan lejos que ya no podía rajarse. Sin embargo, en el último momento el chico vaciló aún.

—¿Por qué te paras? —preguntó ella airadamente.

—No sé, Sue Ann. De verdad, ¿crees que debemos seguir?

Ella estalló en un alarde de factibilidad pragmática.

—¿Es que no vas a cansarte nunca de que sea yo quien te trabaje?

Y al final fue casi como si lo hubiera tenido que hacer ella misma, pues le guio para que la penetrara. Sin embargo, cuando él se encontró con la obstrucción del himen se detuvo de nuevo.

—No puedo entrar más —murmuró.

Por entonces ella estaba ya medio enloquecida. La idea de haber estado a punto

de conseguirlo para acabar luego en nada la sacaba de quicio. Le clavó las uñas en las nalgas del muchacho.

—¡Empuja más fuerte, maldito!

El muchacho dio una última embestida y el hecho fue consumado. Un momento más tarde, tras el orgasmo, empezó a retirarse.

—¿A dónde te imaginas que vas? —le preguntó ella.

—Estás sangrando. No quiero hacerte daño.

—No me haces daño.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. Venga, házmelo otra vez. Date prisa, lo quiero. ¡Házmelo, demonios! ¡Aprisa!

Al cabo de poco tiempo el acné desapareció y ya no tuvo necesidad de cerrar la puerta de su cuarto. Los muchachos se sucedieron sin tregua y por primera vez se abrió ante ella un nuevo y maravilloso mundo. Los correazos y palabras de su madre se le olvidaron o eso creía ella, hasta la noche en que nació la niña.

Recordaba como si se hubiese sumergido a través de una niebla y tratase de emerger de ella y cuando recobró los sentidos se encontró en la sala de partos. Desde la mesa donde estaba tendida vio al médico y a dos enfermeras atareadas en un rincón; vagamente se preguntó qué estarían haciendo, pero al darse cuenta de repente, gritó:

—¡Mi bebé!

Intentó levantarse, pero las ligaduras que la sujetaban a la mesa se lo impidieron.

El médico dijo entonces algo a una de las enfermeras, la cual se le acercó.

—Estese quieta y descanse.

—¿Qué pasa con mi bebé?

—Nada; descanse. Todo va bien.

—¡Doctor! —gritó incorporándose de nuevo, pero la enfermera la obligó a tenderse—. ¿Qué pasa con mi criatura?

Después de un momento el doctor se le acercó preocupado.

—¡Ha muerto! —gritó ella.

—No, la criatura está bien; pero ha surgido un inconveniente.

—¿Cuál?

—Tenía el cordón umbilical enredado en el cuello.

La enfermera que estaba delante de la mesa del fondo se apartó, y Sue Ann vio la carita de la pequeña cubierta con una máscara de oxígeno.

—¿Qué están haciendo?

—Le damos oxígeno. Ahora trate de descansar.

Sue Ann le cogió una mano.

—¿Por qué? —apremió.

—En estos casos el oxígeno es necesario. Ninguna precaución es excesiva.

La asaltó un presentimiento.

—La criatura es deforme, ¿verdad? O es el cerebro lo que… Dígame la verdad, doctor.

El doctor respondió evasivo:

—En estos casos nunca se sabe…

Ella lo miró con ojos desorbitados. El médico podía no estar seguro, pero ella sí. Del fondo de su memoria surgían las palabras de su madre: «¿Quieres que tus hijos sean idiotas?»

Cerró los ojos sintiendo que la invadía un dolor sordo. Como siempre, su madre tenía razón.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—Doctor, no quiero tener más hijos. ¿Puede usted…?

El doctor vaciló antes de contestar.

—Puedo, pero ¿no cree que primero sería mejor que hablara con su marido?

—¡No!

—Ha sido un accidente —prosiguió el médico—. Y es muy probable que no vuelva a sucederle. Es un caso entre mil. Tenga en cuenta que si le ligo las trompas, luego ya no se puede deshacer. Entonces… ¿Y si quiere tener otro niño?

—Lo adoptaré. Es la única forma de estar segura de lo que tendré.

El doctor observó su rostro unos segundos y seguidamente hizo una señal a una enfermera, la cual acercó una mascarilla de cloroformo y se la aplicaron sobre la nariz. Aspiró profundamente y sintió que la habitación empezaba a retroceder mientras apretaba con fuerza los párpados para que no saliesen las lágrimas. Después de un agudo dolor se desvaneció con un último pensamiento:

«¿Por qué su madre tendría siempre razón?»

quince

Sue Ann se volvió hacia él con brusquedad mientras metían la primera de las maletas en el coche.

—No quiero el divorcio.

Sergei no contestó.

—El Banco te enviará regularmente un cheque cada mes y desde luego se pagarán los cuidados de la niña.

—No tienes por qué hacerlo —respondió él, apretando los labios—. De eso me encargo yo.

—Quiero hacerlo.

Sergei no replicó.

—Volveré —añadió ella—. Solo estaré en casa una temporada, el tiempo justo para reponerme.

—Está bien.

Pero los dos sabían que ella no volvería. Era el fin.

—Todo es diferente aquí. El idioma, la gente… En realidad, nunca me sentí a gusto.

—Sí, claro… Creo que es normal. Uno siempre está mejor en su casa.

Cargaron la última de las maletas, y Sue Ann, mirándole a los ojos, murmuró en tono ambiguo:

—Bien…, adiós.

—Adiós, Sue Ann —contestó Sergei.

Se le acercó y le besó las mejillas. Ante este gesto inesperado, los ojos de Sue Ann se llenaron de lágrimas, y murmuró:

—Lo siento.

Salió corriendo sin cerrar la puerta. Sergei la cerró y entró en la sala de estar; allí se sirvió un whisky y se sentó en un sillón… Se había despedido de muchas mujeres, pero ninguna fue como Sue Ann y ninguna había sido su mujer. Sin embargo, desde que ella salió de la clínica y le dijo lo que había hecho, previo el desenlace.

—¡Debes de estar loca! —le gritó—. ¡Solo una idiota puede hacer lo que has hecho!

Pálida y con acento obstinado, ella replicó:

—No más hijos. Con uno como esta es suficiente.

—¡Pero los otros no serían igual!

—No deberían serlo —le corrigió ella—, pero vale más no arriesgarse. He oído hablar de las antiguas familias europeas.

Él la miró asombrado.

—Pero en mi familia nunca se dio un caso semejante. Fue un accidente.

—Ni en la mía tampoco —añadió decidida—: De todos modos no quiero más hijos.

Un embarazoso silencio se interpuso entre los dos. Sue Ann, que estaba cerca del fuego, se le acercó, y de pie a su lado le dijo:

—Lo hemos estropeado todo, ¿verdad?

Sergei no respondió.

Al cabo de unos momentos Sue Ann dijo:

—Creo que voy a subir y acostarme.

Tampoco obtuvo respuesta. Entonces se dirigió a la escalera, y desde allí preguntó:

—¿Vienes?

—Dentro de un momento.

Sue Ann subió silenciosamente, y él se quedó junto al fuego hasta que se extinguieron las brasas. Cuando entró en el dormitorio, ella le estaba esperando, pero pronto comprendió, no obstante haberlo previsto, que nunca sería ninguno de los dos lo que hasta entonces habían sido. Desde entonces, Sue Ann cayó en una desidia completa. Se dedicó a comer desordenadamente y a descuidar su apariencia. La vez que él le sugirió que debería ir a la peluquería y encargarse algún vestido, le respondió:

—¿Para qué? Si no vamos a ninguna parte.

Era verdad. Con el continente en guerra era imposible viajar. El llegarse a la Riviera para bañarse o ir a París a divertirse pertenecía al pasado. Estaban en Suiza, y Suiza era como una isla.

Poco a poco todo el mundo empezó a desaparecer. Nadie quería verse metido en medio del conflicto, y la gente se iba a su país de origen lo antes que podía. En la misma Suiza ya casi solo quedaban suizos, interesados en averiguar cuál de los dirigentes del momento depositaba más dinero en sus Bancos.

A juzgar por la manera posesiva con que los helvéticos hablaban de ello, uno deducía que pensaban no tener que devolverlos jamás.

Al finalizar la guerra, muchos de esos fondos no serían reclamados porque muchos de sus depositarios habrían muerto sin legalizar las transferencias, por lo que pasarían a ser propiedad suiza. Cuando los alemanes rompieron la línea Maginot e invadieron Francia, pareció que los suizos no se habían equivocado. Una cortina aislaba el pequeño país del resto de Europa.

Un mes después, Sergei se encontraba en las oficinas de los banqueros y Bernstein le preguntó:

—¿Su padre es coronel del ejército alemán?

Sergei sintió curiosidad. Conocían el asunto tan bien como él.

—¿Por qué?

—Deberíamos ponernos en contacto con alguno de nuestros clientes, y ahora es muy difícil conseguirlo.

—¿Por qué no lo intentan? —sugirió Sergei—. Ustedes dos no tendrían dificultades. Ambos son suizos.

—No podemos hacerlo —dijo en el acto Kastele—. El gobierno suizo no lo permitiría. Se consideraría como un acto hostil a Alemania.

Sergei clavó la mirada en ellos, y en el acto se dio cuenta de la verdad: sus clientes eran judíos. Se mantuvo silencioso.

—Si su padre le obtuviera un permiso de entrada… —continuó Kastele—, estoy seguro de que podríamos proporcionarle un pasaporte suizo.

Sergei le miró intrigado.

—¿Quiere decir que me convertiría en ciudadano suizo?

Los banqueros se miraron entre sí.

—Eso, también podría arreglarse.

Sergei se quedó pensativo. Legalmente, él no era ni ruso ni francés, sino uno de los muchos infortunados que vegetaban por Europa después de la última guerra. «Apátridas», se les llamaba. Sin embargo, se les conocía el derecho de establecerse en el país que quisieran, y la mayoría de los rusos blancos lo hicieron en Francia. Pero ser ciudadano suizo podría resultar beneficioso cara al futuro.

—¿Qué quieren que haga?

—Solo localizar a nuestros clientes y obtener instrucciones respecto a sus depósitos.

—¿Y si no pueden ser localizados?

—Ver de saber si todavía viven. Necesitamos esta información para arreglar sus cuentas.

Entonces Sergei pensó que debía de ser verdad el rumor que corría de que todos los fondos sin reclamar se los repartían a partes iguales entre el Estado y los bancos. Esto explicaría la urgencia de los banqueros por saber de sus clientes.

—¿Y qué obtendría yo?

—Estamos seguros de que podríamos llegar a un resultado equitativo. No nos hemos portado nunca mal con usted, ¿verdad?

Acordaron que Sergei escribiría a su padre. Ahora habían pasado varios meses, y el mismo día que Sue Ann se fue a América, recibió la respuesta del coronel, en la cual le decía que estaba en París y que ocupaba una *suite* en el mismo hotel del que había sido portero. Algo se podría hacer. A su padre le gustaría mucho verle.

Mientras se llenaba un vaso de whisky, Sergei decidió aceptar la oferta de los banqueros, proponiéndose ir aquella misma tarde a su despacho. Pero aún le quedaba una cosa por hacer. Descolgó el teléfono y marcó un número.

Una voz de mujer respondió.

—Peggy —dijo él vivamente—, soy Sergei.

—¡Oh…! —contestó jubilosa la enfermera inglesa.

—Sue Ann se ha ido; ¿cuánto tardarás en tener a la niña lista?

—Desde esta mañana que estamos esperando tu llamada.

—No tardó más de diez minutos.

dieciséis

Lo único que se oía en la acera de la Avenida de George V eran sus propios pasos. Dax miró hacia el final, hacia los Campos Elíseos, viendo lo que nunca hubiera podido imaginar: París desierto a medianoche.

Las calles totalmente vacías. Todos los franceses estaban recluí dos en su casa, y los bares y los cafés cerrados mientras las sillas y las mesas seguían solitarias en las aceras. Hasta Vouquet estaba cerrado.

El París del 1940 ya no tenía enamorados que, cogidos del brazo, pasearan y se besasen bajo las espesas copas de los castaños, y las tiendas con los escaparates llenos de objetos sugestivos y diversos para tentar a las damas, estaban cerradas.

Se sacó un delgado puro del bolsillo y se dispuso a encenderlo; con la cerilla en la mano oyó unos pasos a su espalda, y al volverse vio a una chica de rostro enjuto y hambriento que saliendo de un portal sin luz lo interpelaba en un destrozado alemán.

—*Wohin gehen Sie, mein Herr?*

Dax le dijo que no era francés, y la muchacha se hundió de nuevo en las sombras. Él reemprendió el paso diciéndose que hasta las prostitutas parecía que sufrían el peso de la derrota.

Sin embargo, en el lugar de donde él procedía en aquellos momentos reinaban la alegría, la música y el champaña, y todo, naturalmente, protegido de las miradas indiscretas de la calle con gruesas cortinas. Era uno de los salones donde se mezclaban los alemanes y los colaboracionistas. Pero la fiesta no estaba animada; los franceses aparecían demasiado humildes, los alemanes demasiado condescendientes, y las risas eran demasiado forzadas. Decidió marcharse, pero antes trató de encontrar a Giselle.

La descubrió entre un grupo de oficiales alemanes, sonriendo y derrochando el encanto propio de la buena actriz que era, mientras su pequeño *manager* con rostro de pájaro no dejaba de vigilarla.

Dax sonrió. No podía obligarla a abandonar la fiesta cuando lo estaba pasando tan bien, sintiéndose admirada por todo el mundo. Dax se marchó. Al día siguiente ella le llamaría por la mañana temprano. Con voz soñolienta, para que él se enterara que había dejado instrucciones a la camarera de que la despertase, le preguntaría en tono de reproche:

—¿Por qué te fuiste sin mí?

—Porque lo estabas pasando muy bien.

—No es verdad. Ya no podía resistir más. Y esos alemanes son tan fatuos… Pero Georges se empeñó. Dice que son los negocios.

Georges siempre decía eso. Dax le resultaba antipático. Dax no le podía conseguir película virgen para sus cámaras ni permiso para filmar. Para lo único que Dax servía

era para distraer a Giselle de su trabajo; y Giselle constituía el principal producto de Georges, pues sin ella no pasaba de ser un productor cualquiera.

—¿Vendrás a comer? —le preguntaría ella.

—Me parece que sí.

—Hasta luego, pues.

La voz de ella traicionaría un bostezo y colgaría el teléfono. Dax estaba seguro de que reanudaría el sueño.

Hacía más de un año que la conocía. La vio en la estación de ferrocarril de Barcelona, mientras la gente se agolpaba en el vestíbulo.

—¿Qué pasa? —le preguntó a uno de sus compañeros, miembro de la delegación española.

—Es la estrella de cine Giselle d'Arcy. Acaba de llegar de Hollywood y va a París.

El nombre no le dijo nada, pero en cuanto la vio la reconoció en seguida. Su fotografía se había publicado en todos los diarios y revistas del mundo. Las fotografías no la presentaban tal y como era. Su seno no era tan lleno como aparecía en las películas, ni sus caderas tan redondas, ni sus piernas tan largas. Sin embargo, lo que los fotógrafos no podían captar era la vida que bullía en ella y la gracia de su andar.

Dax sintió una llamarada de deseo, de pasión acaso. Había pasado mucho tiempo desde que había deseado a una mujer, y en el acto se sintió arder. Ella, solo a ella quería. Así de sencillo.

Ella se dio cuenta de que la miraba y se sintió atraída por sus ojos, hasta dar unos pasos involuntarios hacia él, como si tuviesen imán. Pero la gente la sacó de su abstracción y desapareció en el interior del tren. Dax la siguió.

Esperó media hora después de la salida del tren de la estación, y recorriendo los compartimientos, consiguió encontrarla. Georges había ido al lavabo, y ella, que leía una revista, levantó la mirada y lo vio a través del cristal de la puerta. Dax la abrió, y cerrándola tras de sí se apoyó en ella, diciéndole apasionadamente y con el aliento:

—Necesito que seas mía.

—Sí —respondió ella—. Lo sé.

En la tensión de él le pareció ver como si llevara una carga de pólvora a punto de estallar. Dax le cogió una mano que temblaba ligeramente.

—Te conozco —murmuró ella—, aunque no nos hayamos visto nunca.

—Antes de hoy, no. Pero ahora, en este sitio, en este momento, sí.

Al cabo de unos momentos, Georges volvió y se sorprendió al encontrar la puerta cerrada y con las cortinillas echadas. Dio unos golpes nerviosos en la puerta.

—¡Giselle! ¡Giselle! —llamó—. ¿Estás bien?

—¡Vete! —su voz sonó ronca.

Se quedó unos instantes inmóvil. Era un tono de voz que había oído ya otras veces y que no admitía réplica. Se dirigió al bar y pidió de beber mientras sentado

filosóficamente pensaba en quién podía ser el que estaba con ella. Encogiéndose de hombros pidió otra copa. No era posible evitarlos a todos. Sin embargo, al otro día estarían en París y le sería fácil controlarla.

De esto hacía más de un año, y en ese intervalo habían sucedido muchas cosas. Los alemanes se extendieron por el continente, Francia entera vivía bajo la bota nazi y en Vichy regía un nuevo gobierno. Georges trataba desesperadamente de aferrarse a la ilusión de que aún gozaban de autonomía.

Sin embargo, era difícil creerlo, pues todo el mundo sabía que los alemanes eran quienes tomaban las decisiones definitivas. También se hablaba de abrir de nuevo algunos estudios de cine, y Georges, deseando ser uno de los primeros, se dedicó a cultivar a la gente adecuada: los alemanes y los colaboracionistas. Naturalmente, a ellos, como a todo el mundo, Giselle les impresionaba.

Lo único que le preocupaba eran sus relaciones con Dax. Duraban mucho más de lo que él supusiera, a pesar de que Dax no hacía nada por ella ni le ofrecía nada, ni le hablaba de matrimonio. Por el contrario, ella le hacía regalos costosos, como el pasador de corbata y unos gemelos de oro con diamantes.

Georges no comprendía su conducta. Estaba desconcertado ante lo largo del idilio y la esplendidez de ella. Cuando lo natural en una estrella que tenga conciencia de su cartel es que ocurra al revés.

La vez que le propuso un encumbrado oficial alemán, ella se rio de él y lo mandó a paseo.

—Puede sernos de gran ayuda —le dijo.

—Que te ayude a ti —le respondió ella con su habitual franqueza—. Yo ya estoy bien como estoy.

—¿Pero no quieres volver a trabajar?

Ella hizo un gesto negativo.

—Quisiera, pero no me hace ninguna gracia. Se está hablando mucho de los colaboracionistas.

—¡Están locos! —estalló Georges—. La guerra está acabada, estamos vencidos.

—Todavía hay franceses luchando en ultramar.

—Sí, como en el año 1870. Convéncete, este es el momento de los alemanes; luego será el nuestro.

Ella lo observó con sus grandes ojos azules. Sabía lo necesario que era el trabajo para aquel hombre tan insignificante.

—Si esta vez no triunfamos —dijo ella en voz baja—, quizá no tengamos otra oportunidad.

Sin embargo, fue a las fiestas y admitió otras tareas que Georges le sugirió. Pero siempre fue con Dax, nunca sola, o con otro francés o alemán. Estaba decidida a que no se hablara de ella como de una colaboracionista. Aunque obrase normalmente, rechazaba cualquier oportunidad que significase colaboración, y con excusas declinaba el tomar parte en ningún acto de significación política. La prueba de que

supo ser discreta estaba en que la mayoría de la gente que la encontraba por la calle la saludaba y sonreía a su paso. No la hacían objeto del agresivo silencio que sufrían otros. La consideraban una estrella aunque no hiciera películas.

En una ocasión estaban comiendo en su apartamento, cuyas ventanas daban al Bosque de Bolonia, cuando oyeron un desfile. Se asomaron y viendo pasar a los alemanes, ella preguntó:

—¿Crees que se irán alguna vez?

—Si no les obligan, no.

—¿Y cuándo ocurrirá?

Él volvió a la mesa sin responder y ella se irritó.

—¿Y a ti qué te importa? No eres francés, sino un extranjero, y haces negocios con ellos. ¡Tú haces negocios con cualquiera!

Dax dejó el puro en un cenicero y le contestó en tono tranquilo:

—Sí me importa. Tengo amigos que son a la vez franceses y judíos. Y no me gusta lo que les está sucediendo, pero no puedo intervenir. Soy un representante de mi gobierno.

Ella le miró fijamente. Era la primera vez que le oía hablar de la guerra, y notó la ira que disimulaba en la serenidad con que había hablado. Arrepentida, se le acercó, y apoyando su mejilla en la de él, se disculpó.

—Lo siento, querido. No lo sabía. Comprendo que para ti tampoco te es muy fácil.

Él la miró a los ojos y le dijo:

—Es más fácil para mí que para ti, que eres francesa.

diecisiete

Gato Gordo le estaba esperando cuando entró en el edificio del consulado.

—Hay unos alemanes esperándote en el despacho.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Son dos oficiales.

—Voy a ver.

Gato Gordo lo acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—Esperaré aquí, por si pasa algo.

—¿Qué quieres que pase? —preguntó con cierto sarcasmo—. Son nuestros amigos.

—No son amigos de nadie.

Dax abrió la puerta y entró. Inmediatamente los dos oficiales se levantaron y, chocando los talones, alzaron la mano.

—*Heil* Hitler!

—Caballeros… —saludó Dax.

Sentándose a la mesa de su despacho añadió:

—No tengo el gusto de conocerles.

El de más edad de los dos se irguió.

—Permítame, excelencia —y chocó de nuevo los talones—. Soy el teniente coronel Reiss; mi ayudante, el teniente Kron.

Dax hizo una inclinación de cabeza y cogiendo un puro de la tabaquera lo encendió, sin ofrecer ninguno a ellos.

—Es tarde y estoy cansado. Por favor, díganme el motivo de su visita.

Los alemanes se miraron asombrados. Era evidente que no estaban acostumbrados a que les recibieran con aquella sobriedad. Habituados a sembrar el terror gracias al emblema de las SS pegado al uniforme, creían poderlo todo. Dax se sonrió interiormente. ¡Que se fueran al infierno! Lo necesitaban más ellos a él que él a ellos.

No se había llegado aún a ningún acuerdo con los alemanes respecto al suministro de carne procedente de Corteguay, si bien las negociaciones en curso continuaban. Precisamente, tenía que asistir a una la mañana siguiente. No ignoraba que España proporcionaba a los alemanes una buena parte de las entregas que recibía de Corteguay. Era uno de tantos precios que Franco tenía que satisfacer a cambio de la ayuda prestada en la contienda civil.

El coronel extrajo un papel del bolsillo de la guerrera y le preguntó en un rasposo francés:

—¿Tiene tratos con un tal Roberto de Coyne?

—Fuimos juntos al colegio. Es amigo mío.

—Usted, claro está, sabrá que es judío —la voz del coronel rezumaba desdén.

Dax le respondió en el mismo tono.

—También tengo otros amigos que son alemanes.

El coronel ignoró el sarcasmo.

—¿Lo ha visto recientemente?

—No.

—¿Dónde estuvo usted esta noche? —preguntó de improviso el ayudante.

—¡No es asunto de su incumbencia!

—Le recuerdo, señor —agregó el teniente coronel en tono duro—, que estamos aquí en representación del Tercer Reich.

—Y yo les recuerdo —replicó Dax enojado— que están en la embajada de Corteguay. —Y levantándose añadió—: ¡Y ahora, váyanse!

Como por un resorte mágico, la puerta se abrió inmediatamente, mientras los alemanes vacilaban confusos.

—¡Váyanse, caballeros!

—Al general Foelder no le gustará esto —exclamó el oficial joven.

Dax replicó fríamente:

—Hará el favor de informar a su superior que cuando quiera entrevistarse conmigo, lo haga a través de los usuales conductos diplomáticos, es decir, a través de su Ministerio de Asuntos Exteriores.

Abandonaron la estancia sin decir una palabra más. Poco más tarde entró Gato Gordo.

—¿Qué querían?

Dax sonrió.

—Si ya lo sabes, ¿por qué me lo preguntas? ¿O es que has perdido tu afición por el agujero de las cerraduras? ¿O estás tan gordo que ya no puedes agacharte?

—¿Tienes noticias de Roberto?

—No —la inquietud asomó al rostro de Dax—. Y no sé nada de su hermana desde hace semanas.

Se enojó consigo mismo por no haberlo pensado antes. Acostumbraban llamarse él y Carolina al menos una vez por semana. La había visto algunas veces en su casa, pero desde que los alemanes invadieron Francia supuso que se marcharía a América con su padre. Sin embargo, no fue así, pues en ese aspecto se parecía a su hermano: no creía en la huida.

—Voy a llamar.

Y cogiendo el teléfono marcó el número, sin que contestase nadie. Se quedó extremadamente preocupado. Tenía que haber contestado alguien, pues aunque Carolina no estuviera en casa, siempre había un criado o dos.

—¿No contestan?

Dax hizo un gesto negativo.

—¿Qué crees que habrá pasado?

—Me temo que nuestros amigos están en peligro.

Carolina, sentada en el borde de la silla, oía cómo llamaba el teléfono, mientras un alemán embutido en un traje gris y acomodado en un sillón, la observaba.

—¿Por qué no contesta? Puede ser su hermano; quizás haya salido mal de una empresa muy peligrosa.

Carolina apartó los ojos del teléfono.

—Hace meses que no sé nada de mi hermano. ¿Por qué había de llamar por teléfono?

—Ya le dije —repitió el alemán— que se cometió un acto de sabotaje en los muelles. Fracasó, desde luego; los matamos a todos menos a uno que escapó herido. Creemos que es su hermano.

—¿Qué prueba tienen ustedes? —replicó Carolina.

El teléfono dejó de llamar y ella respiró aliviada.

—Además, según tengo entendido, estaba en el campo de concentración adonde ustedes lo enviaron después de capturarlo en la línea Maginot.

—Escapó. Ya le dije que escapó —exclamó el alemán ya impaciente—. Además, uno de los saboteadores confesó antes de morir que el hombre que huyó era el hermano de usted.

Carolina respondió desdeñosamente:

—Ya he oído hablar de esas confesiones.

La voz del alemán se endureció.

—Sin embargo, es su hermano. Y ahora está herido en alguna parte de París, o quizá moribundo, y probablemente no lejos de aquí. Si lo descubrimos, puede tener una oportunidad de salvar la vida.

—¿Por quién? —preguntó Carolina irónicamente—. ¿Y para qué? ¿Para qué lo torturen y lo lleven al paredón?

—No somos tan malos como se dice. No debe creer en todo lo que propalan nuestros enemigos.

Carolina sacó un cigarrillo y el alemán se apresuró a encendérselo.

—¿Por qué no es un poco razonable? Al fin y al cabo ustedes proceden de familia alemana.

Carolina aspiró lentamente el humo, y mirándole fijamente respondió:

—Pero eso fue hace cien años, y nuestros antepasados tuvieron que huir de Alemania precisamente por ser judíos. Las cosas no han cambiado tanto como para olvidarlo.

El SS se retrepó en su asiento.

—A pesar de lo que haya oído decir, el Tercer Reich no es tan intransigente. Un alemán es siempre un alemán. Incluso se podría olvidar que ustedes son de origen judío.

—Ustedes quizá podrían olvidarlo. ¿Pero, y nosotros?

Conteniendo la ira, el alemán apretó los labios. Se inclinó hacia ella y le arrancó

con violencia el cigarrillo de la boca, renunciando abiertamente al tono que hasta entonces había empleado.

—¡Perra judía! Cuando vuelva a llamar el teléfono contestarás.

—¿Y si no lo hago?

Con un movimiento rápido la abofeteó violentamente, haciéndola caer de la silla. Mirándola con ojos fríos de odio le dijo lentamente:

—Si 110 lo haces te arrepentirás.

Roberto se arrimó a la pared de la calle mientras con la mano sana se oprimía la herida del hombro, sintiendo cómo la sangre se filtraba por entre sus dedos. Miró hacia la casa, y a pesar de que ya casi era de día, un resquicio de luz se escapaba a través de los cortinones de la biblioteca. Al cabo de un instante se fijó en el coche alemán que estaba parado delante de su casa con dos soldados dentro.

De repente la puerta se abrió, y los dos soldados saltaron del coche y se colocaron a ambos lados de la portezuela en posición de firmes; aparecieron su hermana Carolina y un hombre vestido de paisano. Uno de los soldados abrió la puerta, y Carolina entró en el coche mientras el sujeto decía unas palabras al soldado.

Desde donde se encontraba, Roberto oyó el enérgico *jawohl* de este. Seguidamente el hombre subió al coche y cerró la portezuela. El coche arrancó. El otro soldado, tras observar cómo el coche se alejaba, entró en el edificio.

Roberto esperó a que la puerta se cerrara, y salió de su escondite, quedando indeciso en medio de la calle. Que los alemanes se hubieran llevado a Carolina era más desconsolador que su herida. Sabía muy bien cómo trataban los nazis a sus prisioneros, y al imaginarlo sintió el mayor espanto de su vida. Tenía que hacer algo inmediatamente.

Por un momento pensó en entregarse, pero la lógica se lo impidió. No ganaba nada con hacerlo; simplemente, los alemanes tendrían un prisionero más. El movimiento que había hecho al andar aquellos pocos pasos le repercutió en la herida, y sintió un dolor nuevo y más agudo. En el mismo instante oyó pasos que se le acercaban.

No esperó a ver de quién eran, pues sabía a qué clase de pareja obedecía la reciedumbre de sus pisadas. Corrió a través de la calleja y se escondió en un portal, no atreviéndose a asomar la cabeza hasta que la pareja desapareció.

Después empezó a recorrer las calles casi por inercia, sin saber adónde iba. No tenía un lugar para esconderse, pues todos los demás habían muerto. Se sintió a cada instante más débil a causa de la pérdida de sangre. Si no encontraba agua pronto, los alemanes no tendrían necesidad de buscar su escondrijo. Lo encontrarían inerte en medio de la calle.

dieciocho

La voz de la mujer a través del teléfono sonaba baja y cautelosa.

—*Monsieur* Xenos, soy *madame* Blanchette; ¿me recuerda?

—Desde luego —exclamó Dax. Desde su primera noche en París había pasado por delante de su casa casi cada día.

—¿Cómo está usted, *madame* Blanchette?

—Bien, pero muy disgustada. No ha venido a visitarme desde que ha vuelto.

Dax se quedó desconcertado, pues nunca fue un cliente de su establecimiento. Pero recordó que el barón sí lo era.

—Lo siento, *madame*. He estado muy ocupado.

—Un hombre nunca debe permitir que las ocupaciones no le dejen ni un momento de descanso —protestó *madame* Blanchette—. Gracias a los minutos dedicados al ocio, puede un hombre que trabaja mantenerse en forma.

Dax se echó a reír.

—Le pido mil disculpas, *madame*.

—Me he tomado la libertad de llamarle esperando que usted tendrá la amabilidad de visitarme esta noche. He preparado una *soirée* especial que promete ser muy distraída. Estoy segura de que para usted será una novedad.

Dax miró su calendario de sobremesa.

—Tengo ya una cita.

—Me llevaré un gran disgusto si no acude, *monsieur* Xenos —le interrumpió ella —. En cierto modo, esa *soirée* ha sido preparada especialmente para usted.

Le pareció entrever una rara e intencionada insistencia en su voz.

—Está bien; iré, pero será un poco tarde.

—¿A qué hora?

—Hacia la una.

—Estupendo. A esa hora empezará lo interesante.

Cuando Dax colgaba el teléfono entró Gato Gordo.

—¿Descubriste dónde está?

—Se ha ido. Ninguno de los criados quiere hablar. Hay dos alemanes vigilando la casa.

—¿Averiguaste entre la vecindad?

—Lo mismo por todas partes. Nadie sabe nada, o nadie se atreve a decir nada.

Dax se quedó unos momentos pensativo.

—Acabo de tener una extraña llamada de *madame* Blanchette, la dueña de aquella casa que hay en la parte baja de la calle. Era amiga del barón. Quizá Carolina está escondida allí. Está muy interesada en que vaya a verla esta noche.

El teléfono llamó de nuevo y oyó una voz familiar.

—Buenos días, querido —soñolienta le saludó Giselle—. ¿Por qué te fuiste y me dejaste en aquella horrible fiesta?

Dax miró la hora y vio que casi era mediodía.

—Porque te estabas divirtiendo bastante.

—Pero, querido… Si me divertía era porque tú estabas allí.

—Y seis hombres más. Casi no se te veía de tantos como te rodeaban.

—Pero ahora estoy sola. ¿Vendrás a almorzar conmigo?

Dax se la imaginaba tumbada boca abajo en su cama, los pechos desbordándole el escote de su camisón…

—Me gustaría, pero no puedo.

—Querido, cuánto lo lamento…

Él se echó a reír ante la evidente hipocresía de ella. Era tan buena actriz que podía dar a su voz el tono adecuado.

—No, no lo lamentas. Ahora te vas a volver a la cama, que es lo que más deseas.

Ella le contestó riendo.

—¿Entonces, esta noche a cenar?

—Bueno, pero te tendré que dejar a medianoche. Tengo otra cita concertada.

—¿A medianoche?

—Sí.

—¡Hay otra mujer!

En esta exclamación sin fingimientos había una nota de celos contenidos.

—¿Cómo puede haberla si no me has dejado tiempo para encontrarla?

—No podrás ir con ninguna mujer cuando te separes de mí esta noche.

—¿Es una promesa o una amenaza?

—¡No juegues conmigo! —gritó ella—. Soy muy celosa.

—Las celosas son las mejores.

+Sergei se detuvo frente al Hotel Royal Palace. Desde que los alemanes lo ocupaban estaba muy descuidado. Entró en el vestíbulo y también allí se notaba el abandono; incluso el papel de las paredes estaba rayado en muchos sitios.

Se detuvo en recepción y el cabo alemán miró con respeto la distinción con que vestía Sergei.

—*Ja, mein Herr*?

—¿El coronel conde Nikovitch?

—¿Tiene usted una cita, señor? El coronel está muy ocupado.

—Me recibirá. Dígale que su hijo está aquí.

El soldado tomó el teléfono e instantes después un oficial lo acompañó hasta el segundo piso, donde en una puerta había una placa con el nombre de su padre. Cuando su padre abrió se quedó unos instantes parado, sobrecogido como tantas otras veces ante su gran estatura, pero inmediatamente el coronel lo estrujó contra su pecho, en un fuerte abrazo.

—¡Sergei, Sergei! —repetía una y otra vez, mientras le caían las lágrimas—.

¡Sergei…! Sergei le miró al rostro. Tenía arrugas nuevas y su pelo, antes tan negro, empezaba a blanquear.

—¿Cómo estás, papá?

—Ahora bien —respondió el conde con su recia voz.

Fue hacia la mesa y, encendiendo un largo cigarrillo, añadió:

—Tú tienes buen aspecto. ¿Cómo está tu esposa?

—Se ha ido a América.

—¿Se ha llevado a Anastasia?

—No; Anastasia está conmigo.

—¿Y cómo está la niña?

—Va mejorando, pero es cuestión de tiempo.

—¿Volverá tu mujer?

—Creo que no.

Siguió un silencio embarazoso que rompió Sergei diciendo:

—Tienes un bonito despacho.

—Este no es mi sitio —dijo el conde—. Pero el estado mayor general me considera un experto en los asuntos parisienses, y aquí estoy.

Sergei se echó a reír.

—¡Y pensar que te fuiste a Alemania creyendo que te iban a mandar a Rusia!

Su padre no sonrió.

—Todos los ejércitos son iguales. Pero no tardaremos mucho en invadir Rusia.

—Pero si los alemanes han firmado un pacto de no agresión con Stalin.

El conde le dijo en voz más baja:

—El Führer firma muchos pactos, pero no cumple ninguno. Es demasiado listo para enredarse en una guerra de dos frentes. Cuando acabemos con los ingleses ya veremos.

—¿Pero realmente crees en eso?

Su padre lo miró fijamente.

—Un hombre debe creer en algo —y añadió, dejando el cigarrillo en un cenicero — desde que abandoné Rusia no tenía nada en que creer. Nuestro viejo mundo se desvaneció, aplastado contra el polvo por la pesada bota bolchevique.

—¿Y qué te hace creer que Hitler reconstruirá el mundo que esperas? ¿Acaso crees que va a permitir que exista otro que no sea el suyo?

Sergei se dirigió lentamente a la ventana y, mirando a la calle, agregó:

—Actualmente tiene más poder que ningún zar. ¿Por qué iba a permitir que se le escape de las manos?

Su padre no respondió. Al cabo de unos momentos se levantó y poniéndose detrás de Sergei contempló el panorama de las calles.

—Cuando era muchacho, una vez al año, mi padre me traía a París. Decía que era esencial para la educación de un joven noble y que aquí se aprendía a vivir. Recuerdo que desde una ventana de este mismo hotel contemplábamos cómo las más hermosas

entretenidas de París paseaban en sus magníficos carruajes de caballos. Y por las noches, ¡qué fiestas! Y cuando tuvimos que salir de la patria a causa de la revolución, el propietario, que había sido amigo de mi padre, me dio el empleo de portero, y muchas veces hablábamos de los viejos tiempos. Algún día, desde el portal, yo me preguntaba si alguna vez contemplaría nuevamente la calle desde dentro, sin tener que aguantar la lluvia, el viento y la nieve. Ahora las cosas han cambiado y vuelvo a estar aquí.

—Pero todo es diferente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está la gente? ¿Y las entretenidas? ¿Y las risas y la alegría? Esto no es París. Y este interior tampoco es el mismo. Era una *suite* muy elegante, y mírala ahora. Y al propietario, ¿qué le pasó? ¿Era judío?

Su padre se sentó pesadamente detrás de la mesa del despacho.

—No lo sé —respondió—. Yo solo soy un soldado, no un político, y no me ocupo de las cosas que no me conciernen.

—Pero el hombre te ayudó cuando lo necesitaste. Tú mismo lo has dicho.

Su padre lo miró fijamente.

—¿Desde cuándo te preocupan tanto los judíos?

—Solo me preocupa París. Su ambiente y sus risas. Todo ha desaparecido. Quizá se lo llevaron los judíos.

El conde cambió de tema.

—¿Para qué has venido aquí?

—Por negocios. Soy representante del Crédito Suizo. Intento acercarme a algunos de sus clientes.

—¿Judíos?

—Algunos de ellos, sí.

El conde se quedó callado un momento.

—Debí haberlo supuesto. La primera vez en tu vida que tienes una ocupación honorable y resulta que andas liado con la gente que no te conviene.

Carolina tenía frío. En su vida había pasado tanto. Se acercó a la puerta de la celda y cogiéndose a los barrotes preguntó a la matrona que había sentada al otro lado:

—¿Cuándo me devolverán mis vestidos? Me estoy helando.

La mujer la miró inexpresiva. Carolina repitió la pregunta en alemán:

—*Ich weiss nichts*.

El ruido de unas pisadas en el corredor hizo que la matrona se cuadrase, y un hombre, al que no alcanzaba a ver Carolina, dijo unas palabras.

—*Das Fraulein* Carolina de Coyne?

—*Drei und zwanzig*.

—*Öffnen Sie die Tür*.

La matrona se acercó a la puerta de la celda, y encontrando la llave después de un buen rato, la abrió, dejando que el hombre entrase. Carolina se refugió en un rincón al ver que un individuo muy alto, bajando la cabeza para entrar, se quedaba de pie delante de ella y cerraba la puerta con el pie, sonriendo al ver sus esfuerzos para cubrirse con las manos.

—No se preocupe —le dijo en francés—. Míreme como si fuera su médico.

—¿Quién es usted?

El individuo sonrió de nuevo, pareciendo que disfrutase ante el miedo de Carolina.

—O quizá sería mejor que me considerara como a su confesor —continuó con calma—. En un aspecto lo soy, y usted me va a confiar sus secretos, todas aquellas cositas que no ha querido contar a nadie.

Carolina empezó a temblar otra vez, pero ahora no era de frío, sino de miedo.

—No tengo secretos —gimió—. Dije la verdad. Yo no sé dónde está mi hermano.

Él hizo una mueca de incredulidad.

—¡Por favor, por favor, créame…! —De repente sintió la amargura de su desnudez y se echó al suelo llorando—. ¡Dios! ¿Qué podría hacer para que me creyera?

Vio cómo las brillantes botas marrones se acercaban a ella y oyó que el hombre le decía:

—¡Dime la verdad!

—Pero si la estoy diciendo…

Al levantar los ojos se quedó sin habla. De la abierta bragueta del hombre, colgando obscenamente encima de la cabeza de ella, emergían los testículos y el erecto falo del alemán. Con un gesto brutal, este, cogiendo a Carolina del cabello, la obligó a que su cara los rozara.

—Bésalo —le dijo en tono frío, sosegado, casi indiferente—. Bésalo y jura que no mientes. Venga, perra judía, bésalo. No te vas a ahogar. No es cerdo.

diecinueve

—Estás hoy muy misterioso —exclamó Giselle cuando Dax se levantó de la mesa —. ¿Adónde vas? Se volvió desde el espejo donde estaba arreglándose la corbata y sonrió.

—No me creerás, pero voy a ver a una vieja amistad.

—¿A una vieja amistad? —preguntó ella en tono escéptico—. ¿A estas horas de la noche? Los únicos locales que están abiertos son los burdeles.

—Acertaste.

—¡En un *bordello*! —gritó enojada—. Y tú pensando que me lo iba a creer.

—Ya te dije que no me creerías.

—¿Y vas a encontrarte con un viejo amigo, y solo para hablar con él?

—No es un amigo, sino una amiga.

—Si supiera que me dices la verdad —dijo en tono amenazador—, ¡te mataría!

Dax se le acercó y la besó en la nuca; intentó besarle los labios, pero ella volvió el rostro y él se echó a reír.

—Los celos te van muy bien. Te hacen más hermosa.

—Anda —exclamó Giselle—, vete a tu burdel, y ojalá salgas con un regalo de los que dejan huella.

Cuando ya estaba cerca de la puerta la voz de ella le detuvo.

—Cuando hayas terminado con tus asuntos, ¿volverás?

—Será muy tarde. Quizás esté toda la noche.

—No importa. A la hora que sea, ven.

Él asintió.

—Dax, tendrás cuidado, ¿verdad?

—Lo tendré.

Bajó al portal y el portero le abrió, medio dormido. Dax se quedó sorprendido al ver a Gato Gordo esperándolo en la acera.

—¿Qué haces aquí?

Gato se rio entre dientes.

—¿Creíste que te dejaría ir solo a casa de *madame* Blanchette? Tiene las mujeres más bonitas de París, y yo todavía no soy un viejo.

Madame Blanchette acudió a recibirlos cuando la doncella abrió la puerta y les cogió el abrigo y el sombrero.

—*Monsieur* Xenos, cuánto me alegro de que haya venido. Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos la última vez.

—Mucho.

—Venga conmigo a la *grande salle* —le dijo, llevándolo del brazo—. Tenemos un número muy especial esta noche. Lo que se ha perdido no viniendo a visitarnos —y añadió bajando la voz—: Después del número, irá con una muchacha eurasiana. Sé que le gustará.

Luego, adoptando de nuevo el tono normal, añadió:

—Tiene usted un aspecto excelente.

Dax sonrió.

—Y usted, *madame*, está mucho más guapa que cuando mi primera noche en París.

—*Là*! —exclamó *madame* Blanchette—. También ha ganado usted en galantería.

Entraron en la *grande salle*, amueblada con el mejor gusto y cuyas mesitas, sofás y sillones daban una sensación de intimidad. En un ángulo, un trío tocaba un viejo vals.

Las conversaciones se interrumpieron unos instantes y varios pares de ojos se fijaron en el recién llegado. Dax miró alrededor y vio que de los veinte hombres que habría, quizá quince eran alemanes, aunque ninguno vestía uniforme. Los diálogos se reanudaron y *madame* Blanchette condujo a su huésped al pequeño sofá que había en el centro del salón. Un camarero acudió en seguida y llenó dos copas de champaña. Dax levantó la suya.

—*À vôtre santé, madame*.

—*Merci, monsieur. A la vôtre*.

Ambos bebieron.

—Hay muchos alemanes aquí —dijo Dax en voz baja—, pero no llevan uniforme.

—No permito uniformes. *C'est une maison de plaisir*. La guerra queda fuera.

Minutos después entraron varias muchachas. Fueron recibidas con una serie de taconazos, de inclinaciones y besamanos. Los alemanes querían igualar la cortesía francesa, pero sus saludos adolecían de excesiva rigidez militar.

Dax se levantó al ver que se le acercaba una joven de bellos ojos verdes y rostro marfileño y exótico. Era javanesa, y su larga mata de pelo negro hacía resaltar la transparencia de su piel.

—*Mademoiselle* Denisonde, *monsieur* Xenos.

La muchacha tendió la mano a Dax.

—*Enchantée, m'sieur*.

Dax le besó la mano y murmuró:

—*Mademoiselle* Denisonde…

Ella se sentó a su lado en el sofá y *madame* Blanchette dio unas palmadas. Las luces se fueron apagando lentamente, y al mismo tiempo la araña central gradualmente fue iluminando el salón. Seguidamente apareció un grupo de tres mujeres y dos hombres entrelazados en posición estatuaria. Distraído contemplando sus hermosos y esbeltos cuerpos, Dax tardó un momento en ver que estaban enlazados en un abrazo sexual. Ninguno de ellos carecía de pareja. De golpe y en

crescendo, un tambor y un contrabajo pusieron en tensión al grupo y el cuadro empezó a cobrar vida. Dax contemplaba fascinado las evoluciones de las parejas, las cuales imitaban los actos de la pasión como si la viviesen. La mano de la muchacha lo buscó, pero él estaba tan absorto en el grupo que no se dio cuenta.

Los bailarines llegaron al momento culminante, y casi inmediatamente la sala quedó de nuevo a oscuras. Se encendieron las luces después de unos instantes y Dax parpadeó, deslumbrado, mientras la chica retiraba la mano.

Todos los hombres estaban como transportados, evitando mirarse unos a otros hasta que se fueron recobrando.

Madame Blanchette se levantó diciendo:

—Caballeros, confío en que les habrá gustado nuestra representación —esperó con una leve sonrisa a que se extinguieran los aplausos, y añadió—: Ahora les dejo para que cada uno se divierta a su gusto.

Arrogante, como una reina que abandona a sus súbditos, salió del salón, y las conversaciones se reanudaron.

Dax le preguntó a su pareja:

—¿Ahora?

La muchacha lo cogió del brazo, y al dar los primeros pasos los detuvo una voz.

—*Herr* Xenos.

—General Foelder…

El general dibujó una sonrisa.

—No sabía que usted frecuentaba este sitio.

A su vez Dax sonrió.

—¿Por qué no? Durante años he sido vecino. Usted sabe que la embajada está en esta calle.

—Beba con nosotros.

—No, gracias. Otra vez sí.

—¡Estos sudamericanos de sangre ardiente! —exclamó el general—. No pueden esperar.

Dax no contestó, y el general, bajando la voz, añadió:

—No se lo reprocho. Estos decadentes franceses saben cómo excitar nuestra sensualidad, ¿verdad? Hablando de otra cosa —continuó el general—: le ruego que acepte mis excusas por la forma en que se portaron con usted mis hombres el otro día. Pero ya sabe, estos jóvenes oficiales, tan celosos de su deber… Les eché una buena reprimenda. Resolvimos ya el asunto.

—Sabía que lo haría, general. Por eso no le llamé, y porque sé que está muy ocupado.

Fijándose en la muchacha eurasiana dijo el general:

—Le veo con una hermosa criatura. Debe de ser nueva —y al oído de su ayudante agregó—: Conciérteme una cita. Ya sabe que me gusta lo exótico.

Habló como si la joven no estuviese, y añadió dirigiéndose a Dax:

—Le envidio mucho, y no le entretengo más.

—*Auf Wiedersehen*, general.

La muchacha hizo una inclinación de cabeza y salió con Dax. *Madame* Blanchette salió de la salita contigua, desde donde había estado acechando a través de una mirilla y Dax vio en el acto que estaba furiosa.

—¡Franceses decadentes! ¡El cerdo nazi! Antes de venir los alemanes jamás habíamos necesitado espectáculos de esta clase en mi casa.

—Pero usted no necesita tenerla abierta, *madame*. Usted tiene dinero.

—Los lugares como el mío —contestó *madame* Blanchette—, cuando se cierran ya no vuelven a abrirse. Cuando los alemanes se hayan ido volveremos a ser los de antes.

Dax siguió a la chica escaleras arriba hasta el segundo piso, y al llegar a una puerta ella se sacó una llave del bolsillo, y después de asegurarse con una mirada rápida de que no había nadie en el pasillo, abrió y empujó a Dax para que entrase. Luego de cerrar la puerta dio la luz.

Dax miró en derredor. Era una habitación un poco recargada con una cama con dosel. Al ver que tenía las colgaduras echadas, las apartó; en el mismo instante la javanesa le dijo en voz baja:

—No, sígame.

Lo llevó a un pequeño cuarto, y empezó a tantear la pared. Cerca el uno del otro, Dax sintió el perfume y el calor del cuerpo de ella, y vio que oprimía un resorte oculto, y cómo un panel, sin hacer el menor ruido, se deslizaba hacia el panel vecino, apareciendo ante ellos una pequeña habitación sin ventanas. Al entrar los dos, el panel volvió a su sitio y ella encendió una lamparita.

Dax tardó unos instantes en acostumbrarse a la semioscuridad, y entonces, en un rincón, vio que en un camastro había un hombre tendido.

—¿Denisonde?

Dax se precipitó a la cama y se arrodilló.

—Roberto…

Roberto se movió tras una queja, y Dax le vio la herida del hombro.

—¿Qué sucedió? ¿Cómo llegó hasta aquí? —le preguntó Dax a ella.

El rostro de la joven no reflejaba emoción alguna.

—Antes fuimos amantes y ahora somos amigos. No tenía otro sitio adónde ir.

Al oírla, Roberto abrió los ojos.

—Denisonde… —gimió—. Busca a Dax. Tenemos que salvar a Carolina.

—Roberto, estoy aquí.

Los ojos de Roberto, brillantes por la fiebre, recorrieron la habitación, sin verle.

—Soy yo; soy Dax.

Roberto repitió, como si no hubiese oído nada:

—Denisonde, vi cómo se llevaban a Carolina. Busca a Dax.

veinte

—Cuidaremos de él —aseguró *madame* Blanchette—. Preocúpese de buscar a la señorita.

—Pero Roberto necesita un médico.

—El médico lo visita cada mañana cuando viene a reconocer a las chicas. No tardará en ponerse bien, y entonces lo mandaremos a Inglaterra.

Mirando a Gato Gordo y a la chica, la cual estaba arrodillada delante de Roberto, Dax dijo:

—Creo que es mejor que salgamos.

Ella se quedó, y Dax, *madame* Blanchette y Gato Gordo salieron de la pequeña estancia.

—*Madame*, le debo mis excusas —dijo Dax—. Y ahora hablemos de Carolina, de la señorita De Coyne. ¿Nos puede ayudar, *madame*?

—Sé muy pocas cosas —contestó—, pero quizá le sean útiles. La arrestaron los hombres del general Foelder, y supongo que está en su cuartel general, el Royal Palace Hotel, donde en el sótano tienen una especie de calabozos. Es muy probable que esté allí, pero el único medio de enterarse es yendo al mismo hotel.

—¿No hay ningún otro sitio donde pueda estar?

—Quizás en la prisión de la policía secreta, pero lo dudo. Himmler y Foelder no se tienen mucha simpatía, y en París es el general quien tiene el mando supremo. —Sentándose en un silloncito añadió—: Quizá mañana lo sepamos. El general pasará aquí la noche.

Dax reflexionó unos instantes.

—Creo que no debemos esperar hasta mañana. Cuando salía de la *grande salle* el general me dijo que el asunto estaba resuelto. Sabemos que no ha detenido a Roberto, por lo tanto tiene a Carolina.

—Parece lógico, *monsieur*.

—Tiene que haber algún medio de cerciorarnos.

Gato Gordo exclamó de repente:

—¡Me había olvidado! A primera hora de la mañana llamó a tu despacho Sergei, desde el despacho de su padre. Dijo que volvería a llamarte.

Dax abrió los ojos ante la idea que se le acababa de ocurrir. El despacho del padre de Sergei estaba en el Royal Palace Hotel, y lo más seguro era que supiese donde estaba Carolina, y aunque no se lo quisiera decir a Dax, sí se lo diría a su hijo. Pero…, ¿y si Sergei se negaba a ayudarle?

Sergei contempló a Dax.

—Has cambiado.

—También tú —contestó Dax—. Solo los muertos no cambian.

Dax sacó su tabaquera y ofreció uno de sus delgados puros a Sergei, quien lo rechazó. Encendiendo el suyo, dijo Dax:

—Lamento lo de Sue Ann.

Sergei le miró sorprendido.

—¿Lo sabías?

—Un amigo mío habló con ella en Lisboa. Le dijo que volvía a su casa.

—Gracias por decírmelo.

—¿Lo lamentas?

—Pues…, realmente, no. Hacía tiempo que lo veía venir. Desde que nació mi hija.

—Me figuro que la criatura está contigo. Mi amigo no me habló de ella.

Sergei sonrió amargamente.

—La pobrecita es retrasada mental —confesó con brusquedad—. Sue Ann está convencida de que la culpa es mía, y de ahí…

Haciendo un ademán elocuente agregó:

—La niña mejorará con el tiempo.

Dax permaneció silencioso unos instantes.

—Quizá sea mejor así —opinó—. Al menos no os enfrentaréis cada día, torturándoos con mutuos reproches.

—¿Y qué me cuentas de ti? —preguntó Sergei cambiando de tema—. Oí decir que te casabas con la hija del presidente de Corteguay, y ahora corren rumores sobre ti y Giselle d'Arcy.

—Habladurías —sonrió Dax—. La gente siempre está inventando.

—Ya, ya. Bien, me has citado para hablar de algo particular, ¿verdad?

—Sí. Se trata de lo siguiente: anteayer los alemanes detuvieron a Carolina de Coyne. Sospecho que la tienen prisionera en los bajos del Hotel Royal Palace, que el general Foelder ha convertido en prisión. Me he propuesto liberarla.

Sergei emitió un silbido.

—¡No pides tú poco! ¿Y en qué esperas que yo te ayude?

Dax se relajó. Volvió a coger el puro. El simple hecho de que Sergei no se hubiese negado de inmediato era muy tranquilizador.

—Las oficinas de tu padre están en el mismo hotel. Necesito saber exactamente dónde está. Y qué se puede hacer para libertarla.

—¿Y si mi padre no lo sabe o no me lo quiere decir?

—No nos quedará más remedio que buscar otro camino.

Sergei se quedó unos momentos pensativo.

—Está bien. Veré lo que puedo hacer.

—Gracias.

—No me las des. Los De Coyne también son amigos míos.

Dos horas más tarde Sergei estaba otra vez en el despacho de Dax.

—¿Por qué no me dijiste que la detuvieron por sospecha de colaborar en los sabotajes de Roberto? Dax le miró.

—Porque no lo sabía.

—Es un maldito asunto. Muy peligroso.

—¿Le han podido probar algo?

—No. Aún la están interrogando.

—Entonces, tenemos que darnos prisa. Una semana con los interrogatorios que acostumbran y se confesará culpable de haber incendiado el Reichstag —exclamó Dax hundiéndose en la butaca—. ¿Debo suponer que tu padre no ha querido decirte dónde está?

—Mi padre me ha dicho exactamente dónde la tienen. También me ha informado de quién es el encargado de su caso, y del único medio posible de sacarla de allí.

—No lo comprendo. ¿Por qué hace esto?

—¿No sabes quién era el propietario del Royal Palace Hotel?

Dax negó con la cabeza.

—El barón De Coyne. Fue la única persona en todo París que ayudó a mi padre dándole un empleo cuando llegó de Rusia.

Dax se calló y dejó el puro en el cenicero, preguntando:

—¿Cómo lo llevaremos a cabo?

—De una forma muy simple, Dax. Tú eres quien tiene la solución.

—¿Yo?

—Los alemanes necesitan que lleguéis a un acuerdo sobre el envío de la carne de buey. Los altos mandos destacados aquí han recibido órdenes de acceder a lo que pidas.

—No comprendo.

Sergei se sacó un sobre del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—En este sobre hay cuatro pases para visitar a Carolina. Todo lo que tienes que hacer es ir con un sacerdote y dos testigos. Te casas con ella, subes al despacho de mi padre y reclamas que pongan en libertad a tu esposa. Él firmará la orden.

—¿Y el general Foelder? ¿No tiene que aprobarlo él también?

—Foelder salió esta mañana para Berlín. Algo sucedió allá con Himmler y ha ido a solucionarlo. Hasta su vuelta, mi padre es el comandante en jefe.

—Necesitaré dos testigos —reflexionó Dax—. Uno será Gato Gordo… ¿y el otro?

Sergei se levantó casi de un salto.

—A mí no me mires, ¿eh? Yo no puedo ir.

Tenía razón. Todos sabían quién era su padre, y se vería demasiado la combinación.

—Descuida. Lo sé.

—Estoy seguro de que encontrarás a alguien —dijo Sergei—. Ya sabes lo que les

gustan a los franceses las bodas. ¿Puedo ser el primero en felicitarte?

Y le dirigió una leve sonrisa.

—¡Vete, al cuerno! —gritó Giselle.

Dax no dijo una palabra mientras ella iba de un lado a otro de la habitación.

—Me pides que sea testigo de tu matrimonio. ¿Qué clase de hombre eres? ¿Crees que no tengo sentimientos?

—Si lo creyera no te habría pedido este favor. Pero eres la única persona en la que me atrevo a confiar.

—¡Magnífico! —estalló ella sarcástica—. ¿Qué tal te sentaría si yo te dijera que fueras testigo de mi boda?

—No me gustaría —respondió—. Pero no es eso lo que te pido, sino que me ayudes a salvar la vida de una muchacha.

—¿Y qué me importa ella? —replicó Giselle—. ¿Qué significa para mí? Ni siquiera la conozco.

—Es francesa, y los alemanes la han encarcelado. ¿No es suficiente?

Giselle no respondió.

—¿O es que Georges te ha convertido a sus teorías?

Ella lo miró desesperada, y le gimió:

—Te amo, Dax. ¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Crees que no me habría gustado casarme contigo? ¿Por qué no me lo has propuesto nunca, Dax?

—No sé —respondió con lentitud—. Siempre me pareció que había tiempo para esto. Ojalá lo hubiera hecho.

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Giselle.

—¿Lo dices de veras?

—Nunca te mentí, y no voy a hacerlo ahora.

Ella lloró sobre el pecho de Dax.

—Dax, Dax —gimió—, ¿qué va a sucedernos ahora?

—Nada —respondió él—. Esto acabará y todo volverá a ser como antes.

—No —suspiró ella—. Nunca las cosas vuelven a ser lo mismo. Nadie vuelve atrás.

Se levantaron cuando la matrona abrió la puerta para que Carolina entrara en la pequeña habitación, mientras ella les advertía en un hosco alemán:

—Tienen solo quince minutos.

Carolina se quedó de pie, temblando y parpadeando ante la fuerte claridad.

—No sé nada, no miento. ¡Por favor, no me torturen más!

Dax miró a los otros. Gato Gordo y el sacerdote contemplaban a Carolina, pero Giselle tenía la vista clavada en él. Se acercó a la muchacha y le tomó una mano, pero ella se apartó.

—Carolina, soy Dax. No te puedo hacer daño.

Ella sacudió la cabeza. Parpadeó intentando fijar la mirada.

—No lo creo, es una trampa.

Empezó a llorar, y Dax, cogiéndola suavemente por los hombros, hizo que se volviese hacia él mientras le decía:

—No es una trampa, Carolina.

Cuando Dax le vio la cara se quedó anonadado. Las equimosis y los hematomas le desfiguraban el rostro, y la ropa estaba hecha jirones; en el escote le vio unas rayas negruzcas y otras rojas, recientes estas, adivinando la brutalidad con que la habían azotado.

Sin poder hablar la atrajo hacia sí, mientras ella sollozaba desesperadamente y escondía la cara sobre su pecho. Dax trató de que le mirase, y Carolina le suplicó:

—¡No me mires, Dax! ¡Me hicieron cosas terribles! ¡La vergüenza me mata!

—Carolina —le dijo él, hablando con ternura—, he venido para casarme contigo. Es la única forma de sacarte de aquí. ¿Comprendes?

Ella hizo gestos negativos sin apartar la cabeza de su pecho.

—No puedo, no puedo casarme contigo después de lo que me han hecho y lo que me obligaron a hacer…

—No importa, nada importa. Debes escuchar lo que te digo.

—¡No! —se zafó de sus brazos y corrió a la puerta, apretando el rostro contra ella —. ¡No querrías casarte conmigo si supieras lo que me hicieron! ¡Nadie querría!

Y añadió llorando histéricamente:

—¡No querrías ni mirarme a la cara si te enteraras de lo que hice para que no me torturaran más! Me…

—¡Basta!

La voz de Giselle cayó como un trallazo en el pequeño cuartucho.

Carolina enmudeció, y por primera vez levantó la cabeza. Rápidamente Giselle se le acercó y le dijo con voz dura:

—¡Deje ya de lamentarse! Lo único que importa es que está viva —la empujó con suavidad hacia Dax—. Ahora cásese y haga lo que él le dice antes de que nos maten a todos.

Los ojos de Giselle se encontraron con los de Dax por encima de la cabeza de Carolina. La actriz se volvió hacia el sacerdote.

—¡Empiece la ceremonia!

El sacerdote abrió el negro librito y les dijo que se colocaran delante de él, mientras Gato Gordo y Giselle lo hacían a ambos lados de los contrayentes. La voz del cura era suave.

—Nos hemos reunido aquí para, ante los ojos de Dios, unir a este hombre y a esta

mujer con los sagrados lazos del matrimonio….

Poco después estaba terminada la ceremonia; con el rostro de Carolina sobre su hombro, Dax miró a Giselle.

—Gracias —le dijo conmovido.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Giselle, y en un impulso repentino lo besó en las mejillas, diciéndole a Carolina, mientras la atraía suavemente:

—Venga, niña. He traído mi barra de labios. Hay que arreglarse un poco el día de la boda de una.

Y sintiendo los ojos de Dax clavados en las dos, añadió:

—No me hagas caso. Siempre lloro en las bodas.

Libro Cuarto

MATRIMONIO Y MODA

uno

La atmósfera densa de humo hacía más turbio el ambiente del pequeño local subterráneo, animado por un trío que disimulaba con sus estridencias su mediocridad. Roberto vio que Denisonde se le acercaba a través de las repletas mesas, y cuando se detuvo ante él, no se levantó y se limitó a ignorarla, mirando fijamente su vaso de Pastis.

—Bobby, vámonos. Es hora de irnos a casa.

—¿Los has tanteado a todos?

—Sí.

—Solo son las dos —protestó Roberto, mirando el reloj.

—No hay negocio.

Señalando hacia las mesas le advirtió:

—Ahí hay oportunidades a puñados.

—Pero las calles están vacías.

Alargó la mano sobre la mesa y cogió el pequeño bolso de ella, volcando lo que había. Poca cosa: una barra de labios, un espejito y la polvera, y algunos billetes arrugados. Los cogió y los contó.

—¿Solo seis mil francos? —preguntó.

—Ya te dije que hoy no hay negocio.

Roberto tiró los billetes sobre la mesa con desprecio.

—Yo gasté más aquí esperándote.

—Lo siento.

Se metió el dinero en el bolsillo tranquilamente, empujando los oíros objetos hacia ella.

—No nos vamos todavía.

Denisonde lo miró y después de unos segundos le suplicó con humildad al tiempo que recogía sus cosas y las guardaba en el bolso.

—¿Puedo sentarme? Estoy cansada.

Sin mirarla, le contestó:

—Siéntate en otro sitio. Aquí no te quiero.

Ella vaciló unos instantes, y luego se dirigió a la barra del bar. El camarero le sirvió un Pastis y le preguntó:

—¿Ya está de mala baba otra vez? Toda la noche ha permanecido así, sin querer hablar con nadie.

Ella no respondió.

—No sé por qué te atas a ese hombre —comentó el camarero—. Deberías encontrar uno que apreciase tus méritos. Uno que te ayudara en el trabajo y te buscara

oportunidades, y no como ese que se pasa la vida sentado mientras tú echas el bofe.

—Es un caballero.

—¡Un caballero! —exclamó burlón el camarero—. Si ese es un caballero, prefiero un macarra de los viejos tiempos.

Le llegó una voz desde otro lugar de la barra, y después de servir lo pedido, volvió a la carga.

—Estás perdiendo el tiempo. Mándalo a paseo y busca algo mejor, que te evite andar pisando aceras y aguantar el frío.

—Si te refieres a una casa, no pienso ir. Prefiero trabajar así —respondió ella riendo.

—Me refiero a mi jefe. «Trae unas cuantas chicas», me dijo, y en seguida pensé en ti, Denisonde. Tienes clase y eres el tipo de muchachas que buscamos.

Antes de que ella contestase a la proposición, el camarero tuvo que acudir a otra llamada. El trío acabó su turno y un negro esbelto, que era el que tocaba los tambores, se acercó a ella sin quitarse el cigarrillo de la boca. Era Jean-Claude, quien se apoyó de espaldas en la barra y así podía contemplar la sala y a ella al mismo tiempo.

—Bobby no ha dicho una palabra en toda la noche.

—¿Pasa algo? —preguntó ella con ansiedad.

Jean-Claude negó con la cabeza.

—No; por ahora nos limitamos a aguantarlo. Todo el mundo se aparta de él.

Denisonde echó una mirada a Roberto por encima del hombro de Jean-Claude. Roberto no se había movido y seguía con los ojos clavados en su vaso.

—Quisiera que se fuera a casa. No se siente bien. Esta noche ya me he dicho que no ganaría nada estando preocupada por él. Por eso vine tan temprano.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Está solo. Necesita de alguien.

—Por lo que he oído no tiene por qué estar tan solo.

—¿Qué has oído?

—El hombre que estuvo rondando por aquí la noche pasada, preguntando por él y queriendo hablarle.

—¿Lo consiguió?

—No; como de costumbre, Bobby lo mandó a paseo y se fue. Por lo que el hombre dijo, parece que su papaíto quiere que vuelva.

Denisonde no contestó.

—Ese chico está loco —dijo Jean-Claude—. No tiene ninguna necesidad de pasarse la vida en lugares como este. —La guerra estropeó a mucha gente.

—También yo hice la guerra, y soy el mismo de antes.

Denisonde lo miró por el rabillo del ojo.

—Tú tuviste suerte.

El camarero se acercó.

—Tengo una oportunidad para ti, Denisonde. Mira al extremo de la barra.

Denisonde vio que un hombre de aspecto insignificante y vestido con un traje gris la estaba contemplando.

Dirigiéndose al camarero, Denisonde hizo un ademán negativo.

—No, gracias. A Bobby no le gusta que me vaya con nadie de aquí.

—No seas tonta. Te esperará fuera y Bobby ni se enterará. Son cinco mil francos.

—No, gracias.

La voz de Jean-Claude la sacó de su abstracción.

—Ese es el hombre que vino preguntando por Bobby. Por lo visto acaba de entrar.

Denisonde miró al individuo, y repentinamente se decidió.

—*D'accord* —le dijo al camarero.

Bajó del taburete y, después de mirar a Roberto, que seguía contemplando el vaso, se dirigió hacia la puerta.

El aire frío de la noche la hizo estremecer, y subiéndose el cuello del abrigo anduvo hasta la esquina y se metió en un portal. Al poco rato vio que el individuo la buscaba.

—¡Aquí! —le llamó ella desde el portal.

—*M'amuaselle*… —dijo él cortésmente.

—El camarero me ha dicho que cinco mil francos.

El hombre le tendió silenciosamente los billetes, y ella, después de contarlos, se los metió en el bolso.

—¿Quiere ir a su casa o a la mía?

—A la suya.

—Sígame; está en la esquina.

Denisonde anduvo con paso rápido y, hacia la mitad de la calle, se detuvo ante un edificio de apartamentos. Subieron, sacó la llave, abrió y entraron.

—El dormitorio está ahí.

Entró en la alcoba, tirando el abrigo sobre una silla. Empezaba a desvestirse cuando vio que él permanecía inmóvil en el mismo sitio. Se detuvo con el vestido desabrochado al oír que le decía:

—¿Por qué tanta prisa? Si he pagado cinco veces más del precio habitual, creo que antes podríamos hablar un momento.

Ella se encogió de hombros y se sentó en el borde de la cama.

—De acuerdo. Si usted lo quiere…

El hombre se quitó la chaqueta y se sentó frente a la joven. Sacó un paquete de cigarrillos, preguntando:

—¿Puedo fumar?

Ella se encogió de hombros.

Después de encender el cigarrillo, dijo con gravedad:

—El padre de Roberto quiere que su hijo vuelva a casa.

—¿Y por qué me lo dice a mí? Dígaselo a Roberto.

—No me quiere escuchar.

Ella levantó las manos en un ademán expresivo.

—Yo no tengo a Roberto prisionero. Puede volver a su casa cuando quiera.

—Su padre le dará a usted un millón de francos si consigue que vuelva.

—Su padre no tiene que darme nada. Si Roberto quiere, puede irse.

—Sea inteligente. Un millón de francos es mucho dinero. No tendría que vivir así. Podría hacer lo que quisiera.

—Ya hago lo que quiero ahora. Roberto no me retiene a mí más de lo que yo le retengo a él. Dígale a su padre que el único medio de convencer a Roberto es viniendo aquí y hablando con él.

—Es un hombre orgulloso. No lo hará.

—No es asunto mío, sino del barón: es su hijo. Yo no puedo hacer nada.

—El barón es un hombre peligroso para tenerlo como enemigo.

—El barón también es un hombre sensato, y sabe que Roberto está seguro conmigo, y sabe que le cuido.

El hombre no respondió.

—¿Hay algo más? —preguntó ella en tono terminante.

—Sí —contestó él.

Y empezando a desabrocharse la camisa, añadió:

—Cinco mil francos es mucho dinero por solo un rato de conversación.

Roberto estaba sentado en la misma postura que ella lo dejó cuando salió del club. Silenciosamente se le acercó y puso sobre la mesa los cinco billetes. Sin mirarla, se los metió en el bolsillo y poniéndose en pie ordenó:

—Vamos a casa.

Sin decir una palabra durante el camino, Denisonde siguió a Roberto. Al llegar a su apartamento, mientras ella cuidaba de cerrar la puerta con llave, Roberto se dirigió a la habitación. A los pocos instantes regresó adonde estaba ella, y sin mediar palabra, desencajado el rostro, la abofeteó con rabia, derribándola sobre un sillón. Denisonde le miró estupefacta.

—¿Cuántas veces te he de decir que cambies las sábanas cuando hayas terminado tu jornada nocturna?

dos

Un dolor agudo como un cuchillo sacudió el cuerpo de Roberto, revolviéndose en el lecho. Sintió como la mano de ella le acariciaba la mejilla.

—Denisonde —murmuró.

Se hundió de nuevo en la oscuridad, y a través de los corredores de piedra y del ruido de las botas que andaban sobre el techo de cemento de su celda, volvió a oír los gritos de los torturados.

Gimió retorciéndose en la cama, y sentándose de golpe buscó la mano de ella. Estaba solo.

—¡Denisonde! —gritó con desespero—. ¡Denisonde!

La puerta del dormitorio se abrió.

—Estoy aquí, Roberto —lo tranquilizó.

Y ofreciéndole un vaso añadió:

—Bébete esto.

Roberto se bebió el líquido, dulzón, caliente y confortante, con avidez.

—Creí que te habías ido —gruñó.

—Sabes que no lo haría —cogió el vaso vacío, diciéndole—: Ahora trata de dormir.

A los pocos instantes el soporífero hizo su efecto. Murmuró antes de cerrar los ojos:

—No sé qué haría sin ti.

Ella esperó que estuviese completamente dormido antes de ir a la cocina, donde el café humeaba sobre el hornillo. Se sentó y miró el reloj con desgana. Era casi mediodía. Luego cogió el teléfono y marcó un número. Contestó una voz femenina.

—¿Yvette?

—*Oui*.

—¿Estás vestida?

—*Oui*.

—Tengo una cita y no puedo ir.

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientos francos.

—No vale la pena —respondió en el acto Yvette—. Con la mitad para ti, apenas me compensa.

—No tienes que darme la mitad. Me contento con quinientos.

—*D'accord*. Y ahora dime dónde lo encontraré y cómo sabré que es tu cliente.

Cuando Denisonde colgó el teléfono se quedó unos momentos mirándolo pensativa. El caso se repetía demasiado. No era la primera ocasión que cedía un cliente a su amiga. Últimamente había perdido mucho dinero, pero no tenía más

remedio, pues estando Roberto tan enfermo no podía abandonarlo.

Se bebió el café mientras fumaba un cigarrillo. La mayoría de los hombres eran iguales. Aunque se tratara de una prostituta, les gustaba sentirse importantes, ser tratados como un caso especial, y cuando ella no comparecía a una cita, por lo general significaba la pérdida del cliente. Y en los dos años que vivía con Roberto eran ya muchos los esfumados, especialmente los clientes fijos. Era de sobra conocido que la verdadera fuente de ingresos de una chica de la vida la proporcionaban los habituales.

La situación llegó a tal extremo que en los últimos meses tuvo que dedicarse a la calle, como una principiante. Dos veces se había topado con la policía, pero afortunadamente salió del apuro. Ahora era forzoso un remedio que solucionase una realidad tan agobiante. Sin embargo, ella no podía hacer nada. Era el hombre que dormía detrás de aquella puerta el que tenía la solución, aunque a pesar de los dos años transcurridos, todavía ignoraba qué motivos lo llevaron un día a su puerta.

Un año después de terminada la guerra, durante el cual apenas habían tenido contacto alguno, su padre volvió de América y Roberto fue a trabajar al banco con él. Solo se vieron en una ocasión que Roberto la invitó a tomar el té, sin que hubiese nada entre los dos.

Recordaba lo delgado que lo encontró mientras lo contemplaba a través de la mesa.

—¿Todavía te duele la herida?

—Un poco. Pero los médicos aseguran que se me curará con el tiempo.

—¿Tu hermana está bien? Dijeron que se casó con aquel sudamericano.

—¿Dax? Sí; están en Estados Unidos.

La imagen de aquella faz morena, de expresión intensa, cruzó por su mente.

—Espero que ella sea feliz.

—¿Por qué dices eso?

—No sé.

—La guerra cambió muchas cosas para mi hermana y para mí. No creo que ninguno de los dos volvamos a ser felices.

—Lo serás. El tiempo todo lo cura. Mira a tu alrededor; todos empiezan a olvidar. Tú también olvidarás.

Roberto miró a uno y otro lado, fijándose en la gente que llenaba la sala. Apretó los labios y echó un billete sobre la mesa.

—Vámonos; salgamos de aquí.

Ella lo siguió dócilmente, y él le dijo:

—Te llevaré a casa.

—Si tienes que desviarte de tu camino, no me acompañes. Comprendo que estarás muy ocupado.

Roberto miró a Denisonde con amargura.

—Lo estoy. Mi padre posee el botones errante más ocupado del mundo: yo.

—Estoy segura de que tiene otros planes para ti.

—Pues sabe mantenerlos muy bien en secreto. —La cogió por el brazo—. Vamos.

—Parece que estás enfadado. ¿Es por mi culpa?

—No, no es culpa tuya. Al llegar a su casa, ella le propuso:

—¿Te gustaría subir?

Él denegó con un gesto, y Denisonde le tendió la mano.

—Gracias por el té. Lo he pasado muy bien.

—Denisonde… —dijo, reteniéndole la mano.

Ella miraba al suelo, y al oír su nombre levantó los ojos, viendo que la mirada de él era sombría.

—Sí, Roberto.

—¿Hay algo que desees? ¿Algo que yo pueda hacer por ti?

Ella se echó a reír, moviendo negativamente la cabeza.

—Nada, gracias. Tengo todo lo que necesito. Me arreglo muy bien.

—Tú también…

—Roberto, ¿qué es lo que no va bien? ¿Qué te pasa? —Nada.

En la voz de él había amargura, y le soltó la mano diciendo:

—No sé lo que me pasa; no sé por qué nada me sale bien.

Se quedó mirándole hasta que dobló la esquina, con el presentimiento de que volvería. Cuándo y por qué, no lo sabía, pero estaba segura, y se quedó súbitamente triste, diciéndose que su vuelta no sería ningún bien para los dos.

La tarde de aquel mismo día, Roberto, sentado a la mesa de su despacho, estudiaba los papeles que tenía delante. Los ojos se le detuvieron en la primera línea: «DER KUPPEN FARBEN GESELLSCHAFT.»

Seguían unas cincuenta hojas más, con el informe de las principales compañías que antes de la guerra constituyeron el gran complejo industrial alemán. Durante la guerra fueron el principal objetivo de las bombas aliadas; y ahora solo eran unas simples hojas de papel en la mesa de su despacho.

El secretario de su padre se las había traído unos días antes con una nota que decía: «Estúdialas y ven a verme el viernes por la mañana.»

Miró los legajos preguntándose por qué motivo su padre podía estar interesado en las fábricas Kuppen. Una semana antes de recibir esa orden, había leído en la prensa que los aliados nombraron una comisión para que estudiara un plan destinado a disolver aquel complejo industrial. Comprendían que la Kuppen, lo mismo que la Krupp, representaba un peligro demasiado grande con su capacidad para fabricar material de guerra.

De pronto se le ocurrió que cabía la posibilidad de que a su padre se le hubiese nombrado en representación de Francia, y se sonrió diciéndose, que sería un placer para él colaborar en ese proyecto. El odio que sentía por todo lo alemán se extendía a su material bélico. Aviones, submarinos, las bombas Kuppen V4 que cayeron sobre Inglaterra destruyéndola, y el rifle Kuppen, que fue el arma de reglamento del ejército

nazi… Le haría tan feliz ayudar a destruir todo aquello.

Oyó el teléfono, y seguidamente escuchó al secretario de su padre.

—El barón desea verle.

—Voy en seguida.

Al entrar Roberto en el despacho de su padre, este levantó la cabeza de unos papeles indicándole que se sentase.

—¿Has leído los informes?

—Sí, padre.

—También sabrás que el mes pasado el barón de Kuppen fue sentenciado a cinco años de prisión por su colaboración en los crímenes de guerra. Y que la semana pasada se nombró una comisión para disolver su empresa y otras más.

—¡Ya era hora! —estalló Roberto—. Eso tenía que haberse hecho después de la primera guerra. Quizás entonces los nazis no hubieran empezado.

El barón le miró plácidamente.

—¿Crees que es para eso que te he dado a leer los informes?

—¿Qué otra razón puede haber? Evidentemente la comisión ha pedido tu experto consejo.

Su padre calló durante unos segundos, y luego exclamó:

—Desde luego, eres idiota o un perfecto bobo, y no sé qué es peor.

Roberto se quedó confuso.

—No comprendo.

—Supongo que habrás leído la lista de los accionistas. Roberto afirmó con la cabeza.

—Y quizás hayas observado que el más importante tenedor, aparte de la familia Von Kuppen, es el Crédit Zurich International de Suiza.

—Sí, posee el treinta por ciento de las acciones —de repente se dio cuenta, y exclamó—: ¡El CZI!

—Eso es —replicó secamente su padre—. El CZI, el Crédit Zurich International. Nuestro banco de Suiza.

—Pero esto no tiene sentido. Significa que nosotros poseemos el treinta por ciento de las acciones de la Kuppen Farben.

—Exacto —afirmó su padre—. Y es por eso por lo que no podemos permitir que la disuelvan.

—Entonces, ¿hemos estado haciéndonos la guerra a nosotros mismos? ¿Y recibiendo un beneficio encima?

—Ya te he dicho que no seas idiota. No recibimos dividendo alguno durante la guerra. Nuestra parte fue confiscada por Hitler.

—¿Y qué te hace pensar que la hemos recuperado?

—El barón Von Kuppen es un caballero. Tengo un documento firmado por él diciéndome que no reconoció el edicto de los nazis. Y hará honor a su palabra.

—¡Claro! —exclamó Roberto sarcástico—. ¿Qué va perder con eso? Tiene la

oportunidad de recuperar un maldito setenta por ciento de todo contra un ciento por ciento de nada si la comisión disuelve su compañía.

—Estás hablando como un niño.

—¿Yo? —preguntó Roberto levantándose de un salto—. ¿Has olvidado que ellos quisieron extirparnos de la faz de la tierra? ¿Ya no te acuerdas de que son los mismos que metieron a tu hija en la cárcel, violándola y azotándola bárbaramente? ¿Y que son los que me torturaron para que traicionase a mis compañeros? ¿Has olvidado todo esto, padre?

Los ojos de su padre miraban sin ver.

—No lo he olvidado. Pero nada se puede hacer ya. La guerra ha terminado.

—¿Y esto, padre?

Quitándose la americana y arremangándose la camisa, le mostró el brazo, inclinándose sobre la mesa.

—¡Mira mi brazo y dime si la guerra ha terminado!

El barón contempló el brazo sin comprender.

—No te entiendo.

—Déjame que te lo explique, entonces. ¿Sabes lo que significan estos puntitos? Son pinchazos de agujas hipodérmicas. Y puedes dar las gracias a tus amigos nazis por ellos. Al no conseguir de mí la información que querían, los nazis me convirtieron en un esclavo de las drogas. Día tras día me inyectaron heroína, y luego dejaron de repente de hacerlo. ¿Sabes lo que eso representa, padre? ¿Tú crees que para mí la guerra ha terminado?

—Roberto —murmuró temblando el barón—, yo no lo sabía, liemos a ver a los médicos que sea necesario. Ellos te curarán.

Roberto respondió con la voz rota:

—Ya lo intenté, papá. No hay nada que hacer; vivo en un dolor continuo.

—Tienes que marcharte fuera y descansar. Hallaremos un remedio para ti. Buscaré otra solución para arreglar lo de la Kuppen Farben.

—Déjalo correr, papá. No la necesitamos. ¡Deja que la aplasten!

—No puedo. Están nuestros primos de Inglaterra y de América. Soy responsable ante todos.

—Entonces, diles lo que nos ha pasado. Estoy seguro de que estarán de acuerdo con nosotros.

Lentamente Roberto se bajó la manga de la camisa y, cogiendo la chaqueta, se dirigió a la puerta.

—Lo siento, padre.

El barón le miró.

—¿A dónde vas?

—Me marcho fuera —respondió Roberto—. ¿No me has dicho tú mismo que me marchara?

tres

Llamaron a la puerta y Denisonde abrió.

—*Monsieur* le barón!

El barón De Coyne la miró indeciso.

—¿Está mi hijo aquí?

—Pero está dormido, *m'sieur*.

El barón parecía algo confuso, de pie en el rellano de la escalera.

—Perdone mi descortesía. ¿Quiere usted pasar?

—Gracias.

Ella cerró y observó al barón. Había envejecido; tenía el rostro lleno de arrugas y el pelo gris.

—Usted no me recuerda, ¿verdad, *m'sieur*?

El barón hizo un gesto negativo.

—Nos vimos una vez antes de la guerra, en casa de *madame* Blanchette.

—Ah, sí… —admitió, pero viéndosele que no la recordaba—. Usted sería una niña entonces.

Denisonde le miró sonriendo.

—Permítame que le sirva una taza de café; luego iré a ver si Roberto se ha despertado.

Al traerle el café, el barón le dijo:

—No lo despierte. Puedo esperar.

—*Oui, m'sieur*.

Roberto estaba despierto y sentado en el borde de la cama.

—¿Quién está ahí? —preguntó con tono de sospecha—. Ya te dije que no quiero citas mientras yo esté aquí.

—Es tu padre.

Roberto tardó en contestar, mirándola fijamente.

—Dile que se vaya. No quiero verlo.

Viendo que ella no se movía, le gritó airado:

—¿No me has oído?

Denisonde siguió igual. Roberto vio que tendría que salir él.

—Está bien —gruñó levantándose—; lo veré. Ayudante a vestirme.

Al quedar solo, el barón encendió un cigarrillo. Mientras sorbía delicadamente el café miró en derredor, fijándose en los pocos muebles que había en la habitación. Después de la guerra, nada era tomo antes. Todo, las costumbres singularmente, había cambiado. Se acordó de que cuando de joven entró en la oficina de su padre vio con

ilusión el tener que pasar unos años de aprendizaje para lograr la confianza de sus mayores. Sin embargo, la juventud de ahora tenía mucha prisa. Lo notaba cuando recorría sus propias oficinas y los despachos del banco. Los jóvenes miraban con insolencia y parecía que supiesen siempre lo que tenían que contestar, aún antes de que les preguntasen nada. Más de una vez se había dado cuenta de la expresión escéptica de sus rostros cuando les daba órdenes. «¿Qué es lo que te hace creer que eres infalible? ¿Por qué estás convencido de saber tanto?», parecía que le preguntasen con sus miradas. Y lo vio también en la expresión de sus hijos cuando se negaron a ir a América al estallar la guerra. No tenían ni siquiera conciencia de la elevada posición que ocupaban en la sociedad, que los situaba por encima de la vulgaridad del conflicto.

No se trataba más que de la *malaise de la societé. Liberté, égalité, fraternité*. Incluso los revolucionarios reconocían las diferencias que existían dentro del seno de su sociedad, y que estas divisiones debían aplicarse según aconsejase cada nivel.

Cuando oyó unas voces abiertamente bruscas en la habitación vecina estrujó nerviosamente el cigarrillo, sin saber adónde tirarlo, hasta que lo dejó en la misma taza de café. Se levantó y se fue a la ventana. La angosta calle que salía de Pigalle parecía más sórdida aún que por la noche, pues los letreros luminosos de los *cabarets*, tan brillantes y alegres en la oscuridad, destacaban ahora por su lobreguez y abandono.

Mientras miraba afuera, una pareja salió de la casa de enfrente. Ella sonrió al besarle a él y darle algunos billetes que llevaba en el bolso… El individuo cogió el dinero y se fue en dirección contraria a la de ella, y la muchacha siguió calle abajo, con el inconfundible andar de las de su ramo.

El barón no pudo evitar un sentimiento de vergüenza. Aquel rufián podía haber sido su hijo, quien a fin de cuentas hacía lo mismo. ¿Qué especie de maleficio se había apoderado de él para descender tan bajo? Si había tenido la soberbia de marcharse de casa, ¿cómo podía resignarse a vivir como vivía? Recordó todo lo que había sabido de él aquellos últimos tiempos.

Empezó con una llamada telefónica de *madame* Blanchette.

—*Monsieur*, su hijo se ha ido con una de mis chicas.

El barón se había echado a reír.

—¡Ah, la sangre le bulle en las venas! No se preocupe, *madame*; le pagaré las pérdidas que le ocasione durante el tiempo que ella esté fuera.

—No, *m'sieur*, usted no comprende. Es ella quien se ha ido con él; han tomado un apartamiento en Pigalle, y la muchacha trabaja por su cuenta.

Sin acabar de comprender, preguntó el barón:

—Pero Roberto, ¿qué hará?

Madame Blanchette no respondió, y el barón se enfureció.

—¡Pero qué se ha creído esta chica! ¡Que no espere nada, porque no verá un céntimo mío!

—Eso ya lo sabe, *m'sieur*.

—Entonces, ¿qué va a hacer con él? —preguntó desconcertado.

—Creo que está enamorada de su hijo.

—Las putas no se enamoran.

Madame Blanchette arguyó, con un sutil cambio de voz:

—También es mujer, *m'sieur*, y las mujeres se enamoran.

Ella colgó el teléfono y él se quedó con el auricular en la mano, sin saber qué hacer. Después lo colgó violentamente y meditó. Evidentemente, Roberto no estaría mucho tiempo con ella, y en cuanto se cansara o necesitase dinero, volvería. Pero las semanas pasaron y Roberto no dio señales de vida, hasta que un día la secretaria del barón entró en el despacho con expresión alarmada.

—Un policía desea verle. Es el inspector Leboq.

—¿Qué desea?

—Dice que se trata de un asunto personal. Después de una breve duda, decidió: —Dígale que entre.

El detective era un hombre bajito, con traje gris y modales serviles.

—¿Usted deseaba verme?

El barón adoptó un tono brusco para frenar las posibles pretensiones del funcionario.

—*Oui, monsieur* —respondió como si quisiera disculparse—. En una redada de la noche pasada hemos detenido a varias mujeres de la calle y a sus chulos. Uno de ellos se ha identificado como hijo de usted. Es este.

Y le tendió una fotografía. El barón miró asombrado el rostro desafiante de Roberto, que desde la cartulina parecía que lo mirase fijamente. Estaba bastante delgado y parecía desnutrido. El policía le preguntó:

—¿Es su hijo?

—Sí —afirmó el barón mirando de nuevo la cartulina—. ¿Qué cargos hay contra él?

El policía contestó con embarazo:

—Vivir de la prostitución.

El barón se quedó como si le hubiesen aplastado, y se sintió viejo. Después preguntó:

—¿Qué le sucederá?

—Irá a la cárcel hasta pagar la multa. Dice que no tiene dinero.

—¿Le mandó él?

El policía hizo un gesto negativo.

—No, *monsieur*, no lo nombró para nada. Yo solo vine a verificar su identidad.

Se puso en pie y recogió la foto de sobre la mesa.

—Gracias por su ayuda, *monsieur*.

El barón levantó la vista.

—¿A cuánto asciende la multa? Yo la pagaré.

El inspector negó con la cabeza.

—No estoy facultado para intervenir en estas cuestiones, *monsieur*.

Observó al barón con mirada ladina y añadió:

—Mi hermano es detective privado y abogado, muy discreto. Estoy seguro de que podría solucionarle el caso, si usted lo desea, sin peligro de publicidad.

—Si es tan amable de encargarle de este asunto se lo agradeceré.

—También será necesario pagar la multa de ella. Están inculpados los dos.

—Está bien.

Aquella misma tarde el hermano del policía llegó al despacho del barón. Era casi un calco del inspector. Se encargó de solucionar el asunto, con el acuerdo de que en adelante a la pareja no se la molestaría de nuevo, ya que su hermano era el encargado de la vigilancia del *arrondissement*.

Habían pasado casi dos años, y desde aquel día todas las semanas el detective le llevó un informe completo de las actividades de su hijo, obteniendo a cambio una considerable paga. Tres semanas atrás le informó que estaba enfermo y que lo habían llevado al hospital, pero antes de que él pudiera intervenir, Roberto abandonó el establecimiento por propia voluntad. Cuando le remitieron el informe médico vio que el muchacho se estaba destruyendo, y fue entonces cuando resolvió ir al apartamento de Denisonde.

Oyó que abrían la puerta del dormitorio, y sintió un nudo en el estómago.

Roberto, silencioso, estaba de pie en el umbral. El barón lo miró con desconsolado asombro. Estaba flaco, chupadas las mejillas y unas ojeras profundas y violáceas. ¿Era posible que aquel fuese su hijo?

—¡Roberto!

—¿No te dieron mi encargo? ¿No te dijeron que no quería verte?

—Pero yo sí quiero verte.

—¿Por qué? —preguntó con desdén—. ¿Acaso hay más nazis a los que quieres que ayude a salvar?

—Roberto, quiero que vuelvas a casa.

Roberto trató de sonreír, no consiguiendo más que un rictus amargo.

—Ya estoy en casa.

—Quería decir… —el barón vaciló emocionado—. Estás enfermo, Roberto; necesitas cuidados. Morirás si sigues así.

—Mi vida es mía, ¿no? Pues hago lo que quiero de ella —replicó—. ¡Ojalá hubiera muerto durante la guerra!

El barón no pudo reprimir su indignación.

—¡Pero no te ocurrió! Y esta especie de suicidio lento es una estupidez, una infantilidad. ¿Es así como imaginas castigarme? ¿Viéndome llorando sobre tu tumba?

Roberto abrió la boca para hablar, pero el barón no le dejó.

—Lloraré, pero no por ti, sino por mi hijo. Por lo que él pudo ser. Con tantísimas cosas por hacer en este mundo, con todos tus principios, con todo lo que aún podrías

hacer si realmente te importase ¿prefieres sacrificar inútilmente tu vida? No, tú eres simplemente un niño mal criado que no quiere comer porque su papaíto no juega como él quiere.

Y clavando sus ojos en los de su hijo, añadió con energía:

—Podemos no estar de acuerdo en esto o en lo otro, pero yo, al menos, creo en lo que hago. No huyo ni me escondo cuando las cosas no van como yo quisiera. En vez de huir, ¡trabajo!

Se dirigió a la puerta y agregó fríamente:

—Estaba preocupado por mi hijo, pero ya no lo estoy. No tengo hijo. Mi hijo no podía ser un cobarde.

Al ir a cerrar la puerta un grito lo detuvo.

—¡Papá!

Entró de nuevo en la habitación.

—Cierra —dijo Roberto—. Hay algo que quiero decirte.

El barón se apoyó en el marco de la puerta sintiendo que las piernas le flaqueaban. Miró a Roberto en silencio.

—Quisiera irme a Israel, papá. Allí podría hallar todavía un objetivo a mi vida y ser útil en algo.

Su padre asintió sin hablar.

—Pero primero quiero hacer otra cosa —continuó Roberto—. Denisonde, ¿quieres casarte conmigo?

Ella le miró con los ojos abiertos de par en par. Luego de unos instantes, dijo con voz clara y firme:

—No.

Fue entonces cuando el barón sonrió. Su hijo volvía a ser su hijo.

—Tonterías —exclamó sintiendo como si recobrase la vida. Se casará contigo, hijo mío.

cuatro

Dax salió del mar, y caminando sobre la caliente arena de Florida, se dirigió a la cabaña. El sol brillaba sobre las gotas de agua que le salpicaban el cuerpo, secándolo a medida que se acercaba a la puerta. Antes de entrar miró hacia la blanca casa de los Hadley. En una hora tan temprana no se movía ni una hoja. Cogió el reloj que había dejado en una mesita cerca de la cabaña. Las nueve en punto. Suspiró satisfecho, porque todavía le quedaban para disfrutarlas dos horas de soledad, pues ninguno de los Hadley se levantaba antes de las once. Entró en la cabaña a buscar una toalla.

Se detuvo un momento en el umbral para que los ojos se le habituasen a la oscuridad, y entonces se dio cuenta de que había alguien allí dentro, echado en un canapé. De momento no distinguió quién era, viendo solo una mata de pelo rubio, pero después de unos instantes, acostumbrado ya a la luz interior, reconoció a la muchacha que tenía delante, mirándole y totalmente desnuda.

—Creí que nunca saldrías del agua, Dax.

Él cogió una toalla y se la echó encima.

—¡Sue Ann…! ¡Eres idiota!

Ella no hizo ningún movimiento para coger la toalla que cayó a sus pies.

—Todo el mundo duerme.

Dax cogió otra toalla y salió afuera. La extendió en la arena y se tumbó encima, boca abajo y la cabeza entre los brazos. Poco después oyó pasos cerca de él.

Sue Ann se había puesto un traje de baño blanco, aunque poco ocultaba de su cuerpo.

—¿Qué te pasa? —preguntó enojada—. Y no me digas que es a causa de Carolina. Todo el mundo en Nueva York habla de ti y de Mady Schneider.

Él no respondió, pero alargó la mano y la cogió, obligándola a que también se tendiese en la arena.

—¿Y ahora qué haces? —dijo furiosa.

Pero al ver cómo sonreía mostrando su blanca dentadura, intuyó algo y exclamó:

—¡Oh, Dax!

Él se apartó dando dos vueltas sobre sí mismo, sin dejar de sonreír, y le murmuró:

—Con disimulo mira hacia la casa, a las ventanas de la esquina, en el segundo piso.

Ella se tendió de bruces, con la cabeza sobre los brazos, y después la levantó como si mirase lejos, pero escudriñando las ventanas que Dax acababa de indicarle.

—Es la habitación de James Hadley. Nos está mirando. Y con unos gemelos.

Dio la vuelta y se tumbó de espaldas, de cara al cielo.

—Como ves, no todos duermen —observó Dax.

—¡El viejo imbécil! —rezongó Sue Ann—. ¿Qué le importa lo que ocurre?

—Le gusta saberlo todo.

—No me extraña que sus hijos sean tan calientes. Son la hechura de su padre.

Dax se echó a reír y se levantó.

—Tengo calor. Voy a refrescarme.

Se zambulló en el agua, y Sue Ann le siguió. Ella lo empujó hacia abajo, y cuando lo soltó, él salió escupiendo agua mientras Ann lo contemplaba riendo y flotando en el agua; en el acto se puso a nadar a largas brazadas y él emprendió su persecución entre remolinos de agua.

—Quieres jugar, ¿eh? —exclamó agarrándola con rudeza.

Sin decir palabra Sue Ann hizo una profunda aspiración y se sumergió. Dax notó que se le escapaba y se volvió para perseguirla, pero ya ella le estaba acosando por debajo de la superficie. Sintió que tiraban de su *slip* y un momento después una mano le tenía agarrado por los genitales. La cabeza de ella surgió del agua.

—¿Te rindes?

Dax se sintió invadido por el deseo. Miró hacia la playa y observó que James Hadley le seguía con los gemelos.

«Que se vaya al cuerno —se dijo—; aún no se han inventado gemelos que vean dentro del agua.»

Se volvió hacia Sue Ann.

—¡Un hijo de Corteguay no se rinde jamás!

—No, ¿eh? —Y apretó con más fuerza.

Dax se echó a reír, tenso el cuerpo para no ceder a la presión. Acto seguido hundió las manos bajo el agua y tras buscar la costura del fondo del traje de baño de Sue Ann desgarró de un lirón la delgada seda. Inmediatamente, tras invertir la posición de la mano, introdujo dos dedos en su vientre.

Dax lanzó una carcajada al ver la cara de sorpresa que puso su pareja, quien trató de revolverse para escapar, aunque sin éxito. Poco después, cuando Dax tocó con los pies el fondo de arena, ella ya no pudo zafarse.

—Digamos que estamos empatados.

—Suéltame —dijo ella empujándolo—. ¡El viejo nos está mirando!

—Déjalo. No puede ver lo que ocurre debajo del agua.

Dax notó de pronto que ella se abandonaba.

—Oh, Dios. ¡Oh, Dios! —Frenéticamente se agarró a él, como si trepase—. ¡Métemela! —chilló como presa de delirio—. ¡Penétrame!

Él afianzó las piernas en la arena y la empitonó. Dax sintió cómo el calor que desprendía el cuerpo de ella lo aislaba del agua.

—Extiende los brazos y mantén la parte alta del cuerpo separado del mío —le dijo roncamente—. De ese modo daremos la sensación de que nuestros cuerpos no se tocan siquiera.

Sue Ann se tendió de espaldas sobre el agua, con los brazos extendidos al frente y las piernas ciñendo las cadera de él, como si estuviera flotando.

—Oh, Dios —gimió ella ya en un paroxismo de placer.

De pronto aquellos ojos azules le miraron.

—¡No puedo aguantar más, Dax! ¡No puedo!

—Aguantarás —afirmó él inexorable, clavándole los dedos en la carne de sus nalgas, Sue Ann estaba a punto de lanzar un grito cuando violentamente Dax le hundió la cabeza en el agua. Emergió tosiendo y jadeando… y entonces Sue Ann, en el éxtasis del orgasmo, se abandonó, sin fuerzas, en sus brazos.

Momentos más tarde, alzó los ojos y le miró sonriente.

—Lo necesitaba —dijo jadeante—. Ha sido tan largo.

Volviendo la cabeza miró hacia la casa.

—Será mejor que me sueltes. El viejo sigue mirando.

Dax sacudió la cabeza negativamente, sin soltarle las nalgas.

La joven le miró con sorpresa.

—¡Todavía estás empinado! —exclamó con un dejo de admiración en la voz. Y echó violentamente la cabeza atrás, ahogando un grito, cuando él la penetró de nuevo.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Dios!

Hadley no era el único que había estado contemplando a la pareja. También Carolina observó desde su ventana cómo retozaban hasta que salieron del agua. Estaba segura de que algo había sucedido entre ellos, aunque no pudiera decir cómo ni qué. Pero conocía lo suficiente a Sue Ann para predecirlo al ver su manera de andar.

Entró en su habitación y, a despecho del calor, empezó a temblar bajo las sábanas. «¿Qué me pasa? —se preguntó—, si yo nunca he sido celosa.»

Oyó unas tenues pisadas y el ruido de la puerta al abrirse. Cerró los ojos fingiendo que dormía, y al oír que Dax se acercaba a la cama, los abrió como si acabara de despertarse.

—Buenos días.

Ella forzó una sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Las diez y unos minutos —al ver su expresión le preguntó—: ¿Te encuentras bien?

—Bien. Solo un poco cansada.

Sentándose en la cama le preguntó:

—¿Qué tal tiempo hace?

—Estupendo. Me metí en el mar. El agua está caliente, muy agradable.

Se dirigió al cuarto de vestir y se quitó el taparrabos. De repente, como si se acordara entonces, añadió:

—Sue Ann también estaba en la playa.

Carolina se fijó en la franja de piel blanca alrededor de sus caderas y nalgas. Era extraordinario lo bronceado que él quedaba. No conocía a nadie que tomara el sol

tantas horas como él. Dax dejó el reloj de pulsera en la mesita de noche y le dijo:

—Tendríamos que ir a Hollywood. Spiedel me ha invitado; quiere verme jugar al polo.

Emanaba de él un intenso olor a macho. Cerró los ojos para no verle. Ahora estaba segura; algo había pasado con Sue Ann.

—¿Estará Giselle allí?

Dax se encogió de hombros, diciendo con indiferencia:

—Supongo que sí. Está filmando una película.

Joe Spiedel, que era el director de los estudios más importantes y un afamado productor, también era, según su propia opinión, un excelente jugador de polo. Para halagar su vanidad había organizado un campo e invitado a los jugadores de polo más prestigiosos. Para él Dax era una presa más importante que los Óscares que adornaban la repisa de su chimenea.

Carolina abrió los ojos y observó el inexpresivo rostro de su marido.

—Vete; ponte algo encima. Sabes que no puedo resistir el verte así.

—Voy a la ducha —y cuando ya estaba en la puerta le preguntó—: ¿Qué dices? ¿Iremos?

—¿Importa mucho? —preguntó ella con desgana.

Pero al ver que él no respondía, añadió:

—Está bien. Supongo que debemos ir.

La puerta del baño se cerró y al cabo de unos momentos oyó el ruido de la ducha. Se levantó de la cama y fue adonde estaba el taparrabos y lo cogió. Luego, con ademán violento lo dejó caer.

Se asomó de nuevo a la ventana y vio a Sue Ann tendida en la arena como un gato tomando el sol. Retrocedió y ciega de ira se echó sobre la cama. «Un animal», se dijo. Luego se oyó a sí misma: «Eso es lo que es. Se aparea con cualquiera».

Un maldito animal.

cinco

Carolina no podía decir cuándo empezó. Al principio solo sintió un sentimiento de gratitud y de amparo. Incluso las primeras semanas de su matrimonio, cuando estaban en París y vivían en el consulado, esperando que los alemanes les extendieran el visado para poder salir del país, dominó sus relaciones un profundo sentimiento de gratitud. El permiso de salida no se hizo esperar mucho, pues los alemanes no querían enajenarse la simpatía de Corteguay ante la necesidad que tenían de la carne de buey. Llegaron a Lisboa en un incómodo tren, y esperaron el barco que había de llevarlos a través del Atlántico. Allí ya se sentía un poco más segura. Había ganado peso, y las terribles pesadillas que agitaban sus sueños parecía que habían cesado. Hasta que vio al hombre en el restaurante mientras cenaban.

Dax se detuvo con el tenedor en alto al ver que ella se ponía tan blanca como el mantel.

—¿Qué te pasa?

—¡Aquel hombre! —susurró angustiada—. ¡Ha venido a buscarme!

—Tonterías —respondió Dax con brusquedad—. Nadie te persigue.

—Él, sí —insistió ella aterrada—. Ha venido en mi busca. Sabe que haré todo lo que diga.

Dax siguió la mirada de Carolina para ver al hombre. El individuo llevaba un traje gris; tenía el pelo rubio, esmeradamente peinado, y sin fijarse en ellos se comía plácidamente la sopa que acababan de servirle.

—¡Llévame a la habitación! —suplicó Carolina—. ¡Por favor, Dax!

Él se levantó en seguida, temiendo un ataque de histeria.

—Vamos.

Para atravesar el comedor pasaron cerca del alemán, y cruzando el vestíbulo llegaron a su habitación; poco después Carolina se retorcía en la cama, víctima, como otras veces, de un ataque de histerismo.

Él la tenía estrechamente abrazada, repitiéndole:

—No temas; no dejaré que te haga daño.

—Me obligó a hacer cosas horribles —sollozaba ella—. Y él se reía porque sabía que al fin yo lo haría.

—No pienses más en ello —dijo Dax. Su voz se tornó dura—. Te prometo que nunca más te molestará.

Después de calmarla hizo que se acostara y que tomase tres píldoras de las que le recetó el doctor contra el insomnio. Dax permaneció a su lado hasta que el sueño la venció, y luego de arreglarle tiernamente las sábanas, salió, cerrando la puerta.

A la mañana siguiente se despertó con una sensación de pesadez, y poniéndose la bata se dirigió a la habitación vecina, donde Dax se estaba fumando uno de sus

inseparables puros y tomaba café.

Al verla le preguntó:

—¿Quieres café?

Carolina se sentó mirando el periódico que había sobre la mesa. En la primera página aparecía la fotografía del alemán, con unos gruesos titulares que decían.

O ALEMÃO ASSASSINADO!

Carolina miró en el acto a Dax.

—¡Ha muerto! —exclamó.

—Sí —respondió él mientras el humo del cigarro le velaba los ojos—. Te prometí que nunca más habías de temerle.

Ella sintió un inmenso alivio, pero al mismo tiempo un gran temor ante el hombre violento que descubría bajo la cortés capa del aparentemente civilizado Dax.

Las pesadillas volvieron de nuevo, y hasta unas semanas más tarde, cuando ya estaban en Nueva York, no desaparecieron. Entonces empezó a surgir un sentimiento en Carolina. Una especie de cálido afecto, como el que sentía por su hermano Roberto, o como la seguridad y el amparo que experimentaba cuando estaba con su padre.

El barón fue a recibirlos al puerto con el cónsul de Corteguay. Los muelles estaban llenos de periodistas, y Dax, acosado por unos y por otros, entre preguntas y entrevistas, se distanció de Carolina unos momentos, y luego le mandó un aviso para que se fuera con su padre, pues tenía que entrevistarse con el cónsul, y los vería a la hora de cenar.

El barón se inclinó en el asiento del coche y la contempló con atención.

—¿Qué miras, papá?

Las lágrimas asomaron a los ojos de su padre.

—¡Hija mía, mi pequeña! —murmuró con voz ahogada.

Entonces ella también se puso a llorar. Quizá por la emoción con que le habló su padre o porque comprendió que ya nunca más sería su pequeña.

—¿Roberto? No sé nada de él —suspiró el barón secándose los ojos—. Quizá también lo hayan capturado.

—No; Roberto está a salvo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Dónde está?

—No lo sé. Pero Dax dice que está seguro.

Una expresión extraña se grabó en el rostro de su padre, casi de resentimiento. Pronto, sin embargo, desapareció, y preguntó sin asomo de emoción.

—¿Cómo lo sabe?

Ella respondió con una fe casi infantil:

—Si Dax lo dice, es cierto.

Repentinamente el barón recordó la primera vez que vio a Dax dormido en los brazos de su padre, en el saloncito de *madame* Blanchette, y vio que ya entonces presintió que, por alguna causa desconocida, aquel chiquillo se enlazaría con sus vidas.

—Tu marido… —murmuró—. ¿Le quieres?

Carolina lo miró con gesto de sorpresa, como si fuera la primera vez que lo pensara.

—Desde luego —respondió.

El barón se quedó unos momentos pensativo, y agregó:

—Él es un hombre fuerte, y tú…

—También es muy gentil, papá, y muy comprensivo.

—Pero eres tan frágil, quiero decir…

—Desde luego, papá. Dax lo comprende muy bien, pero no siempre será así. Pronto volveré a estar tan fuerte como antes, ya lo verás. Quizá no tardarán en llegarte nietecitos con los que puedas jugar…

—¡No! —exclamó el barón con la mayor angustia—. ¡No tengáis hijos!

—¡Papá!

—¿No lo comprendes? —estalló con crudeza—. ¡Podrían ser negros! No debes tener hijos.

Al día siguiente acababa ella de despertarse cuando Dax entró en la habitación.

—Debe haber un error —dijo—. Mi habitación está al otro lado del vestíbulo.

Carolina esquivó su mirada.

—Papá pensó que sería lo mejor. Hasta que yo esté completamente repuesta.

—¿Y tú lo quieres así?

—No sé…

Dax no esperó a que acabara la frase.

—Por una noche, no importa. Pero cuando vuelva, sí importará. Para entonces confío en que ya sabrás lo que quieres.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Dax! —gritó Carolina sintiendo como si su antiguo temor se apoderase otra vez de ella—. ¿Adónde vas?

—Me han llegado órdenes del consulado de que debo salir mañana para Corteguay, y desde allí tendré que volver a Europa.

—Pero acabamos de llegar. ¡No puedes irte!

—¿No? —preguntó con una sonrisa irónica—. ¿También tu padre lo ha dispuesto?

La puerta se cerró a sus espaldas y ella se echó a llorar. ¡No había derecho! Si al menos pudiera sentir como antes de la guerra…

Dax estaba en bata, sentado a una mesita, cuando Carolina llamó a la puerta de su habitación, ya avanzada la noche. Delante de él había un montón de papeles. Al verla, miró el reloj y dijo:

—Es ya la una, y deberías estar durmiendo.

—No lo consigo —contestó ella—. ¿Puedo entrar?

Él asintió y Carolina se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué haces?

—Estoy leyendo informes. Se me ha atrasado el trabajo.

Ella se sorprendió. Algo que nunca hubiera asociado con Dax era el trabajo, y menos un trabajo tan rutinario y aburrido. Pensó en su propia torpeza, diciéndose que debía haberlo conocido mejor.

—No me di cuenta —dijo como disculpándose— de que te habré proporcionado muchas molestias.

Él cogió un cigarrillo, murmurando:

—No importa.

—¿Es preciso que vuelvas a Europa?

—Voy adonde mi Presidente me envía. Esa es mi vida.

—Pero la guerra…, el peligro…

—Mi país es neutral. Yo soy neutral.

—¿Por cuánto tiempo? Tarde o temprano Estados Unidos entrarán en el conflicto y arrastrarán a todos los países sudamericanos, incluido el tuyo.

—Si sucede esto, volveré aquí.

—Si los nazis te dejan, querrás decir —rectificó ella con angustia.

—Hay unas leyes internacionales que regulan estos asuntos.

—¡No me hables como si fuera una niña! Sé muy bien lo que los nazis piensan de las leyes internacionales.

—Es mi trabajo. No puedo escoger.

—Podrías renunciar.

Él se echó a reír preguntándole:

—¿Y qué haría, entonces?

—A mi padre le agradaría tenerte en el banco.

—No, gracias. Me temo que no sería un buen banquero.

—Habrá algo más que tú puedas hacer.

—Sí —sonrió Dax—, pero los jugadores profesionales de polo no ganan mucho.

—Ya me estás tratando otra vez como a una niña, y ya no lo soy —afirmó con un tono un poco petulantillo.

—Ya lo sé.

Ruborizándose, Carolina añadió mirando al suelo:

—No me he portado como una esposa, ¿verdad?

—Has pasado por una prueba muy dura, y tienes que recuperarte.

Sin mirarle, Carolina agregó:

—Quiero ser una buena esposa para ti, y quiero que sepas que le estoy muy agradecida.

Dax dejó el cigarrillo y se levantó.

—No tienes que agradecerme nada. Me casé contigo porque lo quise yo.

Pero no estabas enamorado de mí —afirmó más que preguntó—, sino de Giselle.

—Soy un hombre —respondió con sencillez—. Siempre he tenido mujeres.

—Pero ella no era como las otras —insistió Carolina—. Estabais enamorados. Lo vi claramente.

—¿Y qué si lo estábamos? Lo concreto es que me casé contigo.

—¿Por qué te casaste conmigo? ¿Fue porque no había otro medio de librarme de los nazis?

Dax no respondió.

—¿Quieres que nos divorciemos?

Él movió la cabeza negativamente.

—No.

—¿Y tú?

—Tampoco. ¿Puedo coger un cigarrillo?

Él abrió la caja y se lo encendió.

—Siempre deseé casarme contigo —confesó ella—. Ya antes de la guerra acaricié esa ilusión. Pero…

—¿Pero qué?

—En la cárcel… No puedes imaginar lo que sentí. Creí que ya nunca me sentiría limpia. Me veía tan impura…

Las lágrimas le cayeron a raudales, y Dax, atrayendo su cabeza hacia sí, le dijo cariñosamente:

—No lo recuerdes más, porque lo único que consigues es hacerte más daño. Yo sé a lo que el miedo obliga. Siendo un chiquillo, tuve que disparar apuntando al corazón de mi abuelo. No importa que me obligasen. Yo disparé.

Carolina reprimió el llanto y miró a Dax, en cuyo rostro vio impresos la amargura y el dolor. Intensamente apiadada, le cogió una mano y se la besó diciéndole:

—Perdóname. He sido muy egoísta pensando solo en mí.

Los ojos de Dax la miraron con amorosa suavidad.

—Anda, ya es hora de que vuelvas a la cama.

Carolina le retuvo la mano, susurrando:

—Quiero pasar la noche contigo.

Él la miró inquisitivo.

—No puedo impedir que te vayas, pero ya es hora de que sea tu mujer en vez de la muchacha que hasta hoy he sido para ti.

Y lo intentó. Lo intentó con su mejor voluntad, pero cuando llegado el momento él la penetró volvieron a su memoria con horrorosa nitidez las torturas a que la habían sometido con las horribles sondas, y violentamente, empavorecida y trémula, rechazó

a su marido, hundiendo el rostro en la almohada y llorando desesperadamente.

Poco después se durmió, y cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, Dax ya se había ido.

seis

Algunas veces la frase volvía a la mente de Carolina. «Soy un hombre. Siempre he tenido mujeres.» Y era cierto. Esto no lo había cambiado la guerra. La historia se repitió una y otra vez. Dondequiera que fuesen había mujeres alrededor de él. Una vez, poco después de terminar la guerra, el escándalo alcanzó tales proporciones que lo recogieron los periódicos con un gran lujo de titulares. Su padre entró irritado en la habitación de ella con el diario en la mano.

—¿Qué piensas hacer ante esto? —preguntó.

Ella cogió el periódico y vio inmediatamente el título, que en grandes caracteres decía:

«DIPLOMATICO PLAYBOY INTERNACIONAL CAUSA DE UN DIVORCIO» A renglón seguido informaba que Dax, a la sazón en Roma en misión diplomática, había tenido una aventura con la esposa de un conde italiano. Carolina devolvió el diario a su padre diciendo con sequedad:

—Dax estará contento. Al menos por lo de «diplomático».

Su padre la miró con ojos abiertos.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—¿Qué más podría decir?

—Nos está poniendo en ridículo. A ti y a tu familia. Todo el mundo se va a reír de nosotros.

—Es un hombre, y cuando un hombre está fuera de su casa es una necedad pretender que se olvide de que hay mujeres.

—No es un hombre —replicó su padre irritado—. Es una bestia.

—Papá, ¿por qué te preocupas si yo, que soy su esposa, no lo estoy?

—¿Es que te gusta esta clase de notoriedad?

—No; pero yo no tengo el medio de hacer callar a los periódicos. ¿Qué quieres que haga?

—Divorciarte de él.

—No.

—No te comprendo.

—Ya lo sé, papá. No solo no me comprendes a mí, sino que tampoco a Dax.

—¿Y tú sí?

—En cierto modo sí —dijo con tristeza Carolina—, aunque ninguna mujer puede presumir de comprender del todo a su marido. Quizá Dax sea una bestia como tú dices. Pero él reacciona con lógica. Al odio con la violencia, y a la compasión con la gentileza y la comprensión. Y ante una mujer… —vaciló, añadiendo en tono de disculpa—: Supongo que, aunque yo nunca he podido ser una mujer para él, reacciona como un hombre.

Su padre se quedó callado unos momentos.

—¿Entonces no vas a hacer nada? —preguntó al fin.

—No. Dax sabía todo esto cuando se casó conmigo, y sin embargo lo hizo porque era el único medio de salvar mi vida, y esta es la razón por la que yo no le puedo pedir el divorcio. Si él lo quiere no me opondré, pero hasta que me lo pida, yo cumpliré con mi obligación.

Pero se hizo más difícil de soportar cuando Dax volvió. No era lo mismo enterarse de que le había sido infiel a tres mil millas que soportar la situación a diario y viviendo con él. Hubiera necesitado tener una naturaleza sobrehumana para no sentirse vejada.

El caso más reciente, por ejemplo. El de aquella tonta de Mady Schneider. La muy infeliz, habíase apresurado a pregonar su amor a los cuatro vientos, a dejar a su marido, a tomar unas habitaciones en un hotel y 3 afirmar que muy pronto Dax y ella se casarían.

La cosa llegó de algún modo a oídos de los periodistas y uno de ellos se había presentado en su apartamiento, llegando en el mismo momento en que Dax y Carolina, rodeados de maletas, se disponían a partir hacia Palm. Beach.

El periodista, evidentemente confuso, se aclaró la garganta y lanzó la pregunta. Dax, sonriendo con seguridad y echando una mirada a Carolina antes de contestar, había replicado:

—Lamento que esté mal informado. La señora Schneider y yo solo somos buenos amigos. No hay nada más.

Y señalando el equipaje, había añadido:

—Como puede ver, estoy a punto de partir, en compañía de mi esposa, a Palm Beach, a casa de unos amigos.

El periodista se fue, y ya camino del aeropuerto, Dax se disculpó.

—Lamentaría que este incidente te hubiera molestado.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrada.

Él no respondió y la miró con expresión pensativa. Casi llegaban al aeropuerto cuando recordó la carta que llevaba en el bolsillo.

Ella la cogió sin decir una palabra. Era de su padre y se le comunicaba el matrimonio de Roberto.

—¡Roberto se ha casado!

—Ya lo sé.

Ella le miró sorprendida.

—¿Cómo? ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Me enteré por el teletipo diplomático de París; pero pensé que te gustaría más saberlo por Roberto o por tu padre.

—¿Quién es ella? El nombre no me aclara nada.

—Denisonde. Será una buena esposa para Roberto.

—¿La conoces?

—Estaba en el escondite con él. Ayudó a salvarle la vida.

—¡Oh…! Entonces, ¿es la misma que vivía con él?

Dax se quedó sorprendido. Por lo visto, Carolina sabía la verdad.

—Sí, la misma.

A Carolina se le llenaron los ojos de lágrimas y volvió el rostro hacia la ventanilla. ¡Pobre papá! Sus hijos le habían dado muy pocos motivos de orgullo.

James Hadley era el único que estaba sentado a la mesa de la terraza cuando ella bajó. Se levantó y le acercó una silla.

—Buenos días, querida.

—*Bonjour, monsieur* Hadley. ¿Bajo demasiado tarde?

—No, querida mía. Son los demás quienes han madrugado demasiado.

Levantó un brazo y acudió un criado.

—Solo café, por favor.

Hadley la miró con gesto de reproche.

—¿Qué especie de desayuno es ese para una muchacha? Debe comer más.

—No, gracias. Por las mañanas no suelo comer nada. Los franceses no hacemos como ustedes los americanos, que toman esos desayunos tan abundantes.

—¿Entonces, tampoco quiere una tostada con mantequilla?

Carolina se echó a reír.

—Usted me recuerda a mi padre. Siempre quería que comiera más.

—Eso es porque los dos nos interesamos por usted.

Lo miró por el rabillo del ojo. ¿Había en su voz algo más que mera cortesía? Y enrojeció al notar que tenía los ojos clavados en ella.

Mientras tomaba el café que acababa de servir el criado, Carolina preguntó:

—¿Dónde están los demás?

—Se han ido a navegar —dijo, riéndose.

Pero Carolina captó en su voz aquella curiosa inflexión de antes. Él prosiguió:

—Son como unos niños. No saben estar sin hacer algo. No son capaces de sentarse un rato.

—Hoy es un día maravilloso para navegar —dijo ella al cabo de un silencio.

—Y yo, aprovechándome de su ausencia, me he tumbado un buen rato en la arena. Son muy raras las oportunidades de estar solo.

Carolina sonrió:

—Yo pensaba en ir a Palm Beach para hacer algunas compras.

Como si ni él se diese cuenta, Hadley puso una mano sobre la de Carolina.

—Puede hacer las compras otro día. ¿Por qué no se aprovecha y descansa en la playa?

Carolina miró aquella mano. Era morena, fuerte y extrañamente juvenil. Sintió que el rubor le subía a las mejillas, pero no hizo movimiento alguno para apartar la

mano.

—Si cree usted que no he de ser un estorbo…

Al salir de la cabaña, ella captó la mirada de aprobación que le dirigió Hadley.

—Es usted preciosa.

Carolina se sonrojó otra vez.

—No tanto como las muchachas americanas. Yo soy demasiado baja.

—A mí me gustan las mujeres pequeñas —contestó él—. Un hombre se siente más protector cuando tiene al lado a una mujer pequeñita.

Ella sacó el tubo de crema antisolar y empezó a aplicársela.

—Me quemo en seguida.

—En cambio, mi piel parece cuero. Nunca consigo quedar bronceado. Solo me pongo encarnado.

—Lástima que no haya un poco de sombra.

—Hay una sombrilla en la cabaña. Se la traeré. Carolina lo observó mientras iba por la sombrilla. Sabía que andaba en los cincuenta y pico, pero el cuerpo musculoso y el paso ágil lo desmentían. A pesar de tener más o menos la edad de su padre, parecía mucho más joven.

Hadley abrió una gran sombrilla; clavándola en la arena, y se sentó a su lado.

—¿Está así mejor?

—Mucho mejor.

Y sonriendo añadió, mientras le tendía el tubo de crema:

—Le voy a pedir otro favor. ¿Quiere ponerme crema en la espalda? Yo sola no alcanzo.

Los dedos de Hadley eran suaves, y Carolina cerró los ojos complacida. De repente oyó la pregunta y, a pesar de su particularidad, no la cogió desprevenida.

—¿Le ama?

Se quedó sin saber qué decir.

—¿A quién? —preguntó estúpidamente.

—A Dax —respondió él con aspereza—. A su marido.

Después de unos segundos de silencio, ella preguntó en tono de reproche:

—¿Es por eso por lo que no salió a navegar con los otros?

—Sí; pero aún no ha contestado a mi pregunta.

—No tengo por qué contestarla.

Hadley le tomó una mano.

—Bien, ya es una respuesta. ¿Y cuánto tiempo seguirá aguantando esta situación?

Carolina bajó los ojos, mirando la mano de él.

—Hasta que se acabe —susurró.

—Se acabó hace tiempo. Pero ninguno de los dos se atreve a admitirlo.

—No es culpa suya —afirmó vivamente Carolina—. Es mía. Mi naturaleza no

está bien.

—Su naturaleza está perfectamente.

—No, no lo está. Durante la guerra los nazis me torturaron. Desde entonces… he dejado de ser una mujer.

Hadley le cogió la barbilla.

—Míreme.

Lentamente lo miró, viendo un rostro tranquilo, casi impasible.

—Lo que usted quiere decir es que no es mujer para él. Esto no significa que no pueda serlo para el hombre adecuado.

Las lágrimas empezaron a caer silenciosamente por las mejillas de Carolina.

—Intenté ser una mujer para él. Lo intenté, se lo aseguro. Pero no pude —miró hacia otro lado y murmuró—: Me temo que no podré serlo para nadie.

—¿Cómo lo sabe? ¿Ya lo ha probado?

Carolina le miró intensamente, y las lágrimas dejaron de fluir como por encanto. De repente sintió como si retrocediese a la muchacha que fue, y como si él pudiera leer en su mente y en su corazón y no se le ocultase ningún secreto.

—¿Va a hacer ese estúpido viaje a Hollywood con él? —preguntó con cierta acritud.

A ella le pareció que la estaban volviendo del revés.

—Lo… lo prometí.

—¿Va a hacerlo? —repitió.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Mañana me voy al norte. Quiero que se reúna conmigo allá.

Carolina respiró hondo.

—Si quiere correr una aventura conmigo, le advierto que se va a llevar un desengaño.

Hadley no respondió.

—Y si insinúa que me convierta en su amante, no lo soportaría. Nunca he sido buena para los disimulos.

—Antes de todas esas conclusiones, debe probarse a sí misma que es una mujer.

Entonces le acercó el rostro con delicadeza y la besó. Ella sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo, y una pequeña sensación, como si flotara en el aire. Cuando se separaron tenía los ojos velados.

—No lo sé —murmuró turbada.

Sin embargo, lo sabía. Aquella tarde le dijo a Dax que se iba a Nueva York y que él se podía ir solo a Hollywood.

siete

—Ya tengo suficientes barcos —exclamó Abidijan en tono enérgico—. Si crees que es una buena inversión, cómpralos, y paga el almacenaje también. Yo no veo el negocio.

Marcelo observó a su suegro, quien le miró agresivamente.

—Puede que lo haga.

—Pues si lo vas a hacer, dime una cosa: ¿con qué vas a pagar?

Marcelo no respondió.

—Bien, pero no acudas a mí para eso. Conozco de sobra tus grandes proyectos. Ya tuve suficiente con el negocio del azúcar.

Marcelo se levantó airado y le replicó:

—Usted sabe que no perdió ni un centavo.

Y era cierto. No solo no habían perdido el dinero, sino que los dos obtuvieron más tarde un considerable beneficio.

—¿Pero cuánto tardó? —gruñó Abidijan—. Tengo otros sitios mejores donde colocar mi dinero, en vez de invertirlo en unos problemáticos barcos que aún no sé para qué van a servir.

—De acuerdo. Pero recuerde que vine primero a usted.

—Lo recordaré —respondió Abidijan, añadiendo irónicamente—: ¿Por qué no se lo pides a tu buen amigo Hadley? Podría prestártelo de los beneficios que obtuvo gracias al monopolio que le conseguiste de los productos de Corteguay. No me dolería demasiado que por tu culpa perdiera algún dinerito.

A despecho de la ira que le dominaba, Marcelo no pudo menos que sonreír. De todos era bien conocida la aversión que se tenían los dos financieros. Hadley era el gran competidor de Abidijan, quien se le adelantó en un acuerdo con los griegos, pero Hadley le pisó otro negocio, y así sucesivamente, fastidiándose el uno al otro continuamente.

Abidijan, que captó la sonrisa de Marcelo, perdió la suya, y levantándose de la mesa se le acercó.

—Te estoy hablando como un padre. ¿Para qué necesitas más dinero? Ya tienes bastante. Y tienes una mujer y tres hermosos hijos, y algún día, cuando yo falte, tendrás todo esto —dijo extendiendo la mano en derredor.

«Seguro, pensó sarcástico Marcelo; a quien pertenecerá será a Ana y a sus hermanas; incluso a mis hijos, pero no a mí.» Sin embargo, trató de emplear un tono amable cuando respondió.

—Ya lo sé, padre. Pero usted ha sido joven también y me comprende.

—Es verdad —admitió su suegro pasándole una mano afectuosa por la espalda—. Pero aún eres joven. No tengas tanta prisa, te queda mucha vida por delante.

Marcelo salió del despacho de Abidijan y volvió al suyo. Al entrar, su secretaria le informó:

—*Mister* Rainey llamó cuando usted estaba fuera. Tengo el número de la centralita de Dallas.

—Llámele.

Marcelo se sentó a su mesa y miró pensativo los papeles. Cogió uno y lo estudió. Era una hoja mimeografiada en papel de mala calidad, cuyo encabezamiento rezaba: Excedentes del Gobierno, y a continuación seguía una lista de partidas de material de guerra que el gobierno deseaba vender. Hacia la mitad de la lista, una de las partidas aparecía encerrada en un círculo azul. Veinte petroleros de clase Victory II.

Dejó esta hoja y cogió otra cuyos apartados eran iguales; lo único que variaba era el número de petroleros, que ahora eran cinco, y el lugar de la venta. Dejó los dos folios junto con los otros y se quedó pensativo. En total, había ciento treinta a la venta, y ya era la tercera vez que el gobierno los sacaba a subasta; si no se vendían los convertiría en chatarra, puesto que tenía todos los puertos llenos de restos de guerra.

Marcelo contempló irritado el montón de informes. Su suegro era tonto. También los griegos. Preferían buques de carga. Ahora que la guerra había terminado, ya no habría tanta demanda de petróleo como antes, y ahora se dedicaban a cargas mucho más provechosas.

Se oyó el teléfono y Marcelo descolgó.

—Campion al habla.

—Cay Rainey —respondió el otro con una especie de excitación a pesar de su perezoso acento tejano—. Estaba usted en lo cierto. Me he podido enterar de los resultados de las prospecciones geológicas y es seguro que hay un enorme yacimiento de petróleo frente a Venezuela, y según parece se extiende a lo largo de todo el continente.

—¿De Corteguay también?

—Hay muchas posibilidades de que sí.

—¿Y de lo otro?

—Están interesados, pero no quieren comprometerse hasta que no les aseguremos el transporte. Abidijan y todos los griegos encontraron los costos muy altos.

—Ya veo.

De nuevo volvió a vacilar, como en el asunto de Macao. Con dos cartas que le representaban cada una una fortuna, y sin saber si la próxima que saldría lo llevaría a la ruina. Sin embargo, eran estos peligros, la incertidumbre y la aventura lo que le atraía como un imán irresistible.

Quizá su suegro tuviera razón y realmente ya tuviese suficiente dinero acumulado, aunque a despecho de estos pensamientos, respondió:

—Dígales que les garantizo el transporte.

—Pero querrán comprobar en qué consiste esta garantía.

—Le llevaré una lista de los barcos que vamos a emplear cuando vaya pasado mañana.

Colgó el teléfono y después de reflexionar unos instantes llamó a su secretaria. Cuando entró le tendió el montón de papeles.

—Busque el número de todos los agentes de estos excedentes del gobierno —ordenó.

—Sí, *mister* Campion.

—Espere un momento. Antes póngame con el consulado de Corteguay. Deseo hablar con *mister* Xenos.

La secretaria salió y al cabo de unos instantes le dijo por el teléfono interior.

—*Mister* Xenos no está en Nueva York; no saben dónde está.

Marcelo se quedó unos instantes pensativo. Dax no podía estar muy lejos, pues la noche anterior había visto a Carolina en el Morocco con un grupo en el que estaba James Hadley. Aunque su intención era ir a saludarla, algo ajeno a su voluntad lo impidió. Ahora, cambiando de teléfono, llamó a casa de De Coyne, donde Dax tenía su apartamiento. Contestó un mayordomo.

—¿Está *mister* Xenos en casa? Soy *mister* Campion.

—No, señor.

—¿Y *madame* Xenos?

—*Madame* Xenos salió anoche para Boston, señor.

—¿Fue *mister* Xenos con ella?

—No; él está en Hollywood. Puede llamar a *madame* Xenos al Ritz de Boston.

Marcó el número del Ritz una vez se lo dio la secretaria.

—La señora Xenos, por favor.

—¿Quién llama? —preguntó una voz de hombre.

—Campion.

Oyó como dejaban el auricular. Pese a la distancia, captó el eco de dos voces, una de hombre y la otra de mujer.

—¿*Alló*, Marcelo? —En la voz de Carolina había una nota tensa.

Marcelo le habló en francés.

—Lamento molestarla, pero necesito ponerme al habla con Dax. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Está en casa de *monsieur* Spiedel, en Beverly Hills. ¿Ocurre algo malo? —preguntó en el mismo tono de antes.

—No; se trata solo de negocios. Pero necesito hablar con él.

Después de unas frases corteses colgaron. No fue hasta más tarde, hablando con el agente de los excedentes de Filadelfia, cuando recordó lo que le había sorprendido, olvidándolo al hablar con Carolina. Se quedó tan asombrado que perdió el hilo de la conversación con el agente. La voz que oyó hablando con Carolina antes de que ella le contestase, era inconfundible. No había otra con aquel acanto mezcla de irlandés y de bostoniano. Era la voz característica de James Hadley.

Cuando terminó de hablar con Filadelfia había cerrado el trato de compra de cinco buques cisterna. Encargó a su secretaria que le aplazara unos minutos la conferencia siguiente. En el intervalo telefoneó a un detective privado que tiempo atrás le hizo un trabajo muy especial… Y a las seis de la tarde Marcelo tenía ya en sus manos toda la historia.

Habían sido muy imprudentes. Casi no se cuidaron de disimular sus relaciones. Hadley incluso la instaló en la *suite* que su oficina tenía reservada en el mismo hotel para uso privado de la Compañía.

Sin embargo, no era solo este informe lo que tenía a aquella hora de la tarde, sino los ciento treinta petroleros tipo Liberty 2, y a pesar de haberlos comprado a un precio muy ventajoso, tenía que abonar el cincuenta por ciento de su coste, seis millones y medio de dólares, la tarde del día siguiente.

Al otro día, en Boston, Marcelo estaba de pie en el despacho de Hadley, quien entró y le dijo en seguida:

—Casi le esperaba.

Esto era lo que más admiraba Marcelo de aquel hombre. La sangre fría con que sabía afrontar toda clase de situaciones. En cierto modo, tenía algo de jugador, como él.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—*Madame* Xenos volvió a Nueva York anoche.

—Querrá decir esta mañana —corrigió, viendo la trampa.

No hubiera sido un buen francés si no conociera a la perfección la técnica de las aventuras. No hay nada que pueda impedirnos pasar la noche con alguien que nos interese.

Hadley se sentó a la mesa con una rara palidez en su bronceado semblante.

—Ella está todavía en el hotel.

—Esto es asunto suyo —respondió Marcelo tranquilamente—. Yo he venido para discutir el mío.

ocho

Cal Rainey, un tejano delgado y alto que esperaba a Marcelo, se adelantó hacia él con la mano tendida cuando le vio que cruzaba la verja del aeropuerto.

—Bienvenido a Dallas, *mister* Campion.

—Encantado de verle de nuevo, *mister* Rainey. Lamento llegar con retraso, pero asuntos importantes me entretuvieron en Boston.

—Muy bien, *mister* Campion. Están resueltos todos los problemas, y en cuanto le entreguen su equipaje saldremos para el rancho de *mister* Horgan en su avión particular; lo ha puesto a nuestra disposición.

Marcelo se sorprendió, diciendo:

—Creí que nos reuniríamos en Dallas, y le dije a un amigo mío que viniera desde Los Ángeles a vernos aquí.

—No importa, *mister* Campion. *Mister* Horgan dice que cualquier amigo de usted será bien recibido en su rancho. Mandaremos el avión a recogerlo. ¿Cuándo llega?

—Hacia medianoche —respondió mirando el reloj—. Solo faltan dos horas. ¿Podríamos esperarlo?

—Como usted quiera, *mister* Campion. Entonces, vámonos a tomar algo al bar.

El jefe de camareros les atendió.

—Buenas noches, *mister* Rainey. ¿Lo de costumbre?

—Sí —respondió Rainey, y consultó con una mirada a Marcelo.

—Pastis —pero al ver la sorpresa de Rainey, aclaró—: Pernod y agua.

Después de servirles el camarero, le preguntó al tejano:

—Ahora dígame exactamente cómo se han llevado a cabo los acuerdos.

Rainey bebió un trago y le informó.

—*Mister* Horgan consideró más conveniente que las conversaciones fuesen en su rancho, donde también están las otras partes interesadas. Dallas aún es una ciudad pequeña y las noticias corren en seguida.

Marcelo sonrió. Una de las cosas que tenía aprendidas era que no había secreto que, por bien guardado que se tuviese, no llegara a descubrirlo el que se interesase de verdad. Pero ninguna precaución sobraba. Cuantas menos personas lo supieran, mejor. Bebió paladeando su Pastis, como si se desquitase del cansancio que sentía tras un viaje tan largo. Luego preguntó:

—¿No hay ningún teléfono por aquí? Quisiera llamar a mi casa.

—Hay una fila de cabinas ahí fuera, junto a la puerta.

Ana se quedó muy sorprendida al oírle.

—¿Qué estás haciendo en Dallas? Creí que estabas en Boston.

—Un asunto imprevisto me obligó a tomar el avión precipitadamente, y no tuve tiempo de llamarte.

No podía decirle a Ana la verdad, pues habría corrido a contárselo a Amos.

—¿Cómo están los niños?

—Las mellizas bien, pero me parece que el pequeño tiene un resfriado.

—¿Has llamado al médico?

—¿Para qué? Solo es un resfriado.

Marcelo puso cara de fastidio. A pesar de su riqueza el padre le había inculcado su avaricia. Ana era tan tacaña en cuestiones hogareñas como su progenitor.

—Si tiene fiebre llama al médico.

—No tiene —respondió ella en tono hosco—. De todos modos lo he alejado de las niñas.

—Bien.

Marcelo se quedó sin saber qué más decirle.

—¿Cómo está el tiempo? —preguntó.

—Llueve. ¿Cuándo volverás?

—A mediados de semana.

—¿Dónde se te puede llamar si papá quiere hablar contigo?

Marcelo dudó antes de contestar.

—No estaré fijo en ningún sitio. Dile a tu padre que le iré llamando. Y a ti también.

Marcelo volvió preocupado al bar. Estaba seguro de que en aquel momento Ana ya telefoneaba a su padre y le contaba lo que él le había dicho. Era mucho mejor no estar en Dallas, pues no le habría costado mucho a su suegro averiguar el motivo de su estancia allí. Así, cuando Amos se enterase de todo, ya sería demasiado tarde para intervenir.

—Aquello de la izquierda es la casa del rancho —les dijo el piloto—; y el campo de aterrizaje está dos kilómetros más allá.

Marcelo miró por la ventana, pero con la noche cerrada, apenas pudo distinguir el bloque de lo que le pareció una casa poco alumbrada. Seguidamente se puso el cinturón de seguridad.

Contempló a Gato Gordo sentado a su lado, que dormía tranquilamente con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento; frente a él estaban Dax y Giselle d'Arcy, y Rainey ocupaba el asiento cercano al piloto, en el Bonanza de seis plazas de Horgan.

Debió haber sido más explícito por teléfono, pero no se atrevió. Quizás era mejor que hubiese venido Giselle. Así la empresa tenía el cariz de un fin de semana corriente y desorientaría a los posibles suspicaces.

El piloto apretó un botón del tablero de mandos, e inmediatamente se encendieron las luces del campo.

—Señales dirigidas por radio —informó lacónico el piloto—. Así se ahorra un hombre de guardia toda la noche.

Empezó a virar y preguntó:

—¿Se han sujetado los cinturones?

Sintieron el suave choque de las ruedas contra el suelo, y poco después avanzaban despacio hacia el hangar. El piloto aparcó el avión en el sitio debido antes de quitar el contacto, y dijo en voz alta, debido a la costumbre de hablar entre el ruido de los motores:

—Dentro de unos minutos vendrá un coche para llevarlos al rancho. Espero que hayan tenido un buen viaje.

Mientras bajaban del avión llegó el coche, una ranchera, cuyo chófer era un tejano muy delgado con el sombrero de la región.

—Bienvenidos al rancho Horgan, señores —dijo—. Suban y tomen un trago mientras yo recojo los equipajes.

Marcelo siguió a los otros al coche, viendo que detrás del asiento del chófer había un pequeño bar. Rainey llenaba ya unos vasos.

—Ni en Hollywood he visto un coche como este —dijo Giselle.

—No es probable que vea otro igual en ningún sitio —dijo Rainey sonriendo—. Lo construyó especialmente para *mister* Horgan la casa Cadillac.

Giselle miró a Marcelo y sonrió.

—Estos americanos —dijo en francés— tienen el poder de sorprenderme continuamente.

Marcelo le sonrió e hizo un expresivo encogimiento de hombros. Él pensaba igual.

Marcelo oyó una suave llamada a la puerta de su habitación cuando salía de la ducha.

—¿Quién es?

—Dax.

Dax entró en el cuarto de baño y le dijo:

—Tenemos que hablar. ¿Qué es eso tan importante para lo que se me ha hecho venir?

Marcelo sacó un paquete de cigarrillos, y ofreció uno a Dax, y los dos se pusieron a fumar en silencio; seguidamente Marcelo fue a la puerta, la abrió y miró afuera. Seguro de que nadie les escuchaba, dijo en voz baja:

—Petróleo marino.

—¿Qué? —Dax preguntó sorprendido.

—En el mar —añadió Marcelo—; en el Golfo de México. Frente a las costas de Texas y Louisiana. Han encontrado petróleo en el lecho del océano.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros?

—Horgan tuvo la idea, pero los otros se echaron atrás. Entonces, irritado, envió un equipo de geólogos a Venezuela, y han vuelto diciendo que es casi seguro que hay un gran yacimiento.

—Los periódicos no han dicho nada. Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Por el capitán de uno de mis barcos. Fletaron un buque de carga y como la paga era muy buena, la admitió. Los otros intentaron disimular la naturaleza de las investigaciones, pero el hombre, que no es tonto, pronto se enteró, y me lo dijo. Yo avisé a Rainey, y a los dos días Rainey me lo confirmó. Por eso estamos aquí.

—¿Pero qué represento yo?

Marcelo le miró.

—¿No lo entiende? La bolsa de petróleo se extiende probablemente a lo largo de la costa, y el único país sudamericano que no ha concedido ninguna exclusiva sobre explotaciones mineras es Corteguay.

Dax se quedó mirando su cigarrillo.

—Ya… Entonces, ¿quiere concesiones mineras?

—¿Y qué haría yo con ellas? —exclamó Marcelo—. No negocio en petróleo. Eso es para Horgan y sus socios. Lo que yo quiero es la exclusiva del transporte del petróleo, no solo del que hallen en su país, sino de todos los pozos que tengan en el mundo. De momento les interesa conseguir la concesión de Corteguay.

—Pero el Presidente no es tonto. Sabe que una concesión de esta clase vale mucho.

—Obtendrá lo mismo de Horgan que de cualquier otro. Además, hay otra ventaja: si accede a colaborar conmigo, yo seré quien pondrá la línea de barcos a disposición de su país, y de hecho pertenecerá a Corteguay. Ni Hadley, ni Abidijan, ni De Coyne, ni los griegos. Solo nosotros tres.

Dax hacía mucho tiempo que había pasado la edad de las ilusiones, y su mundo era muy diferente del mundo en que su padre creyó. Todos estos robos organizados solo servían para hundir más al pueblo, que era el que a la larga sufría las consecuencias. No veía más que un punto oscuro en todo aquello.

—¿De dónde sacará los barcos?

Marcelo sonrió y le dijo:

—Ayer concluí un acuerdo con el gobierno sobre los excedentes de guerra. Me he quedado ciento treinta petroleros.

Dax sacudió la ceniza del cigarrillo mientras calculaba aproximadamente su coste.

—¿Y qué hará con esos petroleros si no se firma el trato? Marcelo cogió otro cigarrillo, lo encendió antes de responder, y con la cerilla en la mano, dijo en tono sombrío:

—Me pegaré un tiro. Si no hago el negocio, no tengo otra salida.

nueve

Poco después de las siete de la mañana, con una vieja camisa y un par de deslucidos pantalones tejanos, Dax bajó de su habitación, pasó por el comedor y entró en la cocina. Ninguno de los huéspedes había bajado todavía. Gato Gordo apareció en el umbral, y le dijo a Dax, sin acabar de comerse el bocado que tenía en la boca:

—Entra; esta cocinera sabe su oficio.

Halagada, la mejicana sonrió.

—Luego —dijo Dax—. Pensaba probar antes algunos de los famosos caballos de aquí.

—Ha estado bueno el desayuno. Mil gracias —le dijo Gato a la cocinera.

—De nada.

Gato Gordo siguió a Dax, preguntándole:

—¿A qué hora se come aquí? Con una cocinera como esa no se puede llegar tarde.

—A las doce.

—Bueno, no me retrasaré.

Salieron de la cocina cuando ya el sol se empezaba a notar. Gato Gordo, viendo lo claro que se presentaba el día, dijo:

—Hoy hará calor.

Dax siguió andando hasta los establos, detrás de la cocina. En el potrero había una hermosa yegua sin domar a la que tres mozos trataban de ensillar desde fuera de la valla, pero cada vez que sentía una mano en el lomo huía resoplando y coceando.

—Es muy nerviosa esa yegua, ¿no? —dijo Gato Gordo.

Los mozos se miraron y no le contestaron, y uno de ellos si guio intentando detener a la yegua.

—¿Por qué no le tapan los ojos?

Les miraron sin hacerles caso.

—Podemos coger algún caballo y salir a dar una vuelta, ¿verdad? —propuso Dax, Uno de los mozos se fijó en la vieja camisa y en los pantalones de Dax y respondió desdeñoso:

—*Mister* Horgan no permite que los criados mejicanos ensillen ningún caballo.

Gato Gordo miró rápidamente a Dax, el cual, conteniéndose, preguntó, señalando a la yegua:

—¿Ni ese?

Los tres mozos se miraron riéndose entre sí, y uno de ellos contestó:

—Si consigues ensillarlo… sí.

—Gracias —dijo amablemente Dax. Apoyó las maños en la barra y saltó por encima de ella.

Gato Gordo intentó pasar por entre los barrotes, pero su gordura se lo impidió, y al apartarse de la valla vio la mueca burlona de ellos. Irritado, trató de subir encaramándose, y al poner el pie en el barrote de abajo, este se rompió debido a su peso. Las carcajadas se oyeron desde la cocina.

—Será mejor que entre por la tranquera, ¿no? —dijo con una plácida sonrisa.

La abrió en el acto diciendo:

—Esas vallas las harían para que pudieran saltarlas los niños, ¿no?

—No son para hombres tan rechonchos, mex —le contestó el más joven.

—No soy mejicano, señor —le replicó Gato Gordo en tono grave—. Soy de Corteguay.

—Es lo mismo —le contestó otro—. Todos ellos países pringosos.

Gato Gordo se volvió hacia él. En sus ojos brillaba una lucecita peligrosa. Dax le ordenó secamente:

—Coge la silla, Gato Gordo.

Gato la cogió sin contestar y Dax fue acercándose a la yegua. El mozo que había dado la silla a Gato Gordo cogió un lazo y empezó a enrollarlo con la mayor cachaza. Dax cogió un cabo del ronzal que colgaba del cuello de la yegua y les dijo a los mozos:

—Sepárense de la valla. Están poniendo nervioso a ese animal.

Le obedecieron, y Dax empezó a hablar en español a la yegua, sin levantar la voz, casi arrullándola.

—¡Qué bonita yegua eres…!

«Yeguas y mujeres…, son lo mismo. A todas les gusta que las mimen.» Y siguió hablándole como si fuese una niña, hasta que la yegua se apaciguó y se dejó acariciar la cabeza sin rechazarle. Dax hizo una seña a Gato Gordo, y antes de que la yegua pudiera reaccionar ya estaba ensillada y cinchada y con Dax encima.

Se quedó un segundo quieta al sentir su peso, y de repente corveteó, dando unos pasos, tratando de desmontar al jinete. Dax resistió, sin dejar de hablarle en el mismo tono. La yegua recorrió el potrero corcoveando, se detuvo en seco y empezó a caracolear, y al ver que no lograba librarse empezó a recular violentamente, empinándose una que otra vez, piafando y relinchando… Finalmente se detuvo, temblándole las patas y jadeando. Dax le acarició la crin, hablándole en voz baja, suavemente…, y la sacó del potrero.

Luego la paró delante de los mozos y, saltando ágilmente a tierra, les dijo:

—No la teman ya; es como una oveja.

Le miraron con despecho.

—¿Nos estás llamando cobardes? —le preguntó hostilmente el que había enrollado el lazo.

Dax le miró con desdén y sin responderle le volvió la espalda para ocuparse de

nuevo del animal. En el acto la cuerda corrediza silbó en el aire y le rodeó los hombros, apartándole bruscamente de la yegua. El violento tirón casi le hizo perder pie, pero afirmándose como pudo logró recuperar el equilibrio.

El del lazo, mientras, sonreía.

—¿Sigues diciendo que yo y mis amigos somos cobardes?

Dax vio que Gato Gordo se adelantaba, y con un ademán lo detuvo. El mozo del lazo, creyendo que el ademán de Dax se debía al miedo tiró nuevamente de la cuerda. Dax dio un traspiés, cayó de rodillas y fue a dar de bruces en tierra.

En aquel momento llegaron Marcelo y Horgan, con los otros invitados, y Marcelo, al ver lo que sucedía, y recordando con angustia lo que ocurrió en Ventimiglia, exclamó:

—Detenga a sus hombres, *mister* Horgan. No saben con quién juegan.

Horgan rio entre dientes. Era corpulento y tenía un sentido del humor muy tejano.

—No se preocupe. Mis muchachos saben defenderse. Se están divirtiendo. Les gusta hacer rabiar a los bisoños.

Marcelo miró a su anfitrión. Horgan contemplaba sonriente lo que ocurría en el local. Resignado a lo peor, Marcelo se encogió de hombros.

Gato Gordo se hallaba apoyado contra la valla, y los mozos rodeaban ahora a Dax, que seguía en el suelo. El tipo del lazo le miró y tiró bruscamente de la cuerda. La sonrisa burlona que animaba su rostro se convirtió en una mueca de sorpresa cuando vio que la cuerda se le escapaba de las manos al tiempo que lanzaba un rugido de dolor. Dax, de un certero golpe en la rodilla con el canto de la mano se la había fracturado. Todavía no había dado con sus huesos en el suelo, cuando ya Dax, levantándose, tenía al otro fuera de combate de un golpe propinado con el brazo rígido en la caja torácica. A pesar de hallarse a unos seis metros de distancia, Horgan y sus acompañantes oyeron el crujido de las costillas al romperse. Dax empezaba a erguirse en el momento que el tercer bravucón se situaba a sus espaldas. No pasó de ahí, pues Gato Gordo lo había agarrotado con parte de la cuerda y estaba zarandeándolo con el mismo entusiasmo que un terrier a una rata.

—¡Gato Gordo! Basta ya —ordenó Dax, tajante.

Gato se detuve a regañadientes.

—En mi país, señores —les espetó Gato Gordo con desprecio—, hasta los niños saben defenderse mejor. En la jungla no sobrevivirían ni un día.

Dax, observando el nervioso jadeo de la yegua y sus continuos relinchos, le dijo a Gato:

—Abrévala; tiene sed.

Gato Gordo obedeció, y siguió con la misma dócil expresión cuando vio a Horgan y a sus acompañantes entrando en el potrero.

—Buenos días, señores —saludó cortésmente.

Marcelo entró en la habitación con un fajo de papeles bajo el brazo.

—Espero que no les habré hecho esperar mucho, caballeros.

—No, *mister* Campion —dijo Horgan cerrando la puerta—. Si está preparado podemos empezar ahora.

Marcelo asintió observando el aspecto de cada uno. Allí estaban Dax, Rainey, Horgan y sus dos socios, Davis y Landing, ambos poseedores de pozos de petróleo muy conocidos. Cada rostro era inexpresivo; sin embargo, sabía cada uno la posición del otro, y esperaban que Marcelo expusiera la suya. Marcelo aspiró profundamente.

—Les voy a hablar francamente, señores. Sé que ustedes se estarán preguntando cómo me pude enterar de que efectuaban investigaciones petrolíferas, y eso posiblemente les ha inducido a sospechar que puede haber una fuga era la organización. Desechen sus temores porque no hay nada de esto. Lo que ocurre es que el barco que alquilaron es mío.

Horgan miró a sus socios.

—¡Caray!

—¿Es que no pensó nadie en asegurarse de quién era el propietario del barco?

Marcelo sonrió.

—No hubieran logrado nada. El barco está inscrito a nombre de su capitán. Al día siguiente de enterarme de que ustedes buscaban petróleo me puse en comunicación con *mister* Rainey, y al mismo tiempo encargué a mis abogados en el Instituto de Mineralogía de Washington que se enteraran de qué países de América del Sur tienen concedidas licencias para la explotación del petróleo submarino. Al cabo de pocos días supe que las concesiones estaban en poder de las compañías más importantes, las cuales controlan hombres como Huny, Richardson, Getty y Murchinson. También me enteré de que estos individuos obran independientemente y que no forman parte del sindicato de ustedes.

Encendió un cigarrillo y añadió:

—Mis abogados me informaron de que el único país que no ha hecho ninguna concesión en este sentido es Corteguay; *mister* Rainey me confirmó que sus investigadores encontraron trazas de petróleo en aquel sector, y mi departamento de tráfico proporcionó un informe de sus futuras necesidades navieras. Fue entonces cuando *mister* Rainey se puso en contacto con ustedes informándoles de mi propuesta.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Marcelo cuando terminó diciendo:

—Ahora, señores, ya lo saben todo.

Horgan calló un momento, miró a sus asociados y repuso:

—Gracias, *mister* Campion. Yo también hablaré con franqueza. No veo con exactitud lo que usted desea. Porque, ¿quién nos impide que negociemos con Corteguay sin su intervención?

Marcelo echó una mirada a Dax y respondió:

—Nadie. Todo el mundo puede negociar con el país. Pero una cosa es un trato

sobre las bases que yo propongo y la otra competir en mercado abierto.

—¿Sugiere que nos resultará más barato negociar con usted?

Dax intervino:

—Creo que debo responder yo. Ustedes pagarán lo mismo, quizás un poco más; pero obtendrán la concesión.

Horgan sonrió diciendo:

—Entonces, no veo las ventajas. Usted y *mister* Campion han olvidado que es muy probable que no haya petróleo, y no solo resultará inútil la concesión, sino que quedaremos ligados por un contrato naviero a favor de *mister* Campion.

—Pero de todos modos usted necesita petroleros, Horgan —replicó Marcelo—, y yo le llevaré la carga por un cuatro por cierto menos que las otras compañías.

—Quizá —admitió Horgan—, pero si no podemos arreglarlo directamente con Corteguay, presiento que nos conviene más confiar en el mercado libre. Hemos de tomar nuestras precauciones.

Dax miró a Marcelo a través de la mesa, y aunque vio que estaba impasible, él, que lo conocía bien, se dio cuenta de lo pálido que se había puesto. Entonces se levantó, aburrido por los manejos y el tira y afloja de aquellos hombres tan poderosos y seguros de sí mismos.

—No es necesario que tome ninguna precaución, *mister* Horgan.

El tejano lo miró asombrado.

—¿Qué quiere decir, *mister* Xenos?

—Que nunca obtendrá la concesión en el mercado libre.

Horgan se levantó de un salto.

—¿He de entender que usted, señor, lo va a impedir?

—De ninguna manera —y sonriendo fríamente, sin vacilar, añadió—: Una vez hayamos regresado a nuestro país, yo no puedo evitar que mi amigo hable. ¿Y de veras cree usted que cuando Gato Gordo cuente la historia de la agresión de que fuimos objeto por parte de su gente, insultándonos y atacándonos, sin que usted les llamara al orden, mi gobierno estará dispuesto a concertar con usted acuerdo alguno?

—Pero solo estaban bromeando —protestó Horgan.

—¿Sí, eh?

Horgan se sentó, miró con pesimismo a sus socios, y luego a Dax. Poco después le dijo a Marcelo.

—Está bien, *mister* Campion. Trato hecho.

Marcelo clavó los ojos en Dax, quien le miró con maliciosa expresión. Entonces comprendió que había sido una maniobra para defenderle, y desviando la mirada para que no advirtiesen su satisfacción, murmuró:

—Gracias, caballeros.

Y así empezaron las Líneas Campion, que en menos de diez años se convertirían en la flota privada más importante del mundo.

diez

—¿De modo que todo ha terminado entre los dos? Giselle miró a Sergei con expresión de seguridad.

—*Oui* —y agregó—: Es extraño, pero después de tantos años una se da cuenta de que lo que amábamos ya no pertenece a la persona que nos enamoró —y cogiendo un cigarrillo añadió—: Dax ha cambiado.

Sergei se inclinó sobre la mesa encendiéndole el cigarrillo mientras hacía una seña con los ojos al camarero para que les trajera otras copas.

—Todo el mundo cambia. No hay nada ni nadie que permanezca inmutable.

—Le dejé en Texas —continuó Giselle, como sí no le hubiera oído—. Comprendí que ya no podía seguir allí más tiempo, y que lo que más deseaba era volverme a casa, a París. Ya he visto bastante en América y no pienso volver.

—¿A Hollywood tampoco?

—No. Aquí soy una actriz; allí no me consideran más que como un símbolo del sexo. Algo así como las postales que se llevan de recuerdo de Pigalle.

—¿Qué dijo Dax?

—Nada. ¿Qué podía decir? —sus negros y expresivos ojos se clavaron en él—. *C'était la fin*. Sin embargo, me dio la impresión de que ni siquiera le importaba. Esto fue quizá lo más duro: admitir que no le importaba.

Bebió un sorbo del combinado, y agregó:

—Estaba con aquellos hombres tan desagradables, que solo hablaban de dinero, de petróleo y de barcos. Una tarde entré en la sala donde discutían, y Dax ni siquiera levantó la cabeza. Me pareció que le veía por primera vez. Y entonces pensé en los hijos que hubiéramos podido tener y no tuvimos, y en lo que habríamos podido hacer y no hicimos, y sentí un inmenso deseo de tener un hijo y vivir la vida que ya no podía vivir.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y, sin mirar a Sergei, continuó en voz baja:

—Una vez, cuando conocí a Dax, pensé que lo lograría después de la guerra, cuando las cosas se hubieran normalizado, y creí que él pensaba como yo. Sin embargo, aquella noche me di cuenta de que me había equivocado. Que todo lo que ansiaba de mí, ya lo tenía, y que todo lo que era capaz de darme, ya me lo había dado.

Guardó silencio unos instantes y murmuró:

—No es demasiado tarde para mí, ¿verdad, Sergei? Soy todavía joven y capaz de amar a un hombre y de tener hijos.

Después Sergei la acompañó hasta un taxi. Luego, viendo que no quedaba ninguno más en la parada decidió caminar hasta su domicilio, a unos quince minutos de distancia, a pie.

El sofocante calor de agosto subía del asfalto y abrumaba a los escasos

transeúntes que se veían en la calle. Todos los franceses, desde el personaje más encumbrado al empleado más modesto, estaban de vacaciones, en el campo, en la playa, o, simplemente, en su casa los más humildes, con las persianas bajadas para protegerse un poco del riguroso calor. En las tiendas campeaba el elocuente rotulito: *Fermeture armuelle*.

Perezosamente se preguntó qué estaba haciendo él en París. Sin embargo, sabía muy bien la respuesta: como siempre, carecía de dinero.

Bernstein, el banquero suizo, se lo había dicho de una forma escueta:

—Usted no tiene cabeza para los negocios, joven amigo. Aunque tuviera un ingreso de cincuenta mil libras en vez de cincuenta mil dólares, siempre andaría escaso de dinero.

De esto hacía dos semanas, cuando acudió a Bernstein, a pesar de que ya llevaba gastada la asignación de Sue Ann de los próximos dos años.

—¿Qué voy a hacer, entonces? —preguntó.

El banquero le respondió con voz agria:

—Lo primero anular sus locas inversiones. El *couturier*, por ejemplo. Además de invertir en su negocio le ha estado entregando veinte mil dólares cada año… ¡para salvarle de la ruina!

—¡Pero no podía abandonarlo! —protestó Sergei asombrado.

—¿Por qué no? ¿Acaso está enamorado de ese pequeño afeminado?

—¡Naturalmente que no! Pero es un hombre de mucho talento. Algún día causará sensación. Ya lo verá. El único inconveniente es que resulta demasiado avanzado.

—Pero entonces usted ya estará en la más completa ruina.

—Lo único que necesita es alguien que lo lance.

—Eso ya lo dijo hace un año, cuando convenció a Giselle d'Arcy para que se hiciera todos los vestidos en su casa. Y no le sirvió de nada.

—Quiero decir que alguien que sea americano. Son ellos los que lanzan los estilos. Lo que aceptan, triunfa, y lo que rechazan, no.

—¿Por qué no se lo pide a su ex esposa? —preguntó el banquero.

Sergei se quedó asombrado, pues nunca había creído que Bernstein tuviera sentido del humor; sin embargo, parecía que lo dijese en serio.

—¿Sue Ann, creadora de un estilo? No. Tiene que ser otra persona. Alguien a quien los americanos hayan aceptado como prototipo de la moda.

—Entonces, abandone la empresa —arguyó el banquero—. No existe tal persona, y si existe, la viste Dior, Balmain, Balenciaga, Chanel o Magy Rouff. Además, que ninguna se prestaría a ayudar a un desconocido como usted, joven. No da prestigio comprar los vestidos en casa de un don nadie.

Sergei se puso en pie espoleado por una súbita idea.

—¡Mi título de príncipe Nikovitch! Esto las atraería.

—¿Usted cree?

—Las americanas se perecen por los títulos, y como no todas pueden casarse con

uno, al menos las halagará saberse vestidas por un miembro de la nobleza.

—Ridículo —afirmó Bernstein.

—No lo crea. Todo lo que hay que hacer es lograr la aceptación de mujeres francesas importantes. Las americanas se agregarían en seguida.

—¿Pero cómo va a atraerse a una francesa importante?

—Conozco a Carolina de Coyne…, *madame* Xenos. Carolina lo hará por mí.

—Pero está en América.

—Se la puede convencer para que vuelva.

—¿Pero cómo? Estamos en julio y todas las colecciones se han pasado ya. No vendrá nadie.

—Si Carolina viene de América, las demás vendrán aunque solo sea para ver lo que la trae aquí. Presentaremos nuestra primera colección en setiembre.

—Puede que dé resultado —dijo el banquero—. Pero ¿de dónde van a sacar el dinero?

—Me lo va a dar usted —le contestó Sergei sonriendo.

—¿Está loco? ¡Ya le he dicho que está al borde de la quiebra!

—*Madame* Bernstein se ofenderá mucho si no se la invita al primer desfile de modas de la temporada por culpa de la tacañería de su marido.

Bernstein lo miró sin poder evitar una ligera sonrisa, no obstante su habitual seriedad.

—¡Es usted un sinvergüenza sin escrúpulos!

—Exagera un poco.

—De acuerdo; le prestaré el dinero, pero con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—La primera, que me demuestre que *madame* Xenos ha aceptado, y la otra que usted se quede en París, en su *maison de couture*, hasta después del desfile.

—Acepto —afirmó Sergei a la vez que cogía el teléfono.

—¿Qué hace? —preguntó el banquero sorprendido.

—El medio más rápido para entenderse con *madame* Xenos es el teléfono. ¿O cree usted que le voy a dar tiempo para que se arrepienta?

A mitad de camino de su casa rectificó y se dirigió a la *maison de couture*. Al llegar, se fijó en las placas de metal que había a cada lado de la entrada, mientras el portero se apresuraba a abrirle la puerta inclinándose.

—Alteza…

—Esas placas brillan demasiado. Trate de ensuciarlas, para que no parezcan tan nuevas.

Subió de dos en dos peldaños la amplia escalera y entró en el salón. Los pintores y los decoradores habían trabajado duro y todo quedaba muy bien. Luego pasó al taller, donde también se trabajaba a destajo. Las pequeñas *midinettes* se afanaban

cosiendo y ordenando colecciones de vestidos mientras las modelos iban y venían, petulantillas ellas, probándose blusas algunas, y otras a medio vestir, enseñando sin el menor recato sus pequeños senos. Pero lo que más se destacaba era la agresiva voz de Jean-Jacques llegando del despacho de al lado. Por los gritos se diría que Jean Jacques se hallaba al borde de la histeria.

Sergei salió del taller y entró en una salita donde en un estrado había una modelo en manos de dos oficialas y un cortador, y, sentado a su mesa, Jean-Jacques, el modista, quien al ver a Sergei se dirigió a él lloriqueando.

—¿Qué voy a hacer? ¡Todos son unos zotes, unos estúpidos! ¡No hay manera de que hagan lo que pido! No tienen ni idea. —Dramáticamente se llevó las manos a la cabeza—. Es para volverse loco, te lo aseguro. ¡Va a darme un ataque! —Cogiendo a Sergei del brazo le señaló a la modelo—. *Regardez*! ¡Mira lo que han hecho con mi modelo! ¡Arruinarlo!

—Cálmate, Jean-Jacques —le dijo Sergei—. Explícame qué es lo que quieres. Quizá yo pueda ayudarte.

El modista se plantó ante la modelo, explicándole a Sergei:

—*Regardez*. Se trata de una idea completamente nueva para la hora del cóctel. Una serie de triángulos suspendidos de los hombros de la señorita, para dar una idea de libertad en todos los puntos importantes: el busto, la cadera, la rodilla.

Sergei se fijó en la modelo y vio que su vestido respondía a la idea de Jean-Jacques, de acuerdo con el diseño preliminar. Pero podía comprender la frustración de su amigo. El modelo, tal cual aparecía, no daría nunca la línea que Jean-Jacques había imaginado. Sergei clavó una mirada al diseño y luego a la modelo.

En la salita el silencio era absoluto. Todos estaban pendientes de Sergei. Pasado un momento este movió la cabeza como asintiendo, y se volvió hacia el diseñador.

—¡Jean-Jacques, eres un genio! Comprendo el problema y estoy seguro de que tú también te has dado cuenta del defecto.

—¿Tú crees? —preguntó el modista con una mezcla de orgullo y de confusión.

—Estoy seguro —afirmó Sergei convencido—. ¡Es esto! —Y señaló, como si acusase, las caderas de la modelo—. Aquí, donde el triángulo, según lo que tú imaginaste, debería aparecer de base, está de vértice, y resulta muy pequeño.

El modista seguía sumido en sus dudas.

—¿Tú crees?

De nuevo Sergei afirmó enérgicamente.

—Fue la palabra «libertad» lo que me lo reveló. El vestido debe tener amplio vuelo en la falda al objeto de que la dama pueda sentir, al moverse, el aire en el coño, lo que le hará recordar su femineidad—. Y sin darle tiempo al modista para que le contestase, añadió—: Y ahora he de irme corriendo al despacho, pues tengo una cita. Muchas gracias, Jean-Jacques, por haberme dado la oportunidad de admirar tu talento. —Ya cerca de la puerta agregó, mirando a las oficialas y al cortador—: Estoy seguro de que ahora todos saben exactamente lo que deseas.

Así que desapareció, Jean-Jacques dijo que tenía que hablar con Su Alteza, y salió corriendo. Las dos modistas se miraron al quedar solas.

—¿Entendiste algo de lo que dijo Su Alteza?

—Yo no; —se dirigió a la modelo—. ¿Y tú?

—¿Quién demonios comprende a quién en este oficio? —gruñó esta—. Están como cabras. —Y bajando del estrado con gesto de fastidio, añadió—: Como se me ventile un poco más mi coño, agarraré una pulmonía.

once

Irma Andersen, una rechoncha mujer que andaba ya pasada la cincuentena y cuyo rostro extrañamente mofletudo y casi cuadrado se escondía tras unas gafas con montura negra, se acercó a Sergei afectuosa.

—Alteza, cuánto me alegro de verle.

Sergei le besó la mano diciéndole:

—¿Quién resistiría a la llamada de tan renombrada anfitriona?

Irma se echó a reír. A pesar de ser grave, su voz resultaba bastante femenina.

—Sergei, es usted un grandísimo farsante. Por lo menos ha sido lo bastante sincero para no llamarme hermosa.

Puso un cigarrillo en una larga boquilla, y, mientras Sergei se lo encendía, añadió expulsando el humo por la nariz, como un hombre:

—Hacía mucho tiempo que no le veía.

—Desde mi matrimonio.

—¿Se acuerda? Entonces era corresponsal del *Cosmo-World*. No creí que se acordase. Me imagino que se estará preguntando el porqué de mi llamada.

—En efecto; estoy intrigado.

—He recibido un cablegrama de mi periódico de Nueva York. Se ha enterado de que Carolina Xenos venía a París con un grupo de amigos para asistir a la inauguración de su nuevo salón de alta costura, y me encargan que mande información.

—¿Y bien?

—¿Por qué lo mantuvo tan secreto? ¿Por qué no me lo hizo saber directamente?

Sergei se dijo que era la única forma de atraer la atención de las damas de Estados Unidos, y allí tenía el resultado que lo confirmaba. De haberlo hecho como la columnista sugería habría significado el fracaso completo. Sin embargo, contestó fingiendo modestia:

—No me atreví. Usted es demasiado importante para molestarla por una cosa tan nimia. —Cualquier cosa que tenga relación con la moda, y la alta sociedad, es importante para mí, Sergei.

—Si de tratarse de otro *couturier*…

—Por Dios, no sea usted ingenuo. No ocurre todos los días eso de que un príncipe abra una *maison de couture*.

—Usted sabe que yo no soy príncipe.

—¡Usted es demasiado franco! —exclamó Irma riendo—. Yo lo sé y usted también. Pero la inmensa mayoría de la gente no. Y desde el momento en que se casó con Sue Ann Daley, nadie lo ha puesto en duda.

—¡Es que no conocen a Sue Ann!

—Dicen que ahora anda con un jovencito mejicano muy apuesto que conoció en Acapulco; se dedicaba a divertir a los turistas arrojándose al mar desde un acantilado muy alto. Tiene diecisiete años.

Sergei sonrió.

—¡Bravo por Sue Ann! Por lo menos es joven.

Irma Andersen dejó la boquilla y preguntó:

—Me invita a su colección, ¿verdad?

Sergei fingió vacilar.

—No pensábamos convocar a la prensa…

—No me importa lo que hagan con los otros. Yo iré. Puedo serle de gran ayuda; usted lo sabe.

—Sí, claro.

—Precisamente esta mañana hablé de usted por teléfono con *lady* Corrigan, y al saber que yo le conocía demostró mucho interés en ir conmigo a ver la colección.

Sergei refrenó un gesto de triunfo. *Lady* Corrigan era una de las más ricas herederas de Inglaterra y se la consideraba como una de las damas de Europa que mejor vestían.

—Hay muchas otras señoras interesadas en visitar sus salones —añadió vivamente Irma—, nombres que le pueden acreditar mucho. Es decir, si su colección es verdaderamente original.

Y mirándole sonriendo le preguntó:

—¿No teme enfrentarse con un auditorio tan exigente?

—No —respondió él después de una ligera vacilación.

—Bien, ¿entonces…?

Él abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—De acuerdo, la invito. Pero ¿se da usted cuenta de que me veré obligado a invitar también a toda la prensa?

—No me importan los otros a quienes invite. Solo advierto que no pienso sentarme atrás, sino en la primera fila, con los clientes.

—Desde luego —aseguró Sergei—; por descontado.

—Tengo otra idea.

—¿Cuál?

—¿Por qué no me deja organizar una cena después de presentar la colección? Seríamos pocos. Solo unos cincuenta o sesenta entre lo más distinguido.

—Es una idea muy tentadora, que le agradezco profundamente. Pero si he de serle franco, hay un gran inconveniente.

—Conmigo puede ser sincero.

—No tengo dinero —declaró él—. Lo he puesto todo en el salón y en la colección.

—¿Qué está tratando decirme? He pedido informes. Sé muy bien que el banco Bernstein de Suiza está detrás de usted.

—Me han adelantado tres años de lo que me paga Sue Ann, y no creo que me presten nada más.

—¡Son una partida de imbéciles! —exclamó Irma con vehemencia—. De todos modos estoy convencida de que podremos organizar la fiesta.

—¿Y de dónde sacaremos el dinero?

—Déjeme hacer una inversión con usted. Tengo la seguridad de que ganará mucho dinero en este negocio.

—Espero que acierte. Mañana le entregaré un documento de cesión, digamos del cinco por ciento de mis acciones.

—El diez.

—Está bien, el diez.

Irma le tendió la mano, estrechándosela por encima de la mesa.

—Y ahora —dijo tirando su colilla en el cenicero—, en cuanto haya recargado esta condenada boquilla, quiero que me cuente la historia de la colección. He de entregar el artículo para el número del próximo domingo.

Sergei le encendió el cigarrillo y esperó a que ella pusiese el papel en la máquina de escribir.

—¿Qué quiere saber?

—Primero: ¿cómo fue que se interesó por la moda femenina?

Él se echó a reír, contestando:

—Es muy fácil. Como usted sabe, siempre me han interesado las mujeres.

Irma lo acompañó en sus risas.

—Pero yo diría que estaba más interesado en desvestirlas que en vestirlas, ¿no es cierto?

Sin embargo, recuperando la seriedad, objetó ella:

—Esto es muy divertido, pero no es adecuado para un periódico destinado a la familia media americana. Necesito algo más, que se preste a la controversia, pero que no sea demasiado atrevido.

Sergei se quedó unos momentos pensativo.

—¿Qué le parece si atacamos un poco el *new look*? Casi nadie se atreve con él.

—Lo encuentro acertado, ¿y qué vamos a decir?

—Por ejemplo, que esa moda se creó para las mujeres feas, y que el resultado ha sido que todas tengan el mismo aspecto. En cambio, mi colección se aparta totalmente de esa tendencia. Precisamente se ha creado para las mujeres hermosas. Las…

—¡Espere un minuto! —le interrumpió ella—. ¡Ya lo tengo!

Y se puso a teclear furiosamente en la máquina.

Sergei encendió un cigarrillo y esperó.

—¿Qué es? —preguntó.

—«Para las mujeres hermosas.» Desde que hace un año empecé mi columna estoy buscando un título como este. Oiga lo que escribo: «El título que ustedes ven

este domingo encabezando mi columna, Para las mujeres hermosas, me lo ha sugerido una de las personalidades más originales que acaban de aparecer en el mundo de la moda. Se trata del príncipe Sergei Nikovitch, miembro de una antigua familia perteneciente a la nobleza rusa. El nombre con que el príncipe Sergei ha bautizado la colección es la descripción más exacta de la clase de público a que va dirigida. El público que va a la cabeza de toda actividad: sociedad, política, teatro, diplomacia, arte, etc. Para las mujeres hermosas se expresa por sí solo. De todas partes del mundo están a punto de llegar a París, para ver la colección del príncipe, damas famosas por su elegancia. De Estados Unidos llegarán Carolina Xenos, de soltera Carolina de Coyne, con un grupo de amigos. De Londres acudirá *lady* Margaret (Peggy) Corrigan, una de las mujeres que mejor visten del mundo. De América del Sur, de todas partes de Europa y del mundo… Las mujeres hermosas acuden a la llamada.» ¿Qué le parece para empezar?

—Yo solo deseo que mi colección sea tan buena como el artículo —respondió Sergei riendo.

La tensión de la espera le atenazaba la boca del estómago mientras por un resquicio observaba el salón, donde las sillas estaban distribuidas a uno y otro lado del pasillo por el que las modelos pasarían los trajes. No quedaba una silla libre, y en los corredores que daban al salón se agolpaba la concurrencia.

Irma Andersen cumplía su palabra. Estaba en una fila de preferencia, como si fuera una personalidad del *Vogue* o *L'Officiel*. A su izquierda se sentaban Carolina y James Hadley, el antiguo embajador americano en Italia, y a la derecha de la periodista, *lady* Corrigan y su esposo. En la fila de enfrente, el *tout va* de la temporada de Montecarlo.

La música se cortó en seco al entrar en el taller. Allí reinaba un verdadero pandemónium y la locura parecía haberse apoderado de todo el mundo. Era un verdadero caos.

Jean-Jacques llegó corriendo ordenando:

—¡Preparadas, chicas!

El silencio que repentinamente se apoderó de la estancia sorprendió a Sergei casi más que el ruido anterior. Se oyó a la orquesta preludiando la pieza de la presentación, y una estilizada modelo, pálida no obstante el maquillaje, se preparó para salir. Se detuvo ante ellos y giró lentamente sobre sí misma.

—¡Estás hermosa, hermosísima! —exclamó el modista.

Y después de besarle las mejillas miró a Sergei, quien también la besó.

—Sea valiente, *ma petite* —le murmuró.

Ella sonrió, tranquila ya, y salió. Al cabo de unos instantes llegaron a sus oídos aplausos de aprobación.

—¿Dónde está Charles? —preguntó de pronto Jean-Jacques, histéricamente—.

Me prometió estar aquí conmigo. Sabe que no puedo hacer ninguna presentación sin él.

Sergei se puso rabioso. Hacía seis semanas que duraba aquel asunto, y ya era demasiado.

—Está arriba, en su despacho, jodiendo con una muchacha —exclamó bruscamente.

Jean-Jacques lo miró con ojos abiertos de par en par, se quedó lívido y se llevó una mano a la frente gimiendo:

—¡Ay, que me desmayo! ¡Me desmayo!

Lo dijo y cayó en los brazos de dos de sus ayudantes. Inmediatamente, solícito él, apareció un joven con un vaso de agua.

—Bebe esto, querido.

Jean-Jacques se bebió el agua y se encaró con Sergei.

—Nunca me vuelvas a decir lo que has dicho, pillín. ¡No sabes cómo me has impresionado! Debes recordar que Charles y yo nos somos mutuamente fieles.

La música sonó de nuevo y una segunda modelo salió al pasillo.

—Como veo que puedes manejarte tú solo —decidió Sergei—, me voy a mi despacho a beber una copa.

Cerró la puerta y en el tranquilo silencio de la estancia se sirvió un generoso vaso de vodka; sentado, contempló el retrato de una niña que había sobre el escritorio.

Anastasia tenía siete años cuando le hicieron ese retrato, y su vestido azul conjugaba maravillosamente con sus azules ojos y su largo cabello rubio. La incierta pero dulce sonrisa de la criatura le conmovió. Levantó el vaso ante ella diciendo:

—Ruego a Dios que esto no fracase hijita. Tu papá está tan cansado…

Estaba bebiéndose el resto del vodka cuando se abrió la puerta y ante los ojos asombrados de Sergei apareció Giselle.

—Supuse que estarías aquí. Nadie más habría sido capaz de buscar la soledad en una noche de presentación.

doce

Irma Andersen daba una fiesta. Le gustaban con pasión, y no solo las fiestas en sí, sino todo lo que las acompañaba: las luces, los ruidos, la excitación, los perfumes… Gente regiamente vestida, viviendo existencias exóticas y superiores a los sueños más ambiciosos de cuando vivía en un cuartucho de la *delicatessen* de Akron, Ohio, donde se crio, y en la que solo comía salchichas de hígado, ensalada de patatas y pan de maíz. Desde entonces había odiado estas comidas y nunca las permitió en su mesa. En vez de salchichas de hígado se hacía servir *paté de foie gras*, y en lugar de ensalada de patatas, aguacates cortados en rodajas finas con salsa mahonesa.

Miró alrededor satisfecha. Era una excelente fiesta. Todo lo que se necesitaba para que una reunión tuviera éxito era mezclar un número adecuado de dos clases de gente: los que hablan y los que escuchan. Con la condición de que los primeros fueran ligeramente más numerosos que los segundos, debido a que el ruido significa vitalidad, y una fiesta silenciosa es una fiesta muerta.

Antaño, Irma solía tener pesadillas en que se veía dando una fiesta en la que todo el mundo se mantenía silencioso. La sola idea le quitaba el sueño. Pero eso pertenecía al pasado. Ahora el éxito era seguro. Además, ahora existía otra razón para disfrutar organizándolas. Para ella representaban la más segura fuente de información. En los pocos minutos desde que había empezado ya llevaba cogidas al vuelo varias cosas sabrosas.

Lo de Carolina Xenos y James Hadley, por ejemplo, era extraño y, sin embargo, excitante. Por una parte, el financiero, con suficiente edad para ser el padre de ella, y por otra, el marido de Carolina, del que se decía que era uno de los donjuanes de más éxito internacional. ¿Qué le dijo una vez Sue Ann Daley refiriéndose a él? «Cuando estás con. Dax, tienes la impresión de que tu compañero es una escopeta de repetición.»

Esto era lo que la fascinaba de esta gente, que parecían tenerlo todo para ser felices y, sin embargo, no lo eran y buscaban siempre otra cosa. Aparentemente Carolina también deseaba algo más, y esto se le notaba en su expresión cuando miraba a James Hadley.

Hizo una nota para recordar que le quería preguntar a Sergei lo que sabía de ellos. Después de todo, él y Dax habían sido amigos un tiempo, y seguramente estaría enterado. Lamentablemente no podría meter un asunto de ese tipo en su columna, pues todos eran amigos suyos y no quería hacer nada que les pudiese desagradar ni perjudicar.

A su manera, Irma los quería, a pesar de sus mezquindades y sus actitudes amorales. Ellos nunca habían sabido lo que era comer ensalada de patatas y pan de maíz. En verdad, eran «gente hermosa», y contemplándolos uno a uno, se sintió hermosa también.

Era casi medianoche cuando abandonaron la fiesta y en el vestíbulo esperaron que el portero avisase a su chófer. Mientras, Carolina dijo:

—Me alegro por Sergei.

—¿Crees que tendrá éxito? —preguntó Hadley—. ¿No será la ilusión de todas las inauguraciones?

—No. Algunos de los modelos que ha presentado tienen calidad, y los hay extraordinarios. Mañana necesitará a la policía para poner orden de tanta gente como querrá conseguir un sitio. Habrá cola en la calle.

—¿Entonces, tiene porvenir?

—Aunque yo no conociese a Sergei —dijo Carolina—, no vacilaría en vestirme en su casa.

El coche llegó y el portero les abrió la portezuela. Hadley le deslizó un billete de cinco francos y entró en el coche al mismo tiempo que Carolina le pedía que ordenase al chófer que la dejase en casa de su padre.

Hadley se sorprendió, pero avisó al chófer por el tubo acústico y preguntó:

—¿No sería mejor que fueses mañana?

—No; le dije a papá que iría después de cenar.

—¿Hablaste con él?

—Esta tarde.

—¿Cómo es? No le conozco y le tengo un gran respeto.

Carolina le dirigió una mirada penetrante.

—Ni yo lo sé. Para nosotros ha sido siempre un misterio, como lo debes ser tú para tus hijos.

—¿Dijo por qué quería verte?

De nuevo aquella curiosa mirada de Carolina.

—Es mi padre. Hace una semana que estoy en París y no le había telefoneado; me llamó él.

—Pero te habrá dicho algo.

—No le ha hecho falta. Ya sé lo que quiere.

—¿Lo sabes?

Hadley se arrepintió de haber hecho su pregunta. Los ojos de ella le contestaban: «Lo mismo que querrías tú si tu hija tuviera una aventura con él: saber lo que ella se proponía hacer.»

Él miró por la ventanilla unos instantes y luego preguntó:

—¿Y tú sabes ya lo que le vas a decir?

Carolina afirmó con voz segura:

—Sí.

Hadley estuvo a punto de preguntarle qué le diría, pero se contuvo presintiendo cuál sería su respuesta.

Al bajar del coche le preguntó:

—¿Te mando el coche después?

—No. Nos veremos mañana a la hora de comer.

Se acercó a él y le besó la mejilla.

—*Bon soir, mon cher*.

Hadley advirtió que aquel beso sellaba su separación y quiso decir algo galante y afectuoso, pero las palabras no le salieron, y, con una aguda sensación de vacío, vio a Carolina subiendo las escaleras de la casa de su padre.

El barón, que la aguardaba en la biblioteca, se levantó al verla. Tenía el rostro surcado de arrugas y más canas. Una cariñosa sonrisa se dibujó en su semblante en cuanto la vio.

—¡Papá! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas y echándose en sus brazos—. ¡Papá!

—Caroline, *ma petite, mon bebé*!

Mientras la tenía aún entre sus brazos le secaba las lágrimas con la mano.

—No llores. Todo se arreglará.

—¡He sido tan loca! —sollozó con el rostro sobre su pecho—. ¡He cometido tantos errores!

—No has sido loca ni has cometido errores. El único error tuyo ha sido ser joven y mujer.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —preguntó Carolina.

—Ya lo sabes. Pero dime, hija mía, lo tuyo con Hadley, ¿ha terminado?

Carolina afirmó.

—Entonces, no hay problema. ¿Lo que te preocupa es Dax?

—Sí.

El barón sacó del bar una botella de jerez y le llenó una copa.

—Bebe un poco; te sentará bien.

Carolina se fue recobrando, y él aguardó a que terminara de beberse el jerez antes de proseguir.

—¿Qué piensas hacer con Dax?

—Divorciarme de él. No he sido leal con Dax. Lo sé ahora. Le hice esperar todos estos años tratando de ser lo que nunca seré. Pero no sé cómo decírselo.

—Dile la verdad. Igual que me la has dicho a mí. Estoy seguro de que te comprenderá.

—¿Cómo va a poder comprenderme cuando no me he comprendido yo?

—Dax siempre comprende.

El tono con que lo dijo intrigó a Carolina.

—¿Por qué lo dices?

—Dax llegó a París hace unos días.

—¿Está en París? —exclamó sorprendida Carolina—. Pero si no he tenido ni una noticia de él, ni le he visto en ninguno de los sitios donde habitualmente se reúne la gente…

—Precisamente por eso te digo que Dax es comprensivo en extremo. No ha salido ningún día del consulado, y por una sola razón: para evitarte cualquier situación embarazosa.

Cogiéndole una mano añadió:

—Esta es la causa indirecta de que yo te llamase.

Carolina estaba confusa.

—Mañana se va en avión a Corteguay, y yo pensé que lo mejor era que tuvieseis una franca explicación antes de que él se vaya. Está esperando en el salón.

Dax la acogió con una sonrisa cordial.

—Dax, me he portado como una chiquilla. Nunca he sido una esposa para ti.

—Siéntate —le dijo Dax, asiéndole la mano.

—No sé qué decir. Solo que lo lamento.

—No te disculpes. No he sido tan buen marido como para que te creas en la obligación de disculparte.

Carolina le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, ¿qué se dice en un momento como este?

Dax le tendió su pañuelo, y cuando ella se hubo secado las lágrimas, le contestó:

—Digamos que fuimos dos buenos amigos, que a causa de ciertas circunstancias se casaron, y cuando su vida conyugal fracasó, descubrieron que su antigua amistad era verdadera, porque renació más firme que antes.

—¿De verdad, Dax?

—¿Lo dudas?

Carolina sintió que se libraba de un peso en el corazón, y sonrió por primera vez.

—Eres un hombre extraño, Dax. Mucha gente cree que te conoce y no es verdad. Solo ven la parte que les interesa ver, ahora me doy cuenta de que yo fui tan estúpida como los demás. Yo también no vi más que aquello que quise ver.

Dax la miró sonriendo.

—¿Y qué es lo que ves ahora?

Carolina le cogió la mano y le dijo estrechándosela:

—Un hombre noble y un verdadero amigo.

trece

El aeroplano empezó a descender y, al aterrizar, Dax le dijo a Gato Gordo:

—Bien, ya estamos en casa.

Gato Gordo miró por la ventanilla del avión mientras se acercaba lentamente al nuevo edificio del aeropuerto.

—No me gusta el avión. Prefiero el mar.

—¿Por qué?

—Por mar, se ve grande el país, y por el aire ves que es muy pequeño.

Dax se echó a reír.

—Pero si ya sabes que no somos un gran país.

—Pero me gusta pensar que somos grandes e importantes.

El avión se detuvo, y mientras se desataba el cinturón, Dax le respondió:

—Lo somos, pero solo para nosotros.

El tórrido sol de Corteguay les dio en los ojos, y al llegar al pie de la escalerilla se adelantó un oficial saludando:

—¿Señor Xenos?

—Sí.

—Capitán Maroz, a su servicio. El Presidente me ha encargado que lo acompañe hasta su despacho. Le urge verle.

—Gracias, capitán.

—Tengo un coche esperando —le informó el capitán, y guiándole hacia la salida, agregó—: Los trámites de sus equipajes ya están despachados.

Pasaron la aduana y entraron en una gran nave decorada con mosaicos murales.

—Bonito, ¿verdad?

—Mucho —admitió Dax—. Impresionante.

—El Presidente dice que es muy importante que los turistas tengan ya una primera buena impresión en el aeropuerto.

Dax miró alrededor y vio que casi toda la gente eran militares.

—¿Cuántos aviones aterrizan cada día?

El capitán se quedó algo confuso.

—Dos aviones de las líneas internacionales llegan cada semana. Uno de Estados Unidos y otro de México, que hace escala aquí en su viaje al sur. Pero el Presidente proyecta una línea del país para el próximo año. El pueblo lo ve con gran entusiasmo.

Dax supuso que si la línea significaba trabajo, tenía que verlo con alegría la población. Al llegar al coche, el capitán le abrió la puerta a Dax, sentándose a su lado, y Gato Gordo al lado del chófer.

Siguieron por una ancha carretera de seis carriles donde había un letrero que decía: «BOULEVARD DEL PRESIDENTE». Dax miró al capitán con ojos interrogantes.

—Es nueva —le contestó—. ¿De qué nos serviría un aeropuerto si no hubiera manera de ir?

—¿Adónde llega?

—A la capital, y sigue hasta el nuevo palacio de invierno del Presidente, en la montaña. Es impresionante. Lo construyeron unos ingenieros gringos, contratados por él.

El chófer tocó el claxon y el coche pasó un carro lleno de estiércol, y el carretero, un campesino que dormitaba, ni levantó la cabeza. Dax miró por el cristal trasero y vio que el único coche que circulaba era el de ellos. Desde el aeropuerto la carretera estaba desierta.

El capitán le informó:

—De hecho, a los campesinos se les ha prohibido que vayan por la carretera, pero son tan necios que no tienen el menor respeto a las ordenanzas.

Dax se acomodó otra vez y no contestó. A lo largo de los campos se veían aldeanos doblegados sobre la tierra, y algunos levantaban la cabeza para mirar el coche pero la mayoría seguía impasible su trabajo. Poco después el coche entraba en la ciudad.

—Sé muy bien lo que piensan esos tejanos —declaró el Presidente—. Creen que somos tontos, o nos tienen por unos niños a los que se les puede llevar de la mano.

Se levantó enojado y añadió:

—¡Ya es hora de que aprendan a distinguir las diferencias!

Dax contempló al Presidente desde el otro lado de la gran mesa. Tenía el mismo aspecto de antes. Parecía que el tiempo no pasaba para él. Si acaso, notó Dax con sorpresa, el pelo era más oscuro, pues siempre lo tuvo bastante gris. ¿Sería capaz de teñírselo?

—Son tontos —continuó el Presidente con desdén—. Creen que aquí hay petróleo. Dejemos que se lo crean, Transcurrirán de cinco a siete años antes de que se den cuenta de su error.

Dax preguntó asombrado:

—¿Y las prospecciones?

El Presidente soltó una risita.

—Los geólogos también se compran.

—Pero…

—Desde luego tienen razón en que hay petróleo a lo largo de la costa, pero está a trescientas millas de distancia y a unas dos mil de profundidad. Pero dudo que ni con toda su técnica, los yanquis logren que resulte rentable perforar a tamaña profundidad.

Miró a Dax y añadió con socarronería:

—Mientras tanto se habrán gastado aquí sus buenos dólares durante cinco o seis

años como mínimo, y esto representará una gran ayuda para nuestra economía. Además, valdrá para que los turistas americanos se fijen en nosotros.

Llegó a la ventana y contempló un instante el paisaje; luego hizo una seña a Dax para atraerlo a la ventana.

—Allá arriba, en la Colina de los Amantes, sería un buen sitio para construir un hotel, ¿no te parece?

—Pero si todavía no hay turistas.

El Presidente sonrió.

—Los habrá. La Pan American Airlines me ha pedido la reserva del terreno. Les parece que la vista es magnífica.

—¿Y financian la obra?

—Desde luego.

—¿Y quién aportará el terreno?

El Presidente se encogió de hombros y se sentó a su mesa.

Poco después dijo:

—Naturalmente que él terreno debe adquirirse primero, y luego arrendárselo a ellos.

—¿Y de quién es el terreno?

El Presidente miró a Dax sonriendo.

—De Amparo.

—Su excelencia ha pensado en todo, pero yo aún no veo el motivo por el que me ha hecho llamar —repuso Dax, volviendo a su asiento.

—Tú eres muy importante para nuestros planes. Tú eres el único de nosotros que es conocido fuera del país. Te he nombrado jefe de la Comisión de Planes Turísticos.

Dax no dijo nada y el Presidente lo miró fijamente añadiendo:

—Ya sé lo que piensas. Que soy un viejo sin escrúpulos. Quizás estés en lo cierto. Pero todo lo que he ido haciendo ha traído dinero al país y ha contribuido a elevar nuestro nivel de vida.

Dax se levantó, sonriendo para sí al pensar en todos los hombres inteligentes a quienes este viejo bandolero había engañado: los codiciosos tejanos, Marcelo… Pero de no haberlo hecho, ¿cuál habría sido la diferencia?

Para los tejanos, un campo menos de posible explotación, pero que no mermaría sus ingresos de los otros pozos, y Marcelo había conseguido su flota, que arbolaría la bandera de Corteguay.

—Excelencia, usted nunca deja de asombrarme.

—Tú encuentra un medio para atraer al turista americano; algo que le convenza de que Corteguay es un país atractivo y romántico.

—Hay compañías en Estados Unidos especializadas en esta materia. Se llaman Compañías de Relaciones Públicas. Me pondré en contacto con algunas y veré lo que se puede hacer.

—Una excelente idea —aprobó el Presidente mientras apretaba un botón de su

mesa—. Te espero esta noche a cenar. Todavía tenemos que hablar de otros temas.

La conferencia había terminado. Al salir del despacho, Dax vio que el capitán Maroz lo estaba aguardando.

—Tengo otra invitación para usted, excelencia.

—¿Otra?

—Es de su excelencia, la hija del Presidente. Le invita para que a las cinco vaya a tomar el té a sus habitaciones.

Dax miró el reloj. Eran las tres y minutos, y se dijo que le quedaba tiempo para dormir una siesta, ducharse y cambiarse de ropa.

—Dígale a su excelencia que le doy las gracias y que me complace mucho el poderla saludar hoy mismo.

catorce

Jeremy Hadley apretó el acelerador a fondo, y el coche, con un potente rugido, coronó la cuesta. Pareció durante un momento que estuviese suspendido en el aire, con toda la Costa Azul, desde Montecarlo a Antibes, a sus pies. Luego empezó a descender la montaña, hacia las azules aguas del Mediterráneo. La joven se le acercó un poco más y de pronto sintió que la mano de ella se posaba en la entrepierna. La miró con el rabillo del ojo. Tenía la boca entreabierta como si fuera presa de excitación sexual.

—¡Oh, vosotros los americanos y vuestros automóviles!

Él se rio entre dientes. Nunca fallaba. No importaba que se tratase de damas sofisticadas o de muchachas del montón. Hermanaban la potencia de la máquina con la del hombre que la llevaba, y no había una que no se rindiera.

Él la miró de nuevo. Un poco más adelante, al final de la próxima curva, a un lado de la carretera, había un lugar apropiado para detenerse, y no cabía duda alguna de que la joven estaba más que a punto. Casi antes de parar el motor, ella se le echó encima, tratando nerviosamente de desabrocharle unos inexistentes botones. Jeremy descorrió la cremallera y ella lanzó un grito sofocado al surgir, libre, el miembro con toda su potencia de vida y juventud. Inmediatamente ella se lo metió en su boca caliente y húmeda.

El sol se ponía ya sobre Antibes cuando el coche volvía a la carretera. Ella ladeó el retrovisor y se dedicó a restaurar su maquillaje. Mientras se pintaba los labios recogió la mirada de refilón de él, y mirando hacia fuera murmuró:

—Quizá no te lo creas, pero es la primera vez que le soy infiel a mi marido.

Jeremy no se molestó en responder. No había necesidad. Si de verdad era la primera vez, estaba seguro de que, tal como ella se había conducido, no sería la última.

—¿No me crees?

—Te creo —le contestó sonriendo.

Ella le quitó el cigarrillo que él estaba fumando y aspiró voluptuosamente el humo.

—No me comprendo a mí misma. No sé qué mosca me ha picado.

Jeremy se echó a reír.

—Yo sí lo sé. Yo.

A pesar suyo, ella también rio.

—No bromees, que esto es muy serio.

—No bromeo.

Ella miró el reloj eléctrico del coche y preguntó:

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—No sé. Depende de lo que nos entretengan en la frontera. Quizá dos horas.

—¿Dos horas? —repitió ella en tono consternado.

—¿Qué importa? Nadie te va a preguntar nada.

—Mi marido sí. No le ha gustado que saliese en coche sola contigo.

—Le invité a venir con nosotros, pero prefirió ir en el yate.

—Pero querrá saber por qué hemos tardado tanto —previno ella.

—Le dices que nos hemos quedado sin gasolina.

Y para rehuir el tema, Jeremy conectó la radio con una emisora italiana. Disimuladamente la miró a ella y vio que estaba con la cabeza echada hacia atrás y con los ojos medio entornados. Se preguntó en qué estaría pensando. Las muchachas alemanas, se dijo, son muy extrañas y, más que ninguna de las que había conocido, Marlene Von Kuppen.

Pero quizá lo más extraño de Marlene fuera su marido: Fritz Von Kuppen. Alto y rubio, era el segundo hijo del viejo barón, y cuando empezó la guerra se alistó en el cuerpo aéreo, pero al poco tiempo derribaron su avión, y quedó tan mal herido que lo declararon inútil para el servicio. Desde el primer momento de su relación con él, Jeremy tuvo casi la certeza que Von Kuppen era homosexual. Se observaba algo raro en su manera de moverse en una pista de tenis. Pecaba por ser demasiado clásico. Con todo, el alemán le ganó con facilidad casi. Y después le invitó a beber en el bar del club.

Allí conoció a Marlene, que estaba hablando con otra amiga.

—Mi esposa, *mister* Hadley —dijo Von Kuppen—. *Mister* Hadley juega extraordinariamente bien, Marlene.

Jeremy sonrió al estrechar la mano de ella.

—Pero no lo suficiente. Su marido me ha vencido con la mayor facilidad.

—El tenis —dijo Marlene sonriendo— es lo único que Fritz se toma en serio.

Jeremy aguzó el oído, pues notó un raro tono en las palabras de ella. Pero le presentaron a la otra dama y la conversación se generalizó al llegar el camarero con unas bebidas. Se enteró de que los Von Kuppen estaban de paso en Italia, hacia la Riviera francesa, a donde pensaban llegar unos días después.

Al poco rato, Thomas, el hermano menor de Jeremy, se unió al grupo. Ofreciéndole una copa, Jeremy le preguntó:

—¿Y el barco?

—El capitán dice que pronto estará listo. Podremos llevarlo a Antibes por la mañana.

—Papá estará contento. Tú vas en el yate, y yo llevaré el coche.

—¿Es ese yate nuevo que hay en el puerto? —preguntó Von Kuppen.

—Ese —afirmó Jeremy.

—Lo he admirado a distancia. Es soberbio.

—Si de todos modos se dirigen a la Costa Azul, ¿por qué no acompañan a mi hermano? Así tendrá ocasión de examinarlo.

—Ya me gustaría, pero… —Von Kuppen miró consultando a Marlene.

—Lamento mucho llevarle la contraria a mi esposo. Los barcos son su segundo amor, y, en cambio, yo me mareo terriblemente.

—Podría llevarla en mi coche, si le parece —sugirió Jeremy—. Llegaríamos al atardecer.

Ella hizo gestos negativos con la cabeza.

—No; gracias, *mister* Hadley. No quiero que se vea obligado…

Pero inesperadamente intervino Von Kuppen:

—Creo que es una excelente idea, *liebchen*; me gustaría pasar el día en el mar. Muchísimas gracias, *mister* Hadley. Aceptamos agradecidos su ofrecimiento.

Cuando se fue el matrimonio Kuppen, Tommy guiñó el ojo a su hermano.

—¿Ya la has conquistado?

—Acababa de conocerla cuando llegaste.

—Los hay que nacen con suerte.

Jeremy le tiró del pelo cariñosamente.

—No rezongues, Tommy. No has pasado tan mal estas últimas semanas en Suiza.

—Pero no encontré una ganga así. ¿Cómo te las arreglas para conseguir siempre lo mejor?

—Tú diviértete todo lo que puedas, hermanito, porque me parece que se nos acaban los días de ocio.

—¿A qué te refieres?

—Jim y papá estarán aquí a fin de semana. Ya sabes por qué fueron a Boston.

—¿Crees que Jim conseguirá entrar en el Congreso? ¿Se lo permitirán?

—Que lo permitan o no, poco importa. Papá los convencerá, como siempre.

—¿Y por qué diablos se preocupan tanto? Falta más de un año para las elecciones.

—Te engañas, y de sobra lo sabes. Una vez que papá toma la decisión, ya puedes considerar empezada la campaña. Que sea solo Jim quien haya de salir elegido, no importa. Según el punto de vista de papá, toda la familia debe cooperar.

El yate estaba atracado en el embarcadero particular de los Hadley, y Von Kuppen y Tommy estaban en el pórtico del hotel cuando llegó el coche.

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó Von Kuppen.

—Ha sido encantador —dijo Marlene—. Pero nos quedamos sin gasolina.

—Un descuido imperdonable mío —se excusó Jeremy—. Debía llenar el depósito antes de salir.

—Bah, eso le ocurre a cualquiera —dijo Von Kuppen, y se levantó diciéndole a su mujer—: Debes estar muy cansada, querida. Ven, voy a enseñarte nuestras habitaciones.

—Estupendo. —Marlene se volvió hacia Jeremy.

—Gracias por el viaje. Fue encantador.

—Es usted muy amable.

Los Von Kuppen entraron en la casa y Tommy se sentó en el coche al lado de su hermano. Camino del aparcamiento, el joven lanzó un suspiro de alivio.

—Menos mal que llegasteis en el justo momento. La cosa se estaba poniendo un poco tirante.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Jeremy, mirándole.

—A Von Kuppen no le hizo gracia el retraso. Y, sin embargo, sospecho que lo esperaba, y quizá lo deseaba. Es muy extraño.

—Ya…

Jeremy se quedó pensativo. Probablemente estuvo en lo cierto desde el primer momento. Aquel matrimonio puede que fuese una tapadera, y desde luego el caso no constituía una excepción. Salieron del garaje mientras le decía a Tommy:

—Que se vaya al cuerno. Allá él con su problema.

Y enojado consigo mismo por haber sido quizás un juguete de los dos, añadió:

—Vamos a tomar una copa.

Marlene no bajó a cenar y los tres comieron en medio de un cortés silencio. Quedaba un día antes de que llegase toda la familia. Sus hermanas y su madre, que habían estado de compras en París; su cuñada, la esposa de Jim, con sus dos niños, desde Nueva York, y Jim y su padre desde Boston. Al acabar de cenar, Tommy le preguntó a su hermano:

—¿Necesitas el coche esta noche?

—No.

—Me gustaría ir a Juan-les-Pins, a echar un vistazo por allí.

—Ve. Yo me acostaré temprano.

Von Kuppen se dirigió a Tommy.

—Si no le importa, me gustaría ir con usted.

—Con mucho gusto.

—Gracias; entonces le diré a Marlene que se acueste sin esperarme. Vuelvo en seguida.

Los dos hermanos se miraron al quedar solos.

—¿Qué te parece? —preguntó Tommy—. No creí que os dejara solos otra vez.

—No estamos tan solos —repuso su hermano.

Y señaló el mayordomo y la doncella, que se atareaban retirando los cubiertos.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No te preocupes; pienso irme ahora mismo a la cama.

Jeremy salió del baño y se secó restregándose con una gran toalla. Luego se la enrolló en la cintura y encendió un cigarrillo mientras se miraba al espejo muy satisfecho. Teniendo en cuenta su edad, se dijo que se conservaba bastante bien. No

tenía ni asomo de barriga y su peso era el mismo de cuando ingresó en el ejército, en 1941. Hacía de eso ocho años. Pero a veces tenía la impresión de que el tiempo no había pasado y que seguía con sus veinte años de entonces.

—Ve ahora —le había dicho su padre—. Antes de finalizar el año estaremos metidos en el fregado. Quiero que vosotros, muchachos, estéis preparados.

Jim ingresó en el ejército del aire y él en infantería. En marzo del 1942 los dos estaban en Europa. Días más tarde, en el mismo mes de marzo, mientras pegado a la roca que le ofrecía un precario refugio miraba a los aviones que sobrevolaban el sector, percibió el distintivo del escuadrón de su hermano en las alas de los aparatos. De repente, la estupidez del simbólico ataque a Dieppe, el peligro del fuego cruzado con que los alemanes les acogieron, perdió importancia. Su hermano, desde el aire, velaba por él.

Jeremy salió del primer ataque importante con el grado de teniente, ganó el de capitán en la playa de Anzio, y alcanzó el grado de mayor en los campos de Normandía, al mismo tiempo que la estrella de plata y una condecoración por las heridas recibidas.

Fue el final de la guerra para él. Cuando salió del hospital lo destinaron a la plana del Estado Mayor, vio que ya había satisfecho sus ansias de guerra y no se quejó contra su nuevo destino. Sin embargo, su hermano siguió volando y soltando bombas hasta el día D, y alcanzó el grado de coronel.

Dos días más tarde, aprovechando un permiso, se pusieron de acuerdo para encontrarse en Cap-d'Antibes, donde su padre poseía una villa y donde solían pasar la mayoría de los veranos.

El viejo François y su esposa, que cuidaban la casa, los recibieron con grandes muestras de alegría, exclamando el anciano con orgullo:

—Aquí no hemos tenido ni un cerdo boche.

Entraron en la casa felicitándole, a pesar de que la verdadera razón de por qué no habían aparecido los alemanes por allí se debía a que la zona no les importaba mucho. Cuando se vieron solos en la estancia, con las ventanas clavadas y las cortinas echadas y los muebles enfundados, se miraron conmovidos. A Jim, cuatro años mayor que su hermano, ya le blanqueaban las sienes y tenía algunas arrugas. La tensión de más de mil horas de guerra aérea había cobrado su tributo.

El contraste estaba en Jeremy, que seguía igual, como si no hubiese habido guerra para él. Seguramente que se debía a su larga estancia en el hospital y a las obligaciones, mucho más descansadas, de los despachos del Estado Mayor.

—¿Cómo tienes la herida? —preguntó Jim.

—Bah…; solo cicatriz. Nada. Y tú, ¿cómo estás?

Jim adoptó una caricaturesca posición de boxeador aturdido retando a su adversario.

—Mira, madre, jamás nadie me dio.

Pero no había humor en su voz.

—Te dieron y mucho —contestó Jeremy—; yo tuve suerte. Tú no te libraste tan fácilmente de la guerra.

—Pero tú fuiste afortunado —replicó Jim con cierta amargura—. Tú luchabas contra soldados, y matabas replicando a los intentos de los otros para matarte a ti. Pero cuando yo soltaba una de las grandes, nunca sabía quiénes serían las víctimas. Deberías haber visto Colonia^ después de pasar nosotros, y Berlín. Cada vez nos resultaba más fácil. No necesitabas mirar para saber dónde estabas; bastaba con seguir el olor del humo de las casas en llamas, que subía hasta tres o cuatro mil metros de altura.

—Óyeme, Jim: ¿no te inspirarán piedad los nazis?

Su hermano lo miró fijamente.

—Mal rayo, claro que sí. No todos eran soldados, no todos nazis. ¿Cuántas mujeres y niños llegué a matar? Los soldados estaban a salvo en el frente.

—Nosotros no impusimos las reglas de esta guerra —objetó Jeremy—. Fueron ellos. En Holanda, Francia, Polonia, Inglaterra, sin importarles lo más mínimo dónde caían sus bombas ni a cuántos mataban. Les tenía sin cuidado, porque el que quedase estaba destinado a perecer en Dachau o en Auschwitz.

—¿Y eso nos disculpa a nosotros?

—No, nada en la guerra es disculpable. Pero cuando te ves metido en ella no tienes opción. Hay que matar o morir. En nuestros días las normas de una guerra las dicta el agresor. Y cuando lo dudes vete a dar una vuelta por Coventry.

En aquel momento el viejo François, con su antiguo y bien planchado uniforme de mayordomo, asomó la cabeza a la puerta y les anunció que la cena estaba servida. En silencio pasaron al comedor.

De alguna parte habían traído unas flores que pusieron en un centro, y las velas y la plata brillaban en ambos extremos de la mesa. La esposa de François de pie en la puerta de la despensa, les recibió con su maternal sonrisa.

—Bienvenidos a casa, *messieurs*.

Jeremy con una risa feliz le besó las mejillas, y la buena mujer volvió a la cocina jubilosa y confusa. Apenas François llenaba de vino las copas cuando oyeron el ronquido de un motor. Se miraron asombrados, preguntándose quién sería. Se levantaron y se llegaron a la puerta.

Cuál no sería su sorpresa cuando vieron bajar de un taxi, un viejo Citroën, a su padre, quien llegaba de la estación.

—Ya sabía que os encontraría aquí, muchachos —les dijo radiante.

Poco después todos hablaban a un tiempo, y se pasaron el resto de la noche haciéndose mil preguntas e interesándose por los amigos y familiares. Por unas horas pareció que la guerra no existía.

Aquel año había sido el primero después de la guerra en que la villa recobraba su vida normal. No había sufrido sus consecuencias y apenas hubo que hacer reformas, pero otros asuntos mantuvieron alejada a parte de la familia. Jim se casó el mes de su

vuelta del frente, en junio del 1945, y ahora ya tenía dos hijos. Su padre se lo llevó consigo y paso a paso fue adiestrándole en el mecanismo de sus negocios.

Cuando Jim ya casi dominaba el complejo comercial, Jeremy terminaba sus estudios en Harvard. Estaba indeciso sobre qué camino seguir, pero, como siempre, su padre ya tenía resuelto lo que debía hacer, pues él había aceptado un puesto en la comisión de reparaciones de guerra y se llevó a Jeremy de secretario. Durante dos años el padre y el hijo tuvieron contacto con personalidades de los países más importantes de Europa, y la corrección y el don de gentes de Jeremy le granjearon la simpatía de todo el mundo. Aparte que el hecho de ser americano y rico contribuyó lo suyo.

Disfrutó cuanto pudo de su posición social y de las oportunidades que le deparaba. Las mujeres europeas le parecieron algo más complejas que las americanas, por lo que aún le interesaron más, y si alguna vez la aventura se complicaba, siempre le salvaban los rápidos traslados que le imponía su trabajo.

Al terminar su misión volvió a Estados Unidos y se quedó un año en Washington redactando un informe completo de la comisión de que formó parte. En abril volvió a Boston con una oferta del Departamento de Estado. Su padre decidió otra vez lo que tenía que hacer.

—No lo aceptes. Tómate un año de descanso en Europa y diviértete.

—Pero ya es hora de que decida mi porvenir, papá.

—No lleves prisa. Ya lo harás en el momento oportuno. Además, ya es hora de que Tommy pase una temporada allí y aprenda un poco de la vida. Él no ha tenido tus oportunidades.

Jeremy sonrió ante la forma en como su padre exponía la cuestión. Tommy acababa de graduarse en Harvard, y dado que solo contaba veintidós años se había perdido la guerra. Pero si lo que contaba Jim era cierto, en Boston, por el contrario, no había perdido el tiempo. Todas las madres de la ciudad vigilaban muy de cerca a sus hijas cuando se enteraban de que Tommy no andaba lejos.

La forma en que su hermano enfocó la vida durante su temporada en Europa, le recordaba la que él llevó antes de la guerra. Sin embargo, había algo sofisticado y característico en esta nueva generación, al fin y al cabo no tan alejada de la de Jim y suya, pues solo le llevaba seis años a su hermano, pero era totalmente distinta de la de ellos. Parecía como si la guerra hubiese triturado la ingenuidad e inocencia de la juventud, no dejando sobre la tierra más que una fría indiferencia para todo, incluso para la muerte.

Pensativo, Jeremy dejó de mirarse al espejo y se puso el pijama. Recordando a Tommy cuando fue a Juan-les-Pins con Von Kuppen en busca de acción, se dio cuenta de otra característica de la nueva generación: la prisa. Tenía razón su padre al aconsejarle que pasara aquel año descansando. Todavía era joven. Solo tenía veintiocho años.

Se tendió en la cama y apagó la luz. Estuvo un rato contemplando el juego de

sombras que proyectaba la luna al atravesar las cortinas, y cuando estaba ya para dormirse, sus ojos se detuvieron en una sombra distinta de las otras. Observó cómo se movía y de súbito desapareció. Saltó de la cama y salió a la terraza, buscando el motivo de aquella sombra. No había nadie.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando a la hora del desayuno se enteró de que los Von Kuppen se habían ido repentinamente, se dijo que aquella sombra extraña no había sido, pues, producto de su imaginación.

quince

En una bandeja que había en la mesa del desayuno, encontraron una nota de los Kuppen agradeciendo su hospitalidad y presentando sus excusas por tenerse que ir sin poder despedirse.

Al entrar François con el café, le preguntó:

—¿Se han ido ya?

—*Oui*. A las siete me encargaron que les pidiese un taxi. Se han ido al Negresco de Niza.

Jeremy alzó la taza con aire pensativo. Le parecía extraño. Si se hubiesen esperado una hora, él los habría llevado en su coche.

—¿Huevos y jamón, *monsieur*?

—Sí, François.

—Para mí también —dijo Tommy entrando en el comedor Mientras se bebía el café, exclamó—: ¡Oh, mi cabeza!

Jeremy sonrió diciéndole:

—Por lo visto te corriste una juerga anoche. No comprendo por qué Von Kuppen se ha marchado tan temprano.

—¡Pero si él no vino conmigo! —protestó Tommy—. ¿Se han ido?

Su hermano le tendió la nota.

—¿No os marchasteis juntos?

—Sí. Pero en cuanto llegamos a la verja, me dijo que había cambiado de opinión, y al ofrecerme para traerlo, me contestó que prefería pasear un poco. Bajó del coche y yo me fui.

—No le oí volver…

De repente Jeremy se acordó de la sombra de la terraza. ¿Sería Von Kuppen?

—Tienes una expresión rara. ¿Ocurre algo?

Movió la cabeza negativamente. ¿Habría Marlene sospechado que su marido les podía tender una trampa? En ese mismo instante François llegaba con el desayuno, y esto hizo que dejase de pensar en ello. A fin de cuentas, los Von Kuppen se habían ido, y ya no tenía por qué preocuparse. Había tenido suerte.

Por la tarde, cuando llegaron su madre y sus hermanas, se había olvidado ya del asunto. Como siempre, las mujeres trajeron invitados, y uno de ellos era Sergei Nikovitch, que les estaba preparando los trajes de la temporada, y Giselle d'Arcy, la actriz. Llevaban unos años juntos y, según rumores, pensaban casarse. Ángela, la esposa de Jim, y los niños llegaron por la noche.

La casa estaba llena, y era tal el alboroto, que Jeremy se dijo que todos los vecinos ya sabían que los Hadley habían vuelto.

En medio del tumulto familiar y habitual a la hora de la cena, François se acercó a

Jeremy y le dijo en voz baja:

—Le llaman al teléfono, *monsieur*.

Se dirigió al despacho y cogió el teléfono.

—¿Dígame?

—¿Jeremy?

A pesar de que la voz que le hablaba era solo un susurro, la reconoció en seguida.

—¿Marlene?

—¡Necesito verte! —gimió apremiante—. ¡Mi marido me va a matar!

—No seas ridícula.

—¡Te digo la verdad! —le interrumpió con voz desesperada—. No le conoces. No sabes de lo que es capaz. ¡Está loco! Anoche 110 pude bajar a cenar porque me pegó como un salvaje y me llenó de cardenales. Por eso nos hemos ido tan temprano.

Él se quedó callado unos instantes.

—No lo comprendo; no tenía razón alguna para hacerlo si tú no le dijiste nada…

—No le he dicho nada, pero me amenaza con pegarme hasta que le confiese la verdad.

—¿Por qué no huyes?

—No puedo. Cuando me deja sola me sujeta con unas esposas a la cama.

—¿Con esposas? —preguntó Jeremy incrédulo.

—Sí —exclamó ella llorando—. Lo hace desde que nos casamos. Cada vez que sale.

—Entonces, ¿cómo podremos vernos?

—Hacia las once se va al casino. Le oí pidiendo que le reservasen un sitio en la mesa del *tout va*. Ven a medianoche. Diré al portero que te deje entrar.

—Pero…

—¡Ven! —insistió, añadiendo con voz asustada—: Oigo que se acerca. He de colgar.

Pensativo, Jeremy dejó el teléfono. No le gustaba nada aquello, pero el terror de Marlene le parecía real.

Poco después de medianoche detuvo el coche frente al Negresco, y después de dudar unos instantes, bajó y anduvo desde el hotel al Casino, en el mismo Paseo de los Ingleses; sacó una tarjeta de admisión y entró.

Era a principios de estación y las mesas estaban llenas. Pasó de largo por el *trente-quarante* y el *chemin de fer*, dirigiéndose al fondo del salón, donde se hallaba la mesa del *tout va* del bacará, sin límite las apuestas.

Empinándose para ver por encima de la gente que se agolpaba y miraba alelada a los jugadores que arriesgaban mucho dinero, comprobó que Marlene no le había mentido. Allí estaba Von Kuppen, a la izquierda del que distribuía las cartas y tan concentrado en el juego que ni levantó los ojos cuando le dieron sus dos cartas.

Jeremy volvió al hotel, llamando por el teléfono interior.

—Habitación 406 —le susurró ella.

—Ahora subo.

Se metió en el ascensor y subió al cuarto piso; siguió pasillo adelante hasta la mesita del conserje y le pidió que le abriera la habitación 406.

—*Merci* —agradeció Jeremy deslizándole una moneda en la mano.

—*Merci, monsieur*.

Cerró y atravesó un saloncito llamando a la puerta del dormitorio.

—¿Jeremy? —preguntó una voz ahogada desde el otro lado.

—Sí —respondió intentando abrir la puerta. Estaba cerrada.

—Me encerró con llave. Tendrás que recurrir al conserje.

—Sería una estupidez —exclamó empezando a irritarse. Francamente, Von Kuppen debía haber perdido el juicio—. Debe de haber otra llave por aquí.

Encontró una en la puerta de un ropero y como es típico en los hoteles franceses, todas las cerraduras tenían la misma llave.

Abrió y vio a Marlene en la cama con la sábana hasta el cuello y encadenada a uno de los barrotes de la cama. No había mentido.

—Tengo un aspecto terrible —exclamó desesperadamente ella, llorando.

—No llores. Voy a sacarte de aquí.

Examinó las esposas y vio que estaban bien cerradas.

—Necesito encontrar algo con qué abrirlas.

Registró la otra habitación y encontró un punzón para romper hielo detrás del bar.

—Trata de acercarte todo lo que puedas a los pies de la cama. Necesito que la cadena esté floja para que tenga juego.

Después de casi una hora de forcejeo consiguió hacer saltar los seguros de la cerradura. De pronto se abrió de golpe. Jeremy le miró el tobillo. Lo tenía en carne viva y sangraba. La miró asombrado, pues ella no se había quejado una sola vez.

—¿Puedes levantarte?

—Lo intentaré.

Puso los pies en el suelo y todavía cubriéndose con la sábana, le asió una mano. Se levantó y se tambaleó levemente.

—¿Qué tal?

—Saldré de esa. Mis vestidos están allí —indicó señalando al armario.

Cuando él volvió con un vestido y un abrigo, Marlene se apoyaba en un barrote de la cama.

—Mi ropa interior está en el cajón de arriba —y añadió con una triste sonrisa—: Tendrás que ayudarme.

—Será mejor que te sientes. Yo te vestiré.

Marlene dejó caer la sábana y alargó la mano para coger el sostén. Se quedó anonadado al observar su cuerpo. Tenía los pechos llenos de cardenales casi negros, y en el vientre y en la espalda rayas rojas como de zurriagazos. Ella notó su expresión y murmuró:

—No me creíste. Ni nadie.

Se tendió boca abajo y le mostró unos círculos encarnados en las nalgas.

—Son quemaduras de cigarro.

—¿Anoche? —preguntó él, en tono incrédulo.

—Anoche.

—Pero ¿cómo? No oímos nada.

—Me amordazó.

—Levántate —le dijo decidido—. Te voy a sacar de aquí cuanto antes.

De repente sentía que le volvía el odio que les cogió a los alemanes durante la guerra.

Al arrancar el coche y ver que cogía la dirección de la villa, Marlene preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

—¡No! —exclamó aterrada—. Será el primer sitio adonde irá.

—Pues, ¿adónde podemos ir? Necesitas asistencia médica.

A cualquier parte menos a tu casa.

—A un hotel tampoco puedo llevarte. Él tiene tu pasaporte.

Miró el reloj y vio que eran las dos y veinte.

—¿Hasta qué hora suele estar en el casino?

—Generalmente hasta que termina el juego.

—Nos quedan unas dos horas. No es mucho.

Siguieron en silencio unos kilómetros, y de golpe Jeremy tuvo una idea. Había leído en alguna parte, probablemente en el *Nice Matin*, que Dax había alquilado una villa en Saint-Tropez para pasar el verano.

Dejaron Antibes y apretó el acelerador, camino de la costa y rogando con todo el fervor que Dax estuviese en su casa. Hacía ya más de un año que no se veían, desde poco después de divorciarse de Carolina.

dieciséis

Se enteró de la dirección de Dax en la *gendarmerie*. Era una villa situada hacia el final de la península, en una calleja, cerca de Tahití Beach, adonde se dirigieron despacio y sin hablar. Marlene parecía que durmiese Había luces en las ventanas que daban afuera, y Jeremy pensó con alivio que al menos no despertaría a nadie. Mientras se acercaba a la puerta oyó un rumor de conversaciones. Tiró del cordón de una antigua campanilla y su sonido hirió el silencio de la noche.

Abriendo los ojos, Marlene preguntó desde el coche.

—¿Dónde estamos?

—En casa de un amigo.

En el mismo momento se abrió la puerta y apareció Gato Gordo.

—¿Quién es?

—Soy yo, Gato Gordo —dijo avanzando hasta la luz—. ¿Está aquí *mister* Xenos?

Gato le reconoció en seguida.

—¡*Mister* Hadley! Entre.

A través del vestíbulo llegaba el ruido de voces y de risas, y Jeremy vaciló. Se apartó para que Gato pudiese ver a la mujer del coche, y le preguntó:

—¿Puedes decirle a *mister* Xenos que salga un momento?

Gato Gordo asintió con un gesto de complicidad.

—Desde luego, señor Hadley.

Gato se fue corriendo y volvió a los pocos instantes con Dax, en cuyo rostro brillaba una sonrisa de bienvenida.

—Jeremy —dijo dándole la mano—, ¿por qué no entras?

—Tengo un problema, Dax.

Al ver a la mujer del coche, Dax levantó una ceja con gesto de comprensión y añadió sin dudar:

—Lleva el coche al otro lado de la casa. Gato Gordo y yo estaremos en seguida contigo.

Con la tranquilidad de haber solucionado el problema, puso en marcha el motor.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella con angustia.

—Al otro lado de la casa. No te preocupes. Todo va bien —le dijo sonriendo. Y por primera vez aquella noche estaba seguro de ello.

Eran casi las cinco de la mañana cuando Jeremy llegó a la villa de Cap d’Antibes con el MG rojo de Dax, quien le había aconsejado:

—Coge mi coche y yo te devolveré el tuyo hacia el mediodía. La policía puede haber recibido la orden de buscarte.

La casa estaba oscura y silenciosa. Se preguntó si le daría tiempo de echar un sueñecito antes de que Von Kuppen se presentara con los gendarmes. Estaba exhausto. Se metió en la cama y casi inmediatamente se quedó dormido.

El sol entraba a raudales por la ventana cuando Tommy le sacudió.

—Despierta.

Se volvió hacia él abriendo un ojo.

—¿Qué hora es?

—Casi mediodía. ¿A qué estás jugando? ¿A *sir* Galahad?

—¿Qué quieres decir? —respondió Jeremy, ahora ya completamente despejado.

—Von Kuppen está abajo con una pareja de gendarmes. Afirma que le has raptado la esposa, y papá está a punto de perder los estribos.

—¿Ha llegado ya papá?

—Hará una media hora. Los dos llegaron casi al mismo tiempo.

Saltó de la cama, se fue al cuarto de baño y se dio una ducha fría, frotándose el cuerpo con las manos para activar la circulación.

—¿Quieres darme una toalla?

—Te lo tomas con mucha calma —comentó Tommy mientras le alargaba la toalla.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó mientras seguía friccionándose.

—No sé; pero por lo menos preocuparte por lo que pueda hacerte el marido.

—¿Tengo que ser yo el raptor?

—El corazón me dice que sí.

Von Kuppen le arrojó la pregunta apenas lo vio.

—¿Dónde está mi esposa?

Jeremy lo miró fríamente.

—No sé de qué me habla.

—*Mister* Von Kuppen —le informó su padre— asegura que esta noche pasada te has llevado a su mujer del hotel.

—Que diga si me vio con ella.

Von Kuppen se dirigió irritado a los gendarmes.

—Yo no, pero el vigilante nocturno dice que vio subir a mi mujer a un Cadillac descapotable, y no hay otro como el suyo por aquí.

—¿Dice también si me vio a mí dentro del coche?

—¿Y qué importa? Vio a mi mujer, y ya es suficiente.

Jeremy sonrió diciéndole:

—No lo crea, porque yo no conducía el Cadillac esta noche pasada.

Todos miraron a Jeremy con gesto interrogante.

—Vamos afuera —les dijo a los gendarmes—; se lo demostraré.

Su padre se le acercó y le dijo en voz baja:

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Jeremy lo miró un segundo. Sabía que la franqueza en el seno de la familia era lo primero y lo más esencial para su padre. Podía confiar en él.

—Yo también lo espero.

—*Mister* Hadley no replicó, pero Jeremy vio cómo apretaba los labios. Si se producía un escándalo en aquellas circunstancias sería muy perjudicial para la carrera política de Jim.

Se detuvo delante del pequeño MG.

—Aquí tienen el coche que yo conducía anoche.

Von Kuppen replicó:

—¡Es un truco!

Y dirigió una mirada alrededor del aparcamiento. No había otro coche que el Citroën.

—¿Dónde está el Cadillac? —preguntó.

Jeremy lo miró fríamente sin contestarle.

El gendarme de más edad repitió la pregunta.

—¿Dónde está el Cadillac, *monsieur*?

Jeremy se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe, *monsieur*? —le preguntó con incredulidad el gendarme.

—Pues es la verdad. Cuando salí anoche me encontré con un amigo en la puerta del casino y me dijo que le gustaría probar mi Cadillac. Se lo dejé y yo me quedé con su coche.

—¿Se lo dejó? —preguntó, confuso, el gendarme.

—Tal como le digo. Nos despedimos y le vi que cogía por el Paseo de los Ingleses.

—¿A qué hora fue eso, *monsieur*?

—No recuerdo exactamente. Quizá las diez y media o las once…

—Serán muy amigos usted y ese señor para dejarle así su coche.

—Naturalmente. No se presta el coche a un extraño.

—¡Miente! —exclamó Von Kuppen en tono violento—. ¿No ven que nos está engañando para ganar tiempo?

Jeremy respondió desdeñoso:

—Sospecho que ese hombre no está bien de la cabeza. ¿No le han aconsejado nunca que vaya a ver a un psiquiatra?

Von Kuppen, loco de ira, dio un paso adelante, dispuesto a echársele encima. El gendarme lo detuvo y se puso entre los dos.

—¿Le importaría darnos el nombre de su amigo?

Por encima del hombro del gendarme, vio que Dax llegaba con el coche, y contestó con la mayor sencillez:

—En absoluto. Pero véanlo ustedes; aquí viene. Es *monsieur* Xenos. ¿Han oído hablar de él?

—Conocemos al caballero, en efecto —respondió el agente con sequedad.

Se volvió en el instante que el Cadillac se detenía y Jeremy iba a su encuentro.

—¿Te gustó el coche, Dax?

—Ya lo creo, pero lo encuentro demasiado grande para las carreteras de aquí.

Temblando de ira, Von Kuppen estalló:

—¡Es un complot! ¿No ven que están confabulados?

Dax lo miró con desdén, preguntando:

—¿Quién es ese hombre?

—Se llama Von Kuppen —respondió Jeremy—. Cree que…

—¿Von Kuppen? —repitió Dax—. Pues me ahorra buscarlo y sufrir una serie de molestias.

Se apeó del Cadillac y dando la vuelta alrededor del coche fue a su encuentro.

—Tengo un mensaje para usted de su esposa.

—¿Lo ven? —gritó el alemán histéricamente—. ¡Ya les dije que era un complot!

—¿Un complot? —preguntó Dax, divertido—. ¿Qué complot?

—Von Kuppen dice que he raptado a su esposa esta noche pasada.

Dax soltó la carcajada, y volviéndose a Jeremy se disculpó.

—Lo siento, pues no creí que te verías envuelto por culpa mía en mis…, en mis asuntos.

Se dirigió a los gendarmes añadiendo:

—A la señora Von Kuppen no la han raptado. Vino conmigo por su propia voluntad. Me dijo que no quería saber nada más de su marido y que quería abandonarlo. Me pidió por teléfono que la ayudase, y fui a recogerla al hotel.

—¡Está mintiendo! —gritó de nuevo Von Kuppen.

Dax extrajo un sobre de su bolsillo.

—Antes de seguir con acusaciones de las que quizá, tenga que responder ante un tribunal por calumnia, le aconsejo que lea lo que su esposa le dice.

El alemán abrió el sobre, y a Jeremy le pareció que contenía algunas fotografías y un pliego de papel.

Von Kuppen, blanco el rostro como el papel que tenía en la mano, exclamó:

—No lo comprendo. ¡Exijo verla! Tengo que hablar con ella.

—Pero ella no quiere hablar con usted. Me ha dicho que le devuelva su pasaporte.

—¡Quiero verla! Es mi esposa y usted no puede impedirlo.

Dax respondió fríamente:

—Ya lo creo que puedo. Su esposa está en mi villa, y para su gobierno le diré que soy el embajador volante de la República de Corteguay, en misión diplomática en Francia. Por lo tanto mi residencia goza de inmunidad diplomática. ¿No es verdad, *monsieur*? —le preguntó al más viejo de los gendarmes.

El agente inclinó la cabeza.

Y con la proverbial concisión francesa para desembarazarse de una situación molesta, repuso:

—Tratándose de una cuestión diplomática desde luego queda fuera de mi jurisdicción.

Dax agregó, encarándose con Von Kuppen:

—Como postdata al mensaje que le he entregado, debo añadirle que tengo copias del mismo, además de una declaración jurada de su esposa ante notario y de un certificado médico sobre su estado físico. Supongo que no se negará a devolverle el pasaporte. ¿O prefiere una querella criminal por malos tratos?

Von Kuppen miró unos segundos a Dax, y se volvió hacia Jeremy preguntándole:

—¿Qué le hizo a mi mujer? Hasta antes de cruzarse usted en nuestro camino, vivíamos perfectamente.

—Si de veras cree en lo que dice, es que está usted loco —respondió Jeremy.

Y dirigiéndose a su padre añadió:

—¿Vamos dentro, papá? Tengo un hambre terrible.

Y sin una palabra más entraron en la casa, dejando fuera a Von Kuppen y a los gendarmes. Poco después oyeron que arrancaba el coche. Hadley miró a su hijo y le preguntó:

—Tú la sacaste del hotel, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y por qué hiciste esa locura?

Jeremy le preguntó a Dax:

—¿Eran fotografías, verdad?

Dax asintió y se sacó un paquete del bolsillo, y, sin decir una palabra, Jeremy se lo tendió a su padre, quien al ver las fotos solo dijo:

—¡Dios mío!

—Y esto no es todo, papá. Cuando la fui a buscar la encontré esposada por el tobillo a un barrote de la cama. Le he dicho a ese hijo de perra que está loco, y es cierto.

Mister Hadley miró a Dax y a Jeremy conmovido.

—Fuimos muy afortunados en tener a Dax para que nos ayudara a salir de ese embrollo. No quiero pensar en lo que habría sucedido si no está él aquí.

—¿Crees que no lo pensé? —dijo Jeremy—. No creas que no me di cuenta de lo que podía influir contra Jim para entrar en el Congreso.

—¿Contra Jim? —preguntó *mister* Hadley—. Creí que a estas alturas ya lo habrías comprendido todo.

—¿Comprendido qué?

—¿Por qué crees que te dije que no aceptases los puestos que te ofrecían? Porque quien va a ir al Congreso… ¡eres tú!

diecisiete

Roberto estaba leyendo el periódico cuando Denisonde entró en el pequeño apartamento con la bolsa de la compra medio vacía colgando del brazo. Se detuvo en el umbral.

—Has venido temprano —le dijo ella.

Sin levantar los ojos del periódico, Roberto siguió deletreando con dificultad el hebreo y traduciéndolo mentalmente al francés, hasta que hubo terminado la frase. Luego miró a Denisonde diciéndole:

—No había nada que hacer en el despacho y me dieron la tarde libre.

Denisonde cerró la puerta, se fue a la cocina, y desde allí le dijo:

—Con el correo llegó un número del *France-Soir*. Lo tienes en la mesita de noche.

—Gracias.

Roberto se levantó; pero no queriendo demostrar demasiado interés por el periódico, le preguntó:

—¿Cómo te ha ido hoy?

—Más o menos como siempre. Estoy segura de que el carnicero entiende el francés, pero finge que no. Y cuando ya llevaba un buen rato de esfuerzos con mi hebreo y él y los demás se divirtieron a mis expensas, me dijo que hoy no había carne.

—Pero las estampillas de la nueva ración señalaban que era para hoy.

—Yo se lo dije al carnicero, y me contestó que yo lo sabía y que él lo sabía pero que alguien se olvidó de decírselo al novillo.

—Entonces, ¿qué has traído?

—Patatas y un trozo de cordero.

—¿Ya has vuelto al mercado negro?

—¿Te seducía la idea de volver a comer solo patatas hervidas?

Roberto, después de un silencio, dijo amargamente:

—Los árabes no nos querrán, pero se enriquecen a costa nuestra.

—Los árabes no son los únicos que no nos quieren aquí.

—Ahora que se han ido los británicos será diferente.

—Hace meses que oigo lo mismo —replicó Denisonde, irritada, mientras se recogía el cabello que le caía sobre la frente, añadiendo—: Además, no me refería a los británicos.

Roberto entró en el dormitorio y volvió con el periódico.

—¿Viste la foto de Dax y lo que dice de él en la primera página?

—No. ¿Qué dice?

Roberto leyó para sí, y al terminar se rio diciendo:

—Dax no cambiará nunca. Parece que en un hotel de Niza raptó a la esposa de un alemán, y cuando el marido reclamó, Dax contestó que ella estaba en su villa y que esta disfrutaba de inmunidad diplomática.

—¿No dice el nombre de la dama?

—No lo dice.

Denisonde puso un cazo con agua al fuego y empezó a raspar las patatas con un cepillo.

—¿Por qué no las pelas?

—Porque la piel tiene sustancia mineral, y como solo tengo tinco patatas y son muy pequeñas…, pues se aprovechan más.

Roberto se enfrascó con el periódico mientras ella estaba en la cocina. Cortó en trocitos las patatas y el cordero, sacó unas verduritas de la alacena y las echó en el cazo. Se quedó unos instantes pensativa y luego abrió el armario, cogió otra cebolla y la añadió al guiso. Echó un poco de sal y pimienta y puso la tapa. No sería una francachela, pero siempre sería mejor que nada.

—Hay dos páginas con la nueva moda —dijo Roberto sin dejar de leer—. ¿Quieres verlas?

Denisonde cogió las dos hojas que él le tendía y se sentó delante tic él; miró la primera página y vio unos grandes titulares:

LA PRIMERA PRESENTACIÓN DE LA TEMPORADA Chanel, Balmain, Dior, Príncipe Sergei Nikovitch…

Las hojas estaban llenas de retratos de modelos en poses estudiadas y luciendo los nuevos trajes. Denisonde las contempló anhelante, y luego cerró los ojos. París, los desfiles de modas…

Era como una descarga eléctrica. No importaba que fuera princesa o carnicera. Al llegar la temporada las conversaciones femeninas giraban alrededor del mismo tema: la moda. Ejemplares de *L'Officiel* pasaban de mano en mano con grandes exclamaciones «¡ah!, ¡oh!» ante cada modelo, y todas emitían su opinión sobre las nuevas tendencias, escuchándose unas a otras con la mayor atención, como si el nombre de cada una encabezara la lista de las mujeres mejor vestidas del mundo.

París vibraba en esa época del año. Las compradoras acudían de todas partes del mundo: de las dos Américas, de Alemania, de Inglaterra, de Italia…, incluso del Oriente. Los restaurantes, los teatros y los clubs estaban abarrotados.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que estuvo con un grupo de gente alegre? Los israelitas no tenían sentido del humor. No se quejaban de sus desgracias, pero eran severos porque crear una nación es una tarea durísima y no tenían muchos temas que les permitiesen bromear. Cuando se reían lo hacían como a regañadientes, y su alegría parecía extraña y vacía.

Denisonde volvió la página y vio un rostro conocido. Era el de una chica que había estado en casa de *madame* Blanchette y que ahora era modelo. Siempre dijo que lo conseguiría.

También Denisonde acarició la misma, ilusión cuando llegó a París. Pero las casas de la *haute couture* no la admitieron porque tenía demasiado busto; entonces se impuso una severa dieta que se le reflejó en las mejillas y en unas hondas ojeras, pero no le valió. Seguía teniendo demasiado pecho. Al fin se empleó en una tienda de lencería. El sueldo era poco y mucho el trabajo: tres sesiones de pase de ropa interior: dos durante el día y una por la noche.

En aquella época Denisonde pecaba de ingenua.

Casi todos los compradores eran hombres, pero Denisonde no hacía caso; clavaba los ojos en el techo y pasaba una y otra vez con solo bragas y sostén, quitándose y poniéndose el sostén para mostrar su confección. Si ocasionalmente, al parecer para comprobar la tela, la mano de un cliente le rozaba el seno, ella no hacía caso, considerándolo como un gaje del oficio.

Y un día, cuando ya llevaba casi una semana trabajando, el patrón entró, y aunque ella acababa de quitarse el sostén de trabajo, no hizo movimiento alguno para taparse. Al fin y al cabo era el dueño y la había visto a ella y a las otras chicas tantas veces…

—Mañana tendrás tu primera paga —le dijo.

—¿Una semana ya?

—Sí, una semana.

Pero el tono del dueño le llamó la atención.

—¿Está satisfecho de mi trabajo?

—Bastante. Pero ya es hora de que atiendas a la segunda parte de tu empleo.

—¿La segunda parte? —preguntó desconcertada.

—Sí; esta noche tengo aquí un comprador muy importante.

Quiere que salgas con él.

—¿Que yo salga con él?

—Ya sabes lo que quiero decir —le replicó el dueño con acritud—. No vas a trabajar gratis, naturalmente. Cobrarás cien francos y el cinco por ciento de la nota que haga.

Denisonde lo miró fijamente. No estaba asombrada ni ofendida. Como buena francesa, era realista, y las cuestiones sexuales no le significaban ningún problema, pero hasta entonces siempre había sido ella quien escogió el momento. Su sorpresa obedecía a que no se la advirtió cuando la emplearon.

—¿Y si no quiero salir con él?

—Entonces no hace falta que vuelvas. Yo no empleo a una chica que no se esfuerza en colaborar con la casa.

Denisonde se quedó unos momentos pensativa, y luego, después de coger su sostén de la silla, repuso:

—No, gracias. Si las condiciones son esas, prefiero hacerlo sola. Ganaré más dinero.

—Lo único que conseguirás será la tarjeta de prostituta con que te clasificará la policía. Y ya sabes lo que significa. Nadie te dará ningún empleo decente nunca más,

porque lo primero que comprueban es si estás fichada.

Sin responder, Denisonde acabó de vestirse.

—Haces una gran tontería.

Ella sonrió, diciéndole mientras se abrochaba la blusa:

—Diga que la tontería la haría quedándome.

Después de esta experiencia a Denisonde ya no le quedaban dudas sobre la ocupación adecuada; tenía una mente y un cuerpo ágiles, y al poco tiempo trabó conocimiento con *madame* Blanchette gracias a un inspector de policía que fue quien la aconsejó después de salir de la cárcel donde él mismo la había metido.

—Pareces una buena chica —le dijo amablemente—. Te buscaré una excelente casa para trabajar. Es muy peligroso para una muchacha como tú andar sola por las calles hasta tan tarde. Nunca se sabe con quién te puedes encontrar.

De pronto el olor a comida quemada la sacó de su abstracción, y se fue corriendo a la cocina; al coger el cazo se quemó los dedos y lo tiró a la pila de lavar los platos. Las patatas y la carne se salieron, y Roberto, que se había dormido con el periódico colgándole de la mano, se levantó al oír el ruido para saber qué pasaba.

Denisonde miró aterrada el desaguisado, sintió que la abandonaban las fuerzas y exclamó echándose a llorar:

—*Merde*!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Roberto, y añadió en tono acusador—. ¡Has dejado quemar la comida!

Ella lo miró con las lágrimas corriéndole rostro abajo, y entrando en su habitación, gritó:

—Sí. ¡Dejé quemar la maldita comida!

Cerró la puerta violentamente y se echó en la cama llorando desconsoladamente. Roberto entró en silencio y, sentándose al lado de ella, le puso con dulzura una mano sobre la espalda. Ella se le arrimó y escondió el rostro en su pecho.

—¡Oh, Roberto…! ¡Quiero irme a casa!

Él siguió callado y abrazándola.

—¿No lo comprendes? Esta tierra no es la mía, y esta gente no es como yo. Yo soy francesa y me siento fuera de mi ambiente.

Roberto siguió sin decir una palabra, y entonces Denisonde se revolvió contra él.

—¡Y tú tampoco estás en tu ambiente! No eres un refugiado ni un desterrado. Eres francés, y nadie te pidió que vinieses. Usurpamos el lugar de otros y comemos lo que otros pueden necesitar.

—Estás cansada —dijo Roberto con suavidad—. Te encontrarás mejor cuando hayas descansado un poco.

—No quiero descansar. Lo que he dicho es la verdad, y tú lo sabes. Si los judíos te necesitasen de verdad no te hubieran dado ese empleo insignificante en una oficina

de traducción. ¿Sabes lo que necesitan de veras? Dinero. Dinero para construir, para comprar comida, ropas… Puedes hacer más por Israel desde el Banco de tu padre que desde aquí.

Roberto clavó sus ojos en los de ella.

—No puedo volver.

—¿Por qué no? ¿Porque tu padre es un realista y sabe que hay que transigir con ciertas cosas aunque no te gusten?

—No es eso.

—Entonces, es por mí. ¿Porque yo no encajaría en tu mundo?

Roberto no contestó.

Denisonde añadió con voz desmayada.

—Entonces no te preocupes, vuelve con los tuyos, nada más. Nos divorciaremos. No tienes por qué avergonzarte de mí. —Y con los ojos llenos de lágrimas otra vez, agregó—: ¡Por favor, Roberto! No puedo más. Quiero regresar a mi tierra.

Estalló en sollozos, y, escondiendo el rostro en el pecho de su marido, oyó como le murmuraba:

—Te quiero, Denisonde. No llores más. Iremos a casa.

dieciocho

Unos seis meses más tarde Denisonde estaba delante del espejo de tres cuerpos que tenía en su habitación de la casa parisiense del barón de Coyne, mirándose con aire crítico. Y pensó en lo diferentes que resultaban las cosas según si una estuviese ante el mostrador o detrás de él. Para modelo, siempre le dijeron que tenía demasiado pecho, y como cliente, el modista de Sergei se hizo lenguas de su *décolleté*. Al observarla, se golpeó la frente entusiasmado y exclamó cerrando los ojos: «¡Ya lo veo! Una túnica muy sencilla, y ajustada, que solo destaque la línea del cuerpo, y en verde oscuro, con un cuello alto, y por delante un *décolletage* que favorezca más su magnífico pecho. Luego, una abertura en la falda tubo, que suba desde el suelo hasta casi la rodilla, a la *chinoise*. ¡Formidable!» El modista abrió los ojos y le preguntó:

—¿Qué le parece?

—No sé —respondió Denisonde—; nunca he vestido de verde.

El vestido se hizo exactamente como el modisto dijo, pero el toque final se lo puso el mismo Roberto: la esmeralda De Coyne, mundialmente famosa. Se trataba de una maravillosa piedra en forma de corazón, de cincuenta y cinco quilates y rodeada de diamantes, pendiendo de una finísima cadena de platino. La esmeralda cabrilleaba sobre su dorada piel y hasta en sus ojos parecía que se reflejase el vivo verde de la gema.

Denisonde se puso nerviosa de repente, se volvió de espaldas al espejo y vio que su cuñada estaba detrás de ella, sentada en una banqueta. La algazara de la fiesta llegaba apagada hasta ellas.

—No sé lo que me pasa. De pronto me ha entrado miedo de bajar.

Carolina sonrió diciéndole:

No debes temer nada. No te van a comer.

No me comprendes. Algunos de los invitados que hay abajo me conocieron en casa de *madame* Blanchette. ¿Qué voy a decir cuando los vea? ¿Y a sus esposas?

—¡Que se vayan al diablo! —exclamó Carolina—. Te podría contar cosas de ellas que te asquearían.

—Quizá, pero ellas no lo hicieron por dinero.

Carolina se le acercó y señalándole el espejo le dijo:

—Mírate. ¿Sabes lo que significa esa esmeralda?

Denisonde movió la cabeza en un signo negativo.

—Mi madre la llevó, y antes mi abuela, y antes la madre de mi abuela; esa esmeralda va unida al título de los Coyne. Cuando mi padre se la dio a Roberto para ti demostró que para él había muerto tu pasado, y todos los que están abajo lo saben.

—Roberto no me lo dijo —murmuró emocionada Denisonde.

—No lo hizo porque lo encuentra lógico, como todos los demás. Ya lo verás.

—Me voy a poner a llorar.

—No lo hagas —le dijo Carolina cogiéndola de la mano—. Si lloras, tendrás que volver a maquillarte.

El barón atravesó por entre sus invitados dirigiéndose a Denisonde.

—¿Me concedes este baile, *ma fille*?

Denisonde pidió excusas a los que la rodeaban, y de la mano del barón se dirigió al lugar que habían desalojado para el baile. La orquesta inició un vals lento, y el padre de Roberto sonrió al decirle a Denisonde:

—¿Lo ves? Los tengo bien enseñados y respetan la edad.

Ella le contestó riendo:

—Entonces, tendrían que tocar el *bob* americano.

—¡No, por Dios! —y le preguntó mirándola a los ojos—. ¿Te diviertes?

—Mucho. Como si viviese un sueño. Nunca habría creído que el mundo fuera así. —Y besándole una mejilla añadió—: Gracias, *mon père*.

—No me agradezcas nada. Soy yo quien debe darte las gracias, pues me devolviste a mi hijo. ¿Está curado?

—¿Se refiere a las drogas?

—Sí.

—Por completo. No fue fácil; estuvo enfermo mucho tiempo, pero ahora vuelve a ser el Roberto que queremos.

—Me alegro tanto… ¡Cómo te lo agradezco, hija!

—A mí, no, a los israelíes hay que agradecerlo. Con su severidad lograron lo que parecía imposible.

Estaban cerca de la puerta de la biblioteca y el barón, dejando de bailar, le dijo:

—Entra. Hay aquí algo que quiero darte.

Denisonde lo siguió con curiosidad, entrando en la estancia caldeada por el fuego de la chimenea. El padre de Roberto abrió un cajón y sacó unos papeles.

—Esto es tuyo.

Denisonde se quedó petrificada. Era su ficha de prostituta, los certificados médicos y los de las detenciones policíacas.

—¿Cómo los consiguió? —preguntó temblando.

—Los compré —respondió él—. Desde ahora, respecto a tus antecedentes pasados, tu nombre no ha figurado jamás en ningún archivo policial.

—Pero ¿por qué lo hizo? Le habrá costado mucho dinero…

Sin responder le quitó los papeles y los echó al fuego, ardiendo inmediatamente.

—Quería que supieras que la antigua Denisonde ya no existe.

Ella contempló el fuego en silencio, y luego preguntó:

—Entonces, ¿quién queda en mi lugar? ¿Quién soy yo?

—Mi nuera —respondió el barón con ternura—. Eres la esposa de Roberto, de quien estoy muy orgulloso.

Roberto entró en el despacho de su padre.

—Esto no vale la pena —exclamó, así que cerró la puerta.

El barón se quedó mirándolo:

—Explícate.

—Yo estuve allí —replicó su hijo en tono vehemente—. ¿Has olvidado que viví en el país? A pesar de lo importante que sea el proyecto, Israel nunca podrá pagar el tendido de una conducción de agua a través del desierto. Ni en cien años lo hará. Ya no volveremos a ver ese dinero.

Su padre lo observó sorprendido.

—¿Pero tú estás de acuerdo en que ese proyecto es posible?

—*Oui*.

—¿Y necesario?

—Desde luego. Pero yo no discuto eso, sino su aspecto económico.

—Algunas veces es de buena política bancaria invertir en cosas que no aportan ningún provecho inmediato. Esta es una de las responsabilidades de la riqueza. Hacer posible que a la larga se beneficien todos en general.

Roberto miró a su padre intrigado.

—¿Quieres decir que has cambiado de actitud respecto a estas cosas?

—No más de lo que refleja tu actitud.

—¿Y tú responsabilidad para con el resto de la familia? ¿No fue esa la razón que me diste para salvar la empresa Von Kuppen?

—Todo va ligado. Si entonces no hubiera evitado la disolución de las fábricas Von Kuppen, otros lo hubieran hecho, y no habría obtenido los beneficios que hacen posible la inversión en Israel.

Roberto se quedó unos instantes callado.

—¿Quieres decir que de ese proyecto no piensas obtener beneficios?

—No he dicho eso —rebatió el barón con viveza—. Como banquero, no puedo desdeñar una ganancia, por pequeña que sea. Lo que quiero decir es que en este caso no es lo más importante.

—¿Pero la aceptarías si yo te mostrara el medio de obtenerla?

—Desde luego —afirmó su padre—. ¿Pero quieres decirme qué te traes entre manos?

—La Compañía Campion-Israelí de Líneas Navieras. Vamos a rechazar su solicitud de que le suscribamos acciones de la empresa porque Marcelo es demasiado ambicioso y quiere todos los beneficios para él.

—Nuestro buen amigo Marcelo engulle todo lo que está a su alcance. En poco más de un año dispone de casi tantos barcos como su suegro, y más de los que poseen

las compañías griegas. Pero los tiene tan comprometidos con los convenios que ha hecho con unos y con otros, que me temo que cualquier nueva compra lleve a la compañía a la ruina.

—Pero si los beneficios que rindiese la compañía israelí no estuviesen ligados a ninguna otra, ¿no serían provechosos para compensar el déficit del tendido de agua?

Él barón se quedó pensativo.

—Podría ser, pero el beneficio seguiría siendo pequeño.

—Si unimos los dos proyectos, prestando el dinero a Israel, digamos al medio por ciento, en vez del habitual cinco, seis o siete, ¿no resultaría más rentable?

—Sí, en efecto. ¿Pero y si Marcelo se niega a ello? Lo más probable es que no obtuviera beneficio alguno al verse forzado a contribuir con más parte de lo que le corresponde.

—No perdemos nada con proponérselo —replicó Roberto—. Si está tan interesado como parece, aceptará. ¿Supones que hay nadie que esté más interesado de lo que estamos nosotros en su solicitud?

Su padre le miró con respeto. Era una idea muy buena y podía ser beneficiosa para el porvenir de Israel.

—Marcelo está en Nueva York. Quizá deberías ir y hablar con él.

—Pienso lo mismo. Y a Denisonde le gustará, pues no conoce Nueva York.

Al quedar solo, el barón cogió un papel de encima de la mesa, intentando concentrar su atención en él, pero su mente se negaba a obedecerle. Cuando era joven, incluso unos años antes, la posibilidad que había apuntado su hijo no se le hubiera escapado. Se estaba haciendo viejo. Quizá había llegado la hora de pensar en su retiro.

No era que se creyese inútil, pero había cargado con el trabajo demasiado tiempo. Quizás había trabajado sin casi darse cuenta, esperando que alguien pudiera sucederle, y ahora que tenía quién, descubría su enorme fatiga. Lo mismo que le sucedió a su padre.

diecinueve

La multitud empezó a lanzar vítores al aparecer el largo sedán que lentamente se acercaba a la plataforma. Un capitán bajó apresuradamente del asiento delantero y abrió la puerta de atrás haciendo una reverencia. Primero la gente vio una pierna con medias de seda y en seguida la rubia cabellera de Amparo.

—¡La princesa! ¡La princesa! —gritó la muchedumbre.

Amparo se quedó inmóvil unos instantes, con gesto casi tímido, inmediatamente sonrió. Una niña atravesó el cordón de oficiales que la rodeaban y le ofreció un ramo de flores. Ella la besó y pronunció unas palabras se quedaron ahogadas por los gritos.

—Mil gracias.

Escoltada por los militares, subió a la plataforma y se acercó a los micrófonos esperando pacientemente que los fotógrafos cumpliesen con su misión, siguiendo un *flash* a otro *flash*, y que la gente cediese en su entusiasmo. Después habló, con su voz suave y cálida, pareciendo que se dirigiese a cada uno de sus oyentes.

—Hijos míos, campesinos…

De nuevo la multitud reincidió en su entusiasmo. ¿Acaso no era una de ellos? ¿No había bajado su padre de las montañas conquistando su elevada posición? ¿No era ella quien había conseguido la construcción de tantas escuelas para sus hijos, hospitales para los enfermos y comida para los hambrientos? ¿Y no era ella la que continuamente se preocupaba de los ancianos?

Y aquel hotel blanco y reluciente, La Princesa, cuya construcción había proporcionado trabajo a tantos hombres. Y la tierra donde lo habían levantado, ¿no era de ella? ¿Y no había regalado el hotel al pueblo, cuyos ingresos irían en beneficio de todos?

Amparo levantó la mano y la gente enmudeció. Y sin pestañear ante el ardiente sol que le daba en la cara, continuó con su voz acariciadora ampliada por los micrófonos:

—Este es un día en el que hemos de sentirnos orgullosos, nosotros y Corteguay, porque marca el principio de un nuevo bienestar para nuestro amado país.

Los vítores se reanudaron, pero los atajó con un ademán.

—Estoy aquí solo como un símbolo. El símbolo de la humildad y la modestia de mi querido padre, cuyo pesado trabajo no le ha permitido asistir a este acto.

Ahora se detuvo a propósito para que las gentes se explayaran. «¡El Presidente! ¡El Presidente! ¡El Presidente!» Cuando los gritos se apaciguaron continuó:

—Mañana se abrirá este hotel y tres grandes aeroplanos procedentes de Estados Unidos aterrizarán en nuestro aeropuerto y un gran transatlántico llegará a nuestras costas. Cada avión vendrá lleno de visitantes del norte, que además de divertirse se maravillarán ante las bellezas de nuestro país. Es una obligación de cada uno de

nosotros darles la bienvenida. Estos mismos turistas son los que llevaron el bienestar y la abundancia a nuestros vecinos de Cuba y de Panamá. Ahora vienen hasta nosotros, y debemos esforzarnos para conseguir que se hallen a gusto, que se lleven a su país el recuerdo de nuestras bellezas y de nuestra amabilidad. Hemos de demostrarles que nuestra amada patria, nuestro Corteguay, es una tierra que merece ocupar un sitio en la comunidad de las naciones.

La multitud estalló en nuevos vítores y aplausos. Amparo sonrió, volvió a levantar la mano y prosiguió:

—Mañana, el hotel será para ellos, pero hoy os pertenece a vosotros y cada uno puede recorrerlo y ver las maravillas que encierra gracias a vuestros esfuerzos y a la fe y la confianza que mi padre puso en vosotros.

Al terminar su discurso se volvió hacia la cinta que simbólicamente cerraba el paso. Le dieron unas tijeras que brillaban al sol y la cortó. Entonces se permitió a la gente que entrara a ver el edificio, recorriéndolo entre la doble fila de soldados que mantenían el orden.

Dax permaneció silencioso en la plataforma hasta que los oficiales y los dignatarios se despidieron y Amparo se quedó con solo su escolta. Entonces se le acercó, murmurándole:

—Estuvo muy bien, muy bien.

Ella se volvió con una sonrisa cortés, que se transformó en cálida y luminosa al ver quién era el que le hablaba.

—¡Dax! No sabía que estuvieses aquí.

Dax le besó la mano y le dijo:

—Llegué anoche. Has estado muy bien.

—Tengo mucha práctica.

—¿Vas a entrar en el hotel? —preguntó Dax.

—¿Con ese gentío? No estoy loca. No puedo sufrirlos. Si no fuera por los soldados no dejarían piedra sobre piedra. Esa gente no aprecia nada.

—Veo que no has cambiado. Por lo menos eres sincera.

—¿Por qué había de cambiar? ¿Has cambiado tú?

—Creo que sí. He madurado y tengo más experiencia.

—No hay nada que cambie —aseguró ella—. Somos los mismos que vinimos de las montañas. Son los demás los que creen que cambiamos.

—Pareces un poco amargada.

—No. Solo soy realista. Las mujeres somos más prácticas que los hombres. Los nuevos edificios, los aeropuertos y las carreteras no nos impresionan.

—¿Qué es lo que te impresiona?

—Tú.

—¿Yo? —exclamó él, sorprendido.

—Sí. Tú supiste huir de aquí. Ya eres del mundo más que de Corteguay. —Amparo cambió bruscamente de tono y le dijo—: Vámonos, Dax; tengo un terrible

dolor de cabeza por estar tanto tiempo al sol. Vamos a tomar algo.

—El bar de los bajos del hotel está abierto.

—No; ven al palacio conmigo. Estaremos más cómodos…, si no tienes ningún compromiso.

—Ninguno, princesa.

El coche estaba que ardía, y Dax hizo acción de bajar los cristales para que se airease.

—No —le dijo Amparo—. Todavía hay indeseables por ahí.

Dax la miró pensativo. Quizá tuviese razón y fuese cierto que la gente no había cambiado.

El rostro del muchacho siguió inexpresivo mientras miraba cómo el coche se alejaba. Después, andando despacio, volvió a mezclarse con la gente.

«Podía haberlos matado —se dijo— cuando los tuve tan cerca y estaban distraídos. Como mataron a mi padre, sin tenerle lástima y a traición.»

Se metió la mano en el interior de la chaqueta para asegurarse de que la pistola seguía en el mismo sitio, e inmediatamente sacó la mano fuera para que nadie creyese que escondía un arma. La gente le estaba empujando y terminó por entrar en el hotel.

«¿Qué beneficio me habría traído matarlos? Ninguno. Los soldados me habrían matado y el Presidente estaría en el mismo sitio. No fue para tan triste resultado por lo que me marché tan lejos a estudiar.»

Se detuvo unos momentos en el umbral, mirando hacia las montañas.

«Mañana empezaré mi obra. En la tierra de mi padre y en el pueblo de mi padre. Todos oirán mi mensaje y sabrán que no están solos, “que no estamos solos”, y creerán en mí. Cuando lleguen las armas será el momento de matar a los asesinos de mi padre, y sabrán que el hijo del Cóndor es su verdugo.»

Embebido en sus pensamientos, no se dio cuenta de que dos hombres seguían cada paso suyo, y cuando quiso zafarse de ellos ya era tarde. Se lo llevaron preso.

—¡Los comunistas! —estalló el Presidente escupiendo en el suelo de mármol—. Son los que están detrás de esas bandas que han aparecido en las montañas, y son los que envían armas, dinero y guerrilleros. No hay noche sin que alguno de ellos no pase una de nuestras fronteras.

—Si hace años hubiésemos solventado el problema de los bandoleros, ahora no tendríamos que preocuparnos.

—¡Eres muy estúpido, Dax! ¿Crees que se trata solo de eso? ¡Ojalá fuera así! Ahora es una plaga que se ha extendido por todo el mundo. No es en nuestro país solamente. La sufren Brasil, Argentina, Cuba…, y en Asia, el Vietnam, Corea…

—En Corea se pactó una tregua para casi un año —repuso Dax—. Rusia y

Estados Unidos han retirado sus tropas.

—Yo no sé tanto como sabes tú de los países —respondió en tono sarcástico el Presidente—, pero sí tengo la suficiente experiencia política para sospechar que el pacto de Corea no llegará más allá del verano. ¿Cuánto tiempo crees que los coreanos del norte resistirán viendo que los del sur se enriquecen y engordan en los valles del paralelo 38, mientras ellos pasan hambre en las montañas y no le encuentran salida a su miseria?

Ante el silencio de Dax prosiguió el Presidente:

—Precisamente mis hombres han descubierto esta tarde a un muchacho que ha estado todo el tiempo muy cerca de Amparo mientras ella pronunciaba el discurso, y le han encontrado un arma. Después han averiguado que hace poco llegó de Rusia, donde ha estudiado. ¡Estaba allí para matar a Amparo!

—Sin embargo, no disparó —advirtió Dax—. ¿Por qué?

—¿Quién sabe? Quizá no se ha atrevido a disparar, quizás ha tenido miedo de que después lo matasen a él. ¿Quién sabe?

—¿Qué le sucederá?

—Se le juzgará —contestó el presidente con firmeza—. Si coopera como debe y proporciona informes, vivirá. Si no…

El Presidente se interrumpió y dio unos pasos hacia su mesa, añadiendo:

—Dentro de tres semanas se presentará de nuevo nuestra demanda para entrar en las Naciones Unidas. Esta vez será aprobada. Las potencias occidentales ya no pueden seguir sosteniendo el argumento de que nos mantuvimos neutrales durante la guerra. Ahora nos enfrentamos todos con el enemigo común.

—No se conseguirá si Rusia ejerce su derecho al veto.

—Una vez haya terminado la tregua en Corea, no lo hará —afirmó el Presidente —. No se atreverá por temor a la opinión pública. Entonces será nuestro momento. Comunicarás a las Naciones Unidas que tenemos tres batallones de hombres a su servicio.

Cogió una hoja de papel y se la tendió a Dax, agregando:

—Aquí está tu nombramiento como coronel del ejército.

Dax miró asombrado el papel.

—¿Coronel yo? ¿Por qué?

El Presidente sonrió al decirle:

—Voy a enviar a Amparo a Estados Unidos, en… ¿cómo diríais vosotros…? En misión de buena voluntad. Tú la acompañarás.

—Sigo sin ver la razón de mi nombramiento.

Una mueca traviesa se grabó en el rostro astuto del viejo gobernante.

—No hay nada como un uniforme para que la mujer a quien acompañe parezca más femenina y más frágil.

veinte

—La princesa llamó dos veces mientras estabas fuera —le informó Gato Gordo —. Quiere verte en seguida.

—¿Dijo lo que quería?

—No. Me imagino que lo de siempre.

Dax frunció el ceño mientras se quitaba la guerrera. Como siempre, durante el viaje, Amparo exigiendo una atención constante. Se aflojaba el nudo de la corbata cuando preguntó:

—¿Ha venido el corresponsal del *London Times*?

—Se ha ido no hace aún una hora. Amparo telefoneó poco después de irse él.

—Llámala y dile que iré así que me haya duchado.

Fue quitándose la camisa mientras iba al cuarto de baño. Abrió el grifo del agua caliente y sintió como si le fuese aplacando. Aquel sudista perteneciente al Congreso y que tanta influencia tenía en el Comité de Asuntos Extranjeros, había resultado muy difícil. Si no hubiera sido por la ayuda de Jeremy Hadley no habría conseguido nada.

Pero Jeremy supo bandearlo. Con mucho ingenio y una sagacidad que acreditaba su inteligencia política, le había insinuado que los privilegios de que la Texas Oil disfrutaba en Corteguay podían revocarse, aunque pareciera inverosímil, pero a veces no se sabía cómo sucedían las cosas. Corteguay era el único país de todo Sudamérica que no había acudido con ninguna demanda al programa de ayuda extranjera de Estados Unidos. Todo lo que había conseguido se lo debía a su propio esfuerzo, lo que lo situaba en un plano muy independiente.

El hombre no era tonto, pues entendió muy bien el aviso. Además, según dijo, le gustaba la idea de que Corteguay no hiciese ninguna demanda monetaria a Estados Unidos. Era muy consolador encontrar un país que mantuviera su independencia siguiendo la gran tradición de los Américas. Pero Dax estaba seguro de que en la mente del miembro del Congreso pesaba la enorme suma que ya había recibido o le habían prometido para su campaña sus amigos del sindicato de la Texas Oil. Así se llegó a un acuerdo satisfactorio: el influyente hombre recomendaría el ingreso de Corteguay al Departamento de Estado de Estados Unidos.

Dax estaba tan absorto en sus pensamientos que no advirtió que abrían la puerta de su cuarto de baño, hasta que oyó la voz de Amparo.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó ella, enojada.

—Ducharme —contestó sarcásticamente a través de la cabina de cristales opacos —. ¿Qué diablos creías que estaba haciendo?

—¿A media tarde?

—¿Por qué no?

—¡Has estado con una mujer! —exclamó acusadora—. Con la alemana.

—No seas ridícula.

—Vi cómo te miraba durante la comida.

Dax cerró malhumorado el grifo. No se le podía decir a Amparo que Marlene, en realidad, había estado con Jeremy Hadley.

—No sigas en ese papel de campesina celosa. Hay otras razones, además de la de fornicar, para ducharme por la tarde. Estamos en Estados Unidos, y aquí, donde abunda todo, también abunda el agua.

Entreabrió la puerta y sacó el brazo para coger una toalla. Encontró una en el toallero y se la enrolló alrededor de la cintura. Amparo estaba en la puerta del baño mirándole, mientras él se secaba con otra toalla. Por el espejo veía como la ira que brillaba en sus ojos se iba apagando.

—¿Qué tal ha ido la reunión de prensa?

—Creo que bien. Pero tenías que haber estado conmigo. Sola con los periodistas no estoy a gusto. Parecen tan… superiores.

—Todos son igual. Creo que es una fachada para hacer creer a la gente que saben más de lo que realmente saben.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—He tenido una entrevista con un miembro del Congreso norteamericano. Ya lo sabías.

—¿Ha ido bien?

—Sí, muy bien.

Amparo se quedó unos instantes callada.

—Quiero beber algo.

Sus miradas se encontraron a través del espejo.

—Gato Gordo te servirá lo que quieras.

—¿Qué fue eso que tomamos antes de comer? Ese combinado. Me gustó.

—Un Martini seco.

—Me ha encantado. Estos gringos saben mezclar las bebidas. No se contentan con embriagarse con el áspero ron a secas.

—Tú ve con cuidado, pues algunas son muy fuertes. Se te suben a la cabeza, te enturbian la mente y te desatan la lengua.

—Me bebí tres combinados antes del almuerzo y no me hicieron daño. Simplemente, me entonaron.

Amparo dio unos pasos dentro de la habitación, Dax se puso un batín, cruzó el dormitorio y llegó al saloncito que tenía la *suite*. Amparo, de pie, estaba con un martini en la mano, mirando por la ventana que daba a la Park Avenue.

—Cuánta gente se ve…

Él asintió.

—Nueva York solamente, tiene tres veces la población de Corteguay.

—Y viven y trabajan todos. Aquí no hay guerra ni bandoleros en los montes.

—No, según nuestra apreciación, pero tiene sus problemas. Sus delincuentes son

sociales, no políticos.

Amparo dejó la ventana y dijo:

—Aquí todo el mundo tiene coche. Hasta los más pobres. Ni México, que yo creí tan rico, es lo de aquí. Este sí que es un país rico. Ahora empiezo a comprender a mi padre cuando dice que tenemos un camino muy largo que recorrer.

Dax no respondió.

Amparo le preguntó, mirándole:

—¿Puedo tomar otro martini?

—Soy tu acompañante —le contestó él—; no tu dueña.

Esperó que Gato Gordo le sirviese otra vez y añadió:

—No bebas demasiado, pues esta noche tenemos una cena muy importante, y no dejarías una buena impresión si te durmieses durante la velada.

—No me dormiré —replicó Amparo con voz violenta. Su cara estaba ligeramente encendida por efectos del alcohol.

—Yo voy a echar una pequeña siesta. Te aconsejo que hagas lo mismo. La velada será larga.

—No tengo sueño.

—Allá tú. ¿Quiere excusarme su alteza?

—No tienes por qué gastar ironías —exclamó ella siguiéndolo hasta la puerta del dormitorio.

Dax se sentó en el borde de la cama.

—No soy irónico. Lo que ocurre es que estoy cansado.

Ella bebió otro sorbo mientras miraba como se estiraba en la cama.

—¡Estuviste con la alemana esta tarde!

—¿Lo ves? Ya te avisé que no bebieras tanto. El alcohol ya te hace decir tonterías.

—¡No soy tonta! —estalló acercándose a la cama—. Te conozco muy bien. Si no hubieras estado con una mujer no te quedarías tan tranquilo mirándome desde ahí.

Él se puso las manos detrás de la cabeza.

—¿Y qué es lo que sabes de mí?

—Olvidas que leo todos los periódicos extranjeros, que no son como los de Corteguay, que tienen prohibido escribir nada contra ti. Has estado enredado con muchas mujeres.

—¿Sí?

De repente, los ojos de Amparo se llenaron de lágrimas.

—¿Acaso no soy una mujer? ¿Es que yo no valgo nada?

Dax soltó una carcajada.

—Eres una mujer deliciosa, y vales mucho, pero…

—¿Pero qué?

—Tu padre te ha confiado a mí. Es una cuestión de honor. ¿Cómo crees que reaccionaría si supiera que he traicionado su confianza?

—¿No te estás riendo por dentro? ¿Hablas en serio?

—Naturalmente que hablo en serio.

Entonces fue Amparo quien se rio.

—Mi padre tiene razón cuando dice que eres el mejor diplomático que nunca tuvo Corteguay.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. ¿Tú crees que mi padre nos habría dejado hacer solos este viaje si no hubiese esperado que acabaríamos liándonos?

Dax no respondió. Por primera vez pensó en una posible finalidad del Presidente y comprendió que Amparo podía tener razón. Era la forma en que el diabólico bandolero obraba. El camino directo era demasiado simple para él.

—Todo terminó entre nosotros —dijo al fin—. Él lo sabe.

—Es esta la verdadera razón, ¿verdad? Nunca me has perdonado lo que pasó.

—No tenía nada que perdonar.

—Yo no quise engañarte. Fue mi padre quien insistió en que no te dijera la verdad.

—No importa.

—¡Sí que importa! —exclamó ella—. Entonces no, pero ahora sí.

Bruscamente apuró la copa y añadió:

—Siempre pensé en ti, pero yo era muy joven; tú no estabas, y me enamoré de un hombre que me recordaba a ti, y al que mi padre hizo matar después. No ha habido ninguno más. Nadie. Cuando me enteré de tu matrimonio lloré toda la noche.

—No había necesidad de que me dijeras todo esto.

—¡Tenía que decírtelo! ¿Hasta cuándo ha de durar este castigo? ¿Cuánto tiempo he de sufrir la pena de que creas que te engañé?

Dax no contestó.

Amparo se dejó caer de rodillas junto a la cama y, depositando la copa vacía en el suelo le liberó bruscamente del batín. Él percibió la caricia de sus ardorosos besos en la suave carne del bajo vientre e inmediatamente la potencia inundó sus genitales. Amparo se apoderó de su erecto falo; lo arañó con sus afilados dientes, lo estimuló con su lengua.

Bruscamente él le hundió los dedos en la mata de sus cabellos, alzándole la cabeza para que ella le mirase.

—Amparo ¿no actúa en ti el alcohol gringo? —Su voz era ronca, su mirada inquisitiva.

Ella lo miró casi con timidez.

—No, no es el alcohol —respondió en voz baja—. Ni mi padre; él nunca lo sabrá. Soy yo quien actúa.

Dax seguía apretando con ambas manos la cabeza de Amparo, la miraba con fijeza, buscando la verdad en sus ojos.

—Hace unos instantes dijiste que todo había terminado entre nosotros —susurró

ella—. Pero te equivocaste porque nunca empezó.

Transcurrieron unos segundos y, con el aliento, añadió Amparo:

—Empieza ahora.

veintiuno

Marcelo descolgó el teléfono y le preguntó a su secretaria:

—¿Hay algo especial esta mañana?

—Nada, *mister* Campion. Conseguí que tuviese la mañana libre de compromisos, tal como me sugirió.

—Bien. Iré al despacho después de comer.

—Si hay algo urgente, ¿le llamo a la oficina de *mister* Schacter?

—No. No quiero que me molesten.

Marcelo colgó el aparato y salió por la puertecilla privada, dirigiéndose a su coche donde estaba el chófer al volante. Se detuvo unos instantes, y alzando la cabeza contempló satisfecho el edificio de piedra gris. Pensó con orgullo que era la última de las casas que quedaban algo decentes en Park Avenue, y haciendo, además, chaflán.

Afortunadamente no era lo suficientemente grande para servir de embajada, pues el precio habría sido prohibitivo. El agente que se la vendió le dijo riéndose:

—Algunos dirían que trece habitaciones es un mal número.

Marcelo soltó la carcajada recordando que había jugadores que llevaban amuletos con el trece grabado. Para él un número era igual que otro, y la casa la encontraba apropiada, aunque su número fue o no de mal agüero.

—A mí no me preocupa. No soy supersticioso.

Hecho el trato, se trasladó allí ya antes de que los obreros terminasen las reparaciones. No le gustaba vivir en el hotel donde se instaló después de separarse de su mujer, pues sospechaba que valiéndose de la servidumbre, quizá sobornada por ella y su padre, se enterasen de muchos de sus asuntos particulares.

Lo que encontró muy acertado fue que la casa tuviese una puerta privada, puesto que así podía ir a su oficina sin pasar por el interior y evitar cuando le conviniese que los criados pudieran dar cuenta de las visitas que recibía.

Marcelo no se hacía ilusiones acerca de sí mismo. No había ganado en prestigio social porque su nombre apareciese más que antes en los periódicos. Lo que le destacaba era su dinero, nada más que su dinero. Sorprendía que hubiese ahora tanta gente que lo encontraba simpático.

Ana, su padre y sus abogados ya le estaban esperando cuando llegó a la oficina de su consejero.

—Buenos días —dijo con amabilidad.

Ana lo miró con expresión sombría, resaltando todavía más el vello de su labio, el cual, a pesar del costoso tratamiento eléctrico a que lo había sometido, seguía igual. Su padre rezongó un saludo entre dientes y los dos abogados le estrecharon las manos.

Marcelo interrogó con los ojos a Schacter, quien le contestó en seguida.

—Pensé que era mejor esperar que usted viniera.

Marcelo asintió.

—Gracias.

—Entonces empecemos.

Schacter carraspeó, según acostumbraba antes de hablar, y se dirigió a los otros, diciéndose que todos los ricos se parecían cuando llegaban al divorcio. Solo contaba el dinero, y por mucho dinero que hubiese, siempre creían que la parte contraria quería llevarse las mejores tajadas.

—Normalmente tendríamos que proceder a un intento de reconciliación. Sin embargo, estamos todos de acuerdo en que las cosas han llegado a un punto que parece inútil todo intento.

Luego de una pausa prosiguió:

—Lo que debemos intentar es conseguir un acuerdo entre las dos partes para evitar un divorcio que pudiese perjudicar a los niños. Por el amor que mi cliente profesa a sus hijos y porque no quiere verlos envueltos en el escándalo que un largo proceso de divorcio supondría, está dispuesto a llegar a un acuerdo que sea razonable.

—No hay ningún motivo para que a los niños los pueda perjudicar ningún trámite legal —observó rápidamente uno de los abogados—. La señora Campion ha sido siempre una madre y una esposa ejemplar.

Schacter sonrió con afabilidad.

—Pero ahora rio discutimos ese extremo. Sin embargo, ante un tribunal actuaríamos de forma distinta, sin detenernos en consideraciones personales. ¿Ustedes comprenden?

Amos Abidijan, incapaz de permanecer callado, intervino.

—¿Y el dinero que me debe?

—¿Qué dinero? Según mis informes, mi cliente no le debe nada.

—Con mi dinero empezó sus negocios. Estábamos planeando el último de ellos, cuando se quedó con él.

—Esto no es verdad —replicó Marcelo vivamente—. Usted sabe muy bien que rechazó mi propuesta, y que fue usted mismo quien me sugirió que buscase el dinero en otra parte, que no quería saber nada del negocio.

—Caballeros —suplicó Schacter levantando las manos—, por favor, cada cosa a su tiempo. No es este el momento oportuno para discutir ese punto.

—Una cosa va ligada con Ja otra —replicó Amos con aspereza—. Utilizó a mi hija, y a mí, y ahora cree que ya puede prescindir de nosotros porque logró lo que perseguía. No habrá acuerdo alguno hasta que esta cuestión no quede bien sentada.

—En otras palabras, *mister* Abidijan —dijo Schacter con suavidad—, el divorcio de su hija y *mister* Campion debe supeditarse a la cuestión financiera con usted antes que nada.

—¡No he dicho eso! Yo solo quiero que los intereses de mi hija y de mis nietos queden asegurados. Repito una vez más que no quiero nada para mí.

—¿Entonces no se opondría a un acuerdo que los beneficiara?

—Claro que no —afirmó Abidijan en tono firme.

—Ni nosotros —añadió Schacter con rapidez—. Pues ya que en principio estamos de acuerdo, podemos proceder. ¿Tiene alguna sugerencia que la considere propicia para un acuerdo?

—Sí —respondió Amos antes de que sus abogados intervinieran—. Un depósito de cinco millones para cubrir pasadas deudas y una división de bienes por dos mitades.

Marcelo se levantó en el acto. No le sorprendía la demanda, pues conocía a Abidijan, pero le sorprendían sus pretensiones. No disponía de este capital y, aunque lo tuviese, jamás accedería a ello. Miró a su suegro.

—Amos —le dijo con calma—, se ha vuelto usted senil y chochea —y dirigiéndose a Ana, añadió—: La próxima vez que nos veamos será mejor que hayas nombrado un tutor para tu padre.

Ana miró a Marcelo con el mayor rencor.

—No es mi padre quien se ha vuelto loco, sino tú con tu desmedida ambición por el dinero y el poder. ¿Qué crees que buscan todas esas mujeres que te rodean? No eres tan atractivo que digamos. ¿Qué es lo que quieres demostrar?

Marcelo, dirigiéndose a su abogado, le observó:

—Ya le dije que esta reunión sería inútil. Creo mejor presentar la demanda en Corteguay, como sugerí en principio.

—Aquí no sería válida —replicó uno de los abogados de ella.

—Yo creo que sí —afirmó Schacter con suavidad—. Ya saben ustedes que mi cliente es ciudadano de Corteguay; por lo tanto, su esposa y sus hijos están sujetos a las leyes de ese país; y las nuestras son muy claras en ese aspecto. Cualquier divorcio, si es válido en el país de los protagonistas, también es válido aquí.

—La señora Campion es ciudadana americana.

—No lo es según las leyes de Corteguay —replicó Schacter sin abandonar su tono suave—. Y estoy dispuesto a discutirlo ante un tribunal una vez mi cliente haya obtenido el divorcio.

Abidijan dirigió la mirada a sus consejeros. Esto era algo que no había esperado, y estaba tan familiarizado con las leyes de cada país, debido a sus negocios navieros, que sabía que todo era posible en el campo legal.

—Me gustaría hablar con ustedes en privado —arguyó.

—No se muevan —dijo Schacter—; mi cliente y yo esperamos en el otro despacho.

Marcelo miró a Schacter mientras cerraba la puerta.

—¿Qué le parece?

—Los tenemos en nuestras manos; es decir, si lo que usted me dijo sobre las leyes de Corteguay es cierto.

—Y si no lo es —contestó Marcelo sonriendo—, estoy seguro de conseguir que

se enmiende la legislación. Y siempre me costará más barato que las pretensiones de Amos.

veintidós

—Iré a París a comprar mi traje de boda —decidió Amparo—. Y desde París, Dax y yo haremos un viaje por toda Europa.

—Tú no irás a ninguna parte —le contestó sin acritud el Presidente—. Te quedarás aquí y te harán el traje en el país, como se lo hicieron a tu madre.

Amparo se acercó a la mesa y le preguntó con tono sarcástico:

—¿Traje? ¿A mi madre? Si tú no te casaste con ella.

—Esto no quiere decir nada. Tu madre nunca habría ido a París para comprarse un vestido.

—¿Y habría podido ir? —replicó Amparo—. Si no querías que se alejara un paso de la puerta por miedo de que te abandonase.

El Presidente se puso en pie.

—Llamarás a una modista y seguirás aquí. Hay mucho que hacer…

—¡Ya he hecho bastante! Quiero ver mundo, y no continuar revoleándome en la mugre junto con los campesinos.

—¡No olvides que debes tu posición a esos campesinos —gruñó su padre—. ¿Quiénes te dieron el nombre de princesa? ¿Quiénes te señalaron modelo de las mujeres de Corteguay? Los campesinos.

—¿Y por eso he de pasarme la vida agradecida a ellos?

—Exacto. No te perteneces a ti misma; perteneces al pueblo.

—Eso es lo mismo que si me hubiesen encarcelado —replicó Amparo, y añadió en el acto—: ¿Pretendes que yo siga aquí mientras mi marido andará correteando por todo el mundo?

—Él tiene su trabajo, lo mismo que tú tienes el tuyo.

Amparo se echó a reír.

—Vamos, papá… Tú no debes estar bien de la cabeza. Sabes de sobra la clase de hombre que es; las mujeres no le dejan en paz ni un momento. En Nueva York estuvimos en una fiesta, y de las doce mujeres presentes, él se había acostado con once.

De pronto, el Presidente sintió curiosidad.

—¿Él te lo dijo?

—No hizo falta. ¿Me crees tan tonta? Según como hable y mire una mujer a un hombre, se puede decir si se ha acostado o no con él.

Su padre se quedó unos segundos pensativo.

—Y la mujer que hacía doce… ¿cómo era?

Amparo lo miro con ironía.

—Vieja, muy vieja…

—Eres tonta, desde luego. El matrimonio con Dax es lo más acertado para ti. El

pueblo os adora a los dos.

—No creo que nos convenga demasiado —replicó con agresividad Amparo—. Ni al uno ni al otro. Somos demasiado parecidos, o demasiado inclinados a los placeres físicos.

—¡No hables así! —estalló el Presidente—. No olvides que eres una dama.

Su hija lo miró de hito en hito.

—¿Cómo quieres que lo sea llevando tu sangre? A tu edad, la mayoría de los hombres se contentarían sentándose al calor del hogar con un puro y una copa de coñac. Pero tú no; tú necesitas una mujer distinta cada semana.

—Los hombres somos diferentes.

—¿Estás seguro? —se mofó ella—. ¿Qué te hace creer que yo no me parezco a mi madre? Y sabes tú muy bien como era ella.

El Presidente murmuró después de un silencio:

—Si hubiese vivido, me habría casado con ella.

—No te creo. Si hubiese vivido, habría terminado como las otras. Echada de tu lado.

Su padre reflexionó unos momentos, y decidió:

—He cambiado de opinión. Os casaréis esta semana y no enviaré a Dax a París. Irá a Corea con los batallones que he prometido a las Naciones Unidas.

Amparo se levantó de un salto.

—¿A que lo maten? Dax no es un soldado.

—No correrá ningún peligro —replicó el Presidente—. A los coroneles nunca los matan. Están en la retaguardia, en el cuartel general. Y ya no tendrás que preocuparte. Allí no hay mujeres atractivas.

—Si las hay, las encontrará —y al fijarse en la expresión de su padre, añadió alarmada—: Te gustaría que lo mataran, ¿verdad?

Ha llegado a ser demasiado popular.

El Presidente la miró sin pestañear.

—¿Cómo puedes decir eso? Dax es como mi propio hijo.

—¡Valiente padre! —exclamó Amparo sarcástica—. No te basta casarlo conmigo; no, esto puede que le ganara más popularidad. Así que lo mandas allá para que lo maten.

El Presidente hizo como si no hubiera oído la acusación de su hija, y, mirando el reloj, ordenó:

—Vamos, ya es hora de que te vistas. La ceremonia empezará a las tres en punto.

—Ahora ya somos un gran país, ¿verdad? La gente tiene que ver lo importantes que somos para las Naciones Unidas.

—Y lo somos. El Secretario General no visita particularmente a todos los países admitidos.

—Pero no es el Secretario General el que va a venir, sino su ayudante.

—¿Y qué diferencia hay? Los campesinos no lo saben.

Amparo se levantó.

—Necesito beber; tengo la boca pastosa.

—Es demasiado temprano todavía. Aún no es mediodía.

—Entonces no beberé ron, sino una bebida americana que ellos llaman un martini. En Nueva York ahora es la una.

El Presidente vio que iba hacia la puerta y la llamó:

—Amparo.

—Dime, papá.

Él la miró unos segundos, y luego, paternalmente, le dijo:

—Confía en mí.

Amparo se quedó unos segundos pensativa, y luego respondió con acento de desesperanza:

—¿Cómo puedo confiar en ti si no me atrevo a confiar ni en mí misma?

Un hombre vestido con un raído traje oscuro que mal disimulaba sus huesos, avanzaba incrustado entre la gente, con el rostro caído sobre el pecho y los ojos medio cerrados, cegado por el brillo del sol después de tantos meses vividos en la oscuridad de una celda. Andaba con dificultad, mal curada la pierna que le rompieron un día, y se escondía la mano derecha en el bolsillo para que nadie le viese los dedos, retorcidos y rotos…

Topó contra alguien, y al tratar de disculparse, enseñó sus encías sin los dientes, tal como le dejaron la boca después de algunos culatazos. Y siguió andando. Todavía le costaba creer que estaba libre. Todo había ocurrido inesperadamente. Fue aquella misma mañana, mientras estaba echado sobre los andrajos que eran su lecho. Vio que se abría la pesada puerta de la celda, e instintivamente se encogió como si quisiera reducirse, preguntándose apenado qué era lo que iban a hacer con él.

Un bulto cayó al suelo, detrás de él.

—Ahí tienes tu ropa. Vístete.

No se movió, temiendo una nueva trampa, y el guardia lo golpeó brutalmente.

—¿No me oíste? ¡Vístete!

Gateando se llegó al bulto. Le fue imposible deshacer el nudo del cordel a causa de su maltrecha mano derecha, y el guardia sacó un cuchillo y lo cortó. Temblando, el prisionero cogió los pantalones y los miró. No eran los suyos, pues estaban nuevos cuando se los quitaron, y los que le daban eran sucios y viejos. Miró al guardia con aturdimiento.

—¡Rápido! No voy a estar aquí todo el día.

Se vistió tan aprisa como pudo; luego el guardia lo cogió por el hombro y lo empujó hacia la puerta.

—¡Fuera!

Medio tambaleándose salió al corredor y esperó a que el guardia cerrase la puerta,

y lo siguió con paso inseguro. Trató de no pensar en nada hasta que dejaron atrás los sótanos donde tenían lugar los interrogatorios. Solo entonces se preguntó qué le esperaba. Parecía que esta vez no pensaban torturarle. Quizá lo llevaban al paredón. La muerte le parecía preferible a la mazmorra que acababa de dejar.

Pasaron la puerta de hierro del bloque carcelario, y siguiendo un corredor llegaron a la oficina del jefe.

Un corpulento brigada levantó la cabeza cuando entraron.

—¿Es el último? —preguntó.

—Sí.

Miró al prisionero con gesto frío e impasible, y cogiendo una hoja de papel, preguntó:

—¿Eres el prisionero 10.614, de nombre José Móntez?

—Sí, excelencia —contestó con voz apagada.

El brigada le alargó el papel.

—Firma —ordenó.

Intentó coger la pluma, sin que sus dedos pudiesen sujetarla. Miró al sargento con ojos interrogantes.

—Con la izquierda. Haz una cruz.

José trazó una cruz al final del papel, y el sargento, después de asegurarse de que no faltaba ningún requisito, carraspeó y lanzó el siguiente discurso con el tono de quien se lo sabe de carrerilla:

—De acuerdo con los deseos y la magnanimidad del Presidente, te beneficias de la amnistía que para delitos políticos ha decretado con ocasión de nuestra entrada en las Naciones Unidas. Desde ahora estás obligado, según ese documento que acabas de firmar, a una completa lealtad al gobierno, y juras solemnemente, bajo pena de tu vida, que no cometerás más actos contrarios al gobierno.

Terminado el discurso, se dirigió al guardia y le ordenó:

—Acompáñalo a la salida.

José Móntez no se movió, confuso ante lo que acababa de oír, hasta que uno de los guardias le empujó. Entonces empezó a comprender. ¡Le daban la libertad!

—Gracias, excelencia —murmuró mientras las lágrimas le corrían rostro abajo, sin poderlas contener—. Gracias —repitió.

El guardia lo empujó otra vez, y él lo siguió hasta el amplio patio de la prisión, donde cerró los ojos, cegado por el sol, y solo entonces se acordó del sombrero que le habían devuelto y que llevaba en la mano. Rápidamente se lo puso para que le protegiera los ojos.

Atravesaron el patio y se detuvieron frente a la pesada puerta.

—¡Es el último! —gritó el guardia al centinela de la torre.

—Menos mal. ¡Con el trabajo que cuesta abrir y cerrar esta jodida puerta!

Rechinando los goznes, la puesta empezó a abrirse, y José Móntez no se atrevía a salir.

—¡Fuera ya! —le gruñó el guardia empujándolo de nuevo.

Móntez lo miró sin decir nada y el guardia se echó a reír.

—No quiere dejarnos; por lo visto estaba a gusto —le gritó al centinela, el cual también se rio.

—¡Venga! No vamos a pasar todo el día contigo.

Móntez se quedó inmóvil al otro lado de la puerta, viendo cómo se cerraba lenta y ruidosamente.

—Hala ya —le gritó el centinela amenazándole con el fusil.

Móntez volvió la espalda a la cárcel y se metió en la primera calle que le salió al paso, con el temor de que aún le metiesen una bala en la espalda. Durante un rato le pareció que aún oía la risa de los dos guardias. Poco después se detuvo exhausto, jadeante, y se sentó a la sombra de un edificio, sobre las losas frías… Al cabo de un rato se levantó y empezó a andar.

La ciudad tenía aire de fiesta. Por todas partes banderas de Corteguay que ondeaban al viento, al lado de la de las Naciones Unidas, y en cada ventana un retrato del Presidente, sonriendo y con el pecho lleno de condecoraciones. Pero Móntez no veía nada. Se dejaba llevar por la muchedumbre, hasta que se vio en la plaza en cuyo fondo se levantaba el palacio presidencial.

La multitud gritaba a pleno pulmón, y al ver que no podía avanzar más, Móntez levantó la cabeza para ver a qué se debía el griterío. En el acto reconoció a dos de las personas que había en el balcón principal del palacio, y un escalofrío de odio le sacudió, estremeciéndose.

Eran el Presidente, con sus medallas cabrilleando al sol, y, se dijo José Móntez, la perra puta de su hija que con el pelo rubio al viento daba un mentís a su nacimiento. De pie, junto a ella, destacaba un hombre, un negro al que José no conocía, pero a todas luces gringo a juzgar por el corte de su traje. A su lado, incómodo dentro de su recién estrenada guerrera de coronel, se hallaba el engañoso prometido de Amparo.

«Debí matarlos cuando tuve oportunidad de hacerlo», pensó, amargado, José. «Ahora, si tuviese un arma… pero, un arma, ahora, ¿de qué me serviría? ¿Cómo poder empuñar una pistola si apenas puedo sostener una pluma, y mucho menos apretar el gatillo?

Salió de la plaza sorteando a la multitud. Pero sí que algún día los mataría. Aprendería a valerse de la mano izquierda, para escribir y para esgrimir un arma. Pero antes debía irse a su casa, a las montañas, donde podría descansar y fortalecerse. Allí hallaría a amigos y camaradas.

No obstante, un recuerdo que era su tortura lo invadió. Conocerían ya su traición, y sabrían que dio sus nombres cuando le trituraban los dedos. Quiso callar, aguantó hasta que el dolor le obligó a darlos.

Se detuvo temblando y se apoyó en un muro; luego de unos instantes de reflexión sintió como un alivio. Probablemente no se sabría que los delató él. Ahora ya los habrían matado a todos. De haber alguno vivo todavía, a él no le habrían soltado.

Reanudó el paso más sosegado. Sería una suerte que todos hubiesen muerto; nadie sabría nada y él esperaría su oportunidad. Esta vez no fallaría.

Libro Quinto

MODA Y POLÍTICA

uno

Cuando Dax salió del cuartel del Mando Supremo de las Fuerzas Americanas en Tokio, los dos soldados de la puerta lo saludaron cuadrándose. Devolvió el saludo con negligencia y siguió adelante. A los pocos pasos vio a un muchacho que voceaba el último número de *Stars and Stripes*, cuyos titulares anunciaban que otra gran batalla se había librado en Corea. Dax se detuvo en la acera, mirando hacia el palacio del emperador mientras esperaba a Gato Gordo.

—¿Nos vamos a casa? —le preguntó Gato.

Dax asintió con expresión ausente, sin apartar la mirada del palacio.

—Sí, vamos a casa. Ya no nos necesitan.

—Nunca nos necesitaron, ni querían que viniésemos.

—El Presidente les prometió un batallón. Quizá si hubiera cumplido su promesa…

—El Presidente promete mucho. Ahora la guerra de Corea está casi terminada y el nuevo Presidente americano firmará la paz sin que nosotros hayamos luchado.

—¿Aún no tienes bastantes guerras?

Gato Gordo se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa puede hacer un hombre? O luchar o joder. Cada una te hace más capaz para la otra.

Dax volvió a mirar el palacio.

—Me pregunto lo que él debe pensar. Le debe parecer más una prisión que un palacio.

—Tiene suerte, le conservaron la vida; pero tengo la seguridad, si es que piensa, de que lamenta una cosa: que no ganaran.

Sacó un paquete de tabaco y empezó a liar un cigarrillo, añadiendo:

—Ahora solo es un dios para sus flores y mariposas.

—Vamos al hotel; me quiero quitar el uniforme. Estoy cansado de jugar a soldado de un ejército que nunca ha existido.

Sin embargo, el ejército existí^. Dax se dio cuenta el día de su matrimonio con Amparo, pero también vio que el Presidente lo destinaba para otros menesteres distintos que el de ir a guerrear en un país extranjero. Los soldados formaron un grueso cordón a lo largo de la calle que iba desde su casa a la catedral, donde se celebró la ceremonia, y desde la catedral al palacio, adonde les llevó el coche negro y blindado del Presidente. También cubrían la nueva carretera que iba desde el palacio, en el que se celebró una gran recepción, hasta el aeropuerto, donde les esperaba un avión americano fletado especialmente para llevarlos al sitio elegido para su luna de

miel.

Habían convertido lo que fue la primera clase en un regio salón, con grandes sillones y dos camas turcas junto al tabique que lo separaba de la segunda clase; una mesita de juego y otra de café, y un bar cerca de la popa del avión. En el lado opuesto, una pequeña habitación lograda con cortinajes, una mesita y un sofá, y en el fondo una puertecilla que daba al lavabo.

Cuando alcanzaron los quince mil pies de altura y se habían quitado los cinturones de seguridad, la azafata de elegante traje azul entró en el salón.

—Llegaremos a Ciudad de México dentro de unas cuatro horas. Si desean algo de mí, toquen, por favor, ese timbre.

—¿Puede decirle a mi doncella que venga?

—Desde luego.

Amparo le dijo a Dax:

—Me voy a cambiar de vestido. Tengo tanto calor que se me ha pegado al cuerpo.

—Voy a saludar al capitán mientras te cambias.

Cuando media hora después volvió, el compartimiento estaba en la penumbra, corridas las cortinas. Amparo, envuelta en una bata de seda, yacía con los ojos cerrados en una de las camas turcas. Cerca de ella, emergiendo de un cubo lleno de hielo, aparecía una botella de champaña medio vacía.

Dax permaneció un momento contemplándola. La bata de seda se le había adherido al cuerpo y saltaba a la vista que debajo de ella no llevaba más ropa. Silenciosamente se despojó de la chaqueta y tras dejarla sobre un sillón, tiró de la corbata. Empezaba ya a desabrocharse la camisa cuando observó que ella había abierto los ojos y le estaba mirando.

—Me estaba preguntando si ya no te vería más el pelo y tendría que volar yo sola a Ciudad de México.

Fue entonces cuando Dax notó que la mano de ella se movía bajo la bata, en la entrepierna.

—¿Qué haces?

Amparo sonrió, moviéndose voluptuosamente.

—Me estoy poniendo a tono para ti.

Enfadado Dax le apartó la mano con la suya y le hundió dos de sus fuertes dedos en el cuerpo.

—¿Todavía no has aprendido que cuando desee tenerte me encargaré yo de ponerte a tono?

Ella dejó escapar un grito ahogado de dolor al tiempo que se proyectaba violentamente hacia adelante, como trepando. Con la otra mano Dax la mantuvo apartada hasta que ella abrió de nuevo los ojos y los clavó en los suyos.

—Conmigo no eres ya la princesa —le dijo ásperamente—, sino mi mujer.

—Sí, sí —se apresuró a decir Amparo echándole los brazos al cuello—. Tú eres mi marido y yo soy tu esclava. Sin ti no soy nada. Ni siquiera una mujer.

Él continuó de pie sin moverse, escudriñándole el rostro con la mirada.

—Recuérdalo.

—¡Sí, lo recordaré! —gritó frenéticamente—. ¡Lo recordaré! ¡Ahora dame tu polla, de lo contrario la distancia entre ambos va a matarme!

Ciudad de México, Miami, Nueva York, Roma, Londres, París, Lisboa…, y a casa. Durante tres meses fueron la pareja en luna de miel más popular del año. Allá donde iban, los reporteros y los fotógrafos los asediaban. No había ningún diario ni revista que no prodigase reportajes e información gráfica. Desde Roma recorrió el mundo entero la famosa fotografía de Amparo arrodillada y besando el anillo del Papa, el rubio cabello emergiendo de la mantilla negra y los ojos recogiendo la paternal sonrisa del Pontífice.

Más tarde, en su *suite* del Hassler, Dax le dijo:

—No sabía que fueras tan religiosa.

—Y no lo soy.

Él le puso el periódico de la noche ante los ojos. La foto aparecía en primera página.

—Parece como si estuvieras en éxtasis.

Amparo se echó a reír diciéndole:

—Y lo estaba.

—Era tan puro, que fue lo más sugestivo que he sentido en mi vida.

—Nunca comprenderé a las mujeres.

Ella se le acercó y rodeándolo con los brazos lo besó en la mejilla.

—Ni lo intentes. Es lo mejor.

—No has cambiado mucho desde que eras una niña.

Besándole suavemente los labios, le dijo jubilosa:

—Esto es maravilloso. No quisiera volver a casa.

Fue en París, sin embargo, donde Amparo se sintió a gusto. Las otras ciudades, por muy fascinantes que fueran, eran ciudades masculinas, tolerantes con las mujeres, y vio en París la ciudad para ellas. El mismo aire parecía esparcir el perfume de mujer que flotaba por todas partes y que los tubos de escape de los coches no lograban apagar. La gracia, el estilo, la belleza…; todo era femenino.

Amparo descubrió París, y París la descubrió a ella. Era la mujer que correspondía a aquel ambiente. Orgullosa e imperiosa, con sus grandes y cálidos ojos de una *jeune fille* y la boca sensual de una *femme de monde*. Era el punto de atracción allá donde iban. En los restaurantes y en el teatro, incluso los más antiguos y orgullosos *couturiers* se esforzaban en complacerla.

Por una vez a Dax le complacía verse en un discreto segundo plano, mientras ella brillaba y era el centro de la atención. En una recepción oyó una voz familiar detrás de él.

—Es muy hermosa.

Se volvió sonriendo. Era Giselle que le tendía las manos. Cogiéndoselas con afecto, la besó en cada mejilla, a la francesa.

—Gracias. Y tu belleza es única.

Giselle hizo una graciosa mueca.

—No como ella. Tengo ya algunas arrugas; mírame los ojos y la boca.

—Tonterías. Estás tan hermosa como siempre.

—No me mientras, Dax. Soy una profesional, y mi rostro es mi negocio.

—Entonces serás tú sola la que ve esas arrugas. El resto del mundo debe de ser ciego.

Giselle miró a Amparo y le preguntó a Dax:

—¿Eres feliz con ella? ¿Es lo que buscabas?

—Soy feliz.

—No has respondido a toda la pregunta.

Él la miró sin contestar.

—Está bien —dijo Giselle después de unos segundos—. Sé que no tengo derecho a preguntar.

Se les acercó un camarero con una bandeja con copas de champaña. Dax cogió una y ofreció otra a Giselle y alzó la suya en un brindis.

—Por los que amamos.

Ella se bebió el champaña rápidamente y dejó la copa.

—Tengo que irme.

—Pero si acabas de llegar.

—Olvidé que tenía otra cita.

Cuando ya estaba en la puerta, Giselle retrocedió y acercándose a él le dijo mientras trataba de contener unas lágrimas.

—Antes de que dejes París… me gustaría verte.

Dax iba a responder, y ella le interrumpió:

—No en un sitio así, sino en mi apartamiento. Ya sé que ahora no puedes disponer de las noches, pero todavía vivo en el mismo sitio y tú sabías cómo llegar hasta mí por las mañanas.

Salió con paso rápido y Dax se quedó contemplándola con la copa en la mano.

Al cabo de un rato Amparo dejó el grupo en que estaba y se acercó a él.

—¿Quién es esa mujer que hablaba contigo?

—Giselle d’Arcy, la actriz de cine.

—Lo sé, lo sé —replicó ella en tono impaciente—. Lo que te pregunto es qué fue para ti.

Dax la miró fijamente y le respondió:

—Durante la guerra fue mi amante.

—No pensarás verla de nuevo, ¿verdad?

—Puesto que lo dices, no sería mala idea —le contestó sonriendo.

—Si lo haces, te mataré —le amenazó furiosa—. Todavía está enamorada de ti; se le nota.

Él se echó a reír… Pero se fueron de París sin que la volviese a ver.

Tres días después regresaban a Corteguay y los norte coreanos pasaban el paralelo 38.

dos

Amparo entró como un vendaval en el despacho de su padre, apartando, como si fuesen unos muñecos, a los dos soldados que había afuera de la puerta. Cerró dando un portazo y se acercó a la mesa indignada:

—Lo mandas a Nueva York, ¿eh?

El Presidente se encogió de hombros y le contestó:

—Tiene que ir antes de que vaya a Corea. Ya te lo dije.

—¿Solo?

—Sí.

—¡Te dije que no dejaré que vaya solo!

—Tiene mucho trabajo que hacer.

—Sabes de sobra lo que pasará —gritó Amparo—. ¡Te informé de la clase de hombre que es!

—¿Sí? —murmuró el Presidente con indiferencia—. Eso es cosa tuya, no mía.

—¡Me iré con él!

Por primera vez desde que ella entró en el despacho reaccionó el Presidente. Levantándose con brusquedad, se acercó a su hija.

—Te quedarás aquí y cumplirás con tu deber.

—¡No lo haré! Vas a arruinar mi matrimonio lo mismo que arruinaste mi vida. Si se va mañana, yo me iré con él.

Con rapidez inesperada el Presidente le trincó un brazo, retorciéndoselo, y de una bofetada la tiró al suelo. Antes de que pudiera levantarse le puso el pie en el pecho, con la punta hacia la garganta. Fríamente le dijo:

—Escucha, puta, vas a hacer exactamente lo que yo te ordene. No he llegado adonde he llegado para que ahora una estúpida gata en celo se inmiscuya en mis planes. No olvides que puedo encerrarte para toda tu vida, en una prisión, sin que ello me quite el sueño.

—No te atreverías —balbuceó ella con temor—. Soy tu hija.

—¿Estás segura? ¿Y quién lo dice? —el Presidente sonrió, mostrando sus dientes de lobo—. Yo, y solo yo. Todo el mundo sabe que tu madre fue una ramera. No tendría más que decir que hubo una equivocación y que yo he vivido engañado durante estos años.

Amparo lo miró en silencio. Él levantó el pie y se dirigió a su mesa lentamente, mientras ella se levantaba sin dejar de mirarle. Seguidamente la voz del Presidente la detuvo al ver que se iba hacia la puerta.

—Así no —le dijo en tono tranquilo—. Primero lávate la cara. Ahí fuera hay gente.

Amparo se fue al cuarto de baño, del que salió poco después. El Presidente la

observó y bajó la cabeza aprobando. Intensamente pálida, Amparo dijo:

—Necesito un trago.

—Eso ya está mejor.

De un pequeño armario que había detrás del escritorio el Presidente sacó una botella de ron y un vaso, llenándolo y guardando otra vez la botella.

Amparo se lo bebió de un trago y su palidez dio paso a un ligero color rosado.

—Ahora vete —ordenó el Presidente—. Y dale a tu esposo un cumplido adiós de héroe. Se va para bastante tiempo.

Antes de que llegase a la puerta le recomendó:

—Sería una suerte que quedases embarazada. Así tendrías en qué ocuparte mientras él estará fuera.

Por primera vez apareció una leve sonrisa en el rostro de Amparo.

—Esto es lo único que no puedo hacer por mucho que me lo ordenes.

—¿Le pasa algo a tu marido?

—A mi marido no; es a mí. ¿Te acuerdas del niño que perdí? El hijo de Ortega, al que hiciste matar… Pues se ha vengado. Soy estéril. Nunca tendrás nietos que jueguen sobre tus rodillas.

Dax estaba sentado al otro lado de la mesa, frente al ayudante militar del secretario de las Naciones Unidas. Detrás de él las luces de Nueva York empezaban a encenderse.

—No lo sé…, coronel Xenos —respondió con calma en su enfático inglés con acento noruego—. Es muy difícil darle una respuesta inmediata. A los americanos no se les ve muy dispuestos a proporcionar armas modernas.

—¿Quiere decir que Mac Arthur no confía en sus aliados?

—No he dicho eso.

—Desde luego —repuso Dax suavemente—, pero lo parece. Y si esta guerra es solo suya y la considera un asunto personal, el Presidente americano tendrá que darse cuenta.

El general no contestó, y Dax preguntó:

—¿Sería posible que se me destinara al cuartel general de Tokio, para ver si yo le persuado?

—Quizá…

—Tengo ochocientos hombres dispuestos —continuó Dax— entrenados en la lucha en las junglas. En poco tiempo serían dos mil, pero inútiles si no pueden entrenarse con las armas modernas. FU Presidente quiere ayudar a la causa que defienden las Naciones Unidas, pero no piensa mandar una tropa mal equipada.

El ayudante miró hacia la ventana. Repentinamente había anochecido. Suspiró.

—En un extremo del mundo hay infinidad de hombres sosteniendo pequeñas guerras para evitar una guerra mayor. Yo me pregunto cuántas tendremos que librar cada uno de nosotros hasta que consigamos la tan ansiada paz.

Dax no respondió y el ayudante volvió a sentarse.

—¿Dijo ochocientos hombres?

Dax afirmó.

El ayudante se tomó un momento de reflexión.

—Quizá podamos hacer algo —declaró con firmeza ahora que había tomado una decisión—. Incluso una pequeña fuerza de un país sudamericano puede tener su importancia psicológica. Lo incluiré a usted en mi estado mayor y lo mandaré a Tokio, tal como usted sugiere. Mientras, veré si puedo conseguir armas modernas para sus hombres.

—Gracias, señor.

—Le sugiero que si tiene amigos influyentes en Estados1 Unidos recabe su ayuda.

—Le comprendo.

Dax vio que el general sabía muy bien quiénes eran sus amigos.

—Trataré de obtenerla.

El ayudante se levantó dando por terminada la entrevista.

—Usted ya se da cuenta de que si no consigue convencer a Mac Arthur será inútil todo lo que yo pueda hacer.

—Lo comprendo muy bien —contestó Dax, levantándose.

—Muy bien —el ayudante le tendió la mano agregando—: Le notificaré algo antes de que termine esta semana.

Dax sonrió.

—¿Entonces le van bien las cosas?

El rostro de Marcelo se ensombreció.

—Las cosas no siempre son lo que parecen. Tengo enemigos.

Dax observó la expresión del antiguo secretario de su padre.

El poder y el bienestar no le habían dado el aspecto de hombre seguro. Por el contrario, parecía más nervioso, más reservado que años atrás.

—Un hombre como usted es lógico que tenga algunos enemigos.

—Cuando sé quiénes son, no me preocupo. Son los que permanecen en la oscuridad a los que temo. A causa de mi rápido éxito en los negocios se ha creado en torno a mí un ambiente lleno de envidias. Estoy convencido de que muchos conspiran contra mí.

—Tonterías.

—Es la verdad.

Marcelo bajó la voz mientras recorría con los ojos el comedor del Morocco, a una de cuyas mesas estaban sentados.

—¿Ha oído hablar de mi forcejeo con la oficina de reclutamiento? Quieren que me incorpore al ejército. ¡Yo, una figura clave de su programa de defensa! ¡El padre

de tres hijos!

—¿Pero cómo pueden pretenderlo? —preguntó Dax—. Usted no es ciudadano de aquí.

—Pero soy residente extranjero, y por lo tanto sujeto a reclutamiento; por lo menos eso dicen. Claro que tengo abogados y gente influyente que se ocupan en ello, pero son un hatajo de estúpidos. Insisten en que no se puede hacer nada. Le digo que hay gente muy poderosa interesada en perjudicarme.

—¿No tiene idea de quiénes son?

—No estoy seguro; solo sospecho. Podrían ser Horgan y su grupo. Nunca me perdonaron la aventura del petróleo de Corteguay, singularmente después de descubrir que no existía el tal petróleo.

—Pero todavía tienen negocios con usted. De seguro que no está en su interés romper las relaciones con usted.

—Necesitan mis barcos —replicó Marcelo—; no a mí. Y, además, tienen un contrato firmado.

—¿No podría ser su suegro? Probablemente no es usted santo de su devoción.

Un gesto de desdén asomó al rostro de Marcelo.

—No, Abidijan es demasiado ambicioso. Mis hijos heredarán mi fortuna y no dejan de ser sus nietos. No; Amos no haría nada de eso.

Marcelo bajó aún más la voz para decir:

—No sé quiénes son, pero lo descubriré. Tengo medios. Y cuando lo sepa…, lamentarán toda su vida el haberse cruzado en mi camino.

A Dax le pareció advertir un principio de histerismo en la expresión de Marcelo, víctima acaso de manía persecutoria.

—Esto pasará, Marcelo. Ya lo verá. Todas las cosas se arreglan.

—Eso espero —dijo Marcelo con amargura—. Si creen que me voy a hundir solo… Son muchos los que seguirán detrás de mí.

Miró hacia la sala y su expresión cambió. Una sonrisa asomó a su rostro al levantarse.

Dax se levantó a su vez.

Una mujer alta, morena y con gesto grave se acercaba guiada por el maestresala; a su paso se elevaba un ligero murmullo.

Marcelo se inclinó sobre la mano que ella le tendía, rozándola con sus labios.

—Conoces a Dax, ¿verdad?

—Desde luego.

Fijó sus oscuros ojos en él y le sonrió tendiéndole la mano, que Dax besó inclinándose. Tenía los dedos fríos como el hielo.

—*Madame* Farkas…

—¿Cómo fue la representación?

—Como de costumbre, estuve magnífica. Pero… ¡qué tenor! Le dije a Ring que no volvía a cantar con él. Que escoja: o ese tenor o yo.

La orquesta empezó a tocar. El espacio destinado para baile estaba lleno y una ligera nubecilla de humo de cigarrillos flotaba sobre las cabezas, a pesar del aire acondicionado. Solo en su mesa y fumando, Dax observaba la pareja que formaban Dania Farkas y Marcelo.

Una mujer alta y rubia que se dirigía a una mesa vecina y a quien acompañaba un caballero se detuvo al verle.

—Dax.

Dax la miró y sonrió sorprendido. Se levantó en el acto, exclamando:

—¡Sue Ann!

—Pero, Dax, ¿qué demonios haces embutido en ese uniforme?

—Estoy movilizado.

—¿Vas solo?

—No. Estoy con Marcelo Campion y Dania Farkas.

Sue siguió con los ojos la mirada de Dax, quien buscaba entre las parejas que bailaban, hasta que le señaló a Dania y a Marcelo.

—Estás solo. Me quedo contigo.

—¿Y tú acompañante?

—No tiene importancia. Es uno de los abogados de confianza de papá. Un pesado.

Hizo un ademán al abogado, el cual se le acercó respetuosamente.

—¿Diga, *miss* Daley?

—Encontré a un viejo amigo —le dijo ella imperiosamente—. Supongo que no le molestará que me quede con él.

—En absoluto —respondió su acompañante, quizá demasiado aprisa—. Entonces, me despido.

Dax hizo sitio a Sue Ann en el diván adosado a la pared y en seguida un camarero puso sobre la mesa una copa que el escanciador se apresuró a llenar con champaña. Sue Ann examinó a Dax con ojos inquisitivos.

—Tienes un aspecto maravilloso. Hay que ver lo que hace un buen uniforme. ¿Cómo no pensaste antes en vestirte así?

Dax se echó a reír.

—El Presidente pensó que en tiempo de guerra un uniforme es más impresionante.

—Estoy impresionada. ¿Qué eres? ¿General o algo por el estilo?

—No, solo un humilde coronel. No hay más que un general en nuestro ejército: el Presidente.

—¿Y tu mujer? ¿Está contigo?

—No. Hay mucho que hacer en el país, y el Presidente, su padre, opinó que era mejor que se quedara. ¿Y tú nuevo esposo?

Sue Ann se encogió de hombros.

—Un estúpido. Hace un mes que nos divorciamos. No tengo mucha suerte con los maridos. ¿Cómo es que nunca quisiste casarte conmigo?

Dax se echó a reír.

—Porque nunca me lo pediste.

—¿Es esa la única razón?

—Sí. Tengo un secreto ¿sabes? Soy tímido.

—Y yo una estúpida. Pero no cometeré la misma equivocación dos veces. La próxima vez te lo pediré.

—¿Y cómo sabes que habrá una próxima vez?

—Porque te conozco y conozco a las mujeres. Ya casi me he corrido dos veces con solo frotar mi pierna con la tuya. Si tu mujer es capaz de dejarte solo, aunque lo ordene su padre, habrá una próxima boda.

—Estás equivocada —arguyó él sonriendo.

—No lo estoy. Puedo esperar. Serás mi próximo marido.

Y con una mueca llena de malicia agregó:

—Y ahora que hemos puesto las cosas en claro, y estamos formalmente prometidos, vámonos a un sitio donde podamos estar solos y joder.

Por encima de la cabeza de Marcelo, Dania vio a Sue Ann sentada con Dax, y sintió una especie de resentimiento que nada tenía que ver con él. Dax era el tipo de hombre que siempre le había desagradado, altivo, audaz, seguro de sí mismo con las mujeres. Pero su resentimiento ahora iba contra Sue Ann.

Pelo rubio, ojos azules y piel clara, sensual y poseída de su importancia. Mujeres como ella, eran contra las que siempre tuvo que luchar en todas las escuelas a que asistió. Mujeres que con el menor esfuerzo obtenían todo aquello que ella persiguió desesperadamente.

A la sazón Dania había sido para los demás una especie de cenicienta, la chica griega de tez morena, la que tenía un acento muy pronunciado, la chica larguirucha y de aspecto raro, la que carecía de atractivo. Ellas, las rubias, eran las diosas, las que llevaban la voz cantante, las que se llevaban los chicos de calle. Hasta que un día, cuando solo tenía doce años, ocurrió algo especial.

Fue cuando la naturaleza se le manifestó anunciándole el principio de su pubertad.

Y su extraña voz ganó en potencia y riqueza de tonos, y un día, en la clase de canto, vibró metálica por encima de las voces de sus compañeras. La profesora ordenó un silencio inmediato; una vez que enmudeció el coro, escudriñó, a través de sus gafas de armadura de acero, los rostros que tenía delante.

—¿Quién ha soltado ese agudo? —preguntó.

Dania no contestó, temiendo que hubiese sido incorrecta.

—¿Quién fue? —repitió la profesora.

Varias de las alumnas la miraron, y ya no pudo disimular más. Dio un paso adelante.

—Yo.

La profesora la miró incrédula, preguntándose qué milagro podía haber transformado aquella voz hasta entonces insignificante.

—Cuando acabe la clase ve a buscar a tu madre y venís a verme.

Entonces empezaron los años de lucha y de estudio sin tregua. Cuando tenía diecisiete años se convenció de que nunca sería hermosa, pero sus senos se desarrollaron a base de ejercicios, y su sensibilidad musical empezó a influir poco a poco en su arreglo personal. Aprendió a maquillarse y a vestirse, acentuando sus grandes ojos negros, que eran su única belleza. Adoptó el peinado de moño bajo para disimular su estatura, y un ligero toque de carmín en los labios hizo que su boca pareciese menos grande.

Los hombres empezaron a rondarla, y ella, sabiendo que su madre nunca podría pagarle los estudios musicales, se aprovechó de ellos tomando todo lo que podían ofrecerle. Pero al fin halló uno que si le llevaba treinta años era lo suficientemente rico para sufragarle los estudios, y estaba, además, muy bien relacionado. Ante las indudables ventajas que vio en él no le dio ninguna importancia a la diferencia de edad, y se casó a los veinte años por amor a su arte.

Sin embargo, Dania fue a su manera honrada con él. No hubo entre ellos nada más que la música, nada más, ni nada que pudiese desviarla de su pasión por el canto. Y deslumbrado el marido por el talento y la personalidad de Dania, renunció humildemente a todo derecho conyugal, y nunca en sus diez años de matrimonio hubo entre ellos la menor veleidad carnal.

Hubo, sí, otros hombres, como el tenor que en la Scala cantó *Carmen* con ella, y el famoso compositor y director que la llevó al Metropolitan de Nueva York.

Ahora Dania contaba treinta años y no necesitaba a nadie, ni siquiera a él, su marido, y esto también lo aceptó como al principio había aceptado lo otro. Estaba contento de ver su nombre unido al de Dania y seguir paso a paso su clamoroso triunfo.

Sin embargo, hacía ya tiempo que Dania estaba inquieta. Veía que su voz perdía la potencia de años atrás, y la aterraba la conciencia que tenía de que no había conseguido nada más de la vida, y que tendría que pasar el resto de sus años viviendo de los recuerdos de un esplendor lejano y en compañía de un hombre rico.

Y fue entonces cuando conoció a Marcelo. En él, ya rico y poderoso, vio un fiel reflejo de sí misma. Las mismas ambiciones y los mismos deseos. El que estuviese casado y con tres hijos no le importaba; ella era una artista y como tal estaba por encima de todas esas cosas. Lo único que le importaba era que Marcelo estaba

subordinado a su talento, y que él, como los otros, creía que la pasión desplegada en los escenarios igualaba a la de su pasión sexual.

Esperó confiada que cuando Marcelo hubiera obtenido el divorcio se casaría con ella. Pero se equivocó. Él no le pidió que se separase de su marido para casarse con ella. Parecía satisfecho con aquella situación equívoca, y Dania dándose cuenta de los problemas de Marcelo, se contentó con una espera confiada, segura de que tarde o temprano se casarían, y, mientras, tenía a su marido de reserva por lo que pudiera suceder.

Mirando por encima de la cabeza de Marcelo vio que Sue Ann y Dax se reían, y súbitamente, hastiada del monótono bailar de Marcelo, le dio unos golpecitos en el hombro diciéndole:

—Vamos a sentarnos; estoy cansada.

—Lo siento —se disculpó Dax—, pero debo marcharme. Tengo que tomar el avión de Boston a primera hora de la mañana.

—Si aún no son las tres —protestó Marcelo.

—Ya lo sé; pero tengo una cita para comer con James Hadley.

—Yo también estoy cansada —dijo Dania de pronto—. Ha sido un día muy pesado. Vámonos, Marcelo.

Sin saber por qué, Marcelo contestó con terquedad:

—No; quiero quedarme.

Dania lo miró. Sabía muy bien que él estaba intentando imponerse. Pues bien, a ese juego podían jugar los dos.

—Quédate, entonces —dijo levantándose—. No se va a quedar todo el mundo despierto solo porque tú no puedes dormir.

—Yo también me voy —apuntó Sue Ann.

Marcelo las miró a las dos, desconcertado, confuso.

—Está bien —dijo amablemente—. Cojan mi coche, pero díganle al chófer que cuando les haya dejado venga a recogerme.

Dax se sentó en el asiento de atrás, entre ellas dos. El chófer se volvió y lo miró con expresión interrogante.

—Déjeme a mí primero —ordenó Dax—. El consulado está cerca.

El chófer corrió el cristal medianero y puso en marcha el coche.

—¿Les parece bien? —preguntó Dax.

Las dos contestaron que sí.

Iba a alcanzar un cigarrillo cuando notó las manos de las dos mujeres. Dania a su derecha, Sue Ann a la izquierda. Se sonrió en la oscuridad y deslizó sus propias manos por debajo de sus vestidos. Sue Ann estaba ya húmeda, pero Dania continuaba seca y caliente, el vello de su pubis crespo al tacto. Casi al mismo tiempo, ambas encontraron su virilidad. Y una a la otra.

Asombradas, las dos mujeres cruzaron sus miradas. Dax sentía que sus propios fluidos empezaban a actuar cuando ellas, inclinándose hacia adelante, luego de mirarle a él, abajo, se contemplaron mutuamente.

Dax lanzó una carcajada. Levantó las manos y las puso pontificalmente una sobre cada cabeza.

—Benditas seáis, hijas mías.

tres

James Hadley se apoyó contra el respaldo de la silla.

—¿Has hablado ya a Jeremy acerca de esto, Dax?

—Me dijo que me ayudaría en todo lo que pudiera, pero me advirtió que usted podría ayudarme más eficazmente; por eso he venido a verle.

Hadley miró a través de la ventana la lluvia que caía, y en seguida le dijo a Dax:

—Quizá pueda. ¿Te ha dicho Jeremy que piensa dejar la política?

—No; no me dijo nada.

—Pues sí. Al menos la política de elecciones. Le interesa más el Departamento de Estado. Dice que las luchas entre candidatos no le atraen.

—¿Seguro que es la única razón?

Hadley rio entre dientes, sarcástico.

—No; Jeremy se ha empeñado en casarse con esa chica alemana. Y sabe que los electores de la católica Boston no votarán al marido de una extranjera, y divorciada por añadidura.

Dax no respondió y, aprovechando su silencio, Hadley continuó:

—Jeremy ha ofrecido todo su apoyo a Jack Kennedy. Este irá al Senado en el cincuenta y dos, a la vicepresidencia en el cincuenta y seis, y a la Presidencia en el sesenta. Jeremy le ha prometido ayudarlo desde bastidores.

Dax sintió piedad por Hadley, pues sabía que debía de haber sido la píldora más amarga para él. El programa era el mismo que él había trazado para su hijo, y tenía que ser muy duro ver que otro lo llevaba a cabo.

—¿Fue eso lo que Jeremy quiso darme a entender cuando me dijo que usted me ayudaría más eficazmente? ¿Conoce a los Kennedy?

—Tienen una casa no lejos de la nuestra, en Palm Beach. Son una familia numerosa.

Dax sonrió, pues la familia Hadley no era precisamente pequeña.

—¿Cree que me ayudarán?

—Lo harán —aseguró Hadley—. Estoy seguro de que Jeremy le hablará a Jack, y yo veré lo que puedo hacer con el padre. Están muy interesados en llevar a la ONU el mayor número posible de naciones sudamericanas.

De pronto cambió de tema.

—¿Viste a Marcelo cuando estuviste en Nueva York?

—Cenamos juntos una noche —contestó Dax cogiendo un cigarrillo—. Está muy preocupado con lo de su alistamiento.

—Marcelo es tonto. ¿Qué busca pavoneándose de ese modo? La gente le ha cogido antipatía. Yo le aconsejé que se mantuviera alejado de los clubs nocturnos y de los periódicos, y que hiciera las cosas con disimulo. Pero no me escuchó. Le

recomendé que se presentase a la callada. Después de todo, a sus años acabará destinado a un puesto administrativo. Una vez dentro, se podría arreglar para que lo licenciaran. Pero te lo repito, no quiso escucharme.

—¿Qué le sucederá?

—Si sigue como hasta ahora se destruirá a sí mismo. Lo único que en este país no se puede vencer es a la opinión pública. Y él, para mucha gente, no es más que un indecente emboscado.

Dax se puso en pie.

—Debe de estar usted muy ocupado y presumo que no le sobra el tiempo.

Hadley lo llamó cuando ya casi estaba en la puerta.

—¿Dax?

—Dígame.

—Eres un hombre raro, Dax. Hemos hablado de negocios, pero no me has ni nombrado a Carolina.

Dax se encogió de hombros.

—¿Qué podía decirle?

Hadley lo miró fijamente.

—Sabes que a mi manera yo la quise.

—También yo —respondió Dax suavemente—. A mi modo, también la quise.

—No era para ti, ni evidentemente para mí. ¿La has visto de nuevo o sabes algo de ella?

—No. Mis últimas noticias son que vive en París con su padre.

—Yo tampoco he vuelto a verla —y agregó Hadley con acento triste—: Ya es demasiado tarde para pedir disculpas, ¿verdad?

Antes de responder, Dax le miró un instante.

—No hay razón alguna para que pida disculpas. O quizá deberíamos disculparnos los dos ante Carolina.

James Hadley se quedó mirando hacia la puerta al irse Dax y cogió el teléfono. Cuestión de perspectivas, se dijo. Todo dependía de los respectivos puntos de vista. La decisión de Jeremy de abandonar la política, la de Marcelo luchando para que no le alistaran, la opinión de Dax acerca de Carolina…

La voz de la secretaria sonando en su oído le interrumpió.

—Diga, *mister* Hadley.

¿Para qué la había llamado?

—Ah, sí —contestó en voz alta, recordándolo—. Póngame con Joe Kennedy.

Al regresar Dax del aeropuerto encontró en su apartamento del consulado a Sue Ann y Dania. Enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Qué hacéis aquí las dos?

—Vinimos para llevarte a cenar —respondió Sue Ann.

—A mí no. —Dax cruzó el cuarto de estar en dirección a la puerta de su dormitorio—. Esta noche me quedo en casa y me acuesto temprano. Mañana salgo para el Japón.

Sue Ann sonrió.

—Entonces nos quedamos y cenamos contigo. ¿No creerás que vamos a dejar que pases la última noche solo antes de ir a la guerra, verdad?

—Tengo muchas cosas que hacer. Firmar papeles y un montón de cosas por el estilo.

—Adelante —convino rápidamente Sue Ann—. No te preocupes. Nosotras nos instalaremos cómodamente, y yo me ocuparé de que nos envíen del restaurante una estupenda cena.

Dax se quedó mirándola.

—Dime con exactitud lo que tienes en tu cochina mente.

—¿Qué otra cosa sino obscenidades? —La expresión de Sue Ann se trocó al instante en una mueca de horror simulado—: ¿Sabes qué descubrí anoche?

—No.

—Dania solo tiene veintisiete años, se ha acostado con más de una docena de hombres y nunca ha experimentado un orgasmo. ¿No es horrible?

—Eso depende. —Dax miró directamente a Dania—. ¿Qué opina ella?

Dania le sostuvo la mirada, impasible el rostro.

—Bueno, pienso que es horrible. Cuando me enteré, supe en seguida lo que yo debía hacer. Aunque sea por una sola vez Dania tiene que saber lo que es un hombre de verdad.

—Quizás es de las rarillas —repuso Dax sin dejar de mirar a la griega.

—¡Qué va! He estado con demasiadas lesbianas para no saberlo.

Dax se volvió hacia Sue Ann.

—¿Y dónde piensas estar tú mientras dure la cosa?

—Aquí mismo, cariño. —Sonrió—. No me lo perdería por nada del mundo. Y no soy egoísta; hay más que suficiente para las dos.

—Dania se ha quedado roque —dijo Dax volviéndose sobre un costado y mirando a Sue Ann.

—También yo si hubiera tenido que esperar veintisiete años para saber qué es un orgasmo. —Hizo una mueca—. No entiendo cómo pudo tardar tanto. Le has estado dando más de una hora. Yo me corrí tres veces solo con contemplaros. Empezaba a creer que no lo conseguirías.

Bajó la mano y de pronto su cara cambió como por ensalmo, adquiriendo una expresión de avidez.

—¡Todavía estás duro! —exclamó.

De repente, el teléfono privado de Dax empezó a sonar.

—¿Quién diablos llamará a esa hora? —inquirió Sue Ann con voz enojada.

Dax descolgó el receptor.

—Veremos.

—¿Quién es? —susurró ella.

Dax cubrió el micrófono con la mano y murmuró:

—Marcelo. —Retiró la mano—. ¿Diga?

—¿Está Dania con usted?

—No.

—¡Sí está! —chilló Marcelo en tono acusador—. La he buscado por todas partes. Tiene que estar ahí con usted. La he oído susurrar.

En el rostro de Sue Ann se reflejó una expresión desdeñosa mientras arrancaba el receptor de la mano de Dax.

—Marcelo, soy Sue Ann. No sea idiota, y por favor deje de molestarnos. Estamos en la cama.

Y tranquilamente cortó la comunicación.

—Eso ha de bastar para contenerle —dijo en tono satisfecho. Echó una mirada a la dormida Dania—. No sé lo que ve en ese codicioso bastardo. —De nuevo buscó su virilidad—. Eres asombroso; nada te perturba ¿eh?

Dax negó con la cabeza.

Ella se recostó cómodamente sobre las almohadas.

—En cierto modo ¿sabes?, me alegra de que estemos… digamos, solos. Pensé que los tres juntos sería emocionante y divertido; pero al rato me di cuenta de que me sentía celosa.

—Fue idea tuya —dijo Dax disponiéndose a tenderse encima de ella.

—Todavía no —se apresuró a objetar Sue Ann empujándole hacia abajo con las manos—. Antes cómeme un poco. Ya sabes cómo me gusta que me comas.

De mil distintas maneras pudo morir Dax en Corea, pero no guerreando. Lo más cerca que estuvo del frente fue en la sala del club de oficiales de Seúl, donde una vez por semana se reunían para tener noticias del curso de la guerra a través de los noticiarios que les enviaban desde Tokio. Durante quince meses se sentó en un despacho oficial de la GHQ, encargado del enlace con las fuerzas sudamericanas, pero sin que tuviese el menor trabajo, pues tales fuerzas no existían.

Al principio se presentaba a las ocho en punto y se pasaba el día sentado a su mesa garabateando cuartillas. A las cinco ponía con mucho orden las hojas en el cajón de su escritorio y se iba al club a tomar una copa y a oír los últimos chismes; a las siete cenaba y a las diez se metía en la cama.

Una vez por semana se presentaba al ayudante del jefe del Estado Mayor e inquiría si había noticias de la disponibilidad de las tropas, y cada semana la respuesta era la misma. Al cabo de un tiempo se cansó de ir cada día al despacho, y se limitó a hacer acto de presencia una vez por semana, y si no iba, tampoco nadie lo notaba.

Abandonó el alojamiento que los oficiales tenían en el cuartel y alquiló una casita cerca del club de golf. Jugaba mañana y tarde. En tres meses consiguió llegar a los setenta agujeros.

Seis meses después, una tarde llegó a casa más pronto que de costumbre y le sorprendieron unas voces que llegaban de detrás de la casa. Fue a ver qué ocurría, y se encontró con Gato Gordo muy desconcertado y rodeado de un grupo de mujeres que chillaban todas a la vez.

—¿Qué pasa aquí?

Al oírle, Gato Gordo dio un respingo y ellas callaron inmediatamente, escondiéndose detrás de Gato.

Dax miró a las mujeres y luego a Gato.

—¿Qué quieren? ¿Qué están haciendo aquí?

Gato Gordo adoptó una inocente expresión y respondió en el tono zalamero que empleaba siempre que no quería que Dax se enterara de algo que había hecho:

—¿No las conoce, excelencia?

—No. ¿Quiénes son?

—Nuestras sirvientas.

—¿Nuestras sirvientas?

cuatro

Dax las miró incrédulo. Las mujeres, como una bandada de patitos, intentaron esconderse una detrás de la otra sin dejar de reír.

—¿Todas?

—Sí, excelencia.

—¡Pero si son ocho! —exclamó Dax, tras haberlas contado.

La casa no tenía más que cuatro habitaciones. Su dormitorio, el de Gato Gordo, una salita que hacía de comedor y de sala de estar y una cocina.

—Ocho —repitió, interpelando de nuevo a Gato Gordo—. ¿Dónde duermen?

—Aquí, excelencia.

Y Gato Gordo se dirigió a un extremo de la casa con todas las mujeres detrás, donde había una especie de cobertizo de techo de cañas y cortinas hechas con sacos viejos. Dax miró dentro y vio en el suelo, uno después de otro, siete jergones de paja.

—No hay más que siete.

Gato Gordo respondió un poco confuso:

—No necesitan más.

A pesar de que casi sabía la respuesta, Dax preguntó:

—¿Y dónde va a dormir la que sobra?

En vez de contestar, Gato Gordo se sonrojó un poco.

Dax no estaba dispuesto a que Gato se saliese con la suya.

—Explícate.

—Verás, excelencia. Precisamente estábamos tratando de resolverlo.

—No entiendo nada.

Gato Gordo aspiró profundamente.

Discutíamos a ver a cuál de ellas le toca dormir en la casa.

—¿Contigo? —preguntó Dax fríamente.

—Sí, excelencia. —Gato inclinó la cabeza—. Verás…, tres de ellas están embarazadas, y las otras insisten en que mi obligación es dejarlas a todas en el mismo estado, de lo contrario cometo una injusticia.

Dax no contestó, y luego les volvió la espalda diciendo:

—Mejor que me vaya a tomar algo.

Poco después Gato Gordo estaba a su lado. Traía un vaso que puso sobre la mesa junto al sillón en que se sentaba Dax.

—Un vaso de ginebra con sifón que esté muy frío te sentará bien —dijo en voz dulce, retirándose apresuradamente.

Al llegar a la cocina le detuvo la voz de Dax.

—¡Despídelas a todas!

—¿A todas, excelencia? —preguntó afligido.

—A todas.

—Podría despedir a las embarazadas…

—¡A todas!

—¿No podría quedarme con las dos más bonitas? No es bueno para un hombre estar solo con este clima.

—No —repitió Dax terminante—. Por si no lo sabes, estamos agregados a un ejército extranjero y se nos puede llevar ante un tribunal militar y fusilarnos por lo que has hecho. No habrá nadie que admita que has disfrutado de un harén ante mis propias narices y sin yo enterarme. Si ni yo mismo puedo creerlo.

Siete meses más tarde, después de que Mac Arthur hubo regresado a Estados Unidos en 1952, Dax fue requerido a presentarse en el despacho del nuevo jefe del Estado Mayor. En el valle de Inchon el tiempo había sido extraordinariamente gélido y las tropas estadounidenses sufrieron importantes pérdidas en el curso de la nueva ofensiva llevada a cabo por las fuerzas norcoreanas apoyadas por voluntarios chinos.

El ayudante del nuevo jefe del Estado Mayor le sonrió.

—Coronel, creo que tengo buenas noticias para usted.

_—¿Sí, señor?

—El comandante en jefe desea que usted le confirme que sus fuerzas, que hasta ahora han estado en la reserva, se han adiestrado ya con las armas modernas.

—Puedo confirmárselo, señor. La semana pasada recibí un despacho de mi Presidente diciendo que dos mil soldados de los nuestros están perfectamente preparados y esperando que se les llame.

—Bien. Informaré al Comandante en Jefe. Seguramente que le pedirá que los embarquen cuanto antes.

—Con su permiso, señor, quisiera ponerle un cable a mi Presidente para que pueda dar las órdenes necesarias.

—Hágalo. Sus hombres nos servirán de mucha ayuda. Deben estar listos para embarcar así que reciban la orden.

Pero dos días después, Dax, muy pálido, volvió al despacho del ayudante y le tendió en silencio la respuesta del Presidente.

Por favor, expresa al comandante en jefe mi sincero pesar. Debido al término del alistamiento contamos menos de cincuenta oficiales y soldados adiestrados uso armas modernas. Procedo inmediatamente a adiestrar nuevos reclutados. Te avisaré cuando el cupo esté completo.

El Presidente

El ayudante dirigió a Dax una mirada penetrante.

—Parece que alguien ha estado jugando a la política con usted, coronel.

Dax no respondió.

—¿Me permite que enseñe este cable al comandante en jefe?

—Sí, señor. ¿Y puedo solicitar un favor del comandante en jefe, señor?

—¿Cuál?

—Mi misión aquí ha terminado —dijo Dax con voz hosca—. Pido que se me releve de mis deberes.

El ayudante se quedó mirándole pensativo.

—Creo que es lo mejor. Mañana tendrá usted la autorización —y tendiéndole la mano, añadió—: Lo siento, coronel.

—Yo también, señor.

Era una guerra sin secretos y la noticia corrió por todo. Seúl en cosa de horas. Hasta las emisoras norcoreanas radiaron que el presidente de Corteguay se negaba a enviar tropas a una guerra imperialista y de agresión.

Dax estaba sentado a una mesa del club, solo y con un vaso ya casi vacío. Miraba melancólicamente ante sí, pensando que desde que supo la noticia apenas un amigo se le había acercado para demostrarle su simpatía, pues no sabiendo qué decirle preferían dejarlo solo con sus pensamientos.

Entonces entró en el club un mayor de la infantería de marina americana que hacía muy pocas horas que había llegado del frente y cuyo uniforme estaba todavía sucio y lleno de barro.

Acercándose a la barra pidió un vaso con la misma voz con que ordenaba a sus hombres en medio del estruendo de los disparos. Varios oficiales lo rodearon para que les diese las últimas noticias.

—¡Aquello es un infierno!

Bebió un trago y pidió otro vaso.

—He perdido casi la mitad de los hombres de mi compañía. Esos diablos de ojos oblicuos no se cansan de caer sobre nosotros en continuas oleadas. En mi vida había visto tantos hijos de perra amarillos.

Miró en torno de él y se dio cuenta de que allí estaba Dax. Calló unos segundos y luego preguntó, sin dirigirse a nadie directamente y sin bajar la voz.

—¿No es el coronel de ese país de gallinas?

Un silencio total siguió a sus palabras. Dax se levantó, miró al oficial fijamente, puso sobre la mesa el importe de lo que había bebido y se acercó a la barra.

—Le envidio el que venga de donde viene, y quizá sea eso lo que le da derecho al lenguaje que ha empleado, mayor —le dijo Dax sin alterarse—. Pero no le envidio la ignorancia con que habla de lo que no sabe.

El oficial bajó los ojos, y Dax salió lentamente del club. Al día siguiente voló a Tokio, y antes de un mes regresaba a Nueva York.

Habían pasado casi dos años desde que el Presidente lo mandara al frente de un

ejército que nunca existió.

cinco

Sergei estaba sentado a la mesa de su despacho con gesto pensativo y jugueteando con el abrecartas de oro.

Miró a Irma Andersen y al hombre que estaba sentado al lado de ella.

—No sé —dijo después de unos segundos de silencio—; aquí me va bien, y no me gustaría echarlo todo a rodar.

Irma resopló desdeñosa, y en seguida replicó en francés para que su acompañante no la entendiese.

—¡No sea idiota, Sergei! Usted gana, brutos, doscientos mil al año. Le quedarán netos unos diecisiete mil, si le quedan. ¿A eso le llama suficiente? ¡Lakow le ofrece millones!

—Pero aquí conozco el mercado —objetó Sergei—. América es otra cosa. Sus negocios son totalmente distintos. Hombres muy inteligentes y más conocedores del negocio de producción en serie que yo se han arruinado. Además, ¿qué ocurriría con lo de aquí?

Nuestros clientes pueden considerar que hemos perdido categoría y adiós negocio.

—Sin embargo, hoy se venden en toda América copias de sus modelos y no ha habido diferencia alguna con los clientes.

—Esto es otra cosa. Con las copias podemos mantener los mismos precios. No todo el mundo puede comprar un modelo exclusivo, y los *royalties* no están nada mal. Pero seguramente lo perderíamos todo si emprendiéramos una norma de venta de veinte a cincuenta dólares.

—No serían solo los vestidos —argüyó Lakow—, sino todo.

Una nueva forma de vida para la mujer americana. El nombre del príncipe Nikovitch figurará en todas partes: cosméticos, perfumes, lencería, prendas deportivas, desde bikinis hasta ropa de esquiar. Ni los maridos serán olvidados. Lanzaremos artículos de tocador, camisas, corbatas, para ellos. No sé si se dará cuenta de la importancia y el volumen que alcanzará la empresa. Invertiremos cinco millones solo en preparativos antes de hacer la primera venta.

Sergei aún vacilaba.

—Si la idea es tan buena, ¿por qué no han aceptado las otras casas más antiguas?

Harvey Lakow sonrió.

—Porque no se lo hemos pedido. Nos dirigimos directamente a usted.

Sergei se convenció de que el financiero decía la verdad. La Amalgamated-Federal era la sociedad más importante del mundo de grandes almacenes y tiendas de ropa de señora. Solo en Estados Unidos tenía más de mil establecimientos, de variada importancia, consistiendo estos en grandes almacenes en las urbes, o tiendas de

menor envergadura, pero siempre distinguidas, en una serie de pequeñas capitales.

—Y si podían dirigirse a quien quisieran, ¿por qué me escogieron a mí?

—¿Puedo hablar con franqueza?

—Adelante —le animó Irma—. La verdad no le matará.

Lakow se dirigió a Sergei diciéndole:

—Cuando decidimos emprender lo que ahora llamamos París en su casa, empezamos por buscar la casa que mejor respondía a lo que nosotros necesitamos. Las casas antiguas y firmemente establecidas las rechazamos en el acto, porque suelen tener mucho apego a su tradición. Entonces pensamos en llevarnos a uno de sus diseñadores y lanzarlo, pero tampoco nos pareció práctico. Es el nombre de Dior lo que pesa, no el de su diseñador. Nos interesaba un nombre que cualquier mujer americana lo asociara inmediatamente con la *couture* parisiense, y nos decidimos por usted. Aunque parezca mentira, fue mi esposa la que sacó a relucir su nombre. Ella tiene muy buen instinto y fío mucho en su juicio. Dijo que a pesar de ser relativamente una casa nueva, lleva ya cinco años, y gracias a los artículos de *miss* Andersen y otros, usted es mucho más conocido por la mujer americana que las casas antiguas. Además, mi esposa me dijo que lo conoció hace tiempo y que le pareció un joven muy brillante y de gran porvenir.

—¿Su esposa? —preguntó Sergei frunciendo el ceño.

Harvey Lakow agregó sonriendo:

—Ya me advirtió que probablemente no la recordaría. Fue antes de la guerra, cuando ella vino a París a pasar unas vacaciones y yo no pude acompañarla debido a mi trabajo. Usted era estudiante y fue su guía en París varios días.

—Lo siento, pero no me acuerdo.

—Es igual. Lo importante es que usted tiene una buena casa y un éxito muy notable. Pero en París nunca llegará a la cumbre. Para las mujeres americanas, los otros no son más que nombres, mientras que usted es una personalidad cuyo retrato han visto en periódicos y revistas. Le conocen a través del reportaje que le hijo Irma Andersen cuando se casó con Sue Ann Daley. Usted representa el atractivo, la curiosidad, la alta sociedad… No tenemos ninguna duda de que si viene a América dominará el mundo de la moda en muy poco tiempo.

Lakow se puso en pie y añadió antes de despedirse:

—Ya veo que esto es muy repentino para usted y que necesita pensarlo. Me voy a Roma mañana y estaré de vuelta el sábado. ¿Me llamará a mi hotel para saber su respuesta?

Lakow se fue luego de un correcto saludo. Después de un instante, Sergei le preguntó a Irma:

—A usted, ¿qué le parece?

—Que tiene razón. Aquí nunca logrará llegar arriba. ¿No recuerda que les hizo

proposiciones a otros diseñadores y no quisieron venir?

Sergei recordó que el que tenía, el mariquita, empezaba a perder brillantez y que no encontraba con cual sustituirlo.

—Pero es peligroso. Puedo perderlo todo.

—Todo lo que necesita es unos cuantos años buenos. Incluso con el quince por ciento que le ofrecen, vale veinte veces lo que obtiene aquí. Además, están dispuestos a que continúe usted solo en lo que respecta a su propio negoció.

Sergei la miró.

—América… Tanto me han hablado de América… Hace tiempo que me habría gustado ir, pero… tengo miedo.

Irma sonrió.

—No tiene por qué preocuparse. La mujer americana no es distinta de las otras. A estas alturas debiera saberlo. Todas están enamoradas de lo que un hombre tiene en sus pantalones.

Sergei cogió un cigarrillo.

—Siempre le agradeceré esa honradez de no considerarme más de lo que realmente soy, Irma.

—Por eso es usted más conocido que el etéreo figurinista que tiene abajo. No se rebaje, Sergei.

Este, pensativo, introdujo el cigarrillo en la boquilla y lo encendió.

—Dígame una cosa —le pidió de repente Irma.

—¿Qué?

—¿Es verdad que no recuerda a la esposa de Lakow?

—No —respondió Sergei con expresión nostálgica—. La recuerdo muy bien.

—Ya me lo imaginé —dijo ella en tono satisfecho—. Estaba segura de que usted es el tipo de hombre que «jamás» olvida a una mujer.

—Sé que tendría que estar contento —decía Sergei mientras el camarero les servía las tacitas de café—, pero no lo estoy.

Giselle no dijo nada, contemplándolo con sus grandes ojos azules.

—Tengo treinta y cinco años y por primera vez en mi vida he encontrado un lugar estable, y no quiero aventurarme a perderlo. Creo que se debe a que me he vuelto muy comodón, o ¿quizás estoy envejeciendo?

Giselle sonrió.

—Todavía eres muy joven.

—Pues yo me siento viejo. Algunas veces, cuando pienso en mi hija, que pronto cumplirá trece años, me doy cuenta del tiempo que ha pasado.

—¿Cómo está Anastasia? ¿Mejora?

—Todo lo que se puede esperar. Es mi otro problema. No quiero dejarla aquí sola, y por otra parte temo llevármela. Las cosas ya son bastante difíciles para ella, y verse

en otro país, con caras nuevas, con un idioma extraño…, sería demasiado.

—Hay mejores escuelas en América que aquí.

Sergei bebió un sorbo de café.

—Hablas como si estuvieras segura de que voy a ir. Creí que no te gustaba América.

—Profesionalmente no fue buena para mí. Pero para ti podría resultar un nuevo mundo, completamente distinto.

—Es lo que dices, pero ¿volverías tú?

—Como artista no. Pero yo que tú, todavía joven y con la posibilidad de conquistar un porvenir no dudaría.

Sergei reflexionó y luego dijo:

—No, no es posible. Yo no puedo dejar a Anastasia sola.

—Ve. Prueba un año —insistió Giselle—. Si no te gusta puedes volver. Yo cuidaré de tu hija mientras estés fuera.

El teléfono llamó cuando estaban tomando el desayuno cerca de la ventana que daba a los Campos Elíseos. Harley Lakow se levantó y fue al teléfono.

—¿Dígame?

—¿*Mister* Lakow? Aquí el príncipe Nikovitch.

—¿Sí?

—He reflexionado sobre su amable oferta y he decidido aceptarla.

Lakow contestó en tono de satisfacción.

—Bien. Estoy muy contento. No se arrepentirá.

—Yo creo que no.

—Si tiene libre la mañana del lunes, pasaré por su despacho y podremos trazar nuestros planes.

—Estoy a su disposición.

Lakow colgó el teléfono y volvió a la mesa.

—Bien; Sergei acepta —anunció en tono satisfecho.

—Me alegro —dijo su mujer sonriendo.

—Espera ahora que los Almacenes Asociados se enteren. Me les he anticipado.

—Estoy segura, Harvey.

—Fue una suerte que pensaras en Nikovitch. Todos nos miraron como si nuestro dinero no fuera tan bueno como el suyo.

—No te preocupes, Harvey. Ya lo lamentarán.

—Estás en lo cierto. Y más cuando se enteren de lo que planeamos con Nikovitch. —Al probar el café preguntó—: ¿Tú crees que los franceses aprenderán nunca a hacer café?

Ella se echó a reír.

—¿No es extraño que tú te acordases de él y que él no te recordase?

—Bah… —contestó ella, mirando hacia la ventana—. Probablemente yo fui una más entre las americanas a quienes sirvió de guía. Además, él era tan joven… y estaba tan asustado.

—Si hubiese sido yo, nunca te habría olvidado.

Ella fijó los ojos en su marido y toda su ternura se reflejó en ellos. Se inclinó y le besó una mejilla.

—Esto es porque tú eres tú —susurró— y porque yo te quiero.

seis

El poderoso roncar de los motores del DC-7 alquilado ensordecía mientras ganaban altura y el piloto rectificaba el rumbo. Sergei se quitó el cinturón de seguridad y apretó el botón que corregía la verticalidad del respaldo de su asiento. Encendió un cigarrillo y miró largamente las luces de Nueva Orleans que brillaban abajo.

Luego el avión enfiló hacia el Golfo de México y más tarde hacia la península de Florida.

—¿*Mister* Nikovitch?

Quien le hablaba era Norman Berry, el delgado e inexpresivo encargado de relaciones públicas, el cual, sentándose a su lado le mostraba unos pliegos mecanografiados.

—Pensé que podríamos dedicar unos momentos a repasar los planes para mañana.

—Más tarde, Norman. Quiero ver si descanso un poco.

Pero al ver la contrariedad con que le miró su interlocutor, le dijo:

—Está bien; deme los papeles. Les echaré un vistazo y luego le llamaré.

—Sí, señor.

Berry dejó los papeles en el asiento y salió de la cabina de proa.

Al abrir llegó hasta Sergei el guirigay que hacían las modelos, apagándose al cerrar la puerta.

Sergei miró los papeles con desgana. Unas letras rojas y azules impresas decían:

PROGRAMA PRÍNCIPE NIKOVITCH
19 de septiembre de 1951
Miami, Florida

Comité de recepción en el aeropuerto a las nueve de la mañana: el alcalde, miembros del Consejo de la Ciudad, Cámara de Comercio de Miami, Almacenes Barlett (A-F, Miami), periodistas, fotógrafos, personal de la TV y del noticiario.

Todo estaba allí, minuto a minuto, como un horario de trenes.

No se había olvidado nada. Desde su llegada hasta la misma medianoche en que de nuevo tomarían el avión para Nueva York. Sergei apartó los papeles y miró al otro lado del pasillo. Irma Andersen se había dormido, con la cabeza apoyada en el respaldo y la boca entreabierta. Sergei la contempló admirado. Él, que era mucho más joven que ella, se sentía casi exhausto, y en cambio la periodista resistía maravillosamente aquellos ajetreos. ¿De dónde sacaría tanta energía? Hacía diez días que habían salido de Nueva York y llevaban recorridos Los Ángeles, San Francisco,

Chicago, Dallas y Nueva Orleáns. Volaban de noche y cada día se hallaban en una ciudad distinta.

Y no se trataba solo de este viaje de ahora. El año anterior había sido igual de agitado. Solo ahora empezaba a comprender el poder y la manera de manejar los negocios en Estados Unidos. No importaba la forma, pero las finanzas americanas conquistaban al mundo. Sin embargo, todos morían jóvenes, agotados por el incesante trabajo.

La campaña empezó dos meses después de su encuentro con Lakow. Se metió en el negocio inocentemente, sin darse cuenta de que él fuese como la piedra que se arroja al agua y produce ondas cada vez más amplias. De repente aparecieron miles y miles de car teles de propaganda de los diversos almacenes A-F, repartidos por todo el país.

Vestidos, o sombreros, o zapatos, o lo que fuera. Todo procedía de la Colección del Príncipe Nikovitch.

Incluso a un maquillaje le pusieron su nombre: La Belleza Real de Nikovitch.

Lo que le abrumaba era la multitud de cosas que se emprendían a la vez, en medio de una frenética carrera contra el tiempo. El piso diecisiete del edificio de la A-F, donde estaban las oficinas, parecía la sucursal de un manicomio. Ante aquel pandemónium, París a su lado era como un sitio para pasar las vacaciones.

Contiguas a su despacho, había tres salas de conferencias, y a veces no bastaban, teniendo que habilitar otras dependencias. Todo estaba distribuido, especializado y clasificado de una forma que solo los americanos eran capaces de entender. Y, además, había que contar con las entrevistas de la prensa, y con la propaganda, que era el caballo de batalla.

Sergei era el símbolo, el nombre, la campaña entera. Se le hacía asistir a todas las funciones importantes de ópera, a cada función de caridad, y a todos los acontecimientos sociales importantes, donde se le sacaban las fotografías que luego acompañaban las crónicas de Irma, la organizadora de este aspecto de la propaganda, debido a lo cual no pasaba semana sin que un par de veces no apareciese una columna sobre él. Cada día, en algún sitio de Estados Unidos aparecía una entrevista suya, y no había semana en que su voz no saliera en alguna emisión radiada, o bien su imagen en un programa de televisión dedicado especialmente a las mujeres.

Hacía unos meses que Norman Berry entró en su despacho agitando nerviosamente una revista. Era un ejemplar del *Advertising Age*.

—¡Lo conseguimos, lo conseguimos!

Sergei levantó los ojos de los diseños que estaba examinando.

—¿El qué?

—El *Advertising Age* dice que eres el hombre más popular del mundo de los anuncios. Más que el que anuncia los refrescos.

—¿Sí, eh? —Sergei repuso con ironía—: ¿No crees que hemos olvidado algo? Hubiéramos podido añadir el vodka en nuestros anuncios: Vodka del Príncipe

Nikovitch.

—¡Magnífica idea! —exclamó Norman entusiasmado.

Pero se dio cuenta de la expresión de Sergei y se detuvo.

—Estás bromeando.

Sergei le miró sonriendo.

—Estoy desorientado. Nunca me sucedió nada parecido a lo de ahora.

—Ni a mí —respondió Sergei.

Se organizó la presentación de los modelos para el día 10 de septiembre, copia exacta de la de París. Incluso las maniquíes llegaron por la Air France para desfilar. Después de Nueva York, otra vez el avión, y se fueron a otra ciudad a repetir el desfile, y luego a otra, y a otra… Diez ciudades. Diez días.

Lakow había estado en lo cierto. Sergei cogió un ejemplar del *Women's Wear Daily*. En grandes letras negras resaltaban los titulares:

¡NIKOVITCH! ¿VEINTE MILLONES EL PRIMER AÑO?

Harvey Lakow fue personalmente al aeropuerto y entró en el avión antes de que los pasajeros empezasen a salir.

—Tenemos que hablar antes de que los periodistas te asedien.

—¿Los periodistas? —gimió Sergei—. ¿Pero qué es lo que quieren? La gira terminó anteayer.

—No lo comprendes —sonrió Lakow—. Quieren hablar contigo. Eres noticia. El acontecimiento más grande en el mundo de la moda desde hace cien años.

—¡Dios mío! —exclamó Sergei recostándose en el asiento—. Lo único que deseo es acostarme y dormir tres días seguidos.

—Tendrás poco tiempo para dormir. Estás en el baile y hay que bailar. Hay que planear el programa para la primavera.

Sergei se quedó con la boca abierta, incapaz de decir una palabra.

—Y, además —añadió Lakow—, la junta directiva de A-F te ha preparado una cena de agasajo en reconocimiento de tu magnífica labor. Y todas nuestras mujeres están que se mueren por conocerte.

Todo sucedió como dijo el financiero. Llegó al hotel, y casi no le quedó tiempo para ducharse y vestirse, y luego salir corriendo para el restaurante, donde tuvo que dedicar cien sonrisas a las cien presentaciones que sufrió. Dos horas después se quedaban solos él y Myra Lakow.

Myra no había cambiado casi; sus ojos aún eran como antes grandes y de un azul oscuro.

—Gracias por recordarme —le dijo Sergei en voz baja.

Ella le sonrió como en otro tiempo.

—Gracias por «no» recordarme —y añadió, sin sonreír ahora—: Entonces quise

ser joven y libre.

Luego de un breve silencio, Sergei le preguntó:

—¿Y ahora?

—¿Ahora?

Los ojos de Myra recorrieron el salón, y los detuvo cerca de la puerta, donde estaba Lakow hablando con un amigo. Con expresión serena le dijo a Sergei:

—Ahora estoy contenta y feliz con mis años.

siete

La modelo estaba de pie, con la habitual indiferencia con que todas desempeñan su oficio. La floreada blusa de gasa dibujó unas arrugas rígidas al moverse la maniquí.

—Veamos ahora la no forrada —sugirió Sergei.

La expresión de la modelo no cambió. Se desabrochó la blusa y se la quitó, viéndose sus pequeños senos protegidos por el sostén. Sin conceder la menor importancia a la curiosidad con que la miraban, cogió otra blusa y se la puso.

Sergei la contempló pensativo. Ahora la blusa caía perfecta, sin arrugas ni rigidez, pero se percibía claramente el sostén, que era el problema que le preocupaba.

Esto en Francia no importaría. A las mujeres francesas les gusta que se vean sus sostenes, y escogen los que tienen colores más vivos con puntillas y lacitos. Pero a las americanas les desagrada, por lo que nunca llevarán las blusas con soltura. Se ponen una combinación encima y las blusas no las ciñen adecuadamente.

—Lo siento, todavía transparenta —le dijo Sergei al figurinista.

—¿Qué vamos a hacer? Estas blusas son parte esencial en nuestras colecciones de primavera.

—No se culpe usted —repuso Sergei sonriendo—; culpe a la mujer americana. A pesar de que todo el mundo sabe que lleva sostén, no le gusta que se destruya la ilusión de que no lo lleva. ¿Por qué tendrá que ser tan complicada?

—Me voy. Lo intentaré de nuevo.

—Pruébelo. Pero no cabe esperar demasiado, a menos…

—¿A menos qué?

—¿Sería posible hacer unos sostenes del mismo tejido que la blusa?

—No. La tela no tiene cuerpo suficiente.

—¿Y cubriendo el sostén con la misma tela de la blusa?

—Quizá, quizá. Pero habría que escoger con mucho tacto el estampado. Si las flores son demasiado grandes se estropea el efecto estético.

—Inténtelo. Si tiene éxito, seremos la *sensass* de la temporada de primavera —y añadió—: Podríamos llamarle Sensass.

—«¿Sensass?»

—Eso. Sensacional en argot francés.

El diseñador se echó a reír y se despidió.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Sergei cogió el teléfono.

—¿Puede decirle a *mister* Berry que quiero verle?

Se levantó de la mesa y se acercó a la ventana. El reloj de la tapa del álbum de entrevistas marcaba las seis. Era casi de noche y vio cómo las luces de Nueva York

empezaban a encenderse.

Al entrar Norman, se volvió diciéndole:

—Quisiera asegurarme. ¿Qué planes hay para esta noche?

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche.

—Creí que ya le habían dicho que… que no había ningún plan para esta noche.

Asombrado, Sergei volvió a su mesa y se sentó.

—¿Quiere decir que no tengo nada que hacer?

—Parece que no.

—¿Entonces, tengo la noche libre? ¿Hasta puedo pasarla con alguien si quiero? —preguntó con ironía.

Norman captó la implicación.

—¡Dios mío! Nunca se me ocurrió pensar en ello.

—¿No pensó qué?

—En las fulanas… —respondió Norman—. Creía que usted tenía cuanto deseaba.

Sergei se echó a reír.

—¿Sí? ¿Cuándo? ¿Es que me dejan ustedes un minuto para mí?

—Tiene razón. Lo corregiré inmediatamente.

Diciendo esto, cogió el teléfono:

—No se preocupe. Estoy muy cansado y me iré a casa; quiero un baño caliente y después de cenar me acostaré.

—¿Seguro?

—Seguro.

Al salir a la calle vio que ya le esperaba el Rolls-Royce que la compañía había puesto a su disposición.

—A casa, Johnny —sonrió Sergei—. Luego tienes la noche libre.

—Gracias, patrón. La aprovecharé.

Sergei miró las calles mientras el coche se dirigía a su hotel. El tráfico parecía mucho mayor que los otros días.

—Se ve mucha más gente esta noche. ¿Qué pasa, Johnny?

—Seguirá así durante las próximas tres semanas. Es Navidad. Por eso me alegro de tener la noche libre. Les compraré algo a los chicos y a la mujer.

Sergei se apoyó en un ángulo, pensativo. Navidad. Hacía quince meses que dejó París.

Eran las nueve y media. Sergei ya había cenado y miraba los últimos minutos del programa de la televisión cuando oyó el carillón de la puerta.

—Entre —contestó pensando que sería el camarero.

Pero se repitió la llamada y fue a la puerta. Una hermosa mujer, rubia y alta, estaba en el umbral.

—¿Príncipe Nikovitch?

Sergei hizo un gesto afirmativo.

—¿Puedo entrar?

Y sin esperar su respuesta cruzó por delante de él y entró en el salón.

—Soy Jackie Crowell. Me manda Norman Berry. Me dijo que le entregara esto.

Sergei cogió el pequeño sobre que le daba, abriéndolo y sacando una tarjeta, y vio que era la típica tarjeta de ciertas muchachas ligeras, cruzada por una palabra escrita a mano: «¡Diviértete!»

Sin saber por qué, Sergei se quedó confuso, y se ruborizó como un chiquillo.

—Lo siento, pero… Hace un momento que he cenado, y no pensaba salir.

—Me parece muy bien —le contestó ella sonriendo—. Yo tampoco pienso salir.

Se quitó el abrigo de visón y lo tiró negligentemente sobre una silla. Según demostró en el acto conocía el hotel, porque se fue directamente a la habitación.

Cuando Sergei entró, ella ya se había quitado el vestido y aparecía en sostén y bragas. Hizo ademán de desabrochárselo, pero Sergei exclamó:

—No, por favor, no.

Ella vaciló unos instantes, un poco desconcertada.

—No serás uno de esos, ¿verdad? De ordinario me doy cuenta en el acto.

—No, no lo soy, pero estoy cansado, muy cansado.

—Si solo es eso… Norman ya me ha dicho que has estado trabajando mucho. No vayas a creer que yo quiero que trabajes. Lo que quiero es que te diviertas.

Sergei se fijó en sus espléndidos pechos, y el cansancio le desapareció como por ensalmo. Segundos después él mismo cerraba la puerta.

—Estupendo —dijo ella haciéndole un guiño—. Hay que ver lo pronto que se olvidan los hombres de lo cansados que están en cuanto me han visto mis tetitas.

Por la mañana, tendido en la cama, Sergei veía cómo ella se pintaba los labios. Después vio que se iba a la habitación de al lado y que volvía con el abrigo sobre los hombros. Se acercó a los pies de la cama y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Perezosamente, Sergei Se cruzó las manos debajo de la cabeza.

—Muy bien.

—Te encontrarías aún mejor si no hubiera otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Si no estuvieras enamorado.

—¿Enamorado?

Sergei se echó a reír, pero en el mismo instante se quedó serio y le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Yo soy una profesional, y sé cuándo un hombre se lanza a fondo o no. Y tú te has quedado a medio camino.

—¿Se suponía de mí lo contrario? ¿Hay algo más?

Ella lo miró unos segundos fríamente, inexpresivamente.

—No; me parece que no —y dirigiéndose a la puerta añadió—: Bien, si no nos vemos antes…, ¡feliz Navidad!

—Feliz Navidad —contestó Sergei, pero ella ya se había marchado.

Oyó que cerraba la puerta de salida, y más enojado consigo que con ella, se incorporó irritado sobre la almohada. ¡Eso le faltaba!

¡Que fuera una prostituta quien le desease felices Navidades!

Sin pensarlo dos veces cogió el teléfono, y antes de un minuto le decía a Harvey Lakow:

—Harvey, necesito unas vacaciones.

Lakow le replicó escandalizado.

—¡Por Dios, hombre! ¡Ahora no puedes irte! Están empezando a cortar los vestidos de primavera.

—Hace quince meses que estoy fuera de mi casa —exclamó Sergei irritado—. ¡No he visto a mi hija en todo este tiempo, y no estoy dispuesto a pasar las Navidades sin ella!

—Bah, esto no es problema. ¿Pero aún no te has dado cuenta de que tu casa está en Nueva York? Que te manden a tu hija por avión.

Los periodistas y los fotógrafos asediaban a Sergei.

—Príncipe Nikovitch, mire aquí un momento, por favor.

Miró hacia donde le pedían, y otro fogonazo por otro lado.

—¿Tiene algún parecido la niña con la madre? —preguntó uno de los periodistas.

—Eso espero —respondió sonriendo—. Sue Ann es una mujer de gran belleza.

—¿Hay alguna razón especial para que *Miss* d'Arcy venga con su hija? ¿Hay algo entre ustedes dos?

—No. Giselle es solo una antigua y muy buena amiga mía.

Viene porque decidimos que la niña no debía viajar sola.

Los altavoces anunciaron que el avión estaba a punto de aterrizar.

—¿Verá *miss* Daley a su hija mientras esté en Nueva York? —preguntó otro.

—Supongo que sí —y levantando las manos añadió—: Por favor, caballeros… El avión está aterrizando. Ardo en deseos de ver a mi hija.

Sergei le agradecía a Norman que le hubiese proporcionado un pase para poder entrar en Inmigración. Los periodistas se fueron y él entró en las oficinas.

Los minutos que tardaron Giselle y su hija en aparecer le resultaban horas. Se puso el gran oso peludo y las flores en una mano y agitaba la otra para indicar dónde estaba. Giselle fue la primera en verle y lo señaló a Anastasia. Al verle, la niña sonrió y echó a correr hacia él; un empleado de Inmigración trató de sujetarla, pero al ver a Sergei la dejó pasar, sonriendo.

Repentinamente tímida, se detuvo antes de llegar a él con una indecisa sonrisa. Sergei se agachó al tenerla cerca y le tendió el oso El rubio dorado de su pelo y los ojos azules eran de Sue Ann, pero había en su expresión una dulzura de que carecía su madre.

—*Bonjour,* Anastasia. *Joyeux Noël. Bienvenue à* New York.

—Hola, papá —articuló la niña claramente en inglés, con un levísimo acento—. ¡Felices Navidades!

Cogió el osito y Sergei sintió que se le humedecían los ojos mientras la abrazaba y le llenaba el rostro de besos.

—¡Hablas inglés! ¿Cómo lo aprendiste? ¿Quién te enseñó?

Anastasia respondió hablando con lentitud.

—*Tante*… Tía Giselle me enseñó —y miró a Giselle, luego a él, y sonrió con orgullo.

Sergei recogió la cálida sonrisa con que le observaba Giselle. De repente se dio cuenta de muchas cosas. Y comprendió que aquella puta había tenido razón y no él. Lentamente se enderezó.

Le ofreció las flores en silencio, y Giselle las cogió sin decir tampoco una palabra, y le abrazó. Sus labios temblaban al besarla él.

—Esto es un milagro —musitó él—. ¿Cómo te lo puedo agradecer?

Giselle respondió, cogiendo a la niña con una mano e incluyéndola en el abrazo.

—No es un milagro. Todo lo que Anastasia necesitaba era una madre.

Giselle y Sergei se casaron la mañana del día de Navidad, en casa de Harvey Lakow, en Palm Beach.

ocho

—Marcelo es un maldito imbécil —opinó Jeremy—. Creyó que era más importante que el gobierno. Lo último que tenía que permitir era que lo llevasen ante un tribunal. Allí lo tenía todo perdido. El barón lo miró pensativo desde el otro lado de la mesa de su despacho.

—¿Y le sentenciaron a dieciocho meses? Naturalmente tenía derecho a apelar, ¿no?

—La apelación ha sido ya denegada. A pesar de que en principio el juez se inclinaba a suspender la sentencia, él armó tal jaleo que al hombre no le quedó otro remedio que seguir adelante.

El barón cogió un puro, calentándolo con las manos antes de encenderlo.

—Es el peligro que traen demasiados embustes. Tarde o temprano, caes. ¿Le rebajarán la condena por buena conducta?

—Sí. Dentro de seis meses, llenará los requisitos para ser puesto en libertad bajo palabra. Es decir, si mantiene la boca cerrada y observa una conducta intachable.

—¿Cree que eso le afectará mucho?

—¿En sus negocios? —Jeremy se encogió de hombros—. En lo que ya posee no creo que mucho. Pero si tiene algún proyecto tendrá que ir con mucho cuidado. Estará sometido a un severo escrutinio por parte de la gente.

—Sí, claro —admitió el barón, quedándose pensativo.

Íntimamente había ya decidido no renovar el pagaré de Marcelo Sobre las líneas Campion-Israelí. Claro que eso obligaría a Marcelo a disponer de sus acciones, pero la compañía marítima estaba en condiciones de que los israelíes se encargaran de ella, con el apoyo del banco, por supuesto. Luego observó:

—Su Presidente obró acertadamente llamando a Mac Arthur.

—Era lo único que podía hacer Si hubiese dejado que Mac Arthur siguiese adelante, nos habríamos metido en otra guerra.

—¡Qué curiosa es la mente militar! —repuso el barón—. Su Mac Arthur es como nuestro De Gaulle. Cada uno se cree Dios. Naturalmente, el primero en versión protestante.

Jeremy se echó a reír.

—Ustedes, los franceses, parece que desprecien un poco a De Gaulle. Su partido no goza de mucho prestigio.

—El RPF no es más que un entretenimiento. En pocos años habrá desaparecido, pero De Gaulle no. No se disolverá como vuestro viejo soldado.

—¿Qué hará, entonces?

—Esperar. Sabe hacerlo —replicó el barón—. Sabe que los franceses no estamos tan contagiados de democracia como ustedes los americanos. En Francia hay

demasiados partidos políticos. Se llega a decir que uno por cada francés, y el poder se mantiene siempre por coalición, y al cambiar tan frecuentemente hace que el gobierno varíe cada dos por tres. De Gaulle sabe que la carencia de continuidad ha de llevar fatalmente al desastre. Por eso espera, y, cuando llegue la hora, volverá. Y eso será el fin de la cuarta República.

—¿Pero el pueblo lo permitirá?

El barón contestó sonriendo.

—Esta es una equivocación de la mayoría de los americanos. Viven tan convencidos de la eficacia de su gobierno, que olvidan cómo son los franceses. El francés medio, lo mismo que el europeo medio, aún se postra ante un hombre poderoso. Tuvimos nuestra revolución antes que ustedes, y, sin embargo, seguimos ciegamente al dirigente cuando aparece. Napoleón volvió. También puede volver De Gaulle.

Jeremy se echó a reír.

—¿Y usted no teme que tenga la ambición de coronarse rey?

—Quién sabe —contestó el barón encogiéndose de hombros—. Solo lo sabe De Gaulle, y él no se lo dice a nadie. Sin embargo, una cosa es cierta. Cuando venga, volverá para crear un gobierno efectivo, no aparente.

Su tono fue reflexivo cuando añadió:

—Y quizá esté en lo cierto. Tal vez el único medio para que Francia recupere su orgullo y su poder es contar con un hombre como él.

Cuando Jeremy salió del despacho, el barón se recostó en la silla y cerró los ojos. Un año más y Roberto estaría preparado para confiarle toda la carga de los negocios. Decir las cosas que los demás querían oír y aun así decir las que precisaban ser dichas a pesar de todo, eso era lo pesado. Quizás anduviese equivocado, pero le parecía que en los viejos tiempos, las cosas eran mucho más simples.

Entonces pensó en el hombre que acababa de salir de su despacho y sonrió. Le gustaba Jeremy, su agilidad mental, su sinceridad, incluso su más o menos arraigado idealismo. Esta era la clase de hombre con quien Carolina se hubiera debido casar. Era extraño que hubiera estado enamorada del padre. Pero quizá no tan extraño; en algunos aspectos el padre se parecía mucho a su hijo.

Se preguntó qué vería Jeremy en aquella mujer alemana. Hacía un año que se dijo que se casarían, y, sin embargo, el año pasó y no se casaron. Probablemente no se casarían nunca.

De golpe le asaltó una idea, y con cierta excitación alargó la mano hacia el teléfono. Dudó, la retiró, pero al fin se decidió.

Después de todo, ¿por qué no? No se trataba de un plan descabellado, ni sería la primera vez que un hijo se casa con la que fue la amante de su padre.

Denisonde respondió al teléfono. El barón le dijo que organizara una fiesta con cena para la noche del sábado y que no se olvidase de invitar a Jeremy Hadley.

Jeremy conocía los síntomas: Marlene estaba irritada. Mientras se dirigían silenciosos al hotel, intentó dos veces mirarla a los ojos, pero ella los desvió cada vez. Solo estalló cuando llegaron a sus habitaciones.

—¡Malditos sean todos! —gritó tirando el bolso con violencia—. ¡No quiero verlos más! ¡A ninguno de ellos!

—¿Qué ha pasado? A mí me ha parecido una velada muy agradable.

—¡Será porque eres más estúpido de lo que creía! ¿Pero no viste lo que estaba haciendo el barón?

Jeremy la miró.

—No —contestó tercamente—. Dímelo tú.

—Te la estaban echando en los brazos. Toda la noche igual. Carolina esto…, Carolina lo otro… ¿No lo notaste?

—No me di cuenta de nada de eso que dices. Tu imaginación se ha soltado de nuevo.

—¡No! ¿Es que no viste el trato que me dispensaron? Como si yo no existiese. Te hicieron sentar al lado de Carolina, en la cabecera de la mesa, y al otro lado el barón. ¡Y yo al otro extremo, entre un don nadie y otro don nadie!

—Déjalo ya, Marlene —exclamó ásperamente—. Estoy demasiado cansado para discutir. Además, todo esto es ridículo. Carolina y yo somos amigos desde hace años.

—¿Que todo es ridículo? Si fue buena para tu padre, ¿por qué no ha podido pensar el barón que también lo sería para ti? Todo el mundo sabe que fue su amante.

Jeremy se puso pálido.

—¡Cállate! Ya has hablado demasiado.

Pero Marlene no estaba dispuesta a callar.

—¡Claro! ¡Sobre todo no toquemos a los sagrados Hadley! Y yo menos que nadie. Ya he vivido demasiado tiempo a tu lado. Estoy muy bien enterada de la segunda familia que tu hermano Jim mantiene en una apacible casa de Brookline. Y la discreta estrella de cine que tu padre protege. Y los guapos muchachitos con los que tu hermano Kevin se entretiene en Nueva York; y la afición que tienen tus hermanas a cambiar de marido en los fines de semana…

La voz de Marlene se le rompió en la garganta cuando él, furioso, la agarró por los hombros y empezó a sacudirla violentamente.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Cuando la dejó, Marlene tuvo que sentarse para no perder el equilibrio, y lo miró con odio mientras jadeaba convulsivamente.

—Supongo que me pegarás lo mismo que sabía hacer Fritz —exclamó sarcástica.

Jeremy la miró unos instantes en silencio y movió la cabeza lentamente.

—Esto es lo que te gustaría, ¿verdad? Sería lo que satisfaría tu sentimiento de culpabilidad.

La boca de Marlene se torció en una fea mueca.

—Por lo menos yo no me ofrezco como ella. Primero al padre y luego al hijo. Sé

muy bien cómo son las francesas. Los soldados alemanes contaban que iban detrás de ellos por las calles levantándose las faldas.

La voz de Jeremy fue fría como un cuchillo.

—¿No habrás confundido la historia? La primera vez que la oí fue muy al revés; eran las alemanas detrás de los rusos, y luego detrás de los americanos.

—¿Es eso lo que tú piensas? ¿Que yo corrí detrás de ti?

—¿Hay otro modo de entenderlo? —le preguntó Jeremy fríamente—. Recuerda que fuiste tú quien me llamó.

nueve

El secretario del Presidente se levantó de su mesa y tendió la mano a Jeremy al verle entrar en el despacho.

—Siempre es un placer verle de nuevo, congresista.

El apretón de manos fue firme pero breve. Jeremy hizo caso omiso de que le llamara congresista, pues el secretario sabía muy bien que ya no lo era.

—Tome asiento, por favor —invitó cortésmente el secretario mientras se sentaba detrás de la mesa y acercaba una caja de puros a Jeremy.

—No, gracias; prefiero un cigarrillo.

El secretario fue derecho al asunto.

—El Presidente leyó con mucho interés sus cartas. Encontró muchos de los puntos muy acertados, y me rogó que le expresara su gratitud. Estuvimos considerando la cuestión de su nombramiento y el Presidente llegó a la conclusión de que no era todavía el tiempo apropiado.

—Ah… El senador me habló como si la cosa se hubiese ya resuelto.

El secretario sonrió levemente.

—Creo que el senador estaba equivocado. Es bastante joven, ya lo sabe usted, y a veces su entusiasmo corre parejas con su edad.

—¿Sí?

En el monosílabo de Jeremy no había expresión alguna. El secretario, se dijo, no conocía a las personas. El senador era joven, pero no en política. La capacidad política era una condición innata en él, y nunca incurrió en interpretaciones erróneas.

—Este año se celebrarán las elecciones —continuó suavemente el secretario—, y el nuevo Presidente esperaría que usted renunciase a su cargo, como se acostumbra. Entonces en lugar de darle un nombramiento provisional, decidimos que será más acertado esperar algún tiempo.

—¿El Presidente también pensó esto último?

El secretario levantó las cejas sorprendido. A él no le gustaba que le hicieran preguntas.

—Desde luego —respondió secamente.

El senador le estaba esperando cuando Jeremy entró en su despacho.

—¿Bien, congresista?

—¿Bien, senador?

—Jeremy, nos han hecho una jugarreta.

—¿Lo sabías ya?

—Esta mañana me enteré —dijo el senador—. Directamente de la Casa Blanca.

El viejo me llamó.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué permitiste que fuera allá?

El senador sonrió, y cambiando de expresión respondió en tono serio:

—Quería que comprobaras que no había faltado a mi palabra.

—Ya sabes que no lo hubiera pensado.

—Gracias.

—Me pregunto qué pudo entrometerse.

—Pues yo no necesito preguntármelo. Lo sé —afirmó el senador—. No ha sido el viejo ni tampoco el Consejo de Estado. Y entonces solo nos queda un conspirador.

—¿Nuestro amigo el secretario?

—Ese.

—¿Pero por qué? Siempre me he portado bien con él.

—Supongo que porque no le gustan los hombres de Harvard —dijo sonriendo el senador—. El jodido estudió en Yale, ya sabes… Lo siento, Jeremy.

Jeremy se encogió de hombros:

—No te preocupes. Ha sido un bonito sueño.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. No tengo nada pensado.

—¿Vas a la convención?

—Desde luego. No quisiera perdérmela.

—Nosotros iremos detrás de Stevenson.

—¿Crees que serán capaces de convencer a Eisenhower?

—No creo que tengan que insistir mucho —repuso el senador—. Preferirían a Taft, pero como por encima de todo desean ganar, se unirán a Eisenhower.

—Para Ike será un simple paseo.

—También lo creo yo —convino el senador, quedándose pensativo—. Y en cierto aspecto es una pena, porque sé que Stevenson resultaría un magnífico presidente —de súbito miró fijamente a Jeremy y añadió—: Necesitaremos toda la ayuda que podamos en el Congreso. ¿Por qué no te quedas? todavía estás a tiempo de entrar en la lista.

Jeremy movió la cabeza con gesto negativo.

—Gracias. No me seduce. No soy más que un aficionado. Lo dejo para vosotros, los profesionales.

—Si los republicanos ganan —apuntó el senador—, no podré hacer nada por ti en mucho tiempo.

—No te preocupes. Lo comprendo muy bien.

El senador se levantó diciendo:

—Bien; cuando decidas algo, dímelo. Quizá te pueda ser de más utilidad que ahora.

—Te lo diré. Tendré que decidirme pronto, pues si no lo hago se me echará encima el viejo.

—Te comprendo muy bien —dijo el senador haciendo una mueca—. Yo también tengo un padre.

De hecho, fue su padre quien le proporcionó el ofrecimiento del periódico. El director le informó de ello mientras comían.

—Estaba cenando la otra noche con su padre, y surgió una discusión acerca de la política francesa; entonces él me mostró unas cartas de usted. Leí una y me quedé muy intrigado; leí otra y luego una tercera. Finalmente le pregunté a su madre si me las podía llevar todas. Aquella noche estuve despierto hasta las tres de la mañana, leyéndolas y meditando. Al principio pensé que se podría hacer un magnífico libro con sus cartas. Maneja muy bien la pluma, ¿sabe? Pero luego rechacé la idea. Lo bueno de ellas era que las escribió usted cuando los acontecimientos estaban todavía frescos en su mente. Con una facilidad como la suya, lo lógico sería dedicarse a escribir artículos periodísticos. ¿Le interesaría?

—No sé… ¿Cada día? Pero usted sabe que yo no soy escritor.

—¿Y quién lo es? Hubo un tiempo en que la primera condición para ser novelista dependía de haber sido soldado raso. Antes eran los conductores de camión. Yo creo que la única condición para ser un buen articulista es que se escriba de forma interesante y se tenga algo que decir. Y usted lo dice con sencillez y claridad.

Jeremy se echó a reír.

—Si lo que buscan es una cosa sencilla, han encontrado el tipo adecuado.

—¿Entonces lo pensará?

—Lo haría si supiera sobre qué demonios escribir.

—Las convenciones están a punto de empezar. ¿Por qué no va y me envía algunas reseñas? No para publicarlas, como comprenderá, pero podríamos ver qué tal lo hace y decidir lo más indicado.

A Jeremy no le desagradó la idea.

—Está bien; daré una vuelta por allí. Pero el resultado no será otro que comprobar que no estoy preparado para ese trabajo.

Sin embargo, ya en su primer artículo, demostró que sí estaba preparado. Después de una apresurada llamada del director para que continuase, su primera columna apareció el día en que se inauguró la Convención.

Se titulaba: Un país extranjero.

«Los países extranjeros son más o menos iguales en todas las partes del mundo», decía el primer párrafo. «El hombre medio parece sentirse feliz viendo a los americanos, y le caen simpáticos. Solo los políticos, los porteros de hotel y los conductores de taxi parecen odiarnos. Chicago es como cualquier país extranjero.»

Al año, su columna aparecía tres veces por semana en doscientos periódicos.

En París, mientras desayunaba con su hija, el barón terminó de leer la columna en la edición europea de *The New York Times* y se la mostró a Carolina.

—¿Has visto esto?

Carolina miró la columna que le señalaba su padre.

—Sí. Es muy inteligente.

—Es un hombre extraordinariamente brillante.

—Sí —corroboró ella—; mucho.

—Es extraño —comentó el barón arrugando la frente—. Desde aquella cena ya no hemos vuelto a tener más noticias de él.

—A la mañana siguiente Denisonde recibió un hermoso ramo de rosas y una tarjeta agradeciendo la velada.

—¿Quieres decir que nunca te ha llamado?

—Nunca.

Carolina disimuló una sonrisa. ¡Pobre papá! Cuanto más trataba de no demostrar su intención, más evidente era. No pudo resistir la tentación de burlarse un poco.

—¿Por qué tenía que llamarme? —le preguntó en tono de inocencia.

diez

Una mano tocó con suavidad el hombro de Amparo.

—Perdón, princesa. Su padre está abajo y desea verla.

Amparo notó que le latían fuertemente las sienes mientras se sentaba en la cama. Todavía sentía un amargo gusto en la boca. Medio adormilada preguntó a la doncella:

—¿Mi padre?

—Sí, princesa.

Y mirando al muchacho desnudo que yacía con la joven, añadió:

—Su Excelencia parece tener mucha prisa.

Amparo sacudió la cabeza, tratando de despejarse. Algo muy especial tenía que haber ocurrido para que su padre se presentase tan temprano. No era su costumbre.

—Dile que bajo en seguida.

—Sí, princesa —dijo la doncella saliendo de prisa.

Amparo se dirigió al muchacho.

—No te muevas. Ya te avisaré cuando se haya ido.

Él la miró en silencio y ella se dirigió a la silla donde tenía el salto de cama. Pero antes de que diera dos pasos, el Presidente irrumpió como un huracán en la habitación.

—¡Excelencia! —exclamó el muchacho aterrado.

Y saltando de la cama se quedó en posición de firmes.

El Presidente pasó por delante de él como si no existiera y se dirigió a Amparo.

—¡Tengo que hablar contigo inmediatamente!

Amparo se puso el salto de cama, y, mirando primero a su padre y luego al muchacho, exclamó:

—¡No seas estúpido, Jorge! No hay nada más ridículo que un soldado desnudo en posición de firmes. ¡Vete!

El soldado recogió su ropa atropelladamente y salió corriendo. Cuando la puerta se cerró, Amparo miró a su padre:

—¿Qué pasa?

—Ya veo que no estás muy interesada por lo que hace tu marido —respondió el Presidente en tono sarcástico—. Pero hubieras debido advertirme que llegaba hoy.

—¿Hoy? —su voz sonaba incrédula.

—Sí, hoy.

Amparo sonrió con amargura.

—No lo sabía. Por lo visto esta vez tus censores te enviaron a ti la fotocopia antes que a mí el original.

El Presidente se dirigió hacia la ventana y se quedó unos segundos mirando afuera.

—Si lo hubiera sabido un día antes, habría impedido que viniese.

—¿Y qué habrías conseguido? Tarde o temprano se habría enterado de lo que hacías.

—¡Pero precisamente hoy!

Y acercándole un periódico que llevaba bajo el brazo, añadió:

—El Diario trae un artículo en la primera página pidiendo que se le procese por su cobarde renuncia a su puesto en Corea. Dicen que esto es un descrédito para todo Corteguay.

Amparo no cogió el periódico.

—Naturalmente —dijo con sarcasmo—. Tú tampoco sabías esto, ¿verdad?

—Claro que lo sabía —replicó él, airadamente—, pero no que regresaba hoy; de lo contrario hubiera hecho publicar ese artículo más tarde.

—Entonces quéjate a tus espías, no a mí.

Tirando del cordón que estaba junto a su cabecera, agregó:

—Voy a tomar café. ¿Quieres acompañarme? Iré al aeropuerto y le explicaré…

—No le explicarás nada. Ni siquiera le verás.

—¿Cómo que no le veré? ¡Soy su mujer! ¿Qué diría la gente si vieran que no voy a recibirle?

—Maldito lo que me importa lo que digan —estalló el Presidente—. También eres la hija del Presidente. ¡No puedes ni acercarte a un declarado traidor!

—¿Es así como se va a enfocar el asunto?

El Presidente no respondió.

—Por fin has encontrado el modo de desembarazarte de él —le roncó Amparo—. Hace ya tiempo que lo veía venir. Lo comprendí durante nuestro viaje de novios, cuando los periódicos especulaban abiertamente sobre si sería tu sucesor.

El Presidente la miró con fijeza.

—¿Acaso tú le has sido leal? Así que se marchó te acostaste con el primero que tuviste a mano.

Amparo sonrió replicándole:

—Por eso precisamente nunca me convencerás de que no soy tu hija. Nos cortaron por el mismo patrón. Somos exactamente iguales.

El Presidente adquirió en el acto una expresión apacible. La camarera entraba con el café, y después de servirlo se fue casi corriendo, y él se acercó a la mesa, cogió una taza y bebió unos sorbos mientras decía en tono satisfecho:

—Me alegro de que al fin empieces a tener buen sentido.

Amparo cogió una taza, se sentó y dijo con voz tranquila:

—No le matarás como hiciste con los otros. No te lo permitiré.

—¿Que no me lo permitirás? —le preguntó irónicamente—. ¿Y cómo podrás evitarlo?

Amparo sonrió mientras le decía:

—Pocos días después de irse Dax, escribí un largo informe, detallando todo lo

que sé de ti. Lo que has hecho, a quiénes has traicionado, dónde tienes escondido el dinero que has robado, todo… Este informe está en una caja fuerte de un banco de Estados Unidos, con instrucciones para que se abra y se publique en toda la prensa si nos sucediera algo a mí o a Dax.

—No te creo. No sale nada del país sin que yo me entere.

Amparo sonrió mientras seguía bebiéndose su café.

—¿No? Sabes mucho acerca de mí, y seguramente te informarían de que, a los pocos días de salir Dax de viaje, me acosté con un hombre. ¿No recuerdas quién era?

En el rostro de su padre se grababa la curiosidad, pero no respondió.

—Un agregado de la embajada mejicana que iba de paso a Estados Unidos. De cuando en cuando he añadido al informe algunas cosas nuevas muy interesantes. Otros se han sentido más que satisfechos de hacerle un favor a la princesa en pago del que ella les hizo.

El Presidente, luego de unos segundos, le preguntó:

—Entonces, ¿qué es lo que esperas que haga con él?

Amparo vio que la taza estaba vacía, y la llenó de nuevo; sin darse cuenta se le abrió el salto de cama.

—Le enviarás lejos. Hay mucho que hacer en el extranjero y él puede serte útil. En cuanto esté fuera del país, pediré el divorcio. Eso demostrará al pueblo que ya no goza de tu favor.

—¿Y me darás el informe?

—No. El informe seguirá allí; es la garantía de que no nos ocurrirá nada a ninguno de los dos.

Su padre la miró de hito en hito y de repente alargó la mano sobre la mesa, hasta ella, y le retorció un pecho clavándole las uñas.

Amparo se quedó blanca como la nieve y unas gotas de sudor le temblaban en la frente, pero sus ojos se clavaron impasibles en los de su padre y de sus labios no salió un solo gemido.

Bruscamente él la soltó. En el rostro del Presidente había un leve rastro de respeto cuando dijo:

—Eres igual que tu madre; pelo rubio, coño negro.

Los tres soldados se cuadraron cuando Dax y Gato Gordo se les acercaban. El teniente saludó:

—¿Coronel Xenos?

—Sí.

—El Presidente ha encargado que lo llevemos inmediatamente a su presencia. Por aquí, por favor.

Y en vez de llevarlos a través de la aduana hacia la puerta principal, se dirigieron a una puerta contigua a la aduana. Dax y Gato Gordo se disponían a entrar cuando

dos de los soldados atajaron a Gato Gordo.

—Usted se quedará aquí —dijo el más alto.

Dax levantó una mano a tiempo de detener el súbito gesto de Gato Gordo llevándose la mano a la pistola.

—Esto no me gusta —susurró Gato Gordo.

—¿Qué es lo que temes? —le preguntó Dax en inglés.

Y en español le agregó:

—Estamos en casa. Acepta lo que te dice el teniente. Espérame aquí.

Dax se volvió hacia el oficial, quien cortésmente le abrió la puerta, dejándolo pasar primero. Al salir al exterior, parpadeó, cegado por el sol. Esperó a que el teniente se le reuniera.

—Por aquí.

Dieron la vuelta al edificio, y allí, fuera del alcance de la vista de los demás, estaba el coche blindado del Presidente. El teniente le abrió la puerta.

—Entra, Dax —le invitó el Presidente desde el interior del coche.

Dax entró en el coche presidencial al mismo tiempo que con rapidez mecánica se cerraba la puerta a sus espaldas y se corrían las cortinas de las ventanillas. Dax miró, al Presidente. A despecho de la temperatura, el rostro del viejo relucía de sudor.

—¿Por qué no me hiciste saber que venías, muchacho? —preguntó risueño—. Por suerte lo supe por Amparo.

—No creí que importase. ¿Dónde está Amparo?

El Presidente apartó la mirada al decirle:

—Está en la inauguración de una nueva ala del hospital.

A través del cristal de separación del coche, Dax veía que tanto el chófer como el teniente tenían una pistola a mano. El Presidente le dijo, viendo que se acababa de fijar en ello:

—No te preocupes. No pueden oírnos.

Dax sonrió al contestarle.

—No pensaba en si nos oyen.

—Lo «otro» no es más que rutina. Viven celosos de mi seguridad. Pienso, Dax, que has escogido un momento muy inoportuno para volver. No tenías que haber dimitido.

—No podía hacer nada más desde que llegó el aviso de que usted no enviaba las tropas que prometió.

—Hubo razones muy poderosas; problemas que tú no conoces.

—Pero usted dio su palabra —insistió Dax—, y yo la mía. Acudí a mis amigos, los acosé y les rogué que nos enviasen las armas modernas. ¿Usted cree que ellos no vieron que era mentira lo de que había expirado el plazo de alistamiento?

—¿Qué importa que lo creyeran o no? —replicó el Presidente con voz irritada—. Había disturbios en las montañas y los soldados me eran más necesarios aquí que en Corea.

—Fue una mentira desde el principio —le acusó Dax—. Usted no pensó nunca enviarlos. Fue solo una excusa para obtener armas nuevas.

El Presidente palideció de rabia, y a duras penas pudo reprimirse cuando le rugió:

—¡He hecho matar a muchos hombres por menos que esto!

Dax se inclinó contra el respaldo y sonrió.

—Hágalo. Al menos mis amigos se darán cuenta de que no participé en sus manejos.

El Presidente calló un momento, y cuando habló parecía sereno de nuevo.

—Olvidaré tu insulto porque tengo en cuenta que se ha debido al calor de la discusión. Pero recuerda eso: mi interés principal es Corteguay, y lo demás solo tiene importancia por lo que se relaciona con él. ¿Comprendes?

Los labios de Dax se curvaron en una mueca amarga.

—Lo comprendo muy bien.

—No olvides que he salvado tu vida viniendo a recibirte. Los periódicos piden tu cabeza, y exigen que te juzgue un tribunal militar por abandono de tu puesto en la guerra.

Dax lo miró con expresión pensativa.

—¿A usted no le interesaría contarles la verdad?

—Lo haría si quisieran escucharme —replicó el Presidente—; pero es demasiado tarde. No atienden a razones.

—¿Por qué no los detuvo al principio?

—Las cosas fueron muy rápidas. Antes de que me diese cuenta ya habían soliviantado al pueblo.

Dax se echó a reír al oír esto.

—No me extraña que persuadiera a mi padre para que creyese en usted. Domina completamente todos los medios de información del país y está sentado aquí tranquilamente, esperando que yo crea lodo lo que me dice.

El Presidente se quedó rígido en el asiento.

—Está bien. Usted quiere que me vuelva en el mismo avión que me ha traído.

—Eso es. Hay mucho que hacer fuera.

—No —replicó Dax con decisión—. Ya se ha servido de mí lo bastante, lo mismo que se sirvió de mi padre. Búsquese a otro.

—Dices eso porque estás obcecado. Pero eres hijo de Corteguay, y día vendrá en que cambies de opinión.

—Siempre seré hijo de Corteguay, pero nunca cambiaré de opinión.

El Presidente no le contestó, y Dax le dijo:

—Me gustaría ver a Amparo antes de irme.

—Amparo no quiere verte —le contestó el Presidente—. Me ha encargado que te diga que va a pedir el divorcio. Como hija mía, le parece incorrecto continuar la relación contigo.

Dax apartó la cortina de la ventanilla y miró a lo lejos, hacia las montañas, cuyas

cimas brillaban al sol. Después de unos instantes clavó los ojos en el Presidente.

—Muy bien —decidió en tono tranquilo—. Estoy listo para irme ahora.

Iba a abrir la puerta pero el Presidente lo detuvo.

—Un momento —hizo un gesto con la mano al chófer, y añadió—: La puerta la hace funcionar el chófer.

El teniente bajó del coche y abrió la puerta a Dax, quien cuando ya estaba fuera se volvió al oír la voz del Presidente.

—Ve con Dios, hijo mío.

Con la cabeza fuera de la puerta, en el rostro del Presidente, surcado por mil arrugas, aparecía una rara expresión de tristeza que contrastaba con la del fatigado Dax, en la cual se advertía un terrible desencanto.

—Gracias, Excelencia —respondió gravemente—. Vaya con Dios.

El Presidente dio orden de arrancar. La puerta del coche se cerró y él desapareció detrás de las cortinillas; atrás quedaba una espesa nube de polvo, y cuando Dax vio que en la carretera ya no se veía ni rastro de polvo ni del Presidente, se dirigió hacia la terminal.

El gigantesco avión se elevó lentamente por encima del mar, luego describiendo un amplio viraje, puso rumbo hacia el interior del país. Tan pronto se apagó el letrero luminoso que prohibía fumar Dax sacó un cigarrillo. Una azafata se detuvo a su lado.

—¿Señor Xenos? El mensajero que trajo este sobre me dijo que se lo diese en pleno vuelo.

—Gracias.

Dax abrió el sobre, en el que solo había una nota:

Dax:
Lo siento. Por favor, perdóname.

Amparo

Lentamente rompió el papel en diminutos pedazos y los dejó en el cenicero. Encendió un cigarrillo y se puso a mirar por la ventanilla. En aquel momento se acercaban a los picachos más altos y el esfuerzo del avión al remontarse lo hizo caer contra el brazo del asiento.

Contempló las recortadas montañas verdiazules, con sus cimas nevadas… Atrás iba quedando Corteguay. Luego sintió que unas lágrimas le resbalaban por las mejillas. Cerró los ojos y apoyó su fatigada cabeza contra el respaldo. Aún volvió a mirar afuera, hacia allá donde sabía que quedaban sus montañas, su hacienda, la tierra de su infancia… No las volvería a ver nunca más.

once

—Allí —señaló Sue Ann hacia donde Dax estaba tendido de bruces sobre la arena de la playa.

—*Oui, madame* —contestó el mozo de la playa, sonriendo.

Sue Ann lo siguió sin decir nada, pasando entre los bañistas que tomaban el sol. El mozo tendió una esterilla y le puso una toalla encima. Sue Ann sacó un franco del bolso y se lo dio. El mozo se fue, todavía sonriente.

Sue Ann se tendió sobre la esterilla y dejó que el cálido sol le tostara la piel. Al cabo de unos momentos se volvió de costado y vio que Dax miraba hacia ella.

—Hola —dijo Dax.

—Hola.

Sue sacó una botella de loción antisolar y empezó a aplicársela al rostro. Cuando terminó le tendió el frasco a Dax rogándole:

—¿Quieres aplicarme un poco en la espalda, por favor?

—Lo que tú quieras.

Dax se sentó y extendió la loción con dedos ágiles y fuertes.

Sue Ann contempló el espectáculo de los botes y los veleros, y vio una lancha motora que se alejaba con una pareja que hacía el esquí acuático.

—Resulta muy difícil el encontrarte.

—No lo creas —respondió Dax—. Llevo toda la mañana en la playa:

—Me enteré de tu divorcio por los periódicos. Estuve en Nueva York pero ya te habías ido. Me dijeron que estabas en París, pero cuando llegué acababas de irte a Roma. En Roma me dijeron que estabas en Cannes… Me sorprendió encontrarte aquí. Creía que volverías a Nueva York.

Después de untarle la espalda, Dax le preguntó:

—¿Suficiente?

—Sí.

Sue Ann se tendió de espaldas al sol y le preguntó:

—¿De qué estás huyendo ahora?

—No huyo de nada. Solo que no tengo nada mejor que hacer.

—¿Y tú amiguita la actriz? —preguntó Sue Ann, echando una mirada a su alrededor—. ¿Dónde está?

Dax se echó a reír, resaltando sus blancos dientes.

—¿Dee Dee? Es muy temprano para ella. Nunca se levanta antes de la una.

—¿Pero qué ves en ella? Es una actriz bastante mala.

—Me divierte.

—Me cuesta creerlo. Parece blanda y mollar… Una buena polla tiesa la deshincharía.

Dax volvió a reír.

—Las apariencias engañan. Es mejor actriz de lo que crees. Y te diré que es bastante fuerte.

—Tal vez. Pero no tanto como para un hombre como tú. No es como yo.

Dax la observó unos instantes.

—No hay nadie como tú.

—¿Buena o mala?

—Las dos cosas.

La respuesta pareció que la satisfizo.

—Su marido ha pedido el divorcio en Nueva York, alegando que tú eres la causa. ¿Te vas a casar con ella?

—No. Los dos estamos de acuerdo en que mi posición no es bastante sólida para mantenerla.

—Se dice que el marido os sorprendió en la cama… Sería embarazoso, ¿no?

—Si te digo la verdad, no lo fue. —Dax sonrió al recordarlo—. Él resultó un hombre civilizado.

Dax evocó para sí. Aquella noche las luces se encendieron de repente y apareció el marido en el umbral, parpadeando ante la excesiva luz y al ver el espectáculo de Dax y su mujer desnudos en un mismo lecho.

—¡Oh, perdón! —murmuró.

—¡Hugh! ¿Pero tú qué haces aquí? —le gritó ella—. No te esperaba hasta mañana.

Su marido consultó el reloj de pulsera.

—He llegado en el avión de medianoche. Ya es mañana.

—¡Esos malditos horarios! Nunca acabaré de comprenderlos.

Dee Dee había mirado a Dax y luego a su esposo.

—Ah, vosotros no os conocéis. Hugh, este es Dax.

Hugh, sin moverse del umbral, hizo una especie de inclinación.

—¿Cómo está usted? —preguntó cortésmente.

Dax bajó la cabeza afirmando, grave el gesto.

—Bien —dijo Hugh—; será mejor que me vaya.

Una mirada de preocupación apareció en el rostro de Dee Dee.

—¿Pero dónde encontrarás sitio a estas horas de la noche?

—Ire al club.

Dee Dee asintió. Parecía aliviada, y le recomendó:

—Está bien, pero asegúrate de que te den una habitación con aire acondicionado. Hace un calor terrible en este maldito Nueva York…

Ahora sí, ahora el marido replicó indignado:

—¡Sabes muy bien que detesto el aire acondicionado! —Al llegar a la puerta se volvió—: Buenas noches.

—¡Hugh! —gritó ella de repente.

—¿Qué quieres?

—Por Dios, ¿dónde tengo la cabe2a? Se me había olvidado —y se volvió hacia Dax para decirle—: Dame esa almohada.

Dax cogió la almohada que tenía detrás y se la dio.

—¿Esta?

—Qué tonto eres —había exclamado Dee Dee en voz enojada—. La de Hugh es la que tienes al lado.

»Dax la miró desconcertado mientras ella buscaba dentro de la funda de la almohada, de la que sacó un pequeño envoltorio. Saltó de la cama, olvidándose de que estaba desnuda, y corrió hacia su marido.

—¡Tu regalo de cumpleaños!

Hugh cogió el paquete y lo miró extrañado.

—Gracias.

—Espero que te gustará —y lo besó en la mejilla agregando—: Feliz cumpleaños, Hugh.

—Sí…, sí…, gracias.

Se quedó un instante sin saber qué más decir, y luego añadió con voz sorprendentemente dulce:

—Vuélvete a la cama, querida. Puedes coger un terrible resfriado con ese maldito aire acondicionado. Créeme, acuéstate.

Sue Ann lo devolvió bruscamente a la realidad.

—¿Qué has hecho desde que volviste de Corea?

—Casi nada. He tomado lecciones de pilotaje. He aprobado ya para el título.

—¿Es que quieres comprarte un avión?

—No. El avión que me gusta es el Cessna de dos motores, pero es muy caro para mí. Los otros no tienen el radio de acción que quisiera o son poco rápidos.

—Yo te lo compraré —dijo Sue Ann.

Dax la miró sorprendido:

—¿Para qué?

—Por nada. —Sue Ann hizo un expresivo movimiento con los dedos—. Puedo permitírmelo.

—No, gracias, Sue, pero un aeroplano es como un yate. Cuesta más mantenerlo que comprarlo.

Después de un breve silencio preguntó Sue Ann:

—¿Tienes algún plan hecho?

—En realidad, no. Me estoy acostumbrando a la idea de no tener nada especial que hacer. Para el mes que viene me han invitado a un safari en Kenya.

—¿Vas a ir?

—No lo he decidido todavía.

—¿Y qué harás con tu amiguita?

—Dee Dee seguramente filmará una película mientras estaré en el safari. Pasar un

bochornoso verano en París no me seduce mucho.

Sue Ann se sintió invadida por una oleada de satisfacción. Si Dax planeaba irse una temporada, no había por qué preocuparse. De pronto hubo una pequeña conmoción cerca de ellos, y se volvieron para ver qué ocurría. Dee Dee estaba bajando los escalones del Carlton y varios fotógrafos le sacaban instantáneas. Se había puesto un floreado vestido de verano y una pamela, y llevaba abierta una sombrilla del mismo género del vestido. Poco después los fotógrafos se fueron y ella se acercó a la pareja con un gracioso balanceo, a pesar de que los exagerados tacones se le hundían en la arena.

Dax se levantó al verla cerca de ellos.

—Dee Dee, te presento a Sue Ann Daley. Sue Ann, Dee Dee Lester.

—*Miss* Daley —dijo Dee Dee con cierto malicioso tono—, he oído hablar tanto de usted. Me alegro de conocerla.

Sue Ann sonrió, levantándose.

—Y yo acabo de oír mucho acerca de usted. Bien, me encanta conocerla, pero tengo que irme.

—Oh…, no quiero interrumpir —dijo rápidamente Dee Dee—. Solo estaré aquí un momento, pues no puedo tomar el sol. Tengo la piel tan delicada… Solo he venido para ver cómo estaba Dax.

Sue Ann sonrió al decir:

—Dax está muy bien. Usted no ha interrumpido nada importante. —Sue cogió su bolsa añadiendo—: Me alegro de haberla conocido, *miss* Lester.

—Lo mismo digo —contestó Dee Dee sonriendo.

—Cuídelo bien —agregó Sue Ann—. Después de todo, pronto nos casaremos.

Sin mirar qué efecto hacían sus últimas palabras, Sue se fue hacia el hotel.

doce

La anfitriona era todavía una hermosa mujer, pensó Jeremy. Rondaría los cuarenta y pico y, sin embargo, aún le quedaban restos de lo bella que debió de ser en su juventud. «Ven al cóctel. Siempre hay alguien interesante en las reuniones de *madame* Fontaine», le había dicho Dax.

Y como no tenía otra cosa mejor que hacer, fue al cóctel.

Dax tuvo razón. Allí había gente muy interesante. El consabido grupo de políticos, diplomáticos, artistas, escritores, actores…, y varios invitados de buena posición social. Era un salón brillante, y la natural facilidad de la anfitriona demostraba lo habituada que estaba a reuniones como aquella.

—Es fascinante —dijo un invitado situado a su izquierda— ver el sistema de los americanos para elegir Presidente. Hasta que el candidato electo toma posesión del cargo, el antiguo Presidente continúa con el poder e incluso decreta nombramientos de partidarios que luego seguirán en su puesto y sobrevivirán a su propia administración.

Jeremy sonrió diciendo:

—Quizá porque el nuevo Presidente sabe que después de unos meses él podrá hacer lo mismo.

Jeremy miró hacia el fondo y vio que la anfitriona, avisada por un criado, cogía el teléfono.

—Pero si Eisenhower va ahora a Corea a poner fin a la guerra, ¿no sobrepasa sus atribuciones?

—En realidad, no —explicó Jeremy—. Él actúa como un ciudadano particular. No puede dar curso a ningún plan hasta que tome posesión del cargo.

—No lo comprendo —dijo el otro un poco desconcertado—. En mi país, cuando un hombre es elegido ya es el Presidente, y así no se da el caso de que haya dos personas con el mismo cargo.

«El que un hombre sea elegido en su país es un milagro», pensó Jeremy, a quien no le interesaba mucho lo que se decía. Estaba más pendiente de lo que podía decir la anfitriona al que le hablaba por teléfono. Estaba intrigado. Estaba intrigado, pues la conversación la afectaba visiblemente. Casi se la veía envejecer.

Finalmente ella lanzó un suspiro y murmuró:

—*A demain*.

Después de colgar el teléfono se quedó unos instantes de pie, como si intentara recuperar el dominio de sí misma, y lentamente su rostro adquirió el signo de vitalidad habitual en ella. Tomó una copa de champaña de un camarero que pasaba con una bandeja y se quedó con ella en la mano mirando a través del ventanal que daba al jardín.

A Jeremy le entró la curiosidad de saber qué estaba mirando ella con tanta atención, y vio que en el jardín jugueteaban y ladraban los perros que algunas invitadas habían llevado consigo, entre los cuales había uno de lanas que acosaba a una perrita que admitía su asedio a regañadientes, hasta que terminó cediendo a sus ataques.

La anfitriona parecía también fascinada por lo que veía, y silenciosa permanecía allí de pie sin apartar la mirada del jardín. De repente se puso a hablar, para sí misma, pero en voz lo suficientemente alta para que la oyeran todos:

—Miren qué feliz parece esa bestezuela —dijo la anfitriona— y con qué jactancia mira a las demás perras, como si les dijera que ha sido ella la que ha conquistado al macho. Y el perro es tan estúpido que cree que es él el triunfador. Si eso solo ocurriese entre los animales… Y siempre creyendo que conquista el conquistado.

Jeremy se volvió al oír a Dax detrás de él.

—¿Te das cuenta de lo que está diciendo?

Dax asintió.

—Déjala que se desahogue. Lo necesita. Durante años ha sido la amante de Basse, el ministro. En este mismo salón ella le consiguió oportunidades y favores que le valieron para ir subiendo. Pero parece que él ha encontrado a una muchacha que se lo ha metido en el bolsillo y no quiere saber nada de la amante que lo encumbró.

Pero a despecho de lo que dijo en principio, Dax cruzó la sala hasta colocarse detrás de ella, que, mientras, seguía hablando.

—¿Qué origina que este animal sepa lo que hacer con el macho al que está unida? Yo sé muy bien lo que haría. Lo acariciaría y lo besaría con pasión hasta que lo sintiera enteramente mío.

La anfitriona observó el silencio que siguió a sus palabras y que todos los invitados tenían los ojos fijos en ella. Inútilmente trató de sonreír, sintiendo como palidecía a pesar del maquillaje.

—No vendrá —exclamó de repente en voz alta y clara.

Todo el mundo reanudó el diálogo, pero la fiesta había decaído y la gente empezó a despedirse. Jeremy miró el reloj y vio que tenía el tiempo justo para cambiarse antes de la cena. Se acercó a Dax diciéndole:

—Tengo que irme. Te veré mañana en el desayuno.

—A las diez, en el hotel.

Trató de despedirse de la anfitriona, pero no la encontró y se fue sin despedirse.

Jeremy siguió a Gato Gordo al comedor de Dax, quien lo estaba esperando todavía en bata y tomándose un vaso lleno de jugo de tomate. El rostro de Dax acusaba cierto cansancio.

—Probablemente —le dijo a Jeremy— el mayor descubrimiento de América sea el jugo de tomate, el jugo de limón y la Worcestershire para curar la resaca.

—Sí, lo creo, pero ¡qué mal aspecto tienes! ¿Dónde estuviste anoche?

—No fui a ningún sitio —contestó Dax tomando un sorbo de jugo de tomate y haciendo una mueca—. ¡Si al menos pudieran encontrar un medio de hacer que esta pócima resultara agradable!

—Pensé que irías al teatro.

—Cambié de opinión. Me quedé en casa de *madame* Fontaine cuando todos se fueron.

Jeremy lo miró desconcertado, pero en el acto comprendió lo que quería decir.

—Creo que lo adivino todo, Dax. ¿Jodiste con ella?

—Era lo único decente que se podía hacer. Alguien tenía que consolar el orgullo herido de esa pobre mujer.

Jeremy lo miró mudo de asombro.

—Además —prosiguió Dax—, no estuvo mal. Y sabe cómo hacerlo. Ese Basse debe de ser idiota.

Tomó otro sorbo de su mejunje.

—¿Sabes una cosa? Creo que de vez en cuando deberíamos hacer un favor a una dama de cierta edad. Lo agradecen tanto, que es bueno para el propio ego.

—¡Hombre! —exclamó Jeremy, tomando un sorbo del jugo de tomate que Gato Gordo le había servido.

—¿No estás de acuerdo conmigo?

—No sé qué decirte —declaró Jeremy—. La mayor parte de lo que has dicho no lo he entendido.

Jeremy lo miró desconcertado al ver que Dax volvía a reír.

—Vosotros los americanos creéis que hacer el amor solo se hace por una razón. Sin embargo, puede hacerse por otros motivos.

—No lo entiendo. Me sería difícil…

—¿Difícil qué? —le interrumpió Dax—. Tu polla es una parte de ti, como tus pies o tus manos. No les dejarías que te llevaran o que hicieran algo que tú no quisieras. ¿En qué se diferencia tu pene de los demás miembros para que lo debas considerar fuera de tu control?

—Me rajo —exclamó Jeremy levantando las manos en un gesto de cómica expresión—. Pero me resultas o demasiado civilizado o demasiado primitivo.

—Para seguir con estas disquisiciones —repuso Dax—, un desayuno francés a base de pastas y café me parece poco. ¿Qué te parece si pedimos unos primitivos huevos con jamón?

—Eso ya lo comprendo.

Después de desayunar, Jeremy dijo:

—Te veo como inquieto, cambiado, no el mismo de antes.

Dax le lanzó una aguda mirada en tanto encendía uno de sus delgados cigarros.

—No es tan fácil la vida de un *playboy*, aunque vuestros periódicos americanos traten de demostrar lo contrario.

—Lo creo —contestó Jeremy con ironía—, incluso te ves obligado a hacerles el amor a mujeres que no te gustan.

—Incluso eso —admitió Dax riendo.

—Ahora en serio: ¿qué piensas hacer? Tú no eres de los hombres que puedan estar mano sobre mano.

—Tampoco se sabe hasta que se prueba.

—A Marcelo le encantaría tenerte a su lado. La curiosidad pública no estaría tan pendiente de él y podría moverse más libremente. Estoy seguro de que os beneficiaríais los dos.

—¿Él te lo dijo? —preguntó Dax.

—No —contestó Jeremy—. No lo he visto desde que salió de la cárcel. Casi nadie ha logrado hablar con él. Se ha encerrado en su casa de Park Avenue y solo habla con los que él dispone que vayan a verle. Incluso se hace llevar alguna chica.

—¿Quién te hizo pensar en Marcelo?

—Mi padre. Pensó que podía conveniros a los dos. Y está dispuesto a hablarle de ti. ¿Te interesa?

—En realidad, no. No me veo como un hombre de negocios.

—El sueldo sería espléndido.

Dax miró unos segundos a Jeremy, y dijo sonriendo:

—Tengo el dinero necesario y no ambiciono poseer todo lo de este mundo.

—Pero es un error que vivas sin hacer nada. Eres muy joven todavía.

—¿No será porque me siento ya viejo? Quizá no veo otro camino que el de irme hundiendo.

Después de unos segundos de silencio, Jeremy dijo bruscamente:

—Sue Ann va diciendo por ahí que os vais a casar. ¿Es verdad?

Dax miró el humo del cigarro un instante, y luego murmuró:

—Todo es posible, pero solo será cuando yo vea que me aburro demasiado.

Los dos se miraron, y a Jeremy le pareció que nunca había visto una expresión más triste.

—En algunos aspectos —prosiguió Dax—, Sue Ann y yo somos muy parecidos. Ni ella ni yo tenemos ya ilusiones.

trece

Marcelo vio a través de la reja el grupo de fotógrafos y de periodistas que lo esperaban, y le preguntó al guardia que lo acompañaba:

—¿No hay otra puerta para salir de aquí?

—Sí, pero no creo que le guste.

Marcelo lo miró indignado. Embutidos en su uniforme, en los agentes de la autoridad no veía más que una burocracia que se atribuía incluso facultades para dar órdenes a un hombre como él. El policía abrió la puerta y Marcelo salió afuera.

Los periodistas lo asaltaron en el acto y los *flashes* lo cegaron. Trató de llegar al coche que le esperaba, costándole abrirse paso entre aquella muralla humana.

—¿Qué se siente al salir, *mister* Campion?

—¿Qué planes tiene?

—Parece que está más delgado, *mister* Campion. ¿Cuánto pesa?

—¿Le gustó la comida de la cárcel?

—¿Sabe que las autoridades de la Inmigración han empezado los trámites para deportarle?

—¿Piensa abandonar el país?

Marcelo contestó lo mismo a cada uno mientras trataba de llegar al coche:

—No tengo nada que decir.

Al fin consiguió librarse de todos, y ya en el coche, se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Fue entonces cuando sintió un suave perfume envolviéndole; volvió la cabeza, abriendo los ojos. Sentada a su lado, Dania le miraba con sus grandes y brillantes ojos.

—Has adelgazado, Marcelo —le dijo con dulzura.

Tras unos segundos Marcelo estalló bruscamente:

—¿Por qué has venido? Te escribí que no quería que nadie me esperase.

—Creí que… —balbuceó ella, y al ver que no podía contener las lágrimas desvió el rostro.

—¿Qué creíste? ¿Que estaría hambriento de mujer después de ese tiempo de cárcel? ¿Que caería en tus brazos? —Al ver que Dania no le contestaba rugió—: No te necesito, no necesito a nadie. Ya verán… Hundiré a todos los que me mandaron a la cárcel. Ahora me toca a mí.

—Nadie te mandó a la cárcel, Marcelo —le dijo Dania en voz baja—. Fuiste tú mismo por no querer escuchar a nadie.

—¡No es verdad! —estalló él—. Todo fue una confabulación de ellos para hundirme.

Sin asomo de lágrimas, ahora, Dania replicó con dureza:

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Abidijan, Horgan, los otros. Pero creían que por estar entre rejas no podría hacer nada —y prosiguió, riéndose abiertamente—: que esperen y ya sabrán qué he estado haciendo y quién ha comprado sus participaciones en el mercado libre. Verás qué sorpresa se van a llevar cuando sepan que he conseguido una prioridad en la Naviera Abidijan y en la Caribtex Oil. Ya no se creerán tan inteligentes, y los verás arrastrándose a mis pies. ¿Y sabes qué haré?

Ella lo miró extrañada y movió negativamente la cabeza.

—Me ciscaré en su cara —exclamó entre carcajadas nerviosas—. ¡Esto es lo que haré! ¡Escupirles al rostro!

Por primera vez Dania comprendió cuán enfermo estaba Marcelo y esperó que dejase de reír, diciéndole con dulzura:

—Estás cansado, Marcelo. Agotado. Tómate unas vacaciones antes de reanudar el trabajo. Quizá te convendría un crucero. Un buen descanso, del que volverías repuesto.

—¡Ellos ya se han enterado! ¿Te han hecho venir para aturdirme?

—¡Marcelo! —exclamó con voz dolida—. No he sabido nada de esto hasta ahora.

—¡No te creo! Estás con ellos. ¡Todos estáis contra mí!

Dania lo miró asombrada, sin responder.

—Ahora comprendo por qué sigues pegada a tu decrépito marido: todo este tiempo no has hecho sino espiarme. ¡Para ellos!

—¡Eso no es verdad, Marcelo! —exclamó Dania con desespero—. No te he espiado. Ni sé quiénes son ellos.

—¡Mientes! ¡Mientes! —gritó él histéricamente. Y se puso a golpear fuertemente el cristal medianero, y el chófer paró en seco arrimando el coche a la acera tan bruscamente que Dania casi se cayó debido al frenazo mientras Marcelo abría la puerta y le rugía—: ¡Sal!

Ella lo miró fijamente, sonrió y le dijo en voz que rezumaba desprecio:

—Pobre loco. ¿Salir de dónde? ¿De mi propio coche?

Marcelo se quedó desconcertado y trató de salir del coche, pero con la nerviosa precipitación puso el pie en falso al pisar el suelo y se cayó sobre la acera.

Sin mirarle ya, Dania cerró la puerta y le ordenó al chófer:

—¡Vamos!

Una fotografía de Marcelo, caído de bruces en una acera de un suburbio de Atlanta mirando cómo se alejaba un coche negro se publicó al día siguiente en todos los periódicos del país. La había tomado un fotógrafo novato pero tenaz y que los siguió en otro automóvil.

Había una serie de electricistas trabajando en la casa cuando Schacter, después de mucho esperar, consiguió que lo pasaran a la habitación que temporalmente era el despacho de Marcelo.

—¿Qué hacen esos hombres?

—Son los electricistas. Instalan un sistema de alarma contra los ladrones.

—¿Para qué? —preguntó el abogado—. Estás en el centro de Park Avenue, la zona más vigilada por la policía. ¿Quién va a entrar en tu casa?

—Desde que estoy aquí han intentado entrar dos veces.

—¿Informaste a la policía?

—Sí, y pedí una protección especial, pero lo único que conseguí fue que se riesen de mí. Me dijeron que si entraba alguien que les avisara. Sospecho que están comprados.

—¿La policía? —Schacter se echó a reír—. No digas tonterías.

Se sentó y encendió un cigarrillo, añadiendo:

—Lo que ocurre es que tienen algo más en que ocuparse que pensar en tus problemas.

—Olvidas que he estado en la cárcel —exclamó Marcelo con acritud—. Esto ya los predispone contra mí.

Schacter no le siguió el tema, pues había asuntos de los que era mejor no hablar con Marcelo.

—Bien, si tú estás más tranquilo…

—Mucho más —y por primera vez Marcelo sonrió—. Cuando hayan terminado la instalación, no podrá entrar nadie sin que yo lo permita, a no ser que atraviese las paredes por ósmosis.

Schacter abrió su cartera.

—Te he traído unos papeles para que los firmes.

—¿Qué papeles?

—Aquí tienes. Es el acuerdo con la General Mutual Trust para conseguir tu participación en la Caribtex al once y medio.

—Te dije al once —protestó Marcelo.

—Me dijiste que podía subir hasta doce.

Este era uno de los detalles de Marcelo que no le gustaban al abogado. Marcelo siempre desmentía lo que se había acordado.

—¿Cuánto nos proporciona esto?

—Otras 421.000 acciones. Casi el nueve por ciento.

—¿Es más de lo que Horgan y su grupo tienen?

Schacter asintió.

—Cerca de 42.000 acciones más. Tú tienes ahora un 26,1 por ciento y ellos solo el 25,3 por ciento.

—Bien.

Marcelo sonrió satisfecho y firmó en el acto los documentos.

—¿Qué más?

—Hablé con De Coyne en París, esta mañana. Dice que no pueden renovar el contrato porque el mercado del dinero está muy bajo.

Marcelo se quedó rojo de ira, y pegando un puñetazo sobre la mesa rugió:

—¡También ellos se han puesto contra mí! Iré allí y les obligaré a cambiar de opinión.

—No puedes hacerlo y tú lo sabes —objetó el abogado— mientras la oficina de Deportación estudie tu caso.

—¡Para eso lo mismo daba que no me hubieran soltado!

Schacter se calló, y recordó los barrotes que Marcelo había hecho instalar, ya hacía tiempo, en todas las ventanas, y ahora el sistema de alarma.

—¿Hablaste a los bancos de Boston para hacerse cargo del pagaré?

—Sí. No les interesa.

Marcelo lo miró con rencor.

—Yo empecé las líneas israelíes. Fui el único que se atrevió a correr el riesgo. Los De Coyne estaban tan interesados en conseguirlo que cayeron como una plaga sobre mí para prestarme el dinero. Pero ahora, esos judíos ven una posibilidad de obtener más beneficio, y me echan.

—No creo que los judíos tengan nada que ver en eso —dijo fríamente—. Los De Coyne son banqueros, y saben que te estás metiendo en nuevas inversiones, y tú sabes que no puedes tratar de poseerlo todo.

—¿Por qué no? —preguntó Marcelo—. ¿Quién tiene más derecho que yo?

catorce

Ya era tarde y la fiesta estaba acabando cuando Dax miró aire Jedor. Solo quedaban él, Marcelo y unas chicas. Se encontró con la mirada de Marcelo, quien dejando a la rubia con la que hablaba, se dirigió a su encuentro.

—¿Todo va bien?

—Todo —respondió Dax—. Pero ya es tarde para mí, pues prometí que mañana temprano estaría en el yate de Jacobsen. Será mejor que me vaya.

—¿Para qué? —preguntó Marcelo—. Además, todavía es temprano, y ahora viene lo mejor.

—¿Lo mejor? Pero si todos se han ido.

Marcelo sonrió misteriosamente, diciendo:

—Quedan las chicas.

Dax miró alrededor de la estancia. Quedaban cinco chicas. En varias ocasiones Dax había sorprendido a una de ellas mirándole especulativamente.

—Figuran en mi nómina.

—¿Trabajan en su despacho? —preguntó Dax con acento incrédulo.

—Claro que no —contestó en tono de triunfo Marcelo—, pero trabajan para mí. Las leyes de impuestos sobre ingresos se están poniendo imposibles, y gracias a ellas las puedo eludir… El sueldo que les doy me sale barato.

—Ah…

—Un hombre debe ver bien dónde pisa. Siempre están al acecho para cogerte. Y ahora que se han ido los demás —continuó Marcelo—, vamos a subir a mis habitaciones. Le prometo que no se aburrirá.

Se volvió hacia las chicas y añadió:

—*Allons, mes enfants*.

Sin decir nada Dax lo siguió hasta el segundo piso, donde Marcelo abrió una puerta cuya llave solo tenía él. En el acto se oyó un sordo zumbido arriba.

—El único medio de llegar a mis habitaciones es por el ascensor, pues hice derribar la escalera. Primero subiremos nosotros y dos de las chicas, y después las otras.

—¿Y los criados? ¿Cómo vuelven a sus aposentos?

—Hay una escalera privada detrás, pero he hecho tapiar la entrada que da a mi piso.

Salieron del ascensor y Marcelo oprimió un botón de la pared, añadiendo:

—Tengo un botón así en cada habitación. Si no lo pulso, el ascensor no puede subir.

Poco después llegaron las otras muchachas y entraron en un amplio salón. Había una mesa con entremeses, caviar y paté y varias botellas de champaña en cubos con

hielo; en un rincón un bar con toda clase de bebidas.

Las chicas, que por lo visto sabían lo que tenían que hacer, desaparecieron por una puerta lateral.

—Esa es la habitación de los invitados —explicó Marcelo—. La mía está al otro lado. ¿Quiere una copa?

—No: ya he bebido bastante.

—Debe tomarla —le urgió Marcelo con una extraña sonrisa, cogiéndolo del brazo —. Venga.

Marcelo oprimió algo detrás del bar, y un panel se juntó con otro, apareciendo en el sitio del panel un televisor que conectó automáticamente. La escena que salió en la pantalla era de la habitación vecina, en la que estaban las muchachas. Una de ellas se quitaba el vestido mientras exclamaba, en tono asqueado:

—¡Vaya una lata!

—Lo más reciente en televisión de circuito cerrado —dijo sonriendo Marcelo—. Ellas ignoran que se las ve. Pienso instalar uno en cada habitación. Así sabré todo lo que pasa.

Siguió contemplando absorto a las muchachas, las cuales estaban casi todas desvestidas. Una de ellas se fue a un guardarropa e hizo deslizar la puerta corredera.

—Bueno, nenas, ¿qué haremos esta noche? —preguntó.

—No sé —contestó otra—. ¿Qué diantre nos pusimos la vez anterior?

—El vestido nupcial.

—¿Qué os parece el conjunto de ropa interior negra? Hace tiempo que no lo sacamos.

Una de las muchachas se acercó al guardarropa. Se había quitado el sostén y exhibía unos opulentos pechazos. Marcelo le dijo a Dax:

—Esta tiene un truquito fantástico. Te coge los testículos entre sus mamas y con el hocico te acaricia mientras con un dedo te masajea la próstata. Pero miente mucho. Sé que tiene un amigo y que lo recibe en su apartamiento. A veces me dan ganas de echarla, pero todas son iguales. No puedes confiar en ninguna.

—¿Cómo sabe que tiene un amigo?

—Yo lo sé todo. Tengo el teléfono de cada una conectado con cintas magnetofónicas; incluso he hecho poner micrófonos en los muelles de sus camas.

Se echó a reír, y mientras volvía a mirar a la pantalla, añadió:

—¡Tendría que oír algunas de las cintas!

Dax miró también, viendo que casi todas ellas estaban vestidas ya, todas igual. Era un conjunto de ropa interior con lazos negros y unas largas medias de malla sujetas, con ligas, a la faja. Una de las muchachas se adelantó hacia la pantalla, y esta inmediatamente se apagó, volviendo el panel a su sitio.

—Hay un resorte debajo de la alfombra, cerca de la puerta, que cierra el televisor cuando una de ellas va a salir de la habitación para venir aquí.

Dax miró a Marcelo.

—Me parece que sí, que voy a beber algo.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando Dax se levantó para irse. Marcelo, sentado en un sofá entre dos de las chicas, tenía los ojos turbios. Evidentemente había bebido más de la cuenta. Como la mayoría de los franceses no resistía las bebidas fuertes, y toda la noche tomó un whisky tras otro. Se levantó torpemente diciéndole a Dax:

—Iré abajo con usted. Tengo algo que decirle.

Ya en el ascensor le preguntó sonriendo:

—¿Qué le han parecido mis empleadas?

—Muy experimentadas; pero me parece que le deben salir un poco caras, ¿verdad?

—Un poco, sí; pero la experiencia se paga. No me importa, pues puedo hacerlo.

Al llegar a la planta baja, Marcelo le rogó:

—Entremos un momento en mi despacho.

Marcelo cerró la puerta y le preguntó mientras se sentaban:

—¿Se estará preguntando por qué le pedí que viniera a verme?

Dax no contestó.

—Fue una idiotez por parte del Presidente tratarle como lo hizo.

Algún día se arrepentirá.

Dax se encogió de hombros, indiferente.

—Bueno, eso no me importa —admitió Marcelo—, pero… Se aburre mucho, ¿verdad?

—Pues no. Además, ¿cómo quiere que me aburra con amigos como usted?

Marcelo sonrió halagado, pero en seguida recobró su seriedad.

—Sin embargo, ¿cuántas mujeres puede uno joder? Llegará un momento en que deseará pensar en otras cosas.

—No lo sé, pero tengo la sensación de que he pasado la mayor parte de mi vida preocupándome por las cosas de otros y muy poco de las mías, y ¿qué he conseguido?

—Pero debe haber algo que le gustaría hacer —insistió Marcelo.

—Sí, quizá; pero todavía no he pensado qué.

—¿No ha considerado que podría dedicarse a los negocios? Indirectamente ha hecho ganar mucho dinero a otros; pues ahora podría hacer lo mismo en beneficio propio.

—No lo necesito.

—Se parece usted mucho a su padre —dijo Marcelo—. Nunca pensó en sí mismo y siempre puso las cosas de los demás en primer término. Recuerdo lo que me desconcerté al principio de trabajar con él. Jamás había encontrado un hombre igual.

—Ni lo encontrará.

—Sí, pero por eso murió pobre.

—Quizá. Pero a los muertos no les sirve ser ricos.

—Eso está muy bien para decirlo, aunque nadie piensa así. Lo que más importa es el dinero y el poder.

—Entonces debo ser muy afortunado —respondió sonriendo Dax—, porque he hallado la forma de vivir sin lo uno ni lo otro.

Marcelo lo contempló unos instantes en silencio, diciendo luego:

—Pues es una lástima, porque me interesaba que viniera a trabajar conmigo. Los dos juntos sacaríamos grandes beneficios. Ya conoce mi situación. Tengo enemigos por todas partes. Y con usted dando la cara y yo en la sombra, se irían olvidando de mí, y los beneficios serían importantes. Es la única persona a quien le he hecho esta oferta, pues a nadie más me atrevería a confiarle nada.

Por una rara intuición, Dax sabía que Marcelo era sincero. Su sistema de televisión privada, los teléfonos interceptados y los micrófonos debajo de las camas lo demostraban. ¿Cuánto tiempo tardaría Marcelo en emplear los mismos métodos para asegurarse de su lealtad? Mucho o poco, demostraba ya su desconfianza en los demás.

Dax, negó con un movimiento de cabeza.

—Gracias, pero no. Si creyera que podría serle útil, pensaría en su ofrecimiento. Pero sé muy bien que no sirvo para hombre de negocios. Con el tiempo le sería un estorbo. De todos modos me ha halagado su confianza.

Marcelo bajó la cabeza apesadumbrado y murmuró:

—Todo el mundo se pone contra mí.

—No yo. Si quisiera perjudicarle aceptaría su proposición. Podría hacerle más daño desde dentro que estando fuera.

Marcelo alzó la vista, pensando en lo que Dax acababa de decirle.

—Es verdad —y sonriendo de repente, como si fuese otro el tema que ahora le interesaba, dijo—: Le conozco, picaruelo. Ha encontrado un medio más fácil de hacer fortuna.

—¿Sí?

—He oído hablar de usted y de Sue Ann. No crea que se lo reprocho. Es más fácil conseguirlo casándose que trabajando.

Dax se sonrió. No le sorprendía el criterio de Marcelo, y no iba a ser él quien le discutiese nada. Se puso en pie.

—Le abriré la puerta.

Marcelo desconectó el sistema de alarma y le abrió el portal. Como de costumbre no había ni un taxi a aquella hora de la mañana.

—Llamaré al chófer para que le lleve.

Dax vio que el cielo se estaba poniendo gris hacia el este de Park Avenue y dijo:

—No lo llame. Es un paseo corto y el aire fresco de la mañana me conviene.

Viniendo de la Quinta Avenida, Marcelo vio que se acercaba un coche negro muy grande, lo miró con aprensión y exclamó:

—Me voy adentro. Siento frío.

—Buenas noches, Marcelo.

—Buenas noches, amigo mío. Llámeme cada vez que venga a la ciudad. Siempre estoy aquí.

Dax se fijó en la puerta al cerrarse, y oyó un leve chasquido en el interior, comprendiendo que el aparato de alarma se había conectado otra vez. Empezó a andar calle abajo.

Si aquel era el precio que había que pagar por el dinero y el poder, ni el poder ni el dinero le interesaban.

quince

Sentado tras la mesa de su despacho, Marcelo levantó los ojos al entrar Schacter.

—¿Y bien?

Este negó con la cabeza.

—Abidijan dice que te vayas al infierno. No quiso oír nada de lo que yo quería decirle.

Marcelo palideció.

—¿Es eso todo?

—Añadió algunas cosas más.

—¿Cuáles?

—No venían al caso.

—Dímelas —ordenó con voz tensa y dura—; quiero saber todo lo que Amos haya dicho.

Al letrado le era desagradable decírselo, pero le obedeció.

—Dijo que estás loco y que no sabes lo que te haces. Aseguró que nada le satisfaría más que empezar un proceso contra ti por poderes. Y que la publicidad que has tenido con anterioridad no será nada comparada con la que él te prepara, y que no habrá ningún accionista que quiera saber nada contigo. También que si reclamas el voto de las acciones de tus hijos como depositario él te llevará a los tribunales para que te declaren incapacitado.

—Pero él seguramente no espera que seamos nosotros los que entablemos un proceso como accionistas en que él sea el demandado, ¿verdad?

—Sí, no lo espera.

—Pues eso es lo que haremos. Sabemos lo suficiente sobre sus manipulaciones para que el tribunal se vea obligado a nombrar un síndico para la compañía, o incluso meterle a él en la cárcel, como él hizo conmigo.

—¿Y qué conseguirías con eso? Tampoco la compañía iba a ser para ti.

—No importa —respondió Marcelo—. Lo principal es que Amos no la obtenga.

—¿Pero has pensado en tus hijos? —argüyó el abogado—. La compañía es casi toda de Abidijan. Si lo arruinas, piensa que tus hijos pierden la herencia. Tú mismo paquete de acciones probablemente perdería todo su valor.

—¡No importa! —gritó Marcelo—. Yo me cuidaré de mis hijos. Tú procésale.

El abogado lo miró fijamente y movió la cabeza en un gesto negativo.

—No, Marcelo; no lo haré. Te secundé en muchas cosas, pero no esperes que lo haga en esta. No tiene ningún sentido, y solo tiende a destruir.

—¿Que no quieres? ¿Has dicho que no quieres? —estalló Marcelo levantándose furioso y dirigiéndose a Schacter, quien creyó que iba a agredirle. Pero se detuvo al llegar a un paso, y con los ojos saliéndosele de las órbitas rugió—: ¡Te has vendido!

¡Te has vendido a ellos!

El abogado lo miró con una mueca de desdén.

—Es tan absurdo lo que dices que ni te quiero contestar.

—Es tu última oportunidad. ¡O lo procesas o me busco otro abogado!

Schacter se levantó lentamente.

—Estás en tu derecho.

Marcelo siguió rugiendo:

—Te haré expulsar del colegio de abogados. Tú no puedes dejarme así. No tienes derecho a abandonarme aunque te hayan ofrecido más dinero.

—Nadie me ha ofrecido dinero —contestó Schacter desde la puerta—. No tienen por qué hacerlo. Cualquiera te dirá que es una locura lo que quieres hacer. Echarlo todo a rodar solo para poder vengarte de un hombre.

Marcelo lo miró con expresión salvaje y lo abofeteó con esta injuria:

—¡Vosotros los judíos sois todos iguales! ¡Os vendéis al mejor postor!

Por primera vez en muchos años, desde que era joven, Schacter perdió el dominio de sí mismo, y a pesar que siempre había rechazado el empleo de la fuerza como medio decisivo, cogió a Marcelo por las solapas y, dominándolo con su corpulencia, pareció que lo iba a estrellar contra la pared. Sin embargo, al instante frenó sus nervios y lo soltó mirándolo como si fuese un guiñapo. Seguidamente le volvió la espalda y se dirigió a la puerta.

—¿Por qué me has mirado así?

—Porque he debido estar ciego —respondió Schacter lentamente—. Ahora comprendo que tu suegro tiene razón. ¡Estás loco!

A la mañana siguiente Marcelo le telefoneó como si nada hubiera sucedido.

—He pensado en lo que me dijiste ayer, y tienes razón. No lo llevaremos a los tribunales. Amos ya es viejo y no tardará en morirse. Después de todo, soy el segundo de los accionistas.

—¿De verdad no quieres procesarle?

—Naturalmente que no.

—Pero ayer dijiste…

—Esto fue ayer —le interrumpió con viveza Marcelo—. ¿No sigues enfadado por lo que dije en un momento de exaltación? Eres demasiado noble para eso, Schacter. Sabes la terrible tensión que estoy sufriendo.

Schacter siguió siendo el abogado de Marcelo. Sin embargo, nunca más volvió a mediar entre los dos la cordialidad ni la confianza de antes.

Schacter notaba el ambiente tenso en la habitación. Se sintió incapaz de poner atención en los montones de documentos que había en la mesa y se dedicó a mirar desde la ventana la ciudad de Dallas, oyendo, mientras, el continuo teclear de las máquinas de sumar.

De repente calló todo, incluso las máquinas, y el abogado se volvió desde la ventana y no necesitó preguntar quién había ganado. El pálido rostro de Horgan, a pesar de su tono bronceado, lo demostraba.

Lentamente el secretario de la Caribtex leyó los totales con voz temblorosa, sabiendo que su empleo, lo mismo que el de los demás, cesaba aquel día. Según la ley que regía los votos de la corporación, estos debían dar el triunfo a un grupo o al otro, sin un término medio. Por la dirección 1.100.021; por la oposición: 1.600.422.

Siguió un silencio sepulcral mientras Schacter se dirigía a la cabecera de la mesa y el secretario le dejaba el sitio. El abogado miró a unos y a otros y dijo:

—Gracias, caballeros.

Los contadores empezaron a recoger las papeletas y a amontonarlas dentro de unas cajas. Schacter los observaba, diciéndose que la mejor idea de Marcelo fue la de contratar los servicios especiales de una compañía de contadores, para comprobar el número de los votos. Sabía muy bien que de haberla llevado a cabo los contadores de la Caribtex, habría podido haber fraude.

—Habrá una reunión especial de la nueva junta de directores para nombrar los nuevos consejeros; la celebraremos mañana por la mañana, a las nueve.

Se dirigió a la puerta para ir a telefonear a Marcelo, quien estaría esperando su llamada. Horgan lo detuvo diciéndole:

—Dígale a su viscoso amiguito que nunca se le ocurra asomarse por aquí, porque de hacerlo alguien le va a mandar al infierno con unas onzas de plomo en la barriga.

Marcelo babeaba alcohol. Había estado bebiendo desde primera hora de la tarde, esperando la llamada de Dallas, y ahora que ya estaba todo terminado, le parecía que cuanto había bebido le corría por todo el cuerpo. Sentía como si flotase y de un momento a otro fuese a dar de cabeza contra el techo. Se dirigió con paso vacilante hasta el sofá donde estaba la opulenta rubia, y parándose ante ella, le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

Ella lo contempló en silencio, sin responder.

—No lo sabes —tartajeó.

Y cogiendo la copa que había dejado sobre la mesa la vació de un solo trago, sin ver que la mitad de la bebida le caía encima. Luego echó la copa al aire, rompiéndose en mil pedazos.

—No lo sabes —repitió—. Nadie lo sabe.

Bajó la voz y añadió en tono confidencial:

—Pero pronto se enterarán, porque ya nada me detendrá. Ahora sabrán que soy el hombre más grande que hayan visto.

—¡Anda, si estás como una cuba! —le dijo ella.

Marcelo no la escuchó. De repente sintió la necesidad de quitarse la ropa para librarse de su ahogo. Desnudo completamente se subió al diván, y desde allí miró a la

chica.

—¿No soy el hombre más grande que viste nunca?

—Será mejor que te bajes, no vayas a caerte y te mates.

Y adelantó una mano para sujetarle.

Marcelo se la apartó de un manotazo.

—¡Responde a mi pregunta!

Ella bajó la cabeza, como si afirmase.

Una expresión perversa asomó al rostro de Marcelo cuando le preguntó:

—¿Tan grande como Joe Karlo?

Ella se quedó aterrada, sin casi poder hablar.

—¿Tú… tú sabes lo de Joe…?

Él estalló en una risa salvaje.

—¡Estúpida jodida! —gritó—. Sé todo lo tuyo. Y lo de todo el mundo. Te podría decir todo lo que dijisteis anoche en la cama.

—¿Cómo… cómo lo sabes?

—Lo sé. Es lo único que importa, no el cómo. Y sé algo más que tú ignoras.

Saltó del diván y se fue a un armario, volviendo con varias fotografías que agitó ante los ojos de ella.

—Creíste que se casaría contigo y que el dinero que le dabas lo ahorraba para marcharos algún día, ¿eh? ¡Qué estúpida! ¿Quieres saber lo que ha hecho con tu dinero? ¡Mira!

Ella miró las fotos. En ellas aparecía un hombre que sonreía ante la cámara rodeando con el brazo a una mujer joven y atractiva, y con el otro a tres sonrientes niños.

—Ignorabas que estuviera casado, ¿verdad? ¿No sabías que el dinero que le has dado últimamente ha servido para que se compre una «rubia»?

Ella se levantó deshecha, sintiéndose enferma.

—Me voy. No me encuentro bien.

Marcelo la abofeteó bestialmente y la tiró sobre el diván.

—¡Aún no te he dado permiso para irte!

Inclinándose, extendió los brazos y de un tirón le rasgó el delante del vestido. Seguidamente introdujo las manos en el interior del sostén y le sacó los pechos fuera. Los ojos de la joven reflejaban el profundo terror que sentía al verle nuevamente de pie por encima de ella. Lentamente Marcelo fue descendiendo hasta quedarse sentado sobre sus pechos.

Mirándola, el hombre lanzó una carcajada.

—Ahora obsérvame bien y dime si no soy el hombre más grande que has visto en tu vida.

A pesar de su peso, ella logró asentir con la cabeza.

—¡Soy el hombre más grande del mundo! —gritó brillándole la demencia en los ojos—. Pronto seré el dueño…

Pero no pudo continuar. Cayó pesadamente de través, encima de ella. La joven se quedó unos instantes inmóvil, temiendo moverse. Luego poco a poco trató de escurrirse, hasta conseguir liberarse. Lentamente, como un peso muerto, él se deslizó al suelo tendido de espaldas. Segundos después Marcelo roncaba ruidosamente.

Ella se sentó en el diván.

—¡Maldito hijo de puta!

Se interrumpió al ver en el suelo las fotografías que le enseñara Marcelo, e inesperadamente las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Todos sois unos hijos de puta! —sollozó, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

dieciséis

Los alegres gritos infantiles llegaban de la piscina a la terraza, y Roberto, sentado al cálido sol de la Costa Azul que espejeaba sobre las aguas del Mediterráneo, se decía que no hacía mucho, antes de la guerra, también él había alborotado en aquella piscina con su hermana Carolina, con sus primas y los amiguitos.

—Te veo como preocupado, Roberto.

Se volvió y sonrió a Mavis, su prima inglesa.

—Pensaba en aquel tiempo en que tú y yo éramos jóvenes.

—No me hables de aquella época —dijo Mavis haciendo una mueca—, que aún me acuerdo de cómo te reías de mí porque era tan delgada y solo tenía huesos. Pero ahora mírame.

Roberto se echó a reír. Al menos eso era verdad. Ni Mavis ni su hermana eran ya todo huesos, por el contrario, se habían convertido en dos espléndidas matronas. Eran precisamente los cinco retoños de ellas dos y su propio hijo Henri los que alborotaban en la piscina.

—Ninguna de nosotras es como entonces.

—Excepto Carolina —dijo Enid—. No sé cómo se las arregla para parecer tan joven como siempre. Incluso encuentro que ahora tiene mejor figura que nunca.

—¿Estáis hablando de mí?

—A Mavis le gustaría saber el secreto de tu eterna juventud —respondió Roberto.

Carolina se echó a reír.

—No es ningún secreto. Sigo una dieta, sencillamente.

—Yo no puedo —repuso Mavis—. Los niños me ponen tan nerviosa a veces que lo único que hago es comer y comer.

Roberto contempló a su padre, quien a pesar de sus setenta y dos años se conservaba muy bien y no representaba la edad que tenía. Sus ojos, mientras escuchaba atentamente lo que le decía *sir* Robert, seguían tan vivos como siempre.

Sir Robert, en cambio, estaba ya pesado, aunque conservaba aquella expresión rapaz y desconfiada que siempre había desagradado a Roberto.

John, el esposo de Mavis, un inglés fuerte, alto y rubio, le dijo:

—Roberto, hoy parece un buen día para navegar. ¿Qué te parece si saliésemos esta tarde?

Roberto miró con indolencia donde estaba anclado el yate inglés y respondió:

—No tengo la vitalidad que tenéis los ingleses.

Se levantó como haciendo un esfuerzo, se desperezó y dijo:

—Lo único decente que se puede hacer después de comer es echar una siesta.

Cruzó la terraza y al ir a entrar en la casa se encontró con Denisonde que salía.

—Me voy arriba a dormir una siestecita.

—¿Por qué no te estiras al sol? —preguntó ella—. Puedes dormir igual y te broncearás más. No tiene sentido venir a la Riviera y volver con el mismo aspecto que si te hubieras quedado en el banco. Te pasas el tiempo metido en casa.

Roberto la miró con indulgencia.

—¿Has terminado?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Le llevo a tu padre la medicina. Si no se lo recuerdo, no la tomaría nunca.

—Pues cuando se la hayas dado, sube y te enseñaré las ventajas que trae echar la siesta en casa.

Era más de medianoche y en la villa reinaba el silencio cuando Roberto bajó a la biblioteca para coger algún libro y poder leer. Abrió la puerta y al dar unos pasos oyó a su padre detrás de él.

—¿Estás despierto todavía?

Roberto se volvió. El barón estaba sentado en un cómodo sillón de la biblioteca.

—No puedo dormir —le dijo Roberto—. Por lo visto hice una siesta demasiado larga. ¿Y por qué estás tú aquí?

—Porque soy viejo. Cuando tú lo seas, tampoco necesitarás muchas horas de sueño.

Roberto sonrió y cogió un libro, hojeándolo mecánicamente.

—Nuestro primo desea que nuestros bancos se unan —dijo de repente el barón.

—¿Tú qué crees?

—Hace muchos años fue la gran ambición de mi abuelo. Un banco que cubriera toda Europa. Entonces no era mala idea, y quizá tampoco lo sea ahora. Los bancos americanos son cada día más poderosos, y la banca Morgan está pensando en una fusión. Son los más fuertes competidores que tenemos, y si lográsemos polarizar todos nuestros recursos, seguramente conseguiríamos grandes éxitos.

—No me gusta —repuso Roberto.

El barón lo miró sorprendido.

—¿En qué te fundas para decirlo?

—Concretamente, en nada. Pero me parece que una fusión mellaría nuestra independencia y no podríamos actuar con la libertad de ahora.

—A mí me parece que sería ventajoso para nosotros. Su banco es doble importante que el nuestro.

—Esta no es una medida exacta —objetó Roberto—. El banco suyo nunca tuvo que suspender sus operaciones por guerras o cambios de gobierno. ¿Y cuántas veces, nosotros, desde los tiempos de Napoleón, hemos tenido que empezar de nuevo? *Sir* Robert tuvo la suerte de disfrutar de un gobierno estable durante años.

—Entonces una fusión sería ventajosa para nosotros. Si tuviéramos las oficinas en

Londres, no nos afectarían ni guerras ni cambios de gobierno.

—Si lo que te preocupa es la seguridad del banco, ¿por qué no estableces la central en Nueva York? Allí estaría aún más a salvo.

El barón le dirigió tina mirada sagaz.

—Ya veo que no te gusta nuestro primo.

Roberto le contestó francamente:

—No; no me gusta.

Sin preguntar sus razones, el barón dijo:

—De pequeño ya destacó Robert por su carácter ambicioso.

—Si eso fuese lo único que se le pudiese imputar, no me alarmaría.

—¿Entonces, también crees que pretende apoderarse de la dirección de nuestro banco?

—¿Por qué no? Tú mismo has reconocido que tiene doble importancia que el nuestro. ¿Qué puede extrañar que el pez grande se quiera comer al pequeño?

—¿No estás olvidando algo? Yo tengo un hijo, pero él solo tiene hijas. Las reglas de nuestro banco son las mismas que rigen en el suyo. Solo los hijos varones pueden heredar la dirección. Nuestro abuelo lo dejó dispuesto así.

—Pero los hijos varones de las hijas sí pueden —argüyó Roberto—. Y tres de los cinco nietos de *sir* Robert, son chicos.

—Chicos. Esa es la fuerza secreta de los Rothschild. Engendraron varones. Nosotros no hemos tenido esta suerte. *Sir* Robert y yo éramos los únicos de nuestro tiempo, y tú eres el único del tuyo. Y tú solo tienes un hijo —le dijo sonriendo mientras añadía—: ¿Qué estás esperando? Debes aplicarte a resolver el problema.

—Hago todo lo que puedo, papá —le contestó Roberto riendo.

Roberto examinó atentamente la hoja de papel y miró al contable preguntándole:

—¿Está seguro de que no hay equivocaciones?

—Todo se ha verificado, señor.

—Gracias.

Roberto se quedó pensativo. Alguien, durante meses, había estado comprando acciones del banco y ellos no se habían podido enterar de quién se trataba. Ahora lo sabía. Tenía que haber pensado que *sir* Robert no habría ido con una proposición como aquella a su padre, si no hubiese tenido un arma que esgrimir.

Era demasiado listo para no ir preparado por si rechazaban la propuesta.

Estaba todo claro, incluso de dónde había sacado Campion el capital.

Se levantó y con la hoja en la mano fue al despacho de su padre.

—¿Tenías conocimiento de esto?

El barón repasó la hoja y respondió:

—Me lo suponía, pero no estaba seguro.

—Entonces, ¿por qué no lo impedimos? Tiene casi suficiente papel nuestro como

para echarnos del negocio.

El barón se encogió de hombros y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—No nos encontraremos en una situación muy diferente cuando nos unamos.

—¿Supongo que no vas a permitir que se haga la fusión?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —exclamó el barón—. Ya soy viejo y estoy cansado. No me quedan arrestos para luchar contra mi primo.

Roberto replicó irritado:

—¡Tú no, pero yo sí! ¡No permitiré que tires por la borda el futuro de mis hijos solo porque tu tiempo ya pasó! ¡Yo sabré cómo pararle los pies a nuestro primo!

Y salió del despacho dando un portazo.

El barón le vio irse y poco después empezó a sonreír. Hacía mucho tiempo que esperaba que Roberto viese que podía llevar adelante el banco, y que quisiera para su hijo lo mismo que él quiso para él.

Ahora ya podía llevar a cabo con tranquilidad lo que hacía tiempo ambicionaba: retirarse.

diecisiete

Lentamente Roberto fue repasando las páginas del voluminoso libro mayor, deteniéndose a menudo y estudiando los números.

Ahí podía estar la respuesta. Dependía de lo ambicioso que fuera *sir* Robert.

El problema había sido siempre el capital, como en todos los bancos de particulares. Los otros tienen muchos medios de ampliar su capital: les basta con extender su capitalización mediante la emisión de acciones. Pero el De Coyne era un banco de particulares y no había accionistas fuera de la familia. Solo tenían que dar cuenta de su gestión a ellos mismos.

Hacía muchos años que su padre solucionó el problema del aumento de capital sin necesidad de préstamos. Empezó a vender pagarés a corto plazo con un descuento mínimo. La reputación del banco era tal que la aceptación del público fue inmediata. Los compraron todos, con preferencia a otras ofertas de ingresos más sustanciosos, porque se sentían a cubierto de todo riesgo. En cien años de existencia, el banco De Coyne ni una sola vez faltó a sus compromisos, y aquellos pagarés alcanzaron una reputación de más estables que muchas monedas legales europeas. Quizás una de las razones de su éxito consistía en que se pagaban en dólares y en cualquier parte del mundo.

Sagazmente, para evitar Ja acumulación de pagarés, el barón estableció que cada año el diez por ciento de los pagarés se amortizase por medio de nuevos pagarés o por el pago al contado, y se aseguraba de su devolución pagando el interés Hasta el día de la fecha convenida, y pasada esa fecha se perdían los intereses.

El plan dio sus frutos regularmente hasta hacía unos cinco años, cuando cierta cantidad de pagarés no se presentaron al cobro, ni al rescate y automáticamente el dinero de esos pagos pasó a la reserva. Con los años que fueron prósperos, este fondo fue aumentando, hasta alcanzar la suma de veinte millones.

Roberto calculó rápidamente. Ese dinero depositado en reserva significaba una neta reducción, en las posibilidades de ganancias del banco, de cerca de treinta millones de dólares. Pero esto originaba otra situación más lamentable: limitaba la capacidad del banco para entrar en nuevas empresas y reducía su posición competitiva en el mercado del dinero.

Roberto contempló la página que tenía delante. Si se obraba cuerdamente, allí estaba la respuesta: las inversiones en Corteguay, la empresa más provechosa del banco; pero si bien era cierto que solo participaban en la operación en un 50 por ciento —el banco de *sir* Robert en Londres interesaba el otro 50 por ciento— la parte de los De Coyne ascendía a casi doscientos millones de dólares, que representaban un beneficio de cinco millones al año.

Roberto siguió jugando abstraídamente con el lápiz. Era una bonita ganancia para

renunciar a ella. Representaba casi los dos tercios de las ganancias del banco, una vez deducidos los gastos. Pero sería una ganga si a cambio podían impedir que sus acciones pasaran a manos del primo inglés del barón. Sin embargo, tenía que llevarse la trama ele forma que *sir* Robert mordiese el anzuelo sin sospechar quién estaba al otro lado del hilo. Decidido, cogió el teléfono.

—Localice a *monsieur* Xenos —ordenó a su secretaria—. Donde sea, en cualquier parte del mundo. Es de importancia vital que yo hablé con él.

Dos hombres jóvenes, uno a cada lado, estaban sentados junto a la mesa de *sir* Robert cuando Dax entró en su despacho. Se levantaron mientras el aristócrata le tendía la mano.

—Me alegro de verte, Dax, después de tanto tiempo.

—Lo mismo digo, *sir* —le dijo Dax sonriendo.

—Permíteme que te presente mis yernos. Victor Wadleigh y John Staunton.

—*Mister* Wadleigh, *mister* Staunton…

—Por favor, siéntate —le invitó *sir* Robert—. Imagino que te estarás preguntando por qué te he llamado.

—Pues sí —contestó Dax—, aunque tengo una leve idea.

Y miró a los otros dos con ojos interrogantes.

—Puedes hablar con franqueza —argüyó *sir* Robert—. Son mis inmediatos colaboradores en la dirección de mis negocios.

—Imagino que será acerca de las inversiones en Corteguay.

—Exacto.

Sir Robert miró a sus yernos y agregó dirigiéndose a Dax:

—Nos hemos enterado de que has iniciado unas gestiones con el banco del barón para comprarle su participación en Corteguay.

—Es verdad —admitió Dax.

—No sabía que siguieses interesado en la vida activa de tu país.

—Tampoco es eso —contestó Dax—. Solo trabajo a cuenta de una organización que trata de adquirir esta participación.

Dax sacó un cigarrillo y uno de los yernos se apresuró a ofrecerle fuego.

—Después de lo que me sucedió con el Presidente he aprendido un poco, y he decidido preocuparme solo por mí.

Sir Robert le miró complacido, pues era el lenguaje que mejor entendía.

—Desde luego que se te ha correspondido muy mal después de lo que has hecho por tu país. Y…, y ese grupo… ¿podrían ser americanos?

—Podrían ser…

—¿No podrías decirnos quiénes son?

—No puedo, *sir* Robert.

—Tú debes saber que nosotros tenemos una participación igual a la del barón en

Corteguay, y que él debe pedir nuestro permiso antes de vender su parte.

—Ya me lo indicó Roberto, pero me dijo que no habría dificultades en este aspecto, y que estaba seguro de contar con su cooperación.

El barón debía hallarse entre la espada y la pared para llevar a cabo la venta. El negocio de Corteguay era el mejor que los dos bancos tenían, pero también veía que no podía negarse a la petición del barón, pues de lo contrario no aceptaría la fusión de las dos empresas. Advertía que la situación era comprometida. Si aceptaba, perdía el beneficio, y si rechazaba, se declaraba la guerra abierta entre él y el barón, y sin que viese probabilidad alguna de unir los dos bancos, A no ser que hubiese una tercera solución.

Y, en efecto, la había, aunque significaba que la fusión quedaría descartada durante un tiempo, aunque eso carecería de importancia ante lo que ganaría con una pequeña inversión suya.

Durante unos segundos miró a Dax. Todo dependía de lo que había querido significar al decir que tenía que preocuparse de él. Vaciló unos instantes al recordar lo que había sucedido entre ellos años atrás. Pero solo fue un momento. Inmediatamente lo empujó su ambición y la creencia de que todos los hombres tienen un precio y que proceden llevados de su pasión por el dinero. Entonces empezó a hablar.

Roberto apenas podía creer en su triunfo. Regocijado preguntó:

—¿Mordió el anzuelo?

—Anzuelo, hilo y caña —respondió Dax.

El barón los miró un poco desconcertado.

—Explicadme eso.

—Cuando nuestro honorable primo —dijo Roberto— se enteró de que nuestra participación en Corteguay estaba a punto de venderse, decidió comprarla él. Primero compró a Dax ofreciéndole el doble de lo que se imaginaba le ofrecía la mítica asociación. Luego estuvo conforme con lo que consideró era la oferta que hacía la sociedad, veinticinco millones, con la sola estipulación de que veinte millones serían pagados en papel nuestro en lugar de serlo al contado.

El barón sonrió.

—¿Y qué hiciste tú?

—Lo único que podía hacer: aceptar. Los yernos acaban de volverse a Londres con el acuerdo firmado.

El padre de Roberto le dijo a Dax:

—Te has portado muy bien.

—Gracias. En realidad no he hecho nada. Simplemente he sido un instrumento. La idea fue de Roberto, y casi me avergüenza aceptar su dinero.

—De ninguna manera —le replicó el barón—; te lo has ganado. Tú también, Roberto, has actuado muy acertadamente.

Roberto sonrió, pues era muy raro que su padre elogiase a nadie.

—Tengo algo para ti —dijo Roberto, y abrió la cartera que había llevado al despacho de su padre, poniendo sobre la mesa unas adornadas hojas impresas.

—Los pagarés. Veinte millones de dólares.

El barón los contempló unos instantes, y luego abrió el cajón de su mesa y sacó una hoja de papel. Escribió la fecha en la parte superior y se la tendió a Roberto con una sonrisa.

—También yo tengo algo para ti.

Roberto examinó el papel. Debajo de la fecha, aparecía mecanografiado lo siguiente:

El Banco De Coyne anuncia en el día de hoy el retiro del barón Henri Raphael Sylvestre de Coyne de su cargo de presidente y la elección de su hijo, Roberto Raymond Samuel de Coyne, como su sucesor. El Banco De Coyne anuncia con orgullo que es la cuarta generación en que la jefatura pasa de padre a hijo.

El barón dijo con lágrimas en los ojos:

—Mi deseo más ferviente es que algún día puedas hacer lo mismo por tu hijo.

Roberto se levantó y besó a su padre en las mejillas, notando el gusto salobre de las lágrimas del anciano.

—Gracias, padre —dijo humildemente—. También es mi mayor deseo.

dieciocho

Dee Dee entró en la habitación con un periódico en la mano:

—Dax, ¿has leído la columna de Irma Andersen?

Dax dio la vuelta en la cama, contestándole:

—Sabes que no leo los ecos de sociedad.

Aquello era algo que Dee Dee nunca comprendería. Actriz ella, buscaba constantemente artículos o párrafos que se refiriesen a su arte en todos los periódicos. Estaba abonada a tres compañías especializadas en recortes que interesasen al suscriptor, y antes hubiera bajado a desayunar sin maquillarse que dejar de leer los recortes que le mandaban.

> El avión a reacción ha dado a la sociedad una libertad nueva, un campo de acción más amplio. ¿Se aburre? Suba a uno y lo llevará rápidamente a cualquier parte del mundo que usted elija. Puede ir a París para ver la última colección del príncipe Nikovitch, con Roberto de Coyne, el nuevo y joven director del antiguo banco De Coyne, su encantadora esposa Denisonde y su hermana Carolina. También puede ir a Londres y comer en el Claridge un *roast beef* teniendo en la mesa vecina al conde de Buckingham y a Jeremy Hadley, o quizá también a dos senadores americanos que visitan la ciudad. Londres vive un gran ajetreo político este año. O encontrarse en la Via Veneto de Roma, codo a codo con Dee Dee Lester, o con otra de las estrellas favoritas de Hollywood, paseando por la urbe que ya se considera como la futura Meca del cine mundial. O tenderse al sol en la Riviera, sin sospechar que el hombre que descansa en la arena con una belleza a su lado es el renombrado *playboy* sudamericano Dax Xenos, y que la belleza rubia en *bikini* es Sue Ann Daley, quizá la heredera más rica del mundo.
>
> Repetimos que usted también puede viajar con la élite, sin que tenga que ser una estrella de cine, ni haber nacido entre los escogidos, ni ser un político o un *playboy*. Tampoco necesita ser rico. Solo necesita un billete. Los aviones a reacción vuelan día y noche.

Dee Dee dejó el periódico y le miró.

—¿Qué te parece?

—Es tan excitante que me pregunto qué demonios hacemos en Nueva York.

—No es esto lo que yo quiero decir.

—Las líneas aéreas deben de ser un nuevo cliente de esa vieja periodista.

—Te estás haciendo el tonto adrede.

—¿El tonto? Déjame ver el periódico.

Lo cogió, y, echándole una rápida ojeada, le preguntó:

—¿De qué te quejas? Esta vez, Irma ha escrito tu nombre correctamente.

—¡Por Dios, Dax…! Sabes muy bien lo que quiero decir. ¡Yo en Roma y tú en la Riviera!

—Equivocada en esas dos afirmaciones, como de costumbre. Estamos en Nueva York. Es un pésimo reportaje.

Dee Dee cogió el periódico y se lo tiró a la cabeza.

—Me refiero a tu cotilleo con Sue Ann Daley. La vieja bruja lo refirió intencionadamente para que creyesen que habíamos terminado.

—Y no se equivocaba.

—¿Entonces admites que estabas en la Riviera con Sue Ann?

—Desde luego. ¿O querías que aguantase el bochorno de Roma mientras tú filmabas una película?

—Llegaste a Nueva York con ella, y por eso tuve que venir a buscarte aquí.

Dax se encogió de hombros.

—Tenía que venir de todos modos.

Dee Dee se sentó, exclamando:

—Te digo que esto no me gusta.

—Frénate un poco. Me estás demostrando un temperamento demasiado posesivo.

Dee Dee murmuró:

—Creo que me estoy enamorando de ti.

—¡Oh, no! El amor no está de moda este año. Ni siquiera entre la crema de la sociedad.

Dax siguió al *maître* saludando con la cabeza a los conocidos que encontraba mientras llegaba a la mesa donde estaba Jeremy esperándole.

—Siento haberme retrasado.

—No te preocupes; acabo de llegar.

Se sentaron y Dax pidió un Bloody Mary.

—Me sorprendió que me citases para comer aquí. Creí que escogerías el Colony.

—Al Colony no voy más que con mujeres.

—Me inclino ante el líder.

—¿El líder?

—¿No lo sabías? Te llaman el líder.

—No veo el porqué —dijo Dax, sinceramente sorprendido.

—Supongo que empezaron los periódicos. Eres el niño mimado de las columnistas.

—Bah, unas cuantas viejas que no saben qué decir.

—No tanto —objetó Jeremy—. Tienen otras personalidades de quienes pueden hablar. Pero te prefieren a ti porque representas el nuevo estilo de vida. Estás siempre

en los sitios que más se destacan; te relacionas con la gente que bulle y en el momento oportuno. ¿Sabes cuántas veces por semana aparece tu nombre en las crónicas de sociedad?

—¿Quieres decir que estoy de moda? ¿Que soy de los escogidos?

—Más que eso —sonrió Jeremy—. Para los millones de lectores de las columnas eres más importante que el mismo Eisenhower, sin que les importe que esté en la Casa Blanca o en Topeka, Kansas.

Llegó el camarero con la bebida que le pidió Dax y se fue.

—Concretando, fue por eso por lo que te propuse que comiésemos juntos.

—¿Acaso piensas hacerme un reportaje?

Jeremy se echó a reír preguntándole:

—¿Crees que no sería oportuno? Precisamente es lo que necesito para asegurar mi crédito periodístico.

—¡No será tanto!

Y en un tono confidencial le dijo Jeremy:

—Te voy a decir algo que está fuera de programa: mi amigo el senador está pensando en casarse.

—Sí, con la muchacha de Back Bay. Es muy bonita.

Jeremy miró a Dax desconcertado.

—¿Cómo lo sabes? Se ha mantenido el secreto riguroso, y ni una palabra ha aparecido en la prensa.

—¿Por qué te sorprendes? ¿No me dijiste que yo estoy entre los escogidos? ¿Pues qué tiene de particular que oiga cosas?

Al ver la confusión de Jeremy, sonrió diciéndole:

—Te advierto que me enteré de una forma muy sencilla. Cuando estuve en Capri practiqué el esquí acuático con una muchacha que había sido lo que vosotros llamáis «acompañante» de él. Debo decir que se lo tomó con mucha filosofía. Al parecer la han dejado bien situada.

—¡Caramba! Entonces, también sabrás por qué te he citado.

—Todavía no.

—Si sabes quién es la muchacha, sabrás también la clase a que pertenece. De buena familia. Se educó en los mejores colegios de aquí y del extranjero. Muy agradable, pero algo reservada, altiva y fría. La mayoría de los americanos la considerarán un poco *snob*.

—Sí, no es precisamente la imagen apropiada para esposa de un Presidente.

—Eso es —convino Jeremy.

—Pero no veo qué relación puede tener eso conmigo.

—Verás. Hay una ligera discrepancia acerca de los vestidos de ella. La muchacha quiere ir a París a encargar el ajuar, pero él se opone temiendo que podría provocar una reacción política. ¿Comprendes?

Dax conocía las complejidades de la política americana y sabía que en muchos

aspectos el ILGWU U.S. (International *ladies*' Garment Workers' Union) imponía mucho respeto.

—El senador me preguntó si conocía a algún amigo que lo sacase del compromiso —continuó Jeremy—. Entonces pensé en el príncipe Nikovitch, a quien ella ya ha comprado algunas cosas. El senador se quedó satisfecho, pues desde el momento en que Sergei está establecido en América la cosa no presenta dificultades.

—Sergei estará encantado.

—Estoy seguro, Pero hay otra cosa. El senador pensó que sería mejor si el príncipe anunciaba su intención de pedir la ciudadanía americana antes de que se hiciera público el anuncio de los esponsales. Esto evitaría posibles conjeturas mal intencionadas. —Estoy casi convencido de que Sergei no opondrá ningún obstáculo.

—¿Tú se lo podrías decir a Sergei? Yo no puedo porque mi amistad con el senador es demasiado conocida.

—Lo haré encantado.

—Aún hay otra cosa.

—¿Otra?

—Esta ya es un poco más personal. Mi hermano menor, Kevin, se gradúa en Harvard este año.

—¿El pequeñín?

Jeremy se echó a reír.

—¿El pequeñín? Tendrías que verlo. Mide un metro ochenta y cinco. Él y el hermano del senador quieren ir a Europa este verano, y si la impresión que tengo de los dos es acertada, a los veinte minutos de salir el avión, ya andarán de gallo.

—Me parece muy natural.

—Si solo se tratase de Kevin no sería tan importante. Pero el hermano del senador atraerá a los periodistas.

—Ya veo. Tu amigo tiene muchos problemas.

—Él y yo conocemos a nuestros hermanitos.

—¿Y qué queréis que haga?

—Me pregunto si no habría manera de vigilarlos un poco para evitar que hagan locuras.

—No lo veo fácil —repuso Dax—. Los jovencitos no están quietos un instante. Si consiguiésemos la manera de saber adónde van y con quién salen, ya lo tendríamos solucionado —añadió.

Jeremy calló unos segundos y Dax reflexionó.

—Me parece que ya tengo la solución. Me pondré en contacto con una antigua amiga mía que los tendrá ocupados desde el momento que aterricen.

—Pero ¿cómo?

—Tú no conoces a *madame* Blanchette. Ya se ha retirado, pero me hará este favor.

—Pero debe hacerse sin que ellos se enteren de que se les vigila; de lo contrario,

fracasaremos.

—No se enterarán —Dax lanzó una carcajada—. Así que lleguen a Europa los rodearán unas hermosas prostitutas que no los dejarán ni a sol ni a sombra. A lo mejor, ni querrán volver nunca más a la patria.

diecinueve

Dee Dee entró en las habitaciones que Dax tenía en un hotel de Roma y lo encontró desayunándose. —¿Dónde estuviste la noche pasada? Él siguió poniendo mantequilla en una tostada y le contestó:

—Fuera.

—¡Con Sue Ann! —gritó ella.

Y con un ademán violento tiró un periódico sobre la mesa.

—Publica tu retrato en primera página. Dax lo miró y le dijo:

—Estos *papparazzi* nunca consiguen fotos realmente buenas, ¿verdad?

—No me dijiste que Sue Ann estuviese aquí.

—No creí que te importase mucho.

—Habíamos quedado en que cenaríamos juntos —replicó ella con voz llorosa.

—Es verdad. Te estuve esperando hasta las diez; al ver que no venías, llamé a los estudios y me dijeron que rodarían hasta medianoche para acabar la película, y pensé que cuando salieses estarías demasiado cansada.

Dee Dee lo miró sin decir nada, y Dax siguió imperturbable con sus tostadas y su mantequilla.

—Ahora pórtate como una buena chica y vete a dormir un rato. Ya sabes que no me gustan las discusiones cuando me desayuno.

—Me estoy cansando de encontrarme con Sue Ann en todas partes adonde voy.

—Yo no puedo decirle que se vaya a otro sitio. Ella se paga sus viajes y va adonde quiere.

—Te gusta que te siga a todas partes.

—No me perjudica —dijo sonriendo.

—¡Te odio!

—Tengo una teoría sobre el particular. En realidad, ella no me sigue a mí, sino a ti. Aseguraría que se ha enamorado de ti.

Dee Dee se enfureció al oírle.

—¡Ya está bien! Tendrás que escoger entre las dos, porque yo no aguanto más.

—No te pongas pesada —respondió Dax fríamente—. No me gusta que me vengan con imposiciones.

—No sé qué es lo que ves en ella. Es lo mismo que un animal de la selva.

—Tienes razón —repuso él con el mismo tono frío—. Vas con Sue Ann, te ríes un rato, te diviertes con ella en la cama…, y eso es todo. Ni tonterías, ni cursilerías, ni mentiras de amor. Sin importarle el mañana; solo el presente, sin promesas ni exigencias. Además, no pretende que la aplaudan cada vez que eructa.

—¿Es que yo soy así?

—No he dicho eso. Me has preguntado qué veo en Sue Ann, y te lo digo. Y ahora

vete. Ya te he dicho que no me gusta discutir cuando me desayuno.

—¡Bastardo egoísta! —gritó Dee Dee, y levantó la mano dispuesta a…

No pudo. A la vez que ella, Dax paró el golpe con la suya, pero con tan mala fortuna que, sin querer, el puño de él, medio cerrado, le dio en la mejilla. Dee Dee se quedó boquiabierta de sorpresa.

—¡Me has pegado! —se lamentó escandalizada.

Fue corriendo al espejo y le gritó:

—¡Me has dado en el ojo! Se me va a poner negro.

Dax se le acercó, no creyendo que le hubiese dado tan fuerte, y, además, sabía la facilidad de ella para dramatizarlo todo.

—Déjame que te lo vea.

Dee Dee volvió el rostro hacia él y Dax dijo riendo:

—No es nada. Pero sí parece que vas a tener un ojo a la funerala. Ven que te lo curaré.

—¡Déjame en paz, bestia! ¿O vas a pegarme otra vez?

—Vamos, Dee Dee, no hagas comedia. La película la terminasteis anoche.

Ella echó a correr hacia la puerta, pero Dax la cogió del brazo cuando la abría. Dee Dee lo miró con odio.

—¡Escoge! O ella o yo.

Dax seguía riendo mientras intentaba hacerla entrar en la habitación. Rabiosa, Dee Dee se soltó y le gritó al abrir la puerta:

—¡No me pegarás nunca más!

En el mismo instante en que salía al pasillo iluminó su rostro el fogonazo de un *flash*. Al día siguiente todos los periódicos daban la noticia, y cuando bajó del avión con un flamante parche en el ojo, los fotógrafos se arremolinaron alrededor de ella, y por primera vez consiguió aquella publicidad que tanto había ambicionado.

Sin embargo, una semana después un periodista le enseñó un suelto del periódico preguntándole:

—¿Algún comentario, *miss* Lester?

Después de comprender el suelto y la intención con que se lo enseñaban, Dee Dee volvió el rostro a otro lado para que no viesen que los ojos se le llenaban de lágrimas, y respondió:

—Ninguno.

Aquella mañana, Dax y Sue Ann se habían casado en Escocia.

—Aquí está muy oscuro.

—A mí me descansa.

—Y huele mal —advirtió el Presidente—. Ya has estado fumando de nuevo esos malditos cigarrillos.

Al tiempo que dijo eso cruzó la habitación, descorriendo las cortinas y abrió las

ventanas, para que entrase la cálida brisa de las montañas, respirando a pleno pulmón.

—No comprendo cómo puedes fumar ese tabaco.

Amparo aplastó el cigarrillo en un cenicero y contestó:

—Me calma los nervios. A veces, cuando me veo incapaz de enfrentarme conmigo o con los otros, o todo me pesa demasiado, me recobro fumando. Entonces veo las cosas con más claridad.

—Son una droga. Eso es peor que el whisky.

—Ni mejor ni peor, sino diferente.

Su padre se le acercó comunicándole que ya Sabía de dónde llegaban las armas.

Amparo no le miró, y solo le preguntó vagamente:

—¿De dónde?

—Del americano de Montecarlo.

—Creí que eran de fabricación comunista.

—Lo son —repuso el Presidente—. El americano es el agente. Es él quien las expide, quien las vende por todo el mundo. Son las mismas armas que llegaron a Cuba y a Santo Domingo. Debo impedir ese tráfico.

—¿Y cómo lo podrás evitar? —exclamó Amparo en tono indiferente—. ¡Otros lo harán en su lugar!

—Tendremos que tratar también con los otros. Mientras, ganaremos tiempo para prepararnos.

—¿Prepararnos? —por primera vez Amparo pareció interesarse—. ¿Prepararnos para qué? ¿Para el desastre?

Su padre no respondió, y vio que Amparo se reía.

—¿De qué te estás riendo?

—De ti —respondió sin inmutarse—. Cuba y Santo Domingo, Batista y Trujillo, y ahora tú. Hombres cegados por el dinero y el poder. ¿Es que no veis que vuestra época se termina? ¿Por qué os empeñáis en seguir en el sillón contra viento y marea? ¿Por qué no renunciáis y os vais a vivir tranquilos?

—¿Y quién ocupará nuestro sitio?

Amparo cerró los ojos, sin contestarle.

—Los comunistas, ¿verdad? ¿Y qué garantías tenemos de que con ellos las cosas irán mejor? Ninguna. Seguramente empeorarían mucho más.

Amparo abrió los ojos, pero no miró al Presidente.

—Quizá sea necesario que los comunistas vengan, hasta que el pueblo sea capaz de pensar y obrar por sí mismo, al igual que la noche se hace más oscura cuando está a punto de amanecer.

—Si ellos se apoderan alguna vez del mando, la noche nunca tendrá fin.

Los ojos de Amparo se iluminaron de repente.

—Incluso en los polos, donde la noche es tan larga y parece que nunca ha de terminar, llega el día. El mundo ha sobrevivido a muchas cosas, y sobrevivirá a los comunistas lo mismo que a ti.

—Estoy pensando si enviar a Dax para que negocie con el americano —dijo el Presidente.

Por primera vez desde que estaban hablando, la curiosidad se reflejó en el rostro de Amparo.

—¿Cómo se lo explicarás al pueblo después de todo lo que has dicho?

—¿Al pueblo? —preguntó riendo con desdén su padre—. Será muy fácil. La gente cree todo lo que yo digo. Anunciaré que quiero ser magnánimo, y que ante los muchos y excelentes servicios que Dax ha prestado al país, le perdonaré el error que cometió.

—¿Y tú crees que Dax hará lo que tú le digas?

—Dax es hijo de su padre —respondió el Presidente—. Y en cierto sentido, mío también. Se convirtió en mi hijo el día que lo confié a Gato Gordo y lo envié a las montañas.

—¿Y si rehúsa?

La voz de Amparo tenía un acento frío y lejano cuando agregó:

—No podrás hacer nada. Está fuera de tu alcance.

—No lo creas —repuso convencido el Presidente—. Hará lo mismo que hizo su padre después de que mis soldados mataron a su mujer y a su hija. Se unió a mí por el bien de Corteguay, y por Corteguay volverá Dax.

—¿Estás seguro? ¿Aunque se haya creado una nueva vida durante los dos años que lleva fuera de aquí?

—Entonces, ¿ya sabes que se ha vuelto a casar?

—Sí. Lo oí por una emisora americana —afirmó Amparo, cogiendo otro cigarrillo.

El Presidente la miró un instante y asintió.

—Estoy seguro de que el matrimonio no ha cambiado a Dax. Ya estuvo casado antes y para él ninguna mujer es más importante que otra.

—¿Por qué te has tomado la molestia de decírmelo?

—Eres mi hija —sonrió el Presidente—. Y habiendo sido tú su mujer, pensé que debías ser la primera en enterarte de que goza otra vez de mi favor.

Cuando desde la puerta se volvió para mirar a su hija, vio que Amparo encendía el cigarrillo y que su fuerte y extraño aroma empezaba a extenderse por la habitación.

veinte

—¡Por Dios, déjame! ¡Me haces daño! —gritó Sue Ann golpeándole repentinamente la espalda.

Él se apartó y ella se volvió sobre un costado, respirando pesadamente. Oyó que Dax encendía un cigarrillo, que le dio inmediatamente, y otro para él.

Sue Ann se volvió y vio a su marido sentado en una esquina de la cama, con los músculos de su recio cuerpo resaltando y mirándola con aquellos ojos suyos tan oscuros.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Sí, mejor, gracias —murmuró ella, y apoyando la barbilla sobre el brazo, añadió—: Nunca me había sucedido. Me he quedado seca, exhausta.

En la penumbra de la habitación brilló la blanca dentadura de él al sonreír.

—Quizá porque aún no habías conocido una luna de miel —dijo Dax con un leve acento de humor.

—Desde luego nunca pasé cuatro días sin abandonar la habitación para nada, si es eso lo que quieres decir —declaró Sue An.

—Quejándote ya. La luna de miel se acabó.

Dax se levantó y se fue a la ventana, descorrió las cortinas y la abrió de par en par. El sol entró de lleno en la estancia con el aire frío de Escocia.

Sue Ann se refugió debajo de las sábanas.

—¡Cierra o voy a morirme de frío!

Dax cerró la ventana y observó sonriendo el espectáculo que ofrecía tapada hasta la nariz y con los ojos y su rubia cabellera asomando fuera.

—¿Qué clase de hombre eres? No creo que haya habido ninguno como tú.

—Yo creo que sí —replicó él con un esbozo de sonrisa—. Adán empezó igual que yo hace muchos años.

—No lo creo. Lo siento, Dax —dijo, disculpándose de pronta.

—¿Por qué?

—Por rechazarte. No quería que parases. Pero no pude resistir el dolor.

—Fue culpa mía. No lo pensé.

—Ya lo sé —murmuró ella en voz baja—. Esto es lo maravilloso. Lo haces, y no piensas.

Sue Ann vio que Dax, desnudo, se iba al tocador y miraba la hora en su reloj de pulsera.

—¿Qué hora es?

—Me olvidé de darle cuerda. ¿Por qué sería?

Apareció una suave expresión en el rostro de Sue Ann y, sacando la cabeza fuera de la sábana, le cogió una mano.

—¿Te acuerdas de Boston, cuando iba a tu habitación? ¿No pensaste nunca en que algún día podríamos casarnos?

—Nunca.

—Yo sí —repuso ella—. Más de una vez. Me preguntaba cómo sería el matrimonio contigo.

—Ahora ya lo sabes.

—Sí.

Y Sue Ann lo besó tiernamente, añadiendo:

—En efecto, ahora ya lo sé, y me pregunto por qué desperdicié todos estos años.

Dax le revolvió el pelo cariñosamente, diciéndole:

—Todos desperdiciamos años en cierto modo.

—¿Eres feliz conmigo, Dax? —le preguntó Sue Ann.

—Sí. Por primera vez sé exactamente lo que se espera de mí.

Sue medio lo besó y medio lo mordió, y le dijo riendo:

—¿Ah, sí? Pues modera la marcha. Voy a ducharme.

Echó a correr y Dax la cogió en el momento en que ella se metía bajo el chorro. La levantó en sus brazos y la puso contra la pared.

—¿De veras? —inquirió con mirada burlona^—. Ahora estás mojada ¿qué excusa vas a darme?

Delicadamente la hizo deslizar por la pared hasta tenerla contra él.

—¡Cuidado! ¡Vas a resbalar con el jabón!

En seguida lo sintió dentro de ella y cerró los ojos, aferrándose con frenesí a su cuerpo.

—Así. Así. Así —jadeó mientras se estremecía de pasión.

Poco después Sue Ann fumaba tranquilamente, y le dijo a Dax:

—El mes que viene abriré la casa de Palm Beach.

—De acuerdo.

—Aquello es encantador en esta época. El invierno en Europa nunca me ha seducido.

Dax se levantó y cruzó la habitación.

—¿Adónde vas?

—Tengo sed.

Volvió del cuarto de baño con un vaso de agua.

—Además —continuó ella—, toda mi familia se está muriendo de curiosidad por conocerte. Mis dulces y puras primas del Sur se volverán locas en cuanto te vean. Espera a que vean como llenas el taparrabos. Se van a correr en sus pantalones.

Sonó el timbre del teléfono.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Sue Ann—. ¿Diste el número a alguien?

—Solo a Gato Gordo.

Cogiendo el auricular, exclamó:

—¿Dígame? Es Gato Gordo —susurró tapando con una mano el micrófono.

Sue Ann encendió otro cigarrillo mientras Dax hablaba rápidamente en español con su subordinado. Hizo un recuento mental de los idiomas que él hablaba: español, inglés, francés, italiano y alemán. Se sintió inferior. Ella nunca logró pasar de un francés de bachillerato.

Dax dejó el teléfono y se le acercó diciéndole:

—Nuestro consulado en París ha recibido una carta muy importante para mí del Presidente.

—¿Y por qué no te la enviaron?

—Tienen órdenes de entregármela personalmente. ¿Te importaría mucho que nos fuéramos allá?

—Desde luego que no. Precisamente pensaba comprarme algunos vestidos. Además, ¿qué impresión causaría si volviese a casa sin el ajuar de boda?

—Desastrosa.

—¿Cuándo nos vamos?

—Si nos damos prisa aún podremos coger el último avión de Prestwick a Londres.

—La luna de miel se acabó.

Dax se echó a reír. A Sue Ann se le ocurrió una idea.

—Quizá no. Una excursión a través de Francia sería una cosa romántica. Podríamos recoger la carta y tu Ferrari en París.

—Lo siento, pero el hermano de Jeremy Hadley, Kevin, y un amigo suyo me lo pidieron para recorrer Italia. Se llevaron dos chicas con ellos.

—¿Chicas? —preguntó extrañada—. Será una broma.

—¿Por qué una broma? Es natural que los chicos busquen chicas.

—Ya lo sé. Pero no ese Kevin.

Y al ver que él la miraba sin acabar de comprenderla, le preguntó:

—¿No lo sabías?

Dax movió la cabeza negativamente.

—Es un invertido.

Al irse Sue al cuarto de baño y cerrar la puerta, Dax encendió un cigarrillo y miró pensativo al teléfono. Ya era demasiado tarde para llamar a *madame* Blanchette. Le debió tomar por un estúpido al no haberla prevenido.

Jeremy tenía que habérselo dicho, no era extraño que temiera tanto la publicidad. No obstante, le pareció que Sue Ann tenía que estar equivocada. Kevin y su amigo llevaban en Europa todo el verano y *madame* Blanchette no le había dicho ni media palabra. De haber observado algo, habría buscado un medio de avisarle.

veintiuno

—Lo siento, pero no puedo hacer nada.

Dax observó al hombrecillo de ojos azules y rostro angelical. Más parecía un apacible tendero que el hombre que sucedió a *sir* Peter Vorilov. Miró a los dos silenciosos guardaespaldas que, atentos al menor movimiento suyo, permanecían apoyados contra la pared.

Barry Baxter consiguió quedarse con la antigua casa de Vorilov en lo alto de la colina, desde donde dominaba Mónaco, la ciudad, el puerto y el mar. Miró de nuevo al americano.

—Yo también lo siento, *mister* Baxter. Muchos hombres morirán innecesariamente debido a eso.

—Yo no soy responsable de nada. Solo soy un negociante y opero sobre la base de *cash and carry* (Pago al contado y transporte a cargo del comprador) Pero lo que se haga con la mercancía ya no es cosa mía.

—Informaré al Presidente de nuestra conversación —dijo Dax levantándose.

Baxter también se levantó.

—Usted comprende mi posición, ¿verdad? Si empezara a seleccionar mis clientes, significaría tomar partido por unos u otros, y eso no me conviene.

Dax se dirigió hacia la puerta, y Baxter, dando la vuelta a la mesa de su despacho, lo acompañó diciéndole:

—Dígnese informar a Su Excelencia de que tenemos una partida de armamento muy apropiado para la lucha de guerrillas, y que las condiciones serían muy ventajosas.

Como por una señal invisible, la puerta se abrió y en el pasillo aparecieron otros dos guardaespaldas.

—Buenos días, *mister* Baxter —se despidió Dax con fría corrección.

Se detuvo al oír que Baxter, de quien se separaba sin tenderle la mano, le decía algo más.

—Y si hay algún otro asunto en el que yo pueda serle útil, por favor, no dude en llamarme.

La puerta se cerró a sus espaldas, y Dax, pensativo, atravesó el amplio vestíbulo y salió afuera. Ya supuso desde un principio que no conseguiría ninguna ayuda de Baxter. Los envíos de armas tenían que detenerse de algún modo, y lo más práctico hubiera sido hacerlo antes de que entraran en el país, pero precisamente ahí radicaba el problema. El armamento entraba en tal cantidad que no era posible que se llevase en barcas, por lo que los bandoleros tenían que haber encontrado un medio más eficaz.

El chófer se apresuró a abrirle la puerta. Al sentir una ráfaga de aire frío miró al

cielo y lo vio cubierto por las espesas nubes que el viento traía de la costa italiana, comprendiendo que con el fin de setiembre empezarían las lluvias y el mal tiempo. Siempre ocurría así en la Riviera.

—¿Vamos al hotel, *monsieur*? —preguntó el chófer.

—*Oui*.

El coche se detuvo un momento en espera de que el portero abriera la verja de hierro. El automóvil arrancó suavemente y atravesó el portal. Por encima de su hombro Dax miró distraídamente las blancas columnas de piedra y, súbitamente, se irguió en su asiento. Fue el escudo de armas de Vorilov, todavía cincelado en la piedra, lo que le recordó algo que Sergei le dijera en cierta ocasión, informándole que cuando estuvo de secretario del viejo *sir* Peter, oyó que Marcelo era su agente en Macao, y que así había ganado el dinero para comprar los buques japoneses.

Se quedó mirando en silencio la casa. Marcelo se quejaba con frecuencia de que sus barcos regresaban a Corteguay en lastre. ¿Habría hallado la manera de aumentar los fletes? Evidentemente no le costaría ningún esfuerzo llevar armas en sus barcos. Prácticamente tenía entrada libre en el puerto, y era la única línea autorizada para entrar en Corteguay. El mismo Presidente era el accionista más importante.

Alrededor de medianoche acabaron de cenar en el casino, y la lluvia seguía batiendo contra los cristales de las ventanas del comedor, que daban sobre el mar.

—Esta noche siento que me ronda la suerte —dijo Sue Ann.

Dax le sonrió.

—Te están esperando.

—Voy un momento al salón de señoras y en seguida vuelvo. Estoy dispuesta a hacer saltar la banca en Montecarlo, Dax se levantó al salir Sue Ann, y al sentarse de nuevo le hizo seña al camarero para que le sirviese otro café. Poco después se le acercó el *maitre* discretamente.

—¿*Monsieur* Xenos?

—*Oui*.

—Lo llaman al teléfono.

Dax fue a la cabina y cogió el teléfono.

—¿*Mío*?

Oyó una voz delgada y metálica.

—*Mister* Xenos, soy Barry Baxter.

—Diga, *mister* Baxter… —la voz de Dax sonó ceremoniosa.

—¿Usted tiene un Ferrari con matrícula de París?

—Sí.

Baxter vaciló unos instantes.

—Ha habido un accidente en la Grande Corniche.

—¿Grave?

—Bastante. Hay dos muertos. Dax se estremeció.

—¿Sabe quiénes son?

—Todavía no. Me acabo de enterar por la radio.

—¿Dónde es? Voy al instante.

—Con esta lluvia no lo encontrará. Será mejor que vaya yo a recogerle.

Dax colgó el teléfono. Los americanos eran gente extraña. Si se trataba de negocios no movían un dedo en favor de uno, pero si el asunto era personal la cosa cambiaba. Volvió a la mesa y le dijo a Sue Ann lo que sucedía.

—Voy contigo —decidió ella.

—No. No quiero llamar demasiado la atención. Tú te vas al casino y yo volveré tan pronto como pueda. —No estaré tranquila.

—Haz lo que te digo. Siempre será mejor que estar despierta en la habitación preguntándote qué habrá ocurrido.

El Rolls-Royce subió la carretera hacia la Grande Corniche. Dax le preguntó a Baxter:

—¿Alguna otra noticia?

—No —respondió Baxter—. Tampoco la habrá. Le dije al chef de pólice que nos dirigíamos hacia allá y suspendió las llamadas por radio.

Dax miró con disimulo a Baxter. Una cosa era evidente: no se trataba de ningún estúpido. Instintivamente hizo lo mismo que habría hecho Dax. El coche siguió subiendo, llegó a la cornisa, cogió hacia Niza y a unos dieciséis kilómetros después de Montecarlo se metió por una carretera de segundo orden que llevaba al mar.

—Esta carretera es un atajo para ir a la Moyenne Corniche —dijo Baxter—. El accidente ha ocurrido en la próxima curva.

Vieron las luces de la policía cuando el coche dejó la última curva, e inmediatamente redujo la marcha, hasta detenerse.

El jefe de policía apareció casi antes de que el chófer abriese la puerta.

—¿*Monsieur* Baxter? —preguntó respetuosamente.

Baxter hizo un gesto señalando a Dax.

—*C'est lui le patron de la Ferrari, monsieur Xenos*.

El policía se dirigió a Dax con expresión sombría.

—Lo lamento, pero su coche está totalmente destrozado, *monsieur*.

—No me preocupa el coche —respondió Dax.

Dax, sin resguardarse de la lluvia, fue al lugar del accidente. Los pocos policías que había lo dejaron pasar, y llegó hasta el Ferrari, estrellado contra un árbol. Dio una vuelta alrededor del coche y vio el trágico cuadro: debajo del volante y con los brazos sobre el asiento, el cuerpo de un joven.

Un policía que se le acercó por detrás le dijo:

—*Il est mort*.

Dax se inclinó para ver bien la cara del muerto, y no dudó ni un segundo: aquel rostro sin apenas un rasguño pero con los ojos abiertos era el de Kevin. El jefe de policía se había acercado a Dax.

—No parece que haya muerto del accidente —murmuró Dax—. ¿Cómo habrá ocurrido?

—*Regardez* —le indicó el jefe de policía.

El vientre del muchacho, debajo del volante, era un gran charco de sangre que ya se estaba coagulando. Dax le preguntó al policía.

—¿Pero cómo ha podido suceder? El volante está intacto.

—Se desangró hasta morir —le contestó en un tono frío, sin inflexiones, y añadió —: Venga conmigo.

Dax lo siguió silenciosamente. Cerca del coche yacía otro cuerpo, con el abrigo y el vestido empapados por la lluvia y cuyo rostro lo tapaba un pañuelo. El policía levantó el pañuelo y Dax vio el rostro moreno y congestionado de un hombre.

—No es una muchacha —aclaró el jefe de policía en su tono impersonal. Y añadió—: C'est un travestí de Juan-les-Pins. Tenían que estar locos para intentar una cosa así en esta carretera y lloviendo.

Silenciosamente Dax fue al coche de Baxter, quien al ver su abatimiento sacó una botella de whisky y un vaso.

—Tome un trago. Lo necesita.

Dax cogió el vaso y lo apuró de un golpe. Aspiró profundamente.

—Gracias. El accidente ya es bastante tragedia. Yo le agradecería que no se divulgaran los detalles.

Baxter le dirigió una mirada aguda.

—Con esta lluvia es mejor que nos metamos en el coche. Hablaremos mejor dentro.

El jefe de policía también entró con ellos.

—Las fotografías ya se han tomado. Se trata de una prescripción legal.

—Comprendo —dijo Baxter—, pero ¡qué desgracia que nadie se diera cuenta de que la máquina de retratar estaba averiada!

—Los periodistas harán preguntas —continuó el policía—; y mis hombres no ganan un gran sueldo.

—Comprenderá usted —agregó Dax— que no les dejaremos sin la recompensa que merecen por su cooperación.

El policía meditó unos instantes, y en seguida dijo:

—Haremos como ustedes deseen. Verdaderamente, y como ya han dicho, la tragedia en sí ya es suficiente, para que, además, se permita que trascienda.

Dax recordó en aquel momento al hermano del senador.

—Cuando se fueron de París les acompañaba otro muchacho y una chica.

—Solo estaban esos dos en el coche, *monsieur*. Mis hombres han buscado por toda esta zona.

—Tengo que localizar al otro chico. Se habrán detenido en algún sitio y estos siguieron solos.

—Los buscaremos, *monsieur* —prometió el policía, y se dirigió al coche-patrulla, desde donde, después de dar unas instrucciones por radio, volvió a informarles.

—La gendarmería de Antibes me comunica que a las diez de esta noche vieren el coche en la villa de *monsieur* Hadley y que cuando salió solo iban dos jóvenes.

Dax, quizá por primera vez, agradeció la eficiencia de la policía francesa. Miró a Baxter haciéndole un ruego con los ojos, y aquel lo entendió en el acto.

—Podemos ir en seguida.

—Muchas gracias —y dirigiéndose al policía Dax añadió—: *Merci*. Le llamaré en cuanto haya hablado con la familia del muchacho, en Estados Unidos.

—Exprese a *monsieur* Hadley nuestra mayor condolencia.

—Lo haré; gracias.

El coche dio la vuelta y subió por la carretera hasta que llegó a la Grande Corniche, enfilando directamente hacia Niza.

—Parece que deja de llover.

—Sí —respondió mecánicamente Dax.

Así que llegase a la villa llamaría a Sue Ann para que no le esperase, pues lo primero que haría sería tratar de que el hermano del senador fuese en el primer avión que saliese de Niza.

—Es una tragedia terrible —dijo Baxter.

—Sí.

—Siento mucho no haberle acompañado al lugar del accidente, pero nunca he podido resistir el ver la sangre.

veintidós

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Sue Ann entrando en la terraza a la hora del desayuno.

—¿Otra? —preguntó Dax—. Por favor, no me compres nada más. Tengo tantas alhajas que empiezo a parecer un *gigoló*.

Sue Ann rio complacida, aunque era cierto que continuamente le sorprendía con regalos.

—Esta vez no es ninguna alhaja. Es algo que siempre has deseado.

Dax se sirvió una taza de café y dijo con una mueca de cómica resignación:

—Menos mal. ¿Qué es ahora?

—No te lo digo. Desayuna pronto y vamos a la ciudad a buscarlo.

Dax quitó la tapadera de plata de la fuente y se sirvió una buena porción de jamón y huevos revueltos. Llenó de mantequilla varias tostadas y empezó a comer.

El ruido de un motor llegó hasta ellos. Dax miró hacia el embarcadero y vio una motora remolcando a una joven sobre esquíes acuáticos.

—¿Quién es que despliega esa energía tan temprano?

—La prima Mary Jane, que quiere ahogar sus frustraciones.

—¿Frustraciones?

—Está loca por ti.

—Tú crees que todo el mundo está loco por mí.

—¿Me dirás que no? Conozco a Mary Jane. Desde pequeña me ha envidiado siempre, y ha deseado todo lo que yo he tenido —y echándose a reír añadió—: Ya te dije una vez que las enloquecerías a todas.

—Pues no lo he notado.

—Yo sí. Tampoco Simple Sam puede apartar los ojos de ti, a pesar de que cualquiera diría que ya tiene suficiente ocupación con sus distracciones.

Dax rio entre dientes. Simple Sam era una corista que se casó con el heredero de una acaudalada familia del Sur, cuya casa era vecina de la de Sue Ann. El marido se pasaba casi todo el día sumido en las brumas, del alcohol y no se daba cuenta de los numerosos individuos que ella había metido en la casa y con quienes se distraía su mujer. La lista abarcaba desde el mozo que cuidaba de la playa hasta el mayordomo, pasando por todos los puestos imaginables de servicio.

Dax sabía que Harry y Sue Ann habían crecido juntos y que Sue, a su manera, le tenía lástima al pobre Harry, y no por un sentido moral, pues Sue Ann era demasiado sincera consigo misma para ciertos escrúpulos, sino porque la indignaba que engañasen con tanta impudicia a su viejo amigo.

—Ella es la única que me fastidia —gruñó Sue Ann.

—¿Qué quieres decir?

—A las otras las comprendo muy bien. No son más que un hatajo de perras y que tú te aprovecharas de ellas no me importaría demasiado. Se te brindan con tanto descaro…

—Eres muy generosa —le dijo Dax riendo.

—En realidad, no. Al menos, esas te persiguen para su propio placer, pero Simple Sam no. Ella te pretende para poder decir que se ha burlado de mí. Lo mismo que hizo con Harry.

Dax no respondió y se bebió el café; luego le preguntó:

—Está bien, ¿dónde está la sorpresa?

—Pensé que íbamos a la ciudad —rezongó al ver que el coche salía en dirección al aeropuerto de Palm Beach Oeste.

—Tenemos que parar primero aquí. Ven.

Dax la siguió hasta un pequeño despacho contiguo al edificio de la terminal.

—¿Está ya aquí? —preguntó ella al encargado de la oficina.

—Sí, señora Xenos. Está en el hangar. Si quieren seguirme.

Salieron fuera del edificio, y el encargado, señalando hacia los hangares, dijo complacido:

—Es aquel. Puede volar a mil cuatrocientas millas. Es precioso, ¿verdad?

Dax contemplaba el maravilloso bimotor que brillaba al sol como plata bruñida. Miró risueño a Sue Ann.

—¿Sorprendido, Dax?

Dax volvió a mirar hacia el avión. No hacía falta que contestase. Lo estaba.

Dax descansaba tendido en la arena y con los brazos bajo la cabeza; el sol bronceaba su cuerpo apenas cubierto por el exiguo bañador blanco de corte francés.

—¿Estás despierto?

—Sí.

—He pensado que te gustaría una bebida fría.

Dax alzó la cabeza y vio a la prima de Sue Ann, a Mary Jane, de pie a su lado con un vaso en cada mano. Dio la vuelta y se incorporó.

—Muchas gracias. Eres muy amable.

Dax tomó los vasos mientras ella se sentaba, pero pronto se dio cuenta de cómo le miraba, y no pudo contener la risa. El calor de la arena le había penetrado y obrado.

—No es para reírse —protestó ella—. No sé por qué te pones ese bañador. Daría igual si no lo llevases. Se te ve todo.

—No seas hipócrita, prima. Nadie te obliga a mirarlo.

—¡Qué ordinario eres!

Sin embargo, seguía sin apartar la vista de él. Se removió un poco en la arena y su

mano se extendió en su dirección como atraída por un imán. Dax inclinándose hacia el frente, la cogió por la barbilla con fuerza hasta hacer que su rostro casi rozara el suyo.

—Vamos, vamos, prima —le dijo en tono burlón—. ¡Puedes mirar, pero no tocar! No creo que a Sue Ann le gustase que lo hicieras.

Mary Jane retiró la mano y se levantó. El rubor teñía su semblante.

—¡Ahora creo a Sue Ann cuando dice que eres una especie de animal!

Y se fue hecha una furia. A los pocos instantes llegó Sue Ann, y se sentó al lado de su marido.

—¿Qué ha pasado con Mary Jane? Dice que le faltaste al respeto, que te has insinuado.

—¿Eso dice? Lo que ha ocurrido —dijo Dax riéndose— es que se ha enfadado porque cuando llegó yo la tenía empinada y no se la dejé tocar.

Sue Ann emitió una carcajada.

—Ya te advertí que las volverías locas. Si estabas empinado ¿por qué no me llamaste? Es lástima no haberlo aprovechado.

—Realmente no valía la pena molestarte por ello —repuso Dax sonriendo perezosamente—. Como empinamiento, no valía gran cosa.

El plateado avión giró en el aire y aterrizó suavemente, deteniéndose casi donde estaba esperando el periodista. Dax saltó de la cabina, mostrando su blanca dentadura en una amplia sonrisa.

—Soy Xenos —se presentó.

—Stillwell, del Harper’s Bazaar. No sabía que su coche no le estuviera esperando, pues habría llamado un taxi.

—Llamé a Sue Ann por la radio del avión. La motora nos está esperando en el muelle, al final del aeropuerto.

Sue Ann les hizo señas desde la bañera.

—¿Has tenido un buen vuelo? Pensé venir yo misma a buscarte.

—Muy bueno —respondió Dax.

Y saltando ágilmente dentro de la bañera, la besó, añadiendo:

—Este es *mister* Stillwell.

—¿Qué tal? Tengo bebidas frescas en el bar.

Hábilmente soltó las amarras de proa y popa, y les dijo mientras se dirigía a la rueda:

—Siéntense. Estaremos listos en un momento.

Apretó el botón del encendido y el motor empezó a roncar.

—*Mister* Xenos —preguntó el periodista gritando para dominar el ruido—, ¿no se siente a veces como una Cenicienta masculina, al estar casado con la heredera más rica del mundo?

Dax lo miró asombrado, como si no pudiera creer lo que acababa de oír. Mientras la motora empezaba a alejarse del muelle, dijo con voz y ojos sombríos:

—De cuantas preguntas estúpidas he oído en mi vida, la suya es la más imbécil de todas.

Rabioso, cogió al periodista, lo levantó en vilo y lo arrojó al agua.

El reportero dio un grito de pánico al verse en el aire, pero no le quedó otro remedio que ir a nado hasta el muelle, desde donde rugió y juró hasta enronquecer.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Sue Ann.

—¿Pero no has oído lo que me ha preguntado ese cretino?

Sue Ann le vio tan irritado que se echó a reír.

—Hacía tiempo que me preguntaba cuándo te lo dirían. ¡Es una pregunta que se la hicieron a todos mis otros maridos!

veintitrés

—¿Puedo coger el avión para ir a Atlanta?

Dax se volvió y vio que Sue Ann estaba de pie cerca de la cama, ya vestida.

—Sí —respondió adormilado—. ¿Quieres que te lleve?

—No es necesario. ¿Qué harías todo el día esperándome? Me llevará Bill Grady.

A Bill Grady lo habían contratado para que cuidase el avión y fuese un segundo piloto. Había pertenecido a las líneas comerciales, pero se retiró por la edad. Sin embargo, amaba su profesión y aceptó con agrado el empleo.

—Sí, claro; está bien —accedió Dax, sentándose en la cama—. ¿Qué quieren de ti esta vez?

—No lo sé —respondió ella en tono vago—. Nunca sé exactamente lo que quieren. Pero dicen que puesto que soy la accionista principal, debo asistir cuando se tienen que tomar ciertas decisiones importantes.

—¡Pobrecitos ricos! —dijo con ironía Dax—. Y algunos todavía creerán que no tenéis nada más que hacer que divertiros.

—Vuelve a dormir —dijo Sue Ann desde el umbral—. Estaré de vuelta para la cena.

La puerta se cerró tras ella y Dax cogió un cigarrillo y lo encendió. Y pensó que… Aquella era la cuarta vez en tres semanas que Sue Ann tenía que ir a Atlanta.

Siguió pensando, y fumando. Se dijo que el padre de Sue y su abogado habían sido muy inteligentes al acordar que de vez en cuando Sue Ann tendría que hacer acto de presencia en Atlanta para supervisar la marcha de los negocios. De esta manera quedaba asegurada, aunque no fuese permanente, su estancia en el país.

Dax tiró el cigarrillo y se levantó para ir al cuarto de baño, donde se miró al espejo para ver si llevaba mucha barba. No quería afeitarse porque pensaba quedarse en casa y no ver a nadie. Cogió un bañador y se lo puso.

Gato Gordo le estaba esperando en la terraza cuando volvió de bañarse.

—Los dos individuos que envió el Presidente ya están aquí otra vez.

—¿Para qué? —preguntó Dax—. Ya les di mi respuesta. Lo que hice en Montecarlo fue solo un favor.

Gato Gordo se encogió de hombros.

—Solo han dicho que es muy importante.

Dax se quedó unos segundos dudando, pero al fin decidió:

—Está bien. Diles que los veré así que me haya vestido. Pásalos a la salita del desayuno.

Los dos hombres se inclinaron cortésmente cuando entró Dax, momentos más tarde.

—Señor Xenos…

—Señor Prieto, señor Hoyos…

Dax correspondió a su inclinación con otra y añadió:

—¿Les apetece un café?

—Gracias.

Se sentaron y no dijeron nada mientras Gato Gordo les servía. Cuando Gato salió, Dax sonrió al ver que dejaba la puerta entornada. Gato Gordo no olvidaba sus viejos trucos.

—¿A qué debo al placer de su visita? —preguntó Dax. El de más edad de los dos miró al otro consultándole con los ojos, y en seguida dijo:

—El Presidente nos ha comisionado al señor Hoyos y a mí para que le preguntemos una vez más si no ha cambiado de opinión.

—Ya. ¿Le comunicaron ustedes mi punto de vista al Presidente?

—Se lo transmitimos —dijo rápidamente Hoyos.

—Sí —continuó Prieto—, pero el Presidente dice que sus razones son personales y que no pueden anteponerse a las necesidades del país. Nos rogó que le digamos que Corteguay le necesita a usted. Los bandoleros de las montañas están siendo organizados por comunistas del exterior y cada día son más peligrosos; si no se les ataja, una nueva y sangrienta guerra civil arruinará al país. El Presidente ha dispuesto que sea usted nuestro embajador volante además de nuestro representante en las Naciones Unidas. Está convencido de que solo usted puede evitar la catástrofe que amenaza a nuestra patria.

Dax observó a los dos emisarios en silencio, y, después de beberse el café, respondió:

—El Presidente es el único hombre que puede conjurar la catástrofe. Si hace mucho tiempo, cuando lo prometió, hubiera dado libertad al pueblo para elegir sin coacciones a sus representantes, quizá nada de lo que ahora teme ocurriría.

—El Presidente nos ha autorizado para decirle que las elecciones se celebrarán en cuanto se restablezca la tranquilidad.

—Eso mismo se lo prometió a mi padre hace treinta años.

—Sería una locura las elecciones en estos momentos. Los comunistas —aseguró Prieto— se adueñarían del poder sin luchar.

Prieto miró a Hoyos con disimulo y prosiguió:

—Estoy de acuerdo con usted, señor, en que las elecciones debieron celebrarse hace muchos años. Pero en estos momentos no servirían más que para retrasar la causa de la libertad.

Dax desvió los ojos, mirándose las manos.

—Lo siento, señores. Pero ha pasado mucho tiempo desde que el Presidente me desposeyó de mis cargos en Corteguay; me he creado una nueva vida y no me debo más que a mi esposa.

—Su patria está por encima de toda clase de consideraciones personales o de otra especie —intervino con viveza Prieto.

—Mi amor por Corteguay no ha cambiado, y repito que mis razones son personales.

—En este caso no nos queda otra alternativa —declaró Hoyos—. Y nos pesa extraordinariamente tenerla que emplear.

Al decir eso se llevó la mano al bolsillo interior de la americana, y en el mismo instante detrás de ellos se abría la puerta que había quedado entornada y aparecía Gato Gordo con un revólver en la mano. Pero al ver que en la mano de Hoyos había un sobre blanco, Dax hizo una seña imperceptible a Gato y la puerta volvió a quedar entornada. Ni Prieto ni Hoyos se dieron cuenta de nada.

Dax cogió el sobre preguntando qué era.

—Ábralo usted.

Dax rompió el sobre y sacó varias fotografías mostrando a Sue Ann con un hombre, desnudos los dos y en posturas obscenas. Dax clavó los ojos en los dos hombres, quienes rehuyeron su mirada.

—Lo siento, señor —se disculpó Hoyos—. Se tomaron en Atlanta la semana pasada con una cámara de rayos infrarrojos. Por lo visto su esposa no tiene el mismo alto concepto que usted de su matrimonio.

Dax miró de nuevo las fotografías, sintiendo que lo invadía la ira, pero se recobró y contestó con la mayor serenidad:

—Yo también lo siento, caballeros. Pero se han tomado una molestia inútil. Mi decisión no ha variado.

Hoyos quiso hablar pero Prieto le interrumpió diciendo:

—Estaremos en nuestro hotel de Miami hasta fines de esta semana. Si rectifica usted, puede llamarnos.

Saludaron con una inclinación y Gato Gordo entró en el acto, acompañándolos hasta la puerta. Después de unos instantes de reflexión, Dax abrió un cajón de un escritorio y metió el sobre dentro, cerró y se guardó la llave. Todavía estaba de pie cuando entró Gato Gordo.

—¿Quieres desayunar?

—No; no tengo apetito.

Dax estaba sentado en la terraza contemplando la puesta de sol cuando oyó sonar el teléfono y una doncella lo trajo y lo enchufó.

—¿Eres tú, querido?

—Sí.

—Estoy muy apenada, querido —le dijo Sue Ann en voz jadeante—. Pero han surgido circunstancias imprevistas en el último momento y tengo que quedarme.

—Lo suponía —respondió él secamente.

—¿Qué dices?

—Nada.

—Volveré mañana a la hora de la cena.
—De acuerdo.
—Querido, ¿dónde estás? Suenas tan distante…
—Estoy en la terraza. Quizá me vaya a cenar al club.
—Hazlo —aprobó Sue Ann—. Será mejor que quedarte solo. Adiós, querido.
—Adiós.
Dax miró unos instantes el auricular; luego se levantó y decidió vestirse.

veinticuatro

Dax estaba solo en la barra del bar cuando se le acercó Harry Owens, medio bebido como de costumbre.

—Dax, viejo amigo. —Y dándole unos golpecitos en la espalda le preguntó sonriendo—: ¿Qué haces aquí?

Dax sonrió. Harry le era simpático. Era un borrachín amable y placentero.

—Sue Ann está en Atlanta y pensé que podría venir a cenar al club.

—¡Estupendo! Nos acompañarás, Nuestro cocinero se marchó y por eso hemos venido. Sam estará con nosotros en seguida. Se detuvo ya sabes dónde.

Alargó la mano y cogió el martini que el camarero le había puesto delante.

—Hace mucho tiempo que no te vemos, Dax.

—He estado descansando.

—¡Descansar! Eso es bueno.

Y vaciando de un trago la copa, alargó de nuevo la mano sin mirar, y cogió la segunda copa que el encargado de la barra, conociéndole, se apresuró a servirle.

Simple Sam llegó, cayéndole su magnífica cabellera pelirroja sobre los hombros.

—Hola, Dax. ¿Dónde está Sue Ann?

Harry no le dio tiempo para responder.

—Está en Atlanta, y Dax cenará con nosotros.

—¡Oh, magnífico! Justamente acabo de invitar a Mary Jane para que cene también con nosotros. Ralph está de nuevo en Washington.

Ralph era el marido de Mary Jane. Un abogado del fisco que se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa.

Simple Sam se dirigió alborozada a Mary Jane cuando la vio llegar.

—Hemos arreglado las cosas para que tengas una cena estupenda, querida.

Mary Jane miró a Dax sarcástica.

—Vaya una sorpresa… ¿Dónde está Sue Ann?

—En Atlanta —respondió Dax.

Ya empezaba a cansarse de la pregunta. Parecía que era lo único que sabían preguntarle desde que entró en el club.

—¿Vamos a cenar? Estoy hambriento —dijo para huir del tema A los postres, Harry apenas se tenía en pie. Dax, que ya había bailado con Simple Sam, invitó a bailar a Mary Jane. Cuando se dirigían a la pista la orquesta empezó una samba. Mary Jane se maravilló de la agilidad con que Dax bailaba.

—Bailas muy bien la samba.

—¿Por qué te sorprende? El baile de mi país es muy parecido. También tú te defiendes muy bien.

Mary Jane lo miró fijamente.

—Es una casualidad que vinieras precisamente esta noche, cuando Sue Ann no está.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes muy bien lo que quiero decir —respondió desdeñosamente—. He visto cómo mirabas a Simple Sam.

Dax se sintió íntimamente enojado, y sabiendo como irritarla a ella, repuso:

—Hay mucho que mirar en ella.

—Tú mirarías a cualquier mujer que lleve un escote hasta el ombligo —replicó Mary Jane fríamente.

Dax bajó la vista, fijándose en los pequeños pechos de ella, y respondió:

—No sé. Dependería todo…

Notó que Mary Jane se envaraba y perdía el ritmo.

—Estoy segura de que planeasteis intencionadamente esta reunión. Verás qué cara pondrá Sue Ann cuando se lo diga.

—Es inútil que te tomes esa molestia. Te creerá como cuando le fuiste con un embuste el otro día.

Iracunda, Mary Jane se soltó de sus brazos y volvió a la mesa.

—Es tarde; me voy a casa.

—¿Tan pronto? —preguntó Simple Sam, rápida en captar el enfado de la otra—. Pensé que podríamos estar un rato aquí, bebiendo unas copas.

—No, gracias.

—Te llevaré a casa —se brindó Dax por pura fórmula.

—No te molestes —replicó ella despreciativa—. Tengo mi coche.

—¿Qué mosca le habrá picado? —preguntó Simple Sam al verla irse.

—Creo que…

—No me digas nada ahora —le interrumpió Simple Sam cruzándole los labios con un dedo—. Llévame a bailar. Ya sabes lo que me gusta la rumba.

Una vez en la pista se apretó a él, siguiendo voluptuosamente el ritmo de la música. Dax, que nunca había bailado la rumba tan cerca de la pareja, sintió el calor de su cuerpo a través de la delgada tela del vestido, y después de unos instantes, percibiendo el roce de sus caderas contra las suyas automáticamente reaccionó.

Simple Sam levantó la vista sonriendo.

—Hace rato que me estaba preguntando si todas las historias que se contaban de ti eran mentira.

Él la oprimió de modo que apenas pudiera moverse y le respondió:

—Y yo estoy empezando a creer que las que se cuentan de ti son ciertas.

Sam clavó sus ojos en los de él.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Charlar, simplemente?

Dax miró por encima de la cabeza de ella a Harry. Este estaba sirviéndose otra copa.

—Dentro de pocos minutos estará inconsciente —dijo ella con indiferencia.

—Entonces os llevaré a los dos a casa.

—No. Tengo una idea mejor. Dentro de media hora nos podemos ver en la caseta donde guardáis la motora.

—Estaré allí.

Dax la siguió a la mesa donde ella cogió el abrigo y el bolso, y le dijo a Harry:

—Vamos, querido; ya es hora de que nos vayamos a acostar.

Hubo un momento en que a Dax le pareció que alguien merodeaba alrededor de la caseta, de la motora. Salió y no vio a nadie. Entró de nuevo y miró el reloj: había pasado casi una hora ya. Quizá Sam no podía ir. Salió afuera y se sentó en el pretil del pequeño muelle, contemplando cómo la luna de Florida se miraba en las quietas aguas. Encendía un cigarrillo cuando oyó la voz de Sam detrás de él:

—Enciéndeme uno también.

Silenciosamente le dio el suyo y encendió otro.

—Pensé que no venías.

Ella sonrió a la luz de la cerilla.

—Tuve que meter en cama al maridito y a veces no es fácil.

Al entrar en la caseta, Dax oyó el ruido metálico de una cremallera y cuando se acercó Simple Sam se hallaba ya completamente desnuda.

—¿Todos los amantes latinos habláis tanto?

Fue casi una hora más tarde cuando la puerta se abrió. Dax se levantó rápidamente mientras Simple Sam trataba de taparse con algo a la vez que la luz de una linterna los enfocaba.

Dax se protegió los ojos con el brazo tratando de ver quién era que los iluminaba. Reconoció a Mary Jane, al oír su voz.

—¿También ahora me vas a decir que os encontrasteis por casualidad?

—No seas loca, Mary Jane —exclamó él con acritud—. Apaga la luz o se va a enterar toda la vecindad.

—Os estaría muy bien empleado a los dos —le contestó riendo, y agregó en seguida—: ¡Veremos si Sue Ann lo cree!

—Apaga la luz —repitió Dax yendo hacia ella.

Mary Jane retrocedió lentamente bajando la linterna.

—¡Caramba, caramba! —rio, burlona—. No parece tan grande ahora, ¿verdad?

Su voz se apagó mientras seguía retrocediendo, pero al llegar a la pared, Dax la alcanzó y le quitó la linterna, tirándola a un rincón.

Seguidamente la cogió de las muñecas y le dijo con enfado:

—Solo una cosa te calmaría, ¿verdad?

Mary Jane vio su expresión y empezó a retorcerse intentando soltarse y abofetearlo.

—¡Déjame ir! —gritó.

Dax le sujetó las manos con una de las suyas y con la otra le rasgó el vestido, dejándole los pequeños y blancos pechos al descubierto.

—Sujétale las manos —le ordenó a Simple Sam con voz dura—. Sé lo que necesita para tranquilizarse.

La derribó al suelo y la montó, abriéndole las piernas con sus rodillas.

Dos días después, mientras se desayunaban, llegó otro sobre, pero iba dirigido a Sue Ann. Lo abrió y salieron varias fotografías.

Después de examinarlas, se las tendió indignada y exclamando:

—¿Esto es lo que haces en cuanto vuelvo la espalda?

Dax las repasó. Probablemente estaban tomadas con la misma cámara que usaron para Sue Ann. Era él con Simple Sam y Mary Jane. El Presidente no había desperdiciado la ocasión.

—Antes de que te indignes demasiado, quizá te gustará ver una cosa.

Fue al cajón donde guardó las primeras fotografías, lo abrió con la llave que llevaba siempre en el bolsillo, las sacó y se las dio. Sue Ann las miró detenidamente, luego le miró a él fijamente, y dijo después sin ira alguna:

—*Touchée*. ¿Cuándo las obtuviste?

—El día que fuiste a Atlanta y no volviste. El día antes de que fueran tomadas estas.

—Creo que no estoy tan controlada como me gustaba pensar. ¿Quién las tomó?

—El Presidente. No le importa lo que haga con mi vida o con la de cualquiera mientras consiga lo que quiere.

—Ya veo… —dijo ella, pensativa—. Cuando comprendió que las primeras no daban resultado, hizo tomar las segundas.

—Eso.

Sue Ann estuvo unos instantes sin decir nada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al fin.

—Me voy para allá, desde luego.

—¿Después de todo lo que te ha hecho?

—No. No voy por él o a causa de él. Sino por mi país; mi padre, mi hermana, mi madre… Así ellos no habrán muerto sin razón.

—¿Quieres pedir el divorcio?

—Lo pedirás tú. Yo no tendré tiempo.

—Mis abogados te otorgarán las compensaciones de costumbre.

—No quiero ni necesito nada.

—¿Quieres conservar todo lo que te he regalado? Me gustaría.

—Como quieras.

Se miraron en silencio.

—Bien; me parece que no tenemos nada más que decirnos.

—Creo que no —respondió Dax. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

La voz de ella le hizo detenerse, y se giró para mirarla.

—¿Sí, Sue Ann?

Esta sostenía con su mano dos de las fotos. Levantó la vista de ellas y la fijó en Dax.

—¿Sabes? —le dijo—. ¡Soy más fotogénica que ninguna de las dos!

Libro Sexto

POLÍTICA Y VIOLENCIA

uno

—No me gusta esto —exclamé.

Y haciendo entrar el coche en la estrecha y polvorienta carretera, añadí:

—Teníamos que haber oído ya a los perros.

—¿Tiene perros? —preguntó la muchacha.

La miré por el rabillo del ojo. Su rostro joven acusaba la mayor ingenuidad.

—Perros, gatos, cabras, cerdos, gallinas, y quién sabe cuántos bichos más. Si viviese en una carretera de Florida podría poner un letrero que dijese: Granja de Animales.

—Si la casa está metida entre la montaña —argüyó ella—, quizá por eso no se oyen los perros. Tal vez ya no tiene ningún animal. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuviste aquí.

Tenía razón; cinco o seis años eran mucho tiempo.

—No lo creo. Si Martínez no tiene perros es porque ha muerto. Él fue el que me regaló el único que he tenido en mi vida. Era pequeño, amarillo, sucio y retozón.

Coronamos la colina y apareció la casa, en el pequeño valle que se extendía al pie, reverberante de luz y calor.

—Mira —me señaló Gato Gordo.

Seguí la dirección de su mano. En el cielo planeaban dos cóndores, trazando lentos círculos por encima de la vivienda. De pronto, de detrás de la casa, apareció otro que remontó el vuelo y se alejó.

No hablé hasta que llegamos a la puerta de la cerca, un trozo de la cual estaba medio caído. A pocos pasos yacía un perro con el espinazo roto y la cabeza aplastada.

Paré el motor y nos quedamos inmóviles. Sentí escalofríos, y noté que había algo que no cambiaba con los años: el olor a muerte y el silencio que seguía a la violencia.

Miré a Gato Gordo, que también lo había notado, y cuya mano empuñaba una pistola, mientras el sudor le brillaba en la frente.

—Espéranos en el coche —le dije a la muchacha— mientras vamos a ver lo que ha ocurrido.

Estaba pálida, pero denegó enérgicamente con la cabeza, diciendo:

—Yo no me quedo aquí sola. Voy con ustedes.

Miré por el retrovisor a Gato Gordo, quien hizo un signo asintiendo, y bajamos los tres del coche. Nos dirigimos, yendo yo delante, a la casa.

La puerta, medio abierta, colgaba de los goznes y no se oía ningún ruido dentro. Hice una seña a Gato Gordo y entramos llevándola entre los dos, protegida por nuestros cuerpos. Nos detuvimos a cada lado de la puerta, arrimados a la pared. Gato Gordo pegó una patada a la puerta y se metió dentro; yo le seguí, y al ver el espectáculo que nos esperaba, no tuve tiempo de evitar que ella lo viese.

Inmovilizada por el terror e intensamente pálida, vio el frío cuerpo de Martínez, cuya cabeza, separada del tronco, estaba sobre la pequeña mesa de madera que había en medio de la habitación, de cara a la puerta.

Me puse rápidamente delante de ella y la empujé suavemente hacia la salida; vaciló y la sujeté pensando que iba a desmayarse, pero me rechazó y empezó a vomitar.

—Cierra los ojos y respira fuerte —le recomendé.

Hizo lo que le dije mientras yo la sostenía por los hombros. Demostró que era valiente y después de unos instantes se había recobrado.

Gato Gordo salió al patio con un trozo de papel en la mano.

—La estufa aún está caliente; por lo tanto hace poco que han estado aquí.

Cogí el papel y leí estas palabras escritas con lápiz:

ÉSTE ES EL DESTINO DE TODOS LOS QUE SIRVEN A LOS TRAIDORES DE NUESTRO PUEBLO

EL CÓNDOR

Doblé el papel y lo metí en el bolsillo, recordando al chiquillo que aquella noche en que murió su padre huyó a las montañas jurando vengarse. Había adoptado el nombre y los sistemas del viejo, pero contaba con algo que el padre nunca tuvo: ayuda del exterior y estar entrenado en la lucha de guerrillas. Sin embargo, los procedimientos eran siempre los mismos: violencia, terror y muerte. Había visto muchos cambios desde que volví a Corteguay, pero el sistema seguía sin variaciones. La violencia continuaba entre nosotros.

—¿Estás mejor? —le pregunté a la muchacha.

Ella bajó la cabeza afirmando.

—Vuelve al coche y espéranos.

Se fue al automóvil y se sentó delante. Le pregunté a Gato Gordo:

—¿Por qué no nos habrán esperado? Estábamos a menos de quince kilómetros.

—Quizá no sabían que veníamos.

—Lo sabían —repliqué yo—. Esta nota la dejaron para nosotros. Sabían que si Martínez no aparecía vendríamos a buscarlo.

Gato Gordo se encogió de hombros.

—Quizá sospechasen una trampa.

Posiblemente era eso lo que había sucedido, pues era la primera vez que yo iba a mi hacienda sin la escolta de soldados que el Presidente se empeñaba en que me acompañase cada vez que salía de la ciudad.

—Vamos a ver si encontramos una pala y un pico —propuse—. Lo menos que podemos hacer por ese desgraciado es enterrarlo, o los chacales se lo disputarán.

Detrás de la casa, todos los animales, las cabras, corderos, cerdos y gallinas, habían sido sacrificados en sus corrales. Hasta la vieja mula gris de Martínez. Moví tristemente la cabeza, diciéndome que aquí estaba la diferencia de los bandoleros actuales con los de otros tiempos; estos se habrían llevado a los animales en vez de recrearse en la pura destrucción.

Encontramos una pala y abrimos un hoyo. Caía la tarde cuando lanzamos la última paletada de tierra sobre la huesa. Miré al cielo y vi a los pajarracos que planeaban sobre nosotros, esperando que nos alejásemos.

—Será mejor que nos vayamos —dije—. No me gustaría que nos cogiera la noche en la carretera.

Gato Gordo asintió. Tirando la pala a un rincón me preguntó mirando la casucha:

—¿La quemamos?

—No. Verían el humo, se preguntarían qué hacemos y vendrían a investigar.

Dejé la pala y miré tristemente alrededor.

—¡Pobre hombre! —luego le dije a Gato Gordo—: Nunca cambia nada, ¿verdad?

—Solo el mundo de fuera —repuso con una mueca.

Comprendí perfectamente a qué se refería. En las salas de consejo, la guerra y la paz eran meros objetos de discusión; el olor de la sangre y el miedo no tenían entrada. Solo palabras, cuanto más asépticos mejor, grabadas en cintas magnetofónicas o escritas sobre papel.

Gato Gordo me siguió al coche y se sentó detrás. A mi lado, la muchacha, tiritando de frío, pues la noche estaba ya cerca. Di vuelta a la llave de contacto y miré la aguja de la gasolina. Quedaban pocos litros y le pregunté a Gato Gordo:

—¿Has traído gasolina para volver a la ciudad?

—Hay dos latas en el portaequipajes.

—Pues llena el depósito; no quieto parar en la carretera.

Eran cerca de quinientos kilómetros hasta Curatu y eran probables las sorpresas. Le di las llaves del portamaletas a Gato Gordo, y mientras él sacaba la gasolina, observé a la muchacha. Temblaba tanto que le puse mi chaqueta sobre los hombros.

—Gracias. ¿No volvemos a la hacienda?

—Con los bandoleros por aquí, no.

Ella guardó silencio unos instantes y añadió:

—Nunca imaginé que sería así.

Mientras encendía un cigarrillo le dije:

—Ni nadie.

—Mi padre dijo…

—¿Tu padre? ¿Qué sabe él? Siempre ha vivido en el seguro refugio de la universidad y nunca ha pisado estas montañas. Para él todo se reduce a teorías abstractas. ¿Ha sentido alguna vez el hedor de la muerte?

Ella se apretó mi chaqueta al cuerpo.

—Las armas… —murmuró casi para sí misma—. No era para esto a lo que

estaban destinadas.

—Las armas son pata matar —repliqué brutalmente—. ¿Qué creías que eran? ¿Ornamentos de paredes?

—Él no comprende esas cosas —insistió ella—. Ellos le prometieron…

—¿Ellos? —la interrumpí de nuevo—. ¿Quiénes? ¿Los bandoleros? ¿Los comunistas? ¿Aquellos hombres honorables en cuyas palabras han confiado generaciones enteras? Tu padre es un loco y un incauto.

—¡La culpa fue del Presidente! —replicó irritada—. ¡Él fue el primero en faltar a su palabra!

—Tu padre estuvo envuelto en una conspiración para asesinar al Presidente. Se descubrió y tuvo que huir para salvar su vida.

Y ahora, seguro en otro país, envía armas para que otros hagan lo que él no hizo ni hará. No le importa si entre tanto pagan inocentes como Martínez.

—La democracia es la solución —repuso ella—. Mi padre cree en la democracia.

—Y todo el mundo. Lo que ocurre es que esa palabra, como la palabra amor, es responsable de muchos crímenes. De alguna forma siempre acaba en lo mismo. La democracia, como Dios, está en todas partes.

—¿Entonces tú crees que el Presidente tiene razón y que puede pasarse por alto la corrupción de su gobierno?

—No, no lo creo. Pero tú eres demasiado joven para saber como estaba el país antes de que él se apoderase del poder. Solo se ha dado un paso hacia delante. Hay muchas cosas que tienen que hacerse, pero no de esta manera.

Echó una mirada a la casa envuelta en el silencio.

—¿Crees sinceramente en lo que acabas de decir? —me preguntó.

—Sí.

—¿Crees que si las armas dejan de llegar todo terminará?

—Si las armas no llegan, será un principio.

Vi cómo sus hombros se estremecían debajo de mi chaqueta. Se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—¿Puedo confiar en ti?

No le contesté. La suya era una pregunta que se la había de contestar ella misma.

—¿No traicionarás a mi padre? ¿O a mí?

Eso sí se lo podía contestar.

—No.

Se calló unos segundos, y luego suspiró hondamente.

—Mañana, con la marea, entrará un barco en Curatu…

Este era el hilo que había estado buscando durante todo el mes desde que llegué a casa. Por fin vislumbraba un camino en medio del amasijo de mentiras y decepciones que había recibido de todo el mundo. Del Presidente para abajo. De todos.

Quizás ahora pudiera encontrar la verdad que no consiguió mi padre.

dos

Beatriz Isabel Guayanos. Este era su nombre. La conocí en el aeropuerto de Miami cuando yo esperaba el avión que me llevaría a mi patria y ella hacía cola en el despacho de billetes. Fue la altivez con que erguía su cabeza lo que primero me llamó la atención. Era alta, más de lo normal entre las mujeres sudamericanas, y recogía su espesa mata de pelo negro en un moño sobre la nuca. A pesar de su esbeltez tenía mucho busto y la redondez Je sus caderas quizá no hubiera casado con el gusto americano, pero pertenecía al tipo de belleza que habíamos preferido durante años. Llevaba un fino traje de gasa, negro, que acentuaba su distinción. Sin embargo, fueron sus ojos lo que me cautivó. Resaltando entre las espesas y curvadas pestañas, asomaban los ojos más verdes que había visto en mi vida.

Terminó notando mi inspección y se volvió con una expresión de suave desdén. Sonreí. Hacía mucho tiempo que no me replicaban con aquel gesto.

La muchacha le dijo algo al empleado del mostrador, y él me miró, reconociéndome inmediatamente. Me sonreí mientras el hombre le hablaba informándola. Ahora le tocaba a ella el turno de curiosear. ¿Será cierto lo que todas las mujeres dicen de él?, se preguntaría. ¿Por qué se creerá tan gallito? No es tan guapo ni tan buen mozo como todo eso. Pero…

Vi cómo me miraba y le sonreí abiertamente, sintiendo que se apoderaba de mí aquella fiebre tan conocida que me llevaba a querer demostrar a cada mujer que yo era un hombre superior a todos los demás.

Ves a una mujer. La deseas. Nada importa sino poseerla, y no comes ni duermes hasta que lo has conseguido. Este era mi estado de ánimo.

Me dirigí lentamente hacia ella y su expresión cambió, asomando una especie de temor. De pronto, alguien me detuvo cogiéndome del brazo.

Hoyos y Prieto estaban a mi lado.

—Buenos días, señores —los saludé cortésmente.

—Qué suerte, señor —exclamó Hoyos—. Vuelvo en el mismo avión que usted.

—Verdaderamente —respondí sarcástico.

No había ninguna necesidad de que el Presidente se tomara la molestia de hacerme acompañar. Le había dado mi palabra y la mantendría. Además, estaba impaciente por ligar con la joven.

Esta vez fue Prieto, el más joven de los dos, quien habló.

—Y yo voy a Nueva York a preparar al personal del consulado para cuando usted llegue, después de sus consultas con el Presidente. Estoy seguro de que se alegrarán mucho de verle.

—Gracias.

En aquel momento se acercaron un reportero gráfico de prensa y un periodista,

preguntándome este mientras el fotógrafo me disparaba el *flash*:

—Señor Xenos, ¿qué planes tiene ahora que *miss* Daley ha solicitado el divorcio?

—Vuelvo a mi país para tomarme unas cortas vacaciones.

—¿Y después?

—¿Después? —y sonreí con tristeza—. No lo he pensado todavía, pero supongo que volveré a trabajar.

El periodista sonrió, diciendo:

—Una vida penosa.

Yo me eché a reír advirtiéndole:

—No crea que es tan fácil como parece.

—¿Volverá a Miami?

—Supongo que sí. Miami es una ciudad encantadora.

—Gracias, señor Xenos.

El periodista y el fotógrafo se fueron y yo me volví buscando a la mujer aquella, pero ya se había ido.

Prieto me tocó el brazo otra vez.

—Tiene usted que excusarme, señor —exclamó como si llevase prisa—, pero tengo algunos asuntos urgentes que me esperan en Miami.

Asentí con un gesto.

—Vaya con Dios —dijo, ya camino de la salida.

—Adiós —le grité.

Por el altavoz anunciaron nuestro vuelo, y haciendo una seña a Gato Gordo, que estaba un poco apartado, nos dirigimos hacia la zona de embarque. Cuando estaba cerca de la escalera la vi abajo, en la cola de la clase turística.

Ella alzó la vista, y al verme apartó la mirada con altivez, y yo no pude por menos de sonreír. Esto, también, era natural.

—Aquí nos separamos, señor —me dijo Hoyos al llegar junto al avión.

—Creí que volvíamos a Corteguay en el mismo vuelo.

—Sí, excelencia —dijo Hoyos sonriendo—, pero un don nadie como yo viaja en clase turística.

—Entonces nos encontraremos en Corteguay.

—Si Dios quiere.

Gato Gordo y yo pasamos a la primera clase y entregamos nuestros pasajes al encargado. Una vez se nos devolvieron, mientras esperaba para ocupar mi sitio, miré hacia la clase turística y allí la vi a ella, al parecer muy embebida en la lectura de una revista, pero yo estaba seguro de que sabía que la miraba.

Me fijé en que el hombre que estaba detrás de ella era Hoyos, y, decidiendo repentinamente cambiar nuestros billetes, le hice una seña para que se acercara.

Un poco desconcertado, se levantó y vino hasta la barandilla que dividía las dos clases.

—¿Sería tan amable que quisiera cambiar nuestros asientos, señor?

—¿Cómo, excelencia? La clase turística no es ni la mitad de confortable.

Yo le sonreí y miré a la muchacha. Él siguió la dirección de mis ojos y me miró con elocuencia, cediendo a mi ruego.

—Desde luego, excelencia. No tiene más que mandarme.

Cambiarnos los billetes y mientras él se dirigía a mi asiento, el encargado me atajó.

—No puede pasar, señor. Esto es la clase turística.

—Ha habido una equivocación.

Sonriendo le mostré el billete de Hoyos.

Lo examinó cuidadosamente y asintió. Seguí adelante y me senté detrás de ella, y ella se quedó mirándome.

—¿Va a Curatu? —le pregunté.

No me respondió.

—*Vous parlez français*?

—No.

—*Capite italiano*?

—No.

—*Sprechen Sie Deutsch*?

De nuevo hizo un signo negativo, pero ahora vi una levísima sonrisa en sus labios.

—Bien… —dije finalmente en español y en un cómico tono de desespero—. Si usted no habla español es que probablemente me he equivocado de avión.

Ella se echó a reír.

—No se ha equivocado de avión, señor Xenos —respondió en un inglés sin acento alguno—. Lo que ocurre es que no se encuentra en su clase. Su sitio no está entre la gente vulgar.

—Esto es muy injusto por su parte. Usted me conoce a mí y yo no la conozco a usted.

—Me llamo Guayanos. Beatriz Isabel Guayanos.

La miré con ojos curiosos. Parecía que ella esperase algo.

—¿Y supone que la conozco? ¿Dónde nos presentaron? —pregunté.

Movió la cabeza en un gesto negativo.

—Usted conoció a mi padre. El doctor José Guayanos.

—Ah!

Entonces me acordé de su padre. Había sido ministro de Educación y el más reciente hombre de confianza del Presidente. Pero se mezcló en el último atentado contra él y fue el único que logró escapar. Todos los demás murieron ante el pelotón de ejecución.

Se rumoreaba que el doctor Guayanos estaba escondido en algún lugar de Nueva York y que preparaba otro atentado para derribar al gobierno de Corteguay.

—Sí; conocí a su padre —corroboré—. Era un hombre muy agradable.

—¿Quizá ahora preferiría usted volver a la primera clase?

Yo sonreí preguntándole:

—¿Por qué?

Ella señaló hacia la primera clase.

—El viejo zorro.

—¿El Viejo Zorro? —pregunté sin comprenderla.

Pero al seguir la dirección de la mirada de ella, vi a Hoyos leyendo un periódico.

—¿Se refiere a Hoyos? —pregunté.

—Así es como le llamamos. Es el jefe de la policía secreta del Presidente. A poco de llegar ya sabrá que usted y yo hemos estado hablando.

—Eso carece de importancia para mí —le dije—. La política doméstica no es asunto mío; y aun cuando lo fuera no importaría. Seguiría junto a usted.

El esmeralda de sus ojos se oscureció hasta convertirse en dos brillantes puntitos verdes.

—¿Por qué? —preguntó.

—Para saber si su perfume es tan maravilloso como usted. Y lo es.

tres

Había grupos de policías por todas partes cuando aterrizamos, pues el Presidente había acudido a recibirme. La azafata pasó a la clase turística y me preguntó:

—Señor Xenos, ¿sería tan amable de salir del avión por la primera clase?

Le dije que sí y me dirigí a Beatriz.

—¿Quiere venir conmigo?

—Oh, no… Sería muy embarazoso para todos.

—¿La veré de nuevo? ¿Dónde puedo llamarla?

—Ya le llamaré yo.

—¿Cuándo?

—Dentro de un día o dos. Usted estará muy ocupado.

—No llame más tarde de mañana —le rogué—, y le aseguro que no estaré ocupado.

—Hasta mañana, pues.

Tendiéndome la mano añadió:

—Vaya con Dios.

Se la besé diciéndole:

—Hasta mañana.

Seguí a la azafata hasta el departamento de primera clase, donde me esperaban Gato Gordo y Hoyos, quien me preguntó con una sonrisa:

—¿Ha tenido un vuelo agradable?

—Muy agradable, gracias.

Salí afuera, bajo un sol que cegaba, mientras el coche del Presidente avanzaba despacio hasta llegar, casi al mismo tiempo que yo, al pie de la escalerilla. Un soldado abrió precipitadamente la puerta del coche y salió el viejo en persona, abrazándome muy efusivo.

—Hijo mío… —dijo emocionado—. Sabía que podía confiar en ti.

—Excelencia…

Y le devolví el abrazo en el momento en que los fotógrafos competían entre sí, retratándonos desde todos los ángulos. Mientras lo tenía en mis brazos me sorprendió la fragilidad de su cuerpo dentro del uniforme, y cuando le miré la cara vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Le habían salido nuevas arrugas, y sus cejas tan espesas, antes casi negras, ahora eran casi plateadas. Algo en mi interior se conmovió. No hacía tanto tiempo que yo había dejado Corteguay y entonces aún se le veía joven y fuerte; sin embargo, ahora era un viejo.

—Entra en el coche. El sol es muy fuerte —me dijo.

Ya en el automóvil con aire acondicionado, mientras él se sentaba suspirando hondamente, miré por el cristal de atrás, y vi que los pasajeros, a quienes obligaron a

esperar hasta que yo hubiese salido del avión, bajaban a la pista, pero no vi a la hija del doctor Guayanos.

Me acomodé y esperé tranquilamente a que el Presidente me hablara.

—No te preocupes —me dijo como si quisiera tranquilizarme, acaso porque interpretó mal mi mirada hacia la pista—. Tu equipaje lo llevarán al hotel. Te he hecho reservar las mejores habitaciones.

—Gracias.

—Pero antes tenemos que hablar mucho. Me ha parecido oportuno que cenes conmigo en el palacio, donde nadie nos interrumpirá.

—Como usted disponga.

Me miró sonriendo y me puso una mano en un brazo.

—Vamos, no tienes que ser tan ceremonioso conmigo. La última vez que nos vimos no lo fuiste.

—Si la memoria no me engaña, creo que no lo fuimos ninguno de los dos.

Se echó a reír diciendo:

—Aquello ya está pasado y olvidado. Ahora estás conmigo, y es lo único que importa.

Miré por la ventanilla y observé que desde el aeropuerto hasta donde me alcanzaba la vista se destacaba un policía, armado con metralleta, cada treinta metros.

—Estamos muy bien protegidos —comenté.

—Es necesario —argüyó el Presidente—. Los bandoleros son cada día más audaces. En un mes han atentado tres veces contra mí. Afortunadamente han fracasado.

Lo observé en silencio. Algo muy grave debía de ocurrir para que los bandoleros, cuyo campo había sido siempre la parte montañosa, se atreviesen a bajar al llano.

—Los de hoy no son como los bandoleros antiguos —prosiguió—. Ahora están organizados y disciplinados, y dirigidos por comunistas guerrilleros como el Cóndor.

—¿El Cóndor? Pero si…

—Sí, el viejo murió. Pero ahora es el hijo, que ha tomado el mote de su padre.

—Quiere decir el muchacho aquel que…

El Presidente asintió.

—Ya no es un muchacho. Se educó en escuelas de los países del este de Europa. Lo habíamos encarcelado, pero le alcanzó la amnistía que promulgué cuando te casaste con Amparo. Desde que volvió al país se ha dedicado a organizar a los bandoleros unificándolos y creando un ejército guerrillero.

—¿No es lo mismo que hizo usted cuando estaba en las montañas?

—En cierto modo sí, pero están mucho mejor organizados. Cuentan con la ayuda exterior en armas y dinero, y nosotros nunca la tuvimos.

—¿Las armas no han sido interceptadas?

—No. Y entre las muchas cosas que reclaman solución, esta es, quizá, la más importante, pues si no entrasen más armas, su federación se hundiría por sí sola.

—¿Entonces has vuelto? —me preguntó Amparo con ironía.

Estábamos en una habitación con muy poca luz.

—Sí, he vuelto.

—Ya lo predijo él —y agregó burlona—: Igual que un cachorrito acudiendo a la llamada de su dueño.

No respondí. Di unos pasos por la habitación y luego me detuve delante de ella. Tenía los ojos hundidos y brillantes, y su palidez resaltaba como si llevase meses sin ver el sol. Comprendiendo mi inspección, me preguntó con una mueca amarga:

—¿Qué miras?

—Las armas llegan al país por mar —advertí.

—Mi primo está al frente de la aduana del puerto y jura que eso no puede ser.

No respondí. Como de costumbre, la verdad no estaba en boca de nadie. Me distraje mirando el paisaje. Llegábamos a los arrabales de la ciudad y a cada lado de la carretera había carros que iban o volvían del mercado. Humildemente los carreteros miraban al suelo, como si no supieran qué coche era el que pasaba tan veloz.

Algo iba mal, me dije. Antes, cuando los campesinos volvían del mercado, se les veía alegres, cantando y riendo, y agitaban para que hicieran ruido las monedas de plata que llevaban en el bolsillo, como si quisieran demostrar lo hábiles que habían sido en sus tratos con los compradores. Pero yo vi que uno de ellos escupió con disimulo al vernos pasar.

Entonces comprendí que el Presidente también lo había visto, pues la mueca que hizo fue tan significativa como sus palabras.

—El veneno también ha llegado a la gente del pueblo.

—¿Y qué se puede hacer para remediar todo eso?

—No lo sé. No puedo meterlos a todos en la cárcel y todo el mundo me cree el culpable de sus infortunios. Dios sabe que siempre me he esforzado en hacer todo lo que he podido por mi pueblo.

Le miré asombrado. Él creía en lo que decía, y no habrían valido argumentos que le convenciesen de su error. Quizá si se lograba detener la entrada de armas, las cosas se calmarían y las gentes escucharían la voz de la razón. Incluso el Presidente la oiría también.

Seguramente que tenía ya las espaldas rendidas después de sostener tanto tiempo la pesada carga del gobierno.

—El aspecto que tienes —respondí—. Hacía mucho tiempo que no te veía.

—Pero no tienes por qué mirarme así. No me gusta.

—Está bien.

Sentándome en un sillón añadí:

—Tu padre me dijo que habías estado enferma.

—¿Qué más te dijo?

—Nada.

—¿Nada? —me preguntó con incredulidad.

—Nada.

Después de un silencio dijo:

—No he estado enferma. Esa es la historia que él ha inventado. Como no aprueba lo que hago, ha prohibido que aparezca en público. No creí que te permitiese verme.

—¿Por qué? —pregunté.

Me miró de nuevo, desviando inmediatamente los ojos.

—Me equivoqué. Es más inteligente de lo que parece. Sabía que lo mejor era que me vieses. Así comprenderías que todo había acabado definitivamente entre nosotros.

—No tienes que lamentarte por nada. En rigor, todo terminó hace ya unos años. La equivocación fue nuestra al querer recobrar algo que se fue con nuestra infancia.

Amparo cogió un cigarrillo y se lo encendí. Inmediatamente el extraño y acre olor de su tabaco llenó la habitación. Mirándome fijamente y después de echar varias bocanadas de humo, dijo en tono de lástima:

—Pobre Dax… No has sido feliz con tus esposas, ¿verdad? No respondí.

—Fue porque dejaste que otros escogieran por ti. La próxima vez debes ser tú quien elija. Seguí callado.

—Pero no la hija de Guayanos —añadió inesperadamente—. Esa te matará.

La miré asombrado.

—¿Cómo te has enterado?

—Todo el mundo sabe lo que haces —dijo riendo—. No hay secretos en esta ciudad. La vida de cada uno está sujeta al escrutinio del Presidente.

—¿Pero cómo lo sabes tú? —insistí.

—Tengo amigos en la policía secreta. —Y soltando la carcajada me preguntó—: ¿Te gustan tus habitaciones del hotel?

—Sí. Son las más lujosas.

—Es natural. Se construyeron solo para los invitados más importantes del Presidente.

—Si quieres decirme algo en particular, dilo —le repliqué irritado—. Pero deja ya de venirme con chiquilladas.

—Si no fueses tú el chiquillo…

Amparo se dirigió a un armario, abrió un cajón y me dijo:

—Acércate. Quiero que veas esto.

Miré dentro del cajón y vi un pequeño magnetófono.

—Escucha —dijo apretando un botón.

Empezó a rodar la cinta y en seguida se oyó el timbre de un teléfono y una voz que decía: «Diga.»

Me quedé asombrado al reconocer mi voz, aunque tuviese un sonido algo diferente.

Ahora oía la voz de una mujer.

«¿Señor Xenos?»

«Sí.»

«Soy Beatriz Guayanos. Le prometí que le llamaría.»

«He estado esperando toda la mañana…»

Amparo paró el magnetófono diciendo:

—No creo que sea necesario seguir, pues sabes muy bien lo que os dijisteis.

Volvió a su sillón y se sentó.

—No solo son los teléfonos. Si hubiera modo de grabar tus pensamientos, ten por seguro que tendría copia de todos.

—Pero ¿y la cinta? ¿De dónde la sacaste?

—Es muy sencillo —respondió riéndose—. Me la trajo él mismo para convencerme de lo que hacía mucho tiempo que yo sabía. Pero él no deja nada al azar.

La miré pensativo y le pregunté:

—¿Y por qué me lo has dicho?

Amparo aplastó nerviosamente el cigarrillo en el cenicero.

—Porque me das pena; porque se servirá de ti como se sirve de todos, y el día que no le seas útil te echará, como ha hecho con los demás.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes y has vuelto?

—Sí. Lo sé desde siempre. Lo sé desde antes de que muriese mi padre. También mi padre lo sabía, pero no le importaba. Lo importante para él era el bien que podía hacer al país. Hay muchos hombres como tu padre. No creas tú que es el único. Hacen lo que saben, o lo que pueden, y un día se van… Lo único que queda de ellos es la obra o el adelanto que tienen algún valor.

—¿Crees de verdad en lo que acabas de decir?

—Sí. Siempre he creído que algún día Corteguay será libre, verdaderamente libre.

Amparo se echó a reír, pero su risa sonaba a vacía.

—Eres un iluso, lo mismo que todos. ¿No ves que ese es el secreto de su fuerza, la eterna promesa que nunca cumple?

No respondí y Amparo me miró con ojos llenos de desesperanza, como nunca se los había visto.

—Corteguay no será nunca libre mientras él viva. Ha jugado demasiado tiempo a creerse un dios.

Seguí sin contestarle, y ella continuó, mientras le encendía su nuevo cigarrillo.

—Si deseas de veras la libertad de Corteguay…, el único remedio es matarlo.

La miré anonadado. No vi en su rostro expresión alguna.

—No, Amparo. No es ese el camino para conseguir la libertad. Es un recurso que

se ha empleado mucho en nuestro país, y nunca valió. Esta vez, el afán de libertad debe salir del pueblo.

—¡El pueblo! —exclamó Amparo con desdén—. El pueblo piensa lo que se quiere que piense.

—No siempre. He visto lo suficiente para saberlo. Algún día también cambiará aquí.

—Cuando eso ocurra ya estaremos todos muertos —aseguró ella—. Excepto mi padre. ¡Vivirá eternamente!

La miré sin decir una palabra, y ella, expeliendo lentamente el humo del cigarrillo, añadió:

—El Presidente tenía razón. Siempre tiene razón. Te pareces mucho a tu padre.

cuatro

—Este es el teniente Giraldo —me dijo el Presidente—. Le hago personalmente responsable de tu seguridad mientras estés aquí.

El joven oficial saludó vivamente.

—A su servicio, excelencia.

—Gracias, teniente.

Dirigiéndome al Presidente dije:

—Me parece una tontería tener guardia personal. ¿Usted la cree necesaria?

—Desde luego, y más si insistes en ir a tu hacienda de la montaña. Los bandoleros son muy activos en aquella región.

—Necesito ir. Ha pasado mucho tiempo desde que visité por última vez la tumba de mis padres.

—Entonces, Giraldo y sus hombres te acompañarán —decidió el Presidente en tono que no admitía réplica.

Y dirigiéndose al teniente añadió:

—Tenga sus hombres dispuestos, teniente.

Giraldo saludó y se fue.

—¿Has visto a Amparo?

—Sí.

Le vi una expresión extraña, indefinible.

—¿Qué opinas?

—Ha cambiado mucho —dije con cautela.

Él asintió.

—Está muy enferma.

—Pero no lo parece. La he encontrado bien.

—No me refiero a su salud. Su enfermedad está aquí.

Y se llevó un dedo a la frente.

No le contesté.

—¿No te sugirió que me mataras? —me preguntó con la mayor sencillez.

—Algo de eso dijo —respondí, empleando también un tono indiferente.

—¿No te demuestra eso una mente enferma? —preguntó, sin que consiguiese disimular su ira a pesar de su tono mesurado—. ¡Querer matar a su padre!

—Sí…

No cabía otra respuesta; sin embargo, añadí:

—¿No ha pensado en que la vea un médico?

—¿Y qué podría hacer un médico? —replicó con amargura—. El odio contra mí la consume.

—En el extranjero hay médicos que han tenido notables éxitos en casos

parecidos.

—No. Se quedará aquí conmigo. Hay quien podría aprovecharse de su estado mental.

Y cambiando bruscamente de tema me preguntó:

—¿Has hablado con el cónsul americano?

—No. Tengo una cita con él esta tarde.

—Bien. Infórmame en seguida que hayáis hablado.

—Veinte millones de dólares —dijo apoyándose en el respaldo de la silla.

—No te escandalices tanto, George. Esto no es nada comparado con lo que habéis dado a otros. Y fíjate en que es un préstamo, no una dádiva. Habéis aflojado mucho más a Trujillo y a Batista, por no mencionar a otros.

—Lo sé, ya lo sé. Pero nosotros sabíamos exactamente nuestra posición respecto a ellos.

—Ya —repliqué sarcásticamente—. Quizá si os hubierais preocupado menos de vuestra posición cerca de ellos, seríais menos aborrecidos por sus pueblos.

George Baldwin me miró fijamente.

—No quiero entrar en discusiones políticas contigo.

—No discuto. Un pedigüeño no puede permitirse este lujo con su banquero.

—Hombre, no me vengas con juegos de palabras.

—La situación es demasiado seria para jugar. Yo no diré que todo lo que haya hecho el Presidente sea bueno. Pero ha proporcionado más beneficios a su pueblo que ninguno de los anteriores, y recuerda que lo ha hecho sin la ayuda oficial americana. Ahora el problema ya no es interno solamente; afecta a todos los países de esta otra América. Quieran o no, la verdad es que los comunistas han venido al continente para quedarse y se deberá a no querer reconocerlo lo que les permitirá hacerse con el poder.

El rostro de Baldwin adquirió una expresión grave, y replicó mientras cogía un cigarrillo.

—No me digas que eres uno de los que ven un comunista debajo de cada cama.

—No, pero son listos. Se han aliado con muchos grupos. Con el tiempo te puedes encontrar respaldando un grupo de esos. Si lo haces, entonces les habrás ayudado tú mismo a entregarles el país.

—Te equivocas. Sabemos de sobra quiénes son los comunistas.

—¿De veras? Puede que sí; pero ¿cómo descubrir su identidad mezclados con otros grupos o en la clandestinidad? Es el medio para conseguir su propósito. Pero hay otro más corto y más fácil. En todos los países sudamericanos el apoyo de Estados Unidos ha conseguido la estabilidad de los gobiernos, pero si falta ese apoyo, los gobiernos caerán y los comunistas solo tendrán que alargar la mano.

George Baldwin sonrió con amargura.

—Lo que quiere decir que se nos maldice si lo hacemos, y se nos maldice si no lo hacemos.

—En cierto modo, sí.

—¿Entonces, hemos de seguir manteniendo en su sitio a esos dictadores de tres al cuarto, tanto si nos gusta como si no?

—No por completo —argüí—. Correspondiendo a vuestra ayuda se pueden conceder valiosas concesiones. Y nosotros estamos dispuestos a ello.

—Tenemos muestras de las concesiones del Presidente —declaró bruscamente Baldwin—. No es hombre que se distinga precisamente por el mantenimiento de su palabra.

—Esta vez lo hará. Se está acercando al final y quiere que se le recuerde con respeto.

George Baldwin me miró pensativo.

—Puede que esté ya demasiado cerca del final para que se le preste ayuda.

—No es para él que la pido —objeté—, sino para Corteguay.

No me contestó y vi que me observaba con gesto crítico.

—Cada día que pasa —continué— entran más armas en el país. Y ya no se trata de rifles, sino de armas pesadas, morteros y cañones. Solo es cuestión de tiempo que se empleen. Estas armas no proceden de vuestras fábricas sino de detrás del telón de acero. Si una revolución tiene éxito, ¿a quién deberá agradecérselo el pueblo? ¿A usted o bien a los que le ayudaron?

Baldwin suspiró hondo.

—Informaré de esta conversación, pero no puedo prometerte nada, nada en absoluto, ya sabes.

—Ya lo sé —dije levantándome—. Gracias por haberme escuchado.

Me tendió la mano diciendo:

—Si tienes alguna noche libre, llámame. Quizá podríamos cenar juntos.

—Lo intentaré.

Cuando abandoné el despacho con aire acondicionado de la embajada y sufrí el calor de la calle, sabía que no lo haría. Cualesquiera que fueran sus razones, los americanos seguían siempre con el mismo sistema: no mezclarse en nada y no arriesgar su dinero.

Miré el reloj: las cuatro y cinco. Era la hora en que las calles empezaban de nuevo a animarse. Si volvía a palacio no era probable que encontrase al Presidente, pues no iba a su despacho hasta las cinco, y decidí andar un poco.

Descendí hasta llegar al puerto y recorrí el mercado, donde los buhoneros ya empezaban a colocar sobre los pañuelos que ponían en el suelo sus mercancías y sus baratijas. Aspiré el aroma de los frutos tropicales y escuché los gritos de las mujeres que desde la puerta de sus casuchas llamaban a los clientes, y me distraje viendo jugar a los andrajosos chiquillos descalzos, recordándome unos años ya casi olvidados.

Compré un helado de mango y me sentó en un noray del muelle, como cuando era chico y, mientras me lo comía, contemplé el cabrilleo del agua. Dentro del puerto no había más que dos barcos, y allá lejos aún se veían las torres metálicas que los americanos habían levantado para buscar el hipotético petróleo…

La tarde avanzaba despacio y el sol perdía su agresividad. Sentí el olor del pescado que no se había vendido y que ahora freían…

Curatu. La ciudad que en un tiempo me parecía la más grande del mundo.

Miré el reloj otra vez. Las cinco, casi. Me levanté y emprendí el camino hacia la ciudad. Un vendedor de lotería se me puso delante ofreciéndome un puñado de billetes, y, como si no se diera cuenta, dejó caer algunos a mis pies. Yo me sonreí. A pesar del tiempo transcurrido, para vender todavía usaban las mismas triquiñuelas de cuando yo era muchacho. Dejaban caer algunos billetes, y si uno les advertía la pérdida, juraban que la Diosa Fortuna lo había dispuesto, y que aquellos billetes le traerían la fortuna…, y te salían con una verborrea que no había quien los parase, y que si la riqueza, y que si era la gran oportunidad de tu vida… quien difícilmente te librabas de comprarles algún billete.

El vendedor anduvo unos pasos y luego se volvió para ver si yo los cogía, pero frunció el ceño al ver que me limitaba a reír entre dientes y que ni siquiera los miraba. Entonces me cogió del brazo y me los señaló.

—¿Y qué? —le dije encogiéndome le hombros—. Son tuyos.

—¡Cójalos! Llevan un mensaje que le dirigen a usted.

Le miré incrédulo, pero me incliné y los recogí. En el dorso de uno de los billetes había, escrito a lápiz, esto:

¡TRAIDOR!, HUYE ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE.
EN CORTEGUAY NO LE ESPERA MÁS QUE LA MUERTE AL QUE
VENDIÓ A MI PADRE

EL CÓNDOR

Busqué con los ojos al vendedor, pero ya había desaparecido entre la gente que llenaba el mercado. Doblé los billetes irritado y me los metí al bolsillo. En el mismo instante vi que el peligro me seguía los pasos, y me detuve mirando a los grupos que llenaban las calles. En cada grupo podía estar mezclado un bandolero.

Respiré hondo y decidí no volver a salir sin que Gato Gordo me acompañase. No habían tardado mucho en enterarse de mi vuelta al país.

Pasó un taxi libre y lo paré, sintiendo un gran alivio cuando me vi dentro. Ahora comprendía por qué el Presidente tomaba tantas precauciones, y lo que sentiría cada vez que salía a la calle. Sería un consuelo volver a casa, allá arriba, entre las montañas, sin la preocupación de pensar en quién podía ser el individuo que

anduviese detrás de mí.

cinco

Miré por la ventanilla del coche hacia donde me señalaba Gato Gordo. Una nubecilla de humo salía por la chimenea de la casa.

—¿Vive alguien ahí? —me preguntó el teniente Giraldo.

—No. La casa ha estado cerrada desde que me fui de Corteguay.

—¿Quiere parar el coche un momento?

Giraldo bajó y se dirigió al *jeep* que venía detrás de nosotros. Por el espejo retrovisor vi que hablaba con los soldados y que cada uno preparó su rifle. Poco después volvió el teniente.

—Ellos se adelantarán y entrarán primero en el patio.

—Probablemente será algo sin importancia —le dije.

—Tal vez, pero es mejor prevenir.

El *jeep* nos adelantó y le seguimos hasta el patio de mi casa, deteniéndonos frente a la galería. Permanecimos sentados sin hablar, mirando la puerta cerrada.

Poco después reaccioné y salí del coche.

—Esto son tonterías. Si hubiese bandoleros ya nos habrían disparado.

Subí al porche, y cuando llegué arriba, la puerta se abrió despacio. Sentí que se me encogía el corazón, y al mismo tiempo oí las pisadas de los soldados que subían corriendo. Sin necesidad de mirar atrás, sabía que Gato Gordo me seguía, dispuesto a actuar.

—Bienvenido a su casa, señor Xenos.

La voz que salía de entre las sombras de dentro de la casa me era familiar, pero aún tardé unos segundos en reconocerla.

—¡Martínez!

El buen viejo se adelantó y nos abrazamos.

—¡Ah, señor! —gimió—. ¡Cuánto me alegro de volver a verle!

—¡Martínez! —repetí conmovido.

El noble anciano que vivía en un extremo de nuestra hacienda, a unos quince kilómetros lejos de la casa. El viejo Martínez que recogía y daba de comer a toda clase de animales, él que solo comía verduras porque era incapaz de matar una gallina, el campesino que me regaló el primer perro que tuve en mi infancia.

—Cuando supe que habías vuelto, me dije que no pasaría mucho tiempo sin que vinieras a casa, y no quise que la encontraras vacía y triste. Así que hay fuego y algunas cosas para comer.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, y apenas pude murmurar:

—Gracias, Martínez.

Me volví hacia los soldados que acababan de salir del *jeep* y le hice señas a Giraldo.

—Martínez es un viejo amigo —le grité.

—He arreglado y limpiado todo lo que he podido —continuó explicando el viejo mientras recorríamos la casa—, pero he tenido poco tiempo. Si hubiese encontrado una mujer, estaría todo en orden.

—Lo has hecho muy bien, mi viejo amigo. Te estoy muy agradecido.

—Es tan poco comparado con lo que tu padre hizo por mí…

Hacía años que mi padre le permitió establecerse en una choza al final de nuestros campos de caña. Mi padre se la había cedido de por vida si ese era su deseo. Y en gratitud el hombre venía cada semana a traernos algunas gallinas y alguna vez un lechón, que la Perla tenía que matar porque él se negaba a hacerlo.

—¿Cómo te ha ido, Martínez? —le pregunté.

—Bien…

—¿No has tenido tropiezos con los bandoleros? He oído decir que merodean por esta parte.

—¿Qué podían querer de mí —preguntó Martínez— si no tengo nada?

—¿Has visto a alguno de ellos?

—No veo nada. Solo me relaciono con mis animalitos, y somos muy felices.

Miré al teniente Giraldo, el cual escuchaba impasible. Los dos sabíamos que aunque hiciese diez minutos que Martínez hubiese visto a los bandoleros, mantendría la boca cerrada.

—¿Me da su permiso, señor, para que mis hombres levanten su tienda en el patio? —preguntó el teniente con la mayor cortesía.

—Desde luego, teniente.

—Les ordenaré que levanten también la mía.

—De ningún modo, teniente —repliqué—. Usted estará en la casa conmigo.

—Es usted muy amable.

—Voy a preparar la comida —dijo Gato Gordo.

Se dirigió a la cocina y Martínez entró con él. Entonces, Giraldo me preguntó:

—¿Qué opina, excelencia? ¿Los habrá visto el viejo?

—Seguro que los ha visto —respondí—. ¿Cómo podría vivir en estas soledades y sin defensa alguna? Solo con la boca y los ojos cerrados.

Me despertó el viejo trino familiar de los pájaros en el árbol que estaba enfrente de la ventana de mi habitación. Escuchándolos, todavía medio dormido, sentí como si volviese a mi infancia.

Miré al techo, ahora amarillento y agrietado, pero antes era de un blanco muy brillante, y recordé que cuando niño, en las noches calurosas, lo miraba imaginándome que era la nieve que relucía en las altas cumbres. Esto me hacía sentir menos el calor…, y así me dormía.

Mientras seguía en la cama volví a oír los sonidos familiares de las mañanas de

mi niñez. El roce de los pies descalzos de los criados, la aguda voz de la Perla en la cocina, el chirriar de los ejes de los carros y los ladridos y los retozos de aquel perro tan juguetón como yo.

Oí otra vez el ruido que hacía mi hermana cuando al levantarse vertía el agua en la jofaina, y la suave música de su voz cantando mientras se lavaba y, los pasos apresurados de mi madre al pasar por delante de mi puerta, y el andar más recio de mi padre… Me pareció que volvía a oír a mi madre preguntándole a la Perla: «¿Aún no ha bajado Dax?»

Y recordé la pequeña indignación que había en su voz al enterarse de que todavía estaba en la cama y le decía a mi padre: «¡Este chico! El día que se case y tenga hijos sabrá lo que vale levantarse al romper el día.»

Y la grave y risueña voz de mi padre contestándole: «No es más que un niño y ya lo casas y ya quieres que tenga hijos.»

Sonreí con la emoción de los recuerdos. Casado y con hijos. ¡Pobre madre! ¡Qué asombro el suyo si hubiese vivido y visto lo que me reservó el destino! Me pregunté qué habría dicho. Probablemente nada. Siempre encontró excusas para todo lo que me sucedía. Para ella nunca tenía yo la culpa de nada. Pero ahora yo veía claramente la diferencia. En mí anidaba una especie de debilidad que nunca sufrió mi padre. Él tuvo una gran capacidad para amar, y su amor alcanzaba a todos, aunque solo mi madre fuera la dueña de él. Para mi padre no hubo jamás otra mujer.

Yo era diferente. Yo era una víctima de mis deseos sexuales. Bastaba la sola presencia de una mujer, su olor o el gusto por ella, para desplazar a la precedente. Nunca sentí la amorosa ternura de mi padre por mi madre. Quizás era incapaz de sentirla.

Mi amor pertenecía a otra especie. Puramente físico. No era más que un frenético agotamiento de los sentidos, y después la soledad de nuevo. No fui capaz de darles a las mujeres que compartieron parte de mi vida nada de mi alma. Quizá fue eso lo que Carolina buscó en mí y no halló; o el niño que Giselle hubiera querido y no le di; o incluso las dos que más se parecían a mí, Amparo y Sue Ann, también quisieron algo de mí que no pude darles.

Éramos como extraños en un corto viaje que intercambian amabilidad, proporcionándose un mutuo placer, porque pronto finalizará el trayecto, y al día siguiente, cuando amanece, se miran sin reconocer al compañero de la noche pasada. Con la luz del día vuelven la soledad y la tristeza de saberse extraños.

Traté de rehuir el silencio que reinaba recogiendo el canto de los pájaros, pero parecía que hubiesen levantado el vuelo. Salté de la cama y me asomé a la ventana, viendo en el patio a un soldado que orinaba contra un palo y a otro que encendía fuego ante la tienda.

Alguien llamó con los nudillos a mi puerta, pero tan suavemente que no advertí que llamasen, hasta que se repitieron los golpes.

—¿Quién es?

—Yo.

Abrí la puerta y entró Gato Gordo refunfuñando:

—Tengo jamón, judías y tortillas, y venga llamar y tú sin responder.

—Estaba recordando cómo era la casa cuando pequeño.

Gato Gordo me miró comprendiéndome.

—Es bueno para un hombre oír alguna vez a los fantasmas de su familia.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté sin acabar de entenderle.

—Yo también he oído a los fantasmas de tu familia —contestó seriamente.

—¿Y qué te dijeron? —le pregunté reprimiendo una sonrisa.

Gato Gordo me miró con expresión grave.

—Llevan demasiado tiempo viviendo en una casa vacía. Esperan que traigas a una mujer a tu hogar para que puedan irse tranquilos.

Dio la vuelta bruscamente y empezó a bajar las escaleras. Cerré la puerta mientras oía sus recias pisadas…

Quizá tuviera razón. Nunca había traído una mujer a casa, excepto a Amparo una vez. Pero acaso fue porque nunca encontré una que pudiese amar aquel sitio como yo. En el mismo instante se me grabó una imagen en el pensamiento y me maldije por no haberla visto antes. Una. Había una. Beatriz. Desde el primer momento que la vi, sentí que pertenecíamos al mismo mundo, al mismo ambiente, a la misma época. Y lo que sentí al hablar con ella no lo había sentido con ninguna mujer.

Quizá mi madre se refería a ella cuando hablaba de mi futura esposa.

seis

—Voy a dar una cena con una pequeña fiesta —me dijo el Presidente—. Puedes invitar a quien a ti te sea agradable.

—Se lo diré a Amparo —repuse como era mi deber.

—No. Amparo no ha de asistir.

Me guardé muy bien de preguntar el motivo.

—Invita a la hija de Guayanos, si quieres —propuso inesperadamente.

—La hija del doctor… Pensé que…

Pero el Presidente me interrumpió.

—Yo no lucho con criaturas. Es con su padre con quien tengo mis cuestiones.

No le contesté viendo que aquello era muy extraño. Comprendí que lo que él quería era que Beatriz asistiese a la fiesta.

—Me han dicho que la ves con frecuencia. ¿Es cierto?

—Sí.

—Entonces, tráela —me dijo en el mismo tono con que emitía una orden.

—¿Qué tal estoy? —me preguntó Beatriz un poco nerviosa cuando Gato Gordo enfilaba el recinto del palacio.

Yo la miré sonriendo.

—Serás la más hermosa de la fiesta.

Después de abrir un soldado bajé yo y le di el brazo a Beatriz, sin disimular lo que me enorgullecía llevarla. El vestido que lucía tenía la gracia de hacer que resaltase, sobria y severamente, la belleza de su cuerpo.

Le di ánimos con una sonrisa y entramos en el salón cuando el mayordomo nos anunció. Todos los invitados se callaron al aparecer nosotros y nos miraron con la misma curiosidad con que yo miré al Presidente cuando me insistió en que invitase a la fiesta a la hija de su mayor enemigo.

Con un sencillo uniforme azul y sin ninguna condecoración, el Presidente se acercó con una viva mirada y el paso ágil hasta donde estábamos, se inclinó delante de Beatriz y le besó la mano.

—De niña —dijo sonriendo— ya prometías ser la encantadora mujercita que eres.

—Gracias, Excelencia.

En aquel momento la orquesta empezó a tocar, y el Presidente dijo:

—Muy a tiempo —y me preguntó con una cortesía muy de su época—: ¿Me permites que baile con ella?

Me incliné y él la escoltó hasta la pista de baile.

Mientras bailaban un vals lento me fui al bar.

—Un whisky con soda.

—¿Qué es eso, Dax?

Me volví y vi que el que me hablaba era George Baldwin.

—Me cuesta creerlo. El viejo bailando con la hija del más encarnizado de sus enemigos.

Yo me encogí de hombros.

—La enemistad es con su padre, no con ella.

—Eso me suena a una cita aprendida —repuso, agudo.

Alcé el vaso.

—Lo es.

—¿Qué hay detrás de eso?

—No lo sé —repuse francamente—. Tal vez quiera demostrar que no es un monstruo como dicen.

—Bah… Tiene que ser algo más que eso. ¿Cuándo le importó un bledo lo que pudiese pensar la gente?

Se oyó una risa en la escalinata y todos miramos hacia allá. Amparo, luciendo un vestido blanco nos miraba a todos con cierta inseguridad. Un joven oficial, un capitán a juzgar por su uniforme, se le acercó intentando sujetarla por el brazo. Amparo, con expresión de enojo, lo apartó a un lado.

La orquesta dejó de tocar. Pero Amparo, con voz segura, dirigió la palabra a los músicos:

—Sigan, sigan tocando.

Bajó la escalera con paso indeciso y agregó:

—Nada, que he decidido estar en la fiesta.

El Presidente no ocultó la ira que le invadía. Beatriz estaba pálida y asustada. Yo quería ir a su lado, pero me abstuve. Me acerqué a Amparo, y cogiéndole la mano, se la besé.

—Amparo, no sabes cómo me alegra verte de nuevo.

—Dax —me contestó con voz insegura.

Me miró y vi que tenía las pupilas oscuras y dilatadas.

—Dax…

Le ofrecí el brazo y me la llevé a la pista, sujetándola para que no tropezara. Sus movimientos eran rígidos y torpes. Apoyó que no tropezara. Sus movimientos eran rígidos y torpes. Apoyó la cabeza en mi pecho y cerró los ojos.

—Dax, tengo miedo —murmuró, estremeciéndose.

—Tranquilízate; nada te ha de ocurrir.

—No debí venir. Él me ordenó que no bajase.

—Pero ya estás aquí y todo irá bien; ya lo verás.

La música terminó y la saqué de la pista.

—Espérame aquí que voy a buscar unas copas.

Amparo me cogió el brazo suplicándome casi histéricamente:

—¡No. Dax! ¡Por Dios, no me dejes!

Le seguí la mirada. El Presidente, impasible, y sin dejar el brazo de Beatriz, venía hacia nosotros.

—Papá… —le dijo como si le suplicase.

El Presidente no le contestó y le besó una mejilla.

—Quería venir, papá —murmuró Amparo con la misma voz de súplica.

Su padre la miró largamente, y asintió con la cabeza. Luego, dirigiéndose a Beatriz y a mí, nos dijo:

—Me permitiréis, ¿verdad?

Beatriz y yo le hicimos una inclinación de cabeza, y él añadió en tono imperioso:

—Ven, Amparo.

Dio media vuelta y se alejó. Amparo lo seguía como si careciese de voluntad. Inesperadamente, El Presidente retrocedió hacia Beatriz.

—Me olvidaba de darle las gracias por el placer de bailar con usted, señorita.

Beatriz hizo una reverencia.

Seguidamente cogió a su hija de un brazo y se la llevó a un rincón, y los invitados que estaban cerca se apartaron discretamente para que pudieran hablar.

Beatriz, todavía pálida, y mirándome, dijo con una nota de compasión en la voz:

—Amparo está enferma.

—Sí…

Viendo al padre y a la hija, pensé que ya sabía yo qué enfermedad era la de Amparo. La había observado en otros que desesperadamente querían escapar de la realidad, y Amparo era ya una víctima de la heroína.

Entonces comprendí por qué su habitación estaba sumida en la penumbra el día que fui a verla. Era para que yo no viese en sus brazos las señales de los pinchazos.

Después de un diálogo reposado, Amparo pareció más tranquila y cuando fuimos al comedor iba cogida al brazo de su padre, quien la colocó en un extremo de la mesa, en el lugar que ocupa la dueña de la casa; poco después parecía la Amparo de siempre. Su largo pelo rubio y el vestido de mangas largas subrayaban su belleza salvaje.

Mientras tomábamos el café, el Presidente se levantó y carraspeó. Todos los ojos se dirigieron al hombre que desde la cabecera de la mesa nos miraba benignamente.

—Supongo que se estarán preguntando por qué he dado esta cena cuando hacía tanto tiempo que no ofrecía fiesta alguna. Ha sido en honor de un grande y viejo amigo, hijo de un también antiguo amigo y patriota. Tengo el inmenso placer de anunciarles el nombramiento de ministro de Asuntos Exteriores y delegado de Corteguay en las Naciones Unidas, del señor Diógenes Alejandro Xenos.

Sentí la cálida presión de la mano de Beatriz en mi brazo mientras los comensales aplaudían mirándome sonrientes. Permanecí sentado pues el Presidente hizo un ademán como pidiendo silencio.

—El escoger al mismo hombre para llenar estas dos importantes misiones, les

dará una idea de la absoluta confianza que tengo en él y del respeto que me merecen las Naciones Unidas.

Se repitieron los aplausos y el Presidente repitió su ademán.

—En estos agitados momentos que atraviesa Corteguay y sufre el mundo, es absolutamente preciso que demostremos nuestro sincero deseo de paz y de unidad dentro de nuestras fronteras. Y en apoyo de lo que acabo de decir, hago el siguiente ofrecimiento a todos aquellos que se oponen a nuestra política: una total amnistía política, sin restricciones. Yo invito a mis adversarios a que vuelvan al país con la más absoluta confianza y que a su tiempo participen en unas elecciones libres que se celebrarán dentro de poco. Por esta razón, renuncio a mi cargo de Juez Supremo del Tribunal de Acción Política y traspaso mis poderes a su excelencia el señor Xenos.

Más aplausos. Desde un extremo de la mesa, George Baldwin me miró con escepticismo. Comprendí que pensaba que yo estaba enterado del plan del Presidente. Al terminar los aplausos, el Presidente continuó:

—Repito mi invitación…

Y mirando hacia donde estábamos Beatriz y yo, dio a entender que el discurso iba dirigido particularmente a Beatriz Guayanos.

—Digo que repito mi ofrecimiento a todos los que dividen al país con discursos o con armas, desde fuera o desde dentro, para que regresen con entera confianza. Si no se fían de mí, sé que confiarán en el señor Xenos. Trabajemos unidos todos los patriotas y labraremos un futuro glorioso para nuestra amada patria.

Se sentó y estalló una ovación inacabable, que poco a poco se me fue dirigiendo a mí. El Presidente sonreía bondadosamente y me hizo una seña; al levantarme se cortaron en seco los aplausos. Contemplé los rostros vueltos hacia mí, y me di cuenta de que tenía que escoger mis palabras, pues al día siguiente las leerían o las escucharían en todo el mundo.

Empecé a hablar con lentitud, meditando cada frase.

—Poca cosa puedo decir si no expresar humildemente mi gratitud por el inmerecido honor que el Presidente me otorga con tanta generosidad.

Se oyeron cuatro aplausos pero se cortaron en seguida.

—Sin embargo, hay algo que me interesa añadir. Todos ustedes han sido testigos de una promesa.

Hice una pausa y miré a cada uno de los comensales. Al detenerme ante el Presidente reinaba un respetuoso silencio. A pesar de que el rostro del Presidente era como una máscara impasible, le brillaban los ojos y en el frunce de sus labios había un amago de ironía. Le miré fijamente y terminé con estas pocas palabras:

—¡Y haré cuanto esté en mis manos para que la promesa se cumpla!

Me senté, y los invitados se quedaron tan sorprendidos que nadie se atrevió a aplaudir hasta que el Presidente les dio la pauta. La orquesta empezó a tocar en el salón vecino, y el Presidente se levantó yendo hacia allá, siguiéndole todos los invitados.

Allí me rodearon algunos para darme la enhorabuena, y George Baldwin se quedó conmigo, preguntándome cuando estuvimos solos:

—¿Ha hablado en serio el viejo?

—Ya lo has oído.

—Te he oído a ti. Tú has hablado en serio.

Le miré sin contestarle.

—Si el Presidente no ha hablado en serio, no doy ni dos centavos por tu vida.

Seguí mirándole sin decirle nada.

—¡El viejo hijo de puta! —añadió Baldwin casi admirándolo—. Lo ha conseguido otra vez. Hasta esta noche no habría dado un céntimo por las probabilidades de Corteguay de alcanzar un préstamo de Estados Unidos, pero ahora estoy seguro de que Washington considerará el asunto desde un nuevo punto de vista.

siete

Los dos estábamos callados en el asiento de atrás mientras Gato Gordo nos llevaba al domicilio de Beatriz. Encendí uno de mis delgados cigarros y me puse a mirar por la ventanilla. Vivía donde había nacido, en una casa cercana a la Universidad de la que su padre fue profesor. Eran viviendas de aspecto agradable, y algunas, como la de ella, tenían su pequeño jardín y macetas de flores en la cerca de madera que lo rodeaban. Al bajar del coche le cogí una mano y le dije:

—Te acompaño hasta la puerta.

Sin contestar, Beatriz siguió adelante cuando le abrí la cancilla, y al llegar al umbral de la casa la cogí de una mano y me incliné para besarla. Ella apartó el rostro.

—¡No!

La miré a los ojos, que brillaban como ascuas verdes a la escasa luz que nos llegaba de una ventana vecina.

—No volveremos a vernos. Tal como me advirtieron, los acontecimientos toman el giro previsto. Tú eres una trampa destinada a mí y a mi padre.

—¿Que te lo advirtieron? ¿Quiénes?

Beatriz contestó sin mirarme:

—Amigos.

—¿Amigos? ¿No son los que se sirven de ti y de tu padre para sus fines?

—No importa quiénes sean. No quiero discutir de política contigo.

—Lo que tú quieras.

Y cogiéndole los brazos la atraje hacia mí. Se quedó rígida, pero sin ofrecer resistencia.

—No me llevó a ti ninguna intención de discutir de política.

—Déjame —susurró casi sin mover los labios.

La besé, y creí durante unos segundos que la había vencido, pero aún sintiendo ella mis labios sobre los suyos, repitió:

—Déjame —y añadió secamente—: No soy una de tus putas.

La solté. Tenía los ojos clavados en los míos.

—Tus amigos han hecho bien su trabajo —dije sarcásticamente—. No solo te dirigen en política; también te dirigen en amor.

—A mis amigos solo les preocupa lo que me puede ocurrir —respondió Beatriz —. Todos saben quién eres, y no quieren verme desgraciada.

—¡Cuidado, excelencia! —gritó Gato Gordo desde el coche.

Me volví rápidamente y me pareció que algo se movió entre los arbustos. Cogí violentamente a Beatriz y la tiré al suelo conmigo, protegiéndola con mi cuerpo, y en el acto se oyó un sordo estampido de un disparo de pistola con silenciador, y el ruido de alguien que huía mientras Gato Gordo venía hacia nosotros corriendo.

Gato y yo nos metimos entre los arbustos, pero nos detuvimos a los pocos pasos.

—Es imposible encontrarlos en esta oscuridad —dijo Gato Gordo.

Mientras escudriñaba con los ojos hacia la parte trasera de la casa, añadió Gato:

—Afortunadamente estaba yo allí para avisarte.

—Sí… Gracias. Probablemente me has salvado la vida.

Gato dijo con cierta traviesa sonrisa:

—¡Qué malitos han sido! Mira que presentarse cuando la cosa se ponía interesante…

Le miré. Volví al lado de Beatriz y la ayudé a levantarse. Su bonito traje de noche estaba hecho un asco.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. ¿Quiénes eran?

—¿Quiénes podían ser? —repuse, sarcástico—. Esos amigos tuyos que se preocupan tanto de tu felicidad decidieron matarme. Pero si te hubiesen herido, claro que por accidente, seguro que se habrían llevado un gran disgusto.

Beatriz dijo, conteniendo las lágrimas:

—No sé qué pensar…

La puerta se abrió y apareció una mujer, posiblemente una criada, embutida en una bata, quien preguntó alarmada:

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Acuéstese, que yo entro en seguida —le dijo Beatriz.

Al irse la criada, Beatriz, temblorosa la voz y buscándome la mano, balbuceó:

—Dax…

—Yo estaba irritado e hice como si no viese su mano cerca de la mía.

—Lo siento. Me equivoqué. En mi mundo solo los niños no saben pensar. Hay que guiarlos. Los hombres y las mujeres piensan por sí mismos.

Di media vuelta y me dirigí al coche donde Gato Gordo ya estaba al volante.

—Quítate —le dije bruscamente.

Puse en marcha el coche y salimos en el acto, como si alguien nos persiguiese. Oí que Gato Gordo se reía.

—¿Qué es lo que te divierte, idiota?

—Nunca te he visto así.

No le contesté y tomé una curva sin frenar, haciendo rechinar los neumáticos.

—Pareces un niño al que le han quitado un bombón.

—¡Cállate!

Obedeció, pero a los pocos instantes murmuró, casi para sí mismo.

—Sí, ahora ya sabes que es ella.

Miré a Gato Gordo de soslayo.

—¿Que es qué? Me miró con expresión grave.

—Es la que tú llevarás a casa para librar la hacienda de los fantasmas de tu familia.

Al día siguiente el teléfono empezó a sonar a las siete de la mañana. Periodistas, locutores y corresponsales de todo el mundo deseaban que les confirmara la noticia. La primera conferencia fue la de Jeremy Hadley desde Nueva York.

—Dax, ¿tengo que felicitarte o compadecerte? ¿Qué significa eso?

—No más de lo que has oído.

—Corren rumores de que el Presidente va a dimitir dejándote a ti las riendas.

—Puedes desmentirlo completamente. El Presidente se ha limitado a anunciar que se celebrarán elecciones muy pronto. Nada ha dicho respecto a la sucesión.

—Se dice también que el doctor Guayanos está en el país.

—No he oído nada acerca de eso. Según mis noticias sigue en el exilio.

—También se rumorea que has estado viéndote mucho con su hija, y que tú eres el instrumento para arreglar una tregua entre Guayanos y el Presidente.

¡Los rumores! A veces parecía que el mundo solo estuviera hecho de dos cosas. Gente y rumores.

—Es cierto que he estado viendo a su hija, pero sin que ni una sola vez nos haya dado por el tema político.

—¡Vamos, Dax! —replicó Jeremy—. ¿No me vas a hacer creer que viéndote con la hija del más destacado de los jefes de la oposición habéis evitado hablar de política?

—Y tan sencillo como es esto, Jeremy… Y tú debías saberlo mejor que nadie. ¿Desde cuándo he necesitado ningún pretexto para dirigirme a una mujer hermosa?

A través de la línea me llegó su risa.

—Ya estoy más tranquilo, viejo amigo. Tenía miedo de que ahora te diese por ser un hombre formal. Buena suerte.

Colgué el teléfono, que inmediatamente volvió a sonar. Se trataba del subdirector del hotel, con una voz que no le pasaba del cuello.

—El vestíbulo está lleno de periodistas y de fotógrafos, excelencia. ¿Qué les digo?

Lo pensé unos segundos y contesté:

—Hágalos pasar al comedor y ofrézcales un desayuno. Póngalo en mi cuenta. Dígales que termino de vestirme y que en seguida estaré con ellos.

Apenas colgué y otra vez sonó el teléfono.

—Dígame.

La voz me era conocida.

—Soy Marcelo, Dax. Felicidades.

—Gracias.

—Su padre estaría orgulloso de usted —dijo con acento lisonjero.

—Muchas gracias.

¿Qué buscaría con su llamada? Marcelo no era hombre que perdiese el tiempo en cortesías.

—¿Cuándo vendrá a Nueva York? Tenemos muchas cosas de que hablar.

—No lo sé. El Presidente aún no me ha dado instrucciones.

Me picó la curiosidad por saber el motivo de su llamada y le pregunté:

—¿Es que hay algo urgente? ¿Algo que reclame mi inmediata atención?

—No… —respondió como si vacilase.

Pero se decidió y dijo:

—¿Se acuerda del televisor que tengo aquí? ¿No cree que necesitaría otro parecido?

Comprendí en el acto que trataba de que me pusiese en guardia por si las líneas estaban intervenidas.

—No, gracias —respondí—. No lo creo. Estoy seguro de que aquí tienen algo del mismo estilo.

—Bien. Avíseme cuando venga a Nueva York y tendré tiempo libre para usted.

—Lo haré.

—Y por favor, felicite de mi parte al Presidente y ofrézcale mis respetos y mi adhesión.

No tuve tiempo casi de colgar el teléfono, cuando empezó a sonar de nuevo, pero esta vez no lo cogí.

Salté de la cama y ya me dirigía al cuarto de baño cuando Gato Gordo apareció en la puerta.

—Diles que no acepto más llamadas por el momento. Que tomen ellos los recados.

Aún no había entrado en el baño cuando Gato me detuvo:

—Es el Presidente.

—¿Sí, excelencia?

—¿Has descansado bien? ¿Qué haces? —Su voz sonaba animada y optimista.

—Iba a ducharme, y luego me he de entrevistar con varios periodistas que me esperan abajo. Supongo que debo atenderlos.

—Sí. Este es uno de los incordios de la vida pública. Nunca puede uno estar solo.

Se echó a reír y añadió:

—Cuando te hayas deshecho de ellos, ¿quieres venir a palacio? Hay alguien aquí que me gustaría mucho que lo conocieras.

—Iré así que termine, excelencia —pero me intrigó ese «alguien» y le pregunté —: ¿Quién es? ¿Alguien importante?

—Depende de tu punto de vista. Si yo estuviera en tu lugar lo consideraría muy importante, pero tú y yo somos muy diferentes. Me interesa ver tu reacción ante él.

—¿Él?

Oí que volvía a reír.

—Sí, el individuo que anoche te quiso matar. Lo han cazado esta mañana.

ocho

Era un hombre al que yo había visto acompañando a Beatriz en el aeropuerto de Miami y que después se marchó. Pero ahora no se le veía vestido con la pulcritud de aquel día. Cuando entró en la habitación escoltado por dos soldados, su aspecto era lastimoso, con los ojos negros por los golpes recibidos y con sangre seca en las mejillas y en la boca.

—¿Lo conoces? —me preguntó el Presidente mirándome como si me atravesase —. ¿Le has visto antes?

El sujeto levantó la cabeza y me miró aterrado.

—No; es la primera vez que veo a ese hombre.

Debía evitar que se envolviese a Beatriz en el asunto.

—Pues yo te diré quién es —repuso el Presidente—. Es el tío de esa muchacha, el hermano de Guayanos.

De pronto me sublevó la estupidez de todo el asunto y me encaré con el individuo, preguntándole:

—¡Loco! —le espeté—. ¿Por qué?

Me miró sin contestarme.

—Aunque hubiese logrado matarme, ¿qué habría conseguido? ¿Y no pensó que podía alcanzar a Beatriz?

Casi imperceptiblemente varió su expresión y me dijo en voz baja y con agotamiento:

—Lo pensé en el último segundo, y por eso está usted vivo. Desvié la pistola cuando disparé.

El Presidente se echó a reír.

—¿No vas a creer esa patraña?

Al ver que no respondía, añadió:

—Probablemente la muchacha estaba de acuerdo con él. Por eso nos cuenta esa historia.

—¡No! ¡Beatriz no sabía nada! Ni siquiera estaba enterada de mi vuelta a Corteguay.

—¡Cállese! —rugió el Presidente.

Y acercándose lo ^abofeteó rabioso, haciéndolo tambalear. De nuevo lo abofeteó.

—¡Las armas! —le gritó—. ¿Dónde las desembarcarán?

—No sé nada de armas.

—¡Mientes!

Esta vez el Presidente le dio una patada en el bajo vientre, y el tío de Beatriz cayó de rodillas al suelo, encogido y profiriendo gemidos de dolor.

—No sé nada —repitió—. Si lo supiera ¿no cree que ya me lo habría hecho

confesar la policía antes que usted?

El Presidente lo miró con desprecio, diciéndome:

—Son gusanos como ese los que creen que tienen fuerzas para gobernar.

No le contesté y el Presidente llegó a su mesa y llamó por un botón del interfono.

—Dígales a Hoyos y a Prieto que vengan —y volviéndose a mí agregó—: Si no hubiera sido por ellos, este reptil se nos escapa. Le siguieron desde el momento que pisó tierra.

Entraron Hoyos y Prieto, cuadrándose ante el Presidente con el impasible rostro de siempre.

—¿Qué más han descubierto?

—Nada, Excelencia —respondió Hoyos—. No había armas en el bote. Vino solo.

—Y ese tipejo, ¿llegó a hablar con la hija de Guayanos?

—No, Excelencia. Ella ya había salido de su casa cuando él llegó. Entonces se escondió entre los arbustos y esperó.

—¿Y por qué no lo cogieron entonces? —pregunté yo.

—Porque supusimos que quería entregarle a su sobrina alguna instrucción referente a las armas. No creímos que tratase de matarle a usted.

Miré al tío de Beatriz. Estaba pálido y contraído por el dolor.

—¿Por qué quiso matarme?

Me miró fijamente y me contestó:

—Mi sobrina es una buena muchacha y yo sabía lo que usted esperaba hacer con ella.

—¿No fue, entonces, una conspiración política?

—No. La advertí antes del peligro que corría su reputación. Es la única hija de mi hermano. Pero aparentemente no me hizo caso.

—¡Esto es una estupidez! —gruñó el Presidente—. Por última vez: ¿dónde desembarcarán las armas?

—Ya dije que no sé nada de armas.

—¡Mientes!

Al Presidente le estallaba la ira cuando preguntó:

—¿Por qué volviste si no por las armas?

El tío de Beatriz lo miró tristemente.

—¿Adónde iba a ir? Corteguay es mi país.

El Presidente desvió la mirada y le ordenó a Hoyos:

—Llévaselo a Escobar. Ya sabe lo que hay que hacer con él.

—Sí, Excelencia.

Hoyos cogió del brazo al tío de Beatriz para sacarlo del despacho.

—¡No! —grité.

Yo sabía lo qué significaba llevar a nadie a Escobar. Le entregaban los hombres condenados a muerte. Todos me miraron perplejos al oírme, y con más estupor que ninguno, el Presidente.

—¡Suéltelo!

—¿Soltarlo? Este hombre intentó matarte —me replicó el Presidente.

—Suéltelo —repetí.

—¡Estás loco! —gritó el Presidente—. Lo intentará otra vez. Conozco la casta. Has estado demasiado tiempo en el extranjero, has olvidado cómo son aquí las cosas.

Le miré acordándome de sus palabras cuando quise clavar un cuchillo en la garganta de otro asesino: «No hay necesidad de matar, hijo mío. Ya no estás en la jungla».

—¿Qué, entonces? ¿Hemos vuelto a la jungla? —le pregunté.

Por su expresión vi que no sabía a qué me refería.

—Ayer me nombró Presidente del Tribunal de Acción Política, y me entregó plenos poderes.

Inclinó la cabeza ante mis palabras.

—Entonces, la responsabilidad es mía. Tengo algo más importante para el prisionero que hacerle morir —y dirigiéndome a él agregué—: Le daré un mensaje para su hermano.

El hombre me miró con gesto de sospecha.

—En la prensa de hoy leerán que se ha concedido una completa amnistía a todos los presos y a los exiliados políticos. Y la nación sabrá que estoy al frente del Tribunal. Invito a todos los que no estén de acuerdo con el gobierno actual a solventar las diferencias en unas elecciones libres. Dígale a su hermano que esta regla vale tanto para él como para todos los ciudadanos de Corteguay.

El tío de Beatriz me miró con expresión burlona.

—¿Otra trampa? No hemos olvidado lo que fueron las amnistías anteriores.

—Entonces será una buena trampa, porque usted va a salir de este despacho totalmente libre.

Nos miró nerviosamente a unos y a otros, sin llegar a creer lo que acababa de oír.

Entonces, sin refrenar su disgusto, habló el Presidente.

—Echa al gusano fuera, y roguemos que agradezca nuestra justicia.

Hoyos preguntó sorprendido:

—¿Hemos de dejar que se vaya? ¿Y así?

—Ya ha oído a su excelencia —respondió el Presidente—. El prisionero queda libre.

Hoyos se volvió sin hablar y empujó al tío de Beatriz para que fuese delante, siguiéndolos Prieto. Durante el silencio que siguió, el Presidente y yo nos quedamos mirándonos. Después sonrió, y al cabo de unos segundos reía ruidosamente.

—¿De qué se ríe usted?

—Hasta ahora, estaba casi seguro de que la habías conseguido, pero ya veo que no has tenido más éxito que los otros que la han asediado. Magnífico.

—¿Qué es lo que le parece magnífico?

—El plan que tienes. Es tan astuto que hasta yo me felicitaría si lo hubiese

proyectado. Me descubro ante ti, Dax.

—¿Por qué? —le pregunté esperando que me dijese en qué veía la astucia.

—Libertando al tío te ganas la confianza de la sobrina, y ganando su confianza ganas la persona. Son dos tiros a la vez. Se te entregará ella, y ella te entregará a su padre.

Me miró ladinamente y añadió:

—¿Has conocido a ninguna mujer que sepa callar cuando se la está jodiendo?

nueve

Pasaron dos semanas sin que supiese nada de Beatriz. Varias veces me sorprendí al verme cogiendo el teléfono, pero me contenía al instante. Cuando nos viésemos tendría que ser por su deseo. Pasé varios días y noches muy ocupados, examinando, en el despacho que el Presidente me había destinado en palacio, informe tras informe sobre la situación económica del país, a fin de tener una idea más o menos real.

Una noche en que estaba estudiando el resumen final el Presidente entró, y, mirando por encima de mi hombro, me preguntó:

—¿Qué juicio sacas de eso?

—Si los informes de los economistas son exactos, tenemos aún una posibilidad.

—La tenemos si conseguimos algunas aportaciones. ¿No has sabido nada más de nuestro amigo?

Sabía que se refería a George Baldwin.

—No.

—Me pregunto qué estarán esperando.

—No sé…

—Quizá si fueses a Nueva York sin esperar que ellos te llamen…

—Los americanos son gente muy especial —le observé—. No les gusta que los acosen con peticiones de préstamos si ellos no los han ofrecido antes.

—Pero si no irás a Washington, sino a Nueva York. Tienes perfecto derecho a ir allí, puesto que eres nuestro representante en las Naciones Unidas. Una vez te hayas hecho cargo de la situación, tanteas el otro asunto.

—Es una buena idea.

No pasaba día sin que me diese muestras de su sabiduría política, por lo que en este sentido mi admiración era mayor cada vez. Era viejo pero lejos de ser estúpido.

—Es mejor que estarte aquí sin hacer nada. ¿Cuándo te irás?

—Quizá el martes o miércoles próximos. Hay algunos asuntos que quiero dejar resueltos antes del sábado.

—¿No has sabido nada de esa muchacha?

Hice un gesto negativo con la cabeza y él se encogió de hombros filosóficamente.

—¿Y de su padre tampoco?

—Tampoco.

—No aceptarán —dijo con desdén—. Todos los gusanos temen la luz del día.

No le respondí. No valía la pena decirle que si las anteriores amnistías habían terminado con la muerte de los perdonados, no había razón para que no creyeran que la de ahora era igual que las demás. Me dio unos suaves golpecitos en la espalda y agregó:

—Ya aprenderás. Tenías que haber matado al tío cuando tuviste la ocasión. Es el

único lenguaje que entienden.

Dio unos pasos para irse, y cuando estaba cerca de la puerta exclamó:

—Buena suerte con la muchacha.

Salió y cerró la puerta. Hubiera sido inútil decirle que en aquel fin de semana Beatriz no figuraba en mis planes. Tenía otros proyectos y los llevaría a cabo solo.

Pensaba pasar aquellos días en mi hacienda, con el recuerdo de los míos, y quería arreglar yo mismo el pequeño cementerio, lo que me llevaría un par de días de trabajo. Alrededor de las tumbas plantaría flores de las que sabía que le gustaban a mi madre.

Oí el motor del coche doblando la curva antes de llegar a lo alto de la colina, y dejando la azada cogí el rifle que tenía siempre a mano por lo que pudiera suceder; me puse al acecho desde un sitio que dominaba todo el patio de mi casa sin que nadie pudiese verme.

Martínez se había ido hacía una hora a su choza y Gato Gordo no regresaría hasta el día siguiente. Como esta vez habíamos llegado solos, lo mandé a la ciudad para que viéndolo a él no creyese nadie que yo estaba fuera. Si se sospechaba que me había ido, pronto se correría la voz y no costaría nada averiguar adónde, y el teniente Giraldo se presentaría inmediatamente ante el miedo de perder su cargo por abandono del deber.

Vi el coche cuando ya vencía las últimas estribaciones y oí sorprendido los dos toques de claxon con que me avisaba Gato Gordo su llegada. Entonces bajé por el atajo y me dirigí a la casa, y quitando los cartuchos del fusil me lo colgué al brazo. Me dolía todo el cuerpo, pues hacía mucho tiempo que no cogía la azada ni ningún apero, pero estaba contento. El pequeño cementerio pronto volvería a parecer el de tantos años atrás.

Me detuve en el porche y esperé que el coche llegase. Tenía que tratarse de algo muy importante para que Gato Gordo viniese un día antes de lo acordado. Entonces vi que otra persona iba a su lado.

Antes que Gato, salió Beatriz del coche, la cual se quedó unos instantes inmóvil y mirándome. Supuse que mi aspecto debía ser lamentable, medio desnudo, sucio y con el fusil en la mano. Sin embargo, antes de que yo dijese nada, ella rompió el silencio.

—No te enfades. He obligado a Gato Gordo a que me trajese.

La sorpresa no me dejaba hablar, y ella prosiguió:

—Leí en los periódicos que te vas a Nueva York el martes, y no he querido que te vayas sin verte antes. Llamé a tu teléfono del hotel y nadie contestó, pero esta mañana he encontrado a Gato Gordo y le he dicho que si no me traía yo vendría sola.

—Podías haber esperado —le dije sin dar un paso—. El lunes volveré a Curatu.

Sus ojos, al mirarme, eran tan verdes como las hojas de la selva.

—Ya lo sé —respondió con voz temblorosa—. Pero he esperado demasiado y ya

no podía más.

Entonces me acerqué a ella. Llevaba unos pantalones que la hacían parecer más delgada y una camisa de hombre con las mangas subidas, dándole el aspecto de una muchacha vestida con las ropas de su hermano. Lo único que desmentía esta impresión era la curva de sus senos.

—¿Qué has esperado? —le pregunté.

Ella me respondió en un tono que tenía algo de reto.

—Que me llamases, pero recordé lo que me dijiste: «Solo los niños no saben pensar. Las mujeres y los hombres piensan por sí mismos».

—¿Y qué es lo que piensas?

Se ruborizó intensamente.

—Pienso…

No siguió. Bajó los ojos y se me fue acercando. Ya a dos pasos de mí, murmuró:

—Pienso que me he enamorado de ti.

Y se echó en mis brazos.

Encendí el puro mientras la contemplaba acodada en la barandilla de la galería y mirando al espectáculo de la noche estrellada. Se volvió hacia mí diciendo:

—Ahora comprendo por qué amas tanto este sitio. Es tan hermoso que debes de sentirte como si fueras el único habitante sobre la tierra.

Le sonreí y le dije:

—Para mí es más todavía. Es mi casa. Nací en la habitación de ahí arriba, frente a la escalera, y mi padre, mi madre y mi hermana duermen el sueño eterno en esa cálida tierra que hay detrás de la casa. Mis raíces están aquí.

Se sentó a mi lado y me cogió una mano.

—Mi padre conoció al tuyo. Dice que era un gran hombre.

Contemplé cómo la suave brisa nocturna rizaba las altas hierbas de los campos vecinos.

—Mi padre…

Y me callé, sabiéndome incapaz de encontrar palabras para explicar su bondad, la ternura de su corazón y la generosidad con que acogía a su prójimo. Después de mirarla un instante le dije:

—Mi padre fue un verdadero hombre. Para todos encontraba excusas, menos para él.

—Tú eres igual.

Luego de un silencio me levanté rompiendo el encanto.

—Ya es hora de irnos a dormir. Los campesinos tenemos que levantarnos con el alba.

Beatriz se levantó vacilante. Noté su nerviosidad y sonreí. Era todavía más niña de lo que se imaginaba.

—Te he destinado la habitación de mi hermana. Gato Gordo la ha preparado para ti.

Estaba yo en mi cama y en medio de la oscuridad llegaban a mí el ruido del agua que vertía en la palangana y su voz suave entonando una canción. Esta vez no era un sueño. Gato Gordo tenía razón. Con su gorjeo, ella animaba la casa. Los fantasmas ya podían yacer tranquilos.

Sonreí y cerré los ojos. No tardé en dormirme. Sin embargo, me desperté poco después con la sensación de que había alguien en mi habitación. Traté de incorporarme y mi mano tropezó con la firme curva de su pecho. A través del fino camisón noté el pezón erecto y reventón.

Con el aliento casi me dijo:

—A mí me previnieron contra ti. ¿Pero nadie te previno contra chicas como yo? No he venido aquí para estar sola…

Su fuego y el mío se fundieron en una misma llama. En su máxima expresión, el amor fue el acontecimiento más feliz de mi vida, el primero para ella y, en cierto modo, también para mí.

Fue la primera vez que una mujer, vencida y triunfante en mis brazos, y estremecida por el dolor y la dicha, me gritó al oído:

—¡Dame un hijo tuyo, amor mío! ¡Llename de hijos tuyos!

diez

Me despertaron los primeros rayos del sol entrando por la ventana. Me moví tratando de no despertar a Beatriz, sobre cuyo rostro parecía que temblase la claridad matinal. Su largo y lustroso pelo negro estaba extendido sobre la blanca almohada, y a pesar de estar dormida tenía los labios curvados en una enigmática sonrisa. La contemplé largamente, sin respirar casi, como si midiese cada centímetro de su cuerpo, la soberbia belleza de aquella carne hasta el día anterior intacta. Contemplé la suave transparencia azul de las venas, los pezones engastados en sus firmes senos. Dejé que mi vista recorriese la línea curva que desde la estrecha cintura dibujaba la cadera, seguía por la húmeda selva de su monte y finalizaba en sus fuertes muslos.

—¿Soy hermosa? —me preguntó dulcemente.

Sorprendido, la miré sonriendo. Sus ojos, de un verde oscuro, recogieron mi sonrisa.

—No creí que estuvieses despierta.

—¿Soy hermosa?

—Muy hermosa.

Beatriz cerró los ojos con lentitud.

—¿Estuve… estuve bien?

—Maravillosa —dije sin faltar a la verdad.

—Al principio tenía miedo —susurró—. No por mí misma, sino por ti. Pueden salir muchas cosas mal. Una oye tantas historias… Ya sabes. Lo doloroso que puede ser… cómo una muchacha puede desengañar para siempre a su marido… Yo quería ser perfecta para ti. Deseaba que todo saliera bien.

—Y lo conseguiste.

Beatriz abrió los ojos y me miró fijamente.

—¿Sentías de corazón lo que dijiste anoche? —Pero antes de que yo pudiera decir nada, añadió rápidamente—: No, no me contestes. No es justo de mi parte. No quiero que te creas obligado a mentirme.

Yo sonreí.

—No acostumbro responder a preguntas tan personales, pero esta vez deseo hacerlo.

Sus grandes ojos se clavaron en los míos.

—Lo dije de corazón. Te quiero.

Beatriz cerró los ojos, sonrió ilusionada y dijo también a su vez:

—Te quiero.

E inclinándose hacia mí me besó. Luego abriendo los ojos, todavía con sus labios contra mí, susurró:

—Tan duro y tan fuerte. Ni en sueños pensé que podría ser siempre así.

Me eché a reír. Pero antes estaba dispuesto a matarme que desilusionarla.

—Ya está.

Al mismo tiempo que lo decía plantaba el último esqueje y apisonaba la tierra con la azada. Luego miré hacia la valla y vi que Beatriz me estaba mirando. Al ver que había terminado se acercó y me besó.

—Otra vez te ayudaré. Hoy he comprendido que querías hacerlo tú solo.

—Hace mucho tiempo que debía haberlo hecho.

—No podías. No estabas aquí.

Se inclinó sobre la tumba de mi hermana y murmuró:

—¡Tan jovencita! Solo trece años. ¿De qué murió?

La miré.

—Los bandoleros bajaron de la montaña y la asesinaron, y a mi madre y a la Perla, nuestra cocinera.

—¿Tu padre no estaba aquí?

—No. Se encontraba en un pueblecito distante unos quince o veinte kilómetros de aquí.

—¿Y tú…?

—Mi hermana me escondió en la bodega, detrás de unas cajas.

—¿Entonces, tú viste…?

—Todo. Y sin poder hacer nada. Cuando me descubrieron, eché a correr hacia la carretera, y cuando ya me alcanzaban, mi padre llegaba con el general y sus soldados.

—¿El general?

—El Presidente. Pero eso ocurrió muchos años antes de subir al poder.

Beatriz se levantó llorando.

—¡Pobre Dax! ¡Qué infancia tan triste tuvo que ser la tuya!

—No fue lo que tú imaginas. Era demasiado niño para comprender la trágica realidad. Fue mi padre el que sufrió. ¡Cómo cambió desde entonces! Se entregó al trabajo y solo vivió para mí, pero algo de su alma se fue con ellas.

Beatriz me besó tiernamente, sin enjugarse los ojos y cayéndole las lágrimas sobre mis labios.

—Algún día —dijo en voz baja— esta casa volverá a oír las risas de unos niños. Tus hijos, Dax. Y entonces tus recuerdos ya no serán tan amargos.

Oímos unos pasos detrás de nosotros. Al volvernos vimos a Gato Gordo.

—Es más de la una. Y Martínez no está aquí todavía.

—Algo le habrá detenido. ¿No hay nada para almorzar?

—Sí, si no os importa comer lo mismo que en el desayuno.

Beatriz y yo nos echamos a reír.

—No nos importa. Nos gustan las tortillas y las judías.

Gato Gordo se fue a la casa y yo recogí la pala y la azada y me las puse al

hombro.

—¿Quieres llevar el rifle?

—Sí —contestó Beatriz.

Y lo cogió por el cañón, apuntándose casi a sí misma.

—No, no. Así no.

Se lo hice coger bien y le dije.

—Procura siempre que el cañón apunte hacia abajo y no a ti.

—No me gustan las armas. Nunca me han gustado. Y no sé por qué has de llevar este rifle. No hay nadie por estos alrededores.

—¿Ves esa hierba tan crecida? —le pregunté señalando con la mano.

—Sí.

—Pues allí podrían esconderse cien hombres y tú no los ve rías hasta que los tuvieras encima.

—Y aunque estuvieran, ¿qué sacarían con atacarnos?

—¿Y qué sacaron atacando a mi madre y a mi hermana? —le pregunté fríamente.

Beatriz me miró sin decir nada.

—La única excusa que necesitan son las armas. Les dan la sensación de poder, y lo terrible es que cada día tienen más.

—Quizá las necesitan para defenderse.

—¿Defenderse de qué? ¿Contra quién?

—Contra los soldados terroristas del gobierno —replicó ella en son de reto.

La miré fijamente y le dije:

—No conoces a los soldados como yo. No conozco ni uno de ellos a quien guste pelear. Son felices quedándose tranquilos en sus cuarteles y no tener que salir al campo de batalla, sabiendo que pueden caer heridos o que los maten.

Llegamos a la casa, y al dejar los aperos le tomé el rifle y le dije:

—Los hombres quieren armas para hacer la guerra, y solo si conseguimos que no les llegue ninguna evitaremos el derramamiento de sangre. Eso si no es ya demasiado tarde.

Sin decir nada más llegamos a la galería, donde nos aguardaba Gato Gordo. Este esperó que Beatriz entrase en la casa para cambiarse de ropa. Al quedar solos me dijo:

—Mira.

Me alargó los gemelos de campaña y me señaló hacia la cabaña de Martínez.

Escudriñé el horizonte.

—No veo nada.

—Mira hacia arriba, justo encima de la casa.

Volví a mirar y vi dos cóndores que planeaban perezosamente en el cielo.

—¿Y qué? Habrá algún animal muerto. Te estás convirtiendo en una vieja de mal agüero.

—Pues no me gusta —insistió tercamente.

Reflexioné. Le conocía muy bien y sabía que sus presentimientos tenían siempre alguna lógica. En ciertos aspectos era como un animal del bosque que olfatea el peligro antes de que le sorprenda.

—Está bien —decidí—. Iremos después de comer. ¿De acuerdo?

—*D'accord*.

—No quisiera irme nunca de aquí —suspiró Beatriz.

Y viendo con pesadumbre que Gato Gordo metía todas las cosas en el coche, añadió:

—Es un sitio tan tranquilo y tan hermoso…

Apoyó la cabeza en mi pecho y me rogó:

—Prométeme que algún día volveremos, Dax.

—Te lo prometo.

Pero esto ocurría antes de dirigirnos a la casa de Martínez y descubrir lo que había pasado. Ahora, sentada en el coche y temblando aún por la impresión que sufrió, yo me pregunté, mientras conducía a través de la noche, si Beatriz seguiría deseando volver a la hacienda.

La miré disimuladamente. Estaba envuelta en una manta para protegerse del frío nocturno y miraba fijamente al frente. Me habría gustado saber qué pensaba y si no se arrepentía de haber venido a mí; pero no decía nada, y comprendí que no debía presionarla ahora. Había sufrido demasiadas emociones en un solo día.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando llegamos a su casa. Bajé del coche y la acompañé hasta la puerta.

Me miró suplicándome:

—Tendrás cuidado, ¿verdad?

Asentí. Sabía que iba a preguntarme otra cosa y cambió de parecer.

—No te preocupes —le dije tratando de tranquilizarla—. Te quiero demasiado para exponerme.

Me echó los brazos al cuello sollozando.

—¡Dax! ¡Dax! Nada tiene sentido ya. No sé qué pensar.

—Obraste bien. Hay que detener la entrada de armas. Y nadie tiene por qué saberlo jamás.

Beatriz me miró largamente. Poco a poco había dejado de llorar.

—Te creo. Quizá porque soy mujer, o porque te quiero. Pero te creo.

La besé con ternura y le dije:

—Vete a dormir. Estás cansada.

—Sí. Oye…, aún no te he dado las gracias.

—¿Por qué?

—Mi tío me contó lo que hiciste por él.

—Tu tío está loco —respondí con acritud—. Pudo matarte a ti. Y hubiera debido

imaginarse que lo apresarían.

—No lo comprendes. Adora a mi padre, y como no está aquí se cree obligado a protegerme.

Beatriz se rio al agregar:

—Y casi todo el tiempo tengo que dedicarme a protegerle yo a él.

—No le permitas que se meta en más peligros.

Me apretó un brazo y me preguntó con ansiedad:

—La amnistía. ¿No es otra trampa, como las de antes?

—No lo es.

Me miró tiernamente y poniéndose de puntillas me besó.

—Buenas noches, Dax.

once

La bodega del barco estaba oscura y flotaba un pesado olor de aceite combustible.

—¿No hay luz aquí?

El capitán hizo una seña con la linterna y un marinero dio la vuelta a un interruptor. A la luz amarillenta de dos bombillas vi unos rimeros de cajas de madera que llenaban la bodega. Le dije a Giraldo:

—Parece que estamos en lo cierto.

—Abrid una caja —ordenó Giraldo.

Dos de los soldados asieron una y reventaron la tapa a machetazos. El capitán seguía impasible, como ajeno al ruido y a los destrozos.

—¡Armas! —exclamó un soldado cuya voz resonó en el compartimiento de la bodega.

Engrasados los cañones, dentro de la caja brillaban los rifles automáticos. Cogí uno y lo examiné. Tenía una marca, bien que en letras menudas, se destacaba claramente, sin indicios de que hubieran tratado de borrarla.

KUPPEN FARBEN GESELLSCHAFT e.g.

Sabía lo que significaban las dos iniciales en minúsculas. East Germany, es decir, Alemania oriental. Era la antigua fábrica de armas en la zona rusa, a la que no le habían cambiado el nombre porque todavía conservaba su antiguo prestigio en determinadas partes del mundo. ¿Quién iba a saber que esta compañía, funcionando bajo otra dirección totalmente diferente, seguía fabricando armamento mientras que la Kuppen de Alemania occidental lo tenía obligatoriamente prohibido?

Entregué el rifle al soldado.

—Abrid las otras —ordené, y le pregunté al capitán—: ¿Tiene los conocimientos de embarque?

—Desde luego. Son parte de una consignación destinada al próximo puerto.

—Ya. ¿Puedo verlos?

El capitán se quedó algo confuso y miró disimuladamente al inspector de aduanas, quien estaba muy cerca de él.

—No los tengo.

—Entonces, ¿quién los tiene, capitán?

Al ver que no me contestaba le dije con cierta dureza:

—¡Vamos, capitán! Alguien ha de tenerlos.

—Creo que habrá habido algún error y estarán incluidos en los demás conocimientos.

—¿Quiere decir que los puede tener la aduana?

Asintió con la cabeza y como a la fuerza.

—¿Usted los ha visto? —le pregunté al inspector, quien me miró aterrorizado.

—No, excelencia —tartamudeó—. No nos está permitido verlos. Les da curso el inspector jefe personalmente.

—Deje la mitad de sus hombres aquí —le ordené a Giraldo—, y los otros y usted vengan conmigo.

—Sí, excelencia.

Por primera vez en la mirada del teniente vi una expresión de respeto, muy diferente de la que me dirigió la misma mañana cuando a las seis fui a sacarlo del cuartel. Protestó diciéndome que no era aquella su misión y que su único deber era el de protegerme.

—Entonces, su deber está claro. Acompáñeme para protegerme.

Se quedó desconcertado y murmuró:

—Se lo consultaré a mis superiores.

—¡Usted no lo consultará con nadie, teniente! —le repliqué irritado—. Sus instrucciones son categóricas. ¿Qué le parecería al Presidente si se enterara de que ha faltado a su deber estos dos días últimos, en que yo he estado solo en mi hacienda y usted los ha pasado tranquilamente en su cuartel?

Giraldo eligió lo que le pareció un mal menor. Si me acompañaba, aunque la decisión fuese equivocada, no le costaría el puesto, pero si el Presidente se enteraba de que me había abandonado aquellos dos días, el resultado podía ser grave.

En dos *jeeps* nos dirigimos al muelle, donde vimos al barco atracado, y ondeando en el palo mayor la insignia púrpura y verde de las líneas Campion. Tal como yo había supuesto.

Ahora que habíamos descubierto las armas, el teniente Giraldo ya no se resistía a ninguna de mis indicaciones y me obedecía con la mayor rapidez. Me dirigí al capitán y al inspector de aduanas.

—¿Tienen la bondad de venir conmigo al despacho del inspector jefe?

Y sin esperar su respuesta, hui de la fétida atmósfera de la bodega, subiendo por la escalerilla de hierro que daba a una cubierta, donde respiré el aire marino.

Gato Gordo corrió hacia mí.

—¡El Presidente acaba de llegar!

—¿Aquí? —le pregunté asombrado.

—Sí. Te está esperando en los muelles.

Los dos nos miramos en silencio, comprendiendo una vez más que no podía mover un dedo sin que el Presidente se enterase.

Seguí a Gato Gordo hasta la plancha del buque y vi, abajo, al Presidente de pie junto a su coche blindado, haciéndome señas para que bajase. Lo hice y, al acercarme a él, los soldados me abrieron paso.

—¿Qué has descubierto?

Miré fijamente al Presidente antes de contestar:

—Lo que esperaba. Armas comunistas. Del mismo tipo de las que ustedes cogieron a los bandoleros en las montañas.

—Hoyos —gritó el Presidente.

De detrás del coche salió en el acto Hoyos, y por primera vez le vi vestido de militar, con insignias de coronel.

—Excelencia.

—Mande un pelotón a bordo y que se haga cargo de las armas.

—No es necesario, señor —le interrumpí rápidamente—, los hombres del teniente Giraldo están ya arriba.

—¿Está Giraldo contigo? Bien.

—Ahora me iba al despacho del inspector jefe. Parece que los conocimientos de embarque están allí.

—Iré contigo —decidió con semblante hosco el Presidente—. Mi primo, al parecer, me tiene que explicar muchas cosas.

Obligamos al capitán y al inspector a que fuesen delante de nosotros y nos dirigimos al edificio de aduanas. El Presidente me asió del brazo y me preguntó en voz baja:

—¿Cómo te enteraste de lo del barco? ¿Por la muchacha?

—No. Por Martínez, el viejo que vivía en un extremo de la hacienda. Los bandoleros lo torturaron porque era amigo mío, y lo dejaron por muerto, pero no lo estaba, y él les oyó hablando del barco y del cargamento de armas.

La mentira era apropiada. Para comprobarla, tendrían que desenterrar a Martínez y no se molestarían en hacerlo.

—¿Martínez? ¿Aquel que tenía tantos animales?

Miré asombrado al Presidente. Las sorpresas eran continuas.

Haría quizá treinta años que no veía a Martínez y todavía lo recordaba perfectamente.

—Sí.

—No creía que aún viviese —dijo el Presidente—. Muchas veces le compramos gallinas. Había de tener muchos años.

Llegamos a la aduana y Hoyos se adelantó a abrirnos la puerta. Los dos escribientes nos miraron aturdidos.

—¿Está mi primo ahí dentro?

—No… no lo sé —balbuceó uno de ellos, tratando de levantarse—. Voy a ver, Excelencia.

—No hace falta. Lo veré yo mismo.

El escribiente se derrumbó en la silla mientras el Presidente empujaba la puerta del despacho particular del inspector jefe, quien al verle se levantó de un salto y saludó militarmente.

—¡El barco ese lleva un cargamento de armas! —rugió el Presidente.

El inspector jefe empalideció súbitamente.

—Excelencia… No lo sabía. Puede creerme.

—¡Embustero! ¡Traidor! Los conocimientos de embarque están aquí. ¡Dámelos inmediatamente!

El inspector tiró del cajón de su mesa con tal nerviosismo que se le trabó, pero forcejeó hasta que consiguió abrirlo, buscando atropelladamente entre los papeles que guardaba. En el mismo instante yo vi que Hoyos, que se había quedado detrás de mí, empuñaba un objeto metálico, y en el acto se oyó un disparo… La fuerza del impacto proyectó al inspector jefe contra la pared, donde por un momento se mantuvo apoyado. Su expresión era de sorpresa, de incomprensión, y acto seguido se derrumbó al suelo, muerto.

Miré a Hoyos con ojos interrogantes y él, todavía con la pistola humeante en la mano, contestó:

—¡Vi una pistola!

No le dije nada y me fui a la mesa, teniendo que pasar sobre el cadáver, y busqué en el cajón. Saqué unos papeles unidos con una gran pinza de metal.

—¡Esta es la pistola! —dije sosegadamente.

Pero vi la rápida mirada que se cruzaron el Presidente y Hoyos, y comprendí que el inspector jefe estaba sentenciado antes de que llegásemos al despacho. Busqué entre los demás papeles, sin hallar ni rastro de los conocimientos de embarque.

El asunto de las armas era más intrincado de lo que imaginaba.

doce

—¡Mi primo! —se lamentó el Presidente—. Sangre de mi sangre.

Le miré a través de la mesa del despacho. A pesar del brazal negro que llevaba, nada, ni en su tono ni en su aspecto, demostraba el menor sentimiento por lo sucedido.

—Tenías razón —continuó—; las armas vienen por barco. Nunca lo hubiera creído. Puse a mi primo al frente del puerto. Si no puedo confiar en un familiar, ¿en quién, entonces?

No había necesidad de responder. Sabíamos que el Presidente no confiaba más que en sí mismo.

—La dirección del puerto la llevará Hoyos, pasando desde hoy a la jurisdicción del ejército.

—¿Y los empleados de la aduana?

—Están en la cárcel. Iban de acuerdo con él.

—¿Lo comprobó?

—Hallamos las armas —replicó—. ¿Qué más pruebas quieres? Para desembarcar esas armas todos ellos tenían que saberlo.

—¿Y el capitán? ¿Qué se hará con él?

—Lo hemos soltado. ¿Qué otra cosa podía hacerse? Si él protesta ante la embajada americana se nos esfuman las posibilidades de obtener el préstamo de veinte millones de dólares.

Otra vez la razón de Estado. No podíamos permitirnos ninguna clase de jaleo. Desde la ventana me quedé mirando al puerto. El barco todavía estaba allí, pero zarparía con la marea de la tarde. Si solo se hubiera tratado de los barcos de Campion, con cerrarle la entrada al puerto estaba todo solucionado, pero enarbolaba nuestra bandera. ¿Y cómo negar la entrada a nuestros propios barcos? El contrabando de armas seguiría. Teníamos que encontrar otro medio para impedir que entraran.

El Presidente se me acercó diciéndome:

—Las cosas no son nunca sencillas. Cuando yo era joven creía que siempre sabría el cómo y el porqué de todo. Pero cuando vine a palacio vi que las cosas no eran tan fáciles. Asuntos que parecen de poca importancia pueden llegar a tener proporciones incalculables y estás siempre sometido a toda clase de presiones. Haz esto, haz lo otro, y las palabras que un día dijiste en un momento de ignorancia, se vuelven contra ti. Nadie sabe lo solitario y lo precario que es el sillón del poder, y lo poco que sabe el que se sienta en él.

—Cuando vaya a Nueva York hablaré con Campion. Quizá él consiga impedir los envíos de armas por medio de sus barcos.

—Hazlo, pero no creo que te sirva de nada. ¿Cómo puede verificar todos los

cargamentos? Tendría que inspeccionar personalmente cada bodega y cada caja. Y si lo hiciera, ¿cuánto tiempo crees que iría adelante con sus negocios?

—De todos modos, hablaré con él.

—Empiezo a creer que no hay más que un camino para solucionar este estado de cosas: ponerme a la cabeza del ejército, y barrer a toda esa chusma de las montañas. No dejar ni la simiente de uno.

—No será una solución —repuse—. Tendría que matar también a las mujeres y a los niños, y no puede hacerlo. Incluso si no hubiera otro remedio, y el mundo entero se lo reprocharía horrorizado.

—Lo sé. Los americanos nos denunciarían como una dictadura y los soviets clamarían que somos una prolongación del imperialismo americano.

El Presidente respiró hondamente, y luego de un silencio prosiguió:

—No es fácil. Estoy sentado aquí con las manos atadas, mientras aumenta la cantidad de muertos y de agitadores. No puedo hacer más que defenderme, sin atacar nunca. Esta es una guerra sin solución.

—La amnistía…

—¿La amnistía? —me replicó mirándome—. ¡La amnistía es un fracaso! Ningún bandolero ni ningún revolucionario se ha presentado. ¡Ni uno! Nunca la aceptarán. Convéncete.

—Solo hace dos semanas que se promulgó —objeté—. Todavía están deliberando.

El Presidente se dirigió a su mesa, diciéndome secamente:

—Si persistes en hacerte ilusiones, allá tú. Yo prefiero atenerme a la realidad —se sentó pesadamente y continuó—: Tú fíjate en ese inmundo gusano al que le otorgaste la libertad. ¿Has oído hablar más de él? ¿O de su hermano, aquel cobarde traidor? ¿Y qué me dices de su hija?

No le contesté. Yo no podía decirle al Presidente que no habría descubierto lo de las armas si no hubiese sido por Beatriz. Para mí eso era prueba de que la amnistía sería por lo menos debatida y sopesada. Me detuve ante su escritorio.

—¿No pensará en suspender la amnistía?

—No tengo ninguna necesidad —respondió desdeñosamente—. No hay necesidad de anular una oferta que se ha hecho en público cuando particularmente uno sabe que nunca la aceptarán. Pero esta vez la responsabilidad del fracaso caerá sobre ellos.

Cambió de tema bruscamente y me preguntó:

—¿Qué piensas hacer con esa muchacha?

—No he pensado nada todavía.

—Pues será mejor que lo pienses pronto. Desde que la conoces me parece que has cambiado.

—¿Qué quiere decir?

—Que hace casi un mes que estás en Corteguay, y no has dado el más leve motivo de escándalo. ¡Todavía no ha venido a quejarse ningún padre ni ningún marido ofendidos!

Como de costumbre las cortinas estaban corridas cuando entré en la habitación.

—Amparo, me voy mañana. He venido a decirte adiós.

Me miró con expresión ausente y oí su voz como si llegara de muy lejos.

—Has sido muy amable, pero no tenías que haberte molestado.

—He venido para preguntarte si puedo hacer algo por ti.

—¿Por mí? —preguntó sorprendida—. ¿Por qué tendrías tú que hacer algo por mí?

—Por muchas razones, algunas de las cuales las sabes. Y principalmente porque no me gusta verte así.

Amparo me miró fijamente; sin embargo, su expresión era de indiferencia, como si hablásemos de una tercera persona.

—¿Te refieres a las drogas?

—Sí. Sabes que hay sitios en los que te podrías curar.

—¿Y por qué he de renunciar a la única paz que he conocido, Dax?

—Pero no es una paz real, Amparo, y lo sabes. Es solo ilusoria.

Amparo me miró de nuevo con una extraña calma.

—¿Qué quieres, que vuelva a la vida de antes? Torturándome yo misma, viviendo en continuo sobresalto, medio loca y ambicionando cosas que sabía que nunca conseguiría. No, gracias. No importa que solo sea una ilusión. Déjame que la conserve, Dax.

—Pero así no vives más que media vida.

—Media vida es mejor que la muerte.

Cogió un pliego de papel de su mesa y me preguntó:

—¿Sabes qué digo en este papel?

—No.

—He querido escribir una carta de condolencia a la familia de mi primo, expresándoles mi sentimiento por lo sucedido, y cómo lamento que tuviera que morir a causa de la ambición de mi padre.

La voz de Amparo tenía un acento imperceptiblemente histérico.

—¿Sabes cuántas veces he tenido que escribir a la familia de los hombres que mi padre ha matado? No puedo decírtelo porque he perdido la cuenta.

—Fue un accidente. No puedes culpar a tu padre.

—No fue un accidente. El único accidente fue el que tú te enterases de algo que no debías haber sabido. Desde aquel momento mi primo estaba condenado. Anoche fui a su casa. Su viuda ya viste de luto y sus hijos todavía no acaban de comprender que su padre se ha ido para siempre. No me atreví a entrar, sabiendo lo que sé.

Regresé y desde entonces intento escribir esta carta.

Furiosa estrujó el papel y lo echó a la papelera; luego encendió un cigarrillo temblándole la mano. Poco después me dijo fríamente:

—¿Cómo puedes ser tan estúpido, Dax? La solución está en tus manos. Mátale, Dax, y todo se arreglará. Estoy por creer que él mismo lo espera y que el día que lo hagas te dará las gracias.

Aquella tarde fui a casa de Beatriz y la criada me dijo que se había ido con su tío, no sabía dónde, y que no le habían dicho cuándo volverían.

Fue a la mañana del día siguiente, al ir a despedirme del Presidente, cuando me enteré de que Beatriz y su tío habían salido el día anterior en el avión de Miami.

trece

—La entrevista es estrictamente extraoficial —me advirtió Jeremy al bajar del coche—. Si alguien le pregunta al senador, él negará que haya hablado contigo.

—Ya comprendo. Pero siempre es de agradecer que alguien quiera hablar conmigo.

Y yo era sincero al decir eso. A despecho de lo que George Baldwin había dicho, el gobierno de Washington no daba una respuesta oficial.

Hacía tres semanas que estaba allí y sin éxito alguno. Las noticias de Corteguay eran desalentadoras. Se decía que un pueblo de las montañas había caído en poder de los bandoleros. Costó casi media división desalojarlos, y cuando lo consiguieron exterminaron a medio pueblo, hombres, mujeres y niños. Total, cincuenta y siete muertos.

El acontecimiento tuvo demasiada resonancia para que el Presidente consiguiera silenciarlo, aparte de que todos los periódicos lo propalaron. Por imparciales que fueran, todas las noticias hacían aparecer al gobierno como culpable y a los bandoleros como figuras románticas del antiguo oeste americano, altamente idealizadas. La prensa comunista y la europea se declaraban abiertamente contra el gobierno y presentaban al Presidente como un bárbaro que imponía las más salvajes represalias contra un pueblo hambriento. Algunos miembros del bloque comunista amenazaron con plantear la situación en las Naciones Unidas.

No llegaron a hacerlo, naturalmente, pero todos los discursos y las amenazas no nos hacían ningún bien. Se puso de moda en América considerar al Presidente como un nuevo Perón, Batista o un Trujillo, y los políticos americanos, sujetos siempre al capricho de sus electores, no movían un dedo por nosotros.

Al cabo de unos días recibí un despacho cifrado del Presidente, según el cual el ejército había estado acorralado por los rebeldes durante tres días, con fuego de morteros y cañones, sufriendo muchas pérdidas. Era probable que los insurrectos se apoderasen de otro pueblo y que se repitiera lo de la vez anterior. Entonces decidí pasar a la acción.

Por una vez acepté las decisiones del viejo sin vacilar. Recordaba perfectamente la destrucción de la granja de Martínez. Cogí el teléfono y llamé a Jeremy, que estaba en Washington. Le leí íntegra la carta del Presidente.

Cuando terminé tardó en hablar. Después me preguntó:

—¿Has enterado a alguien de nuestro gobierno de lo que dice el informe que me acabas de leer?

—¿A quién iba a enseñárselo, si todos nos condenan? Supongo que Baldwin también habrá enviado un informe, pero nadie me ha dicho nada.

Jeremy cambió de tema y de tono, como si hablase con indiferencia.

—¿Te acuerdas de nuestra vieja casa en el Cape?

—Desde luego.

Era una casa propiedad de los Hadley, donde pasé el primer verano que estuve en Estados Unidos.

—No sabía que todavía la conservaseis.

—Sí. No la hemos vendido. Cuando tengo un momento hago una escapada a la casa, y este fin de semana pienso hacerlo. ¿Te gustaría pasar esos días tranquilo conmigo?

—Mucho.

Evidentemente Jeremy planeaba algo o no me hubiera invitado.

—Bien. Iré a recogerte a tu despacho. Quizá tengamos que conducir nosotros.

—¿Y por qué no vamos en mi avión?

—No sabía que tuvieses avión.

—¿Es que no lees tus propios periódicos? Sue Ann fue muy generosa cuando nos divorciamos.

Jeremy no me dijo que nos entrevistaríamos con el senador hasta que estuvimos allí. En aquella época del año el Cape estaba virtualmente desierto, y el propio senador nos abrió la puerta. Llevaba jersey, pantalones tejanos y zapatillas de playa, y no parecía que tuviese treinta y cinco años.

—¿Qué tal? —me dijo tendiéndome la mano—. Tenía grandes deseos de conocerlo, pues aún no había tenido ocasión de agradecerle lo que hizo por mi hermano.

Miré a Jeremy y le vi que se sentía incómodo. A pesar del tiempo transcurrido aún se culpaba de lo que le pasó a Kevin, y le parecía que si hubiese sido más precavido no habría ocurrido la desgracia. Yo no lo creía así.

—Hice lo que pude —murmuré.

El senador nos llevó a la biblioteca. Al parecer no había nadie más en la casa.

—¿Una copa?

—No, gracias.

Preparó un whisky con agua para Jeremy y para él, y sentándose delante de mí dijo:

—Jeremy ya le habrá dicho que esta entrevista es absolutamente particular. No sé lo que yo pueda hacer por usted. Probablemente nada. Sin embargo, me gustaría oírle en plan de amigo.

Miré a Jeremy, quien me aconsejó que se lo dijese todo.

Y así lo hice. Empecé por contarle la historia de Corteguay y lo que era el país antes de que el Presidente bajara de las montañas y se hiciera cargo del gobierno, y le informé acerca de su actuación durante tantos años. El senador solo me interrumpió de vez en cuando para hacerme alguna pregunta que aclarase mi relato. Cuando terminé habían pasado dos horas.

—Lo siento —dije—; me parece que me he extendido demasiado.

—De ninguna manera —me contestó—. Ha sido muy interesante.

—Ahora sí tomaré una copa.

Preparó un whisky para todos, y después de servirlo, dijo:

—Según usted, siempre hubo bandoleros en las montañas, pero ahora están apoyados por los comunistas. ¿Está seguro? Todos los que nos piden ayuda dicen lo mismo.

—Vi las armas con mis propios ojos —aseguré—. Las tuve en mis manos. Estaban manufacturadas en la antigua fábrica Von Kuppen de la Alemania Oriental.

—Algo he oído decir acerca de eso. Sin embargo, ellos insisten en que solo hacen maquinaria agrícola.

Buscó un cigarrillo, y al no encontrarlo se puso un puro en la boca sin encenderlo. Agregó:

—Su Presidente dista mucho de ser el hombre ideal. En realidad, también tuvo algo de bandido.

—¿Hay algún Presidente que sea perfecto? —pregunté—. Sincero y honrado como es el de ustedes, admitirá conmigo que lo mejor que puede decirse de él es que fue un buen general.

Una breve sonrisa asomó a los ojos del senador mientras encendía el puro. Percibí que mis palabras le agradaron aunque no hiciera comentario alguno.

—Lo que sí puedo decir —añadí— es que cuando el general bajó de las montañas representaba únicamente al pueblo de Corteguay. Y no tuvo ayuda ninguna, ni americana, pues ustedes habían estado tan mezclados con el gobierno anterior que no quisieron saber nada de él. Y lo que ha hecho lo ha conseguido él solo y sin otra ayuda que la de los ciudadanos de Corteguay.

—¿Cree usted que hoy representa la voluntad de la mayoría de su pueblo? —me preguntó de repente.

Dudé unos segundos antes de responder.

—No lo sé. Y, francamente, creo que muy pocos de mis conciudadanos podrían decirlo. Ha prometido unas elecciones libres al pueblo, pero si solo hay un candidato no serán más que una farsa. Y hasta ahora no se ha presentado ninguno.

—¿Ha oído hablar de un hombre llamado Guayanos? —preguntó con una mirada suspicaz.

—Sé algo del doctor Guayanos, aunque nunca he hablado con él.

Vi que Jeremy sonreía y añadí:

—Sin embargo, conozco a su hija.

—Tampoco yo he tratado al doctor Guayanos ni a su hija —declaró el senador—, pero muchos de mis colegas del Senado han hablado con él y creen lo que dice cuando asegura que la amnistía y las elecciones no son más que una trampa para obligarle a volver al país, donde pronto sería detenido o asesinado.

Por primera vez perdí el dominio de mí mismo.

—¡Solo hace dos semanas que en un pueblo, entre hombres, mujeres y niños,

asesinaron a cincuenta y siete! Quizá lo hicieron los bandoleros, quizá los soldados. Depende del periódico que lea, pero a mí no me importa quién los mató. Lo importante es que se les asesinó, y los responsables son los que apoyan a los bandoleros con armas y dinero. No se envió a los soldados para que atacasen a las mujeres y a los niños del pueblo, sino a liberarlo del dominio de los bandoleros. Durante demasiados años mi país ha estado gobernado por hombres que llegaron al poder por el camino de la violencia y la sangre. Ya basta. Si el doctor Guayanos cree en lo que predica, que vaya a Corteguay y se gane la Presidencia. El mundo será testigo de si hay o no engaño. Pero estoy temiendo que no sea mejor que los otros. Quizá cree más fácil alcanzar el poder por la fuerza que fiar en unas elecciones.

—O exponer su vida —replicó el senador.

—¡En especial su vida! ¿Acaso es más preciosa que la de los demás? —rebatí indignado.

El senador reflexionó unos instantes, y cuando habló lo hizo en tono muy suave:

—El mundo está lleno de cobardes que piden a los héroes que mueran por ellos.

Poco después me levanté.

—Lamento mucho haberle hecho perder tanto tiempo. Gracias por oírme.

—Soy yo quien debe darle las gracias —dijo el senador, levantándose—. He aprendido mucho con esta conversación. Pero como ya le dije, no veo de qué modo podría ayudarle.

—Me ha escuchado con atención, y esto ya es mucho. Siempre es más de lo que cualquier miembro de su gobierno ha estado dispuesto a hacer desde que estoy aquí.

Mientras nos dirigíamos hacia la puerta agregó:

—Me gustaría verle de nuevo. Socialmente, a fin de que pudiéramos llegar a ser buenos amigos.

—Para mí sería un placer.

—¿Aceptaría una invitación de mi hermana para cenar en su casa?

—Con mucho gusto.

—Muy bien —dijo en tono de satisfacción. Y echándose a reír con un gesto un poco infantil, añadió—: Si llega a rehusar, mi hermana me mata. Está deseando conocerle.

catorce

Volví de Cape el lunes por la noche. Al día siguiente Jeremy tuvo que regresar a Washington, donde tenía su despacho principal, y yo sufrí una larga y decepcionante jornada asistiendo a las sesiones de los comités secundarios de las Naciones Unidas. Me sentía desasosegado e insomne. Eran casi la once de la noche cuando llegué a mi despacho del consulado. De pronto caí en la cuenta de que me había saltado la cena. El propio John Perona abrió la cortina de terciopelo rojo del Morocco y me guio a través de la atestada sala. Me había recibido con un gemido. Le sonreí.

—No parece muy satisfecho —le dije.

—¿Quién puede estarlo en un sitio como este? Problemas y nada más que problemas. Precisamente le estaba diciendo a mi hijo que solo faltaría que viniese usted. Y ya está aquí.

—¿Y por qué yo? —pregunté riendo.

—Pues porque precisamente hoy están aquí todas sus ex esposas, además de tres o cuatro de sus amiguitas.

Me reí con ganas.

—¿Quiere que les diga que se vayan a otra parte?

Me miró desconcertado, dudando si le hablaba en serio o en broma. Al fin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, solo esta noche. Parece como si todo el mundo se hubiera dado cita aquí esta noche.

Le seguí hasta la mesa de un rincón, con un diván arrimado a la pared que casualmente estaba libre. Sin duda alguna, aquella era la noche de las personalidades. Ali Khan con un grupo en una mesa; en otra vi a Amos Abidijan, el ex suegro de Marcelo; en su sitio habitual estaban Tina y Aristóteles Onassis con Rubi y su nueva esposa francesa. Al mundo del cine lo representaban Sam Spiegel y Darryl Zanuck en mesas distintas, y en otra el preeminente abogado internacional Paul Gitlin disertando sobre sus temas favoritos: su peso y asuntos literarios tan importantes como derechos de autor y venta de películas. Su paciente esposa, Zelda, escuchaba y esperaba la oportunidad de meter baza.

Me senté, y antes de que pidiese ningún vino, el camarero llegó con una botella de champaña, la descorchó y me llenó la copa. Miré a Perona interrogándole.

—Esta noche beberá champaña —me contestó—. Estamos demasiado ocupados para servir nada más.

—Usted se está volviendo muy incivilizado. Además, tengo hambre —le dije.

—Ya he ordenado a un *maître* que le sirva lo que pida.

Dio unas palmadas y se fue, y en el acto me encontré con el *maître* delante.

—*Oui, monsieur*?

Pedí una ensalada con aceite y vinagre, caviar Beluga y un filete poco pasado con patatas fritas. Me recosté en el diván y encendiendo un puro me dediqué a recorrer con la vista el salón para ver si Perona estaba en lo cierto.

Estuve por llamarle y decirle que se había equivocado en algo, pues si bien en seguida localicé a Carolina y Sue Ann, era dudoso que Amparo estuviese allí. Entretanto, el camarero trajo la ensalada y me puse a comer.

Terminaba cuando oí una voz delante de mí:

—No puedo creer lo que veo. Ciertamente que las cosas cambian. ¿Tú comiendo solo?

Hubiera identificado aquella cascada voz entre mil.

—Irma Andersen…

—Dax, muchacho —exclamó tendiéndome la mano.

Me incliné para besársela, y preguntándome si aquellos dedos como salchichas habrían sido jóvenes alguna vez.

—He estado trabajando hasta muy tarde y me vine para cenar algo. ¿Quiere acompañarme? ¿O quizá prefiere una copa de champaña?

—Nada de vino; mi dieta no me lo permite. Pero me sentaré un momento.

El camarero le acercó una silla.

—Dime, ¿qué has estado haciendo? Creí que te veríamos más a menudo ahora que estás de vuelta a Nueva York.

—Han surgido muchos problemas.

—Ya lo sé. Es terrible lo que está pasando en tu país. Se dice que habrá revolución.

—La gente habla mucho. No habrá revolución.

—Pues si es cierto lo que dices, sería una buena oportunidad para organizar de nuevo los viajes turísticos. La gente está deseando descubrir sitios nuevos. Los antiguos les aburren.

Miré a Irma intrigado. Era una vieja marrullera, y si hablaba así no era por el placer de oírse a sí misma.

—En el supuesto de que pronto quede todo tranquilo de nuevo —continuó—, necesitaréis un nuevo encargado de relaciones públicas.

¿De modo que era aquello?

—Está usted en lo cierto. ¿Pero quién, no siendo usted, puede llevar una campaña de esa clase con éxito? Y usted está siempre muy ocupada.

Asomó a su redondo rostro una burlona expresión, y bajando la voz dijo:

—Francamente, busco algo nuevo. Ahora que Sergei está tan bien establecido, tengo más tiempo libre.

—¡Maravilloso! ¿Puedo llamarla mañana? Concretaríamos una fecha para hablar del asunto.

—De acuerdo, muchacho.

Se levantó.

—Oh, por cierto… ¿te has dado cuenta de que Caroline de Coyne y Sue Ann Daley están aquí?

—Sí; ya las he visto.

—Y Mady Schneider y Dee Dee Lester y…

Levanté la mano interrumpiéndola.

—No siga. Las he visto a todas.

—¿Y sigues comiendo solo?

—No se inquiete por mí —respondí riendo—. A veces me gusta comer solo.

Pero poco después ya no pude repetirlo. Dania Farkas, al volver de su actuación, así que me vio vino a hacerme compañía y quizá porque ya no estaba solo las otras vinieron a mi mesa. Sue Ann, intrigada por si había algo entre Dania y yo; a los pocos momentos fue Dee Dee, que no podía perder la ocasión de hacer alguna escena siempre que Sue Ann estuviese delante. Y minutos más tarde se nos agregaban Carolina y Mady Schneider, pues Mady no soportaba que la dejasen de lado.

Un silencio total se apoderó de la mesa, mientras todas ellas se miraban y empezaban a preguntarse por qué diablos se habían acercado a mi mesa. Sin embargo, Perona salvó la situación; llegó con dos camareros y dos botellas de champaña, y mientras lo servían me dijo por lo bajo y con gesto preocupado:

—Dios quiera que no pase nada.

Lo cómico del encuentro hizo que me riese sin ninguna discreción, viéndome como si fuese el sultán del Morocco.

—No se preocupe. Sencillamente, las señoras han querido celebrar una reunión improvisada.

Al oírme, ellas rieron y la tensión cedió, poniéndose todas a hablar y a reír a la vez, con lo que la expectación de las mesas vecinas fue menguando y cada cual reanudó el interrumpido diálogo, que casi siempre era el mismo: hablar mal del prójimo o de los propios asuntos.

Eran ya las dos cuando salí del restaurante con Dania.

—Fue muy divertido —dijo Dania—. Mirándonos unas a otras y cada una haciendo cábalas sobre lo que pensaría la otra.

—Sí, muy divertido. Pero no me gustaría que se repitiera cada día. Es agotador.

Ella se echó a reír diciéndome:

—Sube a casa y te tomas la última copa. Te apaciguará.

—Subo, pero solo unos minutos. Mañana tengo mucho trabajo.

Salí de su apartamiento alrededor de las cinco. Viéndome en el espejo del ascensor me quedé asombrado: parecía un náufrago. Tenía dos arañazos en el cuello y en mis oídos resonaban todavía los gemidos y chillidos de placer. Me miré con tristeza. Había resultado peor de lo que yo esperaba.

El portero me miró cuando salí. No se veía ningún taxi y tuve que ir andando hasta Park Avenue, donde siempre esperaba alguno. Mientras andaba no me di cuenta de que un coche me seguía, hasta que oí la voz de ella que me llamaba:

—¡Dax!

—¡Beatriz!

Se hallaba sentada junto al conductor. Sus ojos verdes tenían una curiosa expresión dolorida.

—Te hemos estado siguiendo toda la noche, esperando el momento de verte solo.

quince

Lo maravilloso de Nueva York es que no importa la hora que sea del día o de la noche; siempre hay un sitio adónde ir. A las cinco de la madrugada, si uno está en el este de Manhattan, el lugar adecuado es Reuben, un restaurante de calidad, de ambiente muy agradable y donde lo mismo te sirven un café que una comida completa. Cuando Beatriz y yo entramos, Reuben estaba casi vacío; la gente que llegaba a primeras horas de la mañana aún no se había levantado, y los pocos que había en el local eran noctámbulos rezagados. El camarero ni siquiera fijó su aburrida mirada en mi esmoquin. Ya estaba acostumbrado; a aquella hora era lo normal.

—¿Qué va a ser? —preguntó.

—Café. Un tazón y muy fuerte.

—También quiero café —dijo Beatriz.

El camarero se retiró. Quise cogerle la mano pero ella no la movió de la mesa.

—Me quedé muy preocupado cuando vi que te habías ido. He estado pensando en ti todos los días.

Me miró con dolor y con gesto de reproche.

—Tienes el cuello arañado y sangre en el cuello de la camisa.

—Tendré que decirle a mi barbero que vaya con más cuidado —le dije tratando de bromear.

—No veo que la cosa sea tan divertida —contestó con talante serio.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas?

Calló hasta que el camarero trajo el café, y entonces me dijo en tono agresivo.

—¡No estuviste tan preocupado!

Me bebí medio tazón de café, y sentí como si me recobrase.

—No quiero reñir contigo, Beatriz. Además, no es por eso por lo que finalmente te has decidido a verme.

Se quedó con los ojos fijos en su taza. Quizá no fui muy justo al hablarle así, pero era la verdad.

—Mi padre no cree en lo que le dije. Insiste en que es una celada.

—¡Tu padre! —repliqué iracundo—. Y los cincuenta y siete campesinos muertos de Matanzas, ¿también cree que fueron una celada?

No contestó.

Entonces me acordé de las palabras del senador diciéndome que los cobardes piden a los héroes que se sacrifiquen por ellos.

—¿Qué estás diciendo?

Sin darme cuenta había hablado en voz alta. Lo repetí añadiendo algo de mi cosecha.

—Tu padre me da la misma impresión del general sentado muy confortablemente

a varias millas del campo de batalla, seguro de que el derramamiento de sangre a que conducen sus órdenes nunca le manchará las manos. Si tu padre cree de verdad que representa la voluntad del pueblo, que vaya a Corteguay y se enfrente con el Presidente en las elecciones. ¿O quizá tiene miedo de perder y quedar como un simple charlatán?

Beatriz frunció los labios. Luego replicó violentamente.

—¡Si mi padre creyese en la buena voluntad del Presidente, iría!

—El Presidente mantendrá su palabra —exclamé en el mismo tono suyo—. Si ha hecho su promesa públicamente, ¿cómo podría retirarla ahora, aunque quisiera?

—¿Eres sincero. Dax?

—Sí.

Al cabo de unos minutos Beatriz me preguntó:

—¿Estarías dispuesto a conocer a mi padre y hablar con él?

—Cuando quiera.

—¿No habrá condiciones impuestas? ¿Vendrás solo?

—Sí.

—Yo se lo diré.

Beatriz se levantó, y al ver que trataba de acompañarla, me atajó con un ademán.

—No me sigas.

—Beatriz… —le supliqué intentando cogerle la mano.

De nuevo se mantuvo distante.

—¡No! Cometí una gran equivocación. Creí que pertenecíamos al mismo mundo, pero tenían razón los que me aconsejaron que no tuviese tratos contigo. Ahora lo veo.

—Beatriz, deja que te explique…

—¡No me toques! —exclamó, temblándole la voz.

Se volvió rápidamente y salió del local. La vi marcharse con un agudo dolor en el corazón. Fui a una de las ventanas y vi que arrancaba su coche.

—¿Algo más, señor? —me preguntó el camarero.

—No, nada más.

Cuando salí afuera, bajo la pálida luz del amanecer, pensé con tristeza que no le había preguntado cuándo volvería a verla.

La voz de Marcelo a través del teléfono tenía un tono confidencial.

—Ya he averiguado lo que le interesaba.

—Bien.

Me interrumpió al instante.

—¿Puede venir a verme y hablaremos? —me propuso. Evidentemente no se fiaba de los teléfonos.

Repasé mi agenda y vi que tenía una cita para cenar aquella noche.

—¿Puedo ir después de cenar?

—Sí. ¿Hacia qué hora?

—¿A las doce será demasiado tarde?

—No. Le diré a mi criado que espero una visita.

Colgué el teléfono quedándome pensativo. No esperaba que Marcelo me informase de la procedencia de las armas y de dónde salía el dinero con que se pagaban.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Entre.

Apareció Prieto con un periódico en la mano.

—¿Ha visto esto?

Miré el texto que me señalaba. Era un párrafo corto en una de las páginas interiores del *Herald Tribune*.

DISCURSO SOBRE CORTEGUAY

El doctor don José Guayanos, antiguo rector de la Universidad de Corteguay, ex vicepresidente del gobierno de ese país y que actualmente vive exiliado en Estados Unidos, pronunciará esta noche en la Universidad de Columbia una conferencia cuyo tema será Necesidad de un Gobierno Democrático en Corteguay.

Miré a Prieto. Hacía más de una semana que había visto a Beatriz y era la primera noticia que indirectamente me llegaba de ella.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Prieto.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —exclamó sorprendido—. ¿Va a permitir que vierta sus mentiras en público?

Me recosté en el sillón y respondí:

—Aquí no estamos en Corteguay. En este país cada ciudadano tiene el derecho de hablar como le plazca.

—Al Presidente no le gustará. Ha estado buscándolo durante casi dos años, y ahora se atreve a presentarse en público para lanzar falsas acusaciones.

—Me importa un bledo lo que opine el Presidente.

El mismo Prieto tenía que comprender que era la primera tentativa para poner a prueba la sinceridad de la amnistía. Por primera vez empecé a sentir cierto respeto por Guayanos. Aunque fuese en Estados Unidos donde hablase, el hacerlo ya demostraba valentía.

—Pero… —protestó Prieto.

—Asumo la responsabilidad —le corté bruscamente—. ¡Y haga el favor de mantenerse alejado de él! No haga nada que le pueda perjudicar.

Prieto me miró un momento con expresión ambigua, y se sometió a

regañadientes.

—Sí, excelencia.

—¡Prieto! —le grité cuando ya estaba cerca de la puerta—: Recuerde lo que he dicho. Si me entero de que usted o alguno de sus hombres tratan de acercarse al doctor Guayanos, yo encontraré la manera de que usted vuelva a Corteguay caído en desgracia.

Prieto se mordió los labios, pero no dijo nada.

—¿Me ha comprendido?

—Sí, excelencia.

En cuanto hubo dejado la estancia cogí el teléfono y llamé a mis habitaciones del piso superior ordenando a Gato Gordo que bajara. Lo que regía para Prieto regía también para mí. Por mucho que me hubiera gustado ir a escuchar el discurso de Guayanos, tenía que desistir. Incluso mi presencia podría interpretarse como una intervención.

Sin embargo, no existía ninguna razón para que Gato Gordo se abstuviera. Tuve el raro presentimiento de que Guayanos esperaba que enviaría a alguien, y que ese alguien podía ser persona importante. Y nadie mejor que Gato Gordo, por varias razones.

Bajo ningún aspecto podía considerársele político, y era de sobra sabido que su relación conmigo era estrictamente personal; él me traería una información exacta de lo que Guayanos dijese, que era probablemente lo que el mismo Guayanos deseaba, y luego quedaba lo más importante: Gato Gordo me diría si Prieto me había obedecido.

dieciséis

La hermana del senador me recibió en la puerta.

—Soy Edie Smith —dijo sonriendo—. Me alegro mucho de que haya podido venir. Aquí mi esposo, Jack.

El hombre alto y corpulento que estaba detrás de ella me miró con agrado.

—Encantado de conocerle, señor Xenos —dijo con un leve acento del Medio Oeste.

—El placer es mío, *mister* Smith.

—Vamos a la sala de estar —me invitó la hermana del senador cogiéndome del brazo—. Estábamos todos allí tomando una copa.

En la estancia había seis o siete personas de pie, todas conocidas, excepto la esposa del senador, una gentil morena sentada en un sillón y que evidentemente estaba encinta.

—Creo que los conoce a todos menos a mi hermano y a su esposa, ¿verdad? Cuando quieran podemos empezar la fiesta.

La señora Smith tenía tacto político, y sabía exactamente lo que debía hacer. Estreché la mano del senador como si fuera la primera vez que le veía y me incliné ante su esposa. Luego me dirigí a los otros.

Giselle me miró con gesto de reproche mientras me acercaba a ella.

—¿No te avergüenza que siempre tengamos que encontrarnos en casa de los demás? —me preguntó en francés—. Has rechazado tantas veces nuestras invitaciones a cenar que he dejado de insistir.

Le besé la mano y saludé a Sergei. Había engordado y tenía muy buen aspecto.

—Tenéis que disculparme —dije—. Las cosas vienen rodadas de tal manera que Dios sabe cuándo podré darme el gusto de aprovechar una cena decente.

La sonrisa desapareció del rostro de Sergei.

—Las noticias que publican los periódicos no son muy halagüeñas.

—Desde luego. La situación es muy seria, amigo mío. Muy seria.

Giselle preguntó inquieta:

—Pero tú no estarás en peligro, ¿verdad?

—¿En peligro? —pregunté sonriendo—. ¿No ves que estoy aquí?

—Pero si te ordenan volver a tu país…

—No te preocupes, querida —la interrumpió Sergei—. Dax sabe muy bien como protegerse —y dirigiéndose a mí añadió—: nos tenías muy preocupados. Pensamos mucho en ti.

—Me lo imagino.

Creí en su sinceridad, pues el tiempo me había enseñado a distinguir entre los amigos de verdad y los otros. Vi que Giselle tenía cogida la mano de su marido,

acariciándosela, y casi envidié su felicidad.

—Tenéis un aspecto excelente. ¿Cómo está Anastasia?

—¡Tendrías que verla! —respondió Giselle con orgullo materno antes de que Sergei dijese nada, y riendo me dijo como si viese en mí al demonio—: O quizá sea mejor que no la veas. Se ha convertido en una muchacha muy linda.

Jeremy se acercó diciéndonos:

—Los tres estáis tan sonrientes como gatos de Cheshire. Dejadme participar.

Seguidamente entró la hermana del senador, tomándonos a Jeremy y a mí del brazo y diciendo risueña:

—El privilegio de la anfitriona es ir a la mesa escoltada por los dos únicos caballeros que han venido solos.

Todos rieron y pasamos al comedor. Varias veces me sorprendí yo mismo por mi insistencia en observar a Giselle y a Sergei, y tuve que hacer un esfuerzo para no seguir mirándolos, pues se habrían dado cuenta. Se les veía unidos y enamorados. Entonces me dije que Beatriz y yo podíamos llegar a parecemos a ellos si las circunstancias nos protegían.

Después de cenar, el senador se me llevó aparte.

—No he olvidado nuestra conversación, y he hecho algunas discretas investigaciones.

—Le agradezco mucho su interés.

—Espero conseguir algo positivo. Me parece que la próxima semana tendré alguna noticia. ¿Estará usted en Nueva York?

—Creo que sí.

—Ya lo veré oportunamente.

Se separó de mí discretamente y se acercó a su esposa, quien se había sentado otra vez, y le preguntó cariñosamente:

—¿Cómo te encuentras, pequeña? ¿Estás cansada?

—Un poco.

—Vámonos, entonces. Y dejemos a estos jovencitos que se diviertan.

Poco después de irse el senador la fiesta fue decayendo, no tardando en ir desfilando unos y otros. Salí con Giselle y Sergei, a quienes esperaba su chófer. Me invitaron para que fuese a su casa a tomar unas copas.

—No, gracias. Tengo todavía una cita.

Sergei se rio entre dientes.

—Viejo zorro… Veo que no has cambiado.

—Siento desilusionarte —le contesté riendo—, pero es una cita de negocios. Voy a ver a Marcelo.

—Dicen que nunca sale de casa —dijo Giselle.

—Y es verdad —confirmó Sergei antes de que yo pudiese responder, añadiendo —: Fui a verle una vez, y está mejor guardado que las cajas de los bancos.

—¿Fuiste a verle? —le pregunté, pues lo que menos me podía imaginar era una

relación entre Sergei y Marcelo.

—Hace ya tiempo, poco después de llegar yo aquí. Ya conoces a ese bastardo. Quería venderme una participación en una compañía de esas que él funda.

—¿Y la compraste?

—Naturalmente. Marcelo será lo que quieras, pero debe de tener la fórmula de hacer dinero. Ni siquiera sé qué clase de compañía es, pero él me ha nombrado presidente y cada trimestre, como un reloj, me manda dos mil quinientos dólares en concepto de dividendos.

—Recuerdo aquella vez en Texas… —apuntó Giselle, pero luego miró a Sergei y se interrumpió.

Consulté el reloj.

—Os dejo, pues se me hace tarde.

Besé a Giselle en la mejilla y estreché la mano de Sergei, quien me dijo como si se lamentase:

—Se te ve muy agotado. Trata de tomarte un descanso.

—Así que termine esto de ahora.

—Y la primera noche libre que tengas, ven a vernos —añadió Giselle.

—Os lo prometo.

Esperé a que subieran al Rolls-Royce con el escudo dorado en la portezuela. Al arrancar me saludaron con un gesto de la mano y me fui a casa de Marcelo, situada unos bloques más abajo y en pleno Park Avenue, llegando allí un par de minutos antes de la hora fijada.

Al doblar la esquina vi a un hombre que salía de su casa, y cuando yo tiraba de la campanilla él se metía en un taxi. Miré pensativo hacia el taxi mientras se alejaba. Tenía la seguridad de que yo conocía a aquel individuo, pero era una noche muy oscura y no pude verle la cara…

Se encendió una luz dándome en los ojos, y comprendí que el mayordomo me estaba observando a través de la televisión de circuito cerrado. Poco después la luz se apagó y la puerta se abrió lentamente.

—Entre, *mister* Xenos —me invitó—. *Mister* Campion le está esperando.

Me condujo hasta el ascensor particular de Marcelo y mantuvo abierta la puerta.

—Apriete el botón de arriba, por favor.

Cerré la puerta y el ascensor empezó a subir.

Al llegar al piso de Marcelo me encaminé directamente al salón, y al entrar le vi a él saliendo de la habitación de los huéspedes.

—Hola, Dax. Cuánto me alegro de volver a verle. ¿Quiere beber?

Asentí y Marcelo me preparó un vaso de whisky escocés con hielo.

—¿Y usted? —le pregunté.

Movió la cabeza con desaliento.

—Órdenes del médico. Mi úlcera, ¿sabe?

—Salud —le dije, bebiendo un sorbo—. Espero que no le habrán prohibido nada

más.

—No; solo la bebida —contestó riendo, y en el acto tocó un botón de debajo del bar diciéndome—: No se pierda eso.

Salió la pantalla de televisión, y esta vez solo «actuaba» una chica en la habitación de los huéspedes. Estaba en la cama completamente desnuda, una botella de champaña en la mesita de noche.

En aquel momento encendía un cigarrillo.

Marcelo oprimió el botón de nuevo y desconectó.

—No está mal, ¿eh? Esta es nueva. Hace pocos días que está aquí. Las otras acabaron aburriéndome. Todas van detrás de lo mismo: del dinero.

No le contesté.

Qué esperaba entonces, ¿amor?

—¡Perras! —estalló Marcelo, repentinamente furioso—. Me parece que me tomaré un *chupito*, después de todo. Los malditos médicos no saben nada de nada.

Aguardé a que se hubiera preparado su trago.

—No quiero entretenerle.

Marcelo me miró.

—¿Sabe algo del Presidente?

—No. Por el momento parece que todo sigue en calma.

—¿Cree que podrá dominar el país?

—Me parece que sí. Principalmente si descubrimos la fuente de las armas e impedimos que sigan entrando en el país.

Marcelo recogió la insinuación, pues me dijo que tenía los papeles que yo buscaba.

Fue al escritorio, abrió un cajón y sacó un fajo de papeles.

—Aquí tiene.

Los examiné cuidadosamente. Era evidente que la compañía que enviaba los cargamentos era ficticia, pero la orden de pago era legítima. Tomé nota del número del cheque, del de la cuenta y del nombre del banco.

El número de la cuenta no me decía nada, pero el nombre del banco me era conocido: CZI. Respiré a mis anchas. Aquello era más de lo que había esperado. Se trataba de uno de los bancos de De Coyne.

—¿Le sirve de alguna ayuda? —preguntó Marcelo.

—No mucho —respondí disimulando; y guardándome los papeles en el bolsillo añadí—: Mañana investigaré. Quizás encuentre algo.

—Espero que tenga más suerte que yo —me deseó Marcelo—. No hubo manera de enterarme de nada. Ya sabe cómo son esos condenados bancos suizos.

—Ya le notificaré algo. Espero que sus capitanes verifiquen las cargas. No me gustaría que el Presidente descubriera nuevos cargamentos de armas en sus barcos.

—Están avisados —respondió en el acto Marcelo—. Creo que tendrán cuidado, pero tampoco puedo asegurar nada. A todos les tienta hacerse con algún dólar extra.

—En interés de usted, espero que no cedan a la tentación. Un envío más y el Presidente podría cancelar la concesión.

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

Miré a Marcelo con curiosidad. No pareció muy afectado por la amenaza, ni por la perspectiva de que la anulación de la concesión de Corteguay afectase a sus negocios. Atribuí su tranquilidad a que sabía que podía ejercer una rigurosa vigilancia, y de ahí que no le preocupasen mis palabras.

—Bien, me voy, Marcelo, pues si tardo en irme encontrará a su amiguita dormida.

Al dejar mi vaso sobre una mesita me quedé helado. En un cenicero había la colilla de uno de mis puros. Ahora sabía quién era el individuo que salía de casa de Marcelo cuando yo llegaba. Era Prieto. Recordé muy bien que unos días atrás, al decirme que le encantaban le regalé unos cuantos. Le di las buenas noches a Marcelo y al llegar a la calle tomé un taxi.

Me recosté en el asiento preguntándome qué relación podía existir entre Prieto y el financiero. Pero, al menos me había enterado de una cosa. Prieto no había ido a la conferencia de Guayanos.

Gato Gordo me esperaba levantado.

—¿Cómo fue? —le pregunté.

Me tendió unas páginas impresas.

—Aquí tienes lo que ha dicho. Las tenía preparadas para la prensa.

Las cogí sin mirarlas y le pregunté:

—¿Viste a alguien que nos interese?

—Miré bien, y no vi que estuviese Prieto. ¡Ah! —añadió como si lo olvidase—: Vi a la muchacha.

—¿Y ella te vio a ti?

—Sí.

—¿No te dijo nada?

—Sí —respondió con una sonrisa burlona—, pero no la comprendí muy bien. No sé qué me dijo de una cita en Keuben mañana a medianoche. No conozco ningún sitio que se llame así. ¿Y tú?

diecisiete

—Dax, este es mi padre.

El caballero de rostro pálido, enfundado en un desvaído jersey gris, se levantó de detrás de su mesa y me tendió la mano. Era una mano fina y delgada pero firme.

—Doctor Guayanos…

—Señor Xenos…

Había cierta rigidez en su expresión; dirigió una mirada a los hombres que había en la habitación y que nos observaban en silencio.

—Ya conoce usted a mi hermano —dijo—. El otro caballero es un amigo de toda mi confianza.

Incliné la cabeza a manera de saludo. Comprendía por qué razón no daba su nombre. Sin embargo, no era necesario, pues le reconocí inmediatamente: Alberto Mendoza. Un antiguo militar que conocí en una recepción. Me pregunté si comprendía que lo había reconocido.

Estuvimos unos instantes como desconcertados, hasta que Guayanos se dirigió a ellos.

—¿Quieren excusarnos? Desearía hablar a solas con el señor Xenos.

Mendoza nos miró como si vacilase.

—No se preocupe —añadió sonriendo Guayanos—. Estoy seguro de que el señor Xenos no pretende agredirme.

—Quizá no —respondió Mendoza en tono hosco—. Pero pueden haber seguido el coche. No me fío de Prieto…

El hermano de Guayanos contestó en el acto:

—Estoy seguro de que no nos han seguido.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Mendoza—. Usted conducía.

Yo no dije nada. Realmente era el menos indicado. Acepté sonriendo la sugerencia de Beatriz para que se me vendasen los ojos; ni siquiera sabía dónde estaba.

—No nos han seguido —aseguró ella fríamente—. He venido todo el camino mirando hacia atrás.

Mendoza, después de dirigirme una mirada hostil, salió con los demás de la habitación. Al quedar solos, el doctor Guayanos me pidió que me sentase.

Me acomodé en una silla, frente a él.

—Conocí a su padre. Fue un gran hombre y un gran patriota.

—Gracias.

—Como él, al principio yo también me puse de parte del Presidente, pero pronto me desilusioné.

Mirándose sus blancas manos, añadió:

—Nunca he podido comprender cómo un hombre como su padre siguió siéndole fiel.

Mirándole a los ojos le contesté:

—Porque creía que ya se había derramado demasiada sangre, y no quería que se vertiese una gota más. Entendía que primero debía reconstruirse y fortalecerse Corteguay, y a este fin dedicó todas sus fuerzas.

—Lo mismo hicimos todos nosotros —dijo Guayanos—. Pero hasta el más estúpido de nosotros, no tardó en comprender que lo único que hacíamos era perpetuar al Presidente en el poder. Él se atribuyó el mérito de todo lo realizado.

—Yo no veo qué hay en eso de reprochable —le repliqué—. He observado que todos los jefes de Estado del mundo hacen exactamente lo mismo. Pero dígame usted, doctor, ¿qué se habría conseguido de no estar el Presidente en el mando?

Guayanos me miró sin contestarme.

—Hoy todos nuestros niños van a la escuela hasta los catorce años. Antes del Presidente, solo los hijos de los ricos podían ir al colegio. El cuarenta por ciento de nuestra población sabe leer y escribir, y antes solo el tres por ciento…

Guayanos me interrumpió con un ademán.

—Conozco las estadísticas. Pero no justifican la corrupción y la riqueza personal del Presidente, acumulada a expensas del pueblo.

—De acuerdo. Pero aún así, las mejoras respecto al pasado son tan considerables…

Me metí una mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y vi que se ponía rígido.

—¿Puedo fumar? —pregunté.

—Desde luego —respondió visiblemente tranquilizado.

—Sin embargo, toda discusión sobre el pasado no solucionará nada. Es el futuro lo que debe preocuparnos, y creo que el Presidente ha llegado a la misma conclusión.

—¿Y por qué ahora y no antes? —preguntó Guayanos—. Lo único que le ha preocupado siempre ha sido conservar el poder.

—No puedo responderle a eso. Para hacerlo tendría que meterme en el cerebro del Presidente y saber qué piensa. Pero creo que empieza a darse cuenta de que no va a durar siempre, que se hace viejo, y le gustaría que se lo recuerde como el gran benefactor de su país.

Guayanos reflexionó unos instantes.

—No lo creo —declaró fríamente—. Entiendo que tiene miedo al ver que el pueblo se le resiste y que no disimula sus simpatías por los guerrilleros, sabe que le amenaza una revolución preparada concienzudamente.

—Si realmente cree lo que acaba de decir, doctor Guayanos, permítame que le diga que sufre una grave equivocación. El Presidente es uno de los pocos hombres que conozco que no sabe qué es el miedo. Además, es inteligente y listo, y piensa, y no ignora que esos a quienes usted llama guerrilleros son los mismos que antaño eran llamados bandoleros, hombres cuya existencia se cifraba en el pillaje, la violencia y

el asesinato. Pero también ve la utilidad política que de ellos sacan los comunistas. Sin embargo, la situación es mudable y pueden morir muchos innecesariamente por algo que se conseguiría por medios pacíficos.

Guayanos me miró con atención.

—Habla usted casi igual que su padre.

—No sería su hijo si no lo hiciera —le dije sonriendo.

—Entonces, ¿usted cree que el Presidente es sincero al ofrecer unas elecciones y decretar una amnistía?

—Creo que sí. ¿Por qué iba a desear otra orgía de sangre? Sabe que una situación tan inestable retrasa el progreso del país. Si no fuera por los bandoleros, solo la afluencia turística aportaría cincuenta millones anuales a la reserva nacional.

—¿Se ha señalado una fecha para las elecciones?

—¿Para qué? Nadie se ha presentado para oponérsele. Si no hay más que un candidato, las elecciones son una farsa.

—¿Qué garantías se nos ofrecerían a la oposición?

—¿Qué garantías exigen ustedes?

—Libertad absoluta para movernos por todo el país. Acceso a los periódicos y a la radio, pero sin censura; derecho a protegerme con hombres de mi elección, aunque algunos de ellos fuesen extranjeros, y fiscalización de la legalidad y la honradez de las elecciones por un observador de las Naciones Unidas, o de la Organización de los Estados Americanos.

—Me parece razonable. Haré llegar al Presidente sus sugerencias. Ahora, ¿puedo yo preguntar una cosa?

Afirmo con gesto cauteloso.

—¿Puede usted garantizarnos que cesará la oposición ilegal al gobierno?

—No puedo darle una garantía de esa clase, y usted lo sabe. Mis contactos con los otros grupos son solo superficiales en el mejor de los casos. Pero le digo a usted eso. No habrá oposición por parte de mi grupo, y emplearé toda mi influencia con los demás.

—Gracias. Esto era lo que esperaba oír.

—Yo tampoco quiero que prosiga el derramamiento de sangre.

—Por el bien de nuestra patria, esperemos que no lo haya.

Nos levantamos y Guayanos me acompañó hasta la puerta. Antes de abrir me dijo:

—Todavía no le he dado las gracias por lo que hizo por mi hermano. Tiene mucho temperamento y a veces llega al arrebato.

—Me lo dijo también Beatriz, pero solo hice lo que creí justo.

Pareció como si Guayanos fuese a añadir algo más, pero rectificó, y abriendo la puerta llamó:

—Entren. El señor Xenos y yo hemos terminado.

Me preguntó en tono de disculpa:

—¿Espero que no le molestará si le vendamos de nuevo los ojos?

—De ninguna manera.

Beatriz se acercó con el pañuelo negro y yo bajé la cabeza para que le fuera más fácil, y en el mismo instante recogí la mirada rencorosa de Mendoza y la expresión con que observaba a Beatriz. Las razones de su antipatía no solo eran políticas; también él estaba enamorado de la joven.

Cuando me quitaron la venda estábamos otra vez frente al Reuben. Parpadeé un rato, y luego le propuse a Beatriz:

—¿Quieres tomar un café conmigo?

Me miró en silencio e hizo un signo negativo con la cabeza. Seguidamente dijo:

—No. Es mejor que vuelva.

Le cogí una mano y no hizo acción de retirarla, pero no correspondió a mi cariñosa presión.

—Quiero verte —le dije—, pero solos. No en esa forma.

No me contestó.

—Beatriz, sentía lo que te dije aquella noche. No fue ningún juego.

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Yo… no te comprendo.

Me soltó la mano y miró a otro lado, añadiendo:

—Vete ya.

Silenciosamente bajé del coche.

—Dax, ¿mi padre estará seguro? ¿Has sido sincero?

—Sí, Beatriz. He sido sincero.

—Si…, si algo le sucediera, nunca me lo perdonaría.

—No le sucederá nada.

Mientras veía que el coche se alejaba por Madison Square, me sentí por primera vez deprimido y descorazonado, invadiéndome una extraña sensación de impotencia. ¿A qué obedecía mi desaliento?

Me acerqué a la barra del Reuben. El whisky me remontó el ánimo. Pero no iba a durar. Estaba próximo el momento en que recordaría mis propias palabras y me reprocharía el haber hecho la única promesa que no estaba en mi poder cumplir.

dieciocho

El Presidente escuchó en silencio a través de la línea telefónica el relato de mi conversación con Guayanos. Le leí la lista de las condiciones que exigía y al llegar a la última, la que requería la presencia de observaciones imparciales, hubo una pausa.

Luego me llegó la furiosa réplica del Presidente:

—¡Él muy hijo de perra! Ha pensado en todo menos en mi voto.

Me eché a reír diciéndole:

—Yo creo que lo habría hecho si lo hubiese creído necesario.

—Entonces, ¿qué crees? Si yo consiento, ¿él vendrá?

—Creo que sí.

—No me gusta. Si accedo a que vengan observadores, será lo mismo que admitir que nosotros no teníamos razón.

—¿Y qué importa? Usted no espera que gane él, ¿verdad? Su victoria será lo suficientemente clara para demostrar la voluntad del pueblo.

—Es verdad. Admito sus condiciones, con solo una mía. Pero no se refiere a él, sino a ti.

—¿Qué condición?

—Que te presentes conmigo para vicepresidente. Hace mucho tiempo que tenía esta intención, pues yo no he de vivir siempre, y así estaré seguro de que el gobierno quedará en buenas manos.

Esto era algo con lo que yo no había contado. Una vez más el viejo me pillaba desprevenido con su habilidad política. De este modo eliminaba a un posible candidato de la oposición incluyéndolo en su candidatura con todas las ventajas políticas que mi nombre le significaba.

—¿Por qué dudas? —me preguntó en el acto.

—Es que me sorprende y me abruma tanto honor. ¿Está usted seguro de que eso es un acierto? Puedo ser un inconveniente para usted, pues son muchos los que en Corteguay me miran en plan de enemigos.

No era necesario entrar en detalles. Él sabía, lo mismo que yo, quiénes eran. La Iglesia, por ejemplo. No pasaba domingo sin que desde varios púlpitos no se me dedicase alguna andanada por libertino y disoluto.

—Si a mí no me preocupa —replicó el Presidente—, ¿por qué te ha de preocupar a ti?

—Excelencia, estoy encantado y me honra aceptar su generosa oferta.

—Bien —dijo satisfecho—. Puedes decirle a ese traidor que acepto sus proposiciones. Las elecciones se celebrarán el domingo de Resurrección.

—Gracias, Excelencia. Se lo comunicaré.

—Hazlo, y dime en seguida su conformidad para que la prensa informe a la

opinión. —Y en tono jocoso agregó—: Lo has hecho muy bien, pero yo no dudé ni un momento de que la chica sería como natillas en tus manos.

Colgué el teléfono con amargo sabor de boca. Una vez más se me clasificaba como el Conquistador número uno. Traté de olvidarlo y pensé llamar a Guayanos, pero vi que no podía hacerlo hasta que fuese él quien se pusiese en contacto conmigo. Miré el calendario y vi que era el ocho de enero. Tendría que darse prisa o llegaríamos a las elecciones antes de que se enterase de que era candidato.

A las cuatro de la tarde volví a mi despacho del consulado después de una de las interminables sesiones de las Naciones Unidas, yéndome a la mitad, incapaz de resistir más. Sobre la mesa encontré un aviso para que llamase al senador.

—Tengo buenas noticias para usted —me dijo—. ¿Cuándo puede pasar a verme?

Miré el reloj y le contesté:

—Podría tomar el avión de las seis. ¿Es demasiado tarde para usted?

—No. Aunque llegue a las ocho, no importa. Le espero a cenar.

Además del senador había otros tres comensales. Su esposa estuvo unos instantes entre nosotros para tomar una copa, y en seguida subió a su habitación para descansar. No dudé de que lo que me tenía que decir el senador debía de ser muy importante, pues de otro modo no habría invitado a aquellos amigos. A mi derecha se sentaba el subsecretario de Asuntos Exteriores de la Oficina de Asuntos Latino-Americanos, y frente a nosotros los presidentes de los comités de Asuntos Extranjeros, del Senado y del Congreso.

—Podemos empezar a discutir nuestro asunto mientras comemos o después de cenar —dijo el senador—. Lo que ustedes prefieran.

—Lo dejo a elección de los caballeros —contesté.

—Pues empecemos ahora —propuso el senador que estaba sentado frente a mí.

—He celebrado varias conversaciones con estos caballeros acerca de la situación en Corteguay —empezó el senador—, y les he informado detalladamente de la entrevista que usted y yo tuvimos, estando bien impresionados, pero convengo con ellos en que hay muchos aspectos de la cuestión que deben discutirse y aclararse.

—Por favor, pregunten con entera franqueza.

Durante veinte minutos me asediaron a preguntas, y quedé muy sorprendido al comprobar que estaban mucho más enterados de nuestras cosas de lo que yo suponía. Era muy poco de lo sucedido en Corteguay durante los últimos veinticinco años que ellos no supiesen.

El diálogo y las réplicas se llevaron con un mutuo respeto, lo que no es frecuente en esta especie de reuniones. Ellos fueron brutalmente francos en sus preguntas y yo contesté con igual franqueza. Luego el senador miró a los otros como buscando su

consentimiento para proseguir. Ante su gesto de asentimiento, se dirigió otra vez a mí.

—Como ya sabe, su petición de un préstamo de veinte millones ha estado empantanada durante bastante tiempo.

—Exacto.

—Por una parte, se debía a que no sabíamos qué decidir al respecto. Sabíamos la amenaza comunista que pesa sobre Corteguay, y nos hubiera gustado ayudar a combatirla, pero también sabíamos que su gobierno no ha superado la corrupción ni el terrorismo político. Con franqueza, en muchos sectores gubernamentales se le considera muy identificado con los métodos del fascismo, y a su Presidente como un dictador, no mejor que cualquier otro.

Tras un breve silencio prosiguió:

—Esto nos creaba numerosas dificultades en el momento de decidir, pero con la aprobación de estos caballeros me permito hacerle una propuesta. Estamos dispuestos a promover el préstamo a Corteguay con la condición de que su Presidente, por el bien de Corteguay, renuncie y le ceda a usted la presidencia. En este caso podrían contar con el apoyo de los Estados Unidos.

En silencio paseé la mirada alrededor de la mesa. Todos me observaban con una expresión de curiosidad. Al fin encontré las palabras para expresar lo que sentía.

—En cuanto a mí, les doy las gracias, caballeros, por la confianza que me demuestran; pero hablando en nombre de mi país lamento profundamente que crean que su dinero les da derecho a intervenir en nuestros asuntos internos; respecto a mi Presidente, yo no puedo decirles lo que él haría, pero sí puedo exponerles lo que él ha decidido esta mañana, Todos estaban abiertamente interesados. Su instinto, guiado por la experiencia, les advertía que habían estado a punto de caer en una trampa.

—Esta mañana he aceptado la proposición de mi Presidente para que yo aspire a la vicepresidencia en las elecciones que tendrán lugar el domingo de Pascua. El candidato de la oposición será el doctor Guayanos. Los dos han acordado las condiciones que regularán las elecciones, siendo la más importante una supervisión de las Naciones Unidas o de la Organización de Estados Americanos.

El senador me dirigió una mirada que era un reproche.

—Usted no me dijo nada de eso por teléfono.

—No me dio usted la oportunidad.

Me preguntó con acento preocupado:

—¿Cree que Guayanos tiene alguna posibilidad de ganar?

Moví la cabeza negativamente.

—Como ustedes dicen: la misma que una bola de nieve en el infierno.

—En política no hay nada seguro —intervino el miembro del Congreso.

—Si Guayanos vence —repuso el subsecretario con su voz un tanto afectada—, no creo que nos convenga. Para mi gusto, el doctor está muy relacionado con los comunistas. Mendoza, por ejemplo, tiene francas simpatías en el Kremlin.

Oculté mi sorpresa, pues yo lo ignoraba. Pero explicaba la relación de Guayanos con el Cóndor, que siempre me había hecho cavilar.

—La cosa es puramente académica —afirmé—. El Presidente vencerá.

—¿Y usted será vicepresidente?

—Exacto.

El senador miró de extremo a extremo de la mesa.

—¿Qué opinan caballeros?

—Si lo consideran mejor —dije levantándome—, estoy dispuesto a retirarme el tiempo necesario para que puedan hablar más libremente.

El senador me invitó a sentarme, diciendo:

—De ningún modo. Si hemos hablado hasta ahora con la mayor franqueza, igual seguiremos hablando.

El subsecretario añadió:

—Estoy de acuerdo en seguir adelante con el proyecto, pero sobre las bases que ha expuesto el señor Xenos.

Los demás se sumaron a sus palabras.

—Bien. Estamos todos de acuerdo —subrayó el senador. Y dirigiéndose a mí declaró—: Cuente usted con nuestro apoyo para el préstamo tan pronto como se anuncien oficialmente las elecciones.

Respiré hondo. Por primera vez en muchos días tuve la impresión de que había hecho algún progreso. Pero todo se hundió a la mañana siguiente. El sueño quedó roto cuando me llegó por teléfono la voz de Beatriz.

—Me alegro de que me llames —le dije en tono que reflejaba mi excitación—. Dile a tu padre que he hablado con el Presidente y que está de acuerdo con las condiciones expuestas por él.

No me contestó.

—Beatriz, ¿no me oyes?

Siguió sin contestar.

—¡Beatriz!

Ahora sí me contestó y lo hizo en una voz fría, sin inflexiones.

—¿Acaso esta mañana no has oído la radio, ni leído los periódicos?

—No, anoche estuve en Washington hasta muy tarde y he dormido en el tren. Acabo de llegar ahora mismo y aún no he podido ni cambiarme de camisa.

Respondió con voz temblorosa:

—¿Quieres hacerme creer que no sabes nada de lo que ha ocurrido?

—¿Qué ha pasado? Beatriz, te ruego que renuncies a los jeroglíficos.

Entonces habló como si lo hiciese maquinalmente, sin transiciones y sin variar de acento.

—Esta madrugada, hacia las dos, mi padre salió a tomar un poco el fresco, acompañado, como siempre, de Mendoza. De pronto pasó un coche negro a toda velocidad, y desde dentro dispararon varios tiros. A Mendoza le hirieron en un brazo

y mi padre moría antes de una hora, en la ambulancia que lo llevaba al hospital.

De repente gritó con la voz rota, ronca:

—¡Dax! ¡Prometiste que no le ocurriría nada! ¡Juraste que estaba seguro!

—¡Beatriz, no lo sabía! ¡Por favor, créeme! ¡No lo sabía!

En aquellos momentos lo único que yo deseaba era que ella me creyese. Exclamé desesperado:

—¿Dónde estás? ¡Necesito verte!

—¿Para qué, Dax? ¿Para decirme más mentiras? ¿Para hacerme promesas que luego no cumplirás? Ya no puedo volver a confiar en ti.

—¡Beatriz…!

Colgó el teléfono; yo me quedé anonadado, impotente… Me levanté y abrí violentamente la puerta de mi despacho.

—¡Digan a Prieto que venga! —rugí.

Y dando un portazo volví de nuevo a la mesa. El interfono zumbó y lo conecté.

—¿Qué hay?

Me respondió la atemorizada voz de mi secretaria.

—Creí que lo sabía, señor. El señor Prieto se fue esta mañana a Corteguay, en el avión de las nueve.

Abrumado, me dejé caer en la silla. Me latían las sienes violentamente y el corazón parecía que quisiera saltarme en pedazos. Todo se había perdido. Todos mis trabajos y mis esperanzas para nada. Me oprimí las sienes con las manos intentando pensar, no obstante el terrible dolor que me invadía. Pensar. Tenía que pensar.

De algo tuvo que valerse Prieto para saber dónde se escondía Guayanos, y solo pudo ser siguiéndome a mí el día en que me entrevisté con el padre de Beatriz. Su habilidad era grande para pasar inadvertido. Recordé lo que me pasó con Prieto y Hoyos en Florida. Tenía que haber supuesto que él hallaría un medio para que todo fracasase. Hubiera debido mandarlo a casa.

Me había creído el más inteligente, convencido de que las cosas se desarrollarían según mis deseos, Prieto no se atrevería a enfrentarse conmigo. Bien, yo, el listo, había obrado como un estúpido. El único sabio era el Presidente, enviando a Prieto a hacer el trabajo que le constaba que yo no haría.

Sentí unas náuseas violentas y fui corriendo al cuarto de baño, vomitando hasta sentir como si me hubiese quedado vacío. Luego me lavé con agua fría y volví al despacho. Llevaba un rato sentado y respirando pesadamente, y entonces, aún en medio de mi dolor, advertí que me había olvidado de lo más importante.

No había conseguido detener el tráfico de armas.

diecinueve

—El senador está furioso —me dijo Jeremy por teléfono—. Cree que te has servido de él como de un muñeco; calcula cómo está. Le escuché hastiado. Estaba cansado de dar explicaciones que nadie quería oír ni creer. Todos tenían la convicción de que había sido una maniobra. Llegué a desear que no existiera la inmunidad diplomática, pues así hubieran tenido que probar abiertamente lo •que pensaban.

Pero de este modo, realmente tampoco podían hacer nada contra mí. Ni siquiera contestaría sus preguntas si se me antojaba. Podían pensar lo que quisiesen y la inmunidad diplomática era tan ventajosa para ellos como para mí.

—¿Le dijiste lo que te conté ayer?

—Sí. Quizá si no hubieras estado con el senador cuando se cometió el atentado, la cosa no presentaría tan mal aspecto. Pero ahora cree que fue tu coartada, y está muy molesto.

No contesté. ¿Para qué?

—Supongo que te darás cuenta de que el préstamo se esfumó.

—Sí, claro.

Mi secretaria colocó sobre la mesa mi cartera diplomática y me susurró:

—El coche lo está esperando para llevarlo al aeropuerto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Jeremy.

De pronto me sentí harto de confiar siempre en los demás. Nada de lo que planeaba me salía bien, y por lo tanto no podía culpar a los demás si me creían un embustero.

—Irme —respondí—. Me voy a París.

—¿A París? —preguntó Jeremy sorprendido—. ¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo qué pensarán todos?

—Me importa un comino lo que piensen los demás.

—Estás obrando precipitadamente, como si todo te tuviera sin cuidado.

—Y me tiene sin cuidado.

Jeremy tardó un momento en contestar.

—No lo creo. Te conozco bien. ¿A qué vas a París?

Irritado, le contesté con una bestialidad.

—¡A echar un polvo! ¿A qué otra cosa se puede ir a París?

Colgué el teléfono con violencia, pero me arrepentí en seguida de mi arrebato.

Yo no tenía derecho a mostrarme grosero con Jeremy, pues era el único que estaba de mi parte o por lo menos me hablaba. Iba a llamarle para excusarme cuando mi secretaria asomó la cabeza.

—El chófer dice que si no se da prisa perderá el avión.

Cogí la cartera y salí prometiéndome que a la vuelta lo llamaría.

Parecía extraño ver a Roberto en el despacho del barón, detrás de la mesa tallada y sentado en el sillón de su padre. Pero sin la menor duda aquel era su sitio, al que estaba destinado desde que nació.

—Tú conoces la ley —me advirtió—. Y el gobierno suizo es muy severo en este aspecto. Si te diéramos esa información perderíamos nuestra licencia.

—Porque conozco la ley he venido a verte —respondí.

Roberto se quedó preocupado. No quise insistir, abusando de la antigua amistad que nos unía.

—¿Cómo están Denisonde y los chicos?

—Si empiezo no acabo —me contestó sonriendo—. Soy el clásico padre.

—Me alegro. Entonces, supongo que están bien.

—Es una felicidad completa. Me comprenderás el día que tengas hijos tuyos.

Primero Sergei y ahora Roberto. Había en los demás una inclinación a enraizar, a crecer, una sensación de pertenecer a un ambiente natural. Yo era como un árbol al que solo le quedan los muñones de tanto podarlo.

—Te envidio —le dije sinceramente.

Roberto me dirigió una mirada de sorpresa.

—Me extraña que tú digas eso.

—Sí, claro. Llevo una vida tan disoluta…; conquistador, y todo lo demás.

—No he querido ofenderte, Dax.

—Lo lamento. La culpa es mía, y ya no puedo más. Parece que emprenda lo que sea, tiene que acabar mal.

—¿Qué crees que sucederá ahora? —preguntó Roberto.

—No lo sé. Pero si no se detiene el tráfico de armas, muchos inocentes lo pagarán con la vida.

—¿Supongo que no sospechas que estoy protegiendo ninguno de nuestros intereses?

Yo estaba delante cuando traspasó a sus primos ingleses todas sus participaciones en Corteguay.

—Sin embargo, tengo una gran responsabilidad —continuó—. Mucha gente depende de mí.

Me levanté comprendiendo que era inútil que siguiésemos hablando.

—Me hago cargo porque yo siento lo mismo que tú. Solo que en mi caso se trata de la vida de las personas, no de su bienestar. Gracias de todos modos. No quiero robarte más tiempo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Esta vez no pecaba de ligero al contestarle:

—Como no tengo otra cosa mejor que hacer, voy a ver si encuentro una mujer.

Y fui sincero al decírselo.

Marlene Von Kuppen. Esta era la mujer. Por medio de una columna de Irma Andersen me había enterado de que estaba en París. Y decidí probar la suerte. Aunque escasa, había la probabilidad de que todavía se relacionase con algunos antiguos amigos alemanes, especialmente de la zona oriental. Después de todo, había sido una Von Kuppen.

Un amigo periodista me dio su número de teléfono. Estuve llamando casi toda la tarde sin conseguir respuesta, pero al final pude hablar con ella. Tenía la voz ronca, como si acabara de despertarse.

—¿Quién?

—¿Marlene?

—Sí. ¿Quién es?

—Diógenes Xenos.

—¿Quién?

—Dax.

—Dax…

Y añadió con un leve tono sarcástico:

—¿No serás Dax?

—Él mismo.

—¿Y a qué debo el honor de esta llamada?

—Supe que estás en París y pensé que quizá podríamos cenar juntos esta noche.

—Tengo ya la cena comprometida.

Pero la curiosidad le hizo preguntarme:

—¿No te parece un poco tarde para convenir una cena?

—He estado llamando toda la tarde y al no contestar nadie pensé que habrías salido.

—Tú me conoces hace ya mucho tiempo. ¿Por qué ahora este repentino interés por mí?

Una pregunta tan directa no se merecía una respuesta desabrida.

—Porque antes alternabas con un amigo mío.

—Según tengo entendido, eso nunca ha sido un inconveniente para ti.

—Pero Jeremy es un verdadero amigo. Sin embargo, desde la primera vez que te vi en mi casa de Saint Tropez me dije que algún día…

Marlene no disimuló que la halagaba.

—Pero ya te he dicho que hoy no puedo. ¿Por qué no mañana?

Sabiendo que ya era mía, insistí:

—Mañana es lo mismo que hoy, y yo he esperado mucho tiempo. ¿Por qué no anulas esa cena? Mañana quizá ya no esté aquí.

Marlene vaciló murmurando:

—No sé…; creo… —pero cambió de tono y escuetamente añadió—: De acuerdo. Colgué el teléfono y me recliné en el sillón.

veinte

Eran más de las tres de la madrugada cuando el taxi se detuvo ante su apartamiento en la Avenida Kléber. Me miró con una curiosa expresión.

—¿Te gustaría subir?

—Oh, sí; gracias —dije casi ceremoniosamente.

Pagué al taxista. Sin hablar cruzamos la arbolada avenida pisando la hojarasca otoñal que había en la acera, brillante de la lluvia caída poco antes. Frente a su casa había una fila de coches aparcados.

Al llegar al portal, Marlene sacó del bolso la llave y me la dio. Abrí y subimos en el ascensor al tercer piso. Con la misma llave abrí la puerta del apartamiento.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó al entrar.

Tras mi afirmación me señaló un bar portátil.

—Sírvete lo que quieras. Vuelvo en seguida.

Me serví un *brandy* y empecé a beber y a pensar. La noche había sido un fracaso y yo una desdicha. Irritado conmigo, me pregunté qué demonios me pasaba.

Marlene volvió. Se había puesto un pijama de terciopelo negro de dos piezas, muy liberal la chaqueta, de tal suerte que no había confusión posible entre lo que era tela y lo que era carne. La negrura del pijama hacía que resaltase más la rubia y nórdica belleza de ojos azules.

—*Très jolie*.

Marlene no contestó. Se sirvió un *brandy* y se sentó enfrente de mí. Alzó la copa.

—Salud.

—Salud.

Ambos bebimos un sorbo. Marlene bajó la copa y sus ojos se encontraron con los míos.

—No me he enfadado, pero dime por qué me llamaste.

La miré sin contestarle. Una vez más me reproché por la estúpida idea de llamarla.

—No era lo que dijiste por teléfono. Ya no soy una niña —prosiguió—, y sé si un hombre está interesado de veras.

Tenía razón. Quizá yo ingenuamente esperé encontrar a la misma muchacha atemorizada que estuvo siete años antes en mi casa de Saint-Tropez. Sin embargo, los años no pasan en balde. Ahora era una mujer segura de sí misma, y en muchos aspectos muy diferente de lo que yo había esperado. Sabía tanto como yo. Si no más que yo.

—Lo siento —me disculpé torpemente—. Tengo muchas preocupaciones y no me he portado como debía.

—Ya lo sé, pues he leído los periódicos. ¿Pero no hay nada más? Has estado toda

la noche como sobre ascuas.

—Posiblemente.

—Conozco los síntomas porque también me ha tocado lo mío. Y tú pensaste que lo mejor para curarte de una mujer era otra mujer, y me llamaste a mí. Y no te ha servido de nada, ¿verdad?

En sus ojos había simpatía.

—No.

—Me ocurrió igual cuando Jeremy me dejó. No sabía qué hacer ni adónde dirigirme. Estaba enamorada de él, ya lo sabes. Y, sin embargo, siempre tuve la impresión de que lo nuestro era imposible. Nos separaban demasiadas cosas; la política, su familia… Yo soy alemana, y para mucha gente la guerra no ha terminado aún.

Parecía que hablase para ella misma.

—Cuando me casé era una niña; solo tenía dieciocho años, y en Fritz veía mi ideal: alto, guapo y rico. Pero yo no advertía que su «realidad» era sus «muchachos» y su desequilibrio mental le llevaba a aquellas aberraciones de sadismo antes de experimentar un orgasmo. Así, cuando encontré a Jeremy, no tuvo nada de extraño que me enamorase de él. Era sencillo, franco y sin complicaciones. Por primera vez me di cuenta de lo qué era ser mujer.

Me miró sonriendo tristemente.

—¿No te parece raro que hasta entonces no me supiese dar cuenta? Me creía incapaz de amar, y Fritz me repetía a todas horas que solo yo tenía la culpa del fracaso de nuestro matrimonio.

Nos envolvió un largo silencio. Marlene llenó de nuevo las copas. Del exterior llegaba hasta nosotros el ruido del tránsito del cercano Arco de Triunfo.

—¿Te sucedió a ti también algo parecido?

—No. Pero el final es el mismo.

—¿Te quiere?

—Creo que sí.

—¡Entonces es tonta! —aseguró con vehemencia Marlene—. ¿Y qué razón le impide ir a ti?

—Ya leíste la prensa. Es la hija de Guayanos.

—¡Ah…!

—Y aquí tienes la razón de por qué te he llamado. Las armas que entran en mi país proceden de la antigua fábrica Von Kuppen, de la Alemania Oriental. Y si no logramos cortar esos continuos alijos, morirán muchos inocentes. Busco un medio de ponerles coto. Trato de averiguar quién paga las armas y entonces quizá pueda ponerle remedio a la situación. Tenía la esperanza de que conocieras alguna persona que me pudiera proporcionar alguna información.

—No sé… —dijo indecisa—. Hace tanto tiempo…

—Te quedaría muy agradecido aunque fuesen pocos los datos que me

proporcionases. Ya he sufrido demasiada guerra.

—También yo —respondió en voz baja—. Era una niña cuando empezaron a caer las bombas sobre Berlín.

No contesté.

Su expresión y su voz eran otras.

—Había un hombre…, un suizo llamado Braunschweiger. Vivía en Zurich y recuerdo que muchas veces se entrevistaba con Fritz. Oficialmente no teníamos relación alguna con las fábricas del Este, pero él sabía lo qué hacían, y periódicamente le llevaba informes a Fritz.

Una esperanza excitada se apoderó de mí.

—¿Tú crees que querría hablar conmigo?

—No lo sé. Ni siquiera sé si vive.

—Podemos probar. ¿Dónde vivía?

—No recuerdo, Dax. Todo era muy secreto. Estoy segura de que no figura su nombre en ninguna guía telefónica de la ciudad, pero recuerdo muy bien la casa. Es muy extraña, y con una especie de alerillos sobre las ventanas. Si la viese la reconocería en seguida.

—Después de lo de esta noche no tengo derecho a pedírtelo, pero ¿tendrías inconveniente en que fuésemos juntos a Zurich y buscar la casa?

—Ninguno. Si no hubiese sido por ti, quizá nunca me habría podido librar de Fritz.

—Gracias —le dije reconocido—. Te llamaré mañana así que tenga las reservas para el avión.

Marlene se levantó del sillón y se me acercó.

—Hoy ya es mañana, a pesar de que todavía está lejos. Y nosotros estamos juntos, desilusionados, vacíos y solos.

Quizá fue el tono, quizá fueran las palabras, pero vi en Marlene lo que yo sentí muchas veces: soledad, dolor y necesidad de compenetrarse con otro ser humano, temor a la noche… O quizá me bastó ver en ella a la hembra, la cálida promesa de su cuerpo, o el brillo de su carne, que el pijama no llegaba a encubrir. Dejé la copa, y la estreché en mis brazos.

Era fuerte, más fuerte de lo que yo imaginaba. Pero utilicé su fuerza y ella la mía, hasta que acabamos rendidos uno en brazos del otro. Nos sentíamos tan seguros en nuestro mutuo afecto como dos animales dormidos en la noche.

veintiuno

Nos costó tres días encontrar la casa. Tres días recorriendo a pie y en coche calles, plazas, avenidas, callejas… Como todas las ciudades, Zurich había cambiado mucho y por doquier se sucedían nuevos edificios. Y fue por casualidad como la encontramos. Ya era casi de noche y el frío apretaba, Vi que estaba agotada y le dije al taxista que nos llevase al hotel lo más rápidamente posible. Yo también estaba rendido.

Aquello era como si buscásemos una sombra. Me recosté en el asiento y cerré los ojos durante unos minutos. Pero de pronto sentí que Marlene me apretaba el brazo.

—¡Aquí! —exclamó excitada—. ¡Es esta calle! ¡Estoy segura!

Di unos golpes en el cristal del chófer para que se detuviese. Marlene miraba atentamente por la ventanilla del coche, y yo le pregunté:

—¿Estás segura?

—No sé… —dijo ahora, como si dudase—. Me parece que sí.

El cansancio me desapareció como por ensalmo.

—Asegurémonos, Marlene —abrí la puerta y le dije—: Vamos a echar un vistazo.

Le pedí al chófer que nos esperase, y cogiendo a Marlene del brazo recorrimos toda la calle.

Eran la mayoría de sus viviendas como antiguas casas venidas a menos, y casi todas dedicadas a pensiones para turistas.

—¿No es esta? —le pregunté a Marlene.

Su voz me demostró la excitación que refrenaba.

—Casi no me atrevo a decirlo, pero podría ser. Recuerdo que la casa estaba más adentro de la acera que las demás. Fíjate. ¿No ves allá abajo una casa que queda más atrás que las otras?

Fuimos rápidamente y en seguida estuvimos frente a la puerta de la casa que me indicaba. No había duda. Era aquella. De piedra gris y con alerillos sobre las ventanas, como si fuesen tricornios.

—Vamos.

La cogí del brazo y nos dirigimos calle arriba hasta la entrada. Toqué la campanilla y en el acto una vieja sirvienta con cofia y delantal abrió la puerta.

—*Ja*?

—¿*Herr* Braunschweiger?

—¿De parte de quién? —nos preguntó desconfiando.

Marlene contestó con el instintivo tono de mando peculiar en las clases altas alemanas al dirigirse a sus sirvientes.

—*Frau* Marlene Von Kuppen.

Su nombre produjo un efecto inmediato. La mujer casi se postró con movimientos

apresurados, y nos entró en una pequeña salita, y después de pedirnos mil perdones por la molestia de hacernos esperar salió precipitadamente a buscar al dueño de la casa.

Retrocedí hasta el rincón más oscuro de la estancia al oír unas fuertes pisadas cerca de la puerta. En seguida apareció Braunschweiger, un hombre bastante corpulento y que rozaría la sesentena.

—*Frau* Von Kuppen —saludó haciendo chocar los talones e inclinándose para besar la mano de Marlene—, es un placer verla de nuevo. Me siento muy honrado que todavía me recuerde.

—*Herr* Braunschweiger…

Su fatua sonrisa se esfumó al darse cuenta de que no estaba sola Marlene.

—*Herr* Braunschweiger, permítame que le presente a su excelencia el Embajador de Corteguay en las Naciones Unidas.

—Excelencia… —exclamó chocando los talones de nuevo e inclinándose.

—*Herr* Braunschweiger…

Desconcertado, miró a Marlene, diciendo:

—No comprendo. ¿A qué se debe su visita?

—Su excelencia el embajador se lo explicará mejor que yo —respondió ella poniendo mucho énfasis en lo de embajador.

Evidentemente, al hombre le impresionaban los títulos.

—*Herr* Braunschweiger —le dije—, son asuntos muy importantes los que deseo exponerle, pero de pie… y aquí…

El tono de superioridad que empleé surtió su efecto.

—¡Oh, no, excelencia! Por favor, suban a mi despacho.

Seguimos a Braunschweiger al piso superior y entramos en el despacho. Era una estancia recargada en exceso de muebles de la vieja escuela teutónica y con un pequeño hogar en un rincón. Nos señaló los sillones que había delante de su mesa y él se sentó detrás, preguntando en un tono casi servil:

—¿En qué puedo serles útil?

En un tono que él seguramente no esperaba le abordé:

—Deseo saber quién paga las armas que la fábrica Von Kuppen de la Alemania Oriental envía a mi país.

Braunschweiger miró a Marlene y contestó dirigiéndose a mí.

—Tiene que haber alguna equivocación —murmuró—. Según mis informes esa fábrica no hace más que material agrícola. Además, actualmente no sé nada de sus actividades. Hace años que me retiré de la empresa Von Kuppen.

—¿Cuántos años, *Herr* Braunschweiger? ¿Antes de la guerra? ¿Después?

—No veo que eso sea de su incumbencia, señor —respondió con sequedad, levantándose en el acto y diciendo—: No estoy dispuesto a continuar esta conversación.

Yo seguí sentado y repliqué dando a mi voz el mayor tono de amenaza posible:

—En las Naciones Unidas tengo acceso a determinadas fuentes de información que no siempre llegan al público, incluso a ciertos gobiernos, *Herr* Braunschweiger. Sé todo lo de su antigua vinculación con la empresa Von Kuppen, y no ignoro sus actuales actividades.

Encendí un cigarrillo, y mientras expelía el humo seguí mirándole agresivamente.

—Ni yo ni mi gobierno estamos interesados en resucitar historias pasadas, ni ocasionar ningún perjuicio a todos los que estuvieron interesados en la empresa Von Kuppen. En particular si colaboran con nosotros.

Por suerte, Braunschweiger mordió el anzuelo.

—Debe comprender —repuso— que aunque antiguo director de la fábrica no soy responsable de la política que haya seguido, pues me ocupaba de la producción.

—Pero usted pertenecía al partido nazi —dije con la mayor suavidad.

Fue un tiro a ciegas pero acerté, porque cargos como el suyo no acostumbraban a desempeñarlos individuos que no perteneciesen al partido.

—Y su importante posición le permitía saber el desuno de los productos que se fabricaban —añadí.

El hombre palideció. Sabía muy bien, lo mismo que yo, que hacia el final de la guerra la fábrica Von Kuppen suministró más del noventa por ciento del gas empleado en Dachau y Auschwitz.

—Yo no sabía nada —tartamudeó—. Yo solo era un empleado que obedecía órdenes.

—Es una excusa razonable, pero es la misma a que recurrieron los acusados nazis en el juicio de Nuremberg.

—Yo soy ciudadano suizo —declaró Braunschweiger ásperamente—, y estoy protegido por la constitución de este país.

—¿Y cuánto tiempo cree que estará protegido por la constitución cuando se enteren de que se vendió a los nazis?

—¡Pero a los que colaboraron con los aliados no les han hecho nada!

—Exacto —admití—. Supongo, sin embargo, que usted ya sabe que cometió un error muy grave: se puso de parte de los que perdieron la guerra.

El hombre estaba nervioso en extremo. Se quitó las gafas y se las puso de nuevo, balbuceando:

—Es imposible. Aunque quisiera darle esa información, no podría. No tengo de dónde sacaría.

—¡Qué lástima, *Herr* Braunschweiger! —dije, poniéndome en pie—. ¿Se da cuenta de que podemos obligarle a declarar ante un tribunal?

Y dirigiéndome a Marlene añadí:

—Vámonos, *Frau* Von Kuppen. No tiene objeto permanecer más tiempo aquí.

—¡Un momento, excelencia!

Me volví hacia él.

—Si yo pudiera proporcionarle esa información, todo lo otro sería… —y se

interrumpió.

—Será olvidado —le aseguré—. Nadie sabrá nada…

Afirmación un poco temeraria, pues no era difícil que alguna otra persona interesada llegase a las mismas deducciones mías.

Herr Braunschweiger se quitó las gafas otra vez y las limpió nerviosamente con el pañuelo.

—No será fácil. Necesitaré unos días.

—Hoy es martes —le dije—. Yo dejé instrucciones para que se presentase el informe el viernes por la mañana, a menos que dé una contraorden.

—Tendrá la información que desea el jueves por la noche a más tardar.

—Me tiene en el Grand Hotel —y dirigiéndome a Marlene añadí—: ¿Vamos, *Frau* Von Kuppen?

Herr Braunschweiger seguía en posición de saludo cuando cerramos la puerta.

El jueves por la mañana, Marlene echó un vistazo por encima de mi hombro al informe que *Herr* Braunschweiger había enviado por un mensajero, y al ver mi expresión, me preguntó desconcertada:

—¿Qué significa?

—Significa que nos volvemos a París —respondí, ceñudo.

Si todo era como parecía, ni Roberto podría negarse a darme la información que le pedía.

veintidós

Toda la prensa de la capital nos esperaba en el aeropuerto de Orly. Los periodistas franceses, con su fino olfato por el escándalo, nos rodearon mientras los *flashes* nos deslumbraban. Uno de los periodistas agitó un periódico, el *France Soir*, en cuya página primera y en gruesos caracteres leí:

«EL DIPLOMÁTICO PLAYBOY MANTIENE UN IDILIO EN SUIZA CON LA ANTIGUA HEREDERA VON KUPPEN.»

Cogí a Marlene del brazo y atravesamos el tropel de reporteros, maldiciéndome por no haberlo previsto. Las cosas ya estaban lo suficientemente difíciles de por sí, y solo faltaba tan inoportuna publicidad.

Cuando casi llegábamos al coche, un periodista tenaz se nos puso delante.

—¿Tiene intención de casarse con la señora Von Kuppen?

Si las miradas atravesasen…

—Entonces, ¿por qué fueron a Suiza?

—¡Para arreglarme el reloj, imbécil!

Lo aparté de un empujón y entré con Marlene en el coche. Gato Gordo se volvió desde su asiento y me dijo:

—Tengo un cable para ti.

Cogí el sobre azul y leí el cable sin ninguna dificultad. El Presidente ni se había molestado en emplear el código cifrado.

«¿QUÉ ESTÁS HACIENDO EN EUROPA? STOP. VUELVE A NUEVA YORK. STOP. NO SON MOMENTOS PARA ANDAR DE PARRANDA. STOP.»

¡Una parranda! En mi país la palabra tenía un significado particular.

Malhumorado, estrujé el cable.

—¿Malas noticias? —me preguntó Marlene.

—No —respondí secamente—. Es el Presidente, que es peor que nadie. Cree que me estoy divirtiendo.

Una chispa de humor asomó a sus ojos.

—Tampoco creo que haya sido muy aburrido.

La miré sonriendo.

—No, no ha estado mal del todo.

—Yo lo digo por mí. Dudo que pueda andar en una semana.

Roberto se sorprendió al oírme por teléfono.

—Creí que estabas en Suiza.

Al parecer, también había leído los periódicos.

—Pero ya he vuelto. Necesito hablar contigo lo antes posible.

Roberto encontró un pretexto.

—Hoy estoy muy ocupado.

—Es muy importante —insistí.

Era viernes y al día siguiente los bancos suizos cerraban hasta el lunes.

Al cabo de unos instantes decidió:

—Estoy citado para comer con mi padre en el Crillon. ¿Quieres venir? Le encantará verte.

—Iré.

—Tiene muy buen aspecto, señor barón.

El barón, que no se dejaba engañar por los halagos, me sonrió con cierta ironía.

—Eres muy amable, pero la verdad es que estoy envejeciendo.

Él y su hijo se miraron intencionadamente. Roberto parecía incómodo y nervioso.

—Mi padre tiene algunos achaques, pero trato inútilmente de convencerle de que son propios de la edad.

El barón se echó a reír.

—¿Cómo lo sabes? Soy yo el que lleva los años a cuestas.

El camarero trajo el café y el barón se llevó la taza a los labios con delicadeza.

—He recibido una carta de Carolina; me dice que te vio hace unas semanas en Nueva York.

—Sí, tomamos una copa en el Morocco.

—¡El Morocco! —exclamó sonriendo el barón—. Es una especie de club donde todo el mundo se encuentra, ¿verdad? Bueno, si tenéis algún asunto importante que discutir, adelante. Aunque ya no me ocupe de nada, todavía me interesa todo.

—Gracias.

Al fin llegaba el momento. Roberto había tratado durante la comida de desviar la conversación, y no le vi muy satisfecho al verse obligado a responder delante de su padre.

—Si se trata del mismo tema que discutimos la vez anterior, lamento decirte que sigo opinando lo mismo. Tienes que comprender nuestra posición.

—No quise forzarte entonces, Roberto, y no quiero hacerlo ahora. ¿Pero no puedes reconsiderar tu decisión?

Roberto no contestó y le vi como si quisiera seguir en su terquedad.

El barón nos miró con curiosidad, y mientras encendía un puro dijo:

—No sabía que hubiese algún problema entre vosotros.

No contesté, pues no era yo quien debía hacerlo.

Roberto dijo a regañadientes:

—Dax quiere que le proporcione una información muy confidencial acerca de nuestro banco en Suiza. Y me he negado.

El barón asintió lentamente, y dijo mirando al puro:

—Roberto tiene razón. No solo se trata de las leyes específicas sobre ello, sino que entra también la ética.

—Ya comprendo, señor. Pero esa información es vital para mí.

—¿Tan importante como para pedir a un amigo que cometa un abuso de confianza?

—Tanto. Incluso para romper nuestra amistad.

El barón le preguntó a Roberto.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Dax?

Roberto le miró sorprendido.

—Lo sabes tan bien como yo.

—¿Te ha venido alguna vez con una pregunta de esta naturaleza?

Negó con un movimiento de cabeza.

—¿Con cualquier otra petición?

—No.

—¿Tú le has pedido ayuda alguna vez?

Roberto empezó a sentirse incómodo.

—Ya sabes que sí.

—Recuerdo muchas cosas. Me acuerdo de que Dax, durante la guerra, vino en ayuda tuya y de tu hermana sin que nadie se lo pidiera. Y cuando nos encontrarnos en dificultades con nuestro primo se brindó desinteresadamente. Ninguna vez vaciló en ayudarnos.

—Fue diferente —insistió, terco, su hijo—. No le pedimos que traicionara la confianza que otras personas habían depositado en él.

—¿Ah, no? —preguntó el barón en tono irónico—. Si recuerdo bien lo que le pedimos fue precisamente que mintiese. Y cuando un hombre miente, sea cual sea la causa, considero que es un abuso de confianza. ¿O no…?

—¡No! —respondió con vehemencia Roberto—. Aquello era un asunto de negocios. Dadas las circunstancias, obramos normalmente.

—Normalmente, quizá, pero… ¿y moralmente?

—¡La moralidad no tiene nada que ver en todo esto! —respondió Roberto irritado —. Y no eres tú precisamente el más indicado para hablar de moralidad.

El barón sonrió.

—No lo soy. Sería el primero en admitir que muchas cosas de las que he hecho no son morales. E incluso que hasta puede que lo vuelva a hacer. Pero lo que hice fue a

sabiendas de lo que hacía, y no me engañé nunca acerca de la verdadera naturaleza de mis actos, como haces tú.

Roberto no dijo nada y miró con acritud a su padre.

—Lamento mucho, Dax —dijo el barón—, que yo no pueda ayudarte. Me conoces lo suficiente para saber que si me fuera posible te proporcionaría la información que deseas.

—No lo dudo, señor.

El barón se puso de pie después de mirar la hora.

—Perdóname, pero me tengo que ir. No, no os mováis. Adiós, Dax.

—Adiós, señor.

El barón le dijo en voz baja a Roberto:

—Hijo, un joven tonto que cree saberlo todo es peor que un viejo tonto. Tienes que aprender a escuchar.

—Ya escuché —replicó Roberto—. Y mi respuesta es inmutable.

—Entonces es que no has meditado en lo que has oído. Dax te ha dicho con la mayor claridad que no quería presionarte, y que reconsiderases tu respuesta. Esto quiere decir que puede obligarte a pensarlo mejor, aunque no quieras.

Roberto enrojeció un poco al mirar a su padre.

El barón le puso una mano en el hombro.

—Hijo mío, sabiendo lo que tú…, lo que nosotros… le debemos a Dax, ¿por qué no dejas, aunque sea momentáneamente, la ética a un lado? Proporcionando a un amigo lo que necesita, evitas que se convierta en un adversario.

Nos miró a los dos sin decir nada más y se dirigió a la puerta mientras Roberto y yo no veíamos la manera de romper el silencio.

—Desde que se retiró —dijo luego Roberto—, mi padre se ha vuelto muy sentimental. Es una enfermedad propia de la vejez.

El comentario de Roberto sobre su padre desencadenó mi furia. ¿Cómo podía un hombre saber tanto y haber aprendido tan poco?

—En menos de cinco minutos tú vas a envejecer rápidamente —le dije con talante serio.

—Venga, Dax —exclamó riendo—; puedes impresionar al ingenuo de mi padre con tus salidas, pero no a mí. Te conozco muy bien.

—¿Sí, eh?

Y le pregunté furioso:

—¿Sabes algo de una compañía llamada De Coyne Freight Forinarding?

—Sí… Esa compañía se fundó con el propósito de mandar cargamentos a Corteguay, cumpliendo nuestro primitivo acuerdo con tu país. Tu mismo padre firmó los papeles en nombre de su gobierno.

—¿La compañía todavía pertenece al banco?

—No.

—¿A quién, entonces?

Roberto sonrió ligeramente.

—No te lo puedo decir. Cuando después de algunos años de inactividad comprendimos que no podíamos esperar ningún rendimiento, la vendimos, pero acordando con los nuevos propietarios que seguiría con el mismo nombre. Eso es perfectamente legal, según las leyes suizas, y se repite en muchas compañías navieras.

—Entonces, para el hombre de la calle, vosotros sois los propietarios, y, por lo tanto, responsables de las actividades de la compañía.

—Pues… sí.

En el acto Roberto me miró con cierta inquietud, y añadió:

—Es una práctica corriente. Todo el mundo sabe que se trata de un subterfugio.

Dejé que Roberto fuese midiendo las perspectivas, y le pregunté poco después:

—Supongo que también estás enterado de las actuales actividades de la compañía.

—Tengo una ligera idea —respondió, cauteloso.

Saqué los papeles que me había dado Braunschweiger y los dejé caer encima de la mesa. Fui igual de sutil que una patada en los cojones.

—Entonces —proseguí—, ¿he de suponer que el banco De Coyne no tiene inconveniente en ejercer de consignador de las armas fabricadas por la antigua Von Kuppen Fabrik de Alemania Oriental?

Roberto palideció.

—¿Qué… qué dices?

—Lee estos papeles.

Detenidamente repasó el extracto del contrato entre el gobierno de la Alemania del Este y la De Coyne Freight Forwarding Co. Cuando me miró le vi que transpiraba y que no salía de su estupor. En realidad, parecía enfermo.

No sentí la menor piedad por él, diciéndome que aquello era el premio que merecía por su estupidez. Por algo su padre le acababa de advertir que era mejor arreglar las cosas en plan de amigos. Si yo llevaba adelante el asunto, podía hundir al banco De Coyne, pues los dos sabíamos que nadie creería en las protestas de inocencia del banco.

—No eres tan inteligente como crees, Roberto —le dije sin dureza—. Te has dejado coger.

Aquella misma tarde todos los informes llegaron de Suiza en avión, y Roberto y yo estuvimos hasta muy avanzada la noche examinándolos. En mi cartera no cabían los documentos. Era una historia que hedía, y en medio estaba Marcelo, como un pulpo, cuyos tentáculos se proyectaban hacia todas las direcciones.

Por la mañana llamé a Marlene para despedirme.

—¿Te vas ya?

—Estoy en el aeropuerto.

—Siento que los periódicos hayan tramado toda esa historia. Espero que ella no la crea.

—No importa.

Lo dije en serio. Pensé en todas las cosas equívocas que me separaban de Beatriz, y agregué:

—De todos modos, no fue culpa tuya, Marlene.

—Dax, fue agradable, ¿verdad? Entre tú y yo, quiero decir.

—Sí, Marlene.

Siguió un silencio de unos segundos, y luego en voz tan baja que apenas pude oírla, agregó:

—*Auf Wiedersehen*, Dax. Cuídate mucho.

—Adiós, Marlene.

veintitrés

Al entrar en el despacho auxiliar del consulado me encontré con el teniente Giraldo. Se levantó de un salto y me saludó militarmente.

—¡Excelencia…!

—Teniente Giraldo, es una sorpresa verle en Nueva York —le dije, tendiéndole la mano.

Me la estrechó ceremoniosamente.

—Para mí también, señor. Cuando la guerra de Corea fui piloto de las fuerzas americanas y me han enviado aquí para que haga un cursillo de repaso.

—¿Un cursillo? Pero si no tenemos aviación.

—Ya lo sé. Por eso me han mandado aquí.

—Venga a mi despacho.

Giraldo me siguió y luego de cerrar la puerta le dije:

—Así que es usted piloto…

—Pero de aviones de hélice de un solo motor. He venido para aprender el pilotaje de los de reacción.

—¿Aviones de reacción?

Como siempre, el Presidente tenía grandes proyectos. Si se llevarían a cabo y cómo, era lo que yo no sabía.

—¿Cómo van las cosas por allá?

—Pues… —vi que Giraldo dudaba—. Cada día peor. Los bandoleros han atacado a varios pueblos más, aunque los periódicos no lo digan. Presumo que es por eso por lo que se me ha hecho venir. Quizá se recurra a los aviones para combatirlos.

—¿Y las armas?

—No lo sé. Hoyos está al frente del puerto y nadie sabe nada. Sin embargo, no hay noticias de que se hayan apresado nuevos cargamentos.

No le contesté. Según mis informes, las armas seguían entrando y se necesitaba algo más que un Hoyos para evitarlo.

—Curatu se ha convertido en un campamento militar —prosiguió Giraldo—. El pueblo no respira, pero vive como si estuviese esperando algo, y después de las ocho de la noche ya no se ve a nadie por las calles. Es como una ciudad donde solo corren fantasmas.

—Quizá pronto se arreglen las cosas —le animé.

—Ojalá —deseó el teniente—. Es terrible vivir así. Parece como si estuvieses en una cárcel inmensa.

Sergei se puso rojo de ira.

—¡Mataré a ese hijo de puta!

A través de las ventanas de su despacho vi cómo los últimos rayos del sol iluminaban los tejados vecinos, pero los ojos me dolían de cansancio y me moría de sueño. Las noches que pasé volando se dejaban sentir.

—Tenía que haberme dado cuenta de cómo es —exclamó mi amigo reprochándose a sí mismo—. Cuando ese bastardo te ofrece algo por nada es porque te tiende una celada.

—Fuiste demasiado ambicioso, Sergei. Estabas vencido antes de que se te acercase.

—¿Qué hay de malo en querer unos dólares más? —respondió en tono defensivo —. Aquí los impuestos se te comen vivo. Así que uno manda un poco de dinero a Suiza. Todo el mundo lo hace.

Contemplé la lujosa oficina y recordé el apartamiento de dos pisos de la Quinta Avenida, su magnífica casa en Connecticut y el Rolls-Royce negro con su escudo en la puerta.

—Cuando no poseías nada no tenías que pagar impuestos.

Comprendió lo que yo estaba pensando y sus ojos se entrecerraron.

—Fuiste un loco —añadí—. Arriesgaste mucho por muy poco; caíste en manos de un ladrón por unos miserables dólares.

En realidad no le estaba diciendo nada que no supiera ya; sin embargo, insistió en su actitud defensiva.

—Tampoco soy el único.

Si quería proporcionarse aquella especie de consuelo, allá él, pero desgraciadamente Sergei tenía razón. Roberto también se había visto mezclado en el asunto a causa de su codicia, y solo Dios y Marcelo sabían cuántos más.

Después Sergei me preguntó:

—¿Qué he de hacer ahora?

—Nada. Soy yo el que hará.

Sergei estaba más que contento de cooperar.

Mentalmente repasé todos los detalles. Marcelo había comprado la compañía de Roberto poniéndola a nombre de Sergei y conviniendo que se dedicaría a exportar los productos del príncipe a Estados Unidos, y Roberto, sabiendo el volumen del negocio de Sergei, aceptó sin vacilar.

Entonces Marcelo se dirigió a Sergei y le dijo que había en venta unas pocas acciones de la De Coyne Freight Forwarding Company, y le ofreció el cinco por ciento por casi nada. Como el nombre de De Coyne era sinónimo de seguridad para Sergei, no dudó, mayormente después de decirle Marcelo que con Roberto habían acordado nombrarle presidente, que fue lo que más le halagó. Los dividendos que Sergei percibía y las ganancias que hacía llegar al banco De Coyne eran lo suficientemente satisfactorios para que a ninguno de los dos le diese por curiosear.

Me indigné conmigo mismo por no haberme dado cuenta de quién estaba detrás

de todo el asunto, pues desde que empecé a oír hablar de las armas, ya me asaltaron las sospechas. Inconscientemente me acordaba de las historias más o menos vagas que había oído respecto a cómo Marcelo logró hacerse rico en Oriente traficando en armas. Los grandes beneficios de semejante negocio le habían engolosinado, y yo fui tan estúpido como los demás.

Sergei estaba sentado detrás de la mesa de su despacho cuando le pregunté:

—Como presidente de la compañía, firmarías papeles, ¿verdad?

—Sí.

—¿Los tienes?

—No; Marcelo se los llevó siempre, diciendo que con él estaban más seguros.

—¿Qué es lo que tienes, entonces?

—Solo los resguardos de mis acciones.

—Dámelos.

Cogió el teléfono y ordenó:

—Tráigame la carpeta roja que hay en mi archivo personal.

A los pocos instantes entró la secretaria diciendo:

—¿Es esto lo que desea, alteza?

La miré con disimulo para ver si lo de «alteza» lo había dicho en broma… Pero no; la secretaria no bromeaba.

Cuando salió del despacho le sonreí a Sergei, diciéndole:

—Mis plácemes, alteza. Por fin conseguiste que tu trasero sea regio.

Sergei tuvo la decencia de ruborizarse.

—Ha sido un buen negocio —admitió; y poniéndome los documentos delante, añadió—: Aquí los tienes.

Eran del tipo normal de certificados, en papel verde con orla dorada. Arriba figuraba impreso el nombre de la compañía, con el número de acciones que cada certificado representaba escrito a máquina. Debajo, una en cada esquina, las dos firmas autorizadas. Una era la de Sergei, como presidente, claro, y la otra que yo esperaba que fuese la de Marcelo no lo era; Marcelo, con su fino instinto, había evitado su nombre, pero el que lo sustituía como secretario de la compañía no era menos interesante: Alberto Mendoza, pues envolvía las armas, los bandoleros y el grupo del Dr. Guayanos en el mismo paquete.

Me pareció como si el timbre del teléfono me llegase desde muy lejos. Casi dormido cogí el auricular y mecánicamente respondí:

—Diga.

Uno de los escribientes del consulado me dijo:

—Ya tengo la información que su excelencia me pidió.

Me senté en el borde de la cama luchando con el sueño y tratando de recordar qué información era aquella. El escribiente debió de comprenderlo porque en seguida

añadió:

—De Alberto Mendoza, excelencia.

—Ah, sí…

El nombre de Mendoza me despertó de golpe.

—¿Quiere usted subírmelo?

Colgué el teléfono y miré el reloj. Era casi medianoche. Recordé que al llegar al consulado desde el despacho de Sergei le había encargado al escribiente que me redactase un informe completo de Mendoza; luego subí a mis habitaciones, con la intención de ducharme, pero decidí tumbarme en la cama y descansar unos minutos. Era todo cuanto recordaba hasta que me despertó el teléfono. Tenía la boca seca, como pajosa, y las ropas pegadas al cuerpo y arrugadas. Me levanté y estiré los brazos. Al oír unos golpes discretos en la puerta me dirigí a ella, desabrochándome la camisa por el camino. A través de la puerta cerrada reconocí la voz de Gato Gordo.

—El señor Pérez está aquí.

—Que entre.

Gato abrió y entró el escribiente, pequeño, canoso ya y muy tímido.

—Entre, Pérez. Le agradezco mucho que haya sacrificado parte de la noche para lo que le pedí.

—Ha sido un placer, excelencia. Aquí tiene el informe.

—Gracias, Pérez.

—¿Se le ofrece algo más, excelencia?

—No, gracias. Ha hecho más que suficiente. Buenas noches.

—Buenas noches, excelencia.

Puse la hoja que había mecanografiado Pérez sobre la cómoda y empecé a leer mientras me desnudaba.

Alberto Mendoza: Nacido el 28 de julio de 1921 en Curatu; edad 34 años.

Padres: Pedro Mendoza, comerciante; Dolores García.

Educación: Asistió a la escuela de los jesuitas de Curatu, donde se graduó con Honores en 1939. En la Universidad de México cursa Ciencias Políticas y Económicas, con Honores en 1943. En la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, licenciado en Ciencias Políticas en 1944.

Carrera: Nombrado teniente del ejército en julio de 1944. El 10 de noviembre de 1945 es juzgado por un tribunal militar bajo la acusación de distribuir literatura comunista y haber intentado organizar cuadros comunistas entre la tropa. Sentencia: culpable y condenado a diez años de trabajos forzados. Recobra la libertad con la amnistía política de 1950.

Varios: Desde Corteguay se dirige a Europa en 1950. Se le pierde la pista hasta septiembre de 1954, cuando se une a Guayanos. De su vida privada no se sabe nada.

Me senté en el borde de la cama, y mientras me quitaba los zapatos llegué a la conclusión de que el Presidente estaba en lo cierto cuando dijo que Guayanos tenía concomitancias con los comunistas. Pensé en Beatriz y sentí una enorme tristeza. Nos separaban demasiadas cosas para que nuestro amor pudiera prosperar. Lógicamente tenía que creerme culpable de la muerte de su padre.

Maldije en voz alta y de pronto me sentí completamente desvelado. Ahora era inútil pensar en dormir. Miré de nuevo la hora. Marcelo estaría todavía levantado, pues nunca se iba a la cama antes de las tres de la madrugada. Aún no era demasiado tarde para lo que yo tenía que hacer.

veinticuatro

Marcelo ya estaba medio bebido cuando me abrió la puerta. De pie en el vestíbulo, mantenía un equilibrio muy inseguro. Sonrió, y casi me cayó encima, agarrándose a mis solapas.

—Dax, viejo zorro… He leído mucho sobre usted en los periódicos.

Lo trinqué del codo para que siguiese en pie y le repliqué en su mismo tono:

—Yo también he leído algo acerca de usted.

Marcelo no captó el sarcasmo, y me dijo acercándome el rostro:

—¿Sabe? Durante un tiempo creí que se había reformado, pero ya veo que no.

—Seguro —concedí en tono tranquilizador.

—Llega a tiempo. Celebraba una pequeña fiesta, pero ya empezaba a enfriarse. Venga.

Llevándome del brazo, casi me empujó al llegar al salón, medio oscuro, pues las lámparas estaban apagadas y solo había unas luces rinconeras. En un diván vi a dos mujeres, sin precisar su rostro ante la escasa claridad de la estancia.

—Me parece que ya conoces a las chicas. Beth, saluda a Dax.

La que estaba más cerca de mí dijo:

—Hola.

Reconocí a la rubia de pecho opulento que ya había estado allí otras veces.

—Hola, Beth.

—No estés ahí como una estúpida idiota —gruñó Marcelo—. Dale una copa.

La muchacha fue al bar mientras la otra seguía callada e inmóvil, en la penumbra y casi de espaldas.

—¿Es que no conoces a Dax? —exclamó Marcelo irritado—. ¿Es esa la manera de saludar a los amigos?

Ella levantó la cabeza, y su larga cabellera negra le cayó sobre los hombros.

—¡Dania!

—Sí, Dania —confirmó Marcelo en tono burlón—. Nunca creyó que la encontraría aquí, ¿verdad? Dania Farkas —repitió arrastrando las sílabas con rencor —. Es demasiado independiente e importante.

Yo estaba asombrado, sin abrir la boca.

—¡Maldita sea! —estalló de pronto Marcelo—. No es más que una… como todas.

Beth volvió del bar con dos vasos; Marcelo me ofreció uno quedándose él con el otro, mientras la muchacha iba a buscar otros dos, para ella y para Dania.

Al volver le dijo a Marcelo:

—Esto se está poniendo muy aburrido. Por un poco de música. Vamos a bailar.

—¡No, no tengo ganas!

Se bebió la mitad de su vaso y se echó al lado de Dania, diciéndole:

—¿Por qué tan seriecita? Estás entre amigos.

Alargó la mano tratando de llegarle al pecho, pero ella se la apartó en silencio.

Compadecida del mal rato que pasaba la otra, Beth puso un disco y se inclinó sobre Marcelo, los pechos desbordándole casi el escote. Repitió:

—Vamos a bailar.

Rabioso, Marcelo, de un violento manotazo le hizo volar el vaso, que fue a estrellarse contra la pared.

—¡Para ese maldito disco! —gritó—. ¡Te he dicho que no tengo ganas!

Beth miró a Marcelo con un odio feroz. De atreverse le hubiera matado, pero no dijo nada y paró el tocadiscos.

—No estás en el escenario —le dijo fríamente Marcelo a Dania—. Deja de representar. No vale la pena; Dax y yo te conocemos muy bien. Los dos nos hemos acostado contigo. Creías que no lo sabía, ¿verdad? —Y riendo histéricamente añadió —: Yo lo sé todo. Aquella noche del Morocco, cuando te llevó a tu casa, no salió hasta las cinco.

Sin responderle, Dania se levantó.

—Dax, ¿quieres llevarme a casa, por favor?

—Dax, ¿quieres llevarme a casa, por favor? —la remedó Marcelo—. Pues llévesela. Dicen que tiene usted una gran polla. Quizá quiera que la joda otra vez. Pero, le aconsejo que no vaya, es una pérdida de tiempo. Es lo mismo que si uno metiera la *picha* en una estatua de mármol. No sabe hacer otra cosa que yacer inmóvil. —Nos miró a ambos con expresión divertida—. una puta lo mismo que todas las demás. ¿Sabe por qué ha venido aquí? Porque todavía cree que se casará conmigo. ¿Qué le parece? Se está volviendo vieja, ya le falla la voz, y teme quedarse sin nada cuando llegue el fin de todo. —Empezó a reír de nuevo, añadiendo en tono astuto y taimado—: Pero ¿por qué tendría que ser tan tonto? Tengo todas las hembras que quiero, y sé que ella siempre estará a mi alcance mientras yo tenga dinero.

Dania me rogó otra vez, intensamente pálida:

—Dax, por favor…

Yo había oído ya suficiente y le dije:

—Sí; vámonos Dania.

—Váyase si quiere —gritó Marcelo—. ¿Cree que no sé lo que hizo en Suiza? Perico entre ellas. ¡El amante número uno del mundo! —Me escupió a los pies, agregando—: ¡Bah! Toda su inteligencia se reduce a la *picha*.

Estallé. Lo cogí por la axilas y lo levanté del diván.

—¡Bastardo asqueroso! ¡Debería matarte!

Me miró con ojos tristes.

—¡No tienes agallas!

Furioso, empecé a sacudirlo haciéndole bambolear la cabeza violentamente. Dania me asió por el brazo gritando:

—¡Dax, Dax! ¡Déjalo, por Dios!

Lo tiré contra el diván, y él se quedó recostado, inmóvil.

—No, si yo tengo razón. Sigue siendo Perico entre ellas. No tiene cojones de hacer lo que desea —Marcelo se había recobrado y su voz era más calmada—. Años atrás creí que era uno de los dotados. Pero si alguna condición tenía, ya la ha perdido. Ya no le queda nada.

Le miré con desprecio, sin hablar.

Marcelo emitió una carcajada.

—No me mire así porque ya conozco esta expresión. Se siente usted un modelo de virtud y santidad. Pues no. Buscó siempre el camino más fácil. A la zaga de su polla, fingía que lo que no quería ver no existía. Ha jugado con todo, pero nunca ha hecho nada de lo que estar orgulloso. Ha vivido de los demás: del Presidente, de sus esposas, incluso de mí… Es hora ya de que se tenga por lo que realmente es, Dax: un estúpido parásito, un *gigoló* elegante y nada más. —Marcelo aspiró profundamente —. ¿Cree que le servirá de algo lo que descubrió en Suiza? Bien ¿qué se propone hacer al respecto? Nada. Porque no puede usted hacer nada sin destruirse a sí mismo y a todos sus amigos.

Le miré. Por primera vez sentí un escalofrío de temor. Aquel hombre era un perturbado mental, un loco.

Cogió otro vaso de whisky y siguió hablando:

—¿Cree que cortará la entrada de armas, Dax? ¿Sabe a quién pertenece parte de la compañía? Al Presidente. Él quería dinero, y no le importaron unos cuantos disturbios. ¿Acaso habría conseguido el negocio sin la ayuda de él? Dijo que era lo mejor para reunificar al país; lo que ha ocurrido es que la cosa ha tomado más envergadura de la que sospechó en un principio. Pero no me preocupa, Dax. Estoy dentro, y me importa un bledo quién gane.

No sé si era la ira o el asco lo que me enfermaba, principalmente porque sabía que estaba diciendo la verdad. Me volví hacia Dania y le dije:

—Vámonos.

—Espere —replicó Marcelo—. Todavía no hemos terminado. —Se sacó una llave del bolsillo—. Vuelva después de que hayan jodido. Todavía tenemos asuntos que resolver. —Y me tiró la llave.

Yo la cogí al vuelo.

—¡Márchate tú también! —le gritó a Beth—. ¡Estoy más que harto de ti! —Nos siguió hasta el ascensor con un vaso en la mano, y al abrir la puerta me dijo—: No olvide volver, Dax. ¡Y si estoy dormido espere a que me despierte!

Cuando salimos del ascensor le advertí al mayordomo, que nos había acompañado hasta la calle.

—Volveré.

Y pensaba hacerlo. En términos médicos, Marcelo era un cáncer que corrompía todo lo que tocaba, y había que eliminarlo. Mi decisión estaba tomada. Marcelo tenía

que morir.

No había otra solución.

veinticinco

Al salir a la calle, Beth dijo:

—Yo no necesito taxi, pues vivo al otro lado de la calle. Marcelo quiere que viva cerca. Buenas noches. La vimos meterse en una casa de apartamientos mientras Dania y yo cogíamos un taxi. Apoyada en mi hombro, Dania temblaba y sollozaba en silencio.

—Tranquilízate. No tienes por qué volver a verle.

Dania levantó la cabeza, pero no vi su expresión debido a la oscuridad.

—Ojalá pudiera.

—¿Tan ligada estás a él? —le pregunté asombrado.

Bajó la cabeza, afirmando.

—¿Pero qué puede hacerte?

—Todo. Lo único que tengo de valor es mi contrato con la casa de discos, y él ha comprado la compañía.

—¿Cuándo lo has sabido?

—Esta noche. Por eso fui a su casa. Me llamó al teatro diciéndome que quería verme hoy. Se puso furioso cuando argüí que estaba muy cansada. Entonces me amenazó con que si no iba no grabaría ningún disco más durante el tiempo que falta para terminar mi contrato.

—¿Qué tiempo falta?

—Bastante. Siete años.

—Pero tendrá que pagarte.

—Solo el mínimo. La mayoría de mis ingresos proceden de la venta de mis discos, cuando exceden de la cantidad estipulada.

Además, según el contrato, puede, si se le antoja, impedirme cantar en cualquier teatro de ópera del mundo. Aunque los empresarios quisieran contratarme, no podrían.

—¿Qué tiene que ver el contrato de los discos con tu trabajo?

—Mucho —respondió—. Casi todas las compañías de ópera se rehacen de sus pérdidas con la venta de discos y con los derechos radiofónicos. Naturalmente, no les conviene ponerse a mal con las compañías grabadoras. ¿Qué compañía de ópera me contrataría?

—Siete años tampoco es toda la vida.

Dania me miró con ojos tristes.

—Para mí sí. Ya no soy una niña. He pasado de los treinta, y mi voz ya no es la de antes. Y aunque no fuera así, si él no quiere, no habrá quien me contrate. Aparecerán cantantes jóvenes y nadie se acordará de Dania Farkas.

Cuando el taxi se detuvo, Dania seguía temblando.

—¿Quieres subir, por favor? Me espanta quedarme sola.

Sin decir nada, pagué al taxista y subí a su apartamiento.

—¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Me quedé en el salón mientras ella estaba en la cocina; luego me acerqué al tocadiscos y vi que el que había en la platina se titulaba «Dania Farkas canta Carmen».

Lo pues en marcha y cerré los ojos al escucharlo. La rica y maravillosa voz de Dania llenó la habitación. Si alguien había nacido para cantar Carmen, sin duda era ella. Durante unos instantes magníficos Dania fue Carmen.

—Espero que te guste, Dax. Es café instantáneo.

—Con que esté caliente…

—Lo está.

Dejó la bandeja sobre una mesita y dijo:

—Sírvete tú mismo. Vuelvo en seguida.

Estaba en la segunda taza de café y escuchando la otra cara del disco cuando volvió, habiéndose cambiado el vestido de calle por uno de recibo. Pareció que el café que se bebía le iba devolviendo el color.

—Me dijo que le había costado mucho tiempo conseguir el control de la compañía. Yo le quise, puedes creerlo, pero es un hombre que solo se quiere a sí mismo, y para él no existimos más que para servirlo.

El disco terminó. Me quedé callado unos instantes, con la música todavía en mis oídos; luego me levanté diciéndole:

—Me voy, Dania.

—¿Vas a verle?

—Sí.

Apoyó la cabeza en mi pecho y murmuró:

—¡Pobre Dax…! Te tiene en sus manos, lo mismo que a los demás.

—No tiene nada —repliqué ásperamente—. ¡Nada! ¡Ni a nadie! Lo descubrirá muy pronto.

Sus ojos buscaron los míos y pareció que adivinase lo que yo estaba pensando.

—¡No lo hagas, Dax! —imploró en voz baja—. ¡No lo vale!

Sin responder me dirigí a la puerta, pero antes de que abriese me detuvo preguntándome:

—No soy como él dijo, ¿verdad? ¿Soy un pedazo de mármol?

Evidentemente, el borde sabía dónde herir. Había encontrado el punto flaco de Dania. La besé en la mejilla, diciéndole:

—No, Dania. Además, ¿qué sabe él de mujeres? Sin dinero, no habría llegado ni a la piel de ninguna.

Gato Gordo entró en mi habitación mientras yo estaba cargando el pequeño revólver. El sueño desapareció inmediatamente de su rostro cuando se fijó en lo que hacía.

—¿Qué quiere decir eso?

Cerré el revólver con un golpecito e hice girar la recámara. El ruido del piñoneo sonó suave y rítmico.

—Voy a hacer lo que hace mucho tiempo debía haber hecho.

—¿Campion?

—Campion.

Gato Gordo dudó un segundo y dijo:

—Será mejor que lo haga yo. Tengo más experiencia.

—No, Gato —dije, deslizando el arma en el bolsillo de la chaqueta.

—Te perjudicará a ti y a Corteguay. Ya hay bastante revuelo con lo de Guayanos.

—Pues que haya más, aparte de que me es más fácil que a ti convencer a la policía de que ha sido un accidente. ¿Quién dudará de mi palabra si digo que se me disparó el arma mientras la examinábamos?

Gato Gordo me miró con escepticismo.

—Además, soy embajador, ¿no?

Se encogió de hombros, pero vi que mi decisión le gustaba.

—Sí, excelencia. Pero, excelencia, ¿estás seguro de que te acuerdas de cómo se maneja ese «fierro»?

—Me acuerdo.

—Ten cuidado, entonces; no sea que te mates tú mismo.

Y me abrió la puerta.

Habían pasado casi tres horas desde que salí de casa de Marcelo cuando su mayordomo oriental, que al parecer no dormía nunca, me vio llegar otra vez.

—Tengo la llave del ascensor —le dije.

—Ya me lo ha dicho *mister* Campion. Pase usted. No olvide, al salir, de darle vuelta.

Encontré el salón igual que lo había dejado, y con las luces encendidas, pero no había nadie.

En seguida observé que la puerta de su dormitorio estaba abierta de par en par. Iba a llamar, pero me contuve diciéndome que para qué andar con cumplidos con un hombre al que se ha decidido matar. Y entré. La estancia estaba oscura y encendí las luces, pero no había nadie, ni en la cama señales de que alguien hubiese dormido. Miré el trascuarto donde tenía el ropero y el cuarto de baño, y ni rastro de Marcelo.

Volví al salón y quise abrir la puerta de la habitación de los huéspedes. Estaba cerrada. Seguramente que Marcelo habría llamado a otra mujer y con su enfermiza desconfianza había cerrado por dentro. Como no estaba dispuesto a esperar que saliese, di unos puñetazos a la puerta, gritándole:

—¡Marcelo!

Y nada. Vi que era inútil que siguiese llamando. Me fui al bar para beber algo, y diciéndome que era seguro que Marcelo estaba solo, pues estando con alguien habría tenido que contestar. Pensé que se habría dormido. Seguí bebiendo, e involuntariamente me fijé en el panel de enfrente. Me acordé de su extraño televisor y busqué el botón que lo hacía funcionar, con la esperanza de que me descubriese qué hacía Marcelo.

El panel se deslizó, y lo primero que miré fue la cama. Estaba vacía. Pero en el acto vi a Marcelo y me quedé sin respiración. Alguien se me había adelantado. Marcelo yacía en el suelo, muerto.

Estaba boca abajo, los ojos fuera de las órbitas y la hinchada lengua fuera de la boca. En mangas de camisa, tenía en el cuello una cuerda negra de seda, anudada lo mismo que una corbata, que le bajaba por la espalda, atándole las manos y los pies, y tan cerca entre sí las cuatro extremidades, que el cuerpo de Marcelo parecía un arco humano.

Me quedé asombrado ante la destreza con que se había cometido el crimen. Solo podía ser obra de un profesional. La cuerda estaba tan ingeniosamente dispuesta, que con seguridad Marcelo estaba todavía vivo cuando el asesino salió de la habitación, y fue él mismo quien se estranguló lentamente al intentar libertarse, pues cada movimiento suyo tensaba más el lazo.

Me bebí un trago y cogí el teléfono interior, pulsando el botón que llamaba directamente al mayordomo. Inmediatamente me contestó el sirviente de rasgos orientales.

—Dígame, *mister* Campion.

—No es *mister* Campion. Soy *mister* Xenos. ¿Vino alguien antes que yo?

Me pareció notar una ligera vacilación en su voz al contestarme.

—Que yo sepa, no, señor. No abrí la puerta a nadie desde que usted salió con las señoritas.

Miré hacia la pantalla.

—Entonces, llame usted a la policía. Creo que *mister* Campion está muerto.

Colgué el teléfono lentamente, encendí un cigarrillo y continué sorbiendo la bebida dispuesto a esperar a la policía; y entonces recordé lo que me dijera un tal Willie Sutton, un salteador de bancos, que cuando le conocí era un asiduo invitado a las reuniones sociales. Había publicado un libro que era su propia historia y que gozó de un éxito circunstancial.

«No hay nada seguro; una caja fuerte, un banco, una cárcel, hechos por el hombre, igualmente otro hombre, si se empeña en la empresa, puede acabar con su seguridad.»

Me pregunté qué habría dicho Marcelo si hubiese oído estas palabras. Probablemente nada. Estaría seguro de que él era el único que había construido un refugio inviolable. Sonreí tristemente.

Me pregunté también de qué le iban a servir ahora todas sus riquezas y planeamientos.

veintiséis

El asesinato de Marcelo fue una gran oportunidad para los periódicos sensacionalistas. Contenía todos los elementos esenciales para despertar el interés de las masas: la casa bien guardada, el apartamiento impenetrable, la habitación cerrada, y la víctima uno de los hombres más ricos y odiados del mundo. Por añadidura, tenían la historia de una intriga financiera internacional y la serie de fotografías de las muchachas públicas más bonitas del país Era un asunto perfecto, en el que no faltaba detalle, y en el que lo tenían todo, menos lo más importante: el asesino.

Al cabo de una semana, como todas las tardes desde el día del asesinato, recibí en mi despacho al capitán de la brigada de investigación criminal. Después de tanto dialogar nos hicimos un poquitín amigos.

Vaciando su pipa en un cenicero y golpeándolo discretamente, me dijo:

—*Mister* Xenos, nos llevará años completar esta investigación, y probablemente, cuando la hayamos terminado, estaremos tan lejos de saber con exactitud el nombre del asesino como ahora. No es que carezcamos de sospechosos, al contrario. Hay registrados lo menos cincuenta nombres de personas que tenían sus buenas razones para matarlo.

Sonreí para mis adentros pensando que el policía no tenía nada de tonto. Con mucha cortesía me había indicado que yo era sospechoso.

—Cada vez que vamos al apartamiento lo examinamos de arriba a abajo y siempre llegamos a la misma conclusión: el asesino no pudo entrar en la casa sin ser visto, y mucho menos subir.

—Sin embargo, alguien lo hizo.

—En efecto. Los criados están libres de toda sospecha, y el mayordomo tiene una coartada a la que no se le puede oponer un o ero.

El capitán se levantó añadiendo:

—Bien, ya le he entretenido bastante.

Me tendió la mano con una leve sonrisa y diciéndome:

—Espero que no tengamos que vernos de nuevo. Me jubilo a final del año.

Le miré con expresión interrogante.

—Quiero decir por circunstancias de esta clase. Observe que ya tuvimos que vernos a raíz de la muerte de otro hombre, hace dos meses.

Entonces recordé que cuando el asesinato de Guayanos también estuvo en mi despacho para interrogarme. Le estreché la mano riéndome con él.

—Un momento, capitán. Usted habla como si hubiera algún peligro para la gente que me trata.

—No es eso —replicó al instante—. Usted sabe muy bien lo que quiero decir.

—No se disculpe, capitán; le comprendo. A propósito, quisiera pedirle un favor.

—Si está en mi mano…

—Me gustaría hablar con la hija de Guayanos. ¿Sabe usted dónde podría hallarla?

Me miró como si le sorprendiese mi pregunta.

—¿No lo sabe?

—No.

—Al día siguiente de entregarle el cadáver, ella y su tío volvieron a su tierra para enterrarlo allá.

—¿A Corteguay?

—Sí. Tenía que suponer que lo sabía usted, pues su embajada hizo los trámites que exige la ley.

Comprendí que fue en los días que yo estuve en Europa.

—¿Iba con ellos un hombre llamado Mendoza? —pregunté.

—Creo que sí. Por lo menos fue en el mismo avión, pero como hizo escala en Miami, pudo quedarse allí. Si usted quiere, me puedo enterar.

—No, gracias, capitán. No tiene importancia.

El capitán salió del despacho y yo me senté diciéndome que era muy extraño que no hubiera recibido ni una notificación. Mendoza no era el tipo de hombre a quien Hoyos desdeñase. Pedí las listas de pasajeros del avión de Curatu de toda la semana, salidas y llegadas.

Él nombre de Beatriz y el de su tío estaban en todas, pero el de Mendoza no aparecía por parte alguna; lentamente doblé las hojas. Figurase o no en la lista Mendoza, yo estaba seguro de que se hallaba en Corteguay. Estuve a punto de enviar un cable para informar a Prieto y a Hoyos, pero no lo hice. Yo no era la policía secreta, y no tenía ninguna necesidad de mezclarme en un trabajo que me repelía.

La revolución no estalló hasta dos meses más tarde. Las primeras noticias que tuve fueron el domingo de Pascua, el día señalado para las proyectadas elecciones. Estaba yo en el apartamiento de Dania, desayunando con ella en la cama, cuando me preguntó:

—¿Te molestará si pongo el noticiario de la televisión?

—¿Tengo que vestirme para oír las noticias?

Dania se rio y manipuló el control remoto. Lo primero fue el consabido anuncio sobre la calidad de un jabón, y más anuncios de artículos que eran un prodigio. Al terminar los anuncios, el locutor engoló la voz y avisó:

—Y ahora, señoras y señores, desde el canal CBS de Nueva York… ¡las noticias!

El locutor se esfumó y apareció un individuo de talante serio sentado detrás de una mesa, regordete él, narigudo y ojos algo saltones. En seguida se te hacía simpático, pues la voz con que leyó las noticias era agradable y leía como los ángeles.

Mientras él leía yo comía.

—Buenos días, damas y caballeros. Les habla Walter Johnson de la CBS de Nueva York y les da las noticias de primera hora. Tenemos otro boletín sobre la lucha en Corteguay.

Miré a Dania y la vi con los ojos fijos en la pantalla.

«La batalla en las montañas entre las tropas del gobierno y los guerrilleros ha continuado toda la noche. Los rebeldes se han apoderado de otros dos pueblos, y se dice que han infligido graves pérdidas a los gubernamentales. Según las noticias dadas por su emisora de campaña, están a unos cien kilómetros de la capital, y dominan toda la parte norte del país.

»Mientras tanto, en el sur, una sección importante del ejército se ha pasado a los rebeldes y se dirigen al norte para unirse con ellos y cercar Curatu, donde se ha decretado el toque de queda; las calles están desiertas y no se oye más que algún tiro aislado de las tropas que en el puerto tienen la misión de protegerlo. Se dispara contra todo lo que se mueve.

»Por otra parte, esta mañana, el presidente, señor de Córdoba, ha hablado por la radio varias veces y ha hecho un discurso apasionado, rogando al pueblo que conserve la calma en medio de la crisis y conminando a los mandos del ejército y a las tropas a que se mantengan fieles al gobierno a fin de contrarrestar —y cito sus palabras— "la perniciosa propaganda de los comunistas en el sur y las violencias de los bandoleros en el norte". El Presidente concluyó diciendo que no se trataba de una revolución más, sino del primer intento del comunismo internacional para introducirse en las repúblicas sudamericanas, e insistió —y de nuevo cito sus palabras — en "que estaba sostenido con armas, hombres y dinero por potencias extranjeras". Expuso su intención de tomar personalmente el mando del ejército en cuanto tuviese la seguridad de dejar en buenas manos las riendas del gobierno, y prometió que no descansaría hasta "haber arrojado a todos los bandidos al mar y fuera de las fronteras por donde entraron en el país".

La cámara enfocó a Walter Johnson desde otro ángulo, viéndose que cogía otra hoja de papel.

«El Ministerio de Asuntos Exteriores en Washington anuncia planes inmediatos para evacuar, si la situación empeora, a los americanos residentes en Corteguay.»

Dejó la hoja sobre la mesa y cogió otra.

«La Pan American Airlines anuncia la suspensión temporal de los vuelos a Curatu hasta que la situación se normalice. Las rutas que hasta ahora eran Nueva York, Miami, Curatu, Bogotá, serán Nueva York, Miami, Bogotá.»

La cámara cambió de ángulo otra vez y ahora el comentador habló sin consultar nota alguna.

«Los intentos para ponernos en contacto con el embajador de Corteguay en la embajada aquí en Nueva York han sido infructuosos. Las puertas del consulado están cerradas a la prensa desde las primeras horas de hoy, ignorándose si *mister* Xenos

está en la ciudad.

»Y ahora las demás noticias: el desfile de Pascua en Nueva York será…»

Dania desconectó el televisor y cuando se volvió para decirme algo yo ya me estaba vistiendo.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

¿Qué significaba? Los pensamientos se me atropellaban y me confundían. Quizá Marcelo había tenido razón. ¿Con qué derecho pasaba yo las noches fuera del consulado cuando sabía que en cualquier momento la situación podía estallar? ¿Dónde estaba mi inteligencia? No tenía necesidad de preguntármelo. Marcelo me lo había dicho explícitamente.

—¿Qué significa esto? —repitió Dania.

—Significa —respondí con amargura— que en todo lo que he realizado y en todo lo que he emprendido… he fracasado.

veintisiete

Llegué al consulado en seguida y me abrí paso como pude entre la muralla de periodistas que lo tenían sitiado, atajándoles con un seco: «No tengo nada que decir» a las preguntas con que me acribillaron. Gato Gordo y uno de los empleados tuvieron que hacer grandes esfuerzos para poder cerrar las puertas.

—Llamen a la policía —ordené— y que despejen la entrada. Tu ven conmigo —le dije a Gato Gordo.

Mi secretaria me miró con una expresión de alivio.

—Hay muchas llamadas. El Presidente ha tratado de conferenciar con usted; también desde Washington el Departamento de Asuntos Exteriores…

—Tráigame la lista a mi despacho —ordené, conciso.

Tras cerrar la puerta le pregunté a Gato:

—¿Está la situación tan mal como dice la televisión?

Se encogió de hombros, con expresión impasible.

—Quién sabe… En estos tiempos nadie dice la verdad, pero seguro que no es buena.

—¿Dónde está Giraldo?

—Arriba, oyendo la radio.

—Dile que baje.

Gato Gordo se fue sin decir una palabra y yo cogí la lista de llamadas que me entró la secretaria.

—Póngame con el Presidente —le dije ya antes de echarle un vistazo.

—Sí, excelencia.

Me senté. La lista me advertía que por primera vez el mundo se fijaba en Corteguay. Había llamadas de todas partes: de la ONU, de los consulados de varios países, de los periodistas, del Departamento de Asuntos Exteriores, también del senador y de los dos congresistas que estuvieron en aquella cena de Washington.

Al oír el teléfono lo cogí inmediatamente. La voz del Presidente era dura, airada.

—¿Dónde diablos te metiste? —gruñó—. He estado toda la noche intentando comunicarme contigo.

Como no podía salirle con ninguna excusa, me callé.

—¡Si llegas a estar aquí te mando fusilar! —estalló.

Como eso ya no me gustó le repliqué desabrido:

—Lo podrá hacer la semana que viene, si todavía continuamos en el puesto. ¿Me quiere decir ahora cuál es la situación?

Siguió un breve silencio, como si el Presidente meditase lo que debía contestarme. Ya más calmado me dijo luego:

—Apurada, pero creo que podremos sostenernos si el resto del ejército se

mantiene leal.

—¿Lo hará?

—No lo sé —y por primera vez pareció algo desalentado—. Algunos de los que yo consideraba fieles hasta la muerte, como Vázquez, Pardo y Mosquera, son los primeros que se han pasado al enemigo; y, en cambio, otros de los que dudaba, como Zuluaga y Tulia están todavía conmigo. Depende del tiempo que pueda seguir convenciéndolos de que es segura nuestra victoria.

—¿Pero es probable?

—Si podemos obtener ayuda, y resistimos, sí. Tengo la impresión de que los rebeldes se decidieron a actuar al ver que el envío de armas se había interrumpido. De esperar más tiempo se habrían debilitado. Para ellos era cuestión de vida o muerte. O lo hacían ahora o nunca.

Pensé que la situación presentaba un aspecto tristemente irónico. Lo que yo había esperado que sucediera con la muerte de Marcelo había desencadenado precisamente lo contrario.

—¿Qué clase de ayuda necesita?

—Toda la que puedas obtener. Ponte en contacto con todo el mundo. Con la ONU, con Washington, con todo personaje que quiera escucharte. Necesitamos hombres, armas y dinero. Lo que sea. A estas alturas debieran darse cuenta de que si no nos ayudan ahora los comunistas asumirán el poder.

—Querrán saber los nombres de algunos. ¿Puede darme una lista?

—Te la enviaré por télex dentro de una hora. Están el Cóndor, Mendoza…

—¿Mendoza está ahí?

—Sí. Se afeitó el bigote y pasó tranquilamente por entre la misma policía, la cual no tenía ojos más que para contemplar a tu muchacha.

—¿Está bien?

—Está a salvo —replicó conciso—. ¿Cómo se reacciona por ahí? ¿Crees que hay posibilidades de obtener alguna ayuda?

—No sé. Es demasiado pronto para decirlo. Tengo una lista con muchas llamadas.

—Pues aprovéchalas.

—Los periódicos claman para que se les den noticias.

—¿Han dado a la publicidad mis discursos?

—Sí. Y también extractos por televisión.

—Por el momento ya es suficiente —dijo en tono satisfecho—. Ya te avisaré cuando crea oportuno que se les informe.

Colgué el teléfono y a los pocos instantes volvió Gato Gordo acompañado de Giraldo.

—¿Cómo está la situación? —me preguntó.

—Por el momento parece que la domina el Presidente.

—Bien.

—¿Deseaba verme, excelencia? —preguntó Giraldo.

—Usted me dijo que era piloto de aviación. ¿Se ve capaz de pilotar un bimotor Beechcraft?

—Sí, señor.

—Llévale al aeropuerto —le ordené a Gato Gordo— y que examine mi avión. Si puede pilotarlo lo lleváis a Florida.

—Lo puedo pilotar, señor.

—De acuerdo. Lo llevará al Broward Airport, en Fort Lauderdale, cerca de Miami. Si fueran a Miami, llamarían demasiado la atención. Una vez hayan llegado me llaman. Puede que tenga que ir a Corteguay a toda prisa y la Pan American ha suspendido los vuelos.

—Sí, señor.

Giraldo salió del despacho y Gato Gordo me increpó casi.

—Estás loco si piensas ir allí ahora. Sabes que no puedes hacer nada.

—No tengo intención de ir. Solo quiero tener el avión a mano, por si es necesario que vaya.

—Entonces eres más loco de lo que creía. Lo mejor y más seguro es que te quedes. Lo único que conseguirás es que te maten.

Quizá tenía razón, pero era lo único que podía hacer si quería conservar la dignidad. Ya había estado demasiado tiempo como si todo me fuese extraño.

—Mi padre hubiera ido —le repliqué.

Me miró con una expresión que ya le conocía, y que nunca traslucía lo que pensaba. Se encogió de hombros, y finalmente dijo:

—Si lo quieres así…

Al quedarme solo me dediqué a llamar a los que estaban en la lista.

Todo el mundo se mantuvo al margen. Simplemente simpatizaban con nosotros, pero nadie brindó una ayuda efectiva. Eran observadores a la espera de los acontecimientos. El secretario de la ONU fue tan cortés como categórico. No era asunto para que interviniese el Consejo de Seguridad. Además, se trataba de un asunto interno y la Organización no tenía derecho a intervenir en los asuntos privados de los países. Sin embargo, si yo lo deseaba, podía buscar la fórmula para que pudiera dirigir la palabra a la Asamblea General, aunque ya estaba acordado el programa de intervenciones para el día siguiente. Era todo lo que él podía hacer.

El Ministerio de Asuntos Exteriores quería saber simplemente si se habían tomado las medidas necesarias para la seguridad de los americanos residentes en Corteguay. Tenían un destructor cerca de nuestras playas por si era necesaria la evacuación, y yo aseguré que no corrían peligro alguno, pero que avisaría si la situación se agravaba.

Las repúblicas sudamericanas simpatizaban todas con nosotros, pero padecían problemas similares. Los países europeos lo consideraban como una pugna entre las dos mayores potencias, y se mantenían al margen, pues aunque desearan nuestra victoria, tuve la impresión de que irían con los rebeldes si fuera necesario. Lo único

seguro es que no querían en modo alguno verse mezclados en ningún conflicto. En cuanto a los pueblos en formación de Asia y África estaban lo mismo que nosotros.

Por fin le tocó el turno al senador, quien me dijo sin preámbulos:

—Necesito verle mañana. ¿Puede venir aquí?

—Lo siento, pero he de dirigir la palabra a la Asamblea General mañana por la tarde.

El senador dudó un momento.

—¿Ha hablado con alguno de los dos miembros del Congreso?

—No. Aún no he tenido tiempo de responder a todas las llamadas.

—Déjelo —me aconsejó—. Ya nos veremos todos mañana. ¿Cree que podrá llegar a casa de mi hermana sin que le vean?

—Lo intentaré.

—¿A qué hora?

—Procure que sea por la mañana, lo más temprano mejor. Así habrá menos posibilidades de que los periodistas estén al acecho.

—¿Qué le parece si desayunamos allí a las seis?

—De acuerdo.

Al dejar el teléfono me pregunté qué se proponía el senador. ¿Qué podría hacer cuando el gobierno se había mostrado tan frío con nosotros? Por el momento no había respuesta a la pregunta. Así que cogí de nuevo el teléfono. Estaba esperando la próxima llamada cuando entró Gato Gordo.

—¿Por qué tengo que ir con Giraldo? Ya sabes que no entiendo nada de aviones.

—Pero puedes vigilarlo.

—¿No confías en él?

—No lo sé —confesé francamente—. Pero no podemos correr riesgos. Si queremos volver a casa, ese avión es el único medio que tenemos. Por lo tanto quiero asegurarme de no perderlo.

—¿Y qué hago si descubro en pleno vuelo que es un traidor y hace sabotaje?

Le respondí ceñudo.

—Rezas. Ve con Dios.

veintiocho

Salí sin que nadie me viese por una puertecilla trasera del consulado y por el callejón llegué a la puerta del apartamiento vecino. Desde allí solo era cuestión de un corto paseo para trasladarme a la casa de la hermana del senador. De modo que anduve unos metros hasta Madison Avenue y allí cogí un taxi. Durante la noche había hablado dos veces con el Presidente. Las noticias no eran halagüeñas. Los bandoleros del norte habían avanzado más de cincuenta kilómetros hacia Curatu, apoderándose de una ciudad clave en la carretera del sur. El Presidente envió tropas de reserva a Santa Clara con la orden de resistir o morir. Santa Clara estaba a unos treinta kilómetros de Curatu, cerca ya del aeropuerto.

Lo único alentador era que entre las tropas del sur que se habían unido a los rebeldes las disidencias estaban a la orden del día. Ya varios coroneles habían disputado entre sí, a pesar de que las tropas gubernamentales no les habían infligido mayores daños, y su carencia de una dirección única y capaz evitaba que consiguiesen unirse a los rebeldes del norte y cercar Curatu, en cuyo caso la guerra habría terminado victoriosa para ellos.

La hermana del senador me hizo entrar en seguida, pues lo mismo que su hermano no gastaba el tiempo en cumplidos.

—Le esperan en el comedor.

El senador estaba sentado a la cabecera de la mesa, y entre los que le acompañaban me encontré con un personaje inesperado: George Baldwin, del consulado americano en Curatu. No comprendía su presencia allí, pero él me decía poco después que hacía una semana que había llegado para informar a su gobierno de la situación de Corteguay.

—Hacía tiempo —dijo— que esperábamos que encendiesen la mecha, pero no sabíamos cuándo lo harían.

Después de tomarme el café que me ofreció el senador dije:

—Bien, caballeros. ¿No dijeron que deseaban verme? Pues aquí me tienen.

—Todos —afirmó el senador sin vacilar— hemos sido tremendamente injustos con usted, y debido a ello quizás hemos cometido un error catastrófico.

Los miré a todos, asombrado.

—¿Y a qué obedece su rectificación?

El senador miró a Baldwin y luego a mí.

—Todos creímos que usted estaba envuelto en la muerte de Guayanos, pero cuando Baldwin volvió la semana pasada nos sacó del error.

—Es verdad —intervino Baldwin—. Tenemos pruebas convincentes de que fue obra de Mendoza.

—¿Mendoza?

—Sí. Al parecer, Mendoza comprendió que si el profesor aceptaba la oferta del Presidente, significaba el fin de su influencia y poder, aparte de que podía salir a la luz que era él, Mendoza, el comunista que se ocultaba detrás del contrabando de armas. Y tramó el asesinato de Guayanos de manera que pareciera obra de usted o del Presidente. El hecho de que resultase herido se debió a que tras haberse tirado al suelo, una bala rebotada le dio en un brazo.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —le pregunté.

—Tenemos nuestras fuentes de información y, en Nueva York, las nuestras son mejores que las suyas.

No había por qué discutir. Lo sarcástico era que Beatriz pudiese creerme culpable sin sospechar que fue ella quien había ayudado a escapar al asesino de su padre. Me dirigí al senador.

—Me alegro de saber que han cambiado de actitud.

Sin embargo, todos se daban cuenta que lo que no dije era más importante que lo que había dicho. Lo realmente importante era: ¿qué estaban dispuestos a hacer?

—Todos nosotros, incluido Baldwin —dijo el senador—, tenemos la intención de presionar para que se conceda el préstamo a Corteguay.

—Gracias. No estoy en condiciones de rechazar su oferta, pero creo que, como siempre, su gobierno ha llegado tarde para que su ayuda sea eficaz.

El senador preguntó:

—¿Qué podría ser una ayuda efectiva para ustedes?

—Pidan a su gobierno que envíe tropas inmediatamente para imponer el orden. No se trata de asegurar la continuidad del gobierno del Presidente, sino de garantizar unas elecciones que sean la expresión popular.

El senador exclamó casi escandalizado:

—¡Pero usted sabe que no podemos hacerlo! El mundo entero nos acusaría de intervencionistas.

—Háganse una pregunta sincera, caballeros. ¿Qué han estado haciendo todos estos años sino intervenir? No hacer nada, no reconocer nuestro gobierno hasta que les fue imposible ignorarlo, y ofrecer el préstamo si yo usurpaba el poder…, ¿es intervenir o es lo que ustedes llaman buena política?

Sin esperar que contestasen me levanté y añadí:

—Según entiendo, caballeros, las grandes potencias del mundo, sin necesidad de precisar que pienso en Estados Unidos, en Rusia y en China, no hacen otra cosa que intervenir continuamente en los asuntos de sus vecinos más pequeños. A despecho de la nobleza de sus razones, que yo no niego, la realidad se concreta en una palabra cuyo significado es terminante: intervención.

Siguió un breve silencio que interrumpió Baldwin.

—¿Cuál era la situación esta mañana?

—No muy buena —respondí a la vez que me dirigía a la puerta—. Las tropas del gobierno se mantienen firmes en Santa Clara, cerca del aeropuerto, unos treinta

kilómetros al sur de Curatu. Gracias, caballeros, por su atención.

Ya en la puerta, el senador me dijo:

—Lo siento, Dax. Pero lo que pretende es imposible, y usted lo sabe. No podemos enviar tropas a su país aunque lo pida su Presidente. El mundo entero nos acusaría de imperialistas.

—Algún día lo harán —respondí clavando mis ojos en los suyos—. Tendrán que enfrentarse con su propia responsabilidad por lo que ocurra en su esfera de influencia. No lo hacen esta vez y quizá no lo hagan la próxima, pero cuando un país caiga en manos de los comunistas, se verán obligados a hacerlo.

—Espero que no —dijo el senador en tono preocupado—. No me gustaría tomar una decisión de esta clase.

—Una de las responsabilidades del poder es la obligación de tomar decisiones.

—Personalmente cometí una equivocación, Dax. Lo siento de veras.

—Mi padre me dijo una vez que las equivocaciones eran el principio de la experiencia, y la experiencia el principio de la sabiduría.

Nos estrechamos la mano y volví al consulado. Encontré en mi mesa unas líneas diciéndome que el avión había llegado felizmente a Florida.

Después de mi discurso se oyeron algunos aplausos corteses, que más bien parecían llegar de la galería que de la sala de los delegados. Bajando del pódium me dirigí lentamente a mi sitio. Detrás de mí oí el golpe de mazo con que el presidente daba por terminada la sesión.

En la sala reinó un extraño silencio en vez del habitual guirigay de cuando los delegados abandonaban la sala. No miré en ninguna dirección para evitar que nadie tuviese que rehuir mi mirada. Algunos se me acercaron con unas frases de simpatía, pero la mayoría desfilaron por mi lado sin un comentario. Me senté desalentado. Había fracasado otra vez.

¿Qué se les podía decir a unos hombres que conocían muy bien la situación pero que habían tomado sus decisiones de antemano? Yo no era un orador de frases brillantes ni de palabra fluida. La mitad del tiempo me pareció que mis afirmaciones sonaban a falso. Lentamente empecé a recoger mis papeles y a guardarlos en la cartera.

Las noticias que tuve de la situación en. Corteguay, unos instantes antes de entrar en la asamblea, no eran nada halagüeñas. La mayoría procedían de los boletines y de la televisión americana. Me había sido imposible durante todo el día conseguir comunicación con el Presidente, y las noticias de última hora radiofónicas, cuando salí del consulado, afirmaban que se estaba luchando duramente en los alrededores de Santa Clara y que las tropas del gobierno empezaban a retroceder.

—Ha sido un magnífico discurso —oí que alguien me decía.

Miré y vi que era Jeremy Hadley. Subrayó sus palabras con un gesto de

aprobación.

—¿Lo escuchaste?

—Desde el principio. Estaba en la galería. Ha sido muy bueno.

—Pero no lo suficiente —y señalando a los delegados que salían de la sala añadí —: No parece que les haya impresionado.

—Te equivocas. Es la primera vez que los veo abandonar esta sala tan calladitos. Estoy seguro de que ninguno de ellos deja de sentir cierta vergüenza.

Me reí amargamente.

—¿Y de qué nos va a servir? Mañana lo habrán olvidado todo y mis palabras no servirán más que para engrosar la ingente cantidad de las que ya hay sepultadas en los archivos.

—Te equivocas —repuso Jeremy—. Algún día alguien se acordará de lo que has dicho hoy.

—Triste consuelo, porque lo que Corteguay necesita son hechos actuales y no sentimientos futuros. Y acaso se deberá a eso si mi pobre país no llega a tener futuro.

Terminé de meter los papeles en la cartera y cerrándola con decisión me levanté y nos dirigimos a la salida.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Volver a casa.

—¿A Corteguay? ¿De qué les servirá que vayas? Aquello ya está casi terminado.

—No lo sé. Lo cierto es que yo no puedo quedarme aquí, al margen de los acontecimientos. No podría vivir sabiendo que esta vez, esta única vez, no he hecho todo lo posible.

Me miró con una expresión de respeto:

—Lo mejor que yo puedo decir es que te conozco.

Sin responder me volví y contemplé la gran sala vacía, donde tantas esperanzas humanas habían nacido y tantas habían muerto.

Jeremy debió de adivinar mis pensamientos, pues cuando le miré vi tristeza en sus ojos. Cuando nos estrechamos la mano despidiéndonos, noté emoción en su voz.

—Con tu propia expresión, Dax: ve con Dios.

veintinueve

Eran casi las cuatro de la madrugada y todavía noche cerrada cuando sobrevolamos las costas de Corteguay. Estábamos a unas cuatro horas de Panamá. Escudriñé la oscuridad, pero no vi nada. Sin ninguna de las luces que habitualmente estaban encendidas.

Eché una mirada al depósito de gasolina y vi con satisfacción que la aguja marcaba algo más de la mitad, y aún teníamos el depósito de reserva lleno. No había, pues, por qué preocuparse si teníamos que volver atrás.

—Conecte la radio —le dije a Giraldo—; quizá cojamos alguna emisora.

La cara de Giraldo adquirió un tono aceitunado al darle la lucecita verde de la carlinga. Al cabo de unos momentos, los ritmos de una samba llenaron la cabina.

—Ha cogido el Brasil.

Hizo girar la aguja y la detuvo en la frecuencia de 120 megaciclos.

—Esta es la onda de Curatu y no se oye nada —dijo.

Esperamos unos instantes, pero el aparato siguió silencioso.

Normalmente la emisora de Curatu emitía toda la noche.

—Intente conectar con la onda militar y con la de la policía —le indiqué.

El resultado fue el mismo.

—Si hubiera algo de luz, intentaría aterrizar en un campo, pero no se ve nada.

—Demos algunas vueltas —sugirió Giraldo—; no tardará en romper el día.

—No podemos desperdiciar combustible —objeté—. Tenemos solo el preciso para volver atrás.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Gato Gordo desde atrás.

—Probemos con el aeropuerto.

—¿Y si ha caído Santa Clara? El aeropuerto probablemente está en poder de ellos.

—No lo sabemos —dije—. Si en el momento de ir a aterrizar vemos algo sospechoso, sin parar los motores reemprenderemos el vuelo.

—Vaya por Dios —gruñó Gato Gordo.

Enfilé hacia el norte en dirección al mar, decidido a no aterrizar hasta el último momento.

—Conecte con el control de tráfico aéreo —le indiqué a Giraldo.

Tres minutos después viré al oeste y me dirigí de nuevo a tierra. De repente, de la radio salió una voz hablando en inglés con un acento horrible.

—Ya hablaré yo —intervine rápidamente.

Mi inglés era lo suficientemente bueno como para hacerme pasar por extranjero, y más a través de un micrófono.

—Aquí un aeroplano particular de Estados Unidos cuyo número de licencia es

C310395, pide permiso para aterrizar en Curatu. Por favor, pedimos instrucciones. Cierro.

La voz respondió en tono nervioso:

—¿Quiere identificarse de nuevo, por favor?

Se repitió el silencio después de identificarme por segunda vez. Luego me preguntaron:

—¿Cuántos son a bordo? ¿Y cuál es el propósito de su visita?

—Tres; piloto, copiloto y un pasajero. Enviados de los servicios de noticias americanos.

Ahora tardaron casi un minuto en contestar.

—Están en nuestra pantalla de radar alrededor de siete kilómetros al oeste y cuatro y medio al sur del aeropuerto, de cara al norte. Continúe hasta que le demos la señal de virar al sur y tomar tierra. Repita. Cierro.

Repetí las instrucciones.

—¿Qué opinas? —preguntó Gato Gordo.

—Parece correcto. A menos que el ejército se haya pasado a los rebeldes.

Y ajustando la palanca de velocidades, añadí:

—De todos modos, nos enteraremos dentro de unos minutos.

Encendieron la mínima cantidad de luces, y así que las ruedas del avión tocaron el suelo las apagaron; seguimos con las nuestras hasta casi el límite del campo.

—¿Se ve algo? —preguntó Gato Gordo.

—Todavía no —dijo Giraldo.

Al llegar al final, no paré los motores y maniobré para quedar de cara a la pista por si teníamos que salir huyendo.

Aparecieron en el acto treinta o cuarenta soldados por distintas direcciones y con los rifles apuntándonos.

—¿Son los nuestros o los otros? —preguntó Gato Gordo con angustia.

Miré hacia abajo y vi que al frente de los soldados se acercaba con paso petulantillo un pequeñajo con uniforme de capitán. Me eché a reír y paré los motores.

—Son los nuestros.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Mira! —le dije señalándole al capitán.

Era inconfundible; no podía ser otro que Prieto. Nunca habría imaginado que me alegraría tanto el volver a verle.

—¿Cómo van las cosas? —pregunté al entrar en el despacho de Prieto.

—Todavía se lucha en Santa Clara —dijo mientras nos servía café.

—Por allá se dijo que Santa Clara había caído.

—No, los rebeldes están atrincherados a casi dos kilómetros, esperando que se les unan las tropas del Sur.

En aquel momento se oyó un tiro y un grito, y miré a Prieto con ojos interrogantes.

—Los hombres están nerviosos y disparan contra cualquier cosa que se mueve, incluso contra las sombras. Después gritan.

—¿Han intentado apoderarse del aeropuerto los rebeldes?

—Unos cuantos, pero murieron todos.

Cogió un cigarrillo y noté que la mano le temblaba.

—Cuando ustedes estaban a ochenta kilómetros ya los habíamos detectado. Casi teníamos la seguridad de que era usted, pero esperamos a que se identificara.

—¿Entonces, me esperaban?

—Nos informaron de Nueva York que se dirigía hacia aquí. Pero el Presidente ya pensó que vendría en su propio avión, y desde esta tarde tenemos un coche esperando.

Terminé de beberme el café y le dije:

—Podemos irnos.

Lentamente Prieto se puso de pie.

—Usted creyó que yo había matado a Guayanos, ¿verdad? Mirándolo fijamente le dije que sí.

—Debería conocerme mejor. Si hubiese sido yo el autor, me habría asegurado de que Mendoza cayese también. Era mucho más importante que Guayanos.

Le dije a Giraldo que se quedara en el campo hasta que le mandase instrucciones, y me fui con Gato Gordo en un *jeep* de seis plazas. Gato y yo en el asiento de en medio, dos soldados en el de atrás y otro con el chófer. Todos menos el conductor iban con los rifles apercibidos.

Avanzamos sin luces, y solo cuando ya estábamos cerca de la capital el conductor las encendió, demostrando que se sabía de memoria la carretera, pues incluso entonces habría podido seguir con los faros apagados. Un leve tinte rosado apareció por el lado de oriente.

Antes de llegar a la ciudad, dos veces nos pararon en las barricadas, pero los soldados se limitaron a mirar dentro del *jeep* y a dejarnos pasar sin preguntar nada, informados, según deduje, de quiénes éramos. Amanecía cuando por fin entramos en el patio del palacio presidencial.

Un capitán del ejército me esperaba en la puerta.

—Señor Xenos… El Presidente ha ordenado que pase usted en seguida a verle.

Lo seguí a través de varios corredores y al llegar a la puerta del despacho del Presidente dio un golpecito por pura fórmula, pues sin esperar el correspondiente permiso la abrió y entramos.

El Presidente tenía un grupo de oficiales alrededor de su mesa. Cuando me vio sonrió vivamente y vino a mí con los brazos abiertos.

—¡Dax, hijo mío! Sabía que vendrías para presenciar el final.

Y me quedé estupefacto al ver que me besaba en cada mejilla. Nunca habría esperado encontrar al viejo tan animado, casi alegre. Y menos podía esperarlo de un hombre que estaba a un paso de su propio funeral.

treinta

De pie al lado del Presidente, repasé un mapa extendido sobre su mesa, lleno de cruces y de señales que no tenían significado alguno para mí, hasta que él me fue informando.

—La única posibilidad que tenían para vencer era la rapidez; tres días, cuatro a lo más, y luego ¡puf! —El Presidente hizo chasquear los dedos y agregó—: ¡Al diablo todo!

Un murmullo de aprobación salió del grupo de oficiales que le escuchaban.

—Me di cuenta en seguida —prosiguió el Presidente en tono satisfecho—. Tenían armas y municiones suficientes para seguir hostigando, pero no para una guerra. Entonces tomé mi decisión. Dejé que se confiasen y se alejasen de sus líneas de aprovisionamiento; así les dejamos creer que vencían, y bajaron al llano, confiando en que disponían del armamento necesario para vencer con rapidez. Pero vinieron sin tanques, con solo algunos automóviles y varios caballos y asnos.

Se echó a reír y exclamó:

—¡Figúrense! ¡Caballos y asnos en esta época!

Todos corearon su risa, enmudeciendo al ver que proseguía.

—Los dejé llegar hasta Santa Clara, que yo tenía bien defendida. El estar tan cerca de la capital le haría confiarse, y se detendrían esperando que se les unieran los traidores del sur para hacer caer Curatu. Solo había un camino para que llegaran los del sur, el de la carretera del norte, donde yo tenía tropas leales bloqueándola, por lo que tuvieron que subir rodeando la península. Hacia la medianoche pasada, tres divisiones y algunos rebeldes habían avanzado todo lo que yo tenía previsto, y entonces ordené un movimiento envolvente, quedando atrapados, y sin más puerta de escape que el mar.

El Presidente me miró con expresión de triunfo.

—Los coroneles traidores se dieron cuenta inmediatamente de que habían caído en una trampa difícil de burlar, y esta madrugada me han llegado informes de que ofrecen una rendición condicionada. También tengo noticias de que los bandoleros de Santa Clara comprenden que se han aventurado demasiado, y algunos ya empiezan a retirarse. Pero se encontrarán con una sorpresa, pues he distribuido dos divisiones acorazadas para que les cierren el paso a las montañas… ¡Los vamos a triturar!

La cabeza me daba vueltas y sentía que me pesaban los párpados.

—Pero —argüí—, las noticias no decían nada de eso. Daban por sentado que los rebeldes ganaban.

—Al principio —dijo el Presidente con una sonrisa—. Cuando vi que mi plan surtía los efectos esperados, prohibí que se hicieran declaraciones optimistas, pues cualquier síntoma de victoria nuestra les habría puesto en guardia, sorteando la

trampa. Y me prometí que esta vez no escaparía ni uno. ¡A ver sí se enteraban de una vez para siempre de que yo soy el gobierno, de que yo soy Corteguay!

El Presidente me miró en silencio, y, dirigiéndose a los otros, añadió en tono normal:

—Continuaremos más tarde, caballeros.

Los contempló cómo se retiraban, y una vez cerraron la puerta escupió en el suelo despreciativamente.

—¡Cerdos cobardes! —estalló—. Se imaginan que no sé lo que pensaban. Esperaban ver de qué lado se inclinaba la balanza para tomar el partido que mejor les conviniera.

Lo observé en silencio. Parecía que se había quitado años de encima. Se le veía con la misma vitalidad y energía que cuando le conocí. Me puso una mano en un hombro diciéndome:

—Solo de ti no dudé. Sabía que llegado el momento estarías a mi lado, fuese cual fuese la suerte. No hubo necesidad de que nadie me dijera que venías. Estaba seguro de que lo harías.

Se sentó en su sillón y añadió:

—Debes estar agotado después del viaje. Vete a mis habitaciones, báñate y descansa. Cuando despiertes tendrás el uniforme preparado.

—¿El uniforme?

—¿No te acuerdas de que eres coronel del ejército? Además, tengo una misión que debes llevar a cabo. Yo no puedo moverme de aquí. Estoy abrumado de trabajo. Irás al sur a tratar de la rendición con los traidores.

—¿Al sur?

—Sí. Para los bandoleros del norte no habrá clemencia. ¡Los mataré a todos!

Eran las diez de la mañana siguiente y la lluvia batía contra los cristales de la casa de campo donde aguardaba a los oficiales traidores. Cerca, indiferentes a la lluvia que les azotaba, retozaban algunos corderillos.

El coronel Tulia dijo desde la puerta:

—Ya vienen.

Me puse en pie detrás de mi mesa y Tulia se situó a un lado, un poco detrás de mí. Poco después oímos el ruido de las armas que presentaban los soldados de la puerta. Los emisarios se detuvieron en el umbral. Su aspecto era lastimoso, con los uniformes empapados y llenos de barro y sus rostros enjutos, ojerosos.

Conocía a aquellos dos hombres que, inmóviles, nos miraban y a quienes Tulia, durante años seguramente, los había llamado por sus nombres y sus familias habrían sido amigas. Sin embargo, teníamos que someternos a la disciplina.

Un joven capitán del Estado Mayor de Tulia hizo las presentaciones:

—El coronel Vázquez, el coronel Pardo —y haciendo una pequeña pausa añadió

—: el coronel Xenos, el coronel Tulia.

Los dos oficiales dieron un paso adelante y saludaron. Les devolvimos el saludo. El joven capitán salió, cerrando la puerta tras él.

—¿Quieren sentarse, caballeros?

Les indiqué unas sillas y le dije a Gato Gordo, que estaba detrás de nosotros:

—¿Quieres traernos café?

Hizo un gesto afirmativo, pero de pronto recordó su deber y se volvió a mí haciendo un saludo militar tan exagerado que casi reventó su demasiado estrecha camisa militar. Contuve la risa, le devolví el saludo y me dirigí a los militares.

—¿Solo son dos, caballeros? Tenía entendido que había un tercero, el coronel Mosquera, si no estoy mal informado.

Los dos emisarios cambiaron una rápida mirada y Vázquez dijo en tono oficial.

—El coronel Mosquera sufrió un accidente esta mañana, mientras limpiaba su revólver, muriendo en el acto.

Tulia y yo nos miramos, sabiendo ya lo que había sucedido. En el lenguaje militar no cabía la palabra suicidio.

Gato Gordo volvió con cuatro tazones en los que humeaba el negro café de Corteguay. Los dos oficiales se bebieron el suyo de un solo trago.

—¿Podemos proceder, caballeros?

Ante su gesto de conformidad saqué de mi cartera de documentos dos pliegos mecanografiados y los puse delante de ellos.

—Supongo, caballeros, que ya han leído este documento del que les envié copia anoche y que entienden y aceptan las condiciones.

—Hay una condición sobre la que desearíamos que su excelencia nos permitiese discutirla —repuso Vázquez.

—¿Cuál?

—Se trata de la cláusula seis, respecto al castigo de cada individuo personalmente según el grado, responsabilidad y culpabilidad, que determinará un tribunal militar.

—Sí, coronel. ¿Y qué es lo que alegan?

—El coronel Pardo y yo estamos dispuestos a aceptar el castigo que nos corresponda —continuó—, pero opinamos que debemos ser los únicos en sufrir ese castigo. Los oficiales y los soldados han cumplido con su deber al obedecer las órdenes de sus superiores. No pueden compartir con nosotros la responsabilidad de lo sucedido.

—Ciertamente —le apoyó Pardo—, no se puede castigar a tres regimientos enteros que se vieron obligados a seguirnos.

—No es esta nuestra intención, caballeros —repuse—. Sus hombres son culpables de insurrección y rebelión contra el gobierno. Y nadie negará que cuando disparaban sabían que lo hacían contra sus antiguos compañeros.

Los dos oficiales me miraron sin contestar.

—He redactado la cláusula seis de la forma más estricta y comprensiva —

proseguí—. La posible dureza de las condenas se evitará todo lo que humanamente sea posible. Reclamo su atención sobre las palabras «cada, individuo personalmente». Significan que no se tratará de procesos en masa, sino por individuos, para examinar con el mayor celo el grado de culpabilidad de cada uno.

—Pido la amnistía para mis hombres…

Incapaz de continuar, a Vázquez se le quebró la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Le miré con simpatía y respondí:

—Lo siento, coronel. No tengo facultades para cambiar estas condiciones. Han sido leídas y aprobadas por el Presidente.

Pardo vaciló un momento, pero cogió la pluma diciendo resuelto:

—Yo firmo.

Después de él lo hizo Vázquez, y debajo Tulia y yo. Al terminar, todos nos pusimos de pie.

—Se pondrán con todos sus hombres a disposición del coronel Tulia —les informé—, y a su debido tiempo recibirán instrucciones.

—Sí, coronel.

Pardo y Vázquez saludaron, y yo les devolví el saludo. Antes de retirarse, el coronel Vázquez me dijo:

—Le pido disculpas por mis lágrimas, coronel. Vi su agotamiento y su tristeza, y le dije: —Esas lágrimas le honran, coronel Vázquez. La guerra en el sur había terminado.

treinta y uno

Sin embargo, en el norte no estaba acabada. Los bandoleros no eran como los militares, que luchaban bajo determinadas reglas. Para ellos la guerra representaba la vida o la muerte, y lucharon hasta morir. Y murieron a centenares. Sin embargo, en su lucha sin cuartel, mataban no solo a los soldados, sino también a todos cuantos encontraban a su paso, destruyendo todo lo que se les ponía delante. En su paso por la región fueron como una peste que pronto contagió a nuestros propios soldados, quienes les igualaron en crueldad y ensañamiento, destruyendo también todo lo que podían, solo porque había pertenecido al enemigo. Pronto no fueron mejores que los mismos bandoleros.

Las carreteras estaban llenas de campesinos, de mujeres y de niños, huyendo de la violencia. Muchas veces no sabían adónde dirigirse por ignorar quién era el amigo o el enemigo. Las historias que llegaban a Curatu a través de los refugiados eran espantosas y difíciles de creer.

El asesinato y la violación eran ya un acontecimiento normal y la muerte y la tortura se repetían con una asiduidad que estremecía. En nombre de la guerra, bandoleros y soldados asolaban pueblos y haciendas. Los bandoleros, por el temor de que los campesinos denunciaran más tarde sus escondites, y los soldados porque habían colaborado con los bandoleros. Los campesinos, cogidos en medio, no tenían opción; si no morían en manos de unos, les esperaban los rifles de los otros.

Aunque muchos bandoleros morían, otros escapaban, la tropa salía en su persecución, y la guerra era cada día más innoble y cruel. Ya no se trataba meramente de una lucha, sino de un ansia de exterminio.

Cinco días después de mi vuelta del sur, el Presidente me dijo que quería volar sobre los campos de batalla, pues quería ver por sí mismo los avances de la guerra. Volamos, bajo un sol brillante y acariciador, sobre la tierra más devastada que nadie pudiese imaginar. En algunos sitios aún podían verse las cosechas invernales ardiendo y, en otros, los restos putrefactos de animales. Pueblos enteros que humeaban calcinados hasta sus cimientos, y la mayoría de las casas que aún quedaban en pie, aparecían silenciosas y carentes de vida.

Solo en una carretera vimos un camión del ejército cargado de soldados y algunas caravanas de refugiados que encorvados por el peso de sus fardos se dirigían al refugio seguro que representaba Curatu. No fue hasta que llegamos a las montañas, no lejos de mi hacienda, cuando nos enfrentamos con la verdadera guerra.

Vimos a un regimiento atacando un aldeorro con fuego de mortero y cañones. Al terminar la destrucción, los soldados avanzaron cautelosamente, y yo me pregunté qué temerían. No era posible que después del cañoneo quedase nadie con vida esperándolos. Miré de reojo al Presidente para ver su reacción.

Impasible, contemplaba el espectáculo, y en el acto vimos salir corriendo de una casa a dos hombres armados con rifles y a pocos pasos una mujer que llevaba una criatura de la mano; probablemente trataban de emprender la huida. Casi habían dado la vuelta al pueblo cuando los dos hombres cayeron abatidos por un fuego cruzado. La mujer llegó hasta el último edificio y se dejó caer pesadamente al suelo, el niño detrás de ella.

Fui dando breves y bajos vuelos en redondo sobre el pueblo, tratando de ver lo que ocurría. La mujer se había refugiado en un portal con la criatura, y pronto la rodeó un grupo de hombres; ella alzó la vista aterrorizada y se levantó sacudiéndose con ligereza la ropa. Uno de los soldados la empujó con la culata hacia la puerta de la casa, y ella se quedó quieta en el umbral; el soldado levantó el rifle, amenazándola, y entonces ella, después de apartar al niño a un lado, entró en la casa. Varios soldados entraron detrás de ella.

Miré al Presidente.

El Presidente tenía los dientes apretados y los ojos le brillaban, pero se dio cuenta de que yo le miraba y recobró su gesto de indiferencia.

—Esto les valdrá de lección —dijo secamente—. Todos esos campesinos ayudaron a los bandoleros, ahora escarmentarán unos y otros y tardarán años en volver a las andadas.

—Pero si ese pequeño vive, odiará al gobierno toda su vida —repuse—. Y cuando sea mayor emprenderá el camino de las montañas.

El Presidente sabía muy bien a qué me refería. Todos aquellos chiquillos quedaban marcados con las cicatrices del rencor, siendo la causa de que cuando fuesen mayores se inclinasen por el camino de la violencia.

—Es la guerra —me contestó el Presidente sin emoción—, y no se puede remediar.

—Pero son soldados, no bestias. ¿Dónde están los oficiales que se supone que los mandan? ¿Quiere usted que sean iguales que los bandoleros?

El Presidente me miró unos segundos.

—Sí, son soldados, pero también son hombres. Se emborrachan con la victoria pero no ignoran que les acecha la muerte.

Siguió un silencio y luego me dijo que regresásemos.

Por un impulso repentino decidí, sin decirle nada, pasar por encima de mi hacienda, que estaba a unos diez minutos de distancia. Llegamos pronto y con el mayor dolor vi que de la vieja casa solo quedaban unos muros ennegrecidos. Solo seguía intacto el cementerio, con sus losas blancas brillando al sol en medio de la tierra devastada. Miré al Presidente y vi que seguía mirando abajo con la impasibilidad de siempre. Creo que no se dio cuenta de donde estábamos.

Cogimos la dirección de Curatu. Yo sentía una opresión extraña en el pecho. Por primera vez durante aquellos días tan agitados pensé en Beatriz, y me alegré de habérmela llevado de allí antes de que fuera demasiado tarde, y sentí una honda

gratitud hacia ella por haber librado mi casa de los fantasmas de mi familia, evitándoles el dolor de verla quemada.

Aterrizamos cerca del coche del Presidente, el cual habíamos dejado a unos metros de la pista.

—Repasa el avión —me dijo—, pues mañana tendrás que ir a Nueva York. Esta noche quiero verte. Tenemos muchas cosas de que hablar, y una de ellas es la posibilidad del préstamo de los americanos. Ven a las once, que yo ya dejaré aviso para que te dejen entrar. Si cuando llegues no estoy, espérame.

—Sí, excelencia.

—Me olvidaba de otra cosa. No eres solamente nuestro embajador. Te he nombrado vicepresidente de Corteguay. La radio ha dado la noticia este mediodía, cuando volábamos sobre tu hacienda.

Me quedé tan asombrado que no acerté a decir nada.

El Presidente sonrió y se despidió levantando la mano. Yo seguí un rato en el mismo sitio, viéndole salir del campo de aterrizaje y desaparecer… Subí al avión y lo llevé al hangar.

Nueva York… Sería agradable volver otra vez. Ya no me retenía nada en Corteguay, aunque allí estaba Beatriz. Pero ahora no me iría solo. Me acompañaría ella. Ella… mi mujer.

treinta y dos

Mi nombramiento de vicepresidente se notó en seguida en la conducta de los que me rodeaban. Giraldo, habituado a mi falta de rigidez y que no se preocupaba mucho por si me saludaba militarmente o no, ni por la limpieza de su uniforme, ahora se cuadró cuando bajé del avión, vestido impecablemente; también los dos mecánicos se cuadraron, incluso Gato Gordo, pero a su manera, aunque, según vi cómo me miraba, lo hacía más por los que nos observaban que por mí mismo.

—Teniente…

—Sí, excelencia —respondió antes de que terminara la frase.

Desde aquel momento tendría que acostumbrarme a hablar y a dar las órdenes escuetamente, o me pasaría el tiempo incrustando frases entre saludo y saludo.

—Por favor, vaya al avión y repáselo bien…

—Sí, excelencia…

—No he terminado todavía.

—Perdone, excelencia.

No me quedó más remedio que sonreír y resignarme.

—Llene los depósitos y téngalo a punto. Pronto volveremos a Nueva York.

—Sí, excelencia.

Me saludó vivamente, y se quedó mirándome, indeciso.

—¿Puedo expresar a su excelencia mis felicitaciones y mis mejores deseos en su nueva posición y asegurarle mi lealtad más completa?

—Gracias, Giraldo.

Saludó de nuevo, le devolví el saludo y me fui. Cuando salía del hangar le oí dando órdenes a los mecánicos. El hombre ya se veía agregado al Estado Mayor vicepresidencial.

Vi que detrás de mi venía Gato Gordo, todavía con la rigidez con que me había saludado. Él comprendió que me reía de su postura, y también se rio, a la vez que dejaba de andar como si lo hubiesen encorsetado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Creí que tendría que seguir toda la vida así.

Los dos soldados encargados del *jeep* que me estaban esperando se cuadraron al verme llegar. Me saludaron, saludé, volvieron a saludar… y tuve que poner fin a la escena metiéndome en el *jeep*.

—¿Cómo están las cosas por allá? —me preguntó Gato Gordo a gritos, pues el ruido del motor y el rumor del viento no nos dejaban oír nada.

—Muy mal. Costará años reconstruirlo todo. De mi casa solo quedan cenizas.

—Puedes edificarla otra vez.

—Otra casa sí, pero aquella no.

Me invadía la sensación de una pérdida muy grande. Con la destrucción de mi

hogar me parecía que habían destruido una parte de mi vida.

Gato Gordo comprendió mi sentimiento y cambió de tema.

—Yo estaba en la torre de control cuando se dio la noticia. Todo el mundo quería saber qué significaba. Algunos dijeron que ya era hora de que el viejo se decidiera a poner las riendas en tus manos.

—¿Y qué les dijiste? —pregunté.

—¿Y qué querías que les dijera? ¿Qué tanta sorpresa era para mí como para ellos? ¿Que yo era un pobre infeliz que no sabía nada?

Percibí una nota de reproche en su voz.

—Para mí también fue una sorpresa —le dije.

Gato Gordo me miró como si quisiera averiguar si decía la verdad, y se tranquilizó al comprender que no le mentía.

Muy pronto noté las ventajas de mi nueva posición. Pasamos todos los controles sin que se nos parase, y cuando llegamos al palacio del Presidente se me informó de que, en vez del pequeño despacho que tenía desde que volví al país, ahora tenía otro en una de las estancias contiguas a las del Presidente.

Llegué a duras penas a mi nuevo despacho después de agradecer un sin fin de felicitaciones y recibir continuas protestas de lealtad. Cuando logré entrar me dejé caer en el sillón del despacho.

—Parece como si toda la vida te hubieras sentado ahí —me dijo sonriendo Gato Gordo.

—No empieces —le advertí; al ver que no replicaba le dije—: Sube a mis habitaciones y bájame un traje. Estoy harto del uniforme.

De pronto no me sentía a mis anchas en él.

Poco después recibía mi primera visita oficial. Era el coronel Tulia.

—Lamento tener que molestarle, excelencia, pero hay unos papeles muy importantes que requieren su firma.

Había algo en aquel alto y reservado militar que me gustaba. Carecía de la efusividad y la exageración de sentimientos de los sudamericanos y de su propensión a las lisonjas. Ni siquiera aludió a mi nueva posición.

—¿Mi firma?

—Sí, como vicepresidente.

—Veamos.

Sacó unos pliegos de su portafolios y me los puso delante.

—Órdenes de ejecución —me dijo escuetamente— de Vázquez y de Pardo.

Le miré sorprendido y le dije:

—No tenía conocimiento de que se hubiera celebrado el juicio militar.

—No lo ha habido, excelencia —repuso Tulia—. Han sido condenados por orden del Presidente.

Tulia, lo mismo que yo, sabía que era un incumplimiento del artículo sexto, según el cual nadie podía ser condenado sin juicio.

—¿Y por qué no firmó el Presidente la orden de ejecución?

—Según la Constitución, es el vicepresidente quien tiene el poder de confirmar la máxima pena por los delitos de alta traición. Solo en el caso de no haber vicepresidente, las decisiones recaen en el Presidente.

Tulia hizo una pausa y añadió significativamente:

—Usted es ahora el vicepresidente.

Aunque Tulia no hubiese hecho su inciso, habría comprendido muy bien mi situación. La noticia de que aquellos dos hombres habían sido condenados violando los términos de la rendición, daría la vuelta al mundo, y si yo firmaba la orden, la responsabilidad recaería sobre mí.

—Si esos hombres hubieran sido juzgados por un tribunal militar, ¿qué condena cree usted que se les habría impuesto?

—No puedo penetrar en el criterio de otros.

—Si usted hubiese sido miembro del tribunal, ¿los habría inculpado?

Tulia titubeó un instante.

—No.

—¿A pesar de que volvieron sus tropas contra el gobierno?

—Aun así —respondió sin vacilar—. Porque no ignoro los motivos de su rebelión.

—¿La verdad?

—Absoluta.

—Me gustaría oírle.

Por primera vez noté la tensión que le dominaba. La situación era extremadamente delicada para él y se necesitaba mucho valor para exponerse a que, según fueran las cosas, también lo sentasen en el banquillo. En la frente le brillaba el sudor.

—Siéntese, coronel —le invité para animarlo—. Está con un amigo.

Visiblemente agradecido se sentó. Para darle tiempo a serenarse encendí un puro y le ofrecí otro, rechazándolo con un ademán. Empezó a contar:

—Había siete regimientos en el campo cuando empezó la lucha. Al frente de los siete regimientos estaban siete coroneles, uno de los cuales era Mosquera, ya muerto.

Hizo una pausa antes de proseguir.

—En muchos aspectos el ataque rebelde se produjo siguiendo un sistema que no inventaron ellos. Como la invasión alemana de Polonia y el ataque japonés a Pearl Harbour, sin previo aviso, cogiéndonos a todos desprevenidos. El ataque empezó en el norte la mañana del sábado. Como no sabíamos nada supusimos que se trataba de una escaramuza de los bandoleros, pero no tardamos en comprender que se trataba de la misma guerra que había empezado en el sur. Al mediodía, mientras estábamos comiendo en el cuartel, nos llegó la noticia de que el Presidente había sido asesinado y que el gobierno estaba en manos de los rebeldes. Usted no puede imaginarse la confusión que siguió. Fue entonces cuando recibimos la invitación del comunista

Mendoza para unirnos a ellos, prometiéndonos que seríamos acogidos fraternalmente.

»Los siete seguimos en la mesa dándole vueltas al mensaje y sin saber qué decidir. Las líneas telefónicas con Curatu estaban cortadas y no podíamos establecer contacto con la radio de la capital. Solo las emisoras extranjeras difundían noticias, pero todas contradictorias. Sin embargo, emisoras de Brasil y de Colombia radiaron que el gobierno había caído y que no se sabía nada del Presidente. No sabíamos qué hacer.

»Continuar la lucha si el gobierno había caído no era más que un derramamiento inútil de sangre, y unirnos a los rebeldes si el gobierno no había caído les aseguraba la victoria. Entonces fue Vázquez, con la sabiduría de un Salomón, quien dio la solución al problema. Propuso que nos dividiéramos. Los tres regimientos más débiles seguirían a los rebeldes con la misión de retardar todo lo posible su marcha. Estos tres regimientos pertenecían a los coroneles Vázquez, Pardo y Mosquera. Deliberadamente dirigieron la tropa a la península, donde sabían que quedarían copados, y cuando Mendoza gritó y protestó, ya era demasiado tarde.

Y como hablando para sí mismo, Tulia dijo:

—No sé si Mendoza sospechó que le habíamos tendido una trampa.

—¿Lo capturaron?

—Sí, pero anoche se escapó. Al igual que las ratas.

«Los malditos siempre logran escapar, llevando la peste adonde van», me dije. Suspiré y miré los papeles.

—Solo son los primeros de los que tendrá que firmar —me observó inmediatamente Tulia—. Los oficiales de cada regimiento hasta el grado de teniente han sido condenados a muerte por el Presidente. Las mecanógrafas hacen horas extraordinarias preparando las órdenes de ejecución.

—¿Cada oficial? —pregunté resistiéndome a creerlo.

—Sí, casi un centenar.

Repasé los papeles de nuevo. Allí tenía los hombres que el Presidente quería eliminar, mientras que sujetos como Mendoza andaban sueltos por el país. Me levanté diciéndole:

—Déjeme esos papeles, coronel. Después de lo que usted me acaba de decir, creo que el Presidente tendrá que revisar todas estas decisiones.

treinta y tres

Bajé del *jeep* delante de la casa de Beatriz, y al ver las persianas bajadas y las puertas cerradas pensé que la había abandonado.

—Vayan a la parte de atrás —ordené a dos soldados.

—Sí, excelencia.

—Ven conmigo —le dije a Gato Gordo.

Fuimos a la puerta principal y di unos recios aldabonazos. Tenía el presentimiento de que si Mendoza estaba escondido en alguna parte, solo podía ser allí.

Gato Gordo se adelantó mirando la fachada de la casa y me dijo:

—Aquí no hay nadie. Incluso los postigos de las ventanas están ferrados.

Efectivamente, todas tenían los postigos cerrados por dentro, menos una, en el segundo piso, que al parecer daba a un cuarto de baño. Llegamos hasta donde estaban los soldados.

—¿Han visto algo?

Dijeron que no, y Gato Gordo y yo dimos dos o tres vueltas alrededor de la casa. Nos detuvimos otra vez frente a la ventana sospechosa. Seguro que no me equivocaba, Gato Gordo siguió mi mirada y propuso:

—Me subiré a ese árbol y creo que conseguiré abrirla y entrar.

Le miré sonriendo.

—Con esa barriga tan oronda no podrás pasar.

—Podemos enviar a uno de los soldados.

—No. Si Beatriz está en la casa, no quiero aventurarme a que le suceda algo. Entraré yo.

Me cogí a la rama más baja y tras un esfuerzo llegué a la axila del árbol, y fui trepando, pero ya no con la facilidad de cuando era un chiquillo. Y llegué a la altura de la ventana.

Parecía cerrada, pero no vi que tuviese pestillo. Con el puño golpeé ligeramente el marco y se movió un poco; repetí el golpe, algo más fuerte, y la ventana cedió. No me había equivocado: era el cuarto de baño.

—¡Ten cuidado! —gritó Gato Gordo desde abajo.

Me senté en el alféizar, con una pierna dentro y la otra fuera. Luego entré, y con el mayor sigilo abrí la puerta, escudriñando el pasillo. Cautelosamente fui avanzando, viendo que había cuatro puertas, tres de las cuales eran de los dormitorios, y la última, delante mismo de la escalera, era la de un gran armario ropero.

Entré en el primer dormitorio y por el perfume que aún quedaba comprendí que era el de Beatriz. Su ropa estaba guardada con el mayor esmero en los armarios y en los cajones, y unas maletas dentro de uno de los armarios. Dondequiera que hubiese ido, tenía que ser por poco tiempo.

La segunda habitación, al parecer de su tío, tampoco presentaba señales de que la hubiese registrado ningún intruso, y finalmente, entré en la tercera, la más pequeña, probablemente la de la criada. Sin embargo, aquí sí había mucho desorden; la cama estaba sin hacer y con huellas que parecían recientes, y mi mayor sorpresa fue encontrar vacíos los cajones.

Salí perplejo al pasillo. Todo en la habitación hacía creer que ya no había criada, pero la cama demostraba que alguien dormía allí.

Más por previsión que por creer hallar algo, abrí la puerta del armario ropero. Mi presentimiento no fue infundado, pero por poco me cuesta la vida.

Mendoza salió del interior echándose sobre mí como un jabato. Enzarzados como gatos, llegamos al primer peldaño, y rodamos por la escalera. Al llegar abajo, Mendoza quedó sobre mí, sin casi fuerzas para que yo me defendiera, pues en uno de los escalones me di de cabeza y respiraba con dificultad. Sin embargo, pude ver el brillo de una hoja de acero, y conseguí trincarle de la muñeca, forcejeando los dos desesperadamente.

—¡Gato Gordo! ¡Gato Gordo! —llamé.

Para evitar que me oyesen me tapó la boca con la mano, sujetándome solo con la otra, lo que hizo que su presión cediese un poco, consiguiendo entonces desprenderme de él, hasta que pude levantarme.

Él también se levantó, y con el cuchillo me lanzó una estocada que yo esquivé. En el mismo instante, en la puerta que había a mi espalda se oyeron unos golpes que detuvieron por unos momentos el ataque de Mendoza.

—¡No me importas tú, Mendoza! —le dije ahogándome casi—. ¿Dónde está Beatriz?

—¡Como si no lo supieras! —me respondió, dirigiéndome otra estocada.

Le esquivé de nuevo con un salto y repetí:

—¿Dónde está Beatriz?

En aquel momento pareció que Mendoza se hubiese vuelto loco; empezó a dar vueltas a mi alrededor, esgrimiendo el cuchillo y riendo histéricamente.

—¡No nos venceréis! Os cogeremos a todos, y a ti el primero. No nos venceréis.

Preocupado en esquivar el cuchillo no advertí su intención. Se echó con toda su corpulencia sobre mí, pero aunque me cogió desprevenido, fui más rápido que él y quedé encima. Entonces recordé un viejo truco bandolero, con una rodilla le inmovilicé el brazo que sostenía el cuchillo y con la otra le sujeté el cuerpo, a la vez que doblando el codo le puse el antebrazo en el cuello, debajo de la nuez, apretando hacia abajo con todas mis fuerzas y presionando con el peso del cuerpo. Con su mano libre intentó meterme los dedos en los ojos, pero desvié la cabeza y seguí apretando todo lo que pude. Poco después oí el crujido de su tráquea al romperse y vi su inmovilidad; los ojos le salían de las órbitas y la lengua, sin color casi, le colgaba. Mendoza había muerto.

Entonces rodé sobre un costado y me quedé boca arriba, jadeando. Los golpes en

la puerta cesaron y oí que giraba una llave en la cerradura y me incorporé.

Gato Gordo entró el primero, y al ver el cadáver de Mendoza me preguntó:

—¿Estás bien?

Afirmé silenciosamente, mirando a los que entraban. Hoyos tenía la llave todavía en la mano, y detrás de él, con los ojos abiertos de par en par por el espanto, Beatriz. Las marcas rojas de sus muñecas me indicaron dónde había estado hasta entonces: en la cárcel. El Presidente no me mintió al decirme que estaba segura.

Beatriz, sentada al borde del sofá, lloraba con el mayor desconsuelo. Miré atrás y vi que Hoyos nos estaba mirando desde el pasillo, después de haber ordenado que retirasen el cuerpo de Mendoza. Me levanté de la silla, cerré la puerta y exclamé ásperamente:

—¡Basta!

Beatriz me miró sorprendida por mi rudeza, y yo miré sus ojos, cuyas lágrimas daban un brillo singular a sus pupilas.

—Has llorado ya lo suficiente, Beatriz. Te digo que basta.

—Le mataste tú… Ahora que mi tío también ha muerto en la lucha no queda nadie. Estoy sola.

—Estabas ya sola, antes de que yo lo matara —expliqué pacientemente—. Te repito que fue él quien hizo matar a tu padre.

—¡No te creo!

Volvió a sus desesperados sollozos, pero ahora se agotó mi paciencia y la abofeteé gritándole:

—¡Deja ya de llorar!

Las lágrimas cesaron como por ensalmo y solo vi odio y furia en su rostro. Se levantó del sofá y se echó contra mí con las manos en alto, para arañarme, y gritando:

—¡Te odio! ¡Te odio!

La sujeté, le torcí los brazos hacia la espalda, y la estreché contra mí. Sentí el calor de su cuerpo y la instantánea respuesta del mío. Reí en voz alta, feliz, y, mirándola a los ojos, vi que su ira cedía, pero su duro ceño me descubría que estaba irritada consigo misma al comprender algo que ya sabía de antemano.

—Eres una bestia —murmuró—. Supongo que ahora vas a violarme.

—Eso debiera hacer —afirmé—. Probablemente es lo que necesitas con más urgencia.

Se deshizo de mi abrazo y me miró; su respiración era agitada.

—Quiero marcharme —dijo tratando de serenarse—. Quiero dejar Corteguay. Es un país maldito y sus habitantes también lo están.

Me volvió la espalda y se fue a la ventana.

—Le he dado demasiado a esta tierra, y ya no me queda nada más. Mi padre murió por el país, y mi tío…

—Ya te dije que tu tío era un loco. ¿Quién le dijo de unirse a los rebeldes? ¿Mendoza?

Beatriz se revolvió airada.

—Estás muy orgulloso de ti, ¿verdad? Ahora ya se les ha enseñado su lección a las pobres gentes; todo el mundo volverá a su sitio y tú seguirás persiguiendo mujeres fáciles. Ya no tienes por qué preocuparte de nosotros. El Presidente se ocupará de todo, el Presidente proveerá… —y añadió en tono sarcástico—: Efectivamente, provee… con la cárcel y el exterminio.

—Ya no —le rogué sintiéndome súbitamente cansado.

—¿Qué no? ¿Y puedes estar tan tranquilo con la sangre de un inocente en tus manos? Un hombre que no deseaba más que la libertad de su pueblo.

—No es verdad. Era un hombre que mentía siempre. Os mintió a todos, a tu padre, a ti, a todo el mundo. Envenenaba todo lo que tocaba. Era responsable de la muerte de tu padre y de muchos más que han caído en las luchas de esta semana. Este era el hombre que defiendes, y yo… ¡me alegro de haberlo matado!

—¡Y aún te enorgulleces! —exclamó con desprecio—. ¡Me das asco!

Estábamos mirándonos con expresión casi dura, y en seco, débil la voz, gimió:

—¡Dios mío, voy a vomitar!

Corriendo entró en la cocina y salió por la puerta trasera. Oí que vomitaba y, cuando salí a mi vez, la vi muy pálida y apoyando la frente en la delgada madera de la puerta.

—Beatriz…

Le tendí los brazos, pero ella me rechazó con voz sombría:

—No, Dax. Déjame en paz.

Por primera vez me di cuenta de lo desmejorada que estaba. Tenía unas ojeras violáceas como no le había visto nunca. Se encaró conmigo, mirándome a los ojos, y dijo:

—Deja que me marche. Ayúdame a salir de Corteguay. Es lo único que te pido.

Me callé un instante, y cuando pude dominar la ira que sentía le respondí:

—Haz una maleta, si es eso lo que quieres, y trataré de que te puedas ir en el primer avión o barco que salga.

Volví al interior de la casa, y poco a poco mi enfado se trocó en júbilo. Me pregunté qué diría Beatriz cuando descubriera que el primer avión que salía era el mío.

treinta y cuatro

El coronel Tulia me estaba esperando en la antecámara cuando yo llegué al Palacio presidencial.

—Me he tomado la libertad de esperar su regreso, excelencia.

—Aún no he tenido tiempo de hablar del asunto de las ejecuciones con el Presidente.

—Ya lo sé. He oído la noticia de que Mendoza ha muerto. El Presidente lo ha anunciado hace una hora y media.

Hoyos, como siempre, se acreditaba de diligente. Me pregunté si también habría informado al Presidente de que ordené la libertad de Beatriz.

—Las mecanógrafas han terminado el trabajo. Pensé que quizá desearía echar una ojeada al resto de las órdenes de ejecución antes de hablar con él.

Me senté y Tulia abrió su cartera, sacando una pila de papeles que puso sobre mi mesa. Cogí uno y lo examiné; el nombre no me decía nada, pero se trataba de un teniente de veintitrés años. Dejé la hoja con las demás y encendí un cigarrillo sin poder apartar los ojos de los papeles. Por primera vez me di cuenta de lo impersonal que puede ser la muerte de una persona. Una simple firma mía y aquel papel se convertiría en un hombre muerto.

¡Mi firma! Me pregunté cuántos sistemas tenía el Presidente para servirse de mí. ¿Cuántos más tendrían que morir para sostenerle en el poder?

Recordé la inexorable satisfacción que había en su voz aquella mañana que sobrevolamos la aldea, cuando dijo: «Esto les valdrá de lección. Tardarán años en volver a las andadas.»

En el acto recordé una conclusión que siempre subconscientemente me acompañó, pero que nunca supe apreciar en su justo valor. Era tan vieja como el tiempo. Un inglés la expresó de forma escueta y clara: «El poder tiende a la corrupción, y el poder absoluto corrompe absolutamente.»

Lo que mi padre no quiso o no pudo comprender era que no existe término medio; no hay grises, solo blanco y negro. Y no importa lo mucho que se pueda obtener de momento, a la larga se pierde más. El coronel Tulia me observaba atentamente.

Yo le había dado motivos al Presidente para que pensara que podía ser como él. Y con aquellos papeles me enviaba la última tentación: el poder sobre la vida y la muerte. ¿Qué otro poder más grande se le puede otorgar a un hombre? Sabía mejor que nadie que si yo firmaba aquellas órdenes, sin importar los motivos, me habría ligado irremisiblemente al poder, y desde entonces mi corrupción era inevitable.

Respiré hondo. Por primera vez en mi vida me sentí un hombre libre. Me pertenecía a mí mismo, no al recuerdo de mi padre, ni al Presidente, sino a mí mismo. Y también por primera vez tomé una decisión terminantemente mía.

—Coronel Tulia, ¿cuántos oficiales ejecutivos hay además de usted?

—Cinco coroneles, incluyendo a Hoyos, de la policía secreta, y a Pardo y a Vázquez, los prisioneros. En realidad no estamos presentes más que Zuluaga y yo. Los otros están en campaña.

—¿Se podría formar con ustedes un tribunal militar?

—Si incluimos a Hoyos…

Y con un gesto de comprensión añadió:

—De hecho, puede formarse un tribunal con solo tres oficiales.

—¿Y los prisioneros? —pregunté—. ¿Están todos en Curatu?

Dijo que sí, pero le vi inquieto.

—Hay una dificultad. Necesitamos un oficial más para que presida el tribunal como juez.

—Esto no es problema, coronel. Todavía visto el uniforme del ejército.

Miré el reloj y añadí:

—Son las siete. ¿Cree que podrá prepararlo para dentro de una hora?

Subí a mis habitaciones, me afeité y me duché. Cuando bajé, poco antes de las ocho, ya estaban todos reunidos. El único que aparecía algo incómodo era Hoyos.

Me senté y dije:

—Puesto que todos sabemos por lo que estamos aquí, caballeros, vamos al grano.

—Primero —observó Tulia— hay que elegir uno de nosotros como presidente del tribunal.

Asentí y fui elegido.

El próximo paso consistió en presentar al tribunal los cargos contra los acusados.

Acto seguido Tulia puso ante mí una hoja de papel. De alguna parte había sacado el tiempo, porque redactó aquella hoja con todo lo que yo tenía que decir.

—Coronel Vázquez, este consejo de guerra se ha formado según los reglamentos del ejército, y de acuerdo con la cláusula seis del documento de rendición que usted firmó…

Los dos juicios se terminaron en cuestión de minutos con la absolución de los dos coroneles, por dos votos a favor y uno, el de Hoyos, en contra. En mi condición de presidente les restituí su grado, y la paga, sin castigo alguno.

Rápidamente Tulia escribió un documento con la relación del juicio, que firmamos todos los componentes del tribunal. Yo firmé dos veces, una como presidente del tribunal y otra como vicepresidente del país.

Vázquez se me acercó y dándome un fuerte apretón de manos me dijo:

—Gracias.

Hoyos se levantó diciendo:

—Ahora que el juicio está acabado, caballeros, yo debo reintegrarme a mis deberes.

—¡No! —grité en tono rotundo.

Hoyos me miró interrogante, y un silencio total siguió a mi grito.

—Tengo importantes asuntos que me esperan —objetó casi humildemente.

—Que aguarden.

No quería que Hoyos fuera a informar al Presidente de lo que habíamos hecho antes de verle yo a él. Era un asunto absolutamente mío.

—Usted permanecerá aquí, con sus compañeros, hasta que yo haya informado a su Excelencia.

—Usted no tiene autoridad para detenerme —protestó—. Solo el Presidente…

—Pero como oficial del ejército, usted está obligado a obedecer al vicepresidente.

Hoyos me miró unos segundos, y encogiéndose de hombros se volvió a su sitio, diciendo:

—Sí, excelencia.

Tan buena disposición inesperada y el tono especial de su voz me llamaron la atención, y ordené que registrasen la sala. Encontramos uno de los pequeños micrófonos.

Hoyos palideció, pero no dijo nada.

—¿Por qué no me dijo que lo que hablábamos quedaba grabado? Nos habríamos ahorrado el trabajo de escribirlo.

treinta y cinco

Una hora después me presenté en las habitaciones del Prest dente, pues lo que intentaba hacer requería cierto tiempo. Sin embargo, su mayordomo me dijo:

—El Presidente le espera en el comedor, pero a las once.

—Es un asunto urgente —le repliqué en tono autoritario—. Debo verle en seguida.

—Está con la princesa y no permite que se le interrumpa para nada cuando habla con ella.

—Pues volveré dentro de una hora.

Bajé las escaleras y atravesando el patio me dirigí al palacete que ahora ocupaba Amparo. Los soldados de guardia me saludaron.

—El Presidente me ha llamado.

—Sí, excelencia.

Saludaron de nuevo y uno de ellos se inclinó para abrirme la puerta.

Me detuve al entrar, examinando el interior. No había cambiado nada desde que, siendo muchacho, estalló aquella bomba que le arrancó el brazo a mi padre. Decidido me fui a la puerta del saloncito, pues sería mejor que Amparo presenciase la entrevista. Después de todo, mi decisión también le concernía a ella. Llamé suavemente y no obtuve respuesta. Llamé más fuerte, y el mismo resultado.

Giré el tirador de la puerta y entré. No había nadie y la estancia estaba casi a oscuras, pues solo había encendida una rinconera. Iba a dar la luz de la lámpara cuando oí en la habitación vecina unos gemidos extraños. Crucé la estancia y me acerqué a la puerta; volvieron a oírse, y los reconocí al instante. Había estado casado con Amparo el tiempo suficiente para que me fueran familiares.

Pero esto evidenciaba que el criado que me dijo que el Presidente estaba allí, mintió deliberadamente. Giré para salir cuando un grito de dolor agónico me detuvo. Impulsivamente me eché contra la puerta, irrumpiendo en la habitación.

Estupefacto me detuve en el centro de la estancia, mirando la escena. Sentí que se me revolvía el estómago.

En la cama, desnudos ambos, yacía Amparo con las piernas abiertas, y el Presidente, arrodillado entre ellas. Tenía un enorme consolador negro sujeto en torno a la cintura, y en la mano un látigo de montar.

Volviendo la cabeza el Presidente dijo mirándome:

—¡Dax, llegas a tiempo para ayudarme a castigarla!

Sus palabras me ayudaron a despertar de mi parálisis. Corrí hacia él y lo aparté de un empujón.

—¿Está usted loco? —grité—. ¿Acaso quiere matarla?

Él se bajó de la cama y permaneció de pie mirándome. El consolador colgaba

obscenamente. Me incliné sobre la cama. Amparo alzó la cabeza…

—Dax… —murmuró—. ¿Por qué has hecho eso? Ahora también estará furioso contigo.

Entonces comprendí la pasividad de Amparo ante los azotes. Tenía los ojos dilatados por la heroína. Sin decir una palabra la cubrí con la sábana. Cuando me volví, el Presidente, que se había despojado ya del consolador y recogía sus pantalones, me preguntó con la mayor naturalidad, como si nada hubiera ocurrido:

—Dax, ¿has firmado las órdenes de ejecución?

—No hay órdenes que firmar. Un tribunal militar los ha absuelto a todos.

—¿Un tribunal militar?

El Presidente se quedó inmóvil como si no pudiera creer lo que oía.

—Sí. Ya no más ejecuciones, ni más exterminación. Hace una hora he firmado la orden de alto el fuego. El ejército solo replicará si se le ataca.

Me miró con ojos desorbitados, con feroz expresión:

—¡Traidor! —gritó de repente, exasperado, dejando caer los pantalones.

En sus manos apareció un revólver, probablemente extraído de uno de los bolsillos de la prenda.

—¡Traidor! —repitió, y apretó el gatillo. Me estremecí esperando la bala, pero el percutor no encontró bala en la recámara. Ya no dudé. Me le eché encima y de un golpe certero le hice soltar el arma. Chillando y vomitando obscenidades, de un empujón me tiró sobre una silla, e intentó coger el revólver, pero conseguí cogerle los pies y rodamos por el suelo.

De pronto me di cuenta que Amparo, completamente desnude, daba vueltas alrededor de nosotros, gritando excitada:

—¡Mátalo, Dax! ¡Mátalo!

Los dedos del Presidente aferraron el revólver y en su rostro vi la misma expresión de aquella vez que me sostuvo el arma para que matara a los hombres que habían asesinado a mi madre y a mi hermana. Sin saber por qué, me pareció que en aquel momento resucitaban.

Por primera vez me emborrachó la ira, y le golpeé en el rostro, hasta que le vi desplomarse. Recogí lentamente el revólver.

—¡Mátalo, Dax! —susurraba Amparo—. ¡Es tu oportunidad! ¡Mátalo!

Contemplé al Presidente tendido en el suelo, y me acordé de todos los que él había llevado a la muerte. Matarlo, pensé, sería un acto de justicia.

—Ahora, Dax… ¡Ahora, ahora!

La voz de Amparo sonaba como un canto obsceno en mis oídos.

Le apunté y durante un largo instante nos miramos el uno al otro.

El histerismo de Amparo no tenía más que una palabra:

—¡Mátalo!, ¡mátalo!, ¡mátalo!

Sentí tensárseme el dedo en el gatillo.

—No, Dax —me dijo con calma el Presidente, mirándome sin temor—. Si lo

haces, no serás mejor que yo.

Bajé el arma bruscamente. La tentación había desaparecido, y Amparo, furiosa, empezó a golpearme en la espalda. Secamente le ordené:

—¡Quítate de aquí! ¡Vuélvete a la cama! Silenciosamente me obedeció. El Presidente, que en aquel momento se estaba levantando, se me apareció tal como era, un hombre viejo y temblón, huesudo y débil. Instintivamente le ayudé a levantarse.

Me miró agradecido y se sentó.

—¿Ya he terminado?

El tono con que dijo estas palabras fue más bien una afirmación que una pregunta.

—Sí.

Guardó silencio unos instantes.

—Te instruí bien. ¿Qué sucederá ahora?

Miré a Amparo, que estaba sentada en la cama con las manos cogidas a las rodillas y los ojos más lúcidos. Probablemente los efectos de la heroína se estaban desvaneciendo.

—El exilio —le dije. Se quedó un momento pensativo.

—Fuiste para mí como un hijo. Cuando los míos murieron, ocupaste su sitio en mi corazón.

No respondí, y él observó a Amparo.

—¿Cuándo nos vamos?

—Ahora; en cuanto se hayan vestido.

—¿Y adónde iremos? —preguntó Amparo.

—Primero a Panamá y después al país de Europa que escojan ustedes. Pero antes tiene que firmar estos papeles.

—¿Qué son?

—La renuncia como Presidente y su palabra de no volver jamás a Corteguay.

—Dame una pluma.

Firmó sin leer el documento.

—Esperaré fuera hasta que estén preparados.

Desde la salita llamé a mi despacho y le dije a Tulia:

—Envíe un coche al palacete. Están listos para irse.

Colgué el teléfono y recordé la promesa que le hice a Beatriz. Marqué su número y le pregunté:

—¿Persistes en tu idea de abandonar Corteguay?

—Sí.

—Prepárate para dentro de media hora. Pasaré a recogerte.

Amparo salió de la habitación sujetándose el albornoz.

—Mi padre quiere cambiarse de uniforme. El que lleva está manchado. Ya sabes cómo es.

Le señalé el teléfono y llamó a las habitaciones del Presidente para que el criado bajara un uniforme limpio.

—Amparo…

Se volvió con mirada interrogante.

—¿Por qué te lo dejaste hacer?

—Porque era el Presidente —respondió suavemente—. Y porque es viejo y porque es mi padre. No había nadie más dispuesto a mantenerle la ilusión.

Giró y entró en la habitación.

De la parte exterior, llegó el ruido de un coche que se detenía frente a la puerta que daba al patio.

treinta y seis

Cogí la maleta de Beatriz y cerrando la puerta de su casa subimos al *jeep*. Los demás ya estaban en el aeropuerto.

—Te prometí que te irías en el primer avión —le dije cuando me senté a su lado —. Y yo tengo palabra. Pero desearía que recapacitaras. Dentro de unos días los aviones comerciales prestarán de nuevo servicio.

—No —me interrumpió sin mirarme—. Mi decisión es firme.

—Tienes una cabeza dura y obstinada.

Me miró, pero no dijo nada, y el resto del camino lo hicimos sin hablarnos. Solo al acercarnos al aeropuerto me dijo:

—Dax, no comprendes. Estoy…

—¿Que no comprendo qué?

—Nada. Solo que no puedo seguir aquí. Hay demasiados recuerdos.

—Está bien. No tienes por qué darme explicaciones. Solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que cuando llegues a Estados Unidos irás a buscar a mi amigo Jeremy Hadley para que te lleve al Ministerio de Asuntos Exteriores. Ellos te dirán la verdad de la muerte de tu padre.

No me contestó, y cuando poco después habló había un temblor de lágrimas en su voz.

—Lo haré.

En el último momento se agregó un pasajero más: Hoyos.

Se dirigió a mí mientras los otros subían.

—He hablado con el Presidente y le gustaría que le acompañase si hay sitio en el avión. Ya soy demasiado viejo para seguir nuevos caminos. No hay sitio para mí en Corteguay.

—Acompáñele.

—Gracias, excelencia.

Y se apresuró a subir con los demás.

El Presidente y Amparo fueron los primeros en entrar. Al Presidente no pude verle el rostro, pues se había subido el cuello del capote y trataba de pasar inadvertido. Pero en el último momento se volvió y miró atrás. Parecía como si buscase algo o alguien, pero finalmente entró en el aparato.

Después subió Hoyos y detrás de Hoyos, Beatriz, quien antes de llegar a la escalerilla se me acercó y poniéndose de puntillas me besó una mejilla murmurando:

—Gracias, Dax.

Me quedé contemplándola cuando subía al avión, sintiendo que una dulce sensación quedaba conmigo. Estaba seguro de que cuando pocos días después fuera a Nueva York a buscarla, todo cambiaría entre ella y yo.

La puerta se cerró y Giraldo encendió los motores. El teniente sacó la cabeza por la ventanilla y me hizo un ademán de despedida, al que correspondí con otro.

—¡Recuerde volver cuando los haya dejado en Panamá! —grité, intentando dominar el ruido de los motores.

Asintió sonriendo y cerró la ventanilla. El avión empezó a deslizarse por la pista; después, a una señal de la torre de control, reanudó la marcha… Minutos más tarde era ya una luz verde y roja fugaz bajo las estrellas. Entonces me volví hacia los otros.

Vázquez expresó el sentir de todos.

—Una vez cada cincuenta o cien años surge un hombre como el Presidente. Un hombre cuya capacidad para el bien y para el mal es tan vasta que sobrepasa la comprensión de los hombres normales. Él era uno de esos y no se le olvidará nunca. Por lo bueno que ha hecho y por lo malo. Pero lo trágico es que con un poco de esfuerzo por su parte, toda su actuación hubiera podido ser magnífica. Roguemos a Dios para que libre a Corteguay de esos hombres.

Eran más de las cuatro de la madrugada cuando aún seguíamos en mi despacho. Casi todo estaba arreglado. El cese del fuego era ya efectivo y la noticia de una total amnistía recorría todo el país.

—Caballeros —dije—, es el deber de esta junta elegir un Presidente provisional hasta que se celebren las elecciones. Yo solo votaré en caso de empate entre los cuatro votos de ustedes.

Tulia se levantó.

—Me tomo la libertad de hablar en nombre de todos los comandantes que están en el campo de batalla. El acuerdo a que hemos llegados ellos y nosotros es que la persona más indicada para llenar las funciones presidenciales hasta las elecciones es usted.

—Me siento muy honrado, caballeros, pero mi respuesta es la misma de esta mañana. No. El honor que se me hace es muy grande y la tentación mucho más, pero ya basta con esta costumbre de nuestro país de alcanzar el poder por tales medios. No permitamos que se diga que actuamos por motivos personales, sino por el bien supremo de nuestro pueblo. Además, yo no pertenezco en realidad a Corteguay. He vivido demasiado tiempo en el extranjero y sé muy poco de las necesidades del país. Lo que se necesita es un hombre que las conozca, desde las del campesino a las del ciudadano, y sobre todo que ame a su patria. Entre ustedes hay hombres valiosos. Elijan a uno y yo me consideraré honrado estando a sus órdenes.

Tulia miró a los demás y dijo:

—En previsión de su negativa, hemos hecho una segunda elección.

Vázquez se levantó de un salto exclamando en tono de reproche.

—Se olvidaron de consultar conmigo, caballeros.

Todos se echaron a reír, y Tulia, inclinándose ante Vázquez, repuso:

—¿Quiere aceptar nuestras disculpas, señor Presidente?

Pasillo adelante, nos detuvimos frente al despacho del Presidente, cuya presencia aún parecía temerse a través de la puerta. Supuse que con el tiempo nos habituaríamos a no verle allí.

Al abrir una puerta le dije a Vázquez:

—Desde mañana, este será su despacho, señor Presidente.

Vázquez miró unos instantes adentro y repuso:

—Mañana será el mío, pero esta noche es su despacho. Sin usted, nunca habría sido posible que llegara un mañana.

Me empujó suavemente hacia la puerta y añadió:

—Volveré mañana. Buenas noches, señor Presidente.

Uno a uno me desearon las buenas noches y desaparecieron por la puerta del otro extremo del corredor, donde había dos soldados de guardia. Al quedar solo me volví para ver si estaba cerca Gato Gordo; callado y pegado a la pared, me seguía con la mirada.

—¿Vamos dentro?

—No —me contestó, negando a la vez con la cabeza—. Tengo un presentimiento.

—¡Tú y tus presentimientos!

Entré en el despacho riéndome.

Llegué a la mesa y me arrellané en el sillón presidencial. Observando la talla, la holgura y la calidad de aquel sillón comprendí que el hombre que se sentase en él sintiera la sensación de poderío. Del bolsillo me saqué el revólver del desaparecido Presidente y se lo tiré a Gato Gordo.

Lo cogió al vuelo y me preguntó:

—¿De dónde lo has sacado?

—El Presidente trató de matarme, pero le falló el tiro.

—En el mismo día te has escapado dos veces de la muerte; a la tercera va la vencida. Créeme, Dax; vámonos de aquí.

Riendo le contesté:

—Nos iremos después de tomar una taza de café. Hay una cocinilla aquí al lado. Anda, haz café para los dos.

Gato Gordo se quedó indeciso.

—No me gusta dejarte solo.

—¿Qué quieres que me ocurra mientras preparas el café? Mira, ya casi es de día.

Gato no se movió. Entonces me levanté y cogí un machete que estaba en la panoplia que había detrás de la mesa.

—Además, tengo esto.

Gato Gordo bajó la cabeza y sin decir nada se fue a la cocina. En seguida oí un ruido de platos y el del agua saliendo del grifo. Me levanté y recorrí el amplio despacho. Estaba lleno de recuerdos del ex Presidente: retratos, condecoraciones, obsequios, diplomas, copas… todas grabadas con su nombre.

La tenue claridad matinal entraba en el despacho, y asomándome a la ventana me quedé mirando la ciudad, cuyas luces se iban apagando y a la cual pronto envolvería el sol que nos llegaba desde las montañas del este. Abrí el balcón y bajé al jardín para respirar el aire fresco de la mañana.

La brisa era suave y me acerqué a la verja para ver cómo nacía el sol. En el mismo instante oí un ligero ruido a mi espalda, pero antes de que pudiera volverme un brazo fuerte como el acero me cogió por detrás, atenazándome el cuello al mismo tiempo que una voz, casi con el aliento, me decía al oído:

—Ni una palabra, o eres hombre muerto.

Intenté desprenderme pero el brazo era como un cinturón de hierro.

—¿Dónde está el Presidente?

Aflojó ligeramente la presión para que pudiera responder.

—Se ha ido. Está en el exilio.

El brazo acentuó la presión.

—¡Mientes!

—No importa —repuso una voz distinta—; también este nos vale.

El que acababa de hablar se clavó delante de mí, y vi un rostro terriblemente feo, repulsivo. Una cicatriz que le llegaba a la boca y le levantaba el labio superior, hacía que su expresión fuese una mueca permanente que remataba una negra dentadura de acero; los dedos de su mano derecha los tenía rotos y del antebrazo izquierdo le colgaba un mosquetón.

—¿No me conoces? —me preguntó.

Hice un movimiento negativo.

—¿Te acuerdas de un niño que vio cómo convencías a su padre para qué bajara de las montañas, porque no le ocurriría nada, pero que lo asesinaron?

Se echó a reír cuando vio el asombro con que le miré.

—Sí. Soy el Cóndor. No he olvidado tu rostro, ni tú has olvidado el mío.

No contesté, ni habría podido si hubiese querido hacerlo. El brazo que me atenazaba apenas me dejaba respirar.

—Suéltalo.

Me dejó de mala gana y de un zarpazo me tiró contra la pared. No llegué a perder el equilibrio, y miré a mis enemigos. No eran más que dos, el Cóndor y otro, mayor que él, chaparro y armado hasta los dientes.

—¿Qué sientes al verte atrapado como atrapaste a mi padre? —dijo el Cóndor.

Le miré sin contestarle.

—Juré que esta vez no volvería a las montañas sin cazar siquiera a uno de los

asesinos de mi padre.

Seguí callado mientras iba midiendo la distancia que nos separaba, viendo que eran unos tres o cuatro pasos. El Cóndor adivinó mi intención y gritó de pronto:

—¡Asesino! ¡Muere!

Di un brinco en el mismo instante en que vi brillándole el arma en la mano, y simultáneamente oí el disparo. Creí que había errado, pero al verme en el suelo y a sus pies comprendí que estaba herido. Lo que no comprendía era que no sintiese ningún dolor.

Siempre había pensado que me dolería.

El Cóndor me miraba sonriendo, y me apuntó otra vez, cuando vi que una lengua de acero, brillante como un espejo, llegaba hasta él, segándole de un tajo el brazo que me apuntaba. El Cóndor lanzó un rugido de dolor y del antebrazo le salió un chorro de sangre… De nuevo brilló aquella luz y el Cóndor enmudeció.

Cerca, pasando sobre mi cabeza, oí varios disparos, seis, ocho quizá. Conseguí mirar hacia atrás y vi la feroz expresión de Gato Gordo, blandiendo rabioso el machete como si fuese el de un leñador y descargándolo sobre el Cóndor.

El otro bandolero intentó sacarse el revólver del cinturón, pero el terror le llegaba a los dedos, y al ver que no le obedecían, echó a correr, gritando, buscando la salida… No había dado cuatro pasos cuando Gato Gordo le arrojó el machete como una jabalina; se le clavó en la espalda, en la misma columna vertebral, y cayó exánime sobre unas matas. Todavía en el suelo, vi que Gato Gordo se me acercaba, pero al llegar a unos pasos de mí se detuvo, vaciló y se desplomó.

—¡Gato Gordo…!

Mi voz era tan débil que creí que no me oía. Sin embargo, levantó la cabeza y me miró, y arrastrándose consiguió llegar hasta mí, dejando en el suelo un reguero de sangre que le salía de la boca y de una brecha que tenía en el cuello.

No podía creer lo que veía. ¡No! ¡No podía ser! ¡Gato Gordo se estaba muriendo…! Gato Gordo era indestructible.

—Gato Gordo, lo siento… —No pude articular nada más.

El rostro de Gato Gordo y el mío casi se tocaban, y él y yo estábamos tendidos sobre la tierra, sobre la madre tierra, y mirándonos a los ojos.

Una especie de frío polar me invadía.

—Tengo frío, Gato Gordo —le dije en un leve murmullo.

Ya desde niño amaba el calor y huía del frío. Adoraba el sol.

Sin embargo, el sol que desde las cumbres montañosas amarilleaba sobre el llano no me trajo calor alguno y solo conseguía que me doliesen los ojos y que fuesen más agudos mis escalofríos.

—Gato Gordo, tengo miedo —murmuré.

Intenté volver la cabeza para librarme de aquel sol que me deslumbraba y poder ver el rostro de Gato Gordo.

Mi amigo, mi grande y fraterno amigo, me miró larga y desmayadamente, y vi el

amor más infinito que pueden expresar ojos humanos. De amigo, de padre, de hijo… Alargó la mano y me cogió la mía, como si quisiera abrigarla. Apreté sus dedos, trémulos los míos…

—No tengas miedo, niño —dijo con voz ronca a la vez que dulce—. Te llevaré conmigo, y te dejaré seguro en las montañas.

Epílogo

Hildebrandt, su chófer, ya le estaba esperando cuando él salió de la aduana por una de las puertas giratorias.

—El coche está ahí fuera —dijo, y tomándole la maleta añadió—: ¿Ha tenido buen vuelo, señor?

—Sí, ha sido bueno —contestó Jeremy.

Entraron en el coche y cogieron la carretera de la ciudad. A aquella hora de la noche apenas había tráfico, y sin casi darse cuenta ya estaban pasando bajo las luces multicolores de World's Fair y se acercaban a Triborough Bridge.

—Llamé a la señora Hadley cuando me dijeron que su avión llegaba con retraso.

—Gracias, Artie.

Salieron del puente, entraron en el casi vacío East River Drive, siguieron recto, luego doblaron a la derecha, llegando a la Calle Sesenta y Tres. Siguieron unas manzanas adelante y el coche se detuvo en una calle solitaria y con árboles en los bordillos, al este del Central Park.

Ella le estaba esperando en el umbral. Jeremy cruzó la acera, subió los escalones de la casa de piedra gris y, cerrando la puerta tras él, la estrechó en sus brazos. Durante unos momentos parecieron un solo cuerpo, férreamente abrazados.

La esposa comprendió la fatiga del viaje, pero también creyó adivinarle un sosiego espiritual que no le era común. Lo besó repetidamente y cogiéndole la mano entraron en el vestíbulo.

—He preparado bocadillos y café. Hoy es el día de salida de los sirvientes.

—Está bien —aprobó Jeremy—. No tengo mucho apetito.

—¿Cómo fue? —le preguntó ella.

—Bastante horrible.

Su rostro reflejó cierta amargura al decirlo.

—Nunca pensé que sería así.

—¿Había alguien más? —preguntó.

—Yo era el único. No hubiera sida tan desolador si hubiese habido algún otro amigo, pero solo estaba yo. Y pensar que siempre fueron tantos los que le rodeaban…

—No hables más ahora —le pidió ella poniéndole la mano en los labios. Luego le aconsejó—: Vete a ducharte antes de comer un poco. Te encontrarás mucho mejor.

Jeremy subió al baño, y media hora después entró en las habitaciones de los pequeños, empezando por la de las niñas.

Las dos estaban dormidas. «Mis niñas adoradas», se dijo sonriendo. Tres años una y cinco la mayor, ni un terremoto las habría despertado. El niño, en cambio, era distinto. El casi imperceptible ruido de sus pasos bastó para que abriese los ojos, sentándose en seguida en la cama.

—¡Papá! —exclamó con el júbilo de sus nueve años.

—Sí, Dax.

—¿En qué avión has venido esta vez?

—En un 707.

Se sentó en el borde de la cama, y besando la frente del muchacho, añadió:

—Ahora vuelve a dormirte.

—Sí, papá. Buenas noches.

—Buenas noches, Dax.

Al salir de la habitación, su esposa le esperaba al pie de la escalera, y la siguió hasta la salita del desayuno. En la mesa había bocadillos, café y una tarta.

De pronto Jeremy se dio cuenta de que sí tenía hambre, y cogió un bocadillo mientras ella le llenaba de café la taza.

—Tenía hambre.

La mujer sonrió.

Entre bocado y bocado fue recordando los sucesos del día, se le ensombrecieron los ojos.

—No vino nadie.

—Tampoco en las mejores circunstancias habrían ido muchos —repuso ella—. Diez años es mucho tiempo.

—Me pregunto si alguna vez llegaremos a saber qué ocurrió el último día —agregó Jeremy.

—Nunca —aseguró ella—. Pocos meses después habían muerto todos, menos Vázquez.

—¿Tú crees que ellos le mataron?

—Sí —afirmó ella sin dudar—. Desaparecido Dax, Vázquez sabía que la Junta no seguiría. ¿Quién quedaba para oponérsele? Lo peor es que no fue mejor que el Presidente.

—Se habla de revolución.

—¡No me hables de eso, Jeremy! —suplicó con voz tensa—. Ya no me importa. Me fui de Corteguay para no volver a oír nunca más palabras de muerte y destrucción.

—Bien, está bien —dijo él en tono conciliador, y luego añadió, pensativo—: Aún me acuerdo de cuando le oí en la ONU su último discurso. Habló tratando de sacudir la conciencia mundial: «No permitamos que haya un hombre entre nosotros que ayude a otro a hacer la guerra contra su hermano.»

Ella lo miró sin decir nada.

Jeremy se sacó un anillo del bolsillo.

—Me dieron este anillo. Es decir, creí que me lo daban hasta que descubrí que esperaban que lo comprase.

Ella lo cogió y lo examinó.

—Siempre me pregunté qué significaría la inscripción.

—Es un anillo de fin de curso. Estuvo en Harvard con Jim, y se lo regalamos cuando tuvo que abandonar la universidad sin llegar a graduarse.

Ella siguió mirándole sin hablar.

—Cuando ahora he visto al chico, he pensado que cada día se parece más a su padre, Beatriz. ¿No crees que debería saberlo?

—Ya tiene padre. ¿No es suficiente?

—El muchacho estaría muy orgulloso de él.

—Lo está de ti —aseguró Beatriz.

—Va creciendo, cada vez más —insistió él—. ¿Y si algún día se entera?

—Correré ese riesgo —replicó ella tercamente.

—¿Ni para hacer justicia a su padre?

—¡No! —exclamó ella en tono áspero—. Su padre ha muerto y la justicia o la injusticia ya no le afectan.

Se levantó bruscamente, fue a la cocina y abriendo la tapa del tubo del incinerador echó el anillo. Jeremy oyó el ruido y comprendió lo que acababa de hacer.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió al regresar ella.

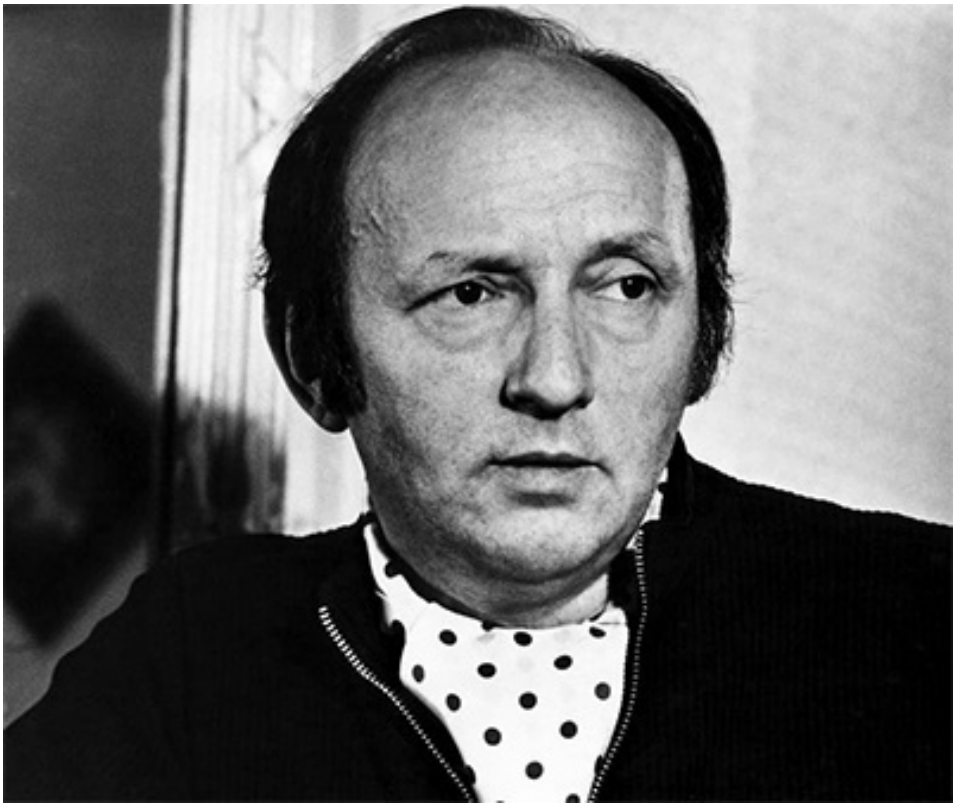
—Ahora se ha ido definitivamente —contestó Beatriz con sequedad—. Ya solo queda de él el sueño de nuestra juventud.

Jeremy iba a hablar, pero al ver lágrimas en las verdes pupilas de Beatriz, se levantó y la abrazó con efusión, con amor… Al besarle los ojos, sintió en los labios el gusto salobre de sus lágrimas.

Ella no tenía razón, y los dos lo sabían.

Quedaría siempre el chiquillo que dormía en la habitación de arriba.

F I N



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Los vendedores de sueños (1949) fue una novela basada sobre la industria cinematográfica de Hollywood, desde los primeros pasos a la era sonora donde Robbins aportaba sus propias experiencias.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.